REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

REVISTA ESPÍRITA
PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

CONTIENE

El relato de las manifestaciones materiales e inteligentes de los Espíritus, apariciones, evocaciones, etc., así como las noticias relativas al espiritismo.- La enseñanza de los Espíritus sobre las cuestiones del mundo visible y del mundo invisible; sobre las ciencias, la moral, la inmortalidad del alma, la naturaleza del hombre y su porvenir.- La historia del espiritismo en la antigüedad; sus relaciones con el magnetismo y con el sonambulismo; la explicación de las leyendas y las creencias populares, de la mitología de todos los pueblos, etc. El resumen de los trabajos de la Sociedad Parisiense de Estudios Espíritas, fundada el 1.º de abril de 1858.

Publicada bajo la dirección de

Allan Kardec

Todo efecto tiene una causa. Todo efecto inteligente tiene una causa inteligente. El poder de la causa inteligente se corresponde con la grandeza del efecto.

Año IX - 1866

Traducción de Gustavo N. Martínez

CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA
Buenos Aires

Copyright © 2021 by
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)

Todos los derechos de reproducción, copia, comunicación al público y explotación económica de esta obra están reservados. Prohibida la reproducción parcial o total de la misma, a través de cualquier forma, medio o proceso electrónico, digital, fotocopia, microfilme, internet, CDROM, sin previa y expresa autorización, en los términos de la ley 11.723, que reglamenta los derechos de autor y conexos.

ISBN edición impresa: 978-987-47546-7-7

Título del original francés:
Revue Spirite - Journal d'Études Psychologiques (Allan Kardec; 1866.)

Traducción del original francés: Gustavo N. Martínez

Edición de la
CONFEDERACIÓN ESPIRITISTA ARGENTINA (CEA)
Sánchez de Bustamante 463
(1173) Buenos Aires - Argentina
+ 54 11 - 4862 - 6314
www.ceanet.com.ar - ceaespiritista@gmail.com

Kardec, Allan
Revista Espírita 1866 : periódico de estudios psicológicos / Allan Kardec. - 1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Confederación Espiritista Argentina, 2021.
646 p. ; 21 x 14 cm.

Traducción de: Gustavo Norberto Martínez.
ISBN 978-987-47546-7-7

1. Espiritismo. I. Martínez, Gustavo Norberto, trad. II. Título.
CDD 133.901

Impreso en la Argentina

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 1 Enero de 1866

Las mujeres, ¿tienen alma?

Las mujeres, ¿tienen alma? Sabemos que esta pregunta no siempre ha sido respondida afirmativamente, dado que fue objeto de deliberación en un concilio. La respuesta negativa continúa siendo un principio de fe en algunos pueblos. Sabemos hasta qué nivel de humillación esta creencia redujo a las mujeres en la mayoría de los países de Oriente. Si bien en la actualidad, en los pueblos civilizados, el problema ha sido resuelto a favor de la mujer, el prejuicio acerca de su inferioridad moral se ha mantenido, a tal punto que un escritor del siglo pasado, cuyo nombre no recordamos, definía a la mujer como un "instrumento de placer para el hombre": una definición más musulmana que cristiana. De tal prejuicio surgió su inferioridad legal, que aún no ha sido eliminada de nuestros códigos. Durante mucho tiempo las mujeres aceptaron ese sometimiento como algo natural; tan poderoso es el imperio de la costumbre. Lo mismo ocurre con los que, dedicados a

la servidumbre durante generaciones, finalmente consideran que su naturaleza difiere de la de sus señores.

No obstante, el progreso de las luces ha puesto a la mujer en un lugar destacado dentro de la opinión pública. Muchas veces, ella se ha consolidado por su inteligencia y su genio; y la ley, aunque todavía la considera inferior, poco a poco ha relajado los vínculos de la tutela. Podemos considerarla moralmente emancipada, si bien no lo está legalmente. A este último resultado llegará un día, por la fuerza de las circunstancias.

Recientemente leíamos en los periódicos que una jovencita de veinte años había rendido con mucho éxito el examen del bachillerato, en la Facultad de Montpellier. Se trataba –decía el artículo– del cuarto diploma de bachiller otorgado a una mujer. Hasta no hace mucho tiempo se agitaba la cuestión de saber si el grado de bachiller se podía conceder a una mujer. Aunque algunos lo hayan considerado una monstruosa anomalía, se reconoció que, dado que los reglamentos sobre ese asunto no hacían mención de las mujeres, ellas no se encontraban legalmente excluidas. Tras haber reconocido que las mujeres tienen alma, se les reconoció el derecho de conquistar los títulos de la ciencia, lo cual ya es algo. No obstante, la liberación parcial de las mujeres no es más que el resultado del desarrollo de la urbanidad, del ablandamiento de las costumbres o, si se prefiere, de un sentimiento más exacto de la justicia. Se trata de una especie de concesión que se les hace y, es preciso decirlo, que se les regatea lo más posible.

En la actualidad, poner en duda que la mujer tenga alma sería ridículo. No obstante, aquí se presenta un problema muy serio, cuya solución es la única que puede establecer si la igualdad de posición social entre el hombre y la mujer forma parte del derecho natural, o si es una concesión hecha por el

hombre. Observamos, a propósito, que si esa igualdad no es más que una concesión que el hombre brinda actualmente por condescendencia, lo que él da hoy puede quitarlo mañana y, dado que, salvo algunas excepciones individuales, cuenta con la fuerza material, en masa siempre ganará; mientras que, si esa igualdad está en la naturaleza, su reconocimiento es un resultado del progreso y, una vez reconocida, es imprescriptible.

¿Será que Dios ha creado almas masculinas y almas femeninas, y ha hecho que éstas sean inferiores a las otras? Este es el problema. Si la respuesta es afirmativa, entonces la inferioridad de la mujer forma parte de los decretos divinos, y ninguna ley humana podría contravenirlos. Por el contrario, si Dios las ha creado iguales y semejantes, entonces las desigualdades fundadas por la ignorancia y la fuerza bruta desaparecerán con el progreso y el imperio de la justicia.

Por sus propios medios, el hombre solamente podía elaborar al respecto hipótesis más o menos racionales, aunque siempre controvertidas. En el mundo visible, nada podía brindarle la prueba material del error o la verdad de esas opiniones. Para que se esclareciera, debía remontarse a la causa, buscar en los arcanos del mundo extracorporal, que él no conocía. La solución del problema estaba reservada para el espiritismo, ya no con razonamientos, sino mediante los hechos, tanto por las revelaciones de ultratumba como por el estudio que debe realizarse diariamente acerca del estado de las almas después de la muerte. Además, es fundamental el hecho de que esos estudios no son realizados por un solo hombre, ni fruto de las revelaciones de un solo Espíritu, sino el producto de innumerables observaciones idénticas, realizadas a diario por miles de individuos, en todos los países, de modo que han recibido la sanción poderosa del control universal, en el que se basan

todas las doctrinas de la ciencia espírita. Ahora bien, veamos lo que resulta de esas observaciones:

Las almas o Espíritus no tienen sexo. Los afectos que los unen no tienen nada de carnal, y por eso mismo son más duraderos, porque se basan en una simpatía real, y no están subordinados a las vicisitudes de la materia.

Las almas encarnan, es decir, se revisten temporalmente con una envoltura carnal que para ellas es semejante a una pesada vestimenta, de la que se liberan con la muerte. Dado que esa envoltura material las pone en contacto con el mundo material, en ese estado contribuyen al progreso material del mundo en el que habitan. La actividad que las almas están obligadas a desplegar, tanto para la conservación de la vida como para obtener su bienestar, contribuye a su progreso intelectual y moral. A cada encarnación el alma llega más desarrollada; lleva consigo ideas nuevas y los conocimientos adquiridos en las existencias anteriores. De ese modo se lleva a cabo el progreso de los pueblos. Los hombres civilizados de la actualidad son los mismos que han vivido en la Edad Media y en los tiempos de barbarie, pero que han progresado. Los que vivirán en los siglos futuros serán los de la actualidad, pero aún más adelantados intelectual y moralmente.

Los sexos solo existen en el organismo. Son necesarios para la reproducción de los seres materiales; pero los Espíritus, dado que han sido creados por Dios, no se reproducen entre ellos, razón por la cual los sexos serían inútiles en el mundo espiritual.

Los Espíritus progresan mediante las actividades que realizan y las pruebas que deben sufrir, como el obrero se perfecciona en su arte mediante el trabajo que lleva a cabo. Esas pruebas y esas actividades varían según su posición social.

Dado que los Espíritus deben progresar en todo y adquirir todos los conocimientos, cada uno es llamado a contribuir con diversas actividades y a sufrir los diferentes géneros de pruebas. Por eso renacen alternativamente ricos o pobres, amos o servidores, obreros del pensamiento o de la materia.

De ese modo queda fundado, sobre las leyes mismas de la naturaleza, el principio de la igualdad, puesto que el poderoso de la víspera puede ser el pequeño de mañana, y viceversa. De ese principio resulta el de la fraternidad, dado que en nuestras relaciones sociales volvemos a encontrarnos con viejos conocidos, y el desdichado que nos suplica con la mano extendida podría ser el Espíritu de un pariente o un amigo.

Con ese mismo objetivo los Espíritus encarnan en uno u otro sexo; el que ha sido hombre podrá renacer mujer, y el que ha sido mujer podrá renacer hombre, a fin de cumplir los deberes de cada una de esas posiciones, así como de sufrir sus respectivas pruebas.

La naturaleza ha hecho al sexo femenino más débil que al masculino porque los deberes que le incumben no exigen la misma fuerza muscular, e incluso serían incompatibles con la rudeza masculina. En el sexo femenino, la delicadeza de las formas y la finura de las sensaciones son admirablemente apropiadas a los cuidados de la maternidad. Así pues, a los hombres y a las mujeres se les confieren deberes especiales, igualmente importantes en el orden de las cosas. Se trata de dos elementos que se complementan uno con otro.

Dado que el Espíritu encarnado sufre la influencia del organismo, su carácter se modifica conforme a las circunstancias, y se somete a las necesidades y a las exigencias que ese organismo le impone. Dicha influencia no desaparece de inmediato tras la destrucción de la envoltura material, como

tampoco se pierden al instante los gustos y las costumbres terrestres. Después, puede suceder que el Espíritu recorra una serie de existencias en el mismo sexo, lo cual determina que durante mucho tiempo pueda conservar, en el estado de Espíritu, el carácter de hombre o de mujer, cuya impresión ha quedado en él. Solamente cuando ha alcanzado cierto grado de adelanto y de desmaterialización, la influencia de la materia desaparece por completo y, con ella, el carácter de los sexos. Los Espíritus que se presentan ante nosotros como hombres o como mujeres, lo hacen para recordarnos la existencia en la que los hemos conocido.

Así como esa influencia de la vida corporal repercute en la vida espiritual, lo mismo sucede cuando el Espíritu pasa de la vida espiritual a la vida corporal. En una nueva encarnación, llevará consigo el carácter y las inclinaciones que tenía como Espíritu. Si es adelantado, será un ser humano adelantado; si es atrasado, será un ser humano atrasado. Así pues, al cambiar de sexo, podrá, sujeto a esa impresión y en esa nueva encarnación, conservar los gustos, las tendencias y el carácter inherentes al sexo que acaba de dejar. Así se explican ciertas anomalías aparentes que se observan en el carácter de ciertos hombres y de ciertas mujeres.

Por consiguiente, la única diferencia que existe entre el hombre y la mujer es la del organismo material, que resulta aniquilado con la muerte del cuerpo. Por el contrario, en lo referente al Espíritu, al alma, al ser esencial e imperecedero, esa diferencia no existe, puesto que no hay dos especies de almas. Así lo ha querido Dios, en su justicia, para todas sus criaturas. Puesto que a todas ha dado un mismo principio, fundó la auténtica igualdad. La desigualdad solo existe temporalmente en el grado de adelanto, pero todas tienen dere-

cho al mismo destino, que cada una alcanzará mediante su trabajo, porque Dios no ha favorecido a unas a costa de otras.

La doctrina materialista pone a la mujer en un estado de inferioridad natural, del que ella solamente puede liberarse gracias a la buena voluntad del hombre. En efecto, según esa doctrina, el alma no existe o, en caso de que exista, se extingue junto con la vida o se pierde en el todo universal, lo que es lo mismo. Así, a la mujer no le queda otra cosa más que su debilidad corporal, que la obliga a depender del más fuerte. La superioridad de algunas mujeres es una excepción, una extravagancia de la naturaleza, del funcionamiento de los órganos, y no puede convertirse en ley. La doctrina espiritualista vulgar reconoce la existencia del alma individual e inmortal, pero es incapaz de probar que no existe una diferencia entre el alma del hombre y la de la mujer y, por consiguiente, una superioridad natural de una sobre otra.

Con la doctrina espírita, la igualdad de la mujer ya no es una simple teoría especulativa, ya no es algo que la fuerza le concede a la debilidad, sino un derecho fundado en las leyes mismas de la naturaleza. Al dar a conocer esas leyes, el espiritismo inicia la era de la emancipación legal de la mujer, así como inicia la era de la igualdad y la fraternidad.

Consideraciones acerca de la oración en el espiritismo

Todo el mundo es libre de ver las cosas a su manera, y nosotros, que reclamamos esa libertad para nosotros mismo, no

podemos negársela a los demás. Sin embargo, por el hecho de que una opinión sea libre, no se sigue de ahí que no podamos discutirla, ni examinar sus puntos fuertes y sus puntos débiles, ni sopesar sus ventajas y sus inconvenientes.

Decimos esto respecto de la negación de la utilidad de la oración, negación que algunas personas desearían erigir como sistema, a fin de convertirla en la bandera de una escuela disidente. Esa opinión se puede resumir así:

"Dios estableció leyes eternas, a las que todos los seres están sometidos; no podemos pedirle nada, y no debemos agradecerle ningún favor especial. Así pues, es inútil orar a Dios.

"El destino de los Espíritus se halla determinado, de modo que es inútil orar por ellos. Los Espíritus no pueden modificar el orden inmutable de las cosas, de modo que es inútil pedirles nada.

"El espiritismo es una ciencia puramente filosófica; no solo no es una religión, sino que tampoco debe tener un carácter religioso. Toda oración dicha en las reuniones tiende a mantener la superstición y la santurronería".

La cuestión de la oración ha sido discutida el tiempo suficiente para que sea inútil repetir aquí lo que sabemos al respecto. Si el espiritismo proclama la utilidad de la oración, no lo hace por espíritu de sistema, sino porque la observación ha permitido constatar la eficacia y el modo de acción de dicha práctica. Dado que, mediante las leyes fluídicas, comprendemos el poder del pensamiento, comprendemos también el de la oración, que es de por sí un pensamiento dirigido hacia un objetivo determinado.

Para algunas personas, la palabra *oración* sólo suscita una idea de pedido, lo cual es un grave error. Dirigida a la Divinidad, la oración es un acto de adoración, de humildad y de sumisión, al que no podemos negarnos sin despreciar el poder y la bondad del Creador. Negarse a orar a Dios implica reconocer a Dios como un hecho, pero a la vez implica negarse a rendirle homenaje, y en eso también hay una rebeldía del orgullo humano.

Dirigida a los Espíritus, que no son más que las almas de nuestros hermanos, la oración es una identificación de pensamientos, un testimonio de afecto. Rechazarla, implica rechazar el recuerdo de los seres a quienes amamos, porque ese recuerdo afectuoso y benévolo es de por sí una oración. Además, sabemos que los Espíritus que sufren la reclaman con insistencia, como un alivio para sus penas. Así pues, si la piden, es porque la necesitan, y negársela significa negarle un vaso de agua al desdichado que tiene sed.

Además de la acción puramente moral de la oración, el espiritismo nos muestra un efecto de algún modo material, que resulta de la transmisión fluídica. Su eficacia, en determinadas enfermedades, se comprueba mediante la experiencia, del mismo modo que se demuestra en la teoría. Rechazar la oración implica, por consiguiente, privarse de un poderoso auxiliar para el alivio de los males corporales.

Veamos ahora cuál sería el resultado de aquella doctrina, y si tiene alguna posibilidad de prevalecer.

Todos los pueblos oran, desde los salvajes hasta los hombres civilizados. Todos ellos son inducidos a orar por instinto, y eso los distingue de los animales. No cabe duda de que oran de una manera más o menos racional; pero, en definitiva, oran. Aquellos que, por ignorancia o por presumidos,

no practican la oración, constituyen en el mundo una ínfima minoría.

La oración es, por lo tanto, una necesidad universal, independiente de las sectas y de las nacionalidades. Después de orar, si uno estaba débil, se siente más fuerte, y si uno estaba triste, se siente consolado. Eliminar la oración significa privar al hombre de su más poderoso sostén moral en la adversidad. Por medio de la oración, el hombre eleva su alma, entra en comunión con Dios, se identifica con el mundo espiritual, se *desmaterializa*: condición esencial de su dicha futura. Sin la oración, sus pensamientos se mantienen en la Tierra, se apegan cada vez más a las cosas materiales, de lo cual deriva un retraso en su adelanto.

Al cuestionar un dogma, uno se opone tan solo a la secta que lo profesa; pero al negar la eficacia de la oración, se hiere el sentimiento íntimo de casi la totalidad de los hombres. El espiritismo debe a las aspiraciones del corazón las numerosas simpatías que despierta, y gran parte de esas aspiraciones está constituida por los consuelos que se extraen de la oración. Una secta que se basara en la negación de la oración se privaría del principal elemento de éxito, que es la simpatía general, porque en vez de confortar al alma, la helaría; en vez de elevarla, la rebajaría. Si el espiritismo debe ganar en influencia, lo hará aumentando la suma de las satisfacciones morales que proporciona. Aquellos que a toda costa pretenden lo nuevo en el espiritismo, para vincular sus nombres a una bandera, hagan el esfuerzo de dar más que él; porque no es dando menos como lo suplantarán. El árbol despojado de sus frutos sabrosos y nutritivos será siempre menos atractivo que aquel otro que se encuentra adornado con ellos. Y eso en virtud del mismo principio que siempre hemos señalado a los adversa-

rios del espiritismo: el único medio de matarlo es concediendo algo mejor de lo que él concede, algo más consolador, que explique y satisfaga más. Eso es lo que nadie ha hecho todavía.

Por lo tanto, podemos considerar el rechazo a la oración, por parte de algunos creyentes en las manifestaciones espíritas, como una opinión aislada que puede congregar a algunas individualidades, pero que nunca congregará a la mayoría. No habría motivo alguno para que se le imputara esa doctrina al espiritismo, ya que este enseña precisamente lo contrario.

En las reuniones espíritas, la oración predispone al recogimiento, a la gravedad: condición indispensable –como sabemos– para las comunicaciones serias. ¿Acaso eso equivale a decir que sea necesario transformar esas reuniones en asambleas religiosas? De ninguna manera; el sentimiento religioso no es sinónimo de fanatismo religioso; incluso debemos evitar lo que podría otorgar a las reuniones espíritas este último carácter. Con ese objetivo, en tales reuniones hemos desaprobado constantemente las oraciones y los símbolos litúrgicos de cualquier culto. No hay que olvidar que el espiritismo debe tender al acercamiento de las diversas comuniones. Ya no es extraño ver que en las reuniones espíritas confraternizan los representantes de diferentes cultos, y eso se debe a que ninguno tiene que arrogarse la supremacía. Que cada uno, particularmente, ore como le plazca, pues ese es un derecho de conciencia. No obstante, en una asamblea basada en el principio de la caridad, es preciso abstenerse de todo lo que podría herir susceptibilidades y tender a que se mantenga un antagonismo que, por el contrario, debemos esforzarnos en hacer que desaparezca. Las oraciones específicas del espiritismo no constituyen un culto distinto, toda vez que no son impuestas y que cada uno es libre de decir las que le convienen; con

todo, esas oraciones tienen la ventaja de que sirven para todo el mundo y no ofenden a nadie.

El propio principio de tolerancia y de respeto a las convicciones de los demás nos hace afirmar que toda persona razonable, que por alguna circunstancia concurre al templo de un culto cuyas creencias no comparte, debe abstenerse de cualquier señal exterior que pudiera escandalizar a los asistentes; e incluso debe entregarse, en caso de necesidad, a prácticas puramente formales, que en nada comprometen su conciencia. El hecho de que Dios sea adorado en un templo de una manera poco lógica no es motivo para ofender a aquellos que consideran que esa manera es adecuada.

Como hemos dicho, dado que el espiritismo concede al hombre cierta suma de satisfacciones y demuestra cierto número de verdades, sólo podría ser reemplazado por algo que concediera más que él y demostrara las verdades mejor que él. Veamos si eso es posible. La principal autoridad a la doctrina radica en que no hay uno solo de sus principios que sea el producto de una idea preconcebida o de una opinión personal; todos esos principios, sin excepción, son el resultado de la observación de los hechos; solamente a través de los hechos el espiritismo ha llegado a conocer la situación y las atribuciones de los Espíritus, así como las leyes o, mejor dicho, una parte de las leyes que rigen sus relaciones con el mundo visible. Este es un punto capital. Como continuamos apoyándonos en la observación, hacemos filosofía experimental y no especulativa. Así pues, para combatir las teorías del espiritismo, no basta con afirmar que son falsas; es necesario confrontarlas con hechos que no puedan ser explicados por esas teorías. E incluso en ese caso, el espiritismo siempre se mantendrá a la altura, porque es contrario a su esencia obstinarse en una idea

falsa, y porque siempre se esforzará para subsanar las deficiencias que pudiera presentar, dado que no tiene la pretensión de haber llegado al apogeo de la verdad absoluta. Esa manera de considerar al espiritismo no es nueva; se la puede ver formulada en nuestras obras desde siempre. Puesto que el espiritismo no se declara ni estacionario ni inmutable, asimilará todas las verdades que se demuestren, de cualquier parte que vengan, incluso de parte de sus antagonistas, y nunca se quedará atrás respecto del progreso real. Asimilará esas verdades –decimos–, pero sólo cuando estén demostradas claramente, y no porque a alguien se le haya antojado presentarlas como tales, por tratarse de sus deseos personales o el producto de su imaginación. Establecido este punto, el espiritismo sólo podría perder si se dejara superar por una doctrina que concediera más que él; y no tendría nada que temer de aquellas que concedieran menos y suprimieran lo que constituye su fuerza y su principal atracción.

Si bien el espiritismo aún no lo ha dicho todo, constituye una determinada suma de verdades adquiridas mediante la observación, las cuales forman la opinión de la inmensa mayoría de los adeptos; y si bien esas verdades han pasado actualmente al estado de artículos de fe –para servirnos de una expresión empleada irónicamente por algunos–, no se debe a nosotros ni a nadie en particular, como tampoco a nuestros Espíritus instructores, que se las haya planteado de ese modo, y mucho menos impuesto, sino a la adhesión de todo el mundo, dado que todos pueden comprobarlas.

Por consiguiente, si una secta se formara en oposición a las ideas consagradas por la experiencia y admitidas como principios por la generalidad de los hombres, no podría conquistar las simpatías de la mayoría, cuyas convicciones dañaría.

Su efímera existencia habría de extinguirse con su fundador, tal vez incluso antes, o al menos con los pocos adeptos que hubiese podido congregar. Supongamos que el espiritismo esté dividido en diez, en veinte sectas; la secta que ejercerá la supremacía y tendrá más vitalidad será naturalmente aquella que conceda la mayor suma de satisfacciones morales, que cubra el mayor número de vacíos del alma, que esté fundada en las pruebas más positivas, y que mejor se ponga al unísono con la opinión general.

Ahora bien, el espiritismo, al tomar como punto de partida de todos sus principios la observación de los hechos, no puede ser derribado por una teoría; al mantenerse constantemente en el nivel de las ideas progresivas, no podrá ser superado; al apoyarse en el sentimiento de la mayoría, satisface las aspiraciones del mayor número de personas; fundado en esas bases, es imperecedero, pues ahí radica su fuerza.

Ahí también radica la causa del fracaso de las tentativas hechas para ponerle obstáculos. En materia de espiritismo han surgido ideas profundamente antipáticas para la opinión general, y que ésta rechaza instintivamente. Construir sobre esas ideas, como punto de apoyo, un edificio o algún tipo de expectativas, implica aferrarse torpemente a ramas que están rotas. A eso se reducen aquellos que, como no han podido derribar al espiritismo por la fuerza, intentan que se derribe a sí mismo.

NECROLOGÍA

Muerte del señor Didier, librero-editor

El espiritismo acaba de perder a uno de sus adeptos más sinceros y dedicados, en la persona del señor Didier, fallecido el sábado 2 de diciembre de 1865. Era miembro de la *Sociedad Espírita de París* desde su fundación, en 1858 y, como se sabe, el editor de nuestras obras sobre la doctrina espírita. La noche anterior, había asistido a la reunión de la Sociedad, y al día siguiente, a las seis de la tarde, moría súbitamente en una estación de ómnibus, a pasos de su domicilio. Afortunadamente, en el lugar se encontraba uno de sus amigos, quien se ocupó de trasladarlo hasta la casa. Sus exequias se celebraron el martes 5 de diciembre.

Le Petit Journal, tras anunciar su muerte, añade: "En estos últimos tiempos, el señor Didier había sido el editor del señor Allan Kardec y se había convertido, por *cortesía de editor* o por convicción, en un adepto del espiritismo".

Por nuestra parte, nos parece que ni siquiera la más exquisita cortesía podría hacer que un editor se viera obligado a casarse con las opiniones de sus clientes, ni que debiera convertirse al judaísmo, por ejemplo, en caso de que editara las obras de un rabino. Tales restricciones no son dignas de un escritor serio. El espiritismo es una creencia como cualquier otra, que cuenta entre sus filas con más de un librero. ¿Por qué sería extraño que un librero fuera espírita en vez de católico, protestante, judío, sansimoniano, fourierista o materialista? ¿Cuándo reconocerán, los señores librepensadores, la libertad de conciencia para todo el mundo? ¿Acaso ellos tendrían la singular pretensión de utilizar la intolerancia en provecho propio, después de haberla combatido en los otros? Las opi-

niones espíritas del señor Didier eran conocidas, y él nunca las ocultó, pues muchas veces las defendía del ataque de los incrédulos. Se trataba de una convicción profunda y de larga data, y no, como supone el autor del artículo, una cuestión de circunstancia o una cortesía de editor. ¡Pero a esos señores –para quienes la doctrina espírita se encuentra por completo en el armario de los hermanos Davenport[1]– les resulta muy difícil aceptar que un hombre de notorio valor intelectual crea en los Espíritus! No obstante, será preciso que se acostumbren a esa idea, pues la doctrina espírita contiene más de lo que ellos suponen, y no tardarán en tener la prueba de eso.

El *Grand Journal* comunica el fallecimiento en estos términos:

"También ha muerto el señor Didier, editor que publicó excelentes libros en su modesto local del quai des Grands-Augustins. En los últimos tiempos el señor Didier era un adepto y –lo que vale más aún– un fervoroso editor de los libros espíritas. Ahora el pobre hombre debe saber a qué atenerse respecto de las doctrinas del señor Allan Kardec".

Es triste ver que ni siquiera la muerte es respetada por los señores incrédulos, que con sus burlas persiguen a los adeptos más honrados hasta más allá de la tumba. Cuando estaba vivo, ¿qué pensaba el señor Didier de la doctrina? Un hecho le demostraba la impotencia de los ataques de que el espiritismo es objeto: en el momento de su muerte, imprimía la decimocuarta edición de *El libro de los Espíritus*. ¿Qué piensa él ahora? ¡Que habrá grandes decepciones y más de una defección entre sus antagonistas!

1. Véase la historia de los hermanos Davenport en varios artículos de la *Revista Espírita*, a partir del número de octubre de 1865. (N. del T.).

Lo que nosotros podríamos decir en esta circunstancia se halla resumido en el siguiente discurso, pronunciado en la Sociedad de París, en su sesión del 8 de diciembre:

Señores y estimados colegas:

¡Uno más de los nuestros acaba de partir hacia la Patria Celestial! Nuestro colega, el señor Didier, ha dejado en la Tierra sus despojos mortales, para vestir la envoltura de los Espíritus.

Si bien su salud inestable desde hacía mucho tiempo había puesto su vida en peligro varias veces, y a pesar de que para nosotros, los espíritas, la idea de la muerte no tiene nada de aterrador, su fallecimiento, que se produjo tan inesperadamente un día después de que asistiera a una de nuestras sesiones, ha causado entre nosotros una profunda emoción.

En esta muerte, que por decirlo de algún modo ha sido fulminante, hay una gran enseñanza, o mejor dicho, una gran advertencia: nuestra vida pende de un hilo, que puede romperse en el momento en que menos lo esperamos, ¡porque muy a menudo la muerte llega sin previo aviso! De ese modo, advierte a los sobrevivientes para que siempre estemos dispuestos a responder el llamado del Señor, a fin de dar cuenta del empleo de la vida que nos ha dado.

Aun cuando el señor Didier, personalmente, no tomara parte demasiado activa en los trabajos de la Sociedad, donde rara vez hacía uso de la palabra, no dejaba de ser uno de los miembros más importantes, por su antigüedad, como miembro fundador, por su asiduidad y, sobre todo, por su posición, su influencia y los incuestionables servicios que ha prestado a la causa del espiritismo, como divulgador y como editor. La relación que mantuve con él durante siete años me ha permi-

tido apreciar su rectitud, su lealtad y sus cualidades especiales. No cabe duda de que, como cada uno de nosotros, tenía sus pequeños defectos, que no eran del agrado de todos, y a veces, incluso, una brusquedad con la cual era preciso familiarizarse, pero que en nada opacaba sus eminentes cualidades; y el más bello elogio que podemos hacerle es decir que en cuestión de negocios se podía andar junto a él con los ojos cerrados.

Puesto que era comerciante, debía encarar las cosas comercialmente, pero no lo hacía con mezquindad. Era grande, generoso, y no escatimaba nada en sus operaciones. El afán de lucro no lo impulsaba a emprender una publicación que no le agradara, por más ventajosa que fuera. En una palabra, el señor Didier no era el vendedor de libros que calcula sus ganancias hasta el último centavo, sino el editor inteligente, justo en sus apreciaciones, concienzudo y prudente, pues todo eso era necesario para fundar una casa seria como la suya. Sus relaciones con la comunidad científica, que tanto lo estimaba, habían desarrollado sus ideas y contribuido a darle a su librería académica el carácter serio que la convirtió en una casa de primer nivel, menos por la cantidad de negocios que por la especialidad de las obras que publicaba, así como por la consideración comercial de que con toda razón disfrutaba hacía muchos años.

En lo que a mí concierne, me alegro de haber encontrado al señor Didier en mi camino, cosa que debo sin duda a la asistencia de los Espíritus buenos, y con toda sinceridad afirmo que el espiritismo pierde con él un apoyo, y yo pierdo un editor tanto más valioso cuanto que, identificado plenamente con el espíritu de la doctrina, él sentía una verdadera satisfacción en divulgarla.

Algunas personas se han sorprendido de que yo no hiciera uso de la palabra en su entierro. Los motivos de mi abstención son muy simples.

En primer lugar, diré que la familia no me había manifestado su deseo de que hablara, de modo que yo no sabía si eso le resultaría agradable o no. El espiritismo, que critica a los que se imponen, no debe incurrir en el mismo error. Nunca se impone: espera que vayan a él.

Además, yo preveía que la asistencia sería muy numerosa, y que en el conjunto se encontrarían muchas personas poco afines, o incluso hostiles, a nuestras creencias. También habría sido poco conveniente, en ese momento solemne, enfrentar públicamente convicciones contrarias, pues eso habría dado a nuestros adversarios un pretexto para nuevas agresiones. En esta época de controversias, tal vez hubiera sido una ocasión para dar a conocer la doctrina espírita. Pero ¿acaso eso no habría supuesto el olvido del piadoso motivo que nos reunía? ¿No habría sido faltar el respeto a la memoria de aquel a quien íbamos a saludar con motivo de su partida? ¿Convenía levantar sobre una tumba entreabierta el guante que nos arrojan? Convendréis, señores, en que el momento habría sido mal elegido. Con la estricta observancia de las conveniencias, el espiritismo siempre ganará más de lo que perderá si deja escapar una ocasión para mostrarse. Sabe que no tiene necesidad de la violencia. Se dirige al corazón: sus medios de seducción son la dulzura, el consuelo y la esperanza; por eso encuentra camaradas incluso entre las filas enemigas. Su moderación y su espíritu conciliador nos ponen de relieve *por contraste*. No perdamos esa preciosa ventaja. Busquemos los corazones afligidos, las almas atormentadas por la duda: su número es grande. Allí estarán nuestros más útiles auxiliares;

con ellos haremos más prosélitos que con la propaganda y la exhibición.

No cabe duda de que yo habría podido limitarme a decir generalidades, sin referirme al espiritismo. Pero tal reticencia de mi parte tal vez habría sido interpretada como miedo o como una especie de negación de nuestros principios. En semejante circunstancia no podía más que hablar abiertamente o callarme. Tomé esta última opción. Si se hubiera tratado de un discurso común y sobre un asunto banal, todo habría sido diferente. Pero en este caso lo que yo habría dicho tendría necesariamente un carácter especial.

Incluso habría podido limitarme a realizar la plegaria, que se encuentra en *El Evangelio según el espiritismo*, a favor de los que acaban de dejar la Tierra y que, en casos como este, siempre causa una profunda emoción. Pero ahí se presentaba otro inconveniente. Lejos de lo habitual, el clérigo que acompañó el cuerpo al cementerio se quedó hasta el final de la ceremonia, y escuchó atentamente el discurso del señor Flammarion. Tal vez esperaba, debido a las muy conocidas opiniones del señor Didier y a su relación con los espíritas, alguna manifestación más explícita. Después de las oraciones que acababa de decir, y que para su alma y su conciencia eran suficientes, presentarse ante él para formular otras, que son una verdadera profesión de fe, un resumen de principios que no son los de él, habría parecido una bravuconada, lo cual no está en el ánimo del espiritismo. Tal vez algunas personas no se hubieran disgustado al ver el efecto del conflicto tácito que habría resultado de esa escena, y era eso lo que las simples conveniencias me ordenaban evitar. Las plegarias que cada uno de nosotros dijo en particular, y que podemos realizar entre nosotros, se-

rán tan provechosas para el señor Didier, en caso de que las necesite, como si hubieran sido dichas con ostentación.

Creedme, señores, que yo llevo en el corazón, tanto como cualquier otro, los intereses de la doctrina, y que, cuando hago o dejo de hacer algo, procedo con una madura reflexión y después de haber analizado bien las consecuencias.

En aquel momento, nuestra colega, la señora R…, se acercó a mí de parte de algunos de los presentes, para solicitarme que hiciera uso de la palabra. Personas que no conocía –agregó ella– acababan de decirle que habían ido expresamente al cementerio con la esperanza de escucharme. Eso era halagador para mí, sin duda; pero tales personas se equivocaban rotundamente acerca de mi carácter, al pensar que un estimulante del amor propio habría podido incitarme a que hablara para satisfacer la curiosidad de los que habían acudido por un motivo que no era el de rendir homenaje a la memoria del señor Didier. Esas personas ignoran, sin duda, que si bien me repugna imponerme, mucho menos me agrada exhibirme. Eso es lo que la señora R… habría podido responderles, agregando que me conocía y me estimaba bastante para estar segura de que el deseo de ponerme en evidencia no ejercería ninguna influencia sobre mí.

En otras circunstancias, señores, lo habría considerado un deber, y me habría hecho feliz prestarle a nuestro colega un testimonio público de afecto en nombre de la Sociedad, que se hallaba representada en las exequias por muchos de sus miembros. Pero como los sentimientos están más en el corazón que en las demostraciones, no cabe duda de que cada uno de nosotros ya le había prestado ese testimonio en su fuero interior. En este momento, en que nos hallamos reunidos, rindámosle entre nosotros el tributo de nuestro pesar, así como

el de nuestra estima y nuestra simpatía, que él se merece, y esperemos que tenga a bien hacerse presente junto a nosotros como lo hizo en el pasado, para que continúe como Espíritu la tarea espírita que había emprendido como hombre.

CORRESPONDENCIA

Carta del señor Jaubert

"Os ruego, mi estimado señor Kardec, que incluyáis la siguiente carta en el próximo número de vuestra *Revista*. Si bien soy poca cosa, tengo mi opinión y la someto a vuestra modestia. Por otra parte, cuando se libra la batalla, pretendo demostrar que siempre sigo la bandera del espiritismo con mis charreteras de lana."

Jaubert

Más allá de la obligación que se nos ha impuesto en términos tan precisos, se comprenderán los motivos que nos habrían impedido publicar esta carta. Nosotros nos hubiéramos contentado con el hecho de guardarla como un digno y valioso testimonio, y sumarla a las numerosas causas de satisfacción moral que se presentan para sostenernos e infundirnos valor en nuestra ruda labor, así como para compensar las tribulaciones que son inseparables de dicha tarea. No obstante, por otra parte, dejando a un lado la cuestión personal, en esta época de furia desatada contra el espiritismo, los ejemplos de valor a la hora de expresar una opinión

son mucho más influyentes cuando proceden de lo más alto de la sociedad. Es importante que se haga oír la voz de las personas sensibles, de aquellas que, por su carácter, sus luces y su posición, imponen respeto y confianza. Y aunque esa voz no logre dominar el griterío, sus opiniones no se habrán perdido, ni ahora ni en el futuro.

Carcassonne, 12 de diciembre de 1865.

Señor y estimado Maestro:

No quiero dejar que el año 1865 concluya sin dar las gracias por todo el bien que este año le ha hecho al espiritismo. Le debemos *La pluralidad de las existencias del alma* [*Pluralité des existences de l'âme*], de André Pezzani, y *La pluralidad de los mundos habitados* [*Pluralité des mondes habités*][2] de Camille Flammarion; dos mellizos que acaban de nacer y marchan a pasos agigantados en el mundo filosófico.

También le debemos otro libro, pequeño en cantidad de páginas, pero grande en cuanto a sus ideas. La simplicidad ansiosa de su estilo va en compañía de la severidad de su lógica. Contiene en germen la teología del futuro; y lleva consigo la calma de la fuerza y la fuerza de la verdad. Yo quisiera que el volumen titulado *El Cielo y el Infierno* [*Ciel et Enfer*][3] tuviera una edición de millones de ejemplares. Perdonadme el elogio: he vivido demasiado para ser entusiasta, y aborrezco la adulación.

2. Véase la versión castellana: *La pluralidad de los mundos habitados*, Buenos Aires: Constancia, 1960. (N. del T.)
3. Véase *El Cielo y el Infierno o la justicia divina según el espiritismo*, Buenos Aires: CEA, 2020. (N. del T.)

El año 1865 nos ha dado *Espírita* [*Spirite*][4], una novela fantástica. La literatura se ha decidido a invadir nuestros dominios. Si bien el autor no extrajo del espiritismo todas las enseñanzas que este contiene, destaca la idea capital, esencial: la demostración de la inmortalidad del alma a través de los fenómenos. Los cuadros del pintor me han parecido encantadores. No puedo resistirme al placer de una cita:

"*Espírita*, la amante a quien Guy de Malivert había ignorado en la Tierra, acaba de morir. Ella misma describe sus primeras sensaciones:

"El instinto de la naturaleza luchaba aún contra la destrucción. Con todo, pronto cesó esa lucha inútil; y con un débil suspiro, mis labios exhalaron mi alma.

"Las palabras humanas no pueden describir la sensación de un alma que, liberada de su prisión corporal, pasa de una vida a la otra, del tiempo a la eternidad, y de lo finito a lo infinito. Mi cuerpo inmóvil ya revestía esa blancura mate, entregado a la muerte. Yacía en su ataúd, rodeado de religiosas que oraban, y yo me encontraba tan separada de él como puede estarlo la mariposa fuera de su crisálida, esa cáscara vacía, ese despojo informe, para abrir sus jóvenes alas a la luz desconocida y súbitamente revelada. A una intermitencia de sombra profunda le había seguido un deslumbramiento de esplendor, una expansión del horizonte, una desaparición de todo límite y de todo obstáculo, que me embriagaba con una dicha indescriptible. Explosiones de sentidos nuevos me hacían comprender los misterios impenetrables para el pensamiento y los órganos terrenales. Liberada de esa arcilla sometida a las

4. Véase la obra de Théophile Gautier. Versión castellana: *Espírita*, Madrid: Librería de Alfonso Durán, 1866. (N. del T.)

leyes de la gravedad, que me tornaban pesada poco antes, me lanzaba con una celeridad loca hacia el insondable éter. Las distancias ya no existían para mí, y apenas el deseo me llevaba adonde yo quería estar. Trazaba grandes círculos, en un vuelo más rápido que la luz, a través del azul vacío de los espacios, como para tomar posesión de la inmensidad, cruzándome con enjambres de almas y de Espíritus".

Y la trama se desarrolla cada vez más espléndida. Ignoro si en el fondo de su alma el señor Théophile Gautier es espírita; pero con toda seguridad les da de beber a los materialistas, a los incrédulos, el brebaje saludable en copas de oro magníficamente cinceladas.

También bendigo el año 1865 por los ataques de cólera que contuvo en sus flancos. Nadie se equivoque con esto: los hermanos Davenport no son la causa sino el pretexto para esa cruzada. Soldados de todos los uniformes han apuntado contra nosotros sus cañones estriados. Ahora bien, ¿qué han logrado demostrar? La fuerza y la resistencia de la ciudadela sitiada. Conozco un periódico del Mediodía, muy difundido, muy valorado, y con razón, que desde hace mucho tiempo se ocupa de enterrar al espiritismo, pobremente, una vez por mes; de lo cual se concluye que el espiritismo resucita al menos doce veces al año. Ya veréis que lo harán inmortal a fuerza de matarlo.

Ahora solo me resta expresaros mis deseos de un feliz Año Nuevo. Mis primeros votos son para vos, señor y querido maestro, por vuestra felicidad, por vuestra obra tan valientemente emprendida y tan dignamente continuada.

Hago votos por la unión íntima de todos los espíritas. He observado con pesar algunas nubes ligeras posándose en nuestro horizonte. ¿Quién nos amará si no sabemos amar-

nos? Como vos decís muy bien en el último número de vuestra *Revista*: *Quien crea en la existencia y en la supervivencia del alma, así como en la posibilidad de las relaciones entre los hombres y el mundo espiritual, es espírita.* Que esta definición permanezca, y en ese terreno sólido siempre estaremos de acuerdo. Y ahora, si algunos detalles de la doctrina, incluso importantes, a veces nos dividen, discutámoslos, no como fratricidas, sino como hombres que solo tienen un objetivo: el triunfo de la razón y, mediante la razón, la búsqueda de lo verdadero y de lo bello, el progreso de la ciencia, la felicidad de la humanidad.

Restan mis más ardientes votos, los más sinceros. Los hago por todos los que se consideran nuestros enemigos: ¡que Dios los ilumine!

Adiós, señor. Recibid para vos y para todos nuestros hermanos de París la renovada garantía de mis sentimientos afectuosos y de mi distinguida consideración.

T. Jaubert
Vicepresidente del Tribunal

Cualquier comentario acerca de esta carta sería superfluo. Apenas agregaremos una palabra: hombres como el señor Jaubert honran la bandera que portan. Su opinión tan juiciosa sobre la obra del señor Theóphile Gautier nos dispensa de la reseña que de ella nos proponíamos hacer este mes. La recordaremos en el próximo número.

La joven cataléptica de Suabia

Estudio psicológico

Con el título *Doble vista*, varios periódicos –entre ellos *La Patrie* y *L'Événement*, los días 26 y 28 de noviembre, respectivamente– reprodujeron el siguiente hecho:

"Se aguarda en París el arribo de una joven, natural de Suabia, cuyo estado mental presenta fenómenos que distan mucho de los malabarismos de los hermanos Davenport y de otros espíritas.

"Luisa B…, de dieciséis años y medio, vive con sus padres, que son productores agropecuarios en un lugar llamado el Bondru (Seine-et-Marne), donde se establecieron después de haber dejado Alemania.

"Como consecuencia del hondo pesar que le causó la muerte de su hermana, Luisa cayó en un estado de sueño letárgico, que se mantuvo durante cincuenta y seis horas. Después de ese lapso, la joven se despertó, pero ya no en la vida real y normal, sino en una existencia extraña, que se resume en los siguientes fenómenos:

"Luisa perdió súbitamente la vivacidad y la alegría, pero sin sufrimiento, asumiendo una especie de beatitud, unida con la calma más profunda. El día entero se mantiene inmóvil en una silla, y solo responde con monosílabos las preguntas que le dirigen. Cuando llega la noche, cae en un estado cataléptico, que se caracteriza por la rigidez de los miembros y la mirada fija.

"En ese momento, las facultades y los sentidos de la joven adquieren una sensibilidad y un alcance que superan los

límites del poder humano. No solo posee el don de la doble vista, sino también el de la doble audición, es decir que escucha las palabras proferidas cerca de ella, tanto como las que se pronuncian en un punto más o menos alejado, hacia el cual concentra su atención.

”En las manos de la cataléptica, cada objeto adopta para ella una imagen doble. Como todo el mundo, siente la forma y la apariencia exterior del objeto, pero además ve claramente la representación de su interior, es decir, el conjunto de las propiedades que posee y los usos que le competen en el orden de la creación.

”Ante una diversidad de muestras de plantas, de metales y minerales, que son sometidas a su inconsciente apreciación, la joven señala sus virtudes latentes e inexploradas, lo cual hace pensar en los descubrimientos de los alquimistas de la Edad Media.

”Luisa experimenta un efecto análogo ante las personas con las que se comunica mediante el contacto de las manos. Las ve tal como son y, al mismo tiempo, como fueron en una edad menos avanzada. Los estragos del tiempo y de la enfermedad desaparecen, y si la persona ha perdido algún miembro, para Luisa aún subsiste.

”La joven campesina sostiene que, a pesar de las modificaciones de la acción vital exterior, *la forma corporal sigue siendo plenamente reproducida por el fluido nervioso.*

”Si la trasladan a lugares donde hay tumbas, Luisa ve y describe, de la manera que acabamos de referir, a las personas cuyos despojos fueron confiados a la tierra. Entonces sufre espasmos y crisis nerviosas, tal como le ocurre cuando se apro-

xima a lugares donde hay agua y metales bajo el suelo, sea cual fuere la profundidad a que se encuentren.

”Cuando la joven Luisa pasa de la vida ordinaria a ese otro modo de vida, que podemos denominar superior, le parece que un velo denso cae sobre sus ojos.

”La creación, que ella enseña de forma novedosa, constituye el objeto de su perenne admiración. Además, a pesar de que es analfabeta, para expresar su entusiasmo se vale de comparaciones e imágenes verdaderamente poéticas.

”Ninguna preocupación religiosa se mezcla con esas impresiones. Los padres, lejos de considerar esos fenómenos insólitos como un objeto de especulación, los ocultan con el mayor cuidado. Sin hacer ruido, han decidido traer a su joven hija a París, debido a que esa sobreexcitación constante del sistema nervioso ejerce sobre sus órganos una influencia destructiva, y su deterioro es notable. Los médicos que la tratan recomendaron que la trasladaran a la capital, tanto para recurrir al auxilio de los especialistas en el arte de curar, como para someter a consideración de la ciencia los hechos que son ajenos al ámbito de sus investigaciones habituales, y cuya explicación aún no se ha encontrado”.

Los fenómenos que esta joven manifiesta –dice el autor del artículo– “distan mucho de los malabarismos de los hermanos Davenport y de otros espíritas”. Si esos fenómenos son reales, ¿qué relación pueden tener con la prestidigitación? ¿A qué se debe esa comparación entre cosas disímiles? ¿Por qué dicen que una es superior a la otra? Con la intención de hacerle una pequeña maldad al espiritismo, y sin proponérselo, el autor anuncia una gran verdad, que va en apoyo de lo que intenta denigrar. Proclama un hecho esencialmente espírita,

que el espiritismo reconoce y acepta como tal, mientras que nunca colocó a los señores Davenport bajo su patrocinio, y mucho menos los presentó como adeptos y apóstoles. Los señores periodistas sabrían eso si hubieran tomado en cuenta las innumerables protestas que recibieron desde todas partes contra la identificación que pretendían establecer entre una doctrina esencialmente moral y filosófica, por un lado, y las exhibiciones teatrales, por otro.

El autor dice también que "la explicación de esos fenómenos aún no se ha encontrado", lo cual es cierto en el caso de la ciencia oficial. En cambio, para la ciencia espírita, hace mucho tiempo que ha dejado de ser un misterio. Con todo, no se carece de los medios necesarios para instruirse al respecto. No son raros los casos de catalepsia, de doble vista, de sonambulismo natural, junto con las extrañas facultades que se desarrollan en esos diferentes estados. Entonces, ¿por qué razón la ciencia todavía sigue buscando la explicación? Ocurre que la ciencia se obstina en buscarla donde no está y donde nunca la encontrará: en las propiedades de la materia.

Tomemos el caso de un hombre que está vivo, que piensa y razona. Un segundo después, muere, y ya no da ninguna señal de inteligencia. Así pues, mientras ese hombre pensaba, en él había algo que ahora no existe más, porque ya no piensa. ¿Qué es eso que en él pensaba? La materia –responderéis vosotros–. Pero la materia sigue ahí, intacta, sin que le falte ninguno elemento. ¿Por qué, entonces, hasta hace un instante pensaba, y ahora ya no lo hace? Porque se encuentra desorganizada –diréis–, y no cabe duda de que las moléculas se han disgregado; tal vez se haya roto alguna fibra; algo se descompuso y el movimiento intelectual se detuvo. Pues bien, a eso se reduce el genio según vosotros: las más extraordinarias

concepciones humanas se hallan a merced de una fibra, de un átomo imperceptible. Sin ellos, ¡los sacrificios de toda una vida de trabajo se pierden para siempre! De todo ese bagaje intelectual, adquirido con gran esfuerzo, no queda nada. La más vasta inteligencia es apenas un reloj bien armado que, una vez descompuesto, ¡solo sirve para chatarra! Esto es poco lógico y poco esperanzador. Con semejante perspectiva, sin duda sería preferible que solamente nos dedicáramos a comer y beber. En fin, solo se trata de un sistema.

Según vosotros, el alma es una simple hipótesis. Pero esa hipótesis, ¿no se hace realidad en casos semejantes al de la joven en cuestión? En ese caso el alma se muestra al descubierto; no la veis, pero os consta que piensa y actúa independientemente de su envoltura material; se transporta lejos; ve y escucha a pesar del estado de insensibilidad en que se encuentran los órganos del cuerpo. ¿Acaso podéis explicar tan solo mediante los órganos aquellos fenómenos que se producen fuera de su ámbito de acción? ¿No es eso la prueba de que el alma es independiente de ellos? ¿Cómo es posible, pues, no reconocerla con esas señales tan evidentes? Ocurre que, para eso, sería necesario que admitierais la intervención del alma en los fenómenos patológicos y fisiológicos, que en ese caso dejarían de ser exclusivamente materiales. Ahora bien, ¿cómo podríais reconocer un elemento espiritual en los fenómenos de la vida, toda vez que afirmasteis constantemente lo contrario? Esto es lo que no podéis resolver, pues tendrías que aceptar la equivocación, y es duro, para algunos amores propios, recibir un desmentido procedente de la propia alma a la que han negado. Además, dado que el alma se muestra en todas partes con tanta evidencia, rápidamente os apresuráis a cubrirla con un celemín, y ya no se escucha hablar más de ella.

Lo mismo habéis hecho con el hipnotismo y con tantas otras cosas. Quiera Dios que eso no ocurra también con Luisa B… Para poner fin a la cuestión, decís que esos fenómenos son ilusiones, y que sus promotores están locos o son charlatanes.

Esas son las razones por las cuales se descuidó el estudio de los fenómenos psicofisiológicos, tan interesante y tan fecundo en resultados morales; y también por esa causa el materialismo rechaza al espiritismo, que se apoya por completo en las manifestaciones ostensibles del alma, tanto durante la vida como después de la muerte.

No obstante –dirán algunos–, el partido religioso, gravemente herido por el materialismo, debería recibir con entusiasmo los fenómenos que llegaron para derrotar a la incredulidad mediante la evidencia. ¿Por qué, entonces, en vez de utilizarlos como arma, los rechaza? Ocurre que el alma es un ser indiscreto, que se presenta en condiciones muy diferentes del estado con el que nos enseñaron su existencia, y sobre el cual se ha construido todo un sistema. Deberían reconsiderar esas creencias que califican como inmutables. Ocurre que el alma ve demasiado claro y, por lo tanto, había que prohibirle la palabra. Pero no contaron con su sutileza; no pueden encerrarla como a un pájaro en su jaula. Si le cierran una puerta, ella abre otras mil. En la actualidad, las almas se hacen escuchar en todas partes, para decirnos de un extremo del mundo al otro: "esto es lo que somos". Muy hábiles deberán ser los que pretendan impedírselo.

Volvamos a nuestro tema. La joven en cuestión presenta el fenómeno, muy común en esos casos, de la expansión de las facultades. Esa expansión –dice el artículo– "tiene un alcance que supera los límites del poder humano". Aquí es necesario que distingamos dos órdenes de facultades: las perceptivas,

es decir, la vista y el oído, y las facultades intelectuales. Las primeras son puestas en actividad por los agentes exteriores cuya acción repercute en el interior; las segundas constituyen el pensamiento que irradia desde el interior hacia el exterior. En primer lugar, hablemos de las primeras.

En el estado normal, el alma percibe a través de los sentidos. En este caso, la joven percibe lo que está fuera del alcance de la vista y del oído: ve en el interior de las cosas, penetra los cuerpos opacos, y describe lo que ocurre a gran distancia. Así pues, ve y escucha de otro modo que con los ojos y los oídos; y lo hace en un estado en que el organismo es afectado por la insensibilidad. Si se tratara de un hecho único, excepcional, podríamos atribuirlo a una peculiaridad de la naturaleza, a una especie de aberración. Pero es muy común: se muestra de manera idéntica, aunque en grados diferentes, en la mayoría de los casos de catalepsia, en la letargia, en el sonambulismo natural y en el artificial, e incluso en numerosos individuos que presentan todas las apariencias del estado normal. Por consiguiente, se produce en virtud de una ley. ¿Cómo es posible que la ciencia, que llega al punto de investigar el movimiento de atracción de una ínfima partícula de polvo, haya descuidado un hecho tan importante?

El desarrollo de las facultades intelectuales es aún más extraordinario. Nos encontramos ante una joven, una campesina analfabeta, que no solo se expresa con elegancia y poesía, sino que también revela conocimientos científicos acerca de cosas que nunca aprendió; y una circunstancia no menos singular es que eso le ocurre en un estado particular, al salir del cual lo ha olvidado todo y vuelve a ser tan ignorante como antes. No obstante, cuando retorna al estado extático, el re-

cuerdo vuelve con las mismas facultades y los mismos conocimientos. Para ella son dos existencias distintas.

Ahora bien, conforme a la escuela materialista, si las facultades son un producto directo de los órganos; y si, para servirnos de la expresión de esa escuela, "el cerebro segrega el pensamiento como el hígado la bilis", entonces también segrega *conocimientos acabados*, sin la ayuda de un profesor. ¿Se tratará de una propiedad que aún no se conocía en ese órgano? Además, según esa misma hipótesis, ¿cómo se explican ese desarrollo intelectual extraordinario, esas facultades trascendentes, que se poseen, se pierden y se recuperan alternadamente, de modo casi inmediato, toda vez que el cerebro es siempre el mismo? ¿No es esa la prueba patente de que hay una dualidad en el hombre, de que hay una separación entre el principio material y el principio espiritual?

Ese fenómeno tampoco es excepcional: es tan común como el de la expansión de la vista y el oído. Al igual que este último, depende de una ley. Son esas las leyes que el espiritismo buscó, y que la observación le ha permitido conocer.

El alma es el ser inteligente; es la sede de todas las percepciones y de todas las sensaciones; siente y piensa por sí misma; es individual, distinta, perfectible, preexistente y sobreviviente respecto del cuerpo. El cuerpo es su envoltura material: el instrumento de sus relaciones con el mundo visible. Durante su unión con el cuerpo, el alma percibe por medio de los sentidos, y transmite su pensamiento con la ayuda del cerebro. Separada del cuerpo, percibe directamente y piensa con mayor libertad. Dado que los sentidos tienen un alcance circunscrito, las percepciones recibidas por su intermedio son limitadas y, de algún modo, quedan amortiguadas. En cambio, recibidas sin intermediario, las percepciones son indefinidas

y de una admirable sutileza, porque el alma supera, no la potencia humana, sino todos los productos de nuestros medios materiales. Por esa misma razón, el pensamiento transmitido por el cerebro se tamiza, por decirlo de algún modo, a través de ese órgano. La densidad y los defectos del instrumento lo paralizan y en parte lo obstruyen, como esos cuerpos transparentes que absorben una parte de la luz que los atraviesa. Obligada a servirse del cerebro, el alma es como un músico muy bueno ante un instrumento imperfecto. Liberada de ese auxiliar incómodo, despliega todas sus facultades.

Así es el alma durante la vida y después de la muerte. Para ella existen dos estados: el de encarnación o restricción, y el de desencarnación o libertad. En otras palabras: el de la vida corporal y el de la vida espiritual. La vida espiritual es la vida normal y permanente del alma; la vida corporal es transitoria y pasajera.

Durante la vida corporal, el alma no sufre constantemente la restricción del cuerpo, y ahí está la clave de esos fenómenos físicos que nos parecen tan extraños porque nos transportan más allá de la esfera habitual de nuestras observaciones. Se los ha calificado como sobrenaturales –aunque en realidad están sometidos a leyes perfectamente naturales–, pero porque esas leyes nos resultaban desconocidas. Actualmente, gracias al espiritismo, que dio a conocer esas leyes, lo maravilloso ha desaparecido.

Durante la vida de relación con el mundo exterior, el cuerpo requiere de su alma o Espíritu como guía, para que este lo dirija. Pero en los momentos de inactividad del cuerpo, la presencia del alma ya no es necesaria. Entonces el alma se desprende, aunque no deja de mantenerse unida al cuerpo por un lazo fluídico, que la reclama cuando el cuerpo siente la

necesidad de su presencia. En esos momentos, el alma recobra parcialmente la libertad de actuar y de pensar, de la que solo gozará por completo después de la muerte del cuerpo, cuando se encuentre totalmente separada de él. Esta situación ha sido descripta espiritualmente y con mucha veracidad por el Espíritu de una persona viva, que se comparaba con un globo cautivo[5], así como por otro Espíritu, de una persona que era idiota en esa vida, y que decía ser como un pájaro atado por una de sus patas (*Revista Espírita*, junio de 1860, pág. 173).

Ese estado, que denominamos *emancipación del alma*, se produce de manera normal y periódica durante el dormir. El cuerpo descansa, para recuperarse de la pérdida de fuerzas físicas; pero el Espíritu, que no ha perdido nada, aprovecha ese descanso para trasladarse adonde quiera. La emancipación también se produce, excepcionalmente, cuando una causa patológica, o simplemente fisiológica, provoca la inactividad total o parcial de los órganos de la sensación y de la locomoción. Eso es lo que ocurre durante la catalepsia, la letargia y el sonambulismo. El desprendimiento o, si se prefiere, la libertad del alma, es tanto más importante cuanto más absoluta es la inercia del cuerpo. Por esa razón, el fenómeno alcanza su mayor desarrollo en la catalepsia y la letargia. En ese estado, el alma ya no percibe con los sentidos materiales, sino, para decirlo de algún modo, con el *sentido psíquico*; por eso sus percepciones superan los límites ordinarios. Además, el pensamiento actúa sin la mediación del cerebro, y por eso el alma despliega facultades más trascendentes que en estado normal. Tal es la situación de la joven B…; por eso ella dice, con razón, que "cuando pasa de la vida ordinaria a ese modo de vida

5. Véase *El libro de los Espíritus*, § 412. (N. del T.)

superior, le parece que un velo denso cae sobre sus ojos". Esa es también la causa del fenómeno de la *doble vista*, que no es otra más que la vista directa del alma; de la visión a distancia, que resulta del traslado del alma al lugar que describe; de la lucidez sonambúlica, etc.

"Cuando Luisa B… ve personas vivas, los estragos del tiempo y de la enfermedad desaparecen, y si la persona ha perdido algún miembro, para Luisa aún subsiste; la forma corporal sigue siendo plenamente *reproducida por el fluido nervioso.*" Si Luisa viera simplemente el cuerpo, lo vería tal como es; pero lo que ella ve es la envoltura fluídica. El cuerpo material puede ser amputado, pero no el periespíritu. Lo que aquí se designa como *fluido nervioso* no es otra cosa más que el *fluido periespiritual*.

Luisa ve también a los que están muertos. Así pues, en eso hay algo más. ¿Qué es lo que ve? No puede ser el cuerpo, que ya no existe. Sin embargo, los ve con una forma humana, con la forma que tenían en vida. Lo que ella ve es el alma revestida de su cuerpo fluídico o periespíritu. De modo que las almas sobreviven al cuerpo; no son seres abstractos, chispas, llamas, soplos perdidos en la inmensidad de un depósito común, sino seres reales, distintos, circunscriptos e individuales. Si Luisa ve a los vivos del modo como ve a los muertos, entonces los vivos tienen, como los muertos, el mismo cuerpo fluídico imperecedero, mientras que la densa envoltura material se disuelve con la muerte. Ella no ve almas perdidas en las infinitas profundidades del espacio, sino en medio de nosotros, lo cual demuestra la existencia del mundo invisible que nos rodea, y en medio del cual vivimos sin sospecharlo.

Tales revelaciones, ¿no son una invitación a reflexionar seriamente? ¿Quién pudo darle semejantes ideas a esa joven?

¿Acaso fue la lectura de las obras espíritas? Ella no sabe leer. ¿Pudo ser el contacto con espíritas? Nunca escuchó hablar de ellos. Entonces, ¿será que describe todas esas cosas de manera espontánea? ¿Será el producto de su imaginación? Pero ella no es la única: miles de videntes han dicho y dicen lo mismo todos los días, cosa que la ciencia no sospecha. Ahora bien, a partir de ese auxilio universal de observaciones, el espiritismo dedujo la teoría.

En vano la ciencia buscará la solución de esos fenómenos mientras prescinda del elemento espiritual, pues en dicho elemento está la clave de todos esos supuestos misterios. Que lo admita, aunque sea a título de hipótesis, y todo se explicará sin dificultad.

Observaciones de esta naturaleza, sobre sujetos como Luisa B…, exigen mucho tacto y prudencia. Es necesario no perder de vista que, en ese estado de excesiva susceptibilidad, la menor conmoción puede ser funesta, pues el alma, feliz de hallarse desprendida del cuerpo, apenas se encuentra unida a él mediante un hilo, que cualquier cosa puede cortar de manera irreversible. En esos casos, las experiencias realizadas sin tomar precauciones pueden MATAR.

Poesías espíritas

Alfred de Musset

El señor Timothée Trimm ha publicado, en *Le Petit Journal*, del 23 de octubre de 1865, las estrofas que uno de sus amigos le entregó con la explicación de que habían sido dic-

tadas mediúmnicamente por Alfred de Musset a una señora de su conocimiento. Tal parece que la *locura* del espiritismo afecta incluso a los amigos de esos señores, que no se atreven públicamente a enviarlos al manicomio de Charenton, sobre todo cuando esos amigos son, como en este caso, hombres de una inteligencia notable, situados en el más alto nivel de la producción artística. No cabe duda de que, por respeto a ese amigo, el señor Trimm no maltrató demasiado la procedencia de tales versos, de modo que se contentó con encuadrarlos en una escena de fantasía semiburlesca. Dice, entre otras cosas:

"No invento nada: constato. En un castillo de los alrededores de París, evocan al autor de *Kolla* y de *La copa y los labios*… para que se comunique a través de una mesa. ¡Le piden versos inéditos…! Un secretario espírita se encuentra sentado ante el pupitre encantado. Dice que obtuvo un escrito, que ese inmortal le dictó… y lo muestra a la concurrencia".

Lo cierto es que esos versos no se obtuvieron en un castillo de los alrededores de París, ni a través de una mesa, sino mediante la escritura ordinaria, y tampoco se había evocado a Alfred de Musset. Sin duda, desde el punto de vista del señor Trimm, la idea de que el poeta se comunicara a través de una mesa sirve para ubicar al espiritismo en un lugar más vulgar. No obstante, los hechos ocurrieron de este modo:

La señora X… es una dama de categoría, instruida como todas las que han recibido educación; pero no es poetisa. Cuenta con una poderosa facultad mediúmnica, psicográfica y vidente, y en numerosas ocasiones demostró de manera irrecusable la identidad de los Espíritus que se comunican por su intermedio. Cierta noche, mientras pasaba la temporada de verano junto a su marido –un espírita tan ferviente como ella–, en un chalecito entre las dunas del departamento del

Norte, la señora X… se encontraba en su balcón, a la luz de la luna, contemplando la bóveda azulada y la vasta extensión de las dunas, en medio de un solemne silencio que solo era interrumpido por los ladridos del perro guardián –destacamos estas circunstancias porque dan a los versos un sello de actualidad–, cuando de repente se sintió agitada y como si estuviera envuelta en un fluido y, sin que lo hubiera previsto, fue inducida a tomar una pluma. Entonces escribió de un tirón, sin tachas ni enmiendas, en algunos minutos, los versos referidos, con la firma de Alfred de Musset, en quien ella no pensaba en absoluto. Los reproducimos aquí en su totalidad. Esto ocurrió el 1.° de septiembre de 1865.

Así estás, pobre Espíritu,
contemplando día y noche
la triste duna,
sin tener, para no aburrirte,
más que un perro ladrando
al claro *de luna*.

Cuando veo que, sola y
perturbada,
levantas hacia la bóveda
estrellada
tu mirada húmeda,
recuerdo los tristes días
en que yo siempre maldecía
la tierra árida.

Tanto como tú, yo he sufrido,
al sentir en *este* gran desierto

Ainsi, te voilà, pauvre Esprit,
Contemplant le jour et la nuit
La triste dune,
N'ayant, pour te désennuyer,
Que le chien qui vient aboyer
Au clair *de lune.*

Quand je te vois, seule et
troublée,
Lever vers la voûte
étoilée
Ton œil humide,
Je me souviens des tristes jours
Où je maudissais pour toujours
La terre aride.

Tout autant que toi, j'ai souffert,
En sentant dans *ce* grand désert

mi corazón en llamas;
como una perla en el mar
profundo,
busqué por todo el mundo
un grito del alma.

Para calmar de mi mente
el fuego,
viajé bajo el azul del cielo
de Italia;
Florencia y Venecia me vieron,
en el seno desnudo de sus hijas,
arrastrando mi vida.

A veces el pescador indolente
me vio llorar, como adolescente,
cerca de la costa,
y se detuvo, lleno de piedad,
dejando sus redes en la mitad
del mar que las roba.

Vuelve con nosotros, pobre
muchacho;
como se acuna en el regazo
al niño lloroso,
te llevaremos en tu hora
a las *tierras* llenas de amor
donde yo reposo.

Si en estos versos, hechos para ti,
a pesar mío, de nuevo escribí

Mon cœur en flamme;
Comme une perle au fond des
mers,
J'ai cherché dans tout l'univers
Un cri de l'âme.

Pour apaiser ma tête
en feu,
J'ai voyagé sous le ciel bleu
De l'Italie;
Florence et Venice m'ont vu,
Parmi leurs filles au sein nu,
Traîner ma vie.

Parfois le pêcheur indolent
M'a vu pleurer, comme un enfant,
Près de la grève,
Et s'arrêtant, plein de piété,
Laisser ses filets qu'à moitié
La mer enlève.

Pauvre enfant, reviens près de
nous;
Comme on berce sur les genoux
L'enfant qui pleure,
Nous te conduirons à ton tour
Dans les *terres* pleines d'amour
Où je demeure.

Si dans ces vers écrits pour toi,
J'ai pris encoré et malgré moi

esta rima,
fue para mostrar a los sabios,
que de los Espíritus se mofan,
mi firma.

Cette facture,
C'est pour affirmer aux savants,
Qui se moquent des revenants,
Ma signature.

A. de Musset

Al publicar estos versos, *Le Petit Journal* introdujo en ellos varias modificaciones, que desnaturalizan su sentido y se prestan al ridículo. En el sexto verso de la primera estrofa, en vez de: *al claro de luna*, puso: *al claro de la luna*, lo cual estropea el verso y lo torna grosero.

La segunda estrofa fue suprimida, con lo cual se interrumpe la concatenación de las ideas.

En la tercera, segundo verso, en vez de: *en este gran desierto*, que describe la localidad, puso: *en el gran desierto*.

En la sexta, quinto verso, en vez de: *a las tierras* [*terres*] *llenas de amor*, que tiene sentido, puso: *a los invernaderos* [*serres*] *llenos de amor*, que no lo tiene.

Es lamentable que *Le Petit Journal* se haya negado a publicar las rectificaciones. Con todo, el autor del artículo dijo: "No invento nada: constato".

Por otra parte, a propósito de la novela del señor Théophile Gauthier, titulada *Espírita*, el mismo Espíritu dictó a la médium las siguientes estrofas, el 2 de diciembre de 1865:

Estoy de regreso, señora. Aunque había prometido
ante mis grandes dioses, que no volvería a rimar,
triste tarea es mandar a publicar
las obras de un autor al estado de alma reducido.

Me había escapado lejos de vos, pero un Espíritu encantador,
al hablar de nosotros, una sonrisa se arriesga a mostrar.
Pienso que él sabe más de lo que quiere expresar,
y que en alguna parte su aparición ha encontrado.

Realmente, parece extraño: ¡Un aparecido!
Yo mismo, cuando estaba aquí abajo, me reía;
pero, mientras afirmaba que tampoco creía,
como a un salvador, a mi ángel habría recibido.

¡Cuánto me habría gustado que, con la frente pálida,
apoyada en mi mano, a la noche, en la ventana,
mi espíritu, llorando, *el gran tal vez* sondara,
recorriendo a lo lejos los campos de lo infinito!

Amigos, ¿qué esperáis de un siglo sin creencia?
Cuando hayáis exprimido vuestro más bello fruto,
el hombre tropezará siempre con una tumba
si, para sostenerlo, ya no tiene esperanza.

"Pero no son de él –dirán– estos versos."
¡Qué me importa, al fin y al cabo, del vulgo la crítica!
Cuando estaba vivo, casi no me interesaba;
con más razón, hoy me reiría de eso.

A. de Musset

Me voici revenu. Pourtant j'avais, Madame,
Juré sur mes grands dieux de ne jamais rimer.
Cést un triste métier que de faire imprimer
Les œuvres d'un auteur réduit à l'état d'âme.

J'avais fui loin de vous, mais un Esprit charmant
Risque, en parlant de nous, d'exciter le sourire.
Je pense qu'il en sait bien plus qu'il n'en veut dire,
Et qu'il a, quelque part, trouvé son revenant.

Un revenant! Vraiment cela paraît étrange;
Moi-même j'en ai ri quand j'étais ici-bas;
Mais lorsque j'affirmais que je n'y croyais pas,
J'aurais, comme un sauveur, accueilli mon bon ange.

Que je l'aurais aimé, lorsque, le front jauni,
Appuyé sur ma main, la nuit, dans la fenêtre,
Mon esprit, en pleurant, sondait *le grand peut-être*,
En parcourant au loin les champs de l'infini!

Amis, qu'espérez-vous d'un siècle sans croyance?
Quand vous aurez pressé votre fruit le plus beau,
L'homme trébuchera toujours sur un tombeau
Si, pour le soutenir, il n'a plus l'espérance.

Mais ces vers, dira-t-on, ils ne sont pas de lui.
Que m'importe, après tout, le blâme du vulgair!
Lorsque j'étais vivant, il ne m'occupait guère;
A plus forte raison en rirais-je aujourd'hui.

A. de Musset

Acerca de estos versos, transcribimos la opinión del señor Junior, uno de los redactores de *Le Monde Illustré*. El señor Junior no es espírita. (Véase *Le Monde Illustré* del 16 de diciembre de 1865).

"El señor T. Gautier ha recibido de parte de una señora una poesía firmada por Alfred de Musset, y cuyo título podría ser: *Para una dama espírita, que me había solicitado versos para su álbum*. Se sobrentiende, puesto que hablamos de espiritismo, que esa señora afirma que ha sido la intermediaria, la médium obediente, cuya mano escribió los versos dictados por Alfred de Musset, muerto hace ya algunos años.

"Hasta aquí no vemos nada extraño, toda vez que, cuando se hurga en lo infinito, todos los que creen en el espiritismo se dirigen a vos y os llenan de comunicaciones más o menos interesantes. Pero los versos firmados por Musset son de tal calidad, que quien los ha escrito es un poeta o una poetiza de primer nivel. Es el estilo de Musset, es su lenguaje encantador, su gentil desenfado, su atractivo y su ritmo gracioso. No es excesivo como el pastiche, no es pretencioso ni forzado; y estáis en lo cierto cuando pensáis que, si un maestro como T. Gautier ha sido engañado, es preciso reconocer que el texto es un plagio admirable. Lo curioso del caso es que el honorable señor Charpentier, editor de las obras completas de Musset, a quien mostraron esos encantadores versos –que espero enseñaros pronto–, se puso a gritar: *¡Atrapen al ladrón!*

"Sabéis bien que no creo ni una sola palabra de lo que dicen los Allan Kardec y los Delaage, pero esto me confunde y me molesta. Me veo obligado a suponer que tales versos son inéditos y pertenecen al poeta de las *Noches* –lo cual no es admisible, porque, al fin y al cabo, ¿con qué pretexto la señora en cuestión habría guardado esos versos en su cajón?– o entonces un poeta de raza inventó esa mistificación, pero los poetas no pierden sus copias de ese modo. ¿Cuál es, pues, la solución posible? Escucho aquí a un hombre *práctico* que me dice: 'Mi estimado señor, ¿queréis una solución? Se encuentra

en vuestra imaginación, que exagera el alcance y la excelencia de esos versos; son delicados, y nada más; y cualquier médium sabelotodo, que conozca un poco de Musset, hará otro tanto.

"Señor hombre práctico: tenéis razón; así ocurre noventa y nueve veces cada cien. No obstante, ¡si supierais hasta qué punto soy de sangre fría! He leído esos versos, que aún no tengo derecho a mostraros; los he leído y releído, y sostengo que ni siquiera el propio Gautier, el gran lingüista, el gran cincelador del *Poema de la Mujer*, podría hacer un Musset mejor que este."

Observación: hay una circunstancia que el autor no toma en cuenta, y que elimina toda posibilidad de que los versos hayan sido escritos por Musset cuando estaba vivo: las noticias y las alusiones a circunstancias del presente. En cuanto a la médium, no es poetiza ni sabionda, eso es cierto; y además, su posición en la sociedad la mantiene alejada de toda sospecha de engaño.

El espiritismo ocupa su lugar en la filosofía y en los conocimientos usuales

En este momento se publica una importante obra, que le interesa en sumo grado a la doctrina espírita, y la mejor manera de presentarla es analizando su prospecto.

"*Nuevo Diccionario Universal*, panteón literario y enciclopedia ilustrada, de Maurice Lachatre, con el aporte de científicos, artistas y escritores, conforme a los trabajos de: *Allan*

Kardec, *Ampère*, *Andral*, *Arago*, *Audouin*, *Balbi*, *Becquerel*, *Berzelius*, *Biot*, *Brongnard*, *Burnouf*, *Chateaubriand*, *Cuvier*, *Flourens*, *Gay-Lussac*, *Guizot*, *Humboldt*, *Lamartine*, *Lamennais*, *Laplace*, *Magendie*, *Michelet*, *Ch. Nodier*, *Orfila*, *Payen*, *Raspail*, *de Sacy*, *J. B. Say*, *Thiers*, etc., etc.

"Dos magníficos volúmenes in-4.° grande, a tres columnas, ilustrados con veinte mil imágenes grabadas en madera e intercaladas en el texto.- Dos entregas semanales, de 10 centavos cada una.- Cada fascículo contiene 95.768 letras, es decir, la mitad del material de un volumen in-8.°. La obra contiene 200 fascículos por volumen, y solo costará 40 francos. Constituye el más importante emprendimiento literario de nuestra época, y contiene el análisis de más de 400.000 obras. Con toda razón, puede considerarse el más vasto repertorio de conocimientos humanos. El *Nuevo Diccionario Universal* es el más exacto, completo y progresista de todos los diccionarios, y el único que abarca en sus desarrollos todos los diccionarios especiales de la lengua usual y poética, los sinónimos, el lenguaje antiguo, las dificultades gramaticales, la teología, las religiones, sectas y herejías, las fiestas y ceremonias de todos los pueblos, la mitología, el magnetismo, el espiritismo, las doctrinas filosóficas y sociales, la historia, la biografía, las ciencias, la física, la química, la historia natural, la astronomía, las invenciones, la medicina, la geografía, la marina, la jurisprudencia, la economía política, la francmasonería, la agricultura, el comercio, la economía doméstica, del hogar, etc., etc.- París, *Docks de la librairie*, 38 boulevard Sébastopol."

Esta obra cuenta hasta el momento con veinte mil suscriptores.

En primer lugar, debemos señalar que nuestro nombre encabeza la lista de autores cuyas obras han sido consultadas, porque así lo ha querido el orden alfabético, y no la primacía.

Todos los términos específicos del vocabulario espírita se encuentran en ese vasto repertorio, no con una simple definición, sino con la totalidad de los desarrollos que cada uno de ellos implica; de modo que el conjunto de esos términos formará un auténtico tratado de espiritismo. Además, cada vez que alguna palabra da lugar a una deducción filosófica, la idea espírita es colocada en paralelo, como punto de comparación. Concebida con espíritu de imparcialidad, esta obra no presenta la idea espírita como una verdad absoluta respecto de cualquier otra. Deja al lector en libertad de aceptarla o rechazarla, pero le brinda los medios para que la examine, presentándola con escrupulosa exactitud y no truncada, alterada o evaluada con anticipación. Se limita a decir: sobre determinado punto algunos piensan de tal modo, mientras que el espiritismo lo explica de tal otro.

Un diccionario no es un tratado especial acerca de algún tema, en el cual el autor desarrolla su opinión personal, sino una obra de investigación cuyo destino es ser consultada, y que se dirige a todas las opiniones. Si en él se busca una palabra, es para saber lo que realmente significa, y no para contar con una apreciación del redactor, la cual puede ser correcta o no. Un judío o un musulmán deben poder encontrar en él las ideas judías o musulmanas reproducidas con exactitud, lo cual no obliga a que se adhiera a dichas ideas. El diccionario no tiene que decidir si son buenas o malas, absurdas o racionales, porque lo que es aprobado por unos puede ser condenado por otros. Así pues, al presentarlas integralmente, no asume ninguna responsabilidad. Si se trata de una cuestión

científica, que divide a los especialistas –como en el caso de la homeopatía y la alopatía, por ejemplo–, su misión consiste en dar a conocer los dos sistemas, pero no promover uno de ellos en detrimento del otro. Ese debe ser el carácter de un diccionario *enciclopédico*; y solo con esa condición puede ser consultado de manera provechosa, en todos los tiempos y por todo el mundo. Con la universalidad, adquiere perpetuidad.

Ese es, y debía ser, el sentimiento que preside la parte del diccionario que concierne al espiritismo. Los críticos podrán emitir su opinión en obras especiales; no hay nada mejor que eso, y están en su derecho. Pero un diccionario es un terreno neutral, donde cada cosa debe ser presentada con sus verdaderos colores, y donde se pueda recoger toda clase de información con la certeza de que ahí se encuentra la verdad.

En tales condiciones, y al integrar una obra tan importante y tan popular como el *Nuevo Diccionario Universal*, el espiritismo ocupa su lugar entre las doctrinas filosóficas y los conocimientos usuales. Su vocabulario, aceptado ya por el uso, se ha consagrado, y de ahora en adelante ninguna obra del mismo género podrá omitirlo sin que resulte incompleta. Esta es también una de las producciones del año 1865, que el señor vicepresidente Jaubert omitió mencionar en su lista de resultados de ese año.

En apoyo a estas observaciones, y como muestra del modo como los principios espíritas son tratados en esta obra, transcribiremos la explicación que se encuentra en el término ALMA. Después de haber desarrollado amplia e imparcialmente las diversas teorías del alma, según Aristóteles, Platón, Leibnitz, Descartes y otros filósofos, y que no podemos reproducir debido a su extensión, el artículo concluye de esta manera:

"Según la doctrina espírita, el alma es el principio inteligente que anima a los seres de la creación y les confiere el pensamiento, la voluntad y la libertad de obrar. El alma es inmaterial, individual e inmortal; pero su esencia íntima es desconocida; no podemos concebirla absolutamente aislada de la materia, salvo como una abstracción. Unida a la envoltura fluídica etérea o *periespíritu*, constituye el *ser espiritual* concreto, definido y circunscripto, denominado *Espíritu* (Véase Espíritu, Periespíritu). Por metonimia, a menudo se emplean indistintamente las palabras *alma* y *espíritu*; se dice: las almas sufridoras o los espíritus sufridores; las almas felices o los espíritus felices; evocar al alma o al espíritu de alguien; pero la palabra *alma* expresa más bien la idea de un principio, de algo abstracto; mientras que la palabra *espíritu*, la de una individualidad.

"Unido al cuerpo material a través de la encarnación, el espíritu constituye el *hombre*; de modo tal que en el hombre hay tres cosas: el *alma* propiamente dicha, o principio inteligente; el *periespíritu*, o envoltura fluídica del alma; y el *cuerpo*, o envoltura material. Así pues, el alma es un ser simple; el espíritu, un ser doble, compuesto de alma y de periespíritu; y el hombre, un ser triple, compuesto de alma, periespíritu y cuerpo. Separado del espíritu, el cuerpo es materia inerte; separado del alma, el periespíritu es materia fluídica, sin vida ni inteligencia. El alma es el principio de la vida y de la inteligencia; por lo tanto, es un error suponer, como lo han hecho algunas personas, que el espiritismo convirtió al alma en un ser material al aplicarle una envoltura fluídica semimaterial.

"El origen primero del alma es desconocido, porque el principio de las cosas forma parte de los secretos de Dios, y porque el hombre, debido a su actual estado de inferiori-

dad, no se halla en condiciones de comprenderlo todo. En ese punto, solo se pueden formular sistemas. Según algunos, el alma es una creación espontánea de la Divinidad; según otros, es una emanación, una porción, una chispa del fluido divino. Este es un problema respecto del cual solo se pueden establecer hipótesis, toda vez que hay razones a favor y en contra. No obstante, a la segunda opinión se le opone una objeción fundada: dado que Dios es perfecto, si las almas fueran porciones de la Divinidad, deberían ser perfectas, en virtud del axioma según el cual la parte es de la misma naturaleza que el todo. Por lo tanto, no se comprendería que las almas fueran imperfectas y que tuvieran necesidad de perfeccionarse. Sin detenernos ante los diversos sistemas acerca de la naturaleza íntima y el origen del alma, el espiritismo la considera en la especie humana; comprueba, por el hecho de su aislamiento y de su acción independiente de la materia, tanto durante la vida como después de la muerte, su existencia, sus atributos, su supervivencia y su individualidad. La individualidad se deduce de la diversidad que existe entre las ideas y las cualidades de cada una de las almas en el fenómeno de las manifestaciones, diversidad que denota en cada una de ellas una existencia propia.

”Un hecho no menos capital se deduce también de la observación: el alma es esencialmente progresiva, y su progreso es constante en saber y en moralidad, pues vemos almas en todos los grados de desarrollo. Según la enseñanza unánime de los Espíritus, el alma es creada *simple* e *ignorante*, es decir, sin conocimientos, sin conciencia del bien y del mal, con la misma aptitud para ambos, así como para adquirirlo todo. Dado que la creación es incesante y para toda la eternidad, hay almas que han llegado a lo más alto de la escala, mientras

que otras nacen a la vida. No obstante, como todas tienen el mismo punto de partida, Dios no crea unas mejor dotadas que otras, lo cual es conforme a su soberana justicia. Dado que una perfecta igualdad preside su formación, las almas progresan más o menos rápidamente, en virtud de su libre albedrío y según su trabajo. Así, Dios deja a cada una el mérito o el demérito de sus actos, y la responsabilidad aumenta a medida que se desarrolla el sentido moral. De modo que, de dos almas creadas al mismo tiempo, una puede llegar a la meta más deprisa que la otra, si trabaja más activamente en su mejoramiento. Con todo, las que quedaron en la retaguardia llegarán también, aunque más tarde y después de rudas pruebas, porque Dios no cierra las puertas del porvenir a ninguno de sus hijos.

"La encarnación del alma en un cuerpo material es necesaria para su perfeccionamiento. Mediante el trabajo que la existencia corporal requiere, la inteligencia se desarrolla. Dado que en una sola existencia no puede adquirir todas las cualidades morales e intelectuales que deben conducirla hacia la meta, el alma lo logra pasando por una serie ilimitada de existencias, en la Tierra o en otros mundos, en cada una de las cuales da un paso en el camino del progreso y se despoja de algunas imperfecciones. En cada existencia el alma lleva consigo lo que adquirió en las existencias precedentes. Así se explica la diferencia que existe en las aptitudes innatas y en el grado de adelanto de las razas y de los pueblos (Véase: Espíritu, Reencarnación)".

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 2 Febrero de 1866

El espiritismo según los espíritas

Extraído del periódico *La Discussion*

La Discussion, periódico semanal, político y financiero, impreso en Bruselas, no es uno de esos periódicos superficiales, que tanto en la forma como en el fondo se hallan destinados a la diversión del público frívolo. Es un periódico serio, acreditado sobre todo en el mundo de las finanzas, y que se encuentra en su undécimo año.[6] Con el título *El espiritismo según los espíritas*, el número del 31 de diciembre de 1865 contiene el siguiente artículo:

"*Espíritas* y *espiritismo* son en la actualidad dos vocablos muy conocidos y frecuentemente empleados, aunque hace apenas algunos meses se los ignoraba. No obstante, la mayoría de las personas que los utilizan quisieran saber qué significan

6. Redacción en Bruselas, 17, Montagne de Sion; París, 31, rue Bergère. Precio: en Francia, 12 francos por año; 7 francos por seis meses. Cada número cuenta con 8 páginas. In-folio: 25 centavos.

exactamente, y si bien todos se hacen esa pregunta, nadie se atreve a formularla en voz alta, pues prefieren aparentar que conocen las palabras de esa charada.

"Algunas veces, sin embargo, la curiosidad llega a un punto tal que pone dicho interrogante en los labios y, para satisfacer vuestro deseo, se os brinda la información.

"Algunos suponen que el espiritismo es el truco del armario de los hermanos Davenport; otros afirman que no es más que la magia y la hechicería de otrora, que pretenden recuperar su prestigio con un nuevo nombre. Según las comadres de todos los barrios, los espíritas mantienen reuniones misteriosas con el diablo, con el cual firmaron un compromiso previo. Por último, si leemos los periódicos, nos enteraremos de que los espíritas son todos unos locos o, por lo menos, víctimas de ciertos charlatanes denominados *médiums*. Esos charlatanes se presentan, con o sin su armario, para ofrecer representaciones a quienes deseen pagar por ellas y, para que se crea mejor en sus malabares, dicen obrar bajo la influencia oculta de los Espíritus de ultratumba.

"Eso es lo que yo había aprendido en los últimos tiempos. En vista del desacuerdo de esas respuestas, y para instruirme, había resuelto ir a ver al diablo –aunque me llevara consigo–, o dejarme engañar por un médium –aunque tuviera que perder la razón–. Recordé entonces, muy oportunamente, a un amigo a quien yo consideraba espírita, y fui a su encuentro para que me procurara los medios de satisfacer mi curiosidad.

"Le comuniqué las diversas opiniones que había recogido, y le expuse el propósito de mi visita. Pero mi amigo se rió mucho de lo que denominó mi *ingenuidad*, y me dio más o menos la siguiente explicación:

" 'El espiritismo no es, como se cree vulgarmente, una receta para hacer que las mesas bailen o para ejecutar trucos de magia, y es un error suponer que en él hay algo maravilloso.

" 'El espiritismo es una ciencia o, mejor dicho, una filosofía espiritualista, que enseña la moral.

" 'No es una religión, dado que no tiene dogmas, ni cultos, ni sacerdotes, ni artículos de fe. Es más que una filosofía, porque su doctrina se apoya en la prueba *cierta* de la inmortalidad del alma. Y para brindar esa prueba los espíritas evocan a los Espíritus de ultratumba.

" 'Los médiums están dotados de una facultad natural que los torna aptos para servir de intermediarios a los Espíritus, con los cuales producen los fenómenos que algunas personas confunden con milagros o con magia, debido a que ignoran su explicación. Pero la facultad mediúmnica no es un privilegio exclusivo de algunos individuos; es inherente a la especie humana, pues todos la posee en diversos grados, o con formas diferentes.

" 'Así pues, para quien conozca el espiritismo, todas las maravillas que se atribuyen a esa doctrina no son más que fenómenos de orden físico, es decir, de efectos cuya causa reside en las leyes de la naturaleza.

" 'Los Espíritus, sin embargo, no se comunican con los vivos con el único objetivo de demostrar su existencia, pues también dictaron y desarrollan a diario la filosofía espiritualista.

" 'Como toda filosofía, esta tiene su sistema, que consiste en la revelación de las leyes que rigen el universo, así como en la solución de un gran número de problemas filosóficos ante los cuales, hasta ahora, la humanidad impotente fue obligada a inclinarse.

" 'De ese modo, el espiritismo demuestra, entre otras cosas, la naturaleza del alma, su destino, y la causa de nuestra existencia en este mundo; revela el misterio de la muerte; explica los vicios y las virtudes del hombre; dice qué es el hombre, el mundo y el universo; por último, presenta un cuadro de la armonía universal, etc.

" 'Este sistema se basa en pruebas lógicas e irrefutables, cuya verdad tiene por árbitros los hechos palpables y la más pura razón. Así, en todas las teorías que expone, procede como la ciencia, y no afirma un punto hasta que el precedente no se halle completamente certificado. Además, el espiritismo no impone la confianza, porque para ser aceptado sólo requiere la autoridad del sentido común.

" 'A partir de este sistema, una vez establecido, se deduce como consecuencia inmediata una enseñanza moral.

" 'Esa moral no es otra que la moral cristiana, la moral que está escrita en el corazón de todo ser humano; la moral de la totalidad de las religiones y las filosofías, precisamente porque pertenece a la totalidad de los hombres. No obstante, libre de cualquier fanatismo, de cualquier superstición, de todo espíritu sectario o de escuela, esa moral brilla con toda su pureza.

" 'A esa pureza ella debe su grandiosidad y su hermosura, de modo que es la primera vez que la moral se nos presenta con un resplandor tan majestuoso y tan espléndido.

" 'El objetivo de toda moral consiste en que se la practique; pero esta, sobre todo, pretende esa condición como absoluta, porque denomina *espíritas*, no a los que aceptan sus preceptos, sino tan solo a quienes ponen esos preceptos en acción.

" '¿Te diré cuáles son sus doctrinas? Aquí no pretendo enseñártelas, y el enunciado de sus máximas me conduciría necesariamente a su desarrollo.

" 'Apenas te diré que la moral espírita nos enseña a soportar la desgracia sin despreciarla, a gozar la felicidad sin apegarnos a ella; nos rebaja sin humillarnos, así como nos eleva sin enorgullecernos; nos ubica más allá de los intereses materiales, sin por eso degradarlos, pues nos enseña, por el contrario, que todas las ventajas con que somos favorecidos constituyen otras tantas fuerzas que se nos confían, y de cuyo empleo para con los otros y para con nosotros mismos somos responsables.

" 'Surge, entonces, la necesidad de especificar esa responsabilidad, las penas vinculadas a la infracción del deber, así como las recompensas que disfrutan quienes lo cumplieron. Pero ahí, también, las aserciones son extraídas solamente de los hechos, y pueden verificarse hasta la absoluta convicción.

" 'Así es esta filosofía, en la que todo es grande, porque todo es simple; en la que nada es oscuro, porque todo está demostrado; en la que todo es atractivo, porque cada una de sus cuestiones interesa profundamente a cada uno de nosotros.

" 'Así es esta ciencia, que proyecta una viva luz sobre las tinieblas de la razón, pues súbitamente revela los misterios que considerábamos impenetrables, y expande hasta lo infinito el horizonte de la inteligencia.

" 'Así es esta doctrina, que pretende hacer felices, mejorándolos, a todos los que aceptan seguirla, y que, por último, abre para la humanidad un camino seguro hacia el progreso moral.

" 'Así es, finalmente, la locura que afecta a los espíritas, y la hechicería que practican'.

”De ese modo, con una sonrisa, mi amigo concluyó su explicación y, ante mi ruego, me invitó para que visitáramos juntos algunas reuniones espíritas, en las que las experiencias se combinan con la enseñanza.

”Al regresar a casa, recordé lo que yo mismo había dicho en contra del espiritismo, como tantos otros, antes de conocer siquiera el significado de esa palabra; y ese recuerdo me llenó de una amarga confusión.

”Entonces consideré que, pese a los severos desmentidos que los descubrimientos de la ciencia moderna infligieron al orgullo humano en la época de progreso en que vivimos, casi no pensamos en sacar provecho de las enseñanzas de la experiencia; y que las siguientes palabras, escritas por Pascal hace doscientos años, serán de una rigurosa exactitud durante muchos siglos más: ‘Es una enfermedad propia del hombre creer que posee la verdad directamente; por eso siempre está dispuesto a negar aquello que no comprende’.”

A. Briquel

Como vemos, el autor de este artículo quiso presentar al espiritismo en su verdadero sentido, despojado de las distorsiones a las que lo somete la crítica; en una palabra, tal como lo admiten los espíritas, y nos alegra decir que lo ha logrado plenamente. En efecto, es imposible resumir la cuestión de manera más clara y precisa. También debemos felicitar a la dirección del periódico, que dio la bienvenida a una profesión de fe tan explícita con ese espíritu de imparcialidad que nos agradaría encontrar en todos los que profesan el liberalismo y se presentan como apóstoles de la libertad de pensar.

Por otra parte, sus intenciones acerca del espiritismo se encuentran claramente formuladas en el siguiente artículo, publicado en el número del 28 de enero:

Cómo escuchamos hablar del espiritismo

"El artículo publicado acerca del espiritismo en nuestro número del 31 de diciembre generó numerosas preguntas, con el objeto de saber si nos proponíamos abordar este asunto más adelante, y si nos transformaríamos en uno de sus órganos de difusión. A fin de evitar malentendidos, se hace necesaria una explicación categórica al respecto:

"*La Discussion* es un periódico abierto a todas las ideas progresistas. Ahora bien, el progreso no puede realizarse sino mediante ideas nuevas, que surgen de vez en cuando para cambiar el rumbo de las ideas retrógradas. Rechazarlas, por el solo hecho de que refutan aquellas con las que nos han acunados, nos parece una falta de lógica. Sin convertirnos en apologistas de todas las elucubraciones del espíritu humano, pues eso tampoco sería racional, consideramos que nuestro deber es someterlas al público con imparcialidad, para que todos se encuentren en condiciones de juzgarlas. Para eso, basta con presentar esas ideas tal como son, sin tomar partido a favor o en contra de manera prematura. Porque si son falsas, nuestra adhesión no las tornará correctas; y si son correctas, nuestra desaprobación no las tornará falsas. En todas las cosas, la opinión pública y el futuro son los que juzgan en última instancia. No obstante, para apreciar las fortalezas y las debilidades de una idea, hay que conocerla en esencia, y no tal como la presentan los interesados en combatirla, es decir, la mayoría de las veces truncada y desfigurada. Por lo

tanto, cuando exponemos los principios de una teoría nueva, no queremos que sus autores o sus partidarios nos recriminen por poner en su boca lo contrario de lo que dicen. Proceder de ese modo no significa asumir la responsabilidad, sino decir las cosas como son y respetar la opinión de cada uno. Lo que hacemos es exponer la idea con toda su verdad. Si es buena, seguirá su camino, y nosotros le habremos abierto la puerta; si es mala, habremos proporcionado los medios para que se la juzgue con conocimiento de causa.

"Así procederemos en relación con el espiritismo. Sea cual fuere la manera de considerarlo, nadie puede ocultar cuánto se ha extendido en tan pocos años. Por la cantidad y la calidad de sus partidarios, vemos que conquistó un lugar entre las opiniones reconocidas. La tempestad que provoca, el encarnizamiento con el que lo combaten en ciertos medios, son hasta para los menos clarividentes el indicio de que contiene algo serio, puesto que conmueve a tantas personas. Que piensen lo que quieran, pero no cabe duda de que se trata de uno de los grandes temas de la actualidad. Por lo tanto, no seríamos consecuentes con nuestro programa si lo pasáramos por alto. Nuestros lectores tienen derecho a exigirnos que les permitamos saber en qué consiste esta doctrina, que hace tanto ruido. Nuestro interés consiste en satisfacerlos, y nuestro deber es hacerlo con imparcialidad. Poco les importa nuestra opinión personal al respecto, pues lo que esperan de nosotros es una reseña de la actividad de sus partidarios, a partir de la cual puedan formar su propia opinión. ¿Cómo procederemos en este caso? Es muy simple: iremos a la fuente. Haremos respecto del espiritismo lo mismo que con las cuestiones políticas, de finanzas, de ciencia, arte o literatura. Es decir, pondremos a cargo a personas especializadas. La cuestión del espiritismo será tratada por espíri-

tas, como la de arquitectura lo es por arquitectos, a fin de que no nos consideren como a ciegos que razonan sobre colores, y no nos apliquen estas palabras de Fígaro: 'Necesitaban un ingeniero y contrataron a un bailarín'.

"En suma, *La Discussion* no se presenta como un órgano de difusión ni como un apóstol del espiritismo. Le ofrece sus columnas como lo hace con todas las ideas nuevas, sin que pretenda imponer esa opinión a sus lectores, que siempre son libres de observarla, aceptarla o rechazarla. Otorga a sus redactores especializados plena libertad para que se refieran a los principios cuya responsabilidad solo ellos asumen. Con todo, lo que siempre rechazará, en interés de su propia dignidad, es la polémica agresiva y personal."

Curas de obsesiones

Nos escriben desde Cazères, el 7 de enero de 1866:

"Este es el segundo caso de obsesión que comenzamos a tratar y que llevamos a buen término en el mes de julio pasado. La obsesa tenía veintidós años de edad; gozaba de plena salud, pero de repente fue presa de un ataque de locura. Los padres la sometieron a tratamientos médicos, aunque inútilmente, porque el mal, en vez de desaparecer, se tornaba cada vez más intenso, a tal punto que durante las crisis resultaba imposible contenerla. Ante ese cuadro, los padres, aconsejados por los médicos, dispusieron su internación en un manicomio, donde el estado de la joven no presentó ninguna mejoría. Nunca, ni ellos ni la enferma, se habían relacionado

con el espiritismo, al que ni siquiera conocían. No obstante, como escucharon hablar de la cura de Jeanne R…, de quien os hice mención, vinieron a vernos para preguntarnos si podríamos hacer algo por su desdichada hija. Les respondimos que no era posible afirmar nada sin antes conocer la verdadera causa del mal. Consultados en nuestra primera sesión, nuestros guías dijeron que la joven era subyugada por un Espíritu muy rebelde, pero que lograríamos conducirlo hacia al camino del bien, y que la cura subsiguiente nos demostraría la verdad de esa afirmación. Entonces, escribí a los padres, que viven a treinta y cinco kilómetros de nuestra ciudad, para decirles que la joven se curaría y que esa cura no se haría esperar demasiado, si bien no podíamos precisar la fecha.

"Evocamos al Espíritu obsesor durante ocho días seguidos, y logramos con bastante éxito que abandonara sus malas disposiciones y dejara de atormentar a su víctima. En efecto, la enferma se curó, tal como los guías nos lo habían anunciado.

"Los adversarios del espiritismo repiten incesantemente que la práctica de esta doctrina conduce al hospital. Ahora bien, nosotros les podemos decir, en esta circunstancia, que el espiritismo hace que salgan del hospital los que habían sido ingresados en él".

Entre muchos otros, este hecho es una nueva demostración de la existencia de la *locura obsesiva*, cuya causa difiere completamente de la relacionada con la locura patológica, y ante la cual la ciencia fracasará mientras se obstine en negar la existencia del elemento espiritual y su influencia en el organismo. El caso que nos ocupa aquí es muy evidente: una joven que presenta los caracteres de la locura al extremo de confundir a los médicos, y que es curada a muchas leguas de

distancia, por personas que nunca la vieron, sin ningún medicamento o tratamiento médico, y tan solo con la moralización del Espíritu obsesor. Por consiguiente, hay Espíritus obsesores cuya acción puede resultar perniciosa para la razón y la salud. ¿Acaso no es cierto que, si la locura hubiera sido ocasionada por alguna lesión orgánica, ese recurso habría sido impotente? Si se objetara que esa cura espontánea pudo deberse a una causa fortuita, responderíamos que, en caso de que pudiéramos citar solamente un hecho de ese tipo, sin duda sería temerario deducir de ahí la afirmación de un principio tan importante, pero los ejemplos de curas semejantes son muy numerosos. No constituyen el privilegio de un solo individuo, y se repiten a diario en diversos lugares, lo cual es una señal indudable de que se basan en una ley de la naturaleza.

Hemos citado varias curas de ese tipo, especialmente en febrero de 1864 y en enero de 1865, que contienen dos relatos completos y eminentemente instructivos. Veamos a continuación otro hecho, no menos característico, obtenido en el grupo de Marmande.

En un pueblo, distante algunas leguas de esta ciudad, había un campesino que sufría una locura furiosa, a tal punto que perseguía a las personas con su rastrillo, para matarlas a golpes, y que, a falta de personas, atacaba a los animales del corral. Corría incesantemente por los campos y nunca volvía a su casa. Su presencia era peligrosa, de modo que sin dificultad se obtuvo la autorización para internarlo en el manicomio de Cadillac. La familia se vio obligada a tomar esa decisión, no sin un profundo pesar. Pero antes de internarlo, dado que uno de los parientes había escuchado hablar de las curas obtenidas en Marmande, en casos semejantes, fue en busca del señor Dombre y le dijo: "Señor, me han dicho que curáis a

los locos. Por eso vine a buscaros". Después le contó de qué se trataba, y agregó: "Como veis, nos causa tanta pena separarnos del pobre J…, que antes quise ver si no había algún modo de evitarlo".

"—Mi buen señor –le dijo el señor Dombre–, no sé quién me atribuyó esa reputación. Es verdad que algunas veces conseguí restituir la razón a pobres insensatos, pero eso depende de la causa de la locura. Aunque no os conozca, veré si os puedo ser útil." De inmediato ambos se dirigieron a casa del médium habitual del señor Dombre, quien obtuvo de su guía la certeza de que se trataba de una obsesión grave, pero que con perseverancia la conduciría a buen término. Luego dijo al campesino: "Esperad algunos días más, antes de llevar a vuestro pariente a Cadillac, pues vamos a ocuparnos del caso. Volved cada dos días para decirme cómo se encuentra".

Ese mismo día se pusieron a trabajar. Al principio, como en casos semejantes, el Espíritu se mostró poco tratable; pero lentamente acabó por humanizarse, hasta que renunció a atormentar al desdichado. Un hecho bastante particular es que declaró no tener ningún motivo de odio contra ese hombre, y que se había aferrado a él como a cualquier otro, atormentado por la necesidad de hacer el mal. Ahora reconocía su equivocación, por lo que pedía perdón a Dios. El campesino volvió al cabo de dos días, y contó que su pariente estaba más tranquilo, pero que aún no había regresado a su casa y se ocultaba entre los arbustos. En la visita siguiente, se supo que ya estaba en su hogar, pero se lo notaba sombrío y se mantenía alejado; ya no intentaba golpear a nadie. Algunos días después, iba a la feria y hacía sus negocios, como de costumbre. Así, ocho días habían bastado para que recuperara su estado normal, y sin ningún tratamiento físico. Es más que probable

que, si lo hubieran encerrado con los locos, habría perdido la razón completamente.

Los casos de obsesión son tan frecuentes que no es exagerado decir que, en los manicomios, más de la mitad de los pacientes apenas tiene la apariencia de la locura, y por eso mismo la medicación común no les hace efecto.

El espiritismo nos muestra que la obsesión es una de las causas de perturbación del organismo y, al mismo tiempo, nos brinda los recursos para remediarla. Ese es uno de sus beneficios. Pero ¿de qué modo se reconoció esa causa, si no fue a través de las evocaciones? Así pues, las evocaciones son buenas para algo, más allá de lo que digan sus detractores.

Es evidente que los que no admiten la individualidad del alma ni su supervivencia, o los que la admiten pero no conocen el estado en que se encuentra el Espíritu después de la muerte, deben considerar que la intervención de seres invisibles en tales circunstancias es una quimera. Sin embargo, tanto el hecho cruel de la enfermedad como las curaciones están a la vista. No se podría responsabilizar a la imaginación por las curas operadas a distancia, en personas a las que nunca se vio, y sin el empleo de ningún agente material. La enfermedad no puede ser atribuida a la práctica del espiritismo, toda vez que afecta incluso a los que no creen en él, y a niños que no tienen ninguna idea al respecto. Con todo, aquí no hay nada maravilloso, sino efectos naturales, que han existido en todos los tiempos, si bien no se los comprendía, y que ahora se explican de la manera más simple, pues se conocen las leyes en virtud de las cuales se producen.

¿Acaso no vemos, entre los vivos, a seres malvados que atormentan a otros más débiles, hasta dejarlos enfermos e incluso llevarlos a la muerte, y todo eso sin otro motivo más

que el deseo de hacer el mal? Hay dos maneras de que las víctimas recuperen la paz: alejarlas de la cruel autoridad de los malvados, o desarrollar en estos el sentimiento del bien. El conocimiento que ahora tenemos del mundo invisible nos lo muestra poblado por los mismos seres que vivieron en la Tierra, algunos buenos y otros malos. Entre estos últimos, los hay que aún se complacen en el mal, debido a su inferioridad moral, y que aún no se han despojado de sus instintos perversos. Se encuentran entre nosotros, como cuando estaban vivos, con la única diferencia de que, en vez de tener un cuerpo material visible, tienen uno fluídico invisible; pero no dejan de ser los mismos hombres, con un sentido moral poco desarrollado, que siempre buscan oportunidades de hacer el mal, ensañándose con los que les dan lugar, hasta que logran someterlos a su influencia. Antes eran obsesores encarnados; ahora son obsesores desencarnados, pero más peligrosos, porque actúan sin ser vistos. Alejarlos por la fuerza no es fácil, dado que no es posible atrapar sus cuerpos. El único recurso para dominarlos es el ascendiente moral, con cuya ayuda, mediante razonamientos y sabios consejos, se logra tornarlos mejores, pues son más accesibles a eso en el estado de Espíritu que en el estado corporal. Desde el instante en que son inducidos a renunciar voluntariamente a provocar sufrimiento, la enfermedad desaparece, toda vez que su causa haya sido una obsesión. Ahora bien, se comprende que no son las duchas ni los remedios administrados al enfermo los que pueden actuar sobre el Espíritu obsesor. Ese es todo el secreto de esas curas, para las cuales no hay palabras sacramentales ni fórmulas cabalísticas: se conversa con el Espíritu desencarnado, se lo moraliza, se lo educa, como se lo habría hecho cuando vivía. La habilidad consiste en saber tratarlo de acuerdo con

su carácter, en impartir con tacto las instrucciones que recibe, como lo haría un profesor experimentado. Toda la cuestión se reduce a lo siguiente: ¿hay o no hay Espíritus obsesores? La respuesta se encuentra en lo que dijimos antes: los hechos materiales están a la vista.

A veces nos preguntan por qué Dios permite que los Espíritus malos atormenten a los vivos. Con mayor razón aún podrían preguntarnos por qué Dios permite que los vivos se atormenten unos a otros. Ocurre que suelen perderse de vista la analogía, las relaciones y la conexión que existen entre el mundo corporal y el mundo espiritual, que están compuestos por los mismos seres en dos estados diferentes. Ahí se encuentra la clave de todos esos fenómenos considerados sobrenaturales.

Las obsesiones no deben sorprendernos más que las enfermedades y otros males que afligen a la humanidad. Forman parte de las pruebas y de las miserias propias de la inferioridad del medio en el que nuestras imperfecciones nos condenan a vivir, hasta que hayamos mejorado bastante para que seamos merecedores de salir de él. Los hombres sufren en este mundo las consecuencias de sus imperfecciones, porque si fueran más perfectos, no estarían aquí.

El naufragio del *Borysthène*

La mayoría de nuestros lectores seguramente habrá leído en los periódicos el conmovedor relato del naufragio del *Borysthène*, que tuvo lugar en las costas de Argelia, el 15 de diciembre de 1865. Extrajimos el siguiente pasaje del relato de

uno de los pasajeros que sobrevivieron al desastre, publicado en *Le Siècle* del 26 de enero:

"… En ese mismo instante se escuchó un crujido terrible, que yo no podría definir, seguido de cimbronazos tan violentos que me hicieron caer al suelo. Después escuché a un marinero que gritaba: '¡Dios mío! ¡Estamos perdidos! ¡Ruega por nosotros!' Acabábamos de impactar contra una roca y el casco del navío se había abierto; el agua entraba en la bodega a borbotones. Los soldados, que dormían recostados en el puente, comenzaron a correr hacia todas partes, soltando gritos horribles. Los pasajeros se lanzaban semidesnudos fuera de los camarotes; las pobres mujeres se aferraban a cualquiera que estuviera a su alcance, suplicando que las salvaran. Rogaban al buen Dios a los gritos; se despedían. Un comerciante sacó su pistola e intentó pegarse un tiro, pero lograron quitarle el arma.

"Los cimbronazos continuaban, la campana de a bordo tocaba a rebato, pero no era posible escucharla a cincuenta metros, tanta era la furia con que rugía el viento. Solo había gritos, alaridos, plegarias; todo era horrible, lúgubre, espantoso. Nunca he visto ni leído una escena tan horrorosa, tan desgarradora. ¡Estar ahí, lleno de vida y de salud, ante una muerte que parece segura, es una horrible manera de morir!

"En ese momento supremo e indescriptible, el vicario, señor Moisset, nos dio a todos su bendición. La voz llena de lágrimas de ese pobre cura, que encomendaba a Dios doscientos cincuenta infelices, a los que el mar iba a tragarse, revolvía las entrañas".

¿No hay acaso una gran enseñanza en la espontaneidad de esa plegaria surgida ante un peligro inminente? En medio de esa muchedumbre apretujada en el navío, sin duda había

incrédulos, que tal vez nunca antes habían pensado en Dios ni en sus propias almas, pero que en presencia de una muerte que consideraban inevitable dirigieron la mirada hacia el Ser Supremo, como su única tabla de salvación. Ocurre que en el momento en que llega la última hora, involuntariamente hasta el más endurecido corazón se pregunta qué será de él. El enfermo, en su lecho, conserva la esperanza de curarse hasta último momento, razón por la cual desafía cualquier poder sobrehumano, y cuando la muerte lo alcanza, la mayoría de las veces ya perdió la conciencia de sí mismo. En el campo de batalla hay una sobreexcitación que hace olvidar el peligro, y además no todos mueren y existe la posibilidad de escapar. Pero en medio del océano, cuando uno ve que su navío se hunde, solo espera el auxilio de esa Providencia a la que había olvidado, y ante la cual el ateo está dispuesto a pedir un milagro. Sin embargo, desgraciadamente, una vez superado el peligro, ¡cuántos son los que dan gracias al azar y a su buena suerte! Tarde o temprano, pagarán muy caro esa ingratitud. (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. XXVII, § 8.)

Ante una circunstancia semejante, ¿cuál sería el pensamiento del espírita sincero? Diría: "Sé que debo esforzarme para conservar mi vida corporal; de modo que haré cuanto esté a mi alcance para escapar del peligro, porque si me entregara a él voluntariamente, sería un suicida. No obstante, si Dios quiere quitarme la vida, ¡qué importa que sea de un modo o de otro, un poco más temprano o un poco más tarde! La muerte no me causa ningún temor, porque sé que sólo el cuerpo muere. Sé que la muerte es la puerta de entrada a la verdadera vida, la vida del Espíritu libre, en la que habré de reencontrarme con todos los que amo". El espírita entrevé con el pensamiento el mundo espiritual, que constituye el

objeto de sus aspiraciones, del cual apenas lo separan unos pocos instantes, y al cual la muerte del cuerpo, que lo retenía en la Tierra, va por fin a darle acceso. El espírita se alegra en vez de afligirse, como el prisionero cuando ve que se abren las puertas de su celda. Sólo una cosa lo entristece: alejarse de los que ama. Pero lo consuela la certeza de que no los abandonará y de que estará junto a ellos con mayor frecuencia y más fácilmente que en vida; sabe que podrá verlos y protegerlos. Por el contrario, si escapó del peligro, dirá: "Dios me deja seguir viviendo en la Tierra porque mi tarea y mis pruebas aún no han concluido. El peligro que corrí es un aviso para que me disponga a partir en cualquier momento y me asegure de hacerlo en las mejores condiciones posibles". Entonces le agradecerá a Dios la prórroga que le ha otorgado, y se esforzará en aprovecharla para su adelanto.

Entre los episodios más curiosos de ese drama se encuentra el del pasajero que quería pegarse un tiro para asegurarse la muerte. Es curioso porque, si corría el riesgo del naufragio, habría podido salvarse de manera inesperada. ¿Qué móvil lo habrá llevado a cometer ese acto insensato? Muchos dirán que había perdido la cabeza, lo cual es posible; pero tal vez obró a pesar suyo movido por una intuición de la que no se daba cuenta. Aunque no dispongamos de ninguna prueba material de la verdadera explicación, que presentaremos de inmediato, el conocimiento de las relaciones que subsisten entre las diversas existencias, al menos le otorga un alto grado de probabilidad.

Las dos comunicaciones siguientes fueron transmitidas en la Sociedad de París, en la sesión del 12 de enero.

I

La plegaria es el vehículo de los fluidos espirituales más poderosos, que son como un bálsamo saludable para las heridas del alma y del cuerpo. Conduce a todos los seres hacia Dios, y de algún modo hace que el alma salga de esa especie de letargo en el que se ve sumergida cuando olvida sus deberes para con el Creador. Pronunciada con fe, provoca en quienes la escuchan el deseo de imitar a los que oran, porque el ejemplo y la palabra también conducen fluidos magnéticos de un inmenso poder. Las que el cura pronunció, en el navío naufragado, con el énfasis de la certeza más conmovedora y de la más santa resignación, llegaron al corazón de todos esos desdichados, que supusieron hallarse en la hora suprema.

En cuanto al hombre que quería suicidarse ante una muerte inminente, le surgió esa idea a partir de una instintiva repulsión al agua, pues era la tercera vez que iba a morir de esa manera, y en esos instantes debió padecer las más terribles angustias. En aquel momento, él tuvo la intuición de todas sus penas pretéritas, que afloraron vagamente en su espíritu, y por eso quería terminar de otro modo. Dos veces se ahogó voluntariamente, arrastrando consigo a toda su familia. La confusa impresión que guardaba de esos sufrimientos le generaba el temor a esa clase de muerte.

Mis buenos amigos, orad por esos desdichados. La plegaria realizada por varias personas a la vez forma un haz que sostiene y fortalece al alma del destinatario; le da fuerza y resignación.

San Benito (Médium: Sra. Delanne.)

II

No es raro encontrar personas que, después de pasar mucho tiempo sin haber pensado en orar, lo hagan cuando las amenaza un peligro inminente y terrible. ¿Cuál puede ser la causa de esa instintiva propensión a estar más cerca de Dios en los momentos críticos? Es la misma que la de esa tendencia a estar cerca de alguien que sabemos que puede defendernos cuando nos encontramos ante un gran peligro. Entonces, las tiernas creencias de los primeros años, las sabias enseñanzas, los piadosos consejos de los padres, acuden como un sueño a la memoria de esos hombres trémulos que, poco antes, suponían que Dios estaba demasiado lejos de ellos, o negaban la utilidad de su existencia. Esos espíritus fuertes, devenidos en pusilánimes, sienten con mayor intensidad las angustias de la muerte, puesto que por mucho tiempo no creyeron en nada. Pensaban que no tenían necesidad de Dios y que podían ser autosuficientes. Por eso Dios, para hacerles sentir la *utilidad* de su existencia, permitió que fueran expuestos a un fin terrible, sin la expectativa de salvarse mediante un recurso humano. De ese modo recuerdan que alguna vez oraron, y que la plegaria disipa las tristezas, ayuda a soportar los sufrimientos con valor, y suaviza los últimos momentos del agonizante.

Todo eso le ocurre al hombre en peligro; todo eso lo incita a dirigirse de nuevo hacia Aquel ante el cual rezaba en la infancia. Entonces se somete y ora desde lo más profundo de su corazón, con esa fe viva que lleva consigo una especie de desesperación, para que se le perdonen los extravíos del pasado. En esa hora suprema ya no piensa en las vanas especulaciones acerca de la existencia de Dios, pues ya no la pone en duda. En ese momento, el hombre cree, lo cual demuestra que la plegaria es

una necesidad del alma, y que si su único resultado fuera ese, al menos el alma se sentiría aliviada, razón por la cual debería orar con mayor frecuencia. Afortunadamente, la plegaria ejerce una acción más positiva, y todos reconocen, tal como se os ha señalado, que la plegaria es de gran utilidad, tanto para los que la realizan, como para aquellos en los que se aplica.

Lo que he dicho es verdadero para la gran mayoría. Sin embargo, lamentablemente, hay algunos que en esa hora última no recobran la fe. Con el vacío en el alma, suponen que habrán de caer en el abismo de la nada, y entonces, por una especie de frenesí, ellos mismos intentan precipitarse en él. Esos son los más desdichados; y vosotros, que conocéis la utilidad y los efectos de la plegaria, orad sobre todo por ellos.

André (Médium: Sr. Charles B…)

Antropofagia

Leemos en *Le Siècle* del 26 de diciembre de 1865:

"El almirantazgo inglés acaba de dirigir a las ciudades marítimas que fabrican armamento para Oceanía una circular en la cual anuncia que desde hace algún tiempo se observa entre los habitantes de las islas del Océano Índico un recrudecimiento de la antropofagia. En esa circular se exhorta a los capitanes de navíos mercantes para que tomen todas las precauciones necesarias a fin de evitar que sus tripulaciones sean víctimas de esa horrorosa costumbre.

"Hace aproximadamente un año, las tripulaciones de cuatro navíos fueron devoradas por los antropófagos de las Nue-

vas Hébridas, de la bahía de Jervis o de Nueva Caledonia, y deben tomarse todas las medidas para evitar la repetición de tan crueles desgracias".

El periódico *Le Monde* explica de este modo ese recrudecimiento de la antropofagia:

"Sufrimos el cólera, la epizootia, la viruela. Las plantas y los animales están enfermos. Pero esta es una epidemia aún más dolorosa, de la que el almirantazgo inglés nos pone en conocimiento: los salvajes de Oceanía intensifican la antropofagia. Varios casos horribles llegaron a conocimiento de los lores del almirantazgo. Las tripulaciones de varios navíos ingleses han desaparecido. Nadie duda de que nuestras autoridades marítimas también tomarán medidas, porque dos navíos franceses han sido atacados, y sus tripulaciones apresadas y devoradas por los salvajes. El alma se paraliza ante esos horrores, sobre los cuales no han podido triunfar los esfuerzos de nuestra civilización. ¿Quién sabe de dónde proceden esas criminales inspiraciones?

"¿Qué consigna fue impartida a esos bárbaros diseminados en cientos y miles de islas en las inmensidades de los mares del Sur? Su pasión monstruosa, apaciguada por un momento, reaparece con tal intensidad que reclama la represión y preocupa a los poderes de la Tierra. Se trata de uno de esos problemas cuya solución sólo el dogma católico puede ofrecer. En ciertos momentos, el Espíritu de las tinieblas obra con plena libertad. Antes de que tengan lugar los graves acontecimientos, se agita, impulsa a sus criaturas, las sostiene y las inspira. Grandes acontecimientos se preparan. La revolución considera que ha llegado la hora de proceder al coronamiento del edificio; se repliega para la lucha suprema; ataca la piedra

angular de la sociedad cristiana. La hora es grave, y parece que la naturaleza entera muestra y anuncia esa gravedad".

Nos sorprende observar que entre las causas de ese recrudecimiento de la ferocidad en los salvajes no hicieran figurar al espiritismo: ese chivo expiatorio de todos los males de la humanidad, como otrora lo fue el cristianismo en Roma. Tal vez esté incluido implícitamente, por tratarse –según algunas personas– de la obra del Espíritu de las tinieblas. "Sólo el dogma católico –dice *Le Monde*– puede explicar ese problema." Sin embargo, esa explicación no es muy clara, como tampoco lo es el hecho de que el espíritu revolucionario de Europa tenga algo en común con esos bárbaros. Incluso vemos en ese dogma una complicación de la dificultad.

Los antropófagos son hombres, y nunca nadie lo ha puesto en duda. Ahora bien, dado que el dogma católico no admite la preexistencia del alma, sino la creación de un alma nueva con el nacimiento de cada cuerpo, de ahí resulta que en aquellas islas Dios crea almas de comedores de hombres, y aquí crea almas capaces de convertirse en santos. ¿A qué se debe esa diferencia? La Iglesia nunca ofreció una solución para ese problema, pese a que se trata de una clave esencial. Según su doctrina, el recrudecimiento de la antropofagia solo puede explicarse así: en este momento Dios se complace en crear un mayor número de almas antropófagas. Estamos ante una solución poco satisfactoria y, sobre todo, poco consecuente con la bondad de Dios.

La dificultad va en aumento si consideramos el porvenir de esas almas. ¿En qué se convierten después de la muerte? ¿Son tratadas del mismo modo que las que tienen conciencia del bien y del mal? Eso no sería justo ni racional. Con ese dogma, en vez de dar una explicación, la Iglesia se ubica en

un punto muerto, del cual solo podrá salir mediante un sostenido y categórico rechazo del misterio, cuya comprensión no debe siquiera intentarse, pues lo utiliza como una especie de *non possumus*, con el cual elimina las preguntas incómodas.

Ahora bien, ante ese problema, que la Iglesia no puede resolver, el espiritismo encuentra la solución más simple y racional en la ley de la pluralidad de las existencias, a la que todos los seres se hallan sometidos, y en virtud de la cual progresan. De ese modo, las almas de los antropófagos son almas próximas a su origen: sus facultades intelectuales y morales todavía son obtusas y poco desarrolladas, y por eso mismo en ellas predominan los instintos de las bestias.

Pero esas almas no están destinadas a mantenerse perpetuamente en ese estado inferior, que las privaría para siempre de la felicidad de las almas más adelantadas. Crecen en raciocinio, se esclarecen, se purifican, mejoran, se instruyen durante las existencias sucesivas. Viven una y otra vez en las razas salvajes hasta que logran superar los límites del salvajismo. Cuando han alcanzado cierto grado de adelanto, dejan ese medio para encarnar en una raza un poco más avanzada; de esa pasan a otra, y así sucesivamente, elevándose en función de los méritos que adquieren y de las imperfecciones que abandonan, hasta que llegan al grado de perfección de que es capaz la criatura humana. El camino del progreso no está cerrado para ningún alma, de modo tal que la más atrasada puede aspirar a la suprema felicidad. Pero algunas, en virtud de su libre albedrío, que es una prerrogativa de la humanidad, trabajan con ardor para purificarse e instruirse, para despojarse de los instintos materiales y salir de la cuna donde nacieron, puesto que, con cada paso que dan hacia la perfección, ven más claro, comprenden mejor y son más felices. Estas avanzan

más rápidamente, y gozan antes: esa es su recompensa. Otras, siempre en virtud de su libre albedrío, se demoran en el camino, como estudiantes perezosos y de mala voluntad, o como operarios negligentes; llegan más tarde y sufren más tiempo: ese es su castigo o, si se prefiere, su infierno. De este modo se confirma, mediante la pluralidad de las existencias progresivas, la admirable ley de unidad y de justicia que caracteriza a todas las obras de la creación. Comparad esta doctrina con la de la Iglesia, en lo que respecta al pasado y el porvenir de las almas, y veréis cuál es la más racional y conforme a la justicia divina, y que mejor explica las desigualdades sociales.

No cabe duda de que la antropofagia es uno de los grados más bajos de la escala humana en la Tierra, porque el salvaje que no come a sus semejantes ya ha progresado. Pero ¿a qué se debe el recrudecimiento de ese instinto bestial? Vale señalar, en primer lugar, que es tan solo local y que, en definitiva, el canibalismo ha desaparecido en gran parte de la Tierra. Ese recrudecimiento es inexplicable si no se conoce el mundo invisible y sus relaciones con el mundo visible. A través de las muertes y los nacimientos, los dos mundos se alimentan uno a otro, se derraman incesantemente uno sobre otro. Ahora bien, los hombres imperfectos no pueden proporcionarle al mundo invisible almas perfectas, y las almas malvadas, al encarnar, no pueden constituir sino hombres malvados. Cuando las catástrofes, los flagelos, afectan a una gran cantidad de hombres a la vez, se produce una llegada masiva de almas en el mundo de los Espíritus. Dado que esas mismas almas deben volver a vivir, en virtud de la ley de la naturaleza y para su adelanto, las circunstancias también pueden traerlos en masa a la Tierra.

Así pues, el fenómeno en cuestión depende, simplemente, de la encarnación accidental, en entornos reducidos, de un mayor número de almas atrasadas, y no de la malicia de Satán, como tampoco de una consigna impartida a las tribus de Oceanía. Durante su encarnación, esas almas mejoran con la ayuda de los hombres civilizados, una de cuyas misiones es contribuir al desarrollo de su sentido moral. Entonces, cuando retomen una nueva existencia corporal para seguir progresando, serán hombres menos malos de lo que fueron, más esclarecidos, con instintos menos feroces, porque el progreso realizado nunca se pierde. Así, gradualmente, se realiza el progreso de la humanidad.

Le Monde está en lo cierto cuando anuncia que se preparan grandes acontecimientos. En efecto, en la humanidad se elabora una transformación. Ya se hacen sentir las primeras contracciones del parto. El mundo corporal y el mundo espiritual se agitan, porque se trata de una lucha entre lo que termina y lo que comienza. ¿A favor de qué será esa transformación? Dado que el progreso es la ley providencial de la humanidad, dicha transformación no puede realizarse más que a favor del progreso. Pero los grandes partos son trabajosos. El terreno a cultivar debe sufrir movimientos violentos y grandes roturaciones, para que se puedan extirpar de él las hierbas dañinas, cuyas raíces son gruesas y profundas.

La espineta de Enrique III

El siguiente hecho es la continuación de la interesante historia de *El aria y las palabras del rey Enrique III*, relatada en la

Revista de julio de 1865, página 193. Desde entonces, el señor Bach se ha vuelto médium escribiente, si bien practica poco debido a la fatiga que eso le provoca. Sólo lo hace cuando es incitado por una fuerza invisible, que se traduce en una viva agitación y un temblor de la mano, porque en ese caso resistirse es más penoso que el ejercicio. Es médium mecánico, en el más absoluto sentido de la palabra, de modo que no tiene conciencia ni conserva el recuerdo de lo que escribe. Cierto día, en el que se encontraba en ese estado, escribió esta cuarteta:

Le roy Henry donne cette grande espinette
A Baldazzarini, très-bon musicien.
Si elle n'est bonne ou pas assez coquette
Pour souvenir, du moins, qu'il la conserve bien.

El rey Enrique obsequia esta gran espineta
a Baldazzarini, músico de los muy buenos.
Si no suena bien ni es bastante coqueta,
como recuerdo, que la conserve al menos.

La explicación de estos versos, que para el señor Bach no tenían sentido, se le brindó en prosa:

"El rey Enrique, mi señor, es quien me ha obsequiado la espineta que tú tienes. Él había escrito esa cuarteta en un trozo de pergamino, que mandó pegar en el estuche del instrumento antes de enviármelo una mañana. Algunos años más tarde, con motivo de un viaje, y dado que llevaba mi espineta para hacer música, por temor a que el pergamino se despegara y se perdiera, decidí quitarlo. Entonces lo guardé en un pequeño hueco, a la izquierda del teclado, donde todavía se encuentra".

La espineta es el precursor más simple de los pianos actuales, y se toca de la misma manera. Era un pequeño clavecín de cuatro octavas, de aproximadamente un metro y medio de largo por cuarenta centímetros de ancho, y sin pies. Las cuerdas, en su interior, estaban dispuestas como en los pianos, y se pulsaban por medio de plectros. Se la podía transportar sin dificultad en un estuche, como los contrabajos y los violonchelos. Para utilizarla, se apoyaba en una mesa o sobre un pie móvil.

En ese momento, la espineta se encontraba en la exposición del museo retrospectivo, en los Champs-Élysées, donde no era posible llevar a cabo la búsqueda indicada. Cuando le devolvieron el instrumento, el señor Bach, de acuerdo con su hijo, se apresuró a examinar todos sus recovecos, pero inútilmente, de modo que al principio pensó que el mensaje había sido un engaño. No obstante, para no tener que reprocharse nada, lo desarmó por completo y descubrió, a la izquierda del teclado, entre dos tablitas, un espacio tan estrecho que le impedía introducir la mano. Buscó en ese hueco, lleno de polvo y de telas de araña, y extrajo de él un trozo de pergamino doblado, ennegrecido por el tiempo, de treinta y un centímetros de largo por siete y medio de ancho, en el que estaba escrita la siguiente cuarteta, con caracteres de la época, bastante grandes:

Moy le Roy Henry trois octroys cette espinette
A Baltasarini, mon gay musicien,
Mais sis dit mal soñe, ou bien [ma] moult simplette
Lors pour mon souvenir dans lestuy garde bien.

Henry

Yo, el rey Enrique III, otorgo esta espineta
a Baltasarini, mi músico alegre,
si suena mal, o bien [ma] con mucha simpleza
como recuerdo mío en el estuche la guarde.

Enrique

El pergamino está perforado en los cuatro ángulos, señal evidente de que en ellos se encontraban los clavos que lo fijaban al estuche. Además, en los bordes se observa una cantidad de orificios alineados y espaciados regularmente, que parecen haber sido hechos por pequeñas tachuelas. Fue expuesto en la sala de sesiones de la Sociedad, y todos contamos con el tiempo necesario para examinarlo, así como la espineta, en la que el señor Bach tocó y cantó el aria a que nos hemos referido, y que le fue revelada en sueños.

Como puede verse, los versos dictados al señor Bach reproducían la misma idea que los del pergamino, de los cuales son la traducción en lenguaje moderno, y antes de que estos últimos fueran descubiertos.

El tercer verso del pergamino es oscuro y contiene, en especial, el término *ma*, que pareciera no tener sentido alguno ni relación con la idea principal, y que en el original se encuentra recuadrado. En vano procuramos su explicación, y el señor Bach tampoco la conocía. Estando un día en su casa, espontáneamente y en mi presencia, recibió una comunicación de Baldazzarini, ofrecida en nuestro honor, en estos términos:

"*Amico mio*:

"Me pones contento; escribiste esos versos en mi espineta; mi deseo se cumplió y ahora estoy tranquilo (en alusión a otros versos dictados al señor Bach y que Baldazzarini le había

pedido que escribiera en el instrumento). Quisiera decir unas palabras al sabio Presidente que vino a visitarte:

O toi, Allan Kardec, dont les travaux utiles
Instruisent chaque jour des spirites nouveaux,
Tu ne nous fais jamais des questions futiles;
Aussi les bons Esprits éclairent tres travaux.
Mais il te faut lutter contre les ignorants
Qui, sur notre terre, se croyent des savants.
Ne te rebute pas; la tâche est difficile;
Pour tout propagateur fût-ce jamais facile?

¡Oh! tú, Allan Kardec, cuyos trabajos útiles
Instruyen cada día a espíritas nuevos,
Nunca nos haces preguntas fútiles;
Así, iluminan tus trabajos los Espíritus buenos.
Pero debes luchar contra los ignorantes.
Que en nuestra Tierra se creen sapientes.
No desanimes; la tarea es difícil;
¿Alguna vez para un propagador fue fácil?

”En sus versos, el rey bromeaba con mi pronunciación: yo siempre decía *ma* en vez de *pero* [*mais*]. *Adio, amico*.”

Baldazzarini

Así se nos brindó, sin una pregunta previa, la explicación de la palabra *ma*. Es el término italiano que significa *pero*, intercalado a modo de broma y con el cual el rey designaba a Baldazzarini, que lo pronunciaba muy a menudo, como muchos de sus compatriotas. De tal modo el rey, al obsequiar aquella espineta a su músico, le dijo: “Si no es buena, si suena

mal, o si *ma* (Baldazzarini) la considera demasiado simple, de muy poco valor, que la guarde en su estuche, como recuerdo mío. La palabra *ma* se encuentra recuadrada, como un término entre paréntesis. Es cierto que durante mucho tiempo habíamos buscado esa explicación, que no podía ser el reflejo del pensamiento del señor Bach, toda vez que él mismo no la comprendía. Pero el Espíritu notó que la necesitábamos para completar nuestro relato, y aprovechó la ocasión para dárnosla, sin que se nos hubiera ocurrido solicitársela, porque cuando el señor Bach comenzó a escribir, nosotros ignorábamos tanto como él cuál era el Espíritu que se comunicaba.

Quedaba por resolver una importante cuestión, la de saber si la escritura del pergamino era realmente de puño y letra de Enrique III. El señor Bach se dirigió a la Biblioteca Imperial, para compararla con la de los manuscritos originales. Al principio encontró algunas con las que esta no guardaba una semejanza completa, sino apenas un mismo carácter. Con otras piezas la identidad era absoluta, tanto en el cuerpo de la escritura como en la firma. Esa diferencia se debía a que la caligrafía del rey era variable, circunstancia que se explicará más adelante.

Así pues, no había duda en cuanto a la autenticidad de esa pieza, a pesar de que algunas personas, que profesan una incredulidad radical con respecto a las cosas denominadas sobrenaturales, hayan pretendido que no era más que una imitación muy exacta. Ahora bien, no olvidemos que no se trata de una escritura mediúmnica, transmitida por el Espíritu del Rey, sino de un manuscrito original, escrito por el propio Rey en vida, y que es tan maravilloso como aquellas cosas que se descubren diariamente por circunstancias fortuitas. Lo maravilloso, en caso de que exista algo así, es la manera como el

pergamino fue descubierto. Es muy cierto que si el señor Bach se hubiera limitado a decir que lo había encontrado *por casualidad* en su instrumento, no habría causado ninguna objeción.

Todos estos hechos habían sido relatados en la Sociedad de París, en la sesión del 19 de enero de 1866, en la cual estaba presente el señor Bach. Por su parte, el señor Morin, miembro de la Sociedad y médium sonámbulo muy lúcido, que durante el sueño magnético ve perfectamente a los Espíritus y conversa con ellos, participaba de la sesión en estado de sonambulismo. Durante la primera parte de la sesión, dedicada a realizar diversas lecturas, como la correspondencia y la narración de los hechos, el señor Morin, de quien no nos ocupábamos, parecía conversar mentalmente con seres invisibles: les sonreía e intercambiaba apretones de manos. Cuando llegó su turno de hablar, le solicitamos que nombrara a los Espíritus que veía, y que les pidiera que nos transmitiesen por su intermedio lo que quisieran decirnos para nuestra instrucción. No se le formuló ninguna pregunta directa. Solo mencionamos brevemente algunos de los hechos ocurridos, para que se tuviera una idea del carácter de la sesión y para llegar al asunto principal que aquí nos ocupa.

"Nombrarlos a todos sería imposible –dijo el señor Morin–, pues su número es inmenso. Además, hay muchos a los que no conocéis, y que han venido para instruirse. La mayoría de ellos quisiera hacer uso de la palabra, pero ceden su lugar a los que en este momento tienen cosas más importantes que decir.

"Para comenzar, a nuestro lado se encuentra nuestro ex colega el señor Didier, el último que ha partido al mundo de los Espíritus, y que no falta a ninguna de nuestras sesiones. Puedo verlo tal como era en vida, con la misma fisonomía. Se

diría que está aquí con su cuerpo material, con la salvedad de que no tose. Comparte conmigo sus impresiones, su opinión sobre los temas actuales, y me encomienda que os transmita sus palabras.

"A continuación se acerca un hombre joven, que se suicidó recientemente en circunstancias excepcionales. Me describe su situación. Presenta un aspecto, en cierto modo nuevo, del estado en que se encuentran algunos suicidas después de la muerte, debido a las causas determinantes del suicidio y de la naturaleza de sus pensamientos.

"Después viene el señor B…, espírita ferviente, muerto hace algunos días tras una operación quirúrgica, y que había encontrado en su creencia y en la plegaria la fuerza para soportar con valor y resignación sus prolongados sufrimientos. ¡Cuánta gratitud –dice él– le debo al espiritismo! Si no fuera por esa doctrina, sin duda yo habría puesto fin a mis torturas y sería como ese joven desdichado que acabáis de ver. La idea del suicidio pasó por mi mente más de una vez, pero siempre la rechacé. De lo contrario, ¡qué triste habría sido mi suerte! Ahora soy feliz, ¡oh! muy feliz, y agradezco a nuestros hermanos, que me han asistido con sus plegarias llenas de caridad. ¡Ah! ¡Si supierais cuán suaves y saludables efluvios derrama sobre los sufrimientos la plegaria del corazón!

"Pero –continúa el sonámbulo– ¿a dónde me llevan ahora? ¡A una vivienda miserable! En ella se encuentra un hombre joven aún, que se está muriendo del corazón… Su indigencia es absoluta: ¡nada para abrigarse, nada para comer! Su mujer, agotada por el cansancio y las privaciones, ya no puede trabajar… ¡Ah! ¡El último y triste recurso…! Ya no tiene cabello… ¡Se lo cortó y lo vendió para disponer de algunos centavos…! ¿Cuántos días más tendrán que vivir así…? ¡Es horroroso!"

Cuando le preguntamos si podía indicarnos el domicilio de esas pobres personas, dijo: "¡Esperad!" Se detuvo, como si escuchara lo que le decían; tomó un lápiz y escribió un nombre, con los datos de la calle y el número. A la mañana siguiente se acudió al domicilio, y todo lo dicho quedó verificado con exactitud.

Cuando su Espíritu regresó al lugar de la sesión, y una vez repuesto de la emoción, el señor Morin se refirió a varias personas más, así como a diferentes cuestiones, que para nuestros guías espirituales fueron motivo de significativas enseñanzas, que tendremos oportunidad de referir en otro momento.

De repente, exclamó: "¡Aquí hay Espíritus de todo tipo! ¡Algunos han sido príncipes, reyes! Se acerca uno de ellos; tiene el rostro alargado y pálido, una barbilla puntiaguda, y lleva una especie de sombrero rematado con una chispa. Me pide que os diga:

"El pergamino que mencionasteis y que se halla en vuestro poder fue escrito por mí, de puño y letra, pero os debo una explicación al respecto.

"En mi época no se escribía con tanta facilidad como ahora, sobre todo en el caso de los hombres de mi posición. Los materiales eran menos cómodos y no se hallaban tan perfeccionados; la escritura era más lenta, más grosera y pesada; aunque también reflejaba mejor las impresiones del alma. Como sabéis, mi ánimo era inestable y, según me sintiera bien o mal dispuesto, mi escritura cambiaba el carácter. Eso explica la diferencia que puede observase en los manuscritos de mi autoría que se han conservado. Cuando escribí este pergamino, para enviárselo a mi músico junto con la espineta, me encontraba en uno de esos momentos de satisfacción. Si buscáis entre mis manuscritos aquellos cuya letra se asemeja a la de este, reco-

noceréis, por los temas tratados, que yo debía de encontrarme en uno de esos buenos momentos, y ahí tendréis otra prueba de identidad."

Con motivo del descubrimiento de este manuscrito, del cual se ocupó *Le Grand Journal* en el número del 14 de enero, dicho periódico contiene también, en el número del 21 de enero, el siguiente artículo:

"Profundicemos en la cuestión de la correspondencia, mencionando la carta de la señora condesa de Martino, relativa a la espineta del señor Bach. La señora condesa de Martino está persuadida de que el correspondiente sobrenatural del señor Bach es un impostor, atento a que aquel debería haber firmado *Baldazzarini* y no *Baltazarini*, que es italiano macarrónico".

En primer lugar, debemos señalar que esa chicana a propósito de la ortografía de un nombre propio es bastante pueril, y que el epíteto de *impostor*, aplicado al corresponsal invisible en el cual la señora Condesa no cree, recae sobre un hombre honrado, lo cual no es de muy buen gusto. En segundo lugar, Baldazzarini, un simple músico, especie de trovador, bien podía no dominar la lengua italiana en toda su pureza, y en una época en la que no se presumía de ser instruido. ¿Acaso cuestionaríamos la identidad de un francés que escribiera en un francés macarrónico? ¿Acaso no conocemos personas que no son capaces de escribir correctamente su propio nombre? Por su origen, Baldazzarini no debería de estar muy alejado de la cocina. Pero esa crítica se derrumba ante un hecho: los franceses, poco familiarizados con los matices de la ortografía italiana, al escuchar la pronunciación de ese nombre, naturalmente lo escribirían a la francesa. El propio rey Enrique III, en la cuarteta citada más arriba, escribe simplemente *Baltasa-*

rini, pese a que no era precisamente un cocinero. Así ocurrió con los que enviaron a *Le Grand Journal* el relato del hecho en cuestión. En cuanto al músico, en las diversas comunicaciones que dictó al señor Bach, de las cuales tengo en mis manos varios originales, firmó *Baldazzarini* y, a veces, *Baldazzarrini*, como se puede comprobar. Por lo tanto, la culpa no es suya, sino de los que, por ignorancia, afrancesaron su nombre, y de nosotros en primer lugar.

Es realmente curioso ver las puerilidades a que recurren los adversarios del espiritismo, lo cual es la demostración evidente de que carecen de buenas razones.

Las ratas de Équihen

Uno de nuestros suscriptores de Boulogne-sur-Mer nos envía lo siguiente, fechado el 24 de diciembre de 1865:

"Hace algunos días me enteré de que en Équihen, un pueblo de pescadores cerca de Boulogne, en casa del señor L…, que es un rico hacendado, ocurrían fenómenos cuyas características son propias de las manifestaciones físicas espontáneas, y que recuerdan a las de Les Grandes-Ventes, cerca de Dieppe, a las de Poitiers, de Marsella, etc. Todos los días, alrededor de las siete de la tarde, se escuchan fuertes golpes y los objetos ruedan por el piso. Un armario cerrado con llave se abre de repente, y la ropa que contiene es arrojada en medio de la habitación; las camas, en especial la de la chica de la casa, son bruscamente deshechas varias veces.

”Aun cuando esas personas estaban lejos de practicar el espiritismo, e incluso de saber qué es, pensaron que el autor de dicho desorden –cuya causa todas las investigaciones y la vigilancia más exhaustiva no habían podido descubrir– podría ser un hermano del señor L…, un ex militar que había muerto hacía dos años en Argelia. Parece que los parientes le habían prometido que, si moría en servicio, se ocuparían de trasladar el cuerpo a Équihen. Pero como no cumplieron la promesa, suponían que el Espíritu de ese hermano era el que todos los días, desde hacía seis semanas, se presentaba para causar semejante revuelo en la casa y, por consiguiente, en todo el pueblo.

”Los fenómenos preocuparon al clero: cuatro curas de la localidad y de los alrededores, y luego cinco redentoristas y tres o cuatro religiosas, acudieron para exorcizar al Espíritu, aunque inútilmente. Cuando se dieron cuenta de que no podían detener el alboroto, le aconsejaron al señor L… que viajara a Argelia en busca del cuerpo de su hermano, de modo que así lo hizo, sin demora. Antes de la partida, esos señores se ocuparon de que toda la familia se confesara y recibiera la comunión; también señalaron que era necesario decir misas, en especial una misa cantada, y luego misas rezadas todos los días. Se dijo la primera, y luego los redentoristas se ocuparon de las demás. También recomendaron expresamente, a las mujeres de la familia del señor L…, que dejaran de hablar acerca de los ruidos y que, si alguien les preguntaba por el fenómeno, dijeran que era causado por las *ratas*. Agregaron que debían cuidarse de divulgar esas cosas, pues hacerlo constituía una grave ofensa contra Dios, debido a la existencia de una secta que intentaba destruir la religión, y que si los partidarios de esa secta se enteraban de lo que ocurría en esa casa, no dejarían de aprovecharlo para hacer daño, en cuyo caso toda la familia sería res-

ponsable ante Dios; además, dijeron que era muy lamentable que los acontecimientos ya se hubieran difundido. A partir de ese momento, tapiaron cuidadosamente las puertas de la casa, cerraron con llave las rejas del patio, y prohibieron acercarse a los que acudían todas las noches para escuchar los ruidos. Sin embargo, aunque cerraron con llave todas las puertas, no pudieron cerrar todas las lenguas, y las *ratas* actuaban tan bien que se las escuchaba a diez leguas de distancia. Algunos bromistas dijeron que, si bien habían visto ratas royendo sábanas, nunca vieron que las arrojaran fuera de las habitaciones, ni que abrieran puertas cerradas con llave. Sucede que –afirmaban– probablemente sean ratas de una nueva especie, arribadas en algún navío extranjero. Por nuestra parte, esperamos con impaciencia que las muestren al público".

Otros dos corresponsales nos refirieron el mismo hecho. De ahí resulta una primera consideración: esos señores del clero, que eran muchos y estaban interesados en descubrir en esos fenómenos una causa vulgar, no habrían dejado de señalarla en caso de que existiera y, sobre todo, no habrían prescrito la mentirita de las *ratas*, so pena de exponerse a la ira de Dios. Así pues, reconocieron la intervención de un poder oculto. Entonces, ¿por qué el exorcismo siempre es impotente en tales casos? En primer lugar, existe una razón perentoria: el exorcismo va dirigido a los *demonios*. Ahora bien, los Espíritus obsesores y bulliciosos no son demonios, sino seres humanos, de modo que el exorcismo no se aplica a ellos. En segundo lugar, el exorcismo es un anatema y una amenaza que irrita al Espíritu dañino, y no una instrucción capaz de conmoverlo y conducirlo al bien.

En la presente circunstancia, esos señores reconocieron que podía tratarse del Espíritu del hermano muerto en Argelia; de

lo contrario no habrían aconsejado a los parientes que fueran en busca del cuerpo, para cumplir la promesa que le habían hecho. Tampoco habrían recomendado misas, pues estas no pueden decirse a favor de los demonios. ¿En qué se convierte, pues, la doctrina de los que afirman que *solamente* los demonios pueden manifestarse, y que dicho poder se deniega a las almas de los hombres? Si un Espíritu humano pudo hacerlo en el caso que nos ocupa, ¿por qué no lo harían otros, en otros casos? ¿Por qué un Espíritu bueno y amoroso se comunicaría tan solo mediante la violencia, para llamar la atención de aquellos a los que ha amado, o para darles sabios consejos?

Es necesario ser consecuente con uno mismo. Decid francamente, y de una vez por todas, que siempre se trata de demonios, sin excepción, y entonces las personas optarán por creer en lo que ellas quieran. O bien reconoced que los Espíritus son las almas de los hombres, y que entre ellos algunos son buenos y otros malos, y que todos pueden comunicarse.

Aquí se presenta una cuestión especial desde el punto de vista espírita. ¿Cómo es posible que haya Espíritus que se preocupen por el hecho de que sus cuerpos queden sepultados en un lugar y no en otro? Los Espíritus que alcanzaron cierto grado de elevación no prestan atención a nada de eso; pero los menos adelantados no se encuentran tan desprendidos de la materia como para que no les importen las cosas terrestres, y en tal sentido el espiritismo brinda numerosos ejemplos. Pero en este caso, el Espíritu pudo sentirse impulsado a manifestarse por otro motivo: recordarle a su hermano que había faltado a su promesa, y que no podía justificar tal descuido con la falta de recursos, puesto que era rico. Tal vez el señor L… pensó: "¡Bah! Mi hermano está muerto, de modo que no podrá venir a quejarse; si no traigo su cuerpo me ahorraré mu-

cho dinero". Ahora bien, supongamos que el señor L…, fiel a su palabra, hubiera viajado a Argelia de inmediato, pero que no hubiera podido recuperar el cuerpo de su hermano o que, debido a la confusión inevitable en tiempos de guerra, en su lugar hubiera repatriado el cuerpo de otro hombre. En ambos casos, el Espíritu de su hermano no habría quedado menos satisfecho, porque el señor L… habría cumplido con su deber moral. Los Espíritus nos dicen sin cesar: "el pensamiento lo es todo; la forma no es nada, y no nos interesa".

Un nuevo y definitivo entierro del espiritismo

¿Cuántas veces se ha dicho que el espiritismo estaba muerto y enterrado? ¿Cuántos escritores se vanagloriaron de haberle dado el golpe de gracia, algunos porque habían emitido palabrotas condimentadas con sal gruesa, otros porque habían descubierto algún charlatán disfrazado de espírita, o alguna grosera imitación de un fenómeno? Y eso sin mencionar los sermones, las pastorales y los panfletos salidos de la misma fuente, en los que cualquiera consideraba que le había dado una paliza, y donde la aparición de fantasmas en los teatros fue saludada por todos con un ¡hurra! "¡Tenemos el secreto de esos espíritas! –afirmaban a porfía los periódicos, grandes y pequeños, desde Perpignan hasta Dunkerque–. ¡Ellos nunca se recuperarán de este mazazo!" Los fantasmas pasaron, pero el espiritismo se mantuvo en pie. Después llegó el turno de los hermanos Davenport, "apóstoles y sumo sacerdotes del espiritismo", doctrina que ellos no conocían, y a quienes ningún

espírita conocía tampoco. En ese caso, el señor Robin obtuvo la gloria de salvar a Francia y a la humanidad por segunda vez, mientras hacía un muy buen negocio en su teatro. La prensa le tejió una corona a ese valiente defensor del sentido común, a ese científico que había descubierto los hilos del espiritismo, tanto como el doctor Jobert (de Lamballe) había descubierto el nervio del músculo crujidor. Con todo, los hermanos Davenport partieron sin recibir los honores de la guerra, el músculo crujidor se atrofió, pero el espiritismo todavía goza de buena salud. Es evidente que todo esto demuestra que la doctrina espírita no se encuentra en los fantasmas del señor Robin, ni en las cuerdas y las panderetas de los señores Davenport, como tampoco en el músculo peroneo corto[7]. Aquellos ataques no fueron más que intentos fallidos. A pesar de todo, esta vez parece que un nuevo golpe es de los buenos, el auténtico, y que al espiritismo le resultará imposible recuperarse. Así nos lo informan y lo *afirman* los periódicos *L'Événement*, *L'Opinion Nationale* y *Le Grand Journal*. Es algo bastante raro que al espiritismo le agrade reproducir todos los hechos que se le oponen y que, según sus adversarios, deben aniquilarlo. Ocurre que si los considerara tan peligrosos, no los mencionaría. Veamos de qué se trata:

"El célebre actor inglés Sothem, acaba de escribirle a un periódico de Glasgow una carta con la que aplica el golpe de gracia al espiritismo. Ese periódico lo censuraba por atacar sin

7. Véase la *Revista Espírita* de junio de 1859, pág. 141: "El músculo crujidor". *Le Moniteur* y otros periódicos anunciaron hace ya algún tiempo que el doctor Jobert (de Lamballe) había padecido una alienación mental y actualmente se encontraba en una casa de salud. Sin duda este triste acontecimiento no ha sido fruto de su creencia en los Espíritus. (N. de Allan Kardec.) Véase también *El libro de los médiums*, Cap. IV, § 41. (N. del T.)

miramientos a los hermanos Davenport y a los adeptos de las influencias ocultas, a pesar de que él mismo había realizado sesiones de espiritismo en América, usando el nombre Sticart, que en esa época era su pseudónimo teatral. El señor Sothem admitió claramente que con frecuencia mostraba a sus amigos que era capaz de ejecutar el malabarismo de los espíritas, y que incluso había hecho trucos aún más maravillosos, si bien nunca realizaba esas experiencias fuera de un pequeño círculo de amigos y conocidos. Por otra parte, jamás había cobrado un solo centavo, pues él mismo cubría los gastos de esas experiencias, después de las cuales se reunía con sus amigos en una cena jovial.

"Con el auxilio de un americano muy activo, obtuvo los más curiosos resultados: apariciones de fantasmas, sonidos de instrumentos musicales, la firma de Shakespeare, manos invisibles rosando el cabello de los espectadores o dándoles bofetadas, etc., etc.

"El señor Sothem siempre dijo que todos esos trucos eran el resultado de combinaciones ingeniosas, con habilidad y destreza, sin que los Espíritus del otro mundo intervinieran de ningún modo.

"En resumen, el célebre artista declara que desafía a los Home, a los Davenport y a los espíritas de todo el mundo, para que produzcan alguna manifestación que él no pueda superar.

"Nunca pensó en hacer de su habilidad una profesión, sino apenas en desconcertar a los embusteros, que ultrajan la religión y roban el dinero del público al hacerles creer que tienen un poder sobrenatural, que mantienen relaciones con el otro mundo y que pueden evocar a las almas de los muertos. El señor Sothem no se vale de circunloquios para dar su

opinión: llama a las cosas por su nombre; para él un gato es un gato, y los Rollets… bellacos".

Los señores Davenport tenían en su contra dos cosas que nuestros adversarios han reconocido: las exhibiciones teatrales y la explotación. Puesto que creen de buena fe –al menos nos agrada pensar de ese modo– que el espiritismo consiste en la realización de trucos en nombre de los Espíritus, tales adversarios esperaban que los espíritas saldrían a defender la causa de aquellos señores, pero quedaron un tanto decepcionados cuando, por el contrario, los vieron repudiar esa clase de manifestaciones por considerarlas nocivas para los principios de la doctrina espírita, así como demostrar que es ilógico admitir que los Espíritus se encuentran en todo momento a las órdenes del primero que se presente y quiera utilizarlos para ganar dinero. Algunos críticos, incluso, por iniciativa propia, hicieron valer ese argumento contra los señores Davenport, sin sospechar que de ese modo defendían la causa del espiritismo. La idea de poner a los Espíritus en un escenario y usarlos como compinches para obtener ganancias causó un sentimiento general de rechazo –casi de repugnancia–, incluso en los incrédulos, que dijeron: "No creemos en los Espíritus, pero si existieran, no deberían mostrarse en esas condiciones, y habría que tratarlos con más respeto". No creían en Espíritus que se presentaban a tanto por sesión, y estaban en lo cierto. De ahí puede concluirse que la exhibición de hechos extraordinarios y la explotación son los peores medios para hacer prosélitos. Si el espiritismo patrocinara tales conductas, ahí estaría su punto débil. Sus adversarios lo saben tan bien, que no pierden la oportunidad de golpear en ese punto, convencidos de que dañan a la doctrina. El señor Gérôme, de *L'Univers Illustré*, en respuesta al señor Blanc de Lalésie (véase

nuestra *Revista* de diciembre), que lo censuraba por hablar de lo que no conocía, escribió: "Estudié el espiritismo en la práctica, con los hermanos Davenport, quienes me cobraron quince francos. Es verdad que actualmente los hermanos Davenport trabajan con precios más asequibles, de modo que por tres o cinco francos es posible ver la farsa. Son los precios del señor Robin, ¡enhorabuena!"

Por su parte, el autor del artículo sobre la joven cataléptica de Suabia (véase el número de enero), que no es espírita en modo alguno, se ocupa de destacar, como elemento a favor de la autenticidad de esos fenómenos extraordinarios, que los padres no piensan en absoluto en sacar provecho de las extrañas facultades de su hija.

Por lo tanto, la explotación de la idea espírita constituye, como es debido, un motivo de descrédito. Los espíritas repudian la especulación, por eso sus adversarios se ocupan de presentar al actor Sothem como una persona completamente desinteresada, con la esperanza de utilizar tal virtud como un argumento victorioso. Siempre recurren a la idea de que el espiritismo sólo vive de hechos maravillosos y del malabarismo.

Que la crítica ataque cuanto quiera esos abusos, que descubra los trucos y los hilos de los charlatanes, pues el espiritismo, que no se vale de ningún procedimiento secreto, y cuya doctrina es completamente moral, no puede más que ganar al ser liberada de los parásitos que la utilizan como un trampolín, así como de los que desvirtúan su carácter.

Entre los adversarios del espiritismo hubo hombres de auténtico valor, tanto en saber como en inteligencia, que desplegaron contra él un inmenso arsenal de argumentos, aunque sin éxito. Veremos si al actor Sothem le va mejor que a los demás en su intento de enterrarlo. Lo habría logrado hace

mucho tiempo si el espiritismo se apoyara en los absurdos que se le atribuyen. Por consiguiente, si a pesar de que aniquilaron el malabarismo y denostaron las prácticas ridículas, el espiritismo aún existe, es porque en él hay algo más serio, que no pudieron dañar.

Los *quid pro quo*

La avidez con que los detractores del espiritismo aprovechan hasta las menores noticias que consideran desfavorables para esa doctrina, los expone a singulares equivocaciones. Su prisa en publicarlas es tanta, que no se toman el tiempo necesario para verificar su exactitud. Por otra parte, ¿qué importa hacer ese esfuerzo? Para ellos la autenticidad del hecho es una cuestión secundaria, pues lo esencial es ponerlo en ridículo. A veces esa precipitación acarrea varios inconvenientes y, en todo caso, pone en evidencia una frivolidad que está lejos de contribuir a que la crítica sea valorada.

Otrora los malabaristas se denominaban sencillamente *escamoteadores*, pero este vocablo sufrió el descrédito y fue sustituido por el término *prestidigitador*, aunque todavía hacía recordar demasiado al jugador de cubiletes. El célebre *Conte*[8] –según nos parece– fue el primer prestidigitador que se adjudicó el título de *físico* y que, durante la Restauración, obtuvo el privilegio de publicar en sus afiches y en la cartelera de su teatro la frase: *Físico del Rey*. Desde entonces, hasta el más ínfimo escamoteador recorría las ferias con el título de

8. Véase Louis Comte. (N. del T.)

físico, *profesor de física*, etc.: una manera como cualquier otra de echar arena en los ojos de cierto público que, sin mayor conocimiento y de buena fe, los ubicaba en el mismo nivel que a los físicos de la Facultad de Ciencias. Por cierto, el arte de la prestidigitación ha realizado inmensos progresos, y no se puede negar que algunos de los que la practican con éxito poseen conocimientos especiales, verdadero talento y un carácter honrado. Pero nunca deja de ser el arte de producir ilusiones con mayor o menor habilidad; y no se trata de una ciencia seria, capaz de ocupar un lugar en el Instituto.

Por su parte, el señor Robin se ha ganado en este género una celebridad a la cual no contribuyó poco el papel que se ocupó de desempeñar en el caso de los hermanos Davenport. Esos señores, con o sin razón, afirmaron que actuaban con el auxilio de los Espíritus. ¿Sería de parte de ellos una manera diferente de despertar la curiosidad por fuera de los caminos trillados? No es este el lugar para analizar esa cuestión. Sea como fuere, ante el solo hecho de que tales señores se presentaran como agentes de los Espíritus, los que no aceptan por nada del mundo esa posibilidad se quejaron indignados. Entonces, el señor Robin, hábil para aprovechar la oportunidad, se abrió camino de inmediato. Él afirma que produce los mismos efectos que los Espíritus, pero mediante simples juegos malabares. De ese modo, al considerar que los Espíritus han muerto, la crítica canta victoria y lo proclama vencedor.

Pero el entusiasmo es ciego y a veces comete extrañas torpezas. Hay muchos señores Robin en el mundo, como hay muchos señores Martin. Un señor Robin, profesor de física, acaba de ser electo miembro de la Academia de Ciencias, y para algunos no cabe duda de que ese profesor no puede ser otro más que el señor Robin, el *físico* del boulevard du Tem-

ple, el rival de los hermanos Davenport que todas las noches aniquila a los Espíritus en su teatro. Así, sin obtener información adicional, un periódico serio, *L'Opinion Nationale*, en su folletín del sábado 20 de enero, publicó el siguiente artículo:

"Los acontecimientos de la semana no tendrán sentido. Con todo, entre ellos hubo algunos bastante curiosos. Por ejemplo, la elección de Charles Robin para integrar la Academia de Ciencias. Hacía mucho tiempo que desde aquí abogábamos por su candidatura, pero en más de un lugar se predicaba intensamente en sentido contrario. El hecho es que el nombre *Robin* tiene algo de diabólico. Recordad a Robin Hood. Y el héroe de las *Memorias del diablo*, ¿no se llamaba Robin? En este caso, el señor Robin es un físico tan sabio como amable, que ató un cascabel en el cuello de los Davenport. El cascabel creció y creció, hasta que se volvió más enorme y resonante que la campana mayor de Notre-Dame. Esos pobres farsantes, ensordecidos por el ruido que hacían, tuvieron que escaparse rumbo a América, pero en América ya no los quieren. ¡Ha sido una gran victoria del buen sentido, y una derrota de lo sobrenatural! Pero lo sobrenatural tenía previsto vengarse de la Academia de Ciencias, e hizo heroicos esfuerzos para excluir de ella a ese enemigo, a ese positivista, a ese ilustre incrédulo que se llama Charles Robin. No obstante, en el propio seno de esa Academia tan bien pensante, lo sobrenatural fue vencido otra vez. Charles Robin se sentará a la izquierda del señor Pasteur. Ya no estamos en la época de las tiernas fábulas, en la época dichosa y lamentable en que el cayado del pastor dominaba a la oveja Robin!"

Ed. About

¿A quién va dirigida esta farsa? Nos hallamos realmente tentados a suponer que algún Espíritu maligno condujo la pluma del autor de este artículo.

Se trata de otro *quid pro quo*[9] que, si bien es menos divertido, no deja de demostrar la liviandad con que la crítica acoge sin examen previo todo lo que le parece contrario al espiritismo, y la manera como, a pesar de cuanto se ha dicho, se obstina en encarnarlo en los hermanos Davenport. De ahí concluye que todo lo que significa una derrota para esos señores, también lo es para la doctrina espírita, pese a que ella es tan solidaria para con los que se arrogan su nombre, como lo es la verdadera física para con los que usurpan el nombre de físicos.

Varios periódicos se apresuraron a reproducir el siguiente artículo del *Messager franco-américain*. No obstante, deberían saber mejor que nadie que no todo lo que está impreso es una verdad indiscutible:

"Esos pobres hermanos Davenport no podían escapar del ridículo que está reservado para los charlatanes de todo tipo. Después de crecer y promocionarse en Estados Unidos, donde durante mucho tiempo ganaron dinero, fueron desenmascarados y escarnecidos en la capital de Francia, que no padece tan fácilmente el *humbug*[10], y ahora era preciso que recibieran en la misma sala de sus grandes exhibiciones, en New York, el último desmentido que se merecían.

"Acaban de recibir ese desmentido públicamente, de manos del señor Fay, su ex compañero y cómplice, en la sala del

9. Locución latina; literalmente: "algo a cambio de algo". Error que consiste en tomar a alguien o algo por otra persona o cosa. (N. del T.)
10. En inglés: *decepción*. (N. del T.)

Cooper Institute, el sábado a la noche, y ante una numerosa concurrencia.

"Allí, el señor Fay reveló todo: los secretos del famoso armario, de las cuerdas y los nudos, así como de todos los malabares que emplearon con éxito durante tanto tiempo. ¡Comedia humana! ¡Y pensar que existen personas serias e instruidas que admiraron y defendieron a los hermanos Davenport, y que denominaron *espiritismo* a esas farsas que tal vez serían toleradas en el carnaval!"

Nosotros no vamos a asumir la defensa de los señores Davenport, cuyas exhibiciones siempre condenamos, por ser contrarias a los principios de la sana doctrina espírita. No obstante, sea cual fuere la opinión que las personas se formen al respecto, en honor a la verdad debemos decir que ha sido un error inferir de ese artículo que los señores Davenport estuvieron en New York y que en esa ciudad fueron escarnecidos. Sabemos de buena fuente que, al dejar París, volvieron a Inglaterra, donde se encuentran hasta la actualidad. El señor Fay, que habría descubierto sus secretos, no es su cuñado y acompañante, William Fay, sino un tal H. Melleville Fay, que producía efectos semejantes en América, y al que se hace referencia en la biografía de los hermanos Davenport, con la recomendación de no confundirlos. No nos sorprende en absoluto que ese señor, que compite con ellos, haya considerado oportuno aprovechar su ausencia para ocupar su lugar y desacreditarlos en beneficio propio. Esta lucha por el fenómeno no puede relacionarse con el espiritismo. Eso es lo que se da a entender al final del artículo, con esta frase: "¡Y pensar que existen personas seria que denominaron *espiritismo* a esas farsas que tal vez serían toleradas en el carnaval!" Esa exclama-

ción tiene todo el aspecto de una amonestación dirigida a los que confunden cosas tan dispares.

Los hermanos Davenport han proporcionado a los detractores del espiritismo la oportunidad o el pretexto para llevar adelante una formidable reacción, ante la cual este se mantuvo de pie, calmo e impasible, para seguir su camino sin conmoverse por el escándalo que armaron alrededor suyo. Un hecho digno de señalar es que sus adeptos, lejos de asustarse, consideraron por unanimidad que esa efervescencia era sumamente útil para la causa, seguros de que el espiritismo, al ser conocido, no puede más que salir triunfante. La crítica castigó a los señores Davenport, pues creyó que al hacerlo aniquilaba al espiritismo. Pero si este no gritó, es porque no se sintió herido. La crítica aniquiló precisamente lo que el espiritismo condena y desaprueba: la explotación, las exhibiciones públicas, el charlatanismo, las prácticas fraudulentas, las imitaciones groseras de fenómenos naturales que se producen en condiciones muy diferentes, el abuso de un nombre que representa una doctrina completamente moral, de amor y caridad. Después de esta dura lección, consideramos que sería temerario que la crítica intentara probar fortuna por medios semejantes.

Es cierto que de todo eso resultó cierta confusión momentánea en el ánimo de algunas personas, una especie de vacilación bastante natural en las que solo escucharon la acusación emitida con parcialidad, sin distinguir lo verdadero de lo falso. No obstante, de ese mal surgió un gran bien: el deseo de conocer, que solo puede redundar en beneficio de la doctrina.

Así pues, agradecemos a la crítica por haber hecho, con la ayuda de los poderosos medios de que dispone, lo que los espíritas no habrían logrado por sí mismos. Hizo que la doctrina espírita avanzara varios años y, una vez más, que sus adversa-

rios se persuadieran de que son impotentes contra ella. Por otra parte, el público ha sido tan bombardeado con el nombre de los Davenport, que eso comienza a resultarle tan fastidioso como el grito de Lambert. Ya es hora de que la prensa busque un nuevo tema para explotar.

Noticia bibliográfica

Nuestro artículo del mes pasado sobre el *Diccionario Universal* hizo que muchas personas nos solicitaran información sobre la suscripción y el pago. Esta es la nota que al respecto nos envió la dirección:

Precio de cada fascículo de 8 páginas: 10 centavos. Aparecen dos fascículos por semana.- El envío por correo se lleva a cabo en series de 40 fascículos, cuyo precio es de 4 francos para París; 5 francos para los departamentos, y 6 francos para el exterior.- Es posible suscribirse a cualquier cantidad de series, mediante el envío de la suma al director, en el 38 del boulevard Sébastopol, París. La primera serie se encuentra en venta; la segunda lo estará dentro de poco.- Las personas que deseen recibir la obra en fascículos, deberán dirigirse a las librerías de su localidad.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 3 Marzo de 1866

Introducción al estudio de los fluidos espirituales

I

Los fluidos espirituales desempeñan un papel importante en la totalidad de los fenómenos espíritas, o mejor dicho, son el principio mismo de esos fenómenos. Hasta el momento, se había dicho que un determinado efecto es el resultado de una acción fluídica; pero ese dato general, que era suficiente al principio, dejó de serlo cuando se pretendió analizar los detalles. Al comienzo, los Espíritus limitaron sabiamente su enseñanza; más tarde, llamaron la atención sobre esa importante cuestión de los fluidos, y no la abordaron en un único centro, sino en casi todas partes.

Sin embargo, los Espíritus no vienen a entregarnos esa ciencia completamente elaborada, como tampoco ninguna otra. Nos señalan el camino, nos proporcionan los materiales, pero a nosotros nos corresponde estudiarlos, observarlos, ana-

lizarlos, coordinarlos y ponerlos en práctica. Eso es lo que los Espíritus han hecho para la constitución de la doctrina espírita, y han actuado del mismo modo con respecto a los fluidos. En mil lugares diversos, que son de nuestro conocimiento, han esbozado el estudio de esa cuestión. En todas partes encontramos algunos hechos, algunas explicaciones, una teoría parcial, una idea, pero en ningún lugar un trabajo conjunto y completo. ¿A qué se debe eso? ¿Será que no pueden hacerlo? No, sin duda, porque lo que los Espíritus hubieran podido hacer como hombres, también pueden hacerlo, y con mayor razón, en su condición de Espíritus. No obstante, como hemos dicho, por ningún motivo vienen a librarnos del trabajo de la inteligencia, sin el cual nuestras fuerzas, al quedar inactivas, se debilitarían, puesto que nos parecería cómodo que ellos trabajaran por nosotros.

Así pues, el trabajo queda para los hombres. Pero como su tiempo, su inteligencia y su vida tienen un límite, ninguno de ellos puede elaborar todo lo que es necesario para la conformación de una ciencia. Por eso no hay ninguna que sea, en todos sus elementos, la obra de un solo hombre, como tampoco hay un descubrimiento cuyo primer inventor lo haya llevado a la perfección. A cada edificio intelectual, muchos hombres y varias generaciones le han aportado su contingente de investigaciones y observaciones.

Así ocurre con la cuestión que nos ocupa, cuyas diversas partes han sido tratadas por separado, y luego reunidas en un cuerpo metódico, cuando se pudo hacer acopio de los materiales suficientes. Esa parte de la ciencia espírita se considera, desde entonces, ya no una concepción sistemática individual, obra de un hombre o de un Espíritu, sino el producto de

múltiples observaciones, cuya autoridad se basa en la concordancia que existe entre ellas.

Debido al motivo que acabamos de exponer, no pretendemos que aquí se diga la última palabra sobre la cuestión. Como dijimos, los Espíritus gradúan sus enseñanzas y las proporcionan según la suma y la madurez de las ideas adquiridas. Por lo tanto, no podemos dudar de que más adelante ellos nos pondrán en el camino de nuevas observaciones. Con todo, en la actualidad, hay elementos suficientes para formar un conjunto que se completará ulteriormente y de manera gradual.

La concatenación de los hechos nos obliga a colocarnos en el punto de partida más adelantado, a fin de que procedamos de lo conocido a lo desconocido.

II

Todo se relaciona en la obra de la creación. Antaño se consideraba que los tres reinos de la naturaleza eran completamente independientes uno del otro, y muchos se habrían reído de aquel que hubiese pretendido descubrir una correlación entre el mineral y el vegetal, así como entre el vegetal y el animal. Con todo, una observación atenta hizo que desaparezca la solución de continuidad, y ha demostrado que todos los cuerpos forman una cadena ininterrumpida. De tal modo, los tres reinos apenas subsisten, en realidad, por sus caracteres generales más definidos; pero en sus respectivos límites se confunden a tal punto que dudamos al determinar dónde concluye uno y comienza el otro, así como en cuál de ellos hay que ubicar determinados seres; tal es el caso, por ejemplo,

de los zoófitos o animales plantas, que se denominan así porque se parecen tanto a los animales como a las plantas.

Lo mismo ocurre respecto de la composición de los cuerpos. Durante mucho tiempo, los cuatro elementos fueron la base de las ciencias naturales; pero quedaron descartados ante los descubrimientos de la química moderna, que reconoció un número indeterminado de cuerpos simples. La química nos muestra que todos los cuerpos de la naturaleza están formados por esos elementos combinados en diversas proporciones. De la variedad infinita de esas combinaciones surgen las innumerables propiedades de los diferentes cuerpos. Así, por ejemplo, una molécula de gas oxígeno y dos de gas hidrógeno, combinadas, forman agua. Al transformarse en agua, el oxígeno y el hidrógeno pierden sus cualidades individuales, de modo que ya no hay oxígeno e hidrógeno propiamente dichos, sino agua. Al descomponer el agua, volvemos a encontrar los dos gases en las mismas proporciones. Si en vez de una molécula de oxígeno, hay dos –es decir, dos de cada gas–, ya no se trata de agua, sino de un líquido muy corrosivo. Por lo tanto, basta con un simple cambio en la proporción de uno de los elementos para transformar una sustancia saludable en una sustancia venenosa. Mediante una operación inversa, si los elementos de una sustancia deletérea –como el arsénico, por ejemplo– son combinados simplemente en otras proporciones, sin adición ni supresión de ninguna otra sustancia, aquella se volverá inofensiva o incluso saludable. Hay más: varias moléculas reunidas, de un mismo elemento, gozarán de propiedades diferentes según el modo de agregación y las condiciones del medio en que se encuentren. El *ozono*, recientemente descubierto en el aire atmosférico, es un ejemplo de eso. Se ha reconocido que esa sustancia no es otra sino el oxígeno, uno de los principios

constitutivos del aire, en un estado particular, que le otorga propiedades distintas a las del oxígeno propiamente dicho. El aire no deja de estar formado siempre con oxígeno y nitrógeno, pero sus cualidades varían según la mayor o menor cantidad de oxígeno que contenga en estado de ozono.

Estas observaciones, que parecen ajenas a nuestro asunto, sin embargo se relacionan con él de una manera directa, como veremos más adelante. Además, son esenciales como puntos de comparación.

Esas composiciones y descomposiciones se obtienen artificialmente y en pequeñas cantidades en los laboratorios, pero se producen en gran magnitud y espontáneamente en el inmenso laboratorio de la naturaleza. Bajo la influencia del calor, de la luz, de la electricidad y de la humedad, un cuerpo se descompone, sus elementos se separan, otras combinaciones se producen y nuevos cuerpos se forman. Así, una misma molécula de oxígeno, por ejemplo, que forma parte de nuestro propio cuerpo, después de la destrucción de éste pasará a integrar la composición de un mineral, de una planta, o de un cuerpo animado. En nuestro cuerpo actual se encuentran, pues, las mismas partículas de materia que han sido partes constitutivas de una multitud de otros cuerpos.

Citemos un ejemplo para que este asunto quede más claro.

Una pequeña semilla es puesta en la tierra; luego brota, crece y se convierte en un gran árbol, que año tras año produce hojas, flores y frutos. ¿Esto quiere decir que ese árbol se encontraba por completo en la semilla? Por cierto que no, pues el árbol contiene una cantidad de materia mucho más considerable. ¿De dónde salió, pues, esa materia? De los líquidos, las sales y los gases que la planta extrajo de la tierra y del aire, y que se infiltraron en su tronco y poco a poco

aumentaron su volumen. Con todo, ni en la tierra ni en el aire se encuentran hojas, flores, frutos y madera. Ocurre que esos mismos líquidos, sales y gases, en el acto de absorción, se han descompuesto; sus elementos sufrieron nuevas combinaciones que los transformaron en savia, madera, corteza, hojas, flores, frutos, esencias volátiles odoríferas, etc. Esas mismas partes, a su vez, van a destruirse, a descomponerse; sus elementos se mezclarán de nuevo con la tierra y el aire; van a reconstituir las sustancias necesarias para la fructificación; serán reabsorbidos, descompuestos y transformados otra vez en savia, madera, corteza, etc. En suma, la materia no aumenta ni disminuye, sino que se transforma y, como consecuencia de esas transformaciones sucesivas, la proporción de las diversas sustancias siempre se encuentra en cantidad suficiente para cubrir las necesidades de la naturaleza. Supongamos, por ejemplo, que en el fenómeno de la vegetación una determinada cantidad de agua se descomponga, a fin de proveer el oxígeno y el hidrógeno necesarios para la formación de las diversas partes de la planta. Se trata de una cantidad de agua que la masa pierde; pero esas partes de la planta, durante su descomposición, liberan el oxígeno y el hidrógeno que contenían, y esos gases, al combinarse entre ellos, formarán otra vez una cantidad de agua equivalente a la que había desaparecido.

Resulta oportuno señalar aquí el hecho de que el hombre, que puede realizar artificialmente las composiciones y las descomposiciones que se producen de manera espontánea en la naturaleza, es impotente para reconstituir siquiera el más mínimo cuerpo organizado, aunque sólo se trate de una brizna de hierba o de una hoja muerta. Después de haber descompuesto un mineral, puede formarlo de nuevo en todas sus partes, tal como era anteriormente; pero cuando ha separado los elementos de una

porción de materia vegetal o animal, ya no puede reconstituirla, y mucho menos darle vida. Su poder llega hasta la materia inerte, pues el principio de la vida depende de Dios.

A la mayoría de los cuerpos simples se los denominan *ponderables*, porque es posible cuantificar su peso, y ese peso depende de la suma de las moléculas contenidas en un volumen determinado. Otros se llaman *imponderables*, porque no tienen ningún peso para nosotros y porque, sea cual fuere la cantidad con que se acumulen en otro cuerpo, no aumentan el peso de este. Son ellos: el calórico, la luz, la electricidad, el fluido magnético o del imán; este último es tan solo una variedad de la electricidad. Aunque imponderables, esos fluidos no dejan de tener una potencia inmensa. El calórico divide los cuerpos más duros, los reduce a vapor y otorga a los líquidos evaporados una fuerza de expansión irresistible. El choque eléctrico quiebra los árboles y las piedras, dobla las barras de hierro, funde los metales, transporta a distancia masas enormes. El magnetismo le otorga al hierro un poder de atracción capaz de sostener pesos considerables. La luz no posee ese tipo de fuerza, pero ejerce una acción química sobre la mayoría de los cuerpos, y bajo su influencia se producen incesantemente composiciones y descomposiciones. Sin la luz, los vegetales se marchitan, los animales pierden su vigor, y los frutos no tienen sabor ni coloración.

III

Por consiguiente, todos los cuerpos de la naturaleza, minerales, vegetales, animales, animados o inanimados, sólidos, líquidos o gaseosos, están formados con los mismos elemen-

tos, combinados de tal modo que producen la infinita variedad de los diferentes cuerpos. En la actualidad, la ciencia va más allá: sus investigaciones la conducen poco a poco hacia la gran ley de la unidad. Ya se admite, por lo general, que los cuerpos considerados simples no son más que modificaciones, transformaciones de un elemento único, de un principio universal designado con los nombres de *éter*, *fluido cósmico* o *fluido universal*; de manera que, según el modo de agregación de las moléculas de ese fluido, y bajo la influencia de circunstancias particulares, este adquiere propiedades específicas, que constituyen los cuerpos simples. Esos cuerpos simples, combinados entre ellos en diversas proporciones, forman –como hemos dicho– la innumerable variedad de los cuerpos compuestos. Según esa opinión, el calórico, la luz, la electricidad y el magnetismo, tampoco serían otra cosa más que modificaciones del fluido primitivo universal. De tal modo, ese fluido, que con toda probabilidad es imponderable, sería a la vez el principio de los fluidos imponderables y de los cuerpos ponderables.

La química nos hace penetrar en la constitución íntima de los cuerpos. Sin embargo, con la experimentación, no va más allá de los cuerpos que se consideran simples. Sus medios de análisis son impotentes para aislar el elemento primitivo y determinar su esencia. Ahora bien, entre ese elemento, en estado de pureza absoluta, y el punto en que se detienen las investigaciones de la ciencia, el intervalo es inmenso. Si razonamos por analogía, llegaremos a la conclusión de que, entre esos dos puntos extremos, ese fluido debe sufrir modificaciones que escapan a nuestros instrumentos y a nuestros sentidos materiales. Nosotros trataremos de penetrar en ese campo nuevo, hasta ahora cerrado a la exploración.

IV

Hasta este momento, solo existían ideas muy incompletas acerca del mundo espiritual o invisible. Se pensaba que los Espíritus eran seres ajenos a la humanidad, y que los ángeles también eran criaturas aparte, de una naturaleza más perfecta. En cuanto al estado de las almas después de la muerte, los conocimientos no eran mucho más precisos. La opinión más general concebía las almas como seres abstractos, dispersos en la inmensidad, y que ya no mantenían relación alguna con los vivos, donde sea que estuvieran, ya fuese –según la doctrina de la Iglesia– en las beatitudes del Cielo o en las tinieblas del Infierno. Además, dado que las observaciones de la ciencia se detienen ante la materia tangible, de ahí resultaba que entre el mundo corporal y el mundo espiritual había un abismo que parecía excluir todo acercamiento. Ese abismo es el que nuevas observaciones y el estudio de fenómenos aún poco conocidos vienen a llenar, al menos en parte.

El espiritismo nos enseña, en primer lugar, que los Espíritus son las almas de los hombres que han vivido en la Tierra; que progresan incesantemente, y que los ángeles son esas mismas almas o Espíritus que han llegado a un estado de perfección que los acerca a la Divinidad.

En segundo lugar, nos enseña que las almas pasan alternativamente del estado de encarnación al estado errante, y que en ese último estado constituyen la población invisible del globo, al cual se mantienen vinculadas hasta que hayan adquirido el desarrollo intelectual y moral que la naturaleza de ese globo les permite, tras lo cual lo dejan para pasar a un mundo más avanzado.

Mediante la muerte del cuerpo, la humanidad corporal provee de almas o Espíritus al mundo espiritual; con los nacimientos, el mundo espiritual alimenta el mundo corporal. Por lo tanto, existe una transmutación o un vertimiento incesante de uno en otro. Esa relación constante los vuelve solidarios, pues los seres que ingresan en nuestro mundo y que salen de él alternativamente son los mismos. Esa es una primera conexión, un punto de contacto que de por sí disminuye la distancia que parecía separar el mundo visible del mundo invisible.

La naturaleza íntima del alma, es decir, del principio inteligente, fuente del pensamiento, escapa por completo a nuestras investigaciones. Pero ahora sabemos que el alma se encuentra revestida de una envoltura o cuerpo fluídico, que hace de ella, después de la muerte del cuerpo material, así como antes de la formación de este, un ser distinto, circunscrito e individual. El alma es el principio inteligente considerado de manera aislada; es la fuerza actuante y pensante, que no podemos concebir aislada de la materia, excepto como una abstracción. Revestida de su envoltura fluídica o periespíritu, el alma constituye al ser llamado *Espíritu*, así como, cuando está revestida de la envoltura corporal, constituye al hombre. Ahora bien, aun cuando en el estado de Espíritu goza de propiedades y facultades específicas, el alma no ha dejado de pertenecer a la humanidad. Los Espíritus son, pues, seres semejantes a nosotros, dado que cada uno de nosotros se convierte en Espíritu después de la muerte del cuerpo, y que cada Espíritu vuelve a ser hombre por medio del nacimiento.

Esa envoltura *no es el alma*, pues no piensa; es solo una vestimenta. Sin el alma, el periespíritu, al igual que el cuerpo, es una materia inerte privada de vida y de sensaciones. Decimos *materia* porque, en efecto, el periespíritu, si bien posee

una naturaleza etérea y sutil, no deja de ser materia, como los fluidos imponderables; además, es una *materia cuya naturaleza y origen son los mismos que los de la materia tangible más densa*, como veremos en un momento.

El alma no solo se encuentra revestida del periespíritu en el estado de Espíritu, pues es inseparable de esa envoltura, que la acompaña tanto durante la encarnación como en el estado errante. Durante la encarnación, el periespíritu es el lazo que la une a la envoltura corporal, el intermediario con el cual el alma actúa sobre los órganos y percibe las sensaciones de las cosas exteriores. Durante la vida, el fluido periespiritual se identifica con el cuerpo y penetra todas sus partes; con la muerte, se desprende de él. El cuerpo privado de vida se disuelve, pero el periespíritu, siempre unido al alma, es decir, al principio vivificante, no perece. Entonces el alma, en vez de dos envolturas, solo conserva una: la más liviana, la que se encuentra más en armonía con su estado espiritual.

Aunque estos principios sean elementales para los espíritas, es útil recordarlos para que se comprendan las explicaciones subsiguientes y la conexión de las ideas.

V

Algunas personas han puesto en duda la utilidad de la envoltura periespiritual del alma y, por consiguiente, su existencia. El alma –dicen– no necesita un intermediario para actuar sobre el cuerpo y, una vez separada de este, para ella ese intermediario sería un accesorio superfluo.

A eso nosotros respondemos, en primer lugar, que el periespíritu no es una creación imaginaria, no se trata de una

hipótesis inventada para lograr una solución; su existencia es un hecho constatado por la observación. En cuanto a la utilidad del periespíritu, tanto durante la vida como después de la muerte, es necesario admitir que, si existe, es porque sirve para algo. Los que ponen en duda esa utilidad son como ese individuo que no comprende las funciones de ciertos engranajes en un mecanismo, y de ahí concluye que esos engranajes solo sirven para complicar la máquina sin ninguna necesidad. No comprende que si una mínima pieza fuera suprimida, todo se desorganizaría. ¡Cuántas cosas, en el gran mecanismo de la naturaleza, parecen inútiles según la opinión del ignorante, e incluso de ciertos sabios, que creen de buena fe que, si se les hubiera encargado la construcción del universo, ellos lo habrían hecho mucho mejor!

El periespíritu es uno de los engranajes más importantes del organismo. La ciencia lo ha observado en algunos de sus efectos, y se lo ha designado alternativamente con los nombres de fluido vital, fluido o influjo nervioso, fluido magnético, electricidad animal, etc., sin un conocimiento preciso de su naturaleza y de sus propiedades, y mucho menos de su origen. Como envoltura del Espíritu después de la muerte, su existencia se ha presentido desde la más remota antigüedad. Todas las teogonías atribuyen a los seres del mundo invisible un cuerpo fluídico. San Pablo dice, en términos precisos, que renacemos con un *cuerpo espiritual* (*Primera epístola a los corintios*, 15:35 a 44 y 50).

Lo mismo ocurre con las grandes verdades que se basan en las leyes de la naturaleza, y que los hombres de genio han intuido en todas las épocas. Así, antes de nuestra era, sabios filósofos ya habían presentido la redondez de la Tierra y su movimiento de rotación, lo cual no les quita mérito a Copér-

nico ni a Galileo, incluso en el supuesto de que estos últimos hubieran aprovechado las ideas de sus antecesores. Gracias a sus trabajos, lo que solo era una opinión individual, una teoría incompleta y sin pruebas, *desconocida para las masas*, se convirtió en una verdad científica, práctica y popular.

La doctrina del periespíritu constituye un caso semejante: el espiritismo no fue el primero en descubrirlo. No obstante –al igual que Copérnico respecto del movimiento de la Tierra–, lo ha estudiado, demostrado, analizado y definido, así como ha extraído de él fecundos resultados. Sin los estudios modernos más completos, esa gran verdad, como muchas otras, todavía se encontraría en estado de letra muerta.

VI

El periespíritu es el elemento que conecta el mundo espiritual con el mundo corporal. El espiritismo nos muestra esos dos mundos en una relación tan íntima y constante, que de uno a otro la transición es casi imperceptible. Ahora bien, del mismo modo que en la naturaleza el reino vegetal y el reino animal se conectan por medio de seres *semivegetales* y *semianimales*, el estado corporal y el estado espiritual se conectan no solamente a través del principio inteligente, que es el mismo en ambos, sino también mediante la envoltura fluídica –que es a la vez *semimaterial* y *semiespiritual*– de ese mismo principio. Durante la vida terrestre, el ser corporal y el ser espiritual se confunden y actúan conjuntamente; la muerte del cuerpo no hace más que separarlos. El vínculo entre esos dos estados es tan importante, y ambos reaccionan uno sobre otro con tanta fuerza, que llegará el día en que se reconocerá que el

estudio de la historia natural del hombre no podrá estar completo sin el estudio de la envoltura periespiritual, es decir, sin poner un pie en el dominio del mundo invisible.

Ese acercamiento es aún más importante cuando se observan el origen, la naturaleza, la formación y las propiedades del periespíritu. Dicha observación deriva naturalmente del estudio de los fluidos.

VII

Sabemos que todas las materias animales contienen como principios constitutivos el oxígeno, el hidrógeno, el nitrógeno y el carbono, combinados en diferentes proporciones. Ahora bien, como hemos dicho, esos cuerpos simples tienen un principio único, que es el fluido cósmico universal. Mediante sus diversas combinaciones, forman todas las variedades de sustancias que componen el cuerpo humano: el único al que nos referimos aquí, si bien ocurre lo mismo en el caso de los animales y las plantas. De ahí resulta que el cuerpo humano sólo es, en realidad, una especie de concentración, de condensación o, si se prefiere, de solidificación del fluido universal, como el diamante es una solidificación del gas carbónico. En efecto, supongamos que todas las moléculas del cuerpo se desagregaran por completo: encontraríamos oxígeno, hidrógeno, nitrógeno y carbono. En otras palabras, el cuerpo se habría volatilizado. Si esos cuatro elementos fueran llevados a su estado primitivo mediante una nueva y más completa descomposición –en caso de que nuestros medios de análisis lo permitieran–, encontraríamos el fluido cósmico. Ese fluido,

dado que es el principio de toda materia, también es materia, aunque en un estado completo de eterización.

Un fenómeno análogo ocurre con la formación del cuerpo fluídico o periespíritu: también es una condensación del fluido cósmico en torno a un foco de inteligencia o *alma*. Pero aquí la transformación molecular se opera de otra manera, pues el fluido conserva su imponderabilidad y sus cualidades etéreas. El cuerpo periespiritual y el cuerpo humano tienen, pues, origen en el mismo fluido; ambos son materia, aunque en dos estados diferentes. Por lo tanto, tenemos razón al decir que el periespíritu tiene la misma naturaleza y el mismo origen que la materia más grosera. Como se ve, en él no hay nada sobrenatural, ya que por su principio se vincula a las cosas de la naturaleza, de las cuales sólo es una variedad.

El fluido universal es el principio de todos los cuerpos de la naturaleza, animados e inanimados, y, por consiguiente, también de la tierra y las piedras. Por eso Moisés estaba en lo cierto cuando dijo: "Dios formó el cuerpo del hombre con el lodo de la tierra". Pero eso no quiere decir que Dios tomó la tierra, la amasó y modeló con ella el cuerpo del hombre, como se modela una estatua con la arcilla, conforme han creído aquellos que toman las palabras bíblicas al pie de la letra. Lo que quiere decir es que el cuerpo estaba formado con los mismos principios o elementos que el lodo de la tierra, o que habían servido para formar ese lodo.

Moisés agregó: "Y Dios le dio un alma *viviente*, hecha a su *semejanza*". De ese modo, hace una distinción entre el alma y el cuerpo; indica que el alma posee una naturaleza diferente; no es materia, sino que es espiritual e inmaterial como Dios. Él dijo: "un alma *viviente*", para especificar que *solamente* en ella se encuentra el principio de la vida, mientras que el cuer-

po, formado de materia, no vive por sí mismo. Estas palabras: *a su semejanza*, implican una *similitud* y no una *identidad*. Si Moisés hubiera considerado que el alma era una *porción* de la Divinidad, habría dicho: "Dios lo animó dándole un alma extraída de su propia sustancia", tal como dijo que el cuerpo había sido extraído de la tierra.

Estas reflexiones son una respuesta a las personas que acusan al espiritismo de materializar el alma por el hecho de que le agrega una envoltura semimaterial.

VIII

En estado normal, el periespíritu es invisible para *nuestra vista*, e intangible para nuestro tacto, como lo son una infinidad de fluidos y gases. Sin embargo, la invisibilidad, la intangibilidad e incluso la imponderabilidad del fluido periespiritual no son absolutas; por eso decimos: *en estado normal*. En algunos casos, experimenta ya sea una condensación más grande, o bien una modificación molecular de una naturaleza específica, que lo torna momentáneamente visible o tangible. Así se producen las apariciones. Aunque no haya aparición, muchas personas sienten la impresión fluídica de los Espíritus mediante la sensación del tacto, lo que constituye el indicio de una naturaleza material.

Sea cual fuere la manera en que se produzca la modificación atómica del fluido, no existe una cohesión como en los cuerpos materiales. La apariencia se forma instantáneamente y se disipa de igual modo, lo que explica las apariciones y las desapariciones súbitas. Dado que las apariciones son el producto de un fluido material invisible, que se vuelve visible a

consecuencia de un cambio momentáneo en su constitución molecular, no son más sobrenaturales que los vapores que se vuelven alternativamente visibles o invisibles mediante la condensación o la rarefacción. Mencionamos el vapor como punto de comparación, sin la pretensión de que exista una similitud de causa y de efecto.

IX

Algunas personas han criticado el hecho de que el periespíritu haya sido calificado como *semimaterial*, pues afirman que una cosa es materia o no lo es. Aunque admitamos que la expresión resulta inadecuada, habría que adoptarla debido a la ausencia de un término específico que expresara ese estado particular de la materia. Si existiera un término más adecuado, los críticos deberían haberlo indicado. El periespíritu es materia –como acabamos de ver–, en términos filosóficos y por su esencia íntima; y nadie podría ponerlo en duda. Con todo, no tiene las propiedades de la materia tangible, tal como se la concibe ordinariamente, y no puede ser sometido al análisis químico. Porque, si bien posee el mismo principio que la carne y el mármol, y puede tomar la apariencia de estos, no es, en realidad, ni carne ni mármol. Por su naturaleza etérea, posee, a la vez, materialidad debido a su sustancia, y espiritualidad debido a su intangibilidad; de modo que la palabra *semimaterial* no es más ridícula que la palabra *semidoble* y tantas otras, pues se puede decir también que algo es doble o no lo es.

X

El fluido cósmico, como principio elemental universal, adopta dos estados diferentes: el de eterización o imponderabilidad, que se puede considerar el estado normal primitivo, y el de materialización o ponderabilidad, que en cierto modo es consecutivo del primero. El punto intermedio es el de la transformación del fluido en materia tangible. No obstante, aun así no existe transición brusca, puesto que nuestros fluidos imponderables se pueden considerar un término medio entre ambos estados.

Cada uno de esos dos estados da lugar, necesariamente, a fenómenos especiales; al segundo pertenecen los del mundo visible, y al primero los del mundo invisible. Los unos, denominados *fenómenos materiales*, competen a la ciencia propiamente dicha; los otros, que reciben la calificación de *fenómenos espirituales*, porque están relacionados con la existencia de los Espíritus, tienen cabida en las atribuciones del espiritismo. Sin embargo, entre ambos estados existen tantos puntos de contacto, que sirven para explicarse mutuamente; de modo que, como hemos dicho, el estudio de unos no podría estar completo sin el de los otros.

A la explicación de esos últimos conduce el estudio de los fluidos, que más adelante convertiremos en tema de un trabajo específico.[11]

---

11. Véase el desarrollo de este artículo en *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, particularmente en el Cap. XIV: "Los fluidos". (N. del T.)

El espiritismo y la magistratura

Persecuciones judiciales contra los espíritas. Cartas de un juez de instrucción.

El espiritismo cuenta entre sus filas con más de un magistrado –como hemos dicho varias veces–, no solo en Francia, sino también en Italia, España, Bélgica, Alemania y muchos otros países. La mayor parte de los detractores de la doctrina, que creen que tienen el privilegio del sentido común y tratan de insensatos a los que no comparten su escepticismo respecto de las cosas espirituales –no decimos cosas *sobrenaturales*, porque el espiritismo no las admite–, se sorprenden de que haya hombres inteligentes y virtuosos que posean –según ellos– semejante defecto. ¿Acaso los magistrados no son libres de tener su opinión, su fe, su creencia? ¿Acaso entre ellos no los hay que son católicos, protestantes, librepensadores, francmasones? Por lo tanto, ¿quién podría incriminar a los que son espíritas? Ya no estamos en los tiempos en que un juez habría sido destituido, y tal vez quemado, por atreverse a sostener públicamente que la Tierra gira.

¡Qué cosa extraña! Hay personas a las que les gustaría revivir esa época para atacar a los espíritas. En la última reacción de su parte, ¿no hemos visto hombres que, si bien se definen como apóstoles de la libertad de pensamiento, acusaron a los espíritas de ser delincuentes, exigieron en periódicos y panfletos que recaiga sobre ellos el peso de la ley, instigaron a la población para que los persiga, y los estigmatizaron e insultaron en la cara? En un momento determinado, aquella reacción dejó de ser escarnio para convertirse en auténtica furia, que gracias a la época en que vivimos se diluyó en palabras. Hizo falta toda la fuerza moral de que se sienten animados los es-

píritas, toda la moderación que los principios mismos de su doctrina convirtieron en ley, para que conservaran la calma y la sangre fría en semejante circunstancia, y se abstuvieran de tomar represalias que habrían resultado lamentables. Ese contraste impresionó a los hombres imparciales.

El espiritismo, entonces, ¿es una asociación oscura, una organización peligrosa para la sociedad, y que responde a una consigna perversa? ¿Sus adeptos han firmado un pacto entre ellos? Solo la ignorancia y la mala fe pueden sostener tales absurdos, toda vez que la doctrina de los espíritas no tiene secretos para nadie, y que ellos obran a la luz del día. El espiritismo es una filosofía como cualquier otra, que es aceptada libremente, en caso de que se esté de acuerdo con ella; y en caso contrario, es rechazada. Se basa en una fe inalterable en Dios y en el porvenir, y sus adeptos están obligados moralmente a una sola cosa: mirar a todos los hombres como hermanos, *sin distinción de creencias*, y hacer el bien incluso a los que les hacen el mal. ¿Por qué razón, pues, un magistrado no podría declararse abiertamente partidario del espiritismo y afirmar que esa filosofía es buena, si así la considera, tanto como podría declararse partidario de la filosofía de Aristóteles, de Descartes o de Leibnitz? ¿Acaso habría que temer que su aplicación de la justicia se viera afectada por eso, y que se volviera demasiado indulgente para con los adeptos espíritas? Como es lógico, corresponde que hagamos aquí algunas observaciones al respecto.

En un país como el nuestro, en el que las opiniones y las religiones son libres por ley, sería una monstruosidad perseguir a un individuo porque cree en los Espíritus y en sus manifestaciones. Si un espírita debiera comparecer ante la justicia, no lo haría con motivo de su creencia, como ocurría en otras épocas,

sino porque habría cometido una infracción a la ley. Así pues, se lo juzgaría por una falta, y no por su creencia; y si resultara culpable, sería justamente condenado por la ley. Para incriminar a la doctrina, habría que observar si contiene algún principio o alguna máxima que *autorice* o *justifique* una determinada falta. Por el contrario, si en ella se encontrara la censura de esa falta, así como instrucciones en sentido opuesto, la doctrina no podría ser responsable de las infracciones cometidas por quienes no la comprenden o no la practican. Por lo tanto, es necesario que la doctrina espírita sea analizada con imparcialidad, y lanzamos el desafío de que se encuentre en ella una sola palabra en la que sea posible apoyarse para cometer un acto de algún modo reprensible desde el punto de vista moral, o con respecto al prójimo, o incluso que pueda ser mal interpretada, porque todo en ella es claro e inequívoco.

Quienquiera que se ajuste a los preceptos de la doctrina espírita no podrá ser objeto de persecuciones judiciales, a menos que se lo acuse por su propia creencia, lo cual formaría parte de las persecuciones a la fe. Aún no tenemos conocimiento de persecuciones de esa naturaleza en Francia, como tampoco en el extranjero, salvo la condena que concluyó en el auto de fe de Barcelona, pero aun así se trató de la sentencia de un obispo, no de un tribunal civil, y tan solo se quemaron libros. En efecto, ¿por qué razón se perseguiría a personas que solo predican el orden, la tranquilidad y el respeto a las leyes; que practican la caridad, no solo entre ellas –como ocurre en el caso las sectas exclusivas–, sino para con todo el mundo; personas cuyo objetivo principal es trabajar en su propio mejoramiento moral, y que reniegan de todo sentimiento de odio y de venganza contra sus enemigos? Hombres que profesan tales principios no pueden ser perjudiciales para la sociedad. No cabe duda de

que no serán ellos quienes causen desórdenes. Esa certeza llevó a un comisario de policía a decir que, si todos los ciudadanos fueran espíritas, él podría cerrar su oficina.

La mayor parte de las persecuciones contra los espíritas tiene por objeto el ejercicio ilegal de la medicina, o acusaciones de charlatanismo, malabarismo o fraude mediante el recurso de la mediumnidad. Diremos, en primer lugar, que el espiritismo no puede hacerse responsable de las personas que indebidamente se arrogan la cualidad de médiums, así como la verdadera ciencia tampoco es responsable de los escamoteadores que dicen ser físicos. Así, un charlatán puede afirmar que se desempeña con ayuda de los Espíritus, del mismo modo que un prestidigitador dice que actúa con ayuda de la física; se trata de un medio como cualquier otro para echar arena en los ojos; tanto peor para los que se dejan engañar. En segundo lugar, dado que el espiritismo condena la explotación de la mediumnidad, por ser contraria a los principios de la doctrina desde el punto de vista moral, y como también demuestra que no debe ni puede ser un oficio ni una profesión, se sigue de ahí que todo médium que no extraiga de su facultad algún *provecho*, de modo *directo* o *indirecto*, *ostensible* o *disimulado*, aparta de sí, por eso mismo, toda sospecha de fraude o de charlatanismo; entonces, toda vez que él no se halla motivado por algún interés material, el malabarismo carece de objeto. El médium que comprende cuán grave y sagrado es un don de esa naturaleza, sabe que lo profana si lo pone al servicio de intereses mundanos, suyos o ajenos, o si lo convierte en objeto de diversión y curiosidad. Respeta a los Espíritus como querrá que se lo respete cuando también sea Espíritu, y no los pone en exhibición. Sabe, además, que la mediumnidad no puede ser un medio de adivinación, ni usarse para descubrir tesoros

o recibir herencias, como tampoco para facilitar el éxito en los juegos de azar. Nunca será decidor de la buenaventura, ni por dinero ni por ninguna otra cosa. Por esa razón, nunca tendrá conflictos con la justicia. En cuanto a la mediumnidad curativa, es cierto que existe, pero se halla subordinada a condiciones restrictivas que excluyen la posibilidad de mantener abierto un consultorio sin ser sospechoso de charlatanismo; se trata de una obra de abnegación y sacrificio, y no de especulación. Ejercida con desinterés, prudencia y discernimiento, así como dentro de los límites trazados por la doctrina, no es pasible de caer bajo el peso de la ley.

En resumen, según las miras de la Providencia y del espiritismo, el médium –sea artesano o príncipe, pues los hay en los palacios y en las chozas– ha recibido un mandato que cumple religiosamente y con dignidad. Sólo ve en su facultad un medio de glorificar a Dios y servir al prójimo, y no un instrumento para servir a sus intereses o satisfacer su vanidad; es querido y respetado por su sencillez, su modestia y su abnegación, lo cual no ocurre con los que pretenden convertir su facultad en un estrado para ellos mismos.

Al castigar a los médiums explotadores, que hacen mal uso de una facultad real o que *simulan una facultad que no tienen*, la justicia no reprime a la doctrina, sino al abuso. De ese modo, el espiritismo auténtico y serio, que no vive de abusos, gana en consideración, y no hay posibilidad de que patrocine a los que no hacen otra cosa más que desviar la opinión pública a favor de sí mismos. Si la doctrina los defendiera, asumiría la responsabilidad de lo que hacen, porque no son verdaderos espíritas, aun cuando realmente sean médiums.

Toda vez que un espírita, o quien se haga pasar por tal, sea perseguido por actos contrarios a la ley, el papel del defensor

será discutir los actos en sí, sin considerar la creencia del acusado. Sería un grave error que tratara de justificar esos actos apelando a la doctrina espírita. Por el contrario, debe concentrarse en demostrar que son ajenos a ella. De ese modo, el acusado queda en el ámbito del derecho común.

Un hecho indiscutible es que, cuanto más extensos y variados sean los conocimientos de un magistrado, más apto será éste para apreciar los hechos sobre los cuales sea llamado a pronunciarse. En un caso de medicina legal, por ejemplo, es evidente que aquel que no sea totalmente ajeno a esa ciencia podrá juzgar el valor de los argumentos de la acusación y de la defensa mucho mejor que otro que ignore sus principios. Así, en una causa que involucre al espiritismo –que por tratarse de un tema de actualidad puede presentarse incidentalmente como un elemento principal o accesorio en una infinidad de casos–, existe un interés real por parte de los magistrados en saber al menos qué es, sin que por eso se los considere espíritas. En una causa de esa naturaleza, no cabe duda de que sabrían discernir mejor el abuso de la verdad.

El espiritismo se infiltra cada vez más en las ideas, y ya ocupa un lugar entre las creencias aceptadas, de modo que no está lejos el tiempo en que no se tolerará más el hecho de que un hombre instruido ignore qué es realmente esa doctrina, así como en la actualidad no se tolera que ignore los elementos principales de las ciencias. Ahora bien, como al espiritismo le incumben todas las cuestiones científicas y morales, con él se comprenderán mejor una cantidad de cosas que a primera vista parecen inexplicables. Así, por ejemplo, el médico descubrirá en esa doctrina la verdadera causa de algunas enfermedades, y el artista encontrará en ella numerosos temas de inspiración. De igual modo, el espiritismo será en muchas cir-

cunstancias una fuente de luz tanto para el magistrado como para el abogado.

En ese sentido lo considera el señor Jaubert, el honorable vicepresidente del Tribunal de Carcassonne. En su caso, el espiritismo no consiste solamente en un conocimiento que se agrega a los que ya posee, sino una cuestión de convicción, porque comprende su alcance moral. Aun cuando nunca haya ocultado su opinión al respecto, convencido de que está en lo cierto, así como de la fuerza moralizadora de la doctrina, y en una época en que el escepticismo apaga la fe, el señor Jaubert ha querido apoyar el espiritismo con la autoridad de su nombre, en el momento mismo en que esa doctrina es atacada con la máxima violencia, y lo ha hecho desafiando resueltamente las burlas, para mostrar a sus adversarios cuán poco le importan sus sarcasmos. En su posición, y dadas las circunstancias, la carta que nos solicitó que publicáramos y que hemos incluido en la *Revista* de enero último, constituye un acto de valor del que todos los espíritas sinceros conservarán un valiosos recuerdo. Esa carta será un hito en la historia de la constitución del espiritismo.

La carta siguiente, que también estamos autorizados a publicar, ocupa un lugar junto a la del señor Jaubert. Se trata de una de esas adhesiones francamente explícitas y motivadas, y a la cual la posición del autor le otorga tanto más peso cuanto que es espontánea, pues no teníamos el honor de conocer a ese señor. Él considera a la doctrina por la simple impresión que le han causado sus obras, pues no ha visto otra cosa. Es la mejor respuesta a la acusación de ineptitud y de charlatanismo arrojada sin distinción contra el espiritismo y sus adherentes.

"21 de noviembre de 1865.

"Señor:

"Permitidme, en mi condición de nuevo y fervoroso adepto, rendiros el testimonio de mi reconocimiento por haberme iniciado en la ciencia espírita a través de vuestros escritos. He leído *El libro de los Espíritus* por curiosidad; no obstante, después de un estudio atento, la sorpresa primero, y luego la más completa admiración, sucedieron en mí a una desconfiada incredulidad. En efecto, la doctrina contenida en ese libro ofrece la solución más lógica, la más satisfactoria para la razón, de todas las cuestiones que tan seriamente han preocupado a los pensadores de todos los tiempos, para definir las condiciones de la existencia del hombre en esta Tierra, explicar las vicisitudes que incumben a la humanidad, así como determinar sus fines últimos. Esta admirable doctrina es indiscutiblemente la sanción de la más pura y fecunda moral, la exaltación demostrada de la justicia, la bondad de Dios y la obra sublime de la creación, al igual que *la base más segura y firme del orden social.*

"No he presenciado manifestaciones espíritas, pero ese elemento de prueba, que no contraría en absoluto las enseñanzas de mi religión (la religión católica), no es necesario para mi convicción. En primer lugar, me basta con encontrar en el orden de la Providencia la razón de ser de la desigualdad de condiciones en esta Tierra, en una palabra, la razón de ser del mal material y del mal moral.

"En efecto, mi razón admite plenamente, como justificación de la existencia del mal material y moral, que el alma sale simple e ignorante de las manos del Creador, ennoblecida por el libre albedrío; que progresa mediante pruebas y expiaciones sucesivas, y que sólo llega a la soberana felicidad cuando adquiere la plenitud de su esencia etérea, completamente li-

berada de las amarras de la materia, la cual, al modificar las condiciones de la beatitud, ha servido para su adelanto.

”¡Qué puede ser más racional, en este orden de ideas, que el hecho de que los Espíritus, en las diversas etapas de su purificación progresiva, se comuniquen entre sí, de un mundo al otro, encarnado o invisible, para esclarecerse, ayudarse y contribuir recíprocamente a su adelanto, superar sus pruebas e ingresar en el camino reparador del arrepentimiento y el regreso a Dios! ¡Qué puede ser más racional –digo yo– que esa continuidad y ese fortalecimiento de los lazos de familia, de amistad y de caridad que, al unir a los hombres en su paso por la Tierra, deben como fin último reunirlos un día como una sola familia en el seno de Dios!

”¡Qué vínculo sublime: el amor que surge del Cielo para abrazar con su divino soplo a la humanidad que puebla el universo infinito, y reconducirla a Dios para que participe de la beatitud eterna, cuya fuente es ese amor! ¡Qué puede ser más digno de la sabiduría, la justicia y la bondad infinita del Creador! ¡Qué grandiosa es la idea de una obra cuya armonía e inmensidad el espiritismo revela, levantando una punta del velo que aún impide al hombre penetrar todos sus secretos! ¡Cuánto habían restringido los hombres esa inconmensurable grandeza, al situar a la humanidad en un punto imperceptible y perdido en el espacio, para concederle tan solo a un pequeño número de elegidos la felicidad eterna, que está reservada para todos! De ese modo, redujeron al divino Artífice a las proporciones ínfimas de sus percepciones, de las aspiraciones tiránicas, vengativas y crueles, inherentes a sus imperfecciones.

”Por último, a mi razón le basta con encontrar en esta santa doctrina la serenidad del alma, para coronar una existencia resignada a las tribulaciones providenciales de una vida

honestamente realizada mediante el cumplimiento de sus deberes y la práctica de la caridad, con el fortalecimiento de su fe, con la solución a las dudas que oprimen las aspiraciones hacia Dios y, por último, con esa plena y absoluta confianza en la justicia, la bondad y la misericordiosa y paternal solicitud de su Creador.

"Tened la bondad, señor, de contarme entre vuestros hermanos en espiritismo, y aceptar, etc."

Bonnamy, *juez de instrucción*.

Una comunicación impartida por el Espíritu del padre del señor Bonnamy motivó la siguiente carta. No reproduciremos esa comunicación, debido a su carácter íntimo y personal; con todo, publicamos otra, con el título "La ley humana", que es de interés general.

"Señor y querido maestro, os agradezco mucho por haber tenido a bien evocar a mi padre. ¡Hacía tanto tiempo que yo no escuchaba esa voz amada! Extinguida para mí hace tantos años, ¡hoy revive! De ese modo se realiza el sueño de mi imaginación entristecida: un sueño concebido bajo el impacto de nuestra separación dolorosa. ¡Qué apacible, qué consoladora revelación, tan llena de esperanza para mí! Así es, veo a mi padre y a mi madre en el mundo de los Espíritus. Ellos velan por mí, y me prodigan el beneficio de esa ansiosa solicitud con que me rodearon en la Tierra. ¡Veo a mi santa madre, en su tierna preocupación por el porvenir, impregnándome con su efluvio simpático para conducirme hacia Dios y mostrarme el

camino de las verdades eternas, que para mí brillaban en una lejana nebulosa!

”¡Cuán feliz sería yo en caso de que, conforme al deseo manifestado por mi padre en el sentido de comunicarse nuevamente, su evocación pudiera considerarse útil para el progreso de la ciencia espírita, y formara parte de las enseñanzas providenciales reservadas a la obra! De ese modo yo encontraría, en vuestro periódico, los elementos de las instrucciones espíritas entremezclados a veces con las dulzuras de la conversación familiar. Es un simple deseo, como comprenderéis, querido maestro. Conozco demasiado bien las exigencias de la misión que os incumbe, como para convertir ese deseo en un ruego.

”Os doy plena autorización para que publiquéis mi carta. ¡De buen grado aportaré mi grano de arena para la construcción del edificio espírita. ¡Sería dichoso si, en contacto con mi convicción profunda, las dudas de algunos se diluyeran, y si los incrédulos pensaran en la necesidad de reflexionar más seriamente!

”Permitidme, querido maestro, dirigiros algunas palabras de simpatía y de valor para vuestra dura tarea. El espiritismo es un faro providencial cuya deslumbrante y fecunda luz debe abrir todos los ojos, confundir el orgullo de los hombres, y conmover todas las conciencias. Su irradiación será irresistible. ¡Cuántos son los tesoros de consuelo, de misericordia y de amor que distribuís!

”Aceptad, etc.”

Bonnamy

La ley humana

Instrucción del Espíritu del señor Bonnamy, padre.

La ley humana, como todas las cosas, se halla sujeta al progreso; un progreso lento, imperceptible, pero constante.

Por más admirables que sean, para algunas personas, las legislaciones antiguas de los griegos y los romanos, ¡son muy inferiores a las que gobiernan a los pueblos adelantados de vuestra época! En efecto, ¿qué es lo que vemos en el origen de cada pueblo? Un código de usos y costumbres que han sido sancionados con base en la fuerza, y cuyo motor es el más absoluto egoísmo. ¿Cuál es el objetivo de todos los legisladores primitivos? Destruir el mal y sus instrumentos para lograr una mayor paz en la sociedad. ¿Les preocupa el criminal? No; lo castigan para corregirlo y mostrarle la necesidad de una conducta más moderada respecto de sus conciudadanos. ¿Lo hacen en vista de su mejoramiento? En absoluto; lo hacen exclusivamente para preservar de sus ataques a la sociedad, una sociedad egoísta que expulsa despiadadamente de su seno todo lo que pueda perturbar su tranquilidad. De ese modo, todas las represiones son excesivas, y la pena de muerte se aplica de manera generalizada.

Eso es concebible cuando se toma en cuenta la estrecha relación que existe entre la ley y el principio religioso. Ambos avanzan de común acuerdo hacia un objetivo único, y con un apoyo mutuo.

Si la religión consagra los goces materiales y las satisfacciones de los sentidos, entonces la ley castiga al criminal con dureza y en exceso, para liberar a la sociedad de un huésped inoportuno. Si la religión se transforma y consagra la vida

del alma y su independencia de la materia, de inmediato reacciona sobre la legislación y le demuestra la responsabilidad que le incumbe en el porvenir de quien viola la ley. De ahí la asistencia del sacerdote, de la religión que fuere, en los últimos momentos del condenado. Aún se lo castiga, pero ya con preocupación por ese ser, que no morirá por completo con su cuerpo, porque su parte espiritual habrá de recibir el mismo castigo que los hombres han infligido al elemento material.

En la Edad Media, a partir de la era cristiana, la legislación recibe del principio religioso una influencia cada vez más notable. Pierde poco de su crueldad, pero sus móviles aún absolutos y crueles cambian de dirección por completo.

Al igual que la ciencia, la filosofía y la política, también la jurisprudencia sufre revoluciones, que no deben producirse sino lentamente, para que sean aceptadas por la generalidad de los seres a quienes se aplica. Una nueva institución, para que sea fructífera, no debe ser impuesta. El arte del legislador consiste en preparar a los espíritus de modo tal que estos la deseen y la consideren un beneficio… Todo innovador, por mejores que sean las intenciones que lo animen, por más loables que sean sus designios, será considerado un déspota, cuyo yugo habrá que sacudirse en caso de que pretenda imponerse, incluso para bien de todos. En principio, el hombre es esencialmente libre, y quiere acceder pero sin coerciones. De ahí las dificultades que encuentran los hombres demasiado avanzados para su época; de ahí las persecuciones con que son abatidos. ¡Ellos viven en el futuro! Con uno o dos siglos de adelanto respecto del conjunto de sus contemporáneos, no pueden más que frustrarse y chocar contra la rutina reaccionaria.

Así pues, en la Edad Media se preocupaban por el destino del criminal. Pensaban en su alma, de modo que, para con-

ducirla al arrepentimiento, ¡la atemorizaban con los castigos del Infierno, con las llamas eternas a las que lo sometería, mediante una incitación culpable, un Dios infinitamente justo y bueno!

Como no podían elevarse a la altura de Dios, los hombres, para engrandecerse, ¡lo redujeron a sus mezquinas proporciones! Los inquietaba el destino del criminal; pensaban en su alma, pero no por ella misma, sino a causa de una nueva transformación del egoísmo, que consistía en mantener la conciencia tranquila reconciliando al pecador con su Dios.

Poco a poco, en el corazón y en la mente de un pequeño grupo, la iniquidad de semejante sistema resultó evidente. Elevados espíritus intentaron modificaciones prematuras, que de todos modos dieron fruto, pues sentaron precedentes en los que se basa la transformación que en la actualidad se realiza en todas las cosas.

Aún por mucho tiempo, sin duda, la ley será represiva y castigará a los culpables. Todavía no llegó el momento en que solo la conciencia de la falta será el más cruel castigo para el que la cometió. No obstante, a diario podéis observar que las penas se ablandan; se toma en cuenta la moralización del sujeto; se crean instituciones que promueven su renovación moral; la reducción de esas penas resulta útil para sí mismo y para la sociedad. El criminal ya no será la fiera que debe ser expulsada del mundo a cualquier precio. ¡Será el niño extraviado cuyo razonamiento, distorsionado por las pasiones y por la influencia del medio perverso, habrá de corregirse!

¡Ah! El magistrado y el juez no son los únicos responsables y los únicos que deben intervenir en esta cuestión: todo hombre de buen corazón, ya sea príncipe, senador, periodista, novelista, legislador, profesor u obrero, todos deben poner

manos a la obra y aportar su óbolo para la regeneración de la humanidad.

La pena de muerte, vestigio infamante de la crueldad antigua, desaparecerá por la fuerza de las circunstancias. La represión, necesaria en el estado actual, se debilitará día tras día; y en algunas generaciones más, la mera condena, la sola declaración de que un ser inteligente se halla fuera de la ley, será el último grado de la infamia, hasta que, de transformación en transformación, la conciencia de cada uno permanezca como único juez y verdugo del criminal.

¿A quién se le deberá todo ese trabajo? ¡Al espiritismo, que desde el comienzo del mundo interviene con sus revelaciones sucesivas, como mosaísmo, cristianismo y espiritismo propiamente dicho! ¡Por todas partes, en cada período, su influencia benéfica resplandece ante los ojos de todos, aunque todavía existen sujetos bastante ciegos para no reconocerlo, bastante interesados en derrotarlo para negar su existencia! ¡Ah! ¡Habrá que compadecerse de ellos, porque luchan contra una fuerza invencible: contra la mano de Dios!

Bonnami, padre (Médium: Sr. Desliens.)

Mediumnidad mental

Uno de nuestros corresponsales nos escribe desde Milianah, Argelia:

"… A propósito del desprendimiento del Espíritu, que se produce en todos durante el dormir, mi guía espiritual me ejercita durante la vigilia. Mientras el cuerpo se halla adorme-

cido, el Espíritu se transporta lejos, visita personas y lugares que le interesan, y luego regresa sin esfuerzo. Lo que me parece más sorprendente es que, mientras me encuentro como en estado de catalepsia, tengo conciencia de ese desprendimiento. Me ejercito también en el recogimiento, lo que me proporciona la agradable visita de Espíritus simpáticos, encarnados y desencarnados. Este último estudio solo ocurre en la noche, durante dos o tres horas, y cuando el cuerpo, ya descansado, se despierta. Permanezco algunos instantes en espera, como después de una evocación, hasta que siento la presencia del Espíritu mediante una impresión física, y de inmediato surge en mi mente una imagen que me permite reconocerlo. Entonces se establece la conversación mental, como en la comunicación intuitiva, y ese género de conversación tiene algo de adorablemente íntimo. Mi hermano y mi hermana encarnados me visitan con frecuencia, a veces acompañados por mi padre y mi madre, desde el mundo de los Espíritus.

"Hace apenas unos días recibí vuestra visita, querido maestro, y por la suavidad del fluido que me penetraba, consideré que se trataba de uno de nuestros bondadosos protectores celestiales. Imaginaos la alegría que sentí al reconocer en mi mente, o mejor dicho, en mi cerebro, algo así como el timbre de vuestra voz. Lamennais nos ha transmitido una comunicación al respecto, que debe alentar mis esfuerzos. No podría expresaros el encanto que me produce ese género de mediumnidad. Si tuvierais junto a vos algunos médiums intuitivos, habituados al recogimiento y al esfuerzo mental, ellos podrían ensayarlo también. Se realiza la evocación y, en vez de escribir, se conversa, expresando bien las ideas, sin verborragia.

"Muchas veces mi guía me ha hecho la observación de que yo tengo un Espíritu sufridor, un amigo que viene a instruirse

o buscar consuelo. En efecto, el espiritismo es una bendición invalorable: abre un vasto campo a la caridad, y aquel que es inspirado por buenos sentimientos, si no puede acudir materialmente en auxilio de su hermano, siempre puede hacerlo espiritualmente".

Esta mediumnidad, a la que denominamos *mediumnidad mental*, por cierto no sirve para convencer a los incrédulos, porque no tiene nada de ostensible, ni produce esos efectos que impresionan a los sentidos. Sirve por completo para la satisfacción íntima de quien la posee. Pero también es preciso reconocer que se presta mucho a la ilusión, por lo que en este caso se requiere desconfiar de las apariencias. En cuanto a la existencia de la facultad, no se la puede cuestionar. Incluso pensamos que debe de ser la más frecuente, porque es considerable el número de personas que, en estado de vigilia, experimentan la influencia de los Espíritus y reciben la inspiración de un pensamiento que sienten que no es suyo. La impresión agradable o penosa que a veces experimentamos en presencia de una persona a la que vemos por primera vez; el presentimiento de que alguien se aproxima; la penetración y la transmisión del pensamiento, son otros tantos efectos que se deben a la misma causa, y que constituyen una especie de mediumnidad, que podemos llamar universal, pues todos poseemos al menos sus rudimentos. No obstante, para experimentar sus efectos de modo evidente, hace falta una aptitud especial, o mejor dicho, cierto grado de sensibilidad, que se encuentra desarrollada con mayor o menor intensidad según los individuos. En este sentido, como hemos dicho desde hace mucho, todos somos médiums, y Dios no desheredó a nadie de la valiosa ventaja de recibir los saludables efluvios del mundo espiritual, que se traducen de mil maneras diferentes. Con

todo, las variedades que existen en el organismo humano no permiten que todos obtengan efectos idénticos y ostensibles.

Tras discutir esta cuestión en la Sociedad de París, diversos Espíritus impartieron al respecto las siguientes instrucciones.

I

Es posible desarrollar el sentido espiritual, del mismo modo que a diario se desarrolla una aptitud mediante un trabajo constante. Ahora bien, sabed que la comunicación del mundo incorporal con vuestros sentidos es constante; se produce en todo momento, a cada minuto, por la ley de las relaciones espirituales. ¡Que los encarnados se atrevan a negar una ley de la naturaleza!

Acaban de deciros que los Espíritus se ven y se visitan unos a otros durante el dormir, y tenéis muchas pruebas al respecto. ¿Por qué querríais que eso no ocurriera durante la vigilia? Los Espíritus no tienen noche. No; están a vuestro lado constantemente; os vigilan; vuestros familiares os inspiran, generan pensamientos en vosotros, os guían; os hablan, os exhortan; protegen vuestros trabajos, os ayudan a elaborar vuestros planes concebidos a medias, vuestros sueños aún indecisos; toman nota de vuestras decisiones acertadas, luchan cuando vosotros lucháis. Ahí están, esos buenos amigos, al comienzo de vuestra encarnación; os sonríen en la cuna, os instruyen en vuestros estudios; intervienen en todos los actos de vuestro paso por la Tierra; oran cuando ven que os preparáis para ir a su encuentro.

¡Oh! ¡No, nunca neguéis vuestra asistencia de cada día! Nunca neguéis vuestra mediumnidad espiritual; porque blas-

femaríais contra Dios, y seríais acusados de ingratitud para con los Espíritus que os aman.

H. Dozon (Médium: Sr. Delanne.)

II

En efecto, ese género de comunicación espiritual es realmente una mediumnidad, así como, por otra parte, aún habréis de constatar otras en el transcurso de vuestros estudios espíritas. Consiste en una especie de estado cataléptico, muy agradable para quien lo experimenta. Proporciona todas las alegrías de la vida espiritual al alma prisionera, que encuentra en ella un encanto indefinible, y que le gustaría experimentar para siempre. Pero es necesario volver, a pesar de todo. Semejante al prisionero al que le permiten tomar aire en un prado, el alma regresa forzosamente a la celda humana.

Muy agradable es la mediumnidad que permite a un Espíritu encarnado ver a sus antiguos amigos, conversar con ellos y comunicarles sus impresiones terrenales; una mediumnidad que os permite desahogar vuestro corazón en el seno de amigos discretos, que no buscan el ridículo en lo que les confiáis, sino que os dan buenos consejos, si os fueran de utilidad. Esos consejos, brindados de ese modo, tienen más peso para el médium que los recibe; por eso el Espíritu que los ha transmitido, mostrándose a él, dejó una impresión profunda en su cerebro y, por ese medio, grabó mejor en su corazón la sinceridad y el valor de esos consejos.

Esta mediumnidad existe en estado inconsciente en muchas personas. Sabed que siempre hay cerca de vosotros un amigo sincero, siempre dispuesto a sostener y alentar a aquel cuya di-

rección el Todopoderoso le ha confiado. No, amigos míos, ese apoyo no os faltará nunca. A vosotros os compete saber distinguir las buenas inspiraciones entre todas las que confluyen en el laberinto de vuestras conciencias. Si sabéis comprender lo que procede de vuestro guía, no podréis apartaros del camino recto que debe transitar toda alma que aspira a la perfección.

Espíritu Protector (Médium: Sra. Causse.)

III

Ya se os ha dicho que la mediumnidad se revelaría de diferentes formas. La que vuestro Presidente califica como *mental* ha sido denominada correctamente. Es el primer grado de la mediumnidad vidente y parlante.

El médium parlante se pone en comunicación con los Espíritus que lo asisten. Habla con ellos; su espíritu los ve, o mejor dicho, los adivina. Apenas se limita a transmitir lo que le dicen, mientras que el médium mental puede, si está bien formado, hacer preguntas y recibir respuestas, sin que intervenga la pluma o el lápiz, y con más facilidad que el médium intuitivo. El Espíritu del médium mental, dado que se encuentra más desprendido, es un intérprete más fiel. No obstante, para eso es necesario un ardiente deseo de ser útil, trabajar con miras al bien y con un sentimiento puro, exento de todo pensamiento de amor propio y de interés. De todas las facultades mediúmnicas, es la más sutil y delicada: un ínfimo hálito impuro basta para empañarla. Solo en esas condiciones el médium mental obtendrá pruebas de la realidad de las comunicaciones. Pronto veréis surgir entre vosotros médiums parlantes que os sorprenderán por su elocuencia y su lógica.

Esperad, pioneros, ansiosos de ver que vuestros trabajos se amplían. Nuevos obreros acudirán a reforzar vuestras filas, y este año verá el término de la primera gran fase del espiritismo, y el comienzo de otra no menos importante.

En cuanto a vos, querido maestro, Dios os sustente y bendiga vuestros trabajos, y conserve el favor especial que nos ha concedido al permitirnos guiaros y apoyaros en vuestra tarea, que es también la nuestra.

Como Presidente espiritual de la Sociedad de París, velo por ella y por cada uno de sus miembros en particular, y ruego al Señor que extienda sobre vosotros todas sus gracias y bendiciones.

San Luis (Médium: Sra. Delanne.)

IV

Amigos míos, la mediumnidad, que consiste en conversar con los Espíritus como se lo hace con las personas que viven la vida material, sin duda se desarrollará cada vez más a medida que el desprendimiento del Espíritu se realice con más facilidad mediante el hábito del recogimiento. Cuanto más avanzados moralmente sean los Espíritus encarnados, mayor será esa facilidad para las comunicaciones mentales. Tal como afirmáis, no será muy importante desde el punto de vista de la convicción que se puede transmitir a los incrédulos. No obstante, para aquellos que son su objeto, contiene una gran ternura y los ayuda a desmaterializarse cada vez más. El recogimiento y la plegaria, ese impulso del alma hacia su Autor para expresarle su amor y su reconocimiento y también para solicitarle su auxilio, son los dos elementos de la vida

espiritual; son los que derraman en el alma ese rocío celestial que contribuye al desarrollo de las facultades que en ella se encuentran en estado latente. ¡Cuán desdichados son, pues, los que dicen que la plegaria es inútil porque no modifica los designios de Dios! No cabe duda de que las leyes que rigen los diversos órdenes de fenómenos no serán alteradas según el capricho de este o aquel, pero si la plegaria no causara otro efecto más que mejorar al individuo que, con esa acción, eleva su pensamiento más allá de las preocupaciones materiales, no debería ser descuidada.

Gracias a la renovación parcial de los individuos, la sociedad acabará por regenerarse, ¡y Dios sabe cuán necesario es eso!

Os rebeláis al pensar en los vicios de la sociedad pagana en la época en que Cristo llegó para dejarnos su reforma humanitaria; pero los vicios de vuestros días no son menores por hallarse disimulados bajo modales de cortesía y urbanidad. No tienen magníficos templos, como los de la Grecia antigua, pero ¡ah! están en el corazón de la mayoría de los hombres, y causan entre ellos los mismos estragos que ocasionaban entre los que antecedieron a la era cristiana. Así pues, no sin una gran utilidad los Espíritus acudieron a recordaros las enseñanzas impartidas hace dieciocho siglos, puesto que, como las habíais olvidado o malinterpretado, no podíais aprovecharlas y difundirlas conforme a la voluntad del divino crucificado.

Así pues, agradeced al Señor, todos vosotros, que fuisteis llamados a cooperar en la obra de los Espíritus. Que vuestro desinterés y vuestra caridad nunca se debiliten, porque en eso se reconocerá entre vosotros a los verdaderos espíritas.

Luis de Francia (Médium: Sra. Breul.)

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Espírita

Historia fantástica, por Théophile Gautier.

En la *Revista* de diciembre último, escribimos algunas palabras acerca de esta novela, que apareció en el folletín de *Le Moniteur Universal*, y que actualmente se encuentra publicada en un volumen. Lamentamos que la falta de espacio no nos permita hacer un análisis detallado de la misma y, sobre todo, citar algunos pasajes cuyas ideas de seguro se obtuvieron en la fuente del espiritismo. Con todo, como no hay duda de que la mayoría de nuestros lectores ya la ha leído, sería superfluo hacer una reseña exhaustiva. Apenas diremos que la parte reservada a lo fantástico es un poco extensa, por cierto, y que habría que cuidarse de tomar todos los hechos al pie de la letra. Debemos considerar que no estamos ante un tratado de espiritismo. Mucho más que en los hechos, cuya posibilidad a veces es cuestionable, la verdad se encuentra en el fondo de las ideas y de los pensamientos, que son esencialmente espíritas, y que han sido escritos con una delicadeza y una gracia encantadoras. Aunque se trata de una novela, esta obra no deja de ser muy importante; en primer lugar, por el nombre del autor, y porque es la primera obra capital publicada por un escritor de la prensa, en la que la idea espírita se encuentra afirmada por completo. Además, apareció en un momento en que parecía ser un desmentido lanzado en medio de una ola de ataques contra esta idea. La forma misma de la novela tenía su utilidad; sin duda era preferible, como transición, a la forma doctrinaria de aspecto severo. Gracias a esa frivolidad aparente, penetró en todas partes; y con ella, también la idea.

Si bien Théophile Gautier es uno de los autores favoritos de la prensa, esta se comportó, a diferencia de lo habitual, con una sobriedad parsimoniosa respecto de esta última obra. No sabía si debía elogiarla o censurarla. Censurar a Théophile Gautier: un amigo, un colega, un escritor amado por el público; decir que había escrito una obra absurda: era difícil. Elogiar la obra implicaba celebrar y recomendar la idea. Guardar silencio respecto de un nombre popular habría sido una afrenta. La forma novelada resolvió la dificultad; permitió afirmar que el autor había escrito una bella obra de imaginación, pero no de convicción. Hablaron, pues, pero poco. Así, hasta con la incredulidad hay arreglos. Hemos notado algo bastante peculiar: el día que la obra apareció como volumen, en todas las librerías fue anunciada con pequeños carteles puestos afuera; pero algunos días después, todos los carteles habían desaparecido.

En las escasas y pobres reseñas de los periódicos, hemos encontrado confesiones significativas, que sin duda salieron por descuido de la pluma del escritor. En el *Courrier du Monde Illustré*, del 16 de diciembre de 1865, se lee lo siguiente:

"Es preciso creer que, sin sospecharlo, sin profesar la doctrina, e incluso sin haber profundizado mucho en esa insondable cuestión del espiritismo y el sonambulismo, el poeta Théophile Gautier, sólo mediante la intuición de su genio poético, dio en el blanco de lo infinito, comió la rana[12] de lo inexplicable y encontró el Sésamo de las evocaciones misteriosas, porque la novela que publicó en el folletín de *Le Moniteur*, y que se titula *Espírita*, conmocionó a todos los que se ocupan

12. Véase, en francés, la expresión metafórica: *manger la grenouille*. (N.del T.)

de esas peligrosas cuestiones. La emoción fue inmensa y, para dar cuenta de todo su alcance, es preciso recorrer, como nosotros lo hemos hecho, los periódicos de toda Europa.

"La Alemania espírita se levantó como un solo hombre, y puesto que todos los que viven en la contemplación de una idea tienen ojos y oídos solamente para ella, uno de los órganos más serios de Austria afirma que el Emperador encargó a Théophile Gautier esa prodigiosa novela, a fin de distraer la atención de Francia respecto de las cuestiones políticas. Primera aserción, cuyo alcance no exagero en absoluto. La segunda aserción me impactó debido a su aspecto fantástico.

"Según el periódico alemán, el poeta de la *La Comédie de la Mort*, muy nervioso a causa de una visión, habría caído gravemente enfermo, por lo cual fue trasladado a Ginebra. En esa ciudad, dominado por la fiebre, se habría visto obligado a guardar cama durante varias semanas, víctima de extrañas pesadillas, de alucinaciones luminosas, y juguete constante de Espíritus errantes. Cierta mañana, habría encontrado al pie de la cama las hojas esparcidas del manuscrito de *Espírita*.

"Sin atribuir a la inspiración que guió la pluma del autor de *Avatar* una fuente tan fantástica, creemos firmemente que, una vez concentrado en su tema, el escritor de *Le Roman de la Momie* se embriagó con esas visiones, y que en pleno paroxismo trazó esa admirable descripción del cielo, que es una de sus más bellas páginas.

"La correspondencia que dio origen a la publicación de *Espírita* es extremadamente curiosa. Lamentamos que un sentimiento de decoro no nos haya permitido solicitar una copia de una de las cartas recibidas por el poeta de *Émaux et Camées*."

No haremos aquí una crítica literaria, pues de lo contrario nos habría parecido de un gusto dudoso esa especie de catálogo de libros que el autor del artículo refiere aprovechando la oportunidad, además de que el propio artículo nos parece que en cierta medida peca de falta de claridad. Debemos confesar que no comprendimos la frase de la rana, si bien es citada textualmente. Eso tal vez se deba a lo engorroso que le resulta al autor explicar de dónde tomó el célebre novelista semejantes ideas, y cómo se atrevió a presentarlas seriamente. Pero lo más importante es la confesión acerca del efecto que esa obra produjo en toda Europa, para lo cual era necesario que la idea espírita se encontrara muy viva y bien difundida. No se trata, pues, de un ser que nació muerto. ¡Cuántas personas son ubicadas de un plumazo, por parte de nuestros adversarios, en la categoría de los cretinos y los idiotas! Afortunadamente, ese juicio no es definitivo, pues los señores Jaubert, Bonnamy y muchos otros, apelan la decisión.

El autor del artículo califica esas cuestiones de peligrosas. No obstante, según él y sus compañeros de escepticismo, no son más que cuentos ridículos. Ahora bien, ¿qué es lo que un cuento puede tener de peligroso para la sociedad? Una de dos: ¿hay o no hay algo serio en el fondo de todo eso? Si no hay nada, ¿dónde está el peligro? Si se hubiera escuchado desde un comienzo a todos los que declararon peligrosas la mayor parte de las grandes verdades que resplandecen en la actualidad, ¿dónde estaría el progreso? La verdad sólo es peligrosa para los cobardes, que no se atreven a mirarla de frente, así como para los *interesados.*

Un hecho no menos grave, que varios periódicos se apresuraron a reproducir como si estuviera demostrado, es que el Emperador habría encargado esa *prodigiosa* novela para dis-

traer la atención de Francia respecto de las cuestiones políticas. Evidentemente, esa historia no es más que una suposición, porque si se admitiera que es real, no parece razonable que se la hubiera divulgado. Pero esa misma suposición equivale a confesar la fuerza de la idea espírita, toda vez que se reconoce que un soberano, el político más importante de nuestros días, pudo considerarla adecuada para producir un resultado semejante. Si esa hubiera sido la idea que presidió la ejecución de dicha obra, nos parece que un plan así habría resultado superfluo, porque la novela apareció en el mismo momento en que los periódicos de encargaban insistentemente de llamar la atención hacia el escándalo que armaban a propósito de los hermanos Davenport.

Lo más claro en todo esto es que los detractores del espiritismo no pueden explicarse la prodigiosa rapidez con que progresa esa idea, a pesar de todo lo que hacen para detenerla. Como no pueden negar el hecho, que se torna cada día más evidente, se esfuerzan para buscar su causa en cualquier parte, excepto donde está realmente, con la esperanza de atenuar su alcance.

En un artículo titulado *Libros de hoy y de mañana*, firmado por Émile Zola, *L'Evénement*, del 16 de febrero, presenta un resumen muy exiguo del tema de la obra que nos ocupa, acompañado de las siguientes reflexiones:

"*Le Moniteur* ha publicado últimamente una novela fantástica de Théophile Gautier: *Espírita*, que la librería Charpentier acaba de publicar en un volumen.

"La obra es para la mayor gloria de los Davenport; nos pasea por el país de los Espíritus, nos muestra lo invisible, nos

revela lo desconocido. El periódico oficial ha presentado en ella los boletines del otro mundo.

”Pero yo desafío la fe de Théophile Gautier. Él expresa una bonhomía irónica que huele a incredulidad desde lejos. Sospecho que ha ingresado en lo invisible por el solo placer de describir a su manera horizontes imaginarios.

”En el fondo, no cree ni una palabra de las historias que cuenta, pero le gusta contarlas, y a los lectores les gusta leerlas. Así pues, todo es para bien, dentro de la mejor de las incredulidades posibles.

”Escriba lo que escriba, Théophile Gautier siempre es un autor pintoresco y un poeta original. *Si creyera en lo que dice, sería perfecto; pero eso tal vez sería una lástima*”.

¡Singular confesión, lógica singular, y aún más singular conclusión! Si Théophile Gautier creyera en lo que dice en *Espírita*, ¡*sería perfecto*! Por lo tanto, las doctrinas espíritas conducen a la perfección a quienes las asimilan. De ahí se sigue que si todos los hombres fueran espíritas, todos serían perfectos. Otro habría concluido: “Apresurémonos a divulgar el espiritismo”. Pero no; *eso sería una lástima*…

Cuántas personas rechazan las ideas espíritas, no por el miedo de llegar a ser perfectas, ¡sino simplemente porque esas ideas las obligan a enmendarse! Los Espíritus les producen miedo porque hablan del otro mundo, y ese mundo las aterroriza. Por eso se tapan los ojos y los oídos.

* * *

La mujer del espírita

por Ange de Kéraniou

Acerca de esta obra, *L'Evénement* del 19 de febrero contiene el siguiente artículo, firmado por Zola, al igual que el precedente.

"Decididamente, los novelistas tienen poca imaginación en esta época de producción incesante, por lo que recurren al espiritismo en busca de temas nuevos y extraños. En mi último artículo me referí a *Espírita*, de Théophile Gautier, y hoy me toca anunciar que la casa Lemer ha puesto a la venta *La mujer del espírita* [*La Femme du Spirite*], de Ange Kéraniou.

"Tal vez el espiritismo le proporcione al genio francés lo maravilloso que toda epopeya bien acondicionada necesita.

"Los Davenport nos han traído, pues, uno de los elementos del poema épico que la literatura francesa aún espera.

"El libro del señor de Kéraniou es un tanto difuso. No sabemos si él bromea o si habla en serio; pero abunda en detalles curiosos, por lo que su obra resulta interesante para hojear.

"El conde Humbert de Luzy, un espírita emérito, especie de Anticristo que hace danzar las mesas, contrae matrimonio con una joven mujer a la que, naturalmente, le inspira un miedo terrible.

"Como era de esperar, la joven se busca un amante, y entonces la historia se vuelve realmente original. Los Espíritus constituyen la guardia de honor del marido y, en dos ocasiones, en circunstancias desesperadas, salvan ese honor con ayuda de apariciones y temblores de tierra.

”Si yo estuviera casado, me volvería espírita.”

Decididamente, la idea espírita hace su ingreso en la prensa a través de las novelas. Lo hace de manera ornamentada, porque la verdad desnuda enceguecería a esos señores. No conocemos esta nueva obra más que por el artículo precedente, de modo que no podemos decir nada acerca de ella. Apenas señalaremos que el autor de esta reseña anuncia, tal vez sin haber notado su alcance, una verdad grande y fecunda, en el sentido de que la literatura y las artes encontrarán en el espiritismo una rica mina para explotar. Nosotros lo hemos dicho hace mucho tiempo: un día existirá el *arte espírita*, como existieron el arte pagano y el arte cristiano. Así es, el poeta, el escritor, el pintor, el escultor, el músico, e incluso el arquitecto, beberán en esta nueva fuente abundantes temas de sublime inspiración cuando hayan *explorado* en otros lugares, fuera del fondo de un armario. Théophile Gautier fue el primero que entró en la lid con una obra capital, llena de poesía. Tendrá imitadores, sin ninguna duda.

“Tal vez el espiritismo aporte los elementos del poema épico que la literatura francesa aún espera.” Un resultado tan fuerte ya no será para despreciar. (Véase la *Revista Espírita* de diciembre de 1860, pág. 366: “El arte espírita, el arte pagano y el arte cristiano.”)

* * *

Las fuerzas naturales desconocidas[13]

por Hermès.

Esta ya no es una novela, sino una refutación, desde el punto de vista de la ciencia, de las críticas dirigidas contra los fenómenos espíritas, a propósito de los hermanos Davenport, y de la identificación que se pretende establecer entre esos fenómenos y los trucos de magia. El autor expone el charlatanismo –que se introduce en todas partes– y las condiciones desfavorables en las que se presentaron los Davenport, condiciones que no pretende justificar. Examina los fenómenos en sí mismos, prescindiendo de las personas, y habla con la autoridad de un científico. Levanta con fuerza el guante que le arroja una parte de la prensa en esta circunstancia, y estigmatiza sus excentricidades de lenguaje, que traduce a la luz del sentido común, mostrando hasta qué punto se alejó de la discusión leal. Por nuestra parte, podemos no compartir el sentir del autor respecto de todos los puntos, pero no dejamos de señalar que su libro es una refutación difícil de refutar. Por eso la prensa hostil generalmente lo ha pasado por alto. Con todo, *L'Evénement* del 1.° de febrero lo reseña en estos términos:

"Tengo en mis manos un libro que debió aparecer en el último otoño. Trata acerca de los Davenport. Este libro, firmado con el pseudónimo *Hermès*, se titula *Las fuerzas naturales desconocidas*, y afirma que debemos aceptar el fenómeno del armario y a los dos hermanos, porque nuestros sentidos son débiles y no podemos explicar todo lo que ocurre en la

13. Opúsculo in-18. Precio: 1 franco. Librería Didier.

naturaleza. Está de más decir que el libro fue editado por la librería Didier.

"No hablaría de estas hojas, que se equivocaron de estación, si no contuvieran una violenta acusación contra la prensa parisina en su conjunto. El señor Hermès dice francamente su verdad a los redactores de *L'Opinion*, del *Temps*, de *La France*, de *Le Figaro*, de *Le Petit Journal*, etc. Han sido insolentes y crueles, y la mala fe de todos ellos sólo se igualó a su estupidez. No comprendieron, de modo que no deberían hablar. Ignorancia, falsedad, grosería: esos periodistas han cometido todos los crímenes.

"El señor Hermès es muy duro. Louis Ulbach es llamado 'el hombre de las gafas', injuria cruenta si las hay. A Edmond About, que había preguntado cuál era la diferencia entre los médiums y el doctor Lapommerais, le paga profusamente con su misma moneda. El señor Hermès afirma que 'no le extraña que algunos aficionados de retruécanos hayan arrastrado por el suelo el nombre de su gracioso contradictor'." ¿Captáis toda la delicadeza de ese juego de palabras?

"El señor Hermès termina por confesar que vive en un jardín retirado y que sólo se preocupa por la verdad. Sería preferible que viviera en la calle y que tuviera toda la calma y toda la caridad cristiana de la soledad."

¿No es curioso ver que esos señores dan lecciones *teóricas* de *calma y de caridad cristiana* a aquellos a quienes injurian gratuitamente, y que les parezca mal que les respondan? Sin embargo, no se le reprochará al señor Hermès la falta de moderación, toda vez que, por exceso de consideración, no cita ningún nombre propio. Es verdad que las frases, agrupadas de

ese modo, fueron un ramillete muy poco gracioso. ¿De quién es la culpa si ese ramillete no exhala el perfume de la urbanidad y el buen gusto? Para tener derecho a quejarse de algunas apreciaciones un tanto severas, sería preciso no provocarlas.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 4 Abril de 1866

Acerca de la revelación[14]

En el sentido sagrado, la revelación implica la idea de algo místico y maravilloso. El materialismo la rechaza naturalmente, porque supone la intervención de poderes y de inteligencias extrahumanas. Más allá de la negación absoluta, muchas personas actualmente se hacen estas preguntas: ¿Existió o no una revelación? ¿Es necesaria la revelación? Dado que brinda a los hombres la verdad integral, ¿la revelación no tendría por efecto impedirles hacer uso de sus facultades, ya que les ahorraría el trabajo de la investigación? Estas objeciones surgen de la falsa idea que se forman acerca de la revelación. Para comenzar, tomémosla en su acepción más simple, para seguirla hasta su punto más alto.

Revelar significa dar a conocer una cosa desconocida; es enseñarle a alguien aquello que no sabe. Desde este punto de vista, para nosotros existe, por decirlo de algún modo, una

14. Véase el Capítulo I de *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, de Allan Kardec (N. del T.)

revelación incesante. ¿Cuál es el rol del profesor en relación con sus discípulos, sino el de un revelador? El profesor les enseña aquello que no saben, aquello que no tendrían tiempo ni posibilidades de descubrir por sí mismos, porque la ciencia es una obra colectiva de los siglos y de una infinidad de hombres, cada uno de los cuales ha aportado su cuota de observaciones, aprovechadas por los que vienen después de ellos. La enseñanza es, por lo tanto, en realidad, la revelación de ciertas verdades, científicas o morales, físicas o metafísicas, llevada a cabo por hombres que las conocen, a otros que las ignoran y que, si así no fuera, las habrían ignorado siempre. ¿Sería más lógico dejar que ellos mismos buscaran esas verdades; esperar a que inventaran la mecánica para enseñarles a servirse del vapor? ¿Acaso se podría decir que, al revelarles lo que otros descubrieron, se les impide el ejercicio de sus facultades? ¿No es, por el contrario, apoyándose en el conocimiento de los descubrimientos anteriores, como llegan a los descubrimientos nuevos? Por lo tanto, dar a conocer, al mayor número posible de hombres, la mayor suma posible de verdades conocidas, implica estimular la actividad de la inteligencia en vez de sofocarla e impedir el progreso. Sin eso, el hombre permanecería estacionario.

Pero el profesor sólo enseña lo que ha aprendido: es un revelador de segundo orden. En cambio, el hombre de genio enseña lo que ha descubierto por sí mismo: es el revelador primitivo; aporta la luz que poco a poco se difunde. ¿Qué sería de la humanidad sin la revelación transmitida por los hombres de genio que aparecen de tiempo en tiempo?

Pero ¿quiénes son esos hombres de genio? ¿Por qué son hombres de genio? ¿De dónde provienen? ¿Hacia dónde van? Notemos que la mayoría de ellos trae al nacer facultades trascendentes y conocimientos innatos, que desarrollan con poco

trabajo. Realmente pertenecen a la humanidad, pues nacen, viven y mueren como nosotros. Entonces, ¿dónde han adquirido esos conocimientos que pudieron aprender durante la vida? ¿Se dirá, como hacen los materialistas, que el acaso los ha dotado de materia cerebral en mayor cantidad y de mejor calidad? En ese caso, no tendrían más mérito que una legumbre de mayor tamaño y más sabrosa que otra.

¿Diremos, como ciertos espiritualistas, que Dios los ha dotado de un alma más favorecida que la del común de los hombres? Esa es una suposición igualmente carente de lógica, pues calificaría a Dios de parcial. La única solución racional de este problema reside en la preexistencia del alma y en la pluralidad de las existencias. El hombre de genio es un Espíritu que, como ha vivido más tiempo, conquistó y progresó más que aquellos que están menos adelantados. Al encarnar, trae consigo lo que sabe, y como sabe mucho más que los otros y no precisa aprender, se lo denomina hombre de genio. Con todo, su saber es fruto de un trabajo anterior, y no el resultado de un privilegio. Antes de renacer, ya era un Espíritu adelantado; reencarna para hacer que otros aprovechen su saber, o para adquirir más del que posee.

Los hombres progresan, indiscutiblemente, por sí mismos y por los esfuerzos de su inteligencia. No obstante, librados a sus propias fuerzas, progresarían muy lentamente, en caso de que no recibieran la ayuda de otros hombres más adelantados, como el estudiante es auxiliado por sus profesores. Todos los pueblos han tenido hombres de genio, que aparecieron en diversas épocas para darles impulso y sacarlos de la inercia.

Si se admite la solicitud de Dios para con sus criaturas, ¿por qué no se habrá de admitir que Espíritus capaces –tanto por su energía como por la superioridad de sus conocimientos–

de hacer que la humanidad avance, encarnen por voluntad de Dios a fin de contribuir al progreso en un sentido determinado? ¿Por qué no admitir que reciban misiones, como un embajador las recibe de su soberano? Tal es el rol de los grandes genios. ¿Qué vienen a hacer, si no es a enseñar a los hombres verdades que estos ignoran –y que aún ignorarían durante largos períodos–, a fin de darles un punto de apoyo mediante el cual puedan elevarse más rápidamente? Esos genios, que aparecen a través de los siglos como estrellas fulgurantes, dejando una larga estela de luz sobre la humanidad, son misioneros o, si se prefiere, mesías. Si ellos solo enseñaran a los hombres lo que estos ya saben, su presencia sería completamente inútil. Así, las cosas nuevas que les enseñan, ya sea en el orden físico o en el moral, son *revelaciones*.

Si Dios promueve reveladores para las verdades científicas, también puede, con mayor razón, promoverlos para las verdades morales, que constituyen uno de los elementos esenciales del progreso. Esos son los filósofos cuyas ideas perduran a través de los siglos.

En el sentido especial de la fe religiosa, los reveladores son más generalmente designados con los nombres de *profetas* o *mesías*. Todas las religiones han tenido sus reveladores, y aunque estos estuvieran lejos de conocer toda la verdad, tenían una razón de ser providencial, porque eran apropiados al tiempo y al medio en que vivían, al carácter particular de los pueblos a los que hablaban, y en relación con los cuales eran relativamente superiores. A pesar de los errores de sus doctrinas, no dejaron de agitar los espíritus y, por eso mismo, de sembrar los gérmenes del progreso que más tarde habrían de desarrollarse, o que se desarrollarán en el futuro a la luz del cristianismo. Por consiguiente, es injusto anatematizarlos en

nombre de la ortodoxia, ya que vendrá el día en que todas esas creencias, tan diversas en la forma, pero basadas en un mismo principio fundamental –Dios y la inmortalidad del alma–, se fundirán en una grande y amplia unidad, cuando la razón triunfe sobre los prejuicios.

Lamentablemente, las religiones han sido en todos los tiempos instrumentos de dominación. El rol de profeta siempre tentó a las ambiciones secundarias, y se ha visto surgir una multitud de presuntos reveladores o mesías que, valiéndose del prestigio de esta denominación, explotaron la credulidad en provecho de su orgullo, de su codicia o de su indolencia, pues hallaron más cómodo vivir a expensas de los engañados. La religión cristiana no ha podido evitar esos parásitos. Al respecto, llamamos particularmente la atención hacia el capítulo XXI de *El Evangelio según el espiritismo*: "Habrá falsos Cristos y falsos profetas". El lenguaje simbólico de Jesús favoreció singularmente las interpretaciones más contradictorias; al esforzarse en desfigurar su sentido, muchos pensaron que en él encontrarían la sanción de sus puntos de vista personales, y muchas veces llegaron incluso a justificar las doctrinas más contrarias al espíritu de caridad y de justicia que constituye su fundamento. Ahí se encuentra el abuso, que desaparecerá por la fuerza misma de las circunstancias, bajo el imperio de la razón. Pero de eso no hemos de ocuparnos aquí. Apenas observamos las dos grandes revelaciones en las que se apoya el cristianismo: la de Moisés y la de Jesús, porque ejercieron una influencia decisiva en la humanidad. El islamismo puede considerarse una concepción humana, derivada del mosaísmo y del cristianismo. Para legitimar la religión que quería fundar, Mahoma tuvo que apoyarse en una supuesta revelación divina.

¿Hay revelaciones directas de Dios a los hombres? Esta es una cuestión que no osaríamos resolver en forma afirmativa ni en forma negativa de manera absoluta. El hecho no es radicalmente imposible, pero nada nos da de él una prueba cierta. De lo que no cabe duda es que los Espíritus que por su perfección se hallan más cerca de Dios se impregnan de su pensamiento y pueden transmitirlo. En cuanto a los reveladores encarnados, según el orden jerárquico al que pertenecen, así como al grado de saber personal al que llegaron, pueden extraer de sus propios conocimientos las instrucciones que imparten, o recibirlas de Espíritus más elevados, incluso de los mensajeros directos de Dios, los cuales, al hablar en nombre de este, han sido en ocasiones tomados por el propio Dios.

Las comunicaciones de este género nada tienen de extrañas para quien conoce los fenómenos espíritas y la manera mediante la cual se establecen las relaciones entre los encarnados y los desencarnados. Las instrucciones pueden ser transmitidas por diversos medios: la inspiración pura y simple, la audición de la palabra, la percepción de los Espíritus instructores en visiones y en apariciones, ya sea durante el sueño o en estado de vigilia, de los que hallamos tantos ejemplos en la Biblia, en el Evangelio y en los libros sagrados de todos los pueblos. Así pues, es rigurosamente exacto decir que la mayoría de los reveladores son médiums inspirados, auditivos o videntes, lo que no significa que todos los médiums sean reveladores, y menos aún intermediarios directos de la Divinidad o de sus mensajeros.

Solo los Espíritus puros reciben la palabra de Dios con la misión de transmitirla. No obstante, hoy se sabe que no todos los Espíritus son perfectos, y que existen algunos que se presentan bajo falsas apariencias, lo que llevó a san Juan a decir:

"No creáis en cualquier Espíritu; ved antes si los Espíritus son de Dios". (*Primera Epístola*, 4:1.)

Puede haber, pues, revelaciones serias y verdaderas, como las hay apócrifas y mentirosas. El carácter esencial de la revelación divina es el de la *eterna verdad*. Toda revelación contaminada de errores o sujeta a modificaciones no puede emanar de Dios, porque Dios no puede engañar deliberadamente ni engañarse a sí mismo. Es por eso que la ley del Decálogo tiene todos los caracteres de su origen, mientras que las otras leyes mosaicas, esencialmente transitorias, muchas veces en contradicción con la ley del Sinaí, son obra personal y política del legislador hebreo. Con el ablandamiento de las costumbres del pueblo, esas leyes cayeron en desuso de por sí, mientras que el Decálogo se mantuvo en pie como faro de la humanidad. Cristo hizo de él la base de su edificio, en tanto que abolió las otras leyes. Si estas hubieran sido obra de Dios, las habría conservado intactas. Cristo y Moisés son los dos grandes reveladores que cambiaron la faz del mundo, y en eso está la prueba de su misión divina. Una obra puramente humana no habría tenido ese poder.

Una nueva e importante revelación se produce en la época actual: la que nos muestra la posibilidad de que nos comuniquemos con los seres del mundo espiritual. No cabe duda de que ese conocimiento no es nuevo; pero hasta ahora, en cierto modo, había permanecido como letra muerta, es decir, sin provecho para la humanidad. La ignorancia de las leyes que rigen esas relaciones lo había ahogado bajo la superstición; el hombre era incapaz de extraer de ahí alguna deducción saludable. Estaba reservado a nuestra época desembarazarlo de los accesorios ridículos, comprender su alcance y hacer que de él surja la luz destinada a iluminar el camino del porvenir.

Puesto que los Espíritus no son más que las almas de los hombres, al comunicarnos con ellos *no salimos fuera de la humanidad*, lo cual es una circunstancia primordial que debe ser considerada. Así pues, los hombres de genio, que han sido faros de la humanidad, salieron del mundo de los Espíritus, y hacia él volvieron al dejar la Tierra. Si se considera que los Espíritus pueden comunicarse con los hombres, esos mismos genios pueden darles instrucciones en el estado espiritual, del mismo modo que lo han hecho cuando tenían una forma corporal. Pueden instruirnos, después de muertos, tal como lo hacían cuando estaban vivos. En vez de visibles, son invisibles, y esa es la única diferencia. La experiencia y el saber de que disponen no deben ser menores que antes, y si su palabra como hombres tenía autoridad, no hay razón para que ahora no la tenga, por el solo hecho de que se encuentren en el mundo de los Espíritus.

Con todo, no solo los Espíritus superiores se manifiestan, sino también los de todas las categorías, y era necesario que así sucediera, para iniciarnos en lo que respecta al verdadero carácter del mundo de los Espíritus, y para mostrarnos ese mundo en todas sus facetas. De ahí resulta que las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible son más íntimas, y es más evidente la conexión entre ambos. De ese modo, vemos más claramente de dónde venimos y hacia dónde vamos. Tal es el objetivo esencial de esas manifestaciones. Por consiguiente, todos los Espíritus, sea cual fuere el grado de elevación en que se encuentren, nos enseñan algo; pero como son más o menos esclarecidos, nos corresponde a nosotros discernir qué hay de bueno o de malo en ellos, y extraer todo el provecho posible de la enseñanza que nos imparten. Ahora bien, todos los Espíritus, cualesquiera que sean, nos pueden

enseñar o revelar cosas que ignoramos y que sin ellos nunca llegaríamos a saber.

No cabe duda de que los grandes Espíritus encarnados son individualidades poderosas, pero su acción está restringida, y la propagación de sus enseñanzas es necesariamente lenta. Si en la actualidad viniese uno solo de ellos, aunque se tratara de Elías o Moisés, a revelar a los hombres las condiciones del mundo espiritual, ¿quién demostraría la veracidad de sus afirmaciones, en esta época de escepticismo? ¿No lo tomarían por un soñador o un utopista? Aunque lo que dijeran fuese la verdad absoluta, siglos y más siglos habrían de transcurrir antes de que las masas admitieran sus ideas. Dios, en su sabiduría, no quiso que sucediera eso, sino que la enseñanza fuera impartida por los *propios Espíritus*, y no por los encarnados, a fin de que los primeros convenciesen a estos últimos de su existencia, y quiso que eso ocurriera simultáneamente en toda la Tierra, ya fuera para que la enseñanza se propagara con mayor rapidez o para que, al coincidir en todas partes, constituyese una prueba de la verdad, a fin de que cada uno dispusiera de lo necesario para convencerse por sus propios medios. Tales son el objetivo y el carácter de la revelación moderna.

Los Espíritus no acuden para liberar al hombre del trabajo, del estudio y las investigaciones; no le transmiten una ciencia absolutamente elaborada. Con relación a lo que el hombre puede descubrir por sí mismo, lo dejan librado a sus propias fuerzas. Eso es lo que saben hoy perfectamente los espíritas. Hace tiempo que la experiencia ha demostrado que es un error la opinión que atribuye a los Espíritus todo el conocimiento y toda la sabiduría, así como que basta con dirigirse al primer Espíritu que se presente para conocer todas las cosas. Los Espíritus provienen de la humanidad, y constituyen uno

de sus aspectos. Así como en la Tierra, en el mundo espiritual también los hay superiores y vulgares; muchos de ellos, pues, de cuestiones científicas y filosóficas saben menos que ciertos hombres; dicen lo que saben, ni más ni menos. Del mismo modo que los hombres, los Espíritus más adelantados pueden instruirnos acerca de muchas cosas, y darnos opiniones más juiciosas que los atrasados. Así pues, pedir consejos a los Espíritus no es tratar con potencias sobrenaturales; es tratar *con nuestros iguales*, con aquellos mismos a quienes nos dirigiríamos en este mundo: nuestros parientes, amigos o individuos más ilustrados que nosotros. Es importante, pues, que todos estén convencidos de esto, que es precisamente lo que ignoran aquellos que, como no estudiaron el espiritismo, se forman una idea completamente falsa de la naturaleza del mundo de los Espíritus y de las relaciones de ultratumba.

¿Cuál es, por lo tanto, la utilidad de esas manifestaciones, o si se prefiere, de esa revelación, si los Espíritus no saben más que nosotros, o no nos dicen todo lo que saben? En primer término, como ya lo hemos dicho, los Espíritus se abstienen de darnos aquello que podemos obtener mediante el trabajo. En segundo lugar, hay cosas cuya revelación no les está permitida, porque el grado de nuestro adelanto no lo admite. Además de esto, las condiciones de la nueva existencia en que se encuentran les amplía el círculo de sus percepciones: ven lo que no veían en la Tierra. Así, liberados de los impedimentos de la materia, exentos de las preocupaciones de la vida corporal, aprecian las cosas desde un punto de vista más elevado y, por eso mismo, con más juicio; la sagacidad de que gozan abarca un horizonte más vasto; comprenden sus errores, rectifican sus ideas y se desembarazan de los prejuicios humanos. En esto consiste la superioridad de los Espíritus con relación

a la humanidad corporal, y a eso se debe que sus consejos, según el grado de adelanto que han alcanzado, sean más sensatos y desinteresados que los de los encarnados. El medio en que se encuentran les permite, además, iniciarnos en las cosas relativas a la vida futura, cosas que ignoramos y que no podemos aprender en el ámbito en que nos hallamos. Hasta ahora, en relación con su porvenir, el hombre sólo ha formulado hipótesis, y por esa razón sus creencias al respecto se fraccionaron en sistemas tan numerosos y divergentes, desde el *nadaísmo*[15] hasta las concepciones fantásticas del Infierno y del Paraíso. En la actualidad, son los testigos oculares, los protagonistas mismos de la vida de ultratumba, quienes vienen a decirnos en qué consiste esa vida, y solo ellos podían hacerlo. Por consiguiente, sus manifestaciones han servido para darnos a conocer el mundo invisible que nos rodea y del cual ni siquiera sospechábamos; y ese único conocimiento sería de capital importancia, en el supuesto de que los Espíritus no pudieran enseñarnos nada más.

Una comparación vulgar hará todavía más comprensible la situación.

Una nave repleta de emigrantes parte hacia un destino lejano. Transporta hombres de todas las condiciones, parientes y amigos de los que se quedaron. Más adelante se recibe la noticia de que el navío naufragó. Ningún vestigio queda de él; no hay ninguna noticia sobre su suerte. Se cree que todos los pasajeros han perecido, y el luto cubre a todas las familias. Sin embargo, la tripulación completa, al igual que los pasajeros, sin omitir un solo hombre, arribaron a un país desconocido, abundante

15. En el original: *néantisme*. Véase: Allan Kardec, *El Cielo y el Infierno*, Primera Parte, Capítulo I, § 2. (N. del T.)

y fértil, donde todos viven felices bajo un cielo clemente. No obstante, nadie sabe de esto. Un buen día, otro navío llega a esa tierra, y allí se encuentra con los náufragos, sanos y salvos. La auspiciosa noticia se expande con la rapidez del relámpago, y todos exclaman: "¡Nuestros amigos no están perdidos!" Entonces le dan gracias a Dios. No pueden verse unos con otros, pero se envían correspondencia; intercambian demostraciones de afecto y, así, la alegría reemplaza a la tristeza.

Tal es la imagen de la vida terrenal y de la vida de ultratumba, antes y después de la revelación moderna. Esta, similar al segundo navío, nos trae la buena nueva de la supervivencia de aquellos que nos son queridos, así como la certeza de que un día nos reuniremos con ellos. Se disipa la duda sobre el destino de ellos y el nuestro. El desaliento desaparece para dar lugar a la esperanza.

Con todo, otros resultados vienen a fecundar esa revelación. Al considerar que la humanidad está madura para penetrar el misterio de su destino y contemplar con sensatez las nuevas maravillas, Dios permitió que fuese levantado el velo que ocultaba el mundo invisible al mundo visible. Las manifestaciones nada tienen de extrahumanas: se trata de la humanidad espiritual que viene a *conversar* con la humanidad corporal, y le dice:

"Existimos, de modo que la nada no existe. Esto es lo que somos y lo que vosotros seréis; el porvenir os pertenece tanto como a nosotros. Andabais entre tinieblas, y nosotros vinimos a alumbraros el camino y trazaros un rumbo; ibais al acaso, y vinimos a indicaros la meta. La vida terrenal lo era todo para vosotros, porque no veíais nada más allá de ella, y hemos venido a deciros, mostrándoos la vida espiritual, que la vida terrestre no es nada. Vuestra visión se detenía en la tumba, y

nosotros os develamos, más allá de esta, un horizonte espléndido. No sabíais por qué sufrís en la Tierra, y ahora veis en el sufrimiento la justicia de Dios. El bien no producía ningún fruto aparente para el futuro, pero de ahora en adelante tendrá un objetivo y constituirá una necesidad. La fraternidad, que no era más que una hermosa teoría, se sustenta ahora en una ley de la naturaleza. Bajo el imperio de la creencia de que todo se acaba con la vida, resulta que la inmensidad es el vacío, el egoísmo reina soberano entre vosotros, y la orden que habéis recibido es: 'Cada cual para sí'. En cambio, con la certeza del porvenir, los espacios infinitos se pueblan hasta lo infinito; en ninguna parte existe el vacío o la soledad; la solidaridad vincula a todos los seres, más acá y más allá de la tumba. Se trata del reino de la caridad, cuya divisa es: 'Uno para todos y todos para uno'. Por último, al concluir la vida decíais un eterno adiós a vuestros seres queridos; ahora simplemente les diréis: ¡Hasta luego!"

Estos son, en resumen, los resultados de la nueva revelación, que ha venido a llenar el hueco que la incredulidad había cavado, a levantar los ánimos abatidos por la duda o la perspectiva de la nada, y a dar a todas las cosas una razón de ser. Ese resultado, ¿carecerá de importancia porque los Espíritus no vienen a resolver los problemas de la ciencia, a dar el saber a los ignorantes, y a los perezosos los medios para que se enriquezcan sin trabajar? Entre tanto, los frutos que el hombre debe recoger de la nueva revelación no tienen que ver solamente con la vida futura. Habrá de cosecharlos en la Tierra, por la transformación que estas nuevas creencias necesariamente habrán de producir en su carácter, en sus gustos, en sus tendencias y, por consiguiente, en los hábitos y en las relaciones sociales. Al poner fin al reinado del egoísmo, del

orgullo y la incredulidad, preparan el del bien, que es el reino de Dios.

Así pues, la revelación tiene por objeto colocar al hombre en posesión de ciertas verdades que él no podría adquirir por sí mismo, y eso con miras a activar el progreso. Esas verdades se limitan, por lo general, a principios fundamentales destinados a ponerlo en la vía de las investigaciones, y no a llevarlo en andadores. Son jalones que le muestran la meta, de modo que su tarea consiste en estudiarlos y deducir sus aplicaciones. Lejos de liberarlo del trabajo, son nuevos elementos que se le proporcionan para su actividad.

El espiritismo sin los Espíritus

Hemos visto últimamente que se ha intentado formar una secta enarbolando como bandera *la negación de la oración*. Recibida desde el principio con un sentimiento general de reprobación, ni siquiera pudo sobrevivir. Los hombres y los Espíritus se unieron para rechazar una doctrina que era a la vez una ingratitud y una rebeldía hacia la Providencia. Eso no fue difícil, porque, al herir el sentimiento íntimo de la inmensa mayoría, dicha doctrina llevaba consigo el principio de su destrucción. (Véase la *Revista* de enero de 1866)[16]

Ahora ha surgido otra secta, que se pone a prueba en un nuevo terreno. Su lema es: *No más comunicaciones de los Espíritus*. Resulta bastante extraño que esa opinión sea preco-

16. Allan Kardec remite al artículo "Consideraciones acerca de la oración en el espiritismo". (N. del T.)

nizada actualmente por algunos de aquellos que alguna vez exaltaron la importancia y la sublimidad de las enseñanzas espíritas, y que se vanagloriaban de lo que ellos mismos recibían como médiums. Dicha secta, ¿tiene más posibilidad de éxito que la precedente? Eso es lo que vamos a examinar en unas pocas palabras.

Su doctrina, si acaso podemos darle ese nombre a una opinión limitada a algunas individualidades, se basa en los siguientes datos:

"Los Espíritus que se comunican no son más que Espíritus comunes, que hasta ahora no nos han enseñado ninguna verdad nueva, y que demuestran su incapacidad al no apartarse de las banalidades de la moral. El criterio que se pretende establecer respecto de la concordancia de la enseñanza de esos Espíritus es ilusorio, porque resulta de su propia insuficiencia. Es el hombre quien debe sondear los grandes misterios de la naturaleza, así como someter lo que dicen los Espíritus al control de su propia razón. Dado que las comunicaciones de los Espíritus no pueden enseñarnos nada, las prohibimos en nuestras reuniones. Discutiremos entre nosotros; investigaremos y decidiremos, según nuestro saber, los principios que deben ser aceptados o rechazados, sin recurrir al consentimiento de los Espíritus."

Observemos que no se trata de negar el hecho de las manifestaciones, sino de establecer la superioridad del juicio del hombre, o de algunos hombres, sobre el de los Espíritus; en una palabra, se trata de liberar al espiritismo de la enseñanza de los Espíritus, debido a que las instrucciones de estos últi-

mos se hallan por debajo de lo que puede la inteligencia de los hombres.

Esa doctrina conduce a una singular consecuencia, que no daría lugar a un elevado concepto acerca de la superioridad de la lógica del hombre sobre la de los Espíritus. Sabemos, gracias a estos últimos, que los Espíritus del orden más elevado han formado parte de la humanidad corporal, y que la superaron hace mucho tiempo, así como el general superó el rango de soldado con el que comenzó su carrera. Sin los Espíritus, aún creeríamos que los ángeles son criaturas privilegiadas, y que los demonios son criaturas predestinadas al mal por toda la eternidad. "Eso no es así –nos dirán–, porque hubo hombres que han combatido tales ideas." De acuerdo; pero ¿qué eran esos hombres, sino Espíritus encarnados? ¿Cuál ha sido la influencia que su opinión aislada ejerció en la creencia de las masas? Preguntad a cualquiera si conoce aunque sea de nombre a la mayoría de esos grandes filósofos. En cambio, dado que los Espíritus acuden para manifestarse, en toda la superficie de la Tierra, tanto al más humilde como al más poderoso, la verdad se ha propagado con la rapidez del relámpago.

Los Espíritus pueden ser divididos en dos grandes categorías: los que han llegado al punto más alto de la escala y dejaron definitivamente los mundos materiales, y los que por la ley de la reencarnación aún permanecen en el torbellino de la humanidad terrenal. Admitamos que solamente estos últimos tengan derecho a comunicarse con los hombres, lo que es discutible; entre esos Espíritus los hay que, cuando vivían, fueron hombres esclarecidos, cuya opinión cuenta con autoridad, y a quienes nos encantaría consultar si aún vivieran. Ahora bien, de la doctrina en cuestión resulta que esos mismos hombres superiores se han vuelto nulos o mediocres al ingresar en el

mundo de los Espíritus, incapaces de darnos alguna instrucción de cierto valor, mientras que nos inclinaríamos respetuosamente ante ellos si se presentaran en carne y hueso en las mismas asambleas donde está prohibido escucharlos como Espíritus. También resulta de ahí que Pascal, por ejemplo, ha dejado de ser una lumbrera desde que es Espíritu, pero que si reencarnara como Pedro o Pablo –necesariamente con la misma genialidad, puesto que no habría perdido nada– sería un oráculo. Esta consecuencia es rigurosa, cuanto más que los partidarios de ese sistema admiten la reencarnación como una de las más grandes verdades. De ahí se deberá inferir, por último, que los que ubican –suponemos que de muy buena fe– su propia inteligencia en un punto tan elevado respecto de la de los Espíritus, también se volverán incapaces o mediocres, y su opinión no tendrá valor; de tal modo que sería preciso creer en lo que ellos dicen ahora, mientras viven, pero que ya no habría que creerles después, cuando estén muertos, aunque vinieran a decir lo mismo, y mucho menos si dijeran que se han equivocado.

Sé que se plantea como objeción la gran dificultad de comprobar la identidad de los Espíritus. Esta cuestión ha sido tratada ampliamente, de modo que es superfluo volver a ella. No podemos saber, con seguridad, mediante una prueba material, si el Espíritu que se presenta con el nombre de Pascal es realmente el del gran Pascal. ¡Qué nos importa, si dice cosas buenas! Nos corresponde a nosotros sopesar el valor de sus instrucciones, pero no según la forma del lenguaje –pues se sabe que el lenguaje suele llevar la impronta de la inferioridad del instrumento–, sino según la grandeza y la sabiduría de los pensamientos. Un gran Espíritu, que se comunica a través de un médium poco letrado, es como un hábil calígrafo que

se sirve de una pluma defectuosa; el conjunto de la escritura llevará el sello de su talento, pero los detalles de ejecución, que no dependen de él, serán imperfectos.

El espiritismo nunca ha dicho que el hombre deba renunciar a su juicio y someterse ciegamente a la opinión de los Espíritus. Los propios Espíritus nos dicen que pasemos todas sus palabras por el tamiz de la lógica, mientras que algunos encarnados dicen: "Creed solamente en lo que decimos nosotros, y no creáis en lo que dicen los Espíritus". Ahora bien, como la razón individual está sujeta al error, y dado que el hombre, por lo general, se halla inclinado a considerar que su propia razón y sus ideas son la única expresión de la verdad, se sigue de ahí que aquel que no tiene la orgullosa pretensión de creerse infalible toma como referencia la apreciación de la mayoría. ¿Acaso debe, por ese motivo, renunciar a su opinión? En absoluto; es perfectamente libre de creer que solo él tiene razón frente a todos los demás, pero no impedirá que la opinión de la mayoría prevalezca y tenga, en definitiva, más autoridad que la opinión de uno solo o de algunos.

Ahora examinemos la cuestión desde otro punto de vista. ¿Quién ha hecho el espiritismo? ¿Acaso es una concepción humana personal? Todo el mundo sabe lo contrario. El espiritismo es el resultado de la enseñanza de los Espíritus; de tal modo que, sin las comunicaciones de los Espíritus, no habría espiritismo. Si la doctrina espírita fuera una simple teoría filosófica salida de un cerebro humano, sólo tendría el valor de una opinión personal. En cambio, como surgió de la universalidad de la enseñanza de los Espíritus, tiene el valor de una obra colectiva, y por eso mismo en tan poco tiempo se ha propagado por toda la Tierra, pues cada uno recibe a través de

sí mismo, o de sus relaciones cercanas, instrucciones idénticas y la prueba de la realidad de las manifestaciones.

¡Pues bien! En presencia de ese resultado evidente, material, se intenta erigir como sistema la inutilidad de las comunicaciones de los Espíritus. Convengamos en que, si esas comunicaciones no tuvieran la popularidad que han alcanzado, no se las atacaría, y en que la prodigiosa divulgación de esas ideas es lo que le genera tantos adversarios al espiritismo. Aquellos que en la actualidad rechazan las comunicaciones, ¿no se parecen a esos hijos ingratos que reniegan de sus padres y los desprecian? ¿Acaso no es ingratitud hacia los Espíritus, a quienes esas personas deben lo que saben? ¿Acaso no es servirse de lo que han aprendido de los Espíritus para combatirlos, para poner en contra de ellos, de sus propios padres, las armas que nos han dado? Entre los que se manifiestan, ¿no son acaso los Espíritus de un padre, de una madre, de los seres que más queremos, los que nos envían esas conmovedoras instrucciones que van directo al corazón? ¿Acaso no debemos a ellos el hecho de haber sido arrancados de la incredulidad, de las torturas de la duda respecto del porvenir? ¡Y mientras disfrutamos del beneficio, renegamos de la mano del benefactor!

¿Qué decir de aquellos que, como consideran que su opinión coincide con la de todo el mundo, afirman seriamente que, en la actualidad, en ninguna parte se quiere que haya comunicaciones? ¡Extraña ilusión, que se desvanecería si dieran apenas un vistazo alrededor suyo! En cuanto a ellos, ¿qué pensarán los Espíritus que asisten a las reuniones en las que se discute si hay que condescender a escucharlos, si hay o no que permitirles excepcionalmente la palabra para complacer a quienes tienen la debilidad de insistir en recibir sus instrucciones? No cabe duda de que en esas reuniones hay Espíri-

tus, ante quienes la concurrencia caería de rodillas si en ese momento se hicieran visibles. ¿Han pensado en el precio que pagarían por semejante ingratitud?

Dado que los Espíritus tienen la libertad de comunicarse, independientemente del alcance de su saber, resulta de ahí una gran diversidad en el valor de las comunicaciones, tal como sucede con los escritos de un pueblo, en el que todo el mundo es libre de escribir, y en el que sin duda no todas las producciones literarias son obras maestras. Así pues, conforme a las cualidades individuales de los Espíritus, hay comunicaciones buenas por el fondo y por la forma, otras que son buenas por el fondo y malas por la forma, y otras, por último, que no valen nada, ni por el fondo ni por la forma. A nosotros nos corresponde elegir. Rechazarlas a todas, porque las hay malas, sería tan racional como proscribir todas las publicaciones porque hay escritores que producen trivialidades. Los mejores escritores, los más grandes genios, ¿no tienen partes débiles en sus obras? ¿No se hacen compilaciones con lo mejor que han producido? Hagamos lo mismo con las producciones de los Espíritus; aprovechemos lo bueno y rechacemos lo malo. No obstante, en el intento de arrancar la cizaña, no destruyamos el buen grano.

Así pues, consideremos el mundo de los Espíritus como si fuera un doble del mundo corporal, como una fracción de la humanidad, y digámonos que ya no debemos despreciar la posibilidad de oírlos, ahora que están desencarnados, del mismo modo que no lo hubiéramos hecho cuando estaban encarnados. Ellos están siempre en medio de nosotros, como en el pasado; salvo que ahora se encuentran detrás del telón, en vez de adelante: esa es toda la diferencia.

Sin embargo –se nos dirá–*, ¿cuál es el alcance de la enseñanza de los Espíritus, incluso en lo que ella tiene de bueno, si no supera lo que los hombres pueden saber por sí mismos?* Pero ¿es cierto que ellos no nos enseñan nada más? En su estado de Espíritu, ¿no ven acaso lo que nosotros no podemos ver? Sin ellos, ¿conoceríamos su situación, su manera de ser, sus sensaciones? ¿Conoceríamos, como lo conocemos actualmente, ese mundo en el que estaremos, tal vez mañana? Si ese mundo ya no tiene para nosotros los mismos terrores, si contemplamos sin espanto el camino que conduce a él, ¿acaso no debemos eso a los Espíritus? Ese mundo, ¿está explorado completamente? ¿No nos revela cada día un nuevo aspecto? ¿No significa nada saber adónde vamos y qué seremos al salir de aquí? En el pasado, se ingresaba en ese mundo a tientas y temblando, como en un abismo sin fin. Ahora, ese abismo está resplandeciente de luz, y en él se ingresa con alegría. ¡Y algunos osan decir que el espiritismo no nos ha enseñado nada! (Véase la *Revista Espírita*, agosto de 1865, página 225: "Qué enseña el espiritismo".)

No cabe duda de que la enseñanza de los Espíritus tiene sus límites. Sólo hay que pedirle lo que puede dar, lo que está en su esencia, en su objetivo providencial; y ella da mucho a aquel que sabe buscar. Sin embargo, tal como está, ¿hemos llevado a cabo todas sus aplicaciones? Antes de pedirle más, ¿hemos sondeado la profundidad de los horizontes que nos revela? En cuanto a su alcance, este se afirma mediante un hecho material, evidente, gigantesco, inaudito en los fastos de la historia: apenas en su aurora, ya revoluciona el mundo y estremece los poderes de la Tierra. ¿Cuál es el hombre que habría tenido ese poder?

El espiritismo tiende a la reforma de la humanidad por medio de la caridad. Así pues, no es sorprendente que los Espíritus prediquen la caridad sin cesar. La predicarán hasta que haya arrancado del corazón de los hombres el egoísmo y el orgullo. Si algunos consideran que las comunicaciones son inútiles, porque ellas repiten sin cesar las lecciones de moral, debemos felicitarlos, en caso de que sean bastante perfectos para no tener más necesidad de ellas. Con todo, deben considerar que aquellos que no tienen tanta confianza en su propio mérito, y que se empeñan en mejorar, no se cansan de recibir buenos consejos. No pretendáis, pues, quitarles ese consuelo.

Aquella doctrina, ¿tiene posibilidades de prevalecer? Como hemos dicho, las comunicaciones de los Espíritus han fundado el espiritismo. Rechazarlas después de haberlas aclamado es querer minar el espiritismo en su base, es quitarle sus cimientos. Ese no puede ser el pensamiento de espíritas serios y abnegados, porque sería exactamente como decirse cristiano y negar el valor de las enseñanzas del Cristo, con el pretexto de que su moral es idéntica a la de Platón. En esas comunicaciones los espíritas han encontrado la alegría, el consuelo, la esperanza; gracias a ellas han comprendido la necesidad del bien, de la resignación, de la sumisión a la voluntad de Dios; gracias a ellas soportan con valor las vicisitudes de la vida; gracias a ellas no existe más una separación real entre ellos y los destinatarios de sus más tiernos afectos. ¿Acaso no se equivocaría, respecto del corazón humano, quien creyera que este puede renunciar a una creencia que lo hace feliz?

Repetimos aquí lo que hemos dicho acerca de la oración: si el espiritismo debe ganar en influencia, lo hará aumentando la suma de las satisfacciones morales que proporciona. Aquellos que lo consideran insuficiente tal como es, hagan

el esfuerzo de dar más que él; pero no será dando menos, ni quitándole lo que constituye su encanto, su fuerza y su popularidad, como lo suplantarán.

* * *

El espiritismo independiente

En una carta, que nos escribieron hace algún tiempo, se menciona el proyecto de dar a una publicación periódica el título de *Periódico del espiritismo independiente.* Esa idea es, sin lugar a dudas, el corolario de aquella otra que se refiere al *espiritismo sin los Espíritus*, de modo que vamos a tratar de poner la cuestión en el lugar que le corresponde.

Para comenzar, ¿qué es el espiritismo independiente? ¿Independiente de qué? Otra carta lo dice con toda claridad: se trata del espiritismo liberado, no solamente de la tutela de los Espíritus, sino de toda dirección o supremacía personal, de toda subordinación a las instrucciones de un jefe, cuya opinión no puede constituirse en ley, toda vez que no es infalible.

Eso es lo más fácil del mundo, y existe de hecho, dado que el espiritismo, al proclamar la libertad absoluta de conciencia, no admite ninguna restricción en materia de creencia, y nunca le ha cuestionado a nadie el derecho de creer a su manera en materia de espiritismo, así como de cualquier otra cosa. Desde ese punto de vista, yo mismo soy por completo independiente, y pretendo sacar provecho de esa independencia. Así pues, si existe subordinación, la misma es totalmente voluntaria; más aún, no se trata de la subordinación a un hombre, sino a una idea, que se adopta porque conviene, y

que sobrevive al hombre, si es justa, o cae con él –o antes de él– si es falsa.

Para liberarse de las ideas ajenas, necesariamente hay que tener ideas propias. Como es lógico, todos intentan hacer que sus ideas prevalezcan; de lo contrario, las guardarían para sí. Las proclaman, las afirman, las defienden, pues consideran que son la expresión de la verdad, toda vez que aceptamos que lo hacen de buena fe, y no con el único deseo de derribar lo que existe. El objetivo es congregar en torno a esas ideas el mayor número de partidarios posible, y entonces el que no quiere tener un jefe se convierte a sí mismo en jefe de una secta, e intenta subordinar a los otros a sus propias ideas. El que dice, por ejemplo: "Ya no hace falta que recibamos instrucciones de los Espíritus", ¿acaso no formula un principio absoluto? ¿No ejerce una presión sobre los que sí quieren recibirlas, disuadiéndolos de que lo hagan? Si funda una reunión sobre esa base, debe excluir a los partidarios de las comunicaciones, porque si estos últimos fueran mayoría, ellos le impondrían las reglas. Si los admite y se niega a satisfacer sus deseos, entonces atenta contra la libertad, que ellos tienen, de reclamar. Si establece en su programa: "Aquí no se da la palabra a los Espíritus", entonces los que deseen oírlos se darán por enterados y no concurrirán.

Siempre hemos dicho que una condición esencial de toda reunión espírita es la homogeneidad, pues sin ella hay discordia. Si alguien fundara una reunión espírita sobre la base del rechazo a las comunicaciones, estaría en su derecho. Si en ella admite tan solo a los que piensan como él, hace lo correcto; pero carece de fundamentos para decir que, como él no quiere las comunicaciones, nadie debe quererlas. No cabe duda de que es libre de proceder como le plazca; no obstante, si quie-

re la libertad para sí, debe quererla también para los demás. Dado que defiende sus ideas y critica las del resto, si fuera consecuente consigo mismo, no debería parecerle mal que los demás defiendan sus ideas y critiquen las de él.

Por lo general, casi siempre se olvida que, más allá de la autoridad de un hombre, hay otra autoridad, a la cual nadie que se considere representante de una idea puede sustraerse: la autoridad de todo el mundo. La opinión general es el tribunal supremo, que sanciona o derriba el edificio de los sistemas; nadie puede liberarse de la subordinación que ella impone. Esta ley no es menos omnipotente en el espiritismo. Todo aquel que hiera el sentimiento de la mayoría y la abandone, deberá esperar que esta lo abandone a él. Ahí radica la causa del fracaso de algunas teorías y de determinadas publicaciones, independientemente del mérito intrínseco de estas últimas, acerca del cual nos engañamos con frecuencia.

No hay que perder de vista que el espiritismo no se halla sujeto a un individuo o a unos pocos individuos, como tampoco a un círculo, ni siquiera a una ciudad, sino que sus representantes están en el mundo entero, y que entre ellos hay una opinión dominante y profundamente acreditada. Así pues, considerarse fuerte contra todos, por el hecho de que se cuenta con la aprobación del entorno, implica exponerse a grandes decepciones.

El espiritismo tiene dos partes: los hechos materiales y sus consecuencias morales. La primera es necesaria para demostrar la existencia de los Espíritus; ellos comenzaron de ese modo. La segunda, que resulta de la primera, es la única que puede conducir a la transformación de la humanidad mediante el mejoramiento individual. El mejoramiento es, pues, el objetivo esencial del espiritismo. Hacia él debe tender todo

espírita serio. Dado que esas consecuencias se dedujeron de las instrucciones de los Espíritus, he definido los deberes que esa creencia impone. Inscribí el primero de ellos en la bandera del espiritismo: *Fuera de la caridad no hay salvación*. Esta máxima ha sido aclamada, a partir de su aparición, como la antorcha del porvenir, y de inmediato dio la vuelta al mundo, para convertirse en la voz de mando que reúne a todos los que ven en el espiritismo algo más que un hecho material. En todas partes fue acogida como el símbolo de la fraternidad universal, como una garantía de seguridad en las relaciones sociales, como la aurora de una nueva era, donde deben extinguirse los odios y las discordias. Su importancia se comprende tan bien, que ya se cosechan sus frutos; pues entre los que la convirtieron en su regla de conducta reinan la simpatía y la confianza, que constituyen el encanto de la vida social; en todo espírita de buen corazón se ve a un hermano, con el cual es una dicha encontrarse, porque se sabe que quien practica la caridad no puede hacer ni querer el mal.

Esta máxima, pues, ¿ha sido promulgada por mi autoridad privada? Y si lo hubiera hecho, ¿a quién le habría parecido mal? Pero no; proviene de la enseñanza de los Espíritus, quienes la han tomado de la del Cristo, donde está escrita con todas las letras como piedra angular del edificio cristiano, a pesar de que quedó enterrada debajo de él durante dieciocho siglos. El egoísmo de los hombres se ocupaba de no dejar que saliera del olvido y se destacara, porque eso habría significado proclamar su propia condena; ellos prefirieron buscar su salvación en prácticas más cómodas y menos molestas. A pesar de que todo el mundo había leído y releído el Evangelio, con muy pocas excepciones nadie vio en él esa gran verdad, relegada a un segundo plano. Pero ahora, mediante la enseñanza de los

Espíritus, es súbitamente conocida y comprendida por todos. ¡Cuántas otras verdades contiene el Evangelio, y que surgirán a su tiempo! (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Cap. XV.)

Al inscribir en el frontispicio del espiritismo la ley suprema del Cristo, he abierto el camino del *espiritismo cristiano.* Así pues, tengo razones para desarrollar sus principios, así como los caracteres del verdadero espírita desde este punto de vista.

Que otros puedan hacerlo mejor que yo, es algo que no he de negar, pues nunca dije: "Fuera de mí no existe la verdad". Por lo tanto, mis instrucciones son para aquellos que las consideran buenas; son aceptadas libremente y sin restricciones. Trazo un camino para que lo siga el que quiera. Doy consejos a quienes me los solicitan, y no a los que consideran que pueden prescindir de los mismos. No doy órdenes a nadie, porque no tengo autoridad para eso.

En cuanto a mi supremacía, es exclusivamente moral y se encuentra en la adhesión de quienes comparten mi manera de ver; no estoy investido –ni siquiera por ellos– de ningún poder oficial, como tampoco he solicitado o reivindicado privilegio alguno. No me adjudiqué ningún título, y el único que utilizo junto con los que participan de mis ideas es el de hermano en creencia. Si me consideran su jefe, eso se debe a la posición que mis trabajos me asignan, y no en virtud de alguna resolución. Mi posición es la que cualquier otro habría podido alcanzar antes que yo. Mi derecho consiste, como el de todo el mundo, en trabajar del modo que considere conveniente, afrontando a la opinión pública.

Así pues, ¿de cuál autoridad molesta se proponen liberarse los que quieren un espiritismo independiente, toda vez que no hay un poder constituido ni una jerarquía que le cierre la puerta a nadie, toda vez que no tengo sobre ellos ninguna

jurisdicción, y que si les agrada apartarse de mi camino nadie puede obligarlos a que regresen? ¿Alguna vez me hice pasar por profeta o mesías? ¿Habrán tomado en serio los títulos de sumo sacerdote, de soberano pontífice, incluso de papa, con que la crítica tuvo a bien gratificarme? No solamente nunca me he atribuido esos títulos, sino que los espíritas nunca me los han concedido. - ¿Se refieren a la influencia que ejercen mis escritos? Tienen el campo abierto, como yo, para ganarse las simpatías del público. Si hay presión, no viene de mí, sino de la opinión general, que pone su veto en aquello que no le conviene, y porque ella misma experimenta la influencia de la enseñanza general de los Espíritus. Así pues, a estos últimos, en definitiva, deben atribuir el estado de cosas, y tal vez sea eso mismo lo que hace que no los quieran escuchar más. -¿Se refieren a las instrucciones impartidas por mí? Nadie es forzado a someterse a ellas. - ¿Han tenido que quejarse de mi reprobación? Nunca me he referido a nadie por su nombre, salvo para felicitarlo, y mis instrucciones son impartidas de manera general, como desarrollo de mis principios, para uso de todos. Por otra parte, si esas instrucciones son malas, si mis teorías son falsas, ¿por qué razón eso habría de ofenderlos? El ridículo –si es que existe– será para mí. ¿Acaso ellos se preocupan por los intereses del espiritismo hasta tal punto que temen verlos decaer en mis manos? - ¿Soy demasiado drástico en mis ideas? ¿Soy un testarudo con el que no se puede hacer nada? ¡Ah! ¡Dios mío! Cada uno tiene sus pequeños defectos; yo tengo el de no pensar unas veces blanco y otras veces negro. Me he trazado un camino, y no me aparto de él para complacer a nadie. Es probable que sea así hasta el final.

¿Acaso es mi fortuna lo que envidian? ¿Dónde están mis castillos, mi corte y mis lacayos? No cabe duda de que si tuvie-

ra la fortuna que me atribuyen, no habría llegado a mis manos mientras dormía, y mucha gente acumula millones con una labor menos sacrificada. - ¿Qué hago, pues, con el dinero que gano? Como no pido cuentas a nadie, a nadie tengo que rendirlas; lo cierto es que ese dinero no se usa para mis placeres. En cuanto a emplearlo para contratar agentes y espías, devuelvo la calumnia a su remitente. Debo ocuparme de cosas más importantes que saber lo que hacen este o aquel. Si hacen el bien, no deben temer ninguna investigación; si hacen el mal, eso es asunto suyo. Si algunos ambicionan mi posición, ¿lo hacen en interés del espiritismo o en el propio? Que la ocupen, pues, con *todas sus responsabilidades*, y probablemente no les resulte una sinecura tan agradable como suponen. Si les parece que conduzco mal el barco, ¿quién les impidió tomar el timón antes que yo? ¿Y quién les impide hacerlo hasta hoy? - ¿Se quejan de mis intrigas para hacer partidarios? Espero a que estos vengan a mí, y no voy en busca de nadie; como tampoco voy corriendo detrás de los que me dejan, porque sé que no pueden obstaculizar la marcha de los acontecimientos; su personalidad desaparece ante el conjunto. Por otra parte, no soy tan vanidoso para creer que se unen a mí por mi persona; es evidente que lo hacen por la idea que represento. A esa idea, pues, remito las muestras de simpatía que tienen a bien concederme.

En resumen, desde mi punto de vista, el espiritismo independiente no tendría ningún sentido, porque la independencia existe de hecho y de derecho, y porque a nadie se le impone una disciplina. El campo de exploración se halla abierto para todos; el juez supremo del torneo es el público; la palma es para quien sabe ganarla. Mala suerte para los que caen antes de llegar a la meta.

Hablar de esas opiniones divergentes, que en definitiva se reducen a algunas individualidades, y que en ninguna parte forman una comunidad, ¿no será –dirán tal vez algunas personas– darles demasiada importancia, y asustar a los adeptos haciéndoles creer que hay divisiones más profundas de lo que son? ¿No será, también, proporcionar armas a los enemigos del espiritismo?

Precisamente para prevenir esos inconvenientes hablamos de ellos. Una explicación clara y categórica, que reduce la cuestión a su justo valor, es mucho más adecuada para tranquilizar que para asustar a los adeptos. Así, ellos saben a qué atenerse, y disponen de los argumentos necesarios para la réplica. En cuanto a los adversarios, ellos se han aprovechado del asunto muchas veces, de modo que, como exageran su alcance, es útil mostrar hasta dónde llega realmente. Para una respuesta más amplia, remitimos al artículo de la *Revista* de octubre de 1865, página 297, y más específicamente en la página 307.[17]

San Carlomagno en el Colegio de Chartres

Este año, en el Colegio de Chartres, tuvieron la idea de incluir en la solemnidad del banquete de san Carlomagno una conferencia literaria. Dos estudiantes de filosofía mantuvieron una controversia, cuyo tema fue el *espiritismo*. Esta es la reseña que ha hecho el *Journal de Chartres*, el 11 de marzo de 1866:

17. Véase el artículo "Partida de un adversario del espiritismo hacia el mundo de los Espíritus". (N. del T.)

"Para cerrar la sesión, dos estudiantes de filosofía, los señores Ernest Clément y Gustave Jumentié, pusieron sobre el tapete, mediante un diálogo profundo y animado, un tema que actualmente tiene el privilegio de apasionar a muchas mentes: nos referimos al *espiritismo*.

"J... le reprocha a su compañero, siempre tan jovial, un aire sombrío y huraño, que hace que parezca un autor de melodramas, y le pregunta de dónde proviene tan importante cambio.

"C… le responde que se introdujo de lleno en una doctrina sublime: el espiritismo, que le confirmó de manera irrefutable la inmortalidad del alma y los demás conceptos de la filosofía espiritualista. No es una quimera –como pretende su interlocutor–, sino un sistema fundado en hechos auténticos, tales como las mesas giratorias, los médiums, etc.

"Por cierto –responde J...–, no seré tan insensato, mi pobre amigo, para discutir contigo acerca de esos delirios, de los que hoy todo el mundo está completamente desengañado. Y en un momento en que nadie hace otra cosa más que reírse en la cara de los espíritas, no habré de dar a tus ideas, por una vana disputa, más peso del que merecen, como tampoco les haré el honor de una refutación seria. Las admirables experiencias de los Davenport demostraron cuál era vuestra fuerza y la fe que había que tener en vuestros milagros. No obstante, afortunadamente, recibieron el justo castigo por su bellaquería. Tras algunos días de un triunfo usurpado, se los forzó a volver a su patria, y una vez más hemos demostrado que entre el Capitolio y la Roca Tarpeya no hay más que un paso[18].

18. Véase la expresión latina: *Arx tarpeia Capitoli proxima*. (N. del T.)

”Según veo –dice C…, por su parte–, no eres partidario del progreso. Por el contrario, deberías apiadarte de la suerte de esos desdichados. Todas las ciencias, en sus inicios, tuvieron sus detractores. ¿Acaso no vimos a Fulton rechazado por la ignorancia y tratado como un loco? ¿No vimos también a Lebon, ignorado en su patria, y muerto miserablemente sin haber disfrutado de sus trabajos? Con todo, en la actualidad, la superficie de los mares está surcada por barcos a vapor, y el gas distribuye en todas partes su viva luz.

”Así es –responde J…–, pero esos inventos estaban apoyados en bases sólidas; la ciencia era la guía de aquellos genios, y debía forzar a la posteridad más esclarecida, a fin de que esta reparara los errores de sus contemporáneos. No obstante, ¿cuáles son los inventos de los espíritas? ¿Cuál es el secreto de su ciencia? Todo el mundo ha podido admirarlo, y aplaudir el ingenioso mecanismo de su varita mágica…

”C…: ¿Te burlas? Sin embargo, ya te he dicho que entre los adeptos del espiritismo hay personas muy honestas, cuya convicción es profunda.

”J…: Eso es muy cierto. Pero ¿qué prueba eso? Que el buen sentido no es algo tan común como se supone, y que, como ha dicho el poeta de la Razón: *Un necio siempre encuentra otro más necio que lo admira.*

”C…: Boileua no habría dicho eso si hubiera visto las mesas giratorias. ¿Qué dices a eso?

”J…: Que nunca logré mover ni el más pequeño velador.

”C… Eso se debe a que eres un profano. En cuanto a mí, ninguna mesa se me ha resistido. Hice girar una que pesaba doscientos kilos, con la comida, la vajilla, botellas…

”J…: Tú me harías estremecer por la mesa de san Carlomagno, si el apetito de los invitados no la hubiera desguarnecido tan prudentemente…

”C…: Y no te hablo de los sombreros; pero yo les imprimía una poderosa rotación con el más leve contacto.

”J…: No me asombraría que tu pobre cabeza hubiera girado con ellos.

”C…: De todos modos, bromas no son razones, sino el argumento de la impotencia. Tú no demuestras nada, no refutas nada.

”J…: Porque tu doctrina no existe, no es más que una quimera, un gas incoloro, imponderable, y yo prefiero el gas de la iluminación, una exhalación, un vapor, un humo. ¡Lo juro! Ya elegí, prefiero el Champagne. ¡Oh! Miguel de Cervantes, ¿por qué naciste dos siglos antes? A tu inmortal Don Quijote le correspondía pulverizar el espiritismo. Él blandió su valerosa lanza contra los molinos de viento. Sin embargo, ellos giraban. ¡Cómo habrías deshecho esos armarios parlantes y sonoros! Y tú, su fiel escudero, ilustre Sancho Panza, tu filosofía profunda, tu moral sublime, sería la única capaz de poner fin a esas graves teorías.

”C…: Por más que digáis, señores filósofos, negáis el espiritismo porque no sabéis qué hacer con él, porque él os confunde.

”J…: ¡Oh! El espiritismo no me causa ninguna confusión, y sé bien lo que haría con él si pudiera decidir al respecto. Espíritas, magnetistas, sonámbulos, armarios, mesas parlantes, sombreros giradores, junto con las cabezas que ellos cubren, los mandaría a pasar una temporada… en el psiquiátrico de Bonneval.

”Algunas personas se asombrarán, y tal vez se escandalicen, al ver que los estudiantes del colegio de Chartres abordan, sin otras armas más que las bromas, un asunto que se titula *el más serio de los tiempos modernos*. Con toda franqueza, después de la muy reciente aventura de los hermanos Davenport, ¿se puede censurar a estos jóvenes por divertirse con esa mistificación? Esa edad es despiadada.

”No cabe duda de que se podría enseñar a esos astutos muchachos, tomando prestada una de sus frases, que los grandes descubrimientos muchas veces pasan por la Roca Tarpeya antes de llegar al Capitolio, y que, respecto del espiritismo, tal vez no esté lejos el día de su rehabilitación. Los periódicos ya nos anuncian que un músico de Bruselas, que también es espírita, afirma que se pone en contacto con los Espíritus de compositores muertos; que va a transmitirnos sus inspiraciones, ¡y que pronto contaremos con obras *realmente* póstumas de Beethoven, Mozart, Weber, Mendelssohn…! ¡Pues bien! De acuerdo; los estudiantes son acomodaticios: quisieron reírse, y se rieron. Cuando llegue el momento de pedir disculpas, lo harán”.

Ignoramos con qué propósito han permitido que se tratara ese asunto en una solemnidad del Colegio de Chartres. Con todo, dudamos de que haya sido por simpatía hacia el espiritismo, y con miras a divulgarlo entre los alumnos. Alguien dijo al respecto que aquello se parecía a ciertas conferencias habituales en Roma, en las que se hallan presentes el abogado de Dios y el del Diablo. De todos modos, debemos convenir en que ninguno de los dos contendientes era muy fuerte. No cabe duda de que habrían sido más elocuentes si hubieran conocido mejor el tema en cuestión, que apenas estudiaron, como se ve, en los artículos de periódicos acerca de los herma-

nos Davenport. El hecho no deja de tener su importancia; y si el objetivo fue desviar a los jóvenes del estudio del espiritismo, dudamos mucho de que lo hayan alcanzado, porque la juventud es curiosa. Hasta ahora, el nombre del espiritismo no había traspuesto más que clandestinamente la puerta de los colegios, y en ellos solo se lo pronunciaba a escondidas. Pero ahora lo vemos oficialmente instalado en los pupitres, donde llegará muy lejos. Puesto que la discusión está permitida, tendrán que estudiar. Eso es todo lo que pedimos. En tal sentido, las reflexiones del periódico son sumamente juiciosas.

Una visión de Pablo I

El zar Pablo I, que entonces era tan solo el gran duque Pablo, se hallaba en Bruselas, en una reunión con algunos amigos. Mientras conversaban acerca de fenómenos considerados sobrenaturales, contó el siguiente hecho[19]:

"Una tarde, o mejor dicho, una noche, me encontraba en las calles de San Petersburgo, con Kourakin y dos criados. Habíamos pasado el día conversando y fumando, de modo que se nos ocurrió la idea de salir del palacio, de incógnito, para ver la ciudad a la luz de la luna. No hacía frío, los días se alargaban, y era uno de los momentos más apacibles de nuestra primavera, tan pálida en comparación con la del mediodía. Estábamos alegres; no pensábamos en nada que fuera religioso o serio, y Kourakin no paraba de hacer chistes acerca de los rarísimos

19. Extraído del *Grand Journal*, del 3 de marzo de 1866, y tomado de una obra de Hortensius de Saint-Albin, titulada: *El culto de Satán*.

transeúntes que encontrábamos. Yo iba adelante, pero uno de los nuestros me precedía. Kourakin iba unos pasos detrás de mí, y el otro criado nos seguía un poco más lejos. La luna estaba muy clara, a tal punto que con su luz se habría podido leer una carta; y las sombras, por contraste, eran largas y espesas.

”Al doblar una esquina observé que, de pie en el umbral de una puerta, había un hombre alto y delgado, envuelto en una capa, como si fuera español, y con un sombrero militar muy inclinado sobre los ojos. Parecía esperar, y cuando pasamos delante de él, salió de su escondrijo y se colocó a mi izquierda, sin decir una sola palabra ni hacer el menor gesto. Era imposible distinguir su rostro; y sus pasos, al dar contra las baldosas, producían un sonido extraño, semejante al de una piedra cuando choca con otra. Al principio, ese encuentro me sorprendió. Poco después me pareció que el costado de mi cuerpo, que estaba prácticamente en contacto con ese sujeto, se enfriaba poco a poco, hasta que llegué a sentir un frío glacial, que penetraba todos mis miembros. Entonces me volví hacia Kourakin, y le dije:

”—¡Tenemos un acompañante singular!

”—¿Cuál acompañante? –me preguntó él.

”—Este que camina a mi izquierda, y que hace tanto ruido, en mi opinión.

”Kourakin miró, espantado, y me aseguró que a mi izquierda no veía a nadie.

”—¡Cómo! ¿No ves a mi izquierda a un hombre con una capa, entre la pared y yo?

”—Vuestra Alteza está junto a la pared, y no hay lugar para nadie entre ella y vos.

”Estiré un poco el brazo y, en efecto, toqué la piedra. No obstante, el hombre seguía ahí, siempre caminando con el mismo paso de martillo, regulado por el mío. Entonces lo examiné atentamente, y vi que debajo de ese sombrero brillaban de manera singular –como he dicho– los ojos más deslumbrantes que jamás he conocido. Esos ojos me miraban, me fascinaban. No podía huir de su irradiación. ¡Ah! –le dije a Kourakin–, no sé lo que me ocurre, pero es extraño.

”Yo temblaba, pero no de miedo, sino de frio. Poco a poco me sentí invadido hasta el corazón por una sensación que nadie podría describir. La sangre se coagulaba en mis venas. De repente, una voz cavernosa y melancólica salió de esa boca, oculta tras la capa, y me llamó por mi nombre: ‘¡Pablo!’ Respondí maquinalmente, impulsado no sé por qué fuerza: ‘¿Qué quieres?’. ‘¡Pablo!’ –repitió–. Y esta vez el acento era más afectuoso y aún más triste. No respondí nada. Esperé, hasta que él me llamó de nuevo: ‘¡Pablo! ¡Pobre Pablo! ¡Pobre príncipe!’. De repente detuvo su paso por completo, y me vi obligado a hacer lo mismo.

”Me dirigí a Kourakin, que también se había detenido:

”—‘¿Escuchas?’ –le pregunté.

”—Nada en absoluto, señor, ¿y vos?

”Pero yo sí escuchaba, y el lamento aún resonaba en mis oídos. Hice un inmenso esfuerzo, y le pregunté a ese ser misterioso quién era y qué quería. ‘¡Pobre Pablo! ¿Quién soy? Soy aquel que se interesa por ti. ¿Qué quiero? Quiero que no te apegues demasiado a este mundo, pues no te quedarás en él para siempre. Vive como el justo, si deseas morir en paz. Y no desprecies el remordimiento, pues es el suplicio más punzante de las grandes almas’.

”Volvió a caminar, mirándome siempre con esos ojos que parecían salirse del rostro; y así como me había visto forzado a detenerme con él, me vi obligado a seguirlo. No me habló más, y yo no sentí deseos de hablarle. Lo seguía, pues era él quien dirigía la marcha, que duró más de una hora, en silencio, sin que yo pudiera decir por dónde habíamos caminado. Kourakin y los lacayos se quedaron atónitos. Mirad su sonrisa: él todavía piensa que yo soñé todo eso.

”Finalmente, nos acercamos a la Gran Plaza, entre el puente del Neva y el Palacio de los Senadores. El hombre fue directo hacia un punto de esa plaza, y yo lo seguí, desde luego. Se detuvo allí y me dijo: ‘Adiós, Pablo. Volverás a verme, aquí y en otras partes.’ Después, como si lo hubiera tocado, su sombrero se levantó levemente por sí solo. Entonces distinguí fácilmente su rostro. Retrocedí a mi pesar: ¡era la mirada de águila, era la frente curtida, era la sonrisa severa de mi abuelo Pedro el Grande! Antes de que me recuperara de la sorpresa, de mi terror, él había desaparecido.

”En ese mismo punto de la plaza, la Emperatriz levanta actualmente el célebre monumento que pronto ha de causar la admiración de toda Europa, y que representa al zar Pedro a caballo. Un inmenso bloque de granito es la base de esa estatua. No fui yo quien señaló a mi madre ese lugar, escogido o adivinado de antemano por el fantasma. Y confieso que al encontrar esa estatua ahí, no sé qué sentimiento se apoderó de mí. *Tengo miedo de tener miedo*, a pesar de que el príncipe Kourakin quiera persuadirme de que soñé despierto, mientras paseaba por las calles. Recuerdo hasta los mínimos detalles de esa visión, pues fue una visión; insisto en afirmarlo. Todavía me parece que estoy ahí. Regresé al palacio, agotado como si hubiera hecho un largo viaje, y literalmente congelado del

lado izquierdo. Me costó varias horas recuperarme en un lecho calefaccionado y cubierto de mantas".

Tiempo después, el gran duque Pablo se arrepintió de haber referido esa aventura, e intentó que se la tomara como una broma. No obstante, las preocupaciones que le causaron dieron lugar a suponer que se trataba de algo serio.

Esta historia fue leída en la Sociedad de París, sin la intención de hacer alguna pregunta al respecto, pero uno de los médiums recibió espontáneamente, sin evocación, la comunicación que sigue:

(Sociedad de París, 9 de marzo de 1866.
Médium: Sr. Morin.)

En la nueva etapa a la que ingresasteis con la llave que os ha dado el espiritismo o revelación de los Espíritus, todo debe explicarse, al menos aquello que estáis en condiciones de comprender.

La existencia de la mediumnidad vidente fue la primera de todas las facultades otorgadas al hombre para que se corresponda con ese mundo invisible: causa de tantos hechos que hasta ahora permanecen sin una explicación racional. En efecto, volved a las diferentes edades de la humanidad, y observad con atención las tradiciones que llegaron hasta vosotros, y en todas partes encontraréis, en quienes os precedieron, seres que a través de la visión fueron puestos en contacto con el mundo de los Espíritus.

En todos los tiempos, en todos los pueblos, las creencias religiosas se fundaron a partir de revelaciones de visionarios o médiums videntes.

Muy pequeños de por sí, los hombres siempre fueron asistidos por aquellos invisibles que los habían precedido en la erraticidad, y que, obedientes a la ley de reciprocidad universal, acudían a través de comunicaciones, a menudo inconscientes, para brindarles los conocimientos que habían adquirido, así como para señalarles la conducta a seguir con miras a que descubran la verdad.

La primera de las facultades mediúmnicas, como dije, fue la visión. ¡Con cuántos adversarios se ha encontrado entre los interesados de todos los tiempos! Pero no hay que inferir de mi lenguaje que todas las visiones sean el resultado de comunicaciones reales, pues muchas se deben a la alucinación de cerebros debilitados o al resultado de un complot urdido para servir a un cálculo o satisfacer un orgullo.

Creedme, el médium vidente es el más impresionable de todos, pues lo que ha visto queda mejor grabado en su espíritu. Cuando vuestro gran Duque[20], presuntuoso como la mayor parte de los de su raza, vio aparecer a su abuelo –pues se trataba realmente de una visión, que tenía su razón de ser en la misión que Pedro el Grande había aceptado a favor de su nieto, y que consistía en conducirlo e inspirarlo–, desde ese instante, la mediumnidad fue permanente en el Duque, y solo el miedo al ridículo le impidió contar todas sus visiones a su amigo.

La mediumnidad vidente no era la única que poseía: también tenía la intuición y la audición. No obstante, muy imbuido de los principios de su educación inicial, se negó a aprovechar las sabias advertencias que le hacían sus guías. A través de la audición, le fue revelado su fin trágico. Desde en-

20. Varios rusos habían asistido a la sesión en la que se recibió esta comunicación. Sin duda fue eso lo que motivó la expresión: *vuestro* gran Duque.

tonces, su Espíritu ha progresado mucho. Hoy ya no le temería al ridículo de creer en sus visiones, y por eso viene a deciros:

"Garcias a mis queridos instructores espirituales y a la observación de los hechos, creo en la manifestación de los Espíritus, en la supervivencia del alma, en la eterna omnipotencia de Dios, en la progresión constante hacia el bien por parte de los hombres y de los pueblos, y me siento muy honrado de que una de mis puerilidades haya dado lugar a una disertación donde yo tengo mucho que ganar y vosotros nada que perder.

"Pablo"

El despertar del señor de Cosnac

Nuestro colega de la Sociedad de París, el señor Leymarie, quien recientemente hizo un viaje a Corrèze, allí mantuvo algunas reuniones para discutir sobre espiritismo, y recibió varias comunicaciones mediúmnicas, entre ellas, la que transcribimos a continuación, que por cierto no podía surgir de su propio pensamiento, pues ignoraba que alguna vez había existido en el mundo un individuo llamado Cosnac. Esta comunicación es notable porque refleja la particular situación de un Espíritu que, si bien era consciente de que no estaba vivo desde hacía dos siglos y medio, continuaba sujeto a la impresión de las ideas y de la visión de las cosas de su época, a tal punto que no se daba cuenta de cuánto había cambiado todo desde entonces.

(Tulle, 7 de marzo de 1866.)

Desde hace dos siglos y medio, inconsciente respecto de mi situación, veo sin cesar el castillo de mis antepasados, las fosas profundas, el señor de Cosnac siempre apegado a su rey, a su nombre, a sus recuerdos de grandeza. Hay pajes y lacayos en todas partes, y hombres armados que parten hacia una expedición secreta. Sigo todos esos movimientos, todo ese ruido; oigo los lamentos de los prisioneros y de los colonos, de los siervos temerosos, que pasan humildemente frente a la casa de su señor… ¡Y todo eso no es más que un sueño…!

¡Mis ojos se abren hoy para ver todo lo contrario de mi sueño secular! Veo una gran edificación burguesa, pero sin líneas de defensa; todo está tranquilo. Los grandes bosques han desaparecido. Se diría que la mano de un hada transformó la morada feudal y el paisaje agreste que la rodea. ¿A qué se debe ese cambio…? Entonces, ¿el nombre que llevo desapareció, y con él los buenos tiempos…? ¡Ah! ¡Es necesario que pierda mis sueños, mis deseos, mis ficciones, porque un nuevo mundo se me acaba de revelar! Otrora obispo, orgulloso de mis títulos y de mis alianzas, consejero de un rey, sólo admitía nuestras personalidades, sólo aceptaba un Dios creador de razas privilegiadas, a las que el mundo les pertenecía por derecho propio, un nombre que debía perpetuarse y, como base de ese sistema, la opresión y el sufrimiento del siervo y del artesano.

¡Algunas palabras lograron despertarme…! Una atracción involuntaria (antaño yo habría dicho *diabólica*) me atrajo hacia el que ahora escribe, y que había discutido con un sacerdote que, para defender a la Iglesia, usó todos los argumentos que otrora yo repetía. En cambio, este se vale de palabras nuevas, que explica con sencillez, y –¿debo confesarlo?– su

razonamiento es el que permite que mis ojos vean y mis oídos escuchen.

A través de él, percibo las cosas tal como son y, lo que es más extraño, después de haberlo seguido a más de un lugar donde defiende el espiritismo, recupero el sentimiento de mi existencia como Espíritu; aprecio y defino mejor las grandes leyes de lo verdadero y de lo justo; rebajo mi orgullo: causa de la catarata que logró perturbar mi razón, mi juicio, durante dos siglos y medio. No obstante, ¡ved la fuerza del hábito, del orgullo de raza…! A pesar del cambio radical operado en los bienes de mis abuelos, en las costumbres, en las leyes y el gobierno; a pesar de las conversaciones del médium que ahora transmite mi pensamiento; a pesar de mi visita a los grupos espíritas de París, e incluso a los de los Espíritus que se preparan para emigrar hacia mundos adelantados, o hacia reencarnaciones terrenales, necesité ocho días de reflexión para rendirme ante la evidencia.

En ese prolongado combate entre un pasado desaparecido y el presente que nos conduce hacia las grandes esperanzas, mis resistencias cayeron, una tras otra, como las viejas armaduras destruidas de nuestros antiguos caballeros. Vengo a realizar un acto de fe ante la evidencia, y yo, *de Cosnac*, antiguo obispo, afirmo que vivo, que siento y razono. A la espera de mi reencarnación, preparo mis armas espirituales; siento a Dios en todas partes y en todo; no soy un demonio; desprecio mi orgullo de casta; y en mi envoltura fluídica, rindo homenaje al Dios creador, al Dios de armonía que llama hacia Él a todos sus hijos, a fin de que, después de algunas vidas más o menos accidentadas, lleguen purificados a las esferas etéreas donde ese Dios tan magnánimo los hará gozar de la suprema sabiduría.

De Cosnac

Nota: El penúltimo arzobispo de Sens se llamaba Jean-Joseph-Marie-Victoire *de Cosnac*. Nació en 1764, en el castillo de Cosnac, en Limousin; y ahí mismo murió, en 1843. El *Boletín de la Sociedad Arqueológica de Sens*, tomo 7, página 301, dice que era el decimoprimer prelado que su familia había dado a la Iglesia. No es imposible, pues, que un obispo de ese nombre haya existido a comienzos del siglo diecisiete.

Pensamientos espíritas

Poesía del Sr. Eugène Nus

Las estrofas siguientes han sido tomadas de la obra *Los dogmas nuevos*, del señor Eugène Nus. Aunque no se trate de una poesía mediúmnica, sin duda se nos agradecerá su reproducción, a causa de los pensamientos tan gratamente expuestos en ella. Con el título *Los grandes misterios*, el mismo autor publicó recientemente otra obra notable, cuya reseña presentaremos, y en la que se encuentran los principios fundamentales de la doctrina espírita, como solución racional.

¡Oh! Muertos amados, que esta Tierra
ha visto pasar, con nosotros mezclados,
reveladnos el gran misterio:
¿dónde vivís, muertos amados?

Globos flamígeros, que el espacio pobláis,
hermanas de nuestra Tierra, estrellas de los cielos,
¿cuál de vosotras un lugar me prepara,

y me guarda una suerte sombría o gloriosa?
¿Cuál de vosotras recibió las almas
de los que yo amaba y que he perdido?
En un blanco rayo de vuestras suaves flamas,
¿sobre mi frente soñadora han descendido?

¿O entonces, a la suerte de la Tierra apresados
por el destino o por amar,
en nuestra atmósfera son llevados
allá en lo alto, esperando la hora de retornar?
¿O aún más cerca, Espíritus invisibles,
mezclados en nuestros días, están entre nosotros,
predicando la concordia a los corazones sensibles,
y llorando bajito, al encontrarlos sordos?

¡Misterio profundo del alma infinita!
Hace mucho tiempo en vano te busco.
Empalidecí mi frente cavando en la vida
sin nunca encontrar el secreto divino.
Pero ¡oh! muertos queridos, ¡qué importa dónde estéis!
De lejos o de cerca, seguro a mí vendréis;
A menudo cedí a vuestras voces secretas,
Y vuestro calor alienta mi fe.

¡Oh! Muertos amados, que esta Tierra
ha visto pasar, con nosotros mezclados,
reveladnos el gran misterio:
¿dónde vivís, muertos amados?

* * *

O morts aimés, que cette terre
A vus passer, mêlés à nous,
Révé lez-nous le grand mystère:
O morts aimés, où vivez-vous?

Globes flamboyants, qui peuplez l'espace,
Sœurs de notre terre, étoiles des cieux,
Laquelle de vous prépare ma place,
Et me garde un sort sombre ou glorieux?
Laquelle de vous a reçu les âmes
De ceux que j'aimais et que j'ai perdus?
Dans un blanc rayon de votre douce flamme,
Sur mon front rêveur sont-ils descendus?

Ou bien, attachés au sort de la terre
Par la destinée ou par leur amour,
Sont-ils emportés dans notre atmosphere,
Attendant là-haut l'heure du retour?
Ou, plus près encore, Esprits invisibles,
Sont-ils parmi nous mêlés à nos jours,
Prêchant la concorde aux cœurs sensibles,
Et pleurant tout bas de les trouver sourds?

Mystère profond de l'âme infinie!
Depuis bien longtemps je te cherche en vain.
J'ai pâli mon front à creuser la vie
Sans pouvoir trouver le secret divin.
Mais, ô morts chéris, qu'importe où vous êtes!
De loin ou de près vous venez à moi;
J'ai cédé souvent à vos voix secrètes,
Et votre chaleur réchauffe ma foi.

O morts aimés, que cette terre
A vus passer, mêlés à nous,
Révé lez-nous le grand mystère:
O morts aimés, où vivez-vous?

Carta del señor Florentin Blanchard al periódico *La Liberté*

Nos han solicitado que publiquemos la siguiente carta, dirigida al señor redactor en jefe del periódico *La Liberté*.

"Señor:

"Es cierto que resulta necesario cubrir las columnas de un periódico, pero cuando ese *relleno* está cargado de insultos dirigidos a los que no piensan como vuestros redactores, o al menos como el redactor que en el número del lunes escribió esa vulgaridad acerca de los hermanos Davenport, puedo considerar que hago mal al entregar mi dinero a los que no temen tratarme de tonto, ignorante, etc. Ahora bien, yo soy espírita, y le doy gracias a Dios por eso. Por lo tanto, cuando mi suscripción a vuestro periódico finalice, tened la certeza de que no la renovaré.

"Vuestro periódico lleva un título sublime: no mintáis, pues, con ese título, y sabed que esa palabra implica el respeto a las opiniones de todo el mundo. No olvidéis, sobre todo, que *libertad* y *espiritismo* son absolutamente lo mismo. ¿Esa sinonimia os extraña? Leed, estudiad esa doctrina que os parece tan oscura, y entonces estaréis en condiciones de prestar

un servicio a la *Verdad* y a la *Libertad* que sostenéis tan alto, pero que ofendéis.

Florentin Blanchard,
librero, en Marennes.

"*Posdata*: si mi firma no os resulta suficientemente legible, la profesión con que concluye mi carta os ilustrará."

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

¿Soy espírita? Por Sylvain Alquié, de Toulouse; opúsculo in-12, precio: 50 centavos. Toulouse, casa Caillol y Baylac, 34 rue de la Pomme.

El autor es un nuevo adepto, que sólo conocía el espiritismo por las diatribas de los periódicos a propósito de los hermanos Davenport, hasta que el primer artículo publicado en *La Discussion* (véase la *Revista* de febrero de 1866), que llegó a sus manos en un café, le permitió ver la doctrina con otros ojos y lo impulsó a estudiarla. Esas impresiones son las que describe en su opúsculo, y también pasa revista a los razonamientos que lo indujeron a la creencia, ante cada uno de los cuales se pregunta: ¿soy espírita? Su conclusión está resumida en el último capítulo con estas simples palabras: *soy espírita*. Escrita con elegancia, claridad y convicción, esta obra es una profesión de fe sabiamente razonada, y merece la simpatía de todos los adeptos sinceros, a quienes cumplimos con el deber

de recomendarla, lamentando que la falta de espacio nos impida justificar nuestra valoración mediante algunas citas.

* * *

Carta a los señores directores y redactores de los periódicos antiespíritas, por A. Grelez, oficial de administración retirado. Opúsculo in-8, precio: 50 centavos. París, Burdeos, en las principales librerías.

Esta carta, o mejor dicho, estas cartas, escritas en Sétif, Argelia, fueron publicadas por la *Unión Espírita Bordelesa*, en los números 34, 35 y 36 de su boletín. Se trata de una exposición clara y sucinta de los principios de la doctrina espírita, en respuesta a las diatribas de algunos periodistas, cuyas falsas e injustas apreciaciones el autor revela con propiedad. No se jacta de convertirlos, por cierto, pero esas refutaciones, multiplicadas en opúsculos de bajo costo, tienen la ventaja de ilustrar a las masas acerca del verdadero carácter del espiritismo, así como de mostrar que en todas partes encuentra defensores serios, que no necesitan otra cosa más que razonar para combatir a sus adversarios. Debemos, pues, nuestro agradecimiento al señor Grelez, y nuestras felicitaciones a la *Unión Espírita Bordelesa*, por haber tomado la iniciativa de esta publicación.

* * *

Filosofía espírita, extraída del divino *El libro de los Espíritus*, de Allan Kardec; por Augustin Babin, de Cognac. 1 volumen, in-12; de 200 páginas. Precio: 1 franco.

* * *

La guía de la felicidad, o *Deberes generales del hombre por amor a Dios*; por el mismo autor. Opúsculo, in-12; de 100 páginas. Precio: 60 centavos.

* * *

Nociones de astronomía científica, psicológica y moral, por el mismo autor. Opúsculo, in-12; de 100 páginas. Precio: 75 centavos. Angoulême, en casa Nadaud y Cia., 26, Rempart Desaix.

Debemos señalar que el epíteto de *divino* ha sido aplicado a *El libro de los Espíritus* por el autor y no por nosotros, y caracteriza el modo como él aborda la cuestión. El señor Babin es un espírita de larga data, y toma la doctrina en serio, desde el punto de vista moral. Estas tres obras son fruto de una convicción profunda, inalterable y a salvo de cualquier fluctuación. No es un fanático, sino un hombre que encontró en el espiritismo tantas fuerzas, tanto consuelo y tanta felicidad, que a su juicio debe contribuir a la divulgación de una creencia que ama. Su fervor es tanto más meritorio cuanto que se presenta absolutamente desinteresado, pues ha puesto sus libros en el dominio público, con la condición de que no se los modifique en ningún punto y que no se aumente su precio. Ha tenido la amabilidad de poner un centenar de ejemplares a nuestra disposición, para que los distribuyamos gratuitamente, por lo que le rogamos que acepte nuestro sincero agradecimiento.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 5 Mayo de 1866

Dios está en todas partes[21]

¿Cómo es posible que Dios, tan grande, tan poderoso, tan superior a todo, se inmiscuya en detalles sin importancia, se preocupe por los mínimos actos y por los más ínfimos pensamientos de cada individuo? Esa es la pregunta que se plantea frecuentemente.

En el estado de inferioridad en que se encuentran, sólo con mucha dificultad pueden los hombres comprender que Dios sea infinito, puesto que por ser ellos mismos limitados y circunscriptos, imaginan también a Dios circunscripto y limitado, suponiéndolo a imagen y semejanza de ellos. Los cuadros en que lo vemos con rasgos humanos sólo contribuyen a conservar esa equivocación en el espíritu de las masas, que en Él adoran más la forma que el pensamiento. Para la mayoría, Dios es un soberano poderoso, sentado en un trono inaccesible, perdido en la inmensidad de los cielos. Como sus

21. Véase *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*; Cap. II, §§ 20 a 37. (N. del T.)

facultades y percepciones son limitadas, no comprenden que Dios pueda o se digne intervenir directamente en las cosas insignificantes.

Ante la imposibilidad de comprender la esencia de la Divinidad, el hombre no puede hacerse de ella más que una idea aproximada, mediante comparaciones necesariamente muy imperfectas, pero que al menos sirven para mostrarle la posibilidad de aquello que, a primera vista, le parece imposible.

Imaginemos un fluido sutil que penetre todos los cuerpos; es evidente que cada molécula de ese fluido producirá, sobre cada molécula de la materia con la cual esté en contacto, una acción idéntica a la que produciría la totalidad del fluido. Así lo demuestra la química a cada paso.

Dado que *no es inteligente*, ese fluido actúa mecánicamente, sólo por medio de las fuerzas materiales. Con todo, si lo imaginamos dotado de inteligencia, de facultades perceptivas y sensitivas, ya no actuará a ciegas, sino con discernimiento, con voluntad propia y libertad; podrá ver, oír y sentir.

Las propiedades del fluido periespiritual nos dan una idea al respecto. Ese fluido no es inteligente de por sí, puesto que es materia, pero sirve de vehículo al pensamiento, a las sensaciones y percepciones del Espíritu. Como consecuencia de la sutileza de ese fluido, los Espíritus penetran en todas partes, escrutan nuestros pensamientos, ven y obran a distancia. A ese mismo fluido, llegado a cierto grado de purificación, los Espíritus superiores deben el don de ubicuidad: basta con un rayo de su pensamiento dirigido hacia diversos puntos, para que puedan manifestar su presencia en ellos simultáneamente. La extensión de esta facultad se halla subordinada al grado de elevación y de purificación del Espíritu.

Con todo, por más elevados que sean, los Espíritus son criaturas limitadas en sus facultades, en su poder y en la extensión de sus percepciones, de modo que en ese aspecto no podrían aproximarse a Dios. No obstante, pueden servirnos de punto de comparación. Lo que el Espíritu no puede realizar sino dentro de límites reducidos, Dios, que es infinito, lo realiza en proporciones infinitas. Hay también otras diferencias, pues la acción del Espíritu es momentánea y se halla subordinada a las circunstancias, mientras que la de Dios es permanente; además, el pensamiento del Espíritu abarca un tiempo y un espacio circunscritos, mientras que el de Dios abarca el universo y la eternidad. En una palabra, entre los Espíritus y Dios existe la distancia que va de lo finito a lo infinito.

El fluido periespiritual no es el pensamiento del Espíritu, sino el agente y el intermediario de ese pensamiento. Como ese fluido lo transmite, queda de cierto modo impregnado de él. Debido a que nos hallamos en la imposibilidad de aislar el pensamiento, nos parece que este se confunde con el fluido, como sucede con el sonido y el aire, de manera que podemos, de algún modo, materializarlo. Del mismo modo que decimos que el aire se vuelve sonoro, podríamos decir, tomando el efecto por la causa, que el fluido se vuelve inteligente.

Ya sea o no de ese modo en lo que respecta al pensamiento de Dios, es decir, ya sea que el pensamiento de Dios actúe directamente o por intermedio de un fluido, lo representamos, para facilitar nuestra comprensión, con la forma concreta de un fluido inteligente que llena el universo infinito, penetrando en todas las partes de la Creación: la naturaleza entera está sumergida en el *fluido divino*. Todo está sometido a su acción inteligente, a su previsión, a su solicitud. No habrá ningún

ser, por más ínfimo que sea, que no esté de algún modo saturado de él.

Nos encontramos, pues, constantemente en presencia de la Divinidad; no podemos sustraer a su mirada ninguna de nuestras acciones; nuestro pensamiento está en contacto incesante con su pensamiento, de modo que es lógico que se diga que Dios ve hasta los más recónditos pliegues de nuestro corazón. *Estamos en Él, como Él está en nosotros*, según la expresión del Cristo. Así pues, para extender su solicitud hasta las más pequeñas criaturas, Dios no necesita dirigirnos su mirada desde lo alto de la inmensidad, ni abandonar el *trono de su gloria*, porque ese trono está en todas partes. Para que nuestras plegarias sean escuchadas no necesitan atravesar el espacio, ni ser pronunciadas con voz retumbante, porque como Dios penetra continuamente nuestros pensamientos, estos repercuten en Él.

Evidentemente, la imagen de un fluido inteligente universal no es más que una comparación, pero capaz de dar una idea de Dios más exacta que la de los cuadros que lo representan como un anciano de larga barba y envuelto en una túnica. Solo podemos utilizar como puntos de comparación las cosas que conocemos; por eso siempre se dice: "el ojo de Dios", "la mano de Dios", "la voz de Dios", "el soplo de Dios", "el rostro de Dios". En la infancia de la humanidad, el hombre toma esas comparaciones al pie de la letra; más tarde, su mente, con mayor aptitud para captar las abstracciones, espiritualiza las ideas materiales. La idea de un fluido universal inteligente, que penetra todas las cosas, como si fuera el fluido luminoso, el fluido calórico, el fluido eléctrico u otros, en caso de que fueran inteligentes, tiene por objeto que se comprenda que Dios puede estar en todas partes, ocuparse de todo y velar

sobre una brizna de hierba tanto como sobre los mundos. La distancia entre Él y nosotros queda suprimida. Comprendemos que Dios está presente, y esa idea, cuando nos dirigimos a Él, aumenta nuestra confianza, porque ya no podemos decir que Dios se encuentra demasiado lejos y que es demasiado grande para ocuparse de nosotros. Sin embargo, esta idea, tan consoladora para el hombre humilde y de bien, es demasiado aterradora para el malvado y el orgulloso endurecidos, que quisieran eludir a Dios mediante la distancia, y que de ahora en adelante se sentirán abrazados por su poder.

Nada impide que se admita, para el principio de la soberana inteligencia, un centro de acción, un foco principal que irradie sin cesar e inunde el universo con sus efluvios, como el sol lo hace con su luz. Pero ¿dónde está ese foco? Probablemente no se encuentre fijo en ningún punto determinado, como no lo está su acción. Si simples Espíritus poseen el don de la ubicuidad, en Dios esa facultad no debe tener límites. Dado que Dios llena el universo, se podría admitir, a título de hipótesis, que ese foco no necesita trasladarse, pues puede *formarse* en todas partes donde su soberana voluntad considera conveniente que se produzca, lo que nos permite decir que está en todas partes y en ninguna.

Ante esos problemas insondables, nuestra razón debe inclinarse. Dios existe; no hay cómo dudarlo. Por su propia esencia, Dios es infinitamente justo y bueno. Ahora comprendemos que su solicitud se extiende a todo. En contacto incesante con Él, podemos rogarle con la certeza de que nos escuchará. Él sólo puede querer nuestro bien, razón por la cual debemos confiar en Él. Eso es lo esencial. En cuanto a lo demás, esperemos a que seamos dignos de comprenderlo.

La visión de Dios

Si Dios está en todas partes, ¿por qué no lo vemos? ¿Habremos de verlo después de dejar la Tierra? Esas son las preguntas que nos plantean a diario. La primera se puede responder fácilmente. Nuestros órganos materiales tienen percepciones limitadas que no les permiten ver determinadas cosas, incluso materiales. De ese modo, ciertos fluidos escapan totalmente a nuestra visión, como también a nuestros instrumentos de análisis. Vemos los efectos de la peste, pero no vemos el fluido que la transmite; vemos los cuerpos en movimiento bajo la influencia de la fuerza de gravedad, pero no vemos esa fuerza.

Los órganos materiales no pueden percibir las cosas de esencia espiritual. Sólo podemos ver a los Espíritus y las cosas del mundo inmaterial con la visión espiritual. Por lo tanto, únicamente nuestra alma puede tener la percepción de Dios. ¿Acaso lo verá de inmediato después de la muerte? Al respecto, sólo las comunicaciones de ultratumba pueden ilustrarnos. Por medio de ellas llegamos a saber que la visión de Dios constituye un privilegio exclusivo de las almas más purificadas, y que son muy pocas las que, cuando abandonan la envoltura terrenal, poseen el grado de desmaterialización necesario para ello. Algunas comparaciones vulgares harán que lo comprendamos fácilmente.

Una persona que se encuentra en el fondo de un valle, envuelta por una densa bruma, no puede ver el sol. Sin embargo, por la luz difusa percibe que el sol brilla. Si decide subir a la montaña, a medida que ascienda, la neblina se irá disipando cada vez más y la luz se hará cada vez más viva. Con todo, todavía no verá el sol. Cuando comience a percibirlo, aún estará velado, porque el menor vapor basta para atenuar

su brillo. Recién después de que se haya elevado por completo por encima de la capa de niebla, y haya llegado al punto donde el aire esté *perfectamente limpio*, contemplará al astro en todo su esplendor.

Lo mismo le sucedería a quien tuviese la cabeza cubierta con muchos velos: al principio no vería nada, pero a medida que se le quitaran esos velos percibiría un resplandor cada vez más intenso, y solo cuando hubiese desaparecido el último de ellos distinguiría las cosas con claridad.

También sucede lo mismo con un licor cargado de sustancias extrañas: al principio está turbio, pero a medida que se lo destila gana en transparencia, hasta que, completamente purificado, adquiere una limpidez perfecta y no presenta ningún obstáculo a la vista.

Lo mismo ocurre con el alma. La envoltura periespiritual, aunque para nosotros sea invisible e intangible, con relación al alma es una materia verdadera, demasiado grosera todavía para ciertas percepciones. Esa envoltura se espiritualiza a medida que el alma se eleva en moralidad. Las imperfecciones del alma son como velos que nublan la visión. Cada imperfección de la que se despoja es un velo menos, pero sólo después de que se ha purificado completamente goza de la plenitud de sus facultades.

Puesto que Dios es la esencia divina por excelencia, solamente puede ser percibido en todo su esplendor por los Espíritus que han alcanzado el más alto grado de desmaterialización. En cuanto a los Espíritus imperfectos, por el hecho de que estos no vean a Dios, no se concluye que estén *más alejados de Él que los demás*, puesto que, al igual que todos los seres de la naturaleza, están inmersos en el fluido divino. Al igual que los que podemos ver, los ciegos también se encuentran inmersos en la luz, y sin embargo no la ven. Las

imperfecciones de los Espíritus inferiores son como velos que les impiden ver a Dios. Cuando la niebla se disipe, lo verán resplandeciente. Para eso no necesitan ascender ni buscarlo en las profundidades de lo infinito. Cuando la vida[22] espiritual quede desobstruida de las manchas morales que la oscurecían, lo verán, sea cual fuere el lugar en que se hallen, incluso en la Tierra, porque Dios está en todas partes.

El Espíritu se purifica con el correr del tiempo, y las diferentes encarnaciones son alambiques en cuyo fondo deja, cada vez, algunas impurezas. Al abandonar su envoltura corporal, los Espíritus no se despojan instantáneamente de sus imperfecciones, razón por la cual, después de la muerte, no ven a Dios más de lo que lo veían cuando estaban vivos. No obstante, a medida que se purifican, tienen de Él una intuición más clara. Aunque no lo vean, lo comprenden mejor, pues la luz es menos difusa. Así pues, cuando algunos Espíritus manifiestan que Dios les prohíbe que respondan una pregunta, no significa que Dios se les haya aparecido o les haya dirigido la palabra para ordenarles o prohibirles tal o cual cosa. Por supuesto que no. Pero ellos lo sienten, reciben los efluvios de su pensamiento, del mismo modo que ocurre con nosotros en relación con los Espíritus que nos envuelven en sus fluidos, aunque no los veamos.

Ningún hombre puede, por consiguiente, ver a Dios con los ojos de la carne. Si esa gracia les fuera concedida a algunos, sólo se realizaría en estado de éxtasis, cuando el alma está tan desprendida de los lazos de la materia que hace que ese hecho sea posible durante la encarnación.

---

22. En *La génesis, los milagros y las predicciones según el espiritismo*, Allan Kardec reemplazó la palabra *vida* (*vie*), colocada seguramente por un error de imprenta, con el término *visión* (*vue*). (N. del T.)

Por otra parte, ese privilegio correspondería exclusivamente a las almas selectas, que han encarnado en cumplimiento de alguna misión, y no a las que han encarnado para expiar. Con todo, como los Espíritus de la categoría más elevada resplandecen con un brillo deslumbrante, puede suceder que los Espíritus menos elevados, encarnados o desencarnados, maravillados con el esplendor que rodea a aquellos, supongan que ven al propio Dios. Sería como quien ve a un ministro y lo confunde con el soberano.

¿Con qué apariencia se presenta Dios a quienes se hacen dignos de verlo? ¿Será con alguna forma en particular? ¿Con una figura humana o como un resplandeciente foco de luz? En el lenguaje humano no se lo puede describir, porque no existe para nosotros ningún punto de comparación que nos pueda dar una idea de Él. Somos como ciegos de nacimiento a quienes se intentara inútilmente hacer que comprendamos el brillo del sol. Nuestro vocabulario está limitado a nuestras necesidades y al círculo de nuestras ideas; el de los salvajes no serviría para describir las maravillas de la civilización; el de los pueblos más civilizados es demasiado pobre para describir los esplendores de los cielos, y nuestra inteligencia es muy limitada para comprenderlos, así como nuestra vista, excesivamente débil, quedaría deslumbrada.

Una resurrección

El periódico *La Concorde*, de Versailles, en el número del 22 de febrero de 1866, relata el siguiente episodio, tomado de

una historia publicada en folletín, con el título: *En Córcega, croquis a la pluma*.

Una joven tenía una tía anciana, que era como su madre, y a la cual profesaba una ternura filial. La tía se enfermó y murió. Retiraron a la joven de la cámara mortuoria, pero ella se plantó en la puerta, llorando y orando. De repente, creyó escuchar un grito débil, seguido de un gemido sordo. Abrió la puerta precipitadamente y vio a la tía, que había retirado la sábana con que la habían cubierto, y que le hacía señas para que se aproximara. Entonces la tía le dijo, con la voz apagada y haciendo un esfuerzo supremo: "Saveria, hace poco estaba muerta… Sí, muerta… He visto al Señor… Él me permitió volver un instante a la Tierra para que pudiera darte un último adiós, una última recomendación".

En ese momento, le reiteró un consejo muy importante, que le había dado unos días antes, y del cual dependía su futuro. Se trataba de que mantuviera en absoluto secreto un hecho cuya divulgación habría de acarrear una de esas terribles venganzas, tan comunes en aquel país. La sobrina le prometió que haría su voluntad, y la tía agregó: "Ahora puedo morir, porque Dios te protegerá como me protege en este momento, pues cuando me vaya no me quedará el remordimiento de haber dejado detrás de mí una venganza que se saciaría en un mar de sangre y maldiciones… Adiós, mi pobre niña, yo te bendigo". Dichas estas palabras, expiró.

Uno de nuestros corresponsales, que conocía personalmente al autor, le preguntó si el episodio era fruto de su imaginación. "No –respondió–, es la pura verdad. Cuando estuve en Córcega, Saveria me relató el hecho personalmente. Cité

sus propias palabras, e incluso omití algunos detalles, por miedo a que me acusaran de exagerado".

Los hechos de esa naturaleza no carecen de ejemplos. Hemos citado uno muy notable en la *Revista* de agosto de 1863, página 251, con el título *El señor Cardon, médico*. Tales hechos son la demostración evidente de la existencia y la independencia del alma; porque si el principio inteligente fuera inherente a la materia, se extinguiría con ella. La cuestión es saber si, mediante un acto de la voluntad, el alma puede entrar momentáneamente en posesión del cuerpo que acaba de dejar.

No debemos equiparar el hecho que nos ocupa, como tampoco el del médico Cardon, con el estado de letargia. La letargia consiste en una suspensión accidental de la sensibilidad nerviosa y del movimiento. Presenta la apariencia de la muerte, pero no es la muerte, porque no hay descomposición, y porque hay letárgicos que vivieron muchos años después de que se despertaron. La vitalidad, aun cuando se encuentre latente, no deja de conservar toda su fuerza, y el alma no se halla más desprendida del cuerpo que durante el sueño ordinario. En la muerte verdadera, por el contrario, la materia se desorganiza, la vitalidad de extingue, y el periespíritu se separa. El proceso de disolución comienza incluso antes de que la muerte tenga lugar. Mientras esta no se ha consumado, puede haber retornos pasajeros a la vida, como los que hemos citado, *pero siempre de corta duración*, dado que la voluntad puede retrasar algunos instantes la separación definitiva del periespíritu; no obstante, cuando ha llegado el momento, es impotente para detener el proceso de disolución. Sean cuales fueren las apariencias exteriores, podemos decir que, toda vez que hay un retorno a la vida, no hubo muerte en la acepción patológica del término. Cuando la muerte es completa, esos

retornos son imposibles, pues las leyes fisiológicas son contrarias a eso.

En las circunstancias a que nos referimos, se podía admitir racionalmente que la muerte no se había consumado. Cuando se trató el caso en la Sociedad de París, el guía de uno de nuestros médiums habituales brindó la siguiente explicación, que reproducimos con reservas, como algo posible, pero no materialmente demostrado, y a título de observación.

(Sociedad Espírita de París, 2 de marzo de 1866.
Médium: señor Morin.)

En el caso que es motivo de vuestra discusión hay un hecho positivo: el de la muerta que le habla a su sobrina. Resta saber si ese hecho pertenece al dominio de lo material, es decir, si hubo un retorno momentáneo a la vida corporal, o si es de orden espiritual. Esta última hipótesis es la verdadera, porque la anciana estaba realmente muerta. Veamos lo que ocurrió.

Arrodillada en el umbral de la cámara mortuoria, la joven experimentó un impulso irresistible que la condujo junto al lecho de su tía que, como he dicho, estaba realmente muerta. Fue la ardiente voluntad del Espíritu de esa mujer la que provocó el fenómeno. Al sentir que se moría sin hacer la recomendación con la intensidad necesaria, ella rogó a Dios, en una última y suprema plegaria, que le permitiera decirle a la sobrina lo que tanto deseaba. Ya producida la separación, su fluido periespiritual, aún impregnado de ese deseo, envolvió a la joven y la arrastró hacia los despojos. Ahí, con el permiso de Dios, la muchacha se tornó médium vidente y auditiva; vio y escuchó a su tía, que le hablaba y obraba, no con el cuerpo,

sino por medio del periespíritu, aún adherido al cuerpo. Por lo tanto, se trató de una visión y una audición espirituales, y no materiales.

La recomendación de la tía, hecha en ese preciso momento y en circunstancias que tenían la apariencia de una resurrección, debía impresionar a la joven más intensamente, para que comprendiera mejor su importancia. Si bien ya le había transmitido el encargo en vida, quería asegurarse de que la sobrina lo cumpliría, para evitar las desgracias que habrían resultado de su indiscreción. Con la voluntad no pudo hacer que su cuerpo reviviera, pues eso era contrario a las leyes de la naturaleza, pero logró que su envoltura fluídica adoptara la apariencia de su cuerpo.

Ebelman

CONVERSACIONES DE ULTRATUMBA

El abate Laverdet

El señor Laverdet fue uno de los pastores de la Iglesia francesa y el coadjutor del abate Châtel. Se trató de un hombre de gran saber, y que por su elevado carácter gozaba de la estima de quienes los conocieron. Murió en París, en noviembre último. Uno de sus amigos más íntimos, el señor Monvoisin, el eminente pintor de historia, y espírita ferviente, deseaba recibir de su parte algunas palabras de ultratumba, de modo que nos pidió que lo evocáramos. La comunicación que el señor Laverdet transmitió cuenta, tanto para su amigo como para su hermano, con un sello incuestionable de identidad, razón

por la cual accedimos al deseo de esos señores en el sentido de publicarla, y lo hacemos con tanta mayor satisfacción cuanto que es instructiva en más de un sentido.

(Sociedad de París, 5 de enero de 1866.
Médium: señor Desliens.)

Evocación. Vuestro amigo, el señor Monvoisin, me informó hoy acerca de vuestra muerte, y aunque no hemos tenido el honor de trataros personalmente, conocíamos vuestra reputación en lo relativo a la parte que tomasteis en la formación de la Iglesia francesa. La estima de que gozabais con toda razón, así como el estudio que habéis hecho del espiritismo antes de morir, junto con los deseos de vuestro amigo y de vuestro hermano, han estimulado nuestro propio deseo de conversar con vos, si Dios lo permite. Estaríamos encantados si quisierais compartirnos vuestras impresiones como Espíritu, ya sea respecto de la reforma religiosa en la que trabajasteis y las causas que detuvieron su progreso, como sobre la doctrina espírita.

Respuesta. Estimado señor, me siento dichoso, muy dichoso, por el grato recuerdo de mi querido amigo Monvoisin. Gracias a él, hoy puedo expresar en esta honorable asamblea mi admiración por el hombre cuyos sabios estudios han llevado felicidad a los corazones desheredados y heridos por la injusticia de los hombres. En mi carácter de reformador, más que ningún otro me encuentro en condiciones de apreciar vuestra prudencia, la sabiduría de vuestra conducta, estimado señor y maestro, si me permitís que os otorgue ese título.

Poco satisfecho con las tendencias generales del clero ortodoxo, con su manera parsimoniosa de divulgar la luz que

debe ser para todos, junto con el abate Châtel me propuse fundar una enseñanza sobre nuevas bases, con el título de religión, y más relacionada con las necesidades generales de las clases pobres. Al principio, nuestro objetivo era loable, pero nuestro emprendimiento se excedía en la base, en su título, que obligaba a las personas a venir a nosotros, no tanto por convicción íntima, sino para oponerse a la religión establecida. Muy pronto reconocimos el error, pero, demasiado entusiasmados, aceptamos rápidamente a los niños que otros sacerdotes rechazaban por carecer de la instrucción suficiente o de las formalidades requeridas.

El espiritismo procede de otro modo: es firme y prudente; no busca la cantidad, sino la calidad de los adeptos. Es una enseñanza seria y no una especulación.

Nuestra reforma, que desde el principio era completamente desinteresada, muy pronto se convirtió, sobre todo para el abate Châtel, en un medio para hacer fortuna. Esa fue la causa principal de su ruina. No contábamos con suficientes elementos de resistencia y, debo decirlo, tampoco con bastantes argumentos –afortunadamente sin duda–, para llevar a buen término la empresa. El primer primado francés no tuvo sucesor. No intenté presentarme como jefe de una secta de la cual había sido uno de los fundadores de segundo orden, porque ante todo no aprobaba las tendencias del padre Châtel, tendencias que ese pobre hombre expió y aún expía en el mundo de los Espíritus. Por otro lado, mi simplicidad le repugnaba. Me abstuve, y por eso ahora me siento feliz.

Cuando nuevamente vinieron a proponerme que retomara la obra interrumpida, la lectura de vuestras obras, estimado señor, ya había echado profundas raíces en mí. Comprendí que no sólo se trataba de modificar la forma de la enseñanza,

sino también la propia enseñanza. Por su naturaleza, nuestra reforma necesariamente duraría poco. Fundada sobre una idea rígida, sobre una concepción humana completamente desarrollada y limitada desde un principio, aun cuando contara con todas las posibilidades de éxito, pronto se vería desbordada por las simientes progresistas cuya germinación vemos en la actualidad.

El espiritismo no tiene ese defecto: marcha con el progreso. Es el progreso mismo, y no podría ser superado por él, pues lo precede constantemente. Acepta todas las ideas nuevas fundadas en la razón y en la lógica; desarrolla estas y hace que surjan otras desconocidas, de modo que su futuro está asegurado. Permítame, estimado señor, agradeceros en particular la satisfacción que experimenté al estudiar las sabias enseñanzas publicadas por vos. Mi alma, perturbada por el deseo de conocer aquello que los misterios de la naturaleza ocultaban, ante su lectura quedó impresionada por la más viva luz.

Sé que, por modestia, rechazáis todo elogio personal; sé también que esas enseñanzas no son una concepción vuestra, sino la reunión de las instrucciones de vuestros guías. No obstante, vuestra prudente reserva, vuestra habilidad para presentar cada tema en su debido momento, vuestra sabia paciencia, vuestra moderación constante, también han hecho –después de Dios y de los Espíritus buenos– que el espiritismo goce de la consideración que se le otorga. A pesar de las diatribas y los ataques ilógicos y groseros, en la actualidad no deja de ser una opinión legítima y aceptada por numerosas personas sensatas y serias, libres de toda sospecha. Es una obra del futuro. Se encuentra bajo la égida del Todopoderoso, y conquistará el apoyo de los hombres superiores e inteligentes, toda vez que

ellos conozcan sus verdaderos fines, desfigurados por sus adversarios.

Lamentablemente, el ridículo es un arma poderosa en este país de progreso. Un sinfín de personas esclarecidas se resiste a estudiar ciertas ideas, incluso en secreto, cuando estas han sido estigmatizadas por burlas insípidas. Pero hay cosas que desafían todos los obstáculos, y el espiritismo es una de ellas, de modo que pronto llegará la hora de su victoria. Esta doctrina reunirá alrededor suyo a toda Francia, a toda la Europa inteligente, y muy confundidos quedarán los necios que aún se animen a atribuir a la imaginación esos hechos que serán reconocidos por inteligencias excepcionales.

En cuanto a mi estado personal, ahora es satisfactorio. No os diré nada más al respecto. Tan solo os pediré que atendáis con vuestras plegarias a mi antiguo colega, el abate Châtel. Orad por él. Más adelante, su Espíritu extraviado, pero elevado, podrá dictaros sabias instrucciones. Os agradezco nuevamente vuestra benevolencia para conmigo, y me pongo a vuestra disposición, si de algún modo pudiera seros de utilidad.

El abate Laverdet

* * *

Un padre que descuidó a sus hijos

Charles-Emmanuel Jean era un obrero bondadoso y de carácter apacible, pero entregado a la bebida desde su juventud. Se había apasionado por una joven, a la que había pedido casamiento sin éxito. Ella siempre lo rechazaba, afirmando que nunca se casaría con un alcohólico. Entonces él se casó

con otra, con la que tuvo varios hijos. Sin embargo, entregado a la bebida, nunca se preocupó por la educación ni por el futuro de esos niños. Murió hacia 1823, sin que se supiera nada de él. Uno de los hijos siguió los pasos del padre, viajó al África y no dio más noticias. El otro era de naturaleza completamente diferente, y su conducta siempre fue regular. Entró muy joven como aprendiz en un taller, se hizo querer y valorar por sus patrones como un obrero calificado, laborioso, activo e inteligente. Gracias a su trabajo y a sus ahorros, alcanzó una posición respetable en la industria, y formó de manera muy conveniente una numerosa familia. En la actualidad, es un espírita fervoroso y dedicado.

Cierto día, durante una conversación íntima, nos manifestó su pesar por no haber logrado asegurarles a sus hijos una fortuna independiente. Por nuestra parte, intentamos tranquilizar su conciencia, y lo felicitamos por el modo como había cumplido con sus deberes de padre. Como es un buen médium, le solicitamos que recibiera una comunicación, pero sin evocar a un Espíritu determinado. Entonces, escribió:

"Soy yo, Charles-Emmanuel".

—Es mi padre –dijo el médium–. ¡Pobre padre! No es feliz.

El Espíritu continuó: "Sí, el maestro tiene razón; tú has hecho por tus hijos mucho más que yo por ti. Por ese motivo, tengo que cumplir una ruda tarea. Bendice a Dios, que te ha dado el amor de una familia".

Pregunta (del señor Allan Kardec): ¿A qué se debía vuestra inclinación por la bebida?

Respuesta: Un hábito de mi padre, y que yo heredé. Era una prueba que yo tendría que haber combatido.

OBSERVACIÓN: En efecto, su padre tenía el mismo vicio, pero no es correcto decir que se trataba de un hábito heredado. Simplemente cedió a la influencia del mal ejemplo. Los defectos del carácter no se heredan, a diferencia de lo que ocurre con los defectos de conformación. El libre albedrío lo puede todo sobre los primeros, pero es impotente ante estos últimos.

P.: ¿Cuál es vuestra situación actual en el mundo de los Espíritus?

R.: Busco incesantemente a mis hijos y a la mujer que me ha hecho sufrir tanto, a la que siempre me rechazó.

P.: Debéis hallar consuelo en vuestro hijo Jean, que es un hombre decente y estimado, y que ora por vos, a pesar de que os habéis ocupado poco de él.

R.: Sí, lo sé. Lo hizo y lo sigue haciendo. Por eso se me permite hablar con vosotros. Siempre estoy cerca de él, tratando de aliviar su cansancio. Esa es mi misión, que terminará cuando mi hijo regrese junto a nosotros.

P.: ¿En qué situación os habéis encontrado como Espíritu, después de vuestra muerte?

R.: Al principio, no me consideraba muerto. Bebía sin cesar. Veía a Antoinette y quería acercarme a ella, pero ella huía de mí. Después, buscaba a mis hijos, a los que amaba a pesar de todo, y que mi mujer no me dejaba ver. Me rebelaba, reconociendo mi insignificancia y mi impotencia, hasta que Dios me condenó a velar por mi hijo Jean, que nunca morirá debido a un accidente, porque siempre y en todas partes yo lo salvo de una muerte violenta.

OBSERVACIÓN: En efecto, el señor Jean escapó muchas veces, como por milagro, de peligros inminentes. Estuvo a

punto de morir ahogado, quemado, triturado por los engranajes de una máquina, volado junto con un motor de vapor. En su juventud, casi lo ahorcan por accidente, y siempre una ayuda inesperada lo salva en el momento más crítico, lo que al parecer se debe a la vigilancia que su padre ejerce sobre él.

P.: Habéis dicho que Dios os *condenó* a velar por la seguridad de vuestro hijo. No me parece que eso sea un castigo. Por el contrario, si lo amáis, debe ser una satisfacción para vos. Muchísimos Espíritus se ocupan de la guarda de los encarnados, a los cuales protegen. Se trata de una tarea que cumplen con alegría.

R.: Sí, maestro. Yo no debí abandonar a mis hijos de la manera en que lo hice. Por eso la ley de la justicia me condena a reparar. No lo hago contra mi voluntad; me siento feliz de hacerlo por amor a mi hijo; pero *soy yo quien soporta el dolor que él debería experimentar en los accidentes de los cuales lo salvo*. Si él tuviera que ser atravesado por diez balas, yo sentiría el dolor que él habría sufrido en caso de que el hecho hubiera ocurrido. Ese es el castigo que con justicia me gané por no cumplir junto a él mis deberes de padre durante mi vida.

P. (del señor Jean): ¿Veis a mi hermano Numa? ¿Podéis decirme dónde está? (Se refiere al hermano que bebía y de cuya suerte nada se supo.)

R.: No; no lo veo, pero lo busco. Tu hija Jeanne lo vio en la costa de África, cayendo al mar. Yo no estaba ahí para salvarlo; no podía hacerlo.

OBSERVACIÓN: En efecto, la hija del señor Jean, en un momento de éxtasis, lo había visto cayendo al mar, en la época de su desaparición.

El castigo de ese Espíritu presenta la particularidad de que siente los dolores que está encargado de apartar de su hijo. Es comprensible, por lo tanto, que esa misión sea penosa para él. Sin embargo, como no se queja y la considera una justa reparación, que no disminuye su afecto hacia el hijo, se trata de una expiación que le resulta provechosa.

* * *

Recuerdos retrospectivos de un Espíritu

(Comunicación espontánea. Tulle, 26 de febrero de 1866. Médium: señor Leymarie.)

¿Sabéis, amigos, en qué lugar dicto esta comunicación? En un desfiladero perdido, donde las casas debieron luchar para fijar sus cimientos entre las dificultades que la creación acumuló. Sobre la pendiente casi a pique de las colinas, serpentean calles escalonadas, o mejor dicho, colgadas de los flancos de las rocas. Pobres moradas, que abrigaron tantas generaciones. Sobre los tejados se ven los jardines, donde los pájaros cantan sus plegarias. Cuando las primeras flores anuncian la primavera, llena de aire y de sol, esa música parece salir de la brisa; y el aldeano que forja y trabaja el hierro, en el taller con su ruido discordante, combina su ritmo áspero y ruidoso con la armonía de los pequeños artistas del buen Dios.

Pero detrás de esas casas contorsionadas, desprolijas, originales, se elevan altas montañas con un verdor sin igual; a cada paso el caminante ve que se extiende el horizonte. Las aldeas, las iglesias, parecen salir del abismo, y ese panorama extraño,

salvaje, cambiante, se pierde a lo lejos, dominado por montañas con cabezas blanqueadas por las nieves.

Pero me olvidaba: seguramente habréis de percibir una cinta plateada, clara, caprichosa, transparente como un espejo: es el Corrèze. Ora encajado entre rocas, corre silencioso y grave; ora se escapa alegre, risueño, a través de los prados, los sauces y los álamos, brindando su copa a los labios de numerosos rebaños, y su transparencia benefactora para el retozo de los bañistas. Purifica la aldea, por él dividida graciosamente.

Amo este lugar, con sus viejas casas, su inmenso campanario, su ribera, su bullicio, su corona de castaños. Lo amo porque nací aquí, porque todo lo que describo ante vuestras almas bondadosas forma parte de los recuerdos de mi última encarnación. Parientes amados, amigos sinceros, siempre me rodearon de tiernos cuidados y contribuyeron a mi adelanto espiritual. Arribado a las grandezas, les debía mis sentimientos fraternales; mis obras los honrarían, y cuando vengo como Espíritu a visitar la aldea de mi infancia, no puedo evitar subir al Puy-Saint-Clair, la última morada de los ciudadanos de Tulle, para saludar los restos terrenales de esos Espíritus amados.

¡Extraña fantasía! Ese cementerio se encuentra a quinientos pies sobre la aldea, rodeado por el horizonte infinito. Uno se siente solo entre la naturaleza, sus prodigios y Dios, el rey de todas las grandezas, de todas las esperanzas. Nuestros abuelos quisieron aproximar a los muertos amados a su verdadera morada, para decirles: "¡Espíritus, desprendeos! El aire del ambiente os llama. Salid resplandecientes de vuestra prisión, para que el espectáculo encantador de este horizonte inmenso os prepare para las maravillas que estáis llamados a contemplar". Si ellos tuvieron esa idea, yo lo apruebo, porque la muerte no es tan lúgubre como la pintan. ¿Acaso no es, para los espíri-

tas, la verdadera vida, la separación ansiada, la bienvenida del exiliado en los grupos de la erraticidad, adonde regresa para estudiar, aprender y prepararse para nuevas pruebas?

En algunos años, en vez de llorar y cubrirse de luto, los Espíritus encarnados festejarán esa separación, cuando el muerto haya cumplido con sus deberes espíritas en toda la acepción de la palabra. Pero llorarán, gemirán, por el terrícola egoísta, que nunca practicó la caridad, la fraternidad, las virtudes y los deberes tan bien definidos en *El libro de los Espíritus*.

Después de referirme a los muertos, ¿me permitís hablaros de los vivos? Me apego mucho a todas las esperanzas, y mi tierra, donde hay tanto que hacer, bien merece votos sinceros.

El progreso, ese nivelador inflexible, por cierto se implanta con lentitud en las regiones montañosas, pero sabe impregnarse a tiempo en los hábitos, en las costumbres; y aleja una tras otra las resistencias, hasta que esos parias del trabajo, cuyos cuerpos están siempre inclinados sobre una tierra ingrata y son tan sufridos como el arado, puedan entrever nuevas claridades.

La naturaleza vigorosa de esos bravos aldeanos espera la redención espiritual. Ellos no saben qué significa pensar, juzgar correctamente y utilizar todos los recursos del alma. Tan solo el lucro los domina con todo su rigor, y el alimento pesado y común se presta a esa esterilidad del espíritu. Viven alejados del bullicio de la política y de los descubrimientos científicos, de modo que son como bueyes, ignorantes de su fuerza, dispuestos a aceptar el yugo. Así, impulsados por el aguijón, van a misa, al cabaré, a la aldea, no por interés, sino por hábito, y se duermen en los sermones, y bailan al son discordante de una armónica, soltando gritos insensatos, como bestias que obedecen a los movimientos de la carne.

El sacerdote se abstiene de modificar esos viejos usos y costumbres; siempre habla de la fe, de los misterios, de la pasión, del diablo, y esa mezcla incoherente repercute sin armonía en las cabezas de esas buenas personas, que formulan votos, realizan peregrinaciones con los pies descalzos, y se entregan a las más extrañas costumbres supersticiosas.

Así, cuando un niño está enfermo, poco desarrollado o falto de inteligencia, se apresuran a llevarlo a una aldea llamada Saint-Pao (Saint-Paul). En primer lugar, lo sumergen en un agua privilegiada, pero que debe pagarse. Después, lo sientan en un yunque bendito, y un herrero, armado con un pesado martillo, golpea con fuerza en el yunque y –según dicen– la conmoción que el paciente sufre debido a los reiterados golpes lo cura indefectiblemente. A eso lo llaman hacerse forjar en Saint-Pao. Las mujeres que sufren del bazo también acuden a bañarse en el agua milagrosa y se hacen forjar. Imaginaos, con este ejemplo entre otros cien, cómo es la enseñanza de los párrocos en esta región.

Entretanto, si os acercáis a uno de esos brutos y le habláis de lucros, de inmediato el campesino astuto, atento como un salvaje, se defenderá con aplomo y vencerá a los más avezados jueces. Haced un poco de luz en su cerebro, enseñadle los elementos básicos de la ciencia, y tendréis hombres de verdad, saludables, espíritus viriles y llenos de buena voluntad. Haced que los ferrocarriles atraviesen la región, y muy pronto tendréis un suelo abundante, con vinos y frutos deliciosos, granos selectos, trufas perfumadas, castañas exquisitas, champiñones inigualables, bosques magníficos, minas de carbón inagotables, hierro, cobre, ganado de primera clase, aire, vegetación, paisajes espléndidos.

Y cuando tantas esperanzas no piden más que florecer, cuando tantas otras regiones se hallan inmersas –como esta– en una postración mortal, deseamos que en todos los corazones, en todos los rincones perdidos de este mundo, penetre *El libro de los Espíritus*. La doctrina que él contiene es la única que puede cambiar el espíritu de las poblaciones, liberándolas de la presión absurda de los que ignoran las grandes leyes de la erraticidad, y que pretenden inmovilizar la creencia humana en un laberinto donde a ellos mismos les cuesta tanto esfuerzo reconocerse. Así pues, trabajemos todos con ardor en esta deseada renovación, que habrá de eliminar todas las barreras, para llegar a la meta prometida a la generación que pronto nos sucederá.

Baluze

Observación: Nuestros lectores conocen a Baluze por las excelentes comunicaciones que suele dictar a su compatriota y médium predilecto, el señor Leymarie. Durante un viaje que este hizo a su tierra, ese Espíritu le transmitió la comunicación que acabamos de transcribir. Baluze, sabio historiógrafo, nacido en Tulle, en 1630, y muerto en París, en 1718, publicó un importante número de obras valoradas; fue bibliotecario de Colbert. Su biografía (Diccionario de Feller) dice que "los hombres de letras echan de menos a un sabio profundo; y sus amigos, a un hombre tierno y bondadoso". En Tulle hay una calle que lleva su nombre. El señor Leymarie, que desconocía la historia de Saint-Pao, se informó al respecto y verificó que esas prácticas supersticiosas continúan en la actualidad.

NECROLOGÍA

Muerte del doctor Cailleux

Presidente del Grupo Espírita de Montreuil-sur-Mer.

El espiritismo acaba de perder a uno de sus más dignos y fervorosos adeptos en la persona del señor Dr. Cailleux, fallecido el viernes 20 de abril de 1866. El mejor homenaje que podemos rendir a su memoria consiste en reproducir uno de los artículos publicados al respecto en el *Journal de Montreuir*, del 5 de abril.

"Un hombre de bien acaba de extinguirse en medio del dolor general. El señor Cailleux, doctor en medicina durante unos treinta años, miembro del Consejo Municipal y del Centro de Beneficencia, médico de los pobres y de las epidemias, murió el último viernes, a las siete de la noche.

"El lunes, una inmensa multitud, compuesta por personas de todas las clases sociales, lo condujo hasta su última morada. El silencio religioso que reinaba en el cortejo fúnebre le imprimía a esa triste e imponente ceremonia el carácter de una manifestación pública. Ese féretro sencillo, seguido de cerca por unas tres mil personas, entre lágrimas o inmersas en un dolor mudo, habría conmovido a los más duros corazones. Toda una ciudad acudía a rendir su postrero homenaje a uno de sus más queridos habitantes; toda una población quería conducir hasta el cementerio al hombre que tantas veces se había sacrificado por ella.

"Los pobres a quienes el señor Cailleux tan a menudo había colmado de beneficios, demostraron que tenían un corazón agradecido. ¡Un gran número de obreros quitaron de las manos de los portadores el féretro de su benefactor, y para

ellos fue una gloria llevar hasta el cementerio esa valiosa carga…!

”El paño mortuorio era sostenido por el señor Lecomte, 1.° adjunto; el señor Cosyn, 1.° consejero municipal; el señor Hacot, miembro del Centro de Beneficencia, y el señor Delplanque, médico y consejero municipal. Al frente del cortejo marchaba el Consejo Municipal, precedido por su alcalde, el señor Emile Delhomel. En el conjunto se destacaban el señor Charbonnier, viceprefecto; el señor Martinet, procurador imperial; el señor Comandante de la plaza, el resto de los notables de la ciudad y los médicos de las localidades vecinas.

”Un gran número de soldados de la guarnición, que el señor Cailleux había tratado en el hospital Hôtel-Dieu, habían obtenido el permiso para asistir al entierro, de modo que se apresuraron para sumarse al cortejo.

”Cuando llegaron al cementerio, un obrero se apartó de la multitud, para ubicarse de pie junto a la tumba. Entonces pronunció con voz emocionada, en medio del silencio general, estas breves palabras: ‘Hombre de bien, que fuisteis el benefactor de los pobres y que moristeis víctima de vuestra sublime dedicación, recibid nuestro último adiós; vuestro recuerdo quedará eternamente en nuestros corazones’. Luego de estas palabras, dictadas por un sentimiento de gratitud, la multitud se retiró inmersa en un recogimiento religioso. La tristeza que reinaba en todos los rostros mostraba cuán inmensa era la pérdida que acababa de sufrir la cuidad de Montreuil.

”En efecto, el señor Cailleux, gracias a sus numerosas cualidades, supo ganarse la estima universal. Toda su vida no fue más que una larga serie de actos de dedicación; trabajó hasta el último día sin descansar jamás, e incluso el último martes había visitado a varios enfermos en la campiña. Cuando le

recordaban su edad avanzada, con la recomendación de que descansara de sus numerosas fatigas, de buen grado respondía como Arnauld: 'Tengo toda la eternidad para descansar'. Cada hora de su vida estuvo consagrada a cuidar a los enfermos, a consolar a los afligidos; no vivía para sí, sino para sus semejantes, y toda su existencia puede resumirse en estas tres palabras: *Caridad*, *Devoción*, *Abnegación.*

"En los últimos tiempos, cuando la epidemia asolaba Étaples y las aldeas vecinas, el doctor Cailleux se mantuvo por completo al servicio de los enfermos; recorrió las aldeas infestadas, visitó a los pobres, cuidó de unos, socorrió a otros, y llevó consuelo a todos. De ese modo, visitó más de ochocientos enfermos, entró en los cuartos más insalubres, se sentó a la cabecera de los moribundos y les administró sus remedios, sin quejarse jamás. Por el contrario, mantuvo el buen humor de siempre y una alegría proverbial. El enfermo que lo recibía se mejoraba en gran parte gracias a ese humor jovial, siempre acompañado de una palabra divertida.

"Ocho días antes morir, el señor Cailleux fue a visitar a sus enfermos de Berck, Lefaux, Camiers y Étaples, y dedicó esa misma noche a los enfermos de la ciudad: ¡así era su jornada de trabajo!

"Tanta abnegación le resultaría funesta, pues sería la última víctima del flagelo. El 29 de marzo, comenzó a sufrir una fuerte diarrea… Se disponía a descansar cuando lo llamaron para que viera a un enfermo de la campiña. Pese a los consejos de los amigos, partió afirmando: 'No quiero exponer a un enfermo por mi culpa; si se muere, yo habré sido el causante. No hago más que cumplir con mi deber'. Cuando regresó, de noche y con mal tiempo, aparecieron nuevos síntomas de la

molestia. Guardó cama, pero el mal fue en aumento; al día siguiente la enfermedad estaba declarada, y el viernes expiró…

”Espanta pensar en los dolores terribles que un hombre que conoce su situación habrá de sentir cuando observa su propia muerte. El propio señor Cailleux indicaba el tratamiento que debían aplicarle dos de sus colegas, que habían acudido para asistirlo. Él sabía muy bien que no se curaría. ‘Si no me mejor pronto –decía–, en doce horas dejaré de existir’. Veía su muerte, sentía que su fuerza vital disminuía y se extinguía poco a poco, sin que pudiera detener esa marcha hacia la tumba. Sus últimos momentos fueron calmos y serenos, y yo no podría definir mejor esta muerte que como el descanso en el Señor. *Beati qui moriuntur in Domino*.

”Algunas horas antes de su muerte, le preguntaron cuál remedio debían aplicarle. ‘La ciencia humana –dijo– empleó todos los remedios que están en su poder. Ahora sólo Dios puede detener el mal, de modo que debemos confiar en su divina providencia’. Entonces se curvó en el lecho y, con los ojos fijos en lo alto, como si estuviera gozando por anticipado de la beatitud celestial, expiró sin dolor, sin una queja, con la más tierna y la más calma de las muertes.

”Hombre de bien, cuya vida no fue más que una prolongada devoción, habéis trabajado en esta Tierra, y ahora gozáis de la recompensa que Dios reserva a los que siempre observaron su ley. Cuando el egoísmo fluía a raudales por la Tierra, vos la llenasteis de abnegación y caridad. Visitar a los pobres, socorrer a los enfermos, consolar a los afligidos: tal fue vuestra obra. ¡Oh! ¡Cuántas familias os han bendecido! ¡Cuántos padres cuyos hijos salvasteis durante la última epidemia! ¡Cuántos niños que iban a ser huérfanos, a los que librasteis de ese flagelo destructor! ¡Cuántas familias salvadas por vuestra de-

voción acudieron el lunes, desde muchas leguas de distancia, para acompañaros hasta vuestra última morada y llorar ante vuestra tumba!

”Vuestra vida siempre fue pura e inmaculada; vuestra muerte ha sido heroica. Soldado de la caridad, sucumbisteis salvando de la muerte a vuestros hermanos, perecisteis herido por el flagelo que combatíais. Esa gloriosa devoción habría de recibir su recompensa, y pronto la cruz del honor, que os ganasteis tan noblemente, brillaría en vuestro pecho… Pero Dios tenía para vos otros designios; os preparaba una recompensa más bella que las recompensas de los hombres: la felicidad que reserva a sus servidores fieles. Vuestra alma se elevó a esos mundos superiores donde, liberada de la pesada envoltura material, libre de todos los lazos que en esta Tierra pesan sobre nosotros, goza ahora de la perfección y de la felicidad que la aguardaban.

”Ese día dichoso, no nos olvidéis. Pensad en los numerosos amigos que dejáis en esta Tierra, y a los que la separación de vos sumerge en un dolor profundo. Quieran los Cielos que un día os encontremos en lo alto, para gozar allí de una felicidad eterna… Esa esperanza nos consuela y nos dará fuerzas para soportar pacientemente vuestra ausencia…

A. J.

Por la copia conforme: Jules Duval

”Permítaseme, como complemento de este artículo, citar algunos fragmentos del magnífico discurso fúnebre pronunciado hace un año por Victor Hugo.”

(Sigue un extracto de ese discurso, que publicamos en la *Revista* de febrero de 1865, pág. 59.)

Por cierto, no son apóstoles del *nihilismo* los que escriben tales palabras.

La carta en la cual nos informan acerca de este acontecimiento contiene el siguiente pasaje:

"El señor Cailleux, doctor en medicina, presidente del grupo espírita de Montreuil, acaba de morir víctima de su dedicación durante la epidemia de cólera que asoló nuestras comarcas. Murió como espírita convicto, y por ese motivo el clero de la ciudad consideró que debía negarle la sepultura eclesiástica. No obstante, como podréis ver en el número del periódico que os envío, toda la población rindió solemne homenaje a sus virtudes. De todos modos, la familia hizo gestiones ante el obispado para que se cantara un servicio fúnebre en la iglesia, dado que solo había tenido lugar un entierro civil, y lograron que el servicio se realizara el jueves 5 de abril.

"El espiritismo ha sufrido una gran pérdida con la muerte del señor Cailleux, y estoy persuadido de que mis hermanos en creencia se asociarán a mi legítimo pesar. Gracias a su devoción y a su esmero esclarecido, la doctrina ha progresado rápidamente en nuestras tierras, a tal punto que la ciudad y sus alrededores cuentan con varios cientos de espíritas.

"El Consejo Municipal de la ciudad de Montreuil decidió por unanimidad, a partir de una propuesta del señor Prefecto, que un monumento público sea levantado a expensas de la ciudad, como homenaje a la memoria de este hombre de bien."

Nos han enviado algunos fragmentos de una comunicación dictada por el doctor Cailleux a sus colegas de Montreuil. Se suprimieron los párrafos que tratan acerca de cuestiones personales:

"…Lamentáis mi muerte. Pues bien, ella ha sido de utilidad para nuestra causa, porque despertó la atención adormecida de numerosas almas privadas de la verdad y, por consiguiente, de vida. Todo lo que desaparece deja siempre un vacío en el lugar que ocupaba. No obstante, sabed que ese vacío es solo aparente; apenas existe para vosotros, que tenéis la vista *corta*, pues se encuentra repleto por otra parte. Así pues, os repito que nada perdisteis con mi muerte. Por el contrario, ganareis mucho, no tanto porque durante mi vida corporal yo haya hecho prodigios de caridad que pusieron de relieve la doctrina que profesamos, sino porque, fiel a los principios espíritas, fui objeto de manifestaciones hostiles que necesariamente deberían provocar otras manifestaciones en sentido contrario. En la Tierra nunca ocurre de otra manera: ¿acaso el bien y el mal no chocan cada vez que se encuentran?

"De todo eso resulta, pues, que en esta hora entráis en una fase nueva, una fase que nuestros buenos guías habían preparado hace mucho tiempo mediante sus enseñanzas. Pero no habrá descomposición de vuestra sociedad, si persistís en los sentimientos de que os veo animados en este momento. ¿Sabéis cuál es mi recompensa? Ver la felicidad relativa que experimentáis gracias a la doctrina de la que en todas las circunstancias me mostré como esmerado campeón. Para vosotros es difícil concebir una alegría más pura. ¿Qué son, al lado de ella, las alegrías groseras de vuestro mundo? ¿Qué son los honores bajo los cuales escondéis las miserias de vuestras almas? ¿Qué son los placeres que buscáis para aturdir vuestros tristes retornos? ¿Qué es todo eso en comparación con lo que siento? ¡Nada! Menos que humo.

"Perseverad en vuestros sentimientos, perseverad en eso hasta la muerte.

”He visto que os proponéis organizaros regularmente, y se trata de una sabia medida. La debilidad debe estar prevenida siempre ante las trampas y las sorpresas del espíritu del mal. ¡Ah! ¡El espíritu del mal! No es Satanás. Se encuentra a cada paso en el mundo donde deambuláis. Ordenad, pues, vuestras sesiones, vuestras evocaciones y vuestros estudios. Uníos mediante los lazos voluntarios de la caridad, la benevolencia y la sumisión. Esa es la mejor manera de cosechar frutos abundantes y sabrosos.”

Esta es la primera comunicación que el doctor Cailleux dictó en la Sociedad de París:

(13 de abril de 1866. Médium: Sr. Morin.)

Evocación

Querido y venerado doctor Cailleux:

Durante vuestra vida hemos sabido apreciaros por ser un espírita fervoroso y leal. Convocado sin duda por la Providencia para implantar la doctrina en vuestra comarca, mantuvisteis su bandera alta y firme, enfrentando los sarcasmos y las persecuciones sin desfallecer. Así, el éxito coronó vuestros esfuerzos. No sois solamente el hermano en creencia al que hoy saludamos tras su partida de la Tierra, sino el hombre de bien que no solo predicó el espiritismo con sus palabras, pues supo hacer que se lo ame y se lo respete mediante el ejemplo y la práctica de las virtudes cristianas. Recibid aquí, pues, la expresión de nuestra más viva simpatía y la esperanza de que tengáis a bien visitarnos a menudo, para sumaros a nuestros trabajos.

Respuesta. Aquí estoy, gracias. Hace un momento os referisteis a las tendencias inherentes al organismo humano. Se observan más especialmente las que se deben a los malos instintos, porque los hombres siempre son inducidos a protegerse de lo que puede resultarles perjudicial o causarles alguna molestia. Pero las tendencias hacia el bien muchas veces pasan desapercibidas para la sociedad, porque es mucho más difícil encontrar y mostrar la violeta que el cardo.

No os sorprendáis de que comience así. Como dijisteis recién, el Espíritu es el único responsable de sus actos; no puede excusarse atribuyendo sus faltas a Dios. No, los buenos y los malos sentimientos son el resultado de conquistas anteriores. En mi vida, conducido por el instinto en el sentido del bien, del alivio de mis hermanos en Dios, decliné el honor de todos vuestros elogios, porque no hice ningún esfuerzo para seguir el camino que me señalaba el corazón. No tuve que luchar contra ningún instinto contrario; apenas me dejé deslizar con tranquilidad por la senda de mi agrado, que me decía bien alto: "¡Avanza! ¡Vas por el buen camino!" Y la satisfacción moral de todo mi ser inteligente era tan grande, que sin duda yo era tan feliz como el avaro que satisface su pasión por el oro al contemplarlo y acariciarlo. Os repito que no he hecho méritos para eso; pero agradezco vuestras afectuosas palabras, que no son escuchadas en vano por aquellos a quienes van dirigidas. Por más elevados que sean, los Espíritus siempre experimentan la dicha de un pensamiento afectuoso.

No tardé en recuperarme de la muy natural emoción que resulta del tránsito de la vida material a la vida de los Espíritus, pero la convicción profunda de ingresar a un mundo más vivo me ayudó a recobrar el sentido. No puedo comparar mejor mi tránsito de la vida a la muerte que con un desvanecimiento sin

dolor ni cansancio. Desperté *del otro lado* con la suave caricia fluídica de mis queridos padres y algunos amigos espirituales. Luego observé mis pobres despojos mortales, y los bendije por sus buenos y leales servicios, dado que mi Espíritu nunca tuvo que mantener grandes luchas contra la materia, dócil a mi voluntad. Así pues, con satisfacción, acompañé rumbo al camposanto a mi pobre cuerpo, que me había ayudado a impedir que muchos de mis *coencarnados* hicieran ese viaje que no consideraban de la misma manera que yo.

Perdono a todos los que, de un modo u otro, optaron por hacerme daño. Respecto de los que se negaron a orar por mí en el templo consagrado, soy más caritativo que la caridad que predican, pues oro por ellos. Así debe ser, mis buenos hermanos en creencia. Creedme, y perdonad a los que luchan contra vosotros, pues no saben lo que hacen.

Doctor Cailleux

Observación: Las primeras palabras de esta comunicación demuestran que el Espíritu se encontraba en el lugar y que había presenciado las discusiones de la sesión. En efecto, habíamos debatido acerca de un hecho notable de *instinto incendiario precoz*, ocurrido en un niño de cuatro años y medio, relatado en el *Salut Public* de Lyón. Ese hecho, que proporcionó material para un estudio importante, será publicado en el próximo número.

Notamos también que el señor Cailleux omite los preámbulos que son habituales en los Espíritus que acaban de dejar la Tierra. Luego observamos que no es un hacedor de frases ni de elogios. Dice *gracias*, y considera que esa palabra basta para que se comprenda su pensamiento, y que con ella es preciso

contentarse. Después entra abruptamente en el tema, como un hombre que se encuentra en su terreno y no quiere perder el tiempo con palabras inútiles. Habla como si no hubiera existido ninguna interrupción en su existencia. Se diría que el señor Cailleux, de Montreuil, había ido de visita a la Sociedad de París.

Si él declina el mérito de sus actos, no cabe duda de que lo hace por modestia. Los que hacen el bien sin esfuerzo han llegado a un grado de adelanto que les permite ver ese bien como algo natural. Si hoy no tienen que luchar, es porque ya lo hicieron en otras circunstancias y triunfaron. Los que tienen que combatir sus malas tendencias, todavía siguen en la lucha; más adelante, el bien no les costará ningún esfuerzo, y lo harán sin pensarlo. El mérito no deja de existir por el hecho de haber vencido más rápidamente.

El doctor Cailleux es uno de esos hombres que, como el doctor Demeure y tantos otros, honran la doctrina que profesan y desmienten rotundamente a los detractores del espiritismo.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Instrucción para el señor Allan Kardec

(París, 23 de abril de 1866. Médium: Sr. Desliens.)

Visto que la salud del señor Allan Kardec se ha ido debilitando a consecuencia de las tareas excesivas que superan sus fuerzas, me veo en la obligación de repetir, de nuevo, lo que ya le he dicho tantas veces: necesitas reposo; las fuerzas

humanas tienen límites, que el deseo de ver que la enseñanza progrese te lleva en numerosas ocasiones a superar. Estás equivocado, porque al proceder de ese modo no acelerarás la marcha de la doctrina, sino que arruinarás tu salud y te colocarás en la imposibilidad material de acabar la tarea que has venido a desempeñar en la Tierra. Tu enfermedad actual no es más que el resultado de un desgaste incesante de fuerzas vitales, sin dar tiempo a que se efectúe la recuperación necesaria, y de un enardecimiento de la sangre producido por la absoluta falta de reposo. No cabe duda de que te sustentamos, pero con la condición de que no deshagas lo que hemos hecho. ¿Qué se gana con correr? ¿No te hemos dicho muchas veces que cada cosa llegará en su momento, y que los Espíritus precursores del movimiento de las ideas sabrán hacer que surjan circunstancias favorables cuando llegue el momento de actuar?

Cuando cada uno de los espíritas concentra sus fuerzas para la lucha, ¿supones que sea tu deber agotar las tuyas? No; en todo debes dar el ejemplo, y en el momento del peligro tu lugar está en la línea de frente. ¿Qué harías allí si tu cuerpo debilitado no permitiese que tu espíritu se valiera de las armas que la experiencia y la revelación te han puesto en las manos? Créeme: deja para más adelante las obras importantes destinadas a completar la que ha quedado esbozada en tus primeras publicaciones; tus trabajos ordinarios y algunos breves artículos de mayor urgencia alcanzan para absorber tu tiempo y deben constituir los únicos objetos de tus preocupaciones actuales.

No te hablo sólo en mi nombre; soy aquí el representante de todos esos Espíritus que tan poderosamente han contribuido a la propagación de la enseñanza, mediante sus sabias instrucciones. Ellos te manifiestan por mi intermedio que ese retraso, al que consideras perjudicial para el futuro de la

doctrina, es una medida necesaria desde más de un punto de vista, sea porque ciertas cuestiones aún no se hallan completamente elucidadas, sea para preparar los espíritus para que las asimilen mejor. Es necesario que otros hayan allanado el terreno, que se haya probado la insuficiencia de ciertas teorías, y que se haya producido mayor vacío. En una palabra: el momento no es oportuno; hazte a un lado, por lo tanto; cuando haya llegado el momento necesitarás todo el vigor del cuerpo y del espíritu. Hasta aquí el espiritismo ha sido el blanco de muchas injurias, ha levantado muchas tempestades. ¿Acaso supones que toda esa agitación esté aplacada, que todos los odios se hayan calmado y vuelto impotentes? No te ilusiones; el crisol depurador todavía no ha expulsado todas las impurezas; el porvenir te reserva otras pruebas, y las últimas crisis no serán las menos penosas de soportar.

Sé que tu situación particular te impone una inmensidad de trabajos secundarios, que consumen la mayor parte de tu tiempo. Los pedidos de toda especie recaen sobre ti, y tú te consideras en el deber de atenderlos cuanto te resulte posible. Haré aquí lo que sin duda no osarías hacer por ti mismo, de modo que, dirigiéndome a la generalidad de los espíritas, les pediré, por el interés mismo del espiritismo, que te ahorren toda sobrecarga de trabajo capaz de consumir instantes que debes consagrar casi exclusivamente a la conclusión de la obra. Tu correspondencia puede resultar algo perjudicada con eso, pero en compensación ganará la enseñanza. Algunas veces es necesario sacrificar las satisfacciones particulares al interés general. Es una medida urgente que todos los adeptos sinceros sabrán comprender y aprobar.

La voluminosa correspondencia que recibes es para ti un valioso acervo de documentos e informaciones; ella te ilustra sobre

la verdadera marcha y los auténticos progresos de la doctrina; es un termómetro imparcial; te proporciona, además, satisfacciones morales que más de una vez han sustentado tu valor, al mostrarte la adhesión que encuentran tus ideas en todos los puntos del globo. En ese sentido, la superabundancia representa un bien y no un inconveniente, pero con la condición de que te auxilie en los trabajos y no que los obstaculice, generándote un incremento de ocupaciones.

Doctor Demeure

Buen señor Demeure, agradezco vuestros sabios consejos. Gracias a la resolución que he adoptado de trasladar, salvo en casos excepcionales, la correspondencia habitual a un sustituto, ahora esta se resiente menos y nada sufrirá en el futuro; pero ¿qué haré con la que se ha acumulado –¡más de quinientas cartas!–, que a pesar de toda mi buena voluntad no consigo poner al día?

Respuesta - Es preciso, como se dice en el lenguaje comercial, enviarlas en conjunto a la cuenta de ganancias y pérdidas. Al anunciar esta medida en la *Revista*, tus corresponsales sabrán a qué atenerse; comprenderán esa necesidad y la considerarán justificada por los consejos que acabamos de darte. Repito, sería imposible que las cosas continuasen por más tiempo como hasta ahora. Todo se perjudicaría: tu salud y la doctrina. Es conveniente, cuando resulta necesario, saber hacer los sacrificios indispensables. Sosegado de ahora en adelante sobre este punto, podrás entregarte más libremente a tus trabajos obligatorios. Eso es lo que te aconseja quien siempre será tu devoto amigo.

Demeure

Cediendo a tan sabio consejo, solicitamos a aquellos de nuestros corresponsales respecto de los cuales estábamos atrasados desde largo tiempo, que acepten nuestro pedido de disculpas y la manifestación de nuestro pesar por no haber podido responder minuciosamente, como hubiera sido nuestro deseo, a sus atentas cartas. Tengan a bien recibir conjuntamente la expresión de nuestros sentimientos fraternales.

* * *

La aquiescencia de la plegaria

(París, abril de 1866. Médium: Sra. D…)

Vosotros casi siempre creéis que lo que pedís en la plegaria debe cumplirse mediante una especie de milagro. Esa creencia errónea es la fuente de una cantidad de prácticas supersticiosas, así como de muchas decepciones. También conduce a la negación de la eficacia de la plegaria. A partir de que vuestro pedido no es acogido del modo como vosotros lo entendéis, concluís que la plegaria es inútil, y entonces a veces murmuráis contra la justicia de Dios. Otros piensan que, dado que Dios ha establecido leyes eternas, a las cuales todos los seres están sometidos, no puede derogarlas para atender los pedidos que se le hacen. A fin de preveniros contra ese error, o mejor dicho, contra la exageración de esas dos ideas, me propongo daros algunas explicaciones sobre el modo de aquiescencia de la plegaria.

Existe una verdad indiscutible: Dios no modifica ni suspende para *nadie* el curso de las leyes que rigen el universo. De lo contrario, el orden de la naturaleza sería incesantemente

perturbado por el capricho del primero que lo solicitara. Así pues, es cierto que toda plegaria que solo pudiera ser atendida mediante una derogación de esas leyes quedaría sin efecto. Tal sería, por ejemplo, aquella cuyo objeto fuera el regreso a la vida de un hombre que estuviera realmente muerto, o el restablecimiento de la salud en caso de que el desorden del organismo fuera irremediable.

No es menos cierto que los pedidos fútiles o irresponsables no reciben la menor atención. Sin embargo, no os quepa duda de que toda plegaria pura y desinteresada es atendida, y que siempre se toma en cuenta la intención, incluso cuando Dios, en su sabiduría, considera adecuado no acceder al pedido. En este caso, sobre todo, debéis dar muestras de humildad y de sumisión a su voluntad, diciéndoos que Él sabe mejor que vosotros lo que puede resultaros útil.

Existen, por cierto, leyes generales a las que el hombre se encuentra fatalmente sometido; pero es un error suponer que las pequeñas circunstancias de la vida se hallan determinadas de antemano de modo irrevocable. Si así fuera, el hombre sería una máquina sin iniciativa y, por consiguiente, sin responsabilidad. El libre albedrío es una de las prerrogativas del hombre; desde el momento en que es libre de ir hacia la derecha o hacia la izquierda, de obrar según las circunstancias, sus movimientos no están regulados como los de una máquina. Conforme haga o no determinada cosa, y según la realice de una manera o de otra, los acontecimientos que dependen de eso seguirán un curso diferente; dado que se hallan subordinados a la decisión del hombre, no están sometidos a la fatalidad. Son fatales los que no dependen de su voluntad. No obstante, cada vez que el hombre puede reaccionar en virtud de su libre albedrío, no hay fatalidad.

Así pues, el hombre dispone de un ámbito en el que puede moverse libremente. Los límites de esa libertad de acción son las leyes de la naturaleza, que nadie puede trasponer. O mejor dicho, esa libertad, en el campo de actividad en que se ejerce, forma parte de esas leyes. Es necesaria, y gracias a ella el hombre es llamado a contribuir a la marcha general de las cosas; y como lo hace libremente, tiene el mérito de lo que hizo bien, así como el demérito de lo que hizo mal, de su despreocupación, de su indolencia, de su inactividad. Las fluctuaciones que su voluntad puede causar en los acontecimientos de la vida de ningún modo perturban la armonía universal, pues esas mismas fluctuaciones forman parte de las pruebas que incumben al hombre en la Tierra.

Por lo tanto, dentro del límite de las cosas que dependen de la voluntad del hombre, Dios puede, sin llegar a derogar sus leyes, acceder a lo solicitado en una plegaria, toda vez que eso sea justo y su realización resulte útil. Pero muchas veces ocurre que Él juzga la utilidad y la oportunidad de lo solicitado de un modo diferente al nuestro, razón por la cual no siempre accede. Si le complace realizarlo, no lo hará modificando sus designios soberanos, sino por medios que no se aparten del orden legal, si así puede decirse. Los Espíritus, ejecutores de su voluntad, son entonces los encargados de provocar las circunstancias que deben conducir al resultado deseado. Casi siempre ese resultado requiere la colaboración de algún encarnado. Así pues, los Espíritus preparan esa colaboración, pues actúan sobre los que deben intervenir en ella inspirándoles la idea de una acción, incitándolos a que se dirijan a un lugar y no a otro, provocando encuentros propicios que parezcan obra del acaso. Ahora bien, el acaso no existe en la asistencia que se recibe como tampoco en las desgracias que se experimentan.

En las aflicciones, la plegaria no solo es una demostración de confianza y de sumisión a la voluntad de Dios, que la escucha en caso de que sea pura y desinteresada, pues también produce el efecto –como sabéis– de establecer una corriente fluídica que en el espacio conduce lejos el pensamiento del afligido, como el aire conduce los acentos de su voz. Ese pensamiento repercute en los corazones sensibles al sufrimiento, y estos, por un movimiento inconsciente y como si fueran atraídos por un poder magnético, se dirigen hacia el lugar en el que su presencia puede ser útil. Dios, que quiere socorrer a aquel que le implora, sin duda podría hacerlo por sí mismo, inmediatamente, pero –como dije– *no hace milagros*, y las cosas deben seguir su curso natural. Dios quiere que los hombres practiquen la caridad y se socorran unos a otros. A través de sus mensajeros, conduce los lamentos hacia donde puedan encontrar eco, y los Espíritus buenos soplan ahí un buen pensamiento. Aun cuando ese pensamiento sea provocado, el hombre desconoce su fuente, razón por la cual conserva toda su libertad; nada lo oprime. Por consiguiente, el hombre tiene el mérito absoluto de la espontaneidad si cede a la voz íntima que lo convoca al sentimiento del deber, y todo el demérito si, dominado por una indiferencia egoísta, se resiste.

Pregunta. Existen casos, como el de un peligro inminente, en los que la asistencia debe ser inmediata. ¿Cómo puede llegar a tiempo si es preciso aguardar la buena voluntad de un hombre, y más aún si esa buena voluntad está ausente a causa del libre albedrío?

Respuesta. No debéis olvidar que los ángeles de la guarda, los Espíritus protectores, cuya misión es velar por aquellos que les han sido confiados, siguen a sus protegidos paso a paso, por decirlo de algún modo. No pueden ahorrarles el temor

a los peligros, que forman parte de sus pruebas; no obstante, si las consecuencias de un peligro pueden evitarse, y dado que ese peligro ha sido previsto por ellos con anticipación, no esperarán al último momento para preparar el auxilio. Si algunas veces se dirigen a los hombres de mala voluntad, lo hacen con miras a despertar en ellos los buenos sentimientos, pero no cuentan con su colaboración.

Cuando os encontráis en una situación crítica, y una persona se presenta en el momento oportuno para asistiros, entonces exclamáis: "¡Lo envió la Providencia!". En tal caso, decís una verdad mayor de lo que a menudo suponéis.

Si bien algunos casos son apremiantes, otros lo son menos y permiten que se cuente con el tiempo suficiente para obtener el auxilio de circunstancias favorables, sobre todo cuando hace falta que los Espíritus, mediante la inspiración, logren vencer la apatía de las personas cuya cooperación es necesaria para alcanzar el resultado. Esa demora en el cumplimiento del deseo constituye una prueba para la paciencia y la resignación. Más tarde, cuando ese deseo se realiza, casi siempre se debe a una concatenación de circunstancias tan naturales, que nada en absoluto deja entrever una intervención oculta, ni la más leve apariencia de algo maravilloso. Las cosas parecen arreglarse por sí solas. Eso debe ser así por dos razones: por un lado, los medios de acción no se apartan de las leyes generales; por otro, si la asistencia de los Espíritus fuera demasiado evidente, el hombre confiaría en ellos y se acostumbraría a no contar consigo mismo. Esa asistencia debe ser comprendida por él mediante el pensamiento, con el sentido moral, y no con los sentidos materiales. Su creencia debe ser el resultado de su fe y de su confianza en la bondad de Dios. Lamentablemente, como no vio la mano de Dios haciendo un milagro

para él, a menudo se olvida de Aquel al que debe su salvación, y entonces glorifica el acaso. Se trata de una ingratitud que tarde o temprano recibirá su expiación.

Un Espíritu Protector

* * *

El espiritismo obliga

(París, abril de 1866. Médium: Sra. B…)

El espiritismo es una ciencia esencialmente moral. Por lo tanto, los que se dicen sus adeptos no pueden sustraerse a las obligaciones que impone, salvo que cometan una grave inconsecuencia.

Esas obligaciones son de dos clases.

La primera concierne al individuo que, con el auxilio de las claridades intelectuales que la doctrina esparce, comprende mejor el valor de cada uno de sus actos, sondea más profundamente la intimidad de su conciencia, aprecia mejor la infinita bondad de Dios, *que no quiere la muerte del pecador, sino que el pecador se convierta y viva*, y que para darle la oportunidad de levantarse de sus caídas, le ha dado esa larga serie de existencias sucesivas, en cada una de las cuales, cargando el peso de sus faltas pasadas, puede adquirir nuevos conocimientos y nuevas fuerzas, a fin de que evite el mal y practique lo que es conforme a la justicia y la caridad. ¿Qué decir de aquel que, esclarecido de ese modo acerca de sus deberes para con Dios y para con sus hermanos, se mantiene orgulloso, codicioso y egoísta? ¿No parece, acaso, que la luz lo ha enceguecido, por-

que no estaba preparado para recibirla? Entonces anda entre tinieblas, pese a que se encuentra inmerso en la luz. Sólo es espírita de nombre. La caridad fraternal de los que pueden ver realmente debe esforzarse en curarlo de esa ceguera intelectual. No obstante, para muchos de los que se le asemejan, hará falta la luz que la tumba brinda, porque sus corazones están demasiado apegados a los placeres materiales, y sus espíritus no están maduros para recibir la verdad. En una nueva encarnación, comprenderán que los planetas inferiores, como la Tierra, no son más que una especie de escuela mutua en la que el alma comienza a desarrollar sus facultades y sus aptitudes, para luego aplicarlas al estudio de los grandes principios de orden, justicia, amor y armonía, que rigen las relaciones de las almas entre sí, al igual que las funciones que estas desempeñan en la dirección del universo. Sentirán que, convocada a tan importante dignidad, como es la de convertirse en mensajera del Altísimo, el alma humana no debe envilecerse, no debe degradarse en contacto con los placeres inmundos de la voluptuosidad ni con los indignos apetitos de la avaricia, que alejan a algunos de los hijos de Dios del gozo de los bienes que Él ha creado para todos. Comprenderán que el egoísmo, nacido del orgullo, enceguece al alma y hace que esta viole los derechos de la justicia, de la humanidad, dado que engendra todos los males que hacen de la Tierra un lugar de dolores y de expiación. Instruidos mediante las duras lecciones de la adversidad, sus espíritus madurarán con la reflexión, y sus corazones, después de que hayan sido destrozados por el dolor, se tornarán buenos y caritativos. Así pues, lo que os parece un mal, a veces es necesario para rescatar a los endurecidos. Esos pobres retrasados, cuando se hayan regenerado a través del sufrimiento, bajo esa luz interior que podemos definir como

el bautismo del Espíritu, velarán con cuidado sobre sí mismos, es decir, sobre los movimientos de su corazón y sobre el empleo de sus facultades, para dirigirlos conforme a las leyes de la justicia y de la fraternidad. Comprenderán que no solo están obligados a mejorarse a sí mismos –cálculo egoísta que impide alcanzar el objetivo propuesto por Dios–, sino que la segunda clase de obligaciones del espírita, que resulta necesariamente de la primera y la complementa, es la del ejemplo, que constituye el mejor medio de difusión y de renovación.

En efecto, aquel que está convencido de la excelencia de los principios que se le enseñan, los cuales deben proporcionarle una felicidad duradera si conforma a ellos su conducta, y si se halla verdaderamente animado de esa caridad fraternal que es la esencia misma del espiritismo, no puede más que desear que todos los hombres los comprendan.

Vosotros, débiles chispas surgidas del eterno foco del amor divino, por cierto no podéis aspirar a una irradiación tan vasta como la del Verbo de Dios encarnado en la Tierra; pero cada uno, en su ámbito de acción, puede esparcir los beneficios del buen ejemplo. Podéis hacer que se ame la virtud, rodeándola con el encanto de esa benevolencia constante, que atrae, cautiva y muestra finalmente que la práctica del bien es algo fácil y que produce la felicidad íntima de la conciencia que se sujetó a su ley, pues esa práctica es la realización de la voluntad divina, que nos ha dicho a través de su Cristo: *Sed perfectos, porque vuestro Padre celestial es perfecto.*

Ahora bien, el espiritismo no es más que la verdadera aplicación de los principios de la moral que Jesús enseñó. Con el solo fin de hacer que todos comprendan esa moral y progresen más rápidamente, Dios permite esa universal manifestación del Espíritu, que acude a explicaros lo que os parecía oscuro,

así como a enseñaros toda la verdad. Acude, como el cristianismo bien comprendido, a mostrar al hombre la absoluta necesidad de su renovación interior mediante las consecuencias mismas que resultan de cada uno de sus actos, de cada uno de sus pensamientos. Porque ninguna emanación fluídica, buena o mala, sale del corazón o del cerebro del hombre sin dejar una marca en alguna parte. El mundo invisible que os rodea es para vosotros ese *Libro de la vida*, en el que todo se escribe con una increíble fidelidad, y la *Balanza de la Justicia divina* no es sino una figura que expresa que cada uno de vuestros actos, cada uno de vuestros sentimientos, es de algún modo el peso que carga vuestra alma y que le impide elevarse, o el que mantiene el equilibrio entre el bien y el mal.

Feliz aquel cuyos sentimientos brotan de un corazón puro, pues esparce alrededor suyo una especie de suave atmósfera, que hace amar la virtud y atrae a los Espíritus buenos. Su poder de irradiación será tanto mayor cuanto más humilde y, por lo tanto, más desprendido sea respecto de las influencias materiales que atraen al alma y le impiden progresar.

Las obligaciones que el espiritismo impone son, pues, de una naturaleza esencialmente moral; son fruto de la creencia. Cada uno es juez y parte en su propia causa. Pero las claridades intelectuales que derrama sobre quien realmente desea *conocerse a sí mismo* y trabajar en su mejoramiento son tales que asustan a los pusilánimes, y por esa razón hay tantos que lo rechazan. Otros tratan de conciliar la reforma que su razón les demuestra como una necesidad, con las exigencias de la sociedad actual. De ahí resulta una mezcla heterogénea, una falta de unidad, que hace de la época actual un estado transitorio. Es tan difícil para vuestra pobre naturaleza corporal despojarse de sus imperfecciones a fin de revestir al hombre

nuevo, es decir, al hombre que vive según los principios de justicia y de armonía que Dios imparte. No obstante, con esfuerzos perseverantes, lo lograréis, porque las obligaciones impuestas a la conciencia, cuando esta se encuentra suficientemente esclarecida, tienen más fuerza que las leyes humanas basadas en la opresión de un oscurantismo religioso que no tolera el menor análisis. Pero si bien, gracias a las luces de lo alto, sois más instruidos y comprendéis más, también debéis ser más tolerantes y emplear tan solo el razonamiento como medio de propagación, porque toda creencia sincera es respetable. Si vuestra vida es un bello modelo en el que cada uno puede encontrar buenos ejemplos y sólidas virtudes, y en el que la dignidad se combina con una gentil amenidad, regocijaos, porque habéis comprendido, en parte, aquello a lo que el espiritismo obliga.

Luis de Francia

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 6 Junio de 1866

Monomanía incendiaria precoz

Estudio moral

Leemos en el *Salut Public* de Lyón, del 23 de febrero de 1866:

"La cuestión médico-legal de la monomanía homicida y de la monomanía incendiaria –dice *Le Moniteur Judiciaire*– ha sido y muy probablemente seguirá siendo presentada con frecuencia ante los tribunales en lo penal.

"A propósito de la monomanía incendiaria, podemos citar el caso de un niño de Lyón –actualmente con cuatro años y medio de edad, hijo de honestos obreros de la seda, con domicilio en la Guillotière–, que parece sufrir el instinto incendiario en el grado extremo. Sus ojos apenas se habían abierto a la luz, y ya daba la impresión de regocijarse con las llamas. A los dieciocho meses, sentía placer en encender fósforos. A los dos años, prendía fuego las cuatro esquinas de un colchón

y destruía en parte el modesto mobiliario de sus padres. En la actualidad, ante las reprimendas que recibe, sólo responde con amenazas de incendio, e incluso la semana pasada intentó incendiar la alcoba donde duermen sus padres, con la ayuda de un puñado de paja y varios trozos de papel.

"Nosotros dejamos que los especialistas se ocupen de investigar las causas de dicha monomanía. En caso de que no desaparezca con la edad, ¿qué suerte le espera al desdichado que la padece?"

El autor del artículo afirma que deja que los *especialistas* se ocupen de investigar las causas de dicha monomanía. ¿A cuáles especialistas se refiere? ¿A los médicos en general? ¿A los alienistas? ¿A los científicos? ¿A los frenólogos? ¿A los filósofos? ¿A los teólogos? Cada uno de ellos aborda la cuestión desde el punto de vista de sus creencias: materialistas, espiritualistas o religiosas. Los materialistas, por el hecho de que niegan todo principio inteligente distinto de la materia, son indiscutiblemente los menos indicados para resolver esa cuestión de manera completa. Dado que ubican en el organismo la única fuente de las facultades y de las inclinaciones, convierten al hombre en una máquina movida fatalmente por una fuerza irresistible, sin libre albedrío y, por consiguiente, sin la responsabilidad moral de sus actos. Con un sistema así, todo criminal puede encontrar una excusa en su constitución, pues no dependió de él que esta fuera mejor. En una sociedad donde dicho principio se adoptara como una verdad absoluta, no habría culpables, en términos morales, y sería tan ilógico llevar ante la justicia a los hombres como lo sería llevar a los animales.

Nos referimos aquí tan solo a las consecuencias sociales de las doctrinas materialistas. Su incapacidad para resolver los problemas morales está suficientemente demostrada. ¿Se po-

drá afirmar, como lo hacen algunas personas, que las inclinaciones son hereditarias, como los vicios de constitución? A eso se oponen los innumerables casos en los cuales los padres más virtuosos tienen hijos instintivamente viciosos, y viceversa. En el caso que nos ocupa, es evidente que el niño no heredó la monomanía incendiaria de ningún miembro de su familia.

No cabe duda de que los espiritualistas reconocerán que esa inclinación se debe a una imperfección del alma o Espíritu, pero tampoco dejarán de encontrarse con dificultades que no pueden superar con los únicos elementos de que disponen hasta el momento. La prueba de que los datos actuales de la ciencia, de la filosofía y de la teología, no ofrecen ningún principio sólido para la solución de los problemas de esta naturaleza radica en que no hay uno solo de esos datos que sea bastante evidente y racional para reunir a la mayoría, y que se encuentran reducidos a opiniones individuales y divergentes unas de otras.

Los teólogos, que admiten como uno de sus dogmas la creación del alma en el momento del nacimiento del cuerpo, son tal vez los que más dificultades encuentran a la hora de conciliar esas perversidades innatas con la justicia y la bondad de Dios. Según su doctrina, ese niño ha sido creado con el instinto incendiario, y se encuentra inclinado desde su formación al crimen y a todas sus consecuencias en la vida presente y en la vida futura. Dado que hay niños que son instintivamente buenos, y otros que son malos, ¿será que Dios crea almas buenas y otras malas? Esa es la consecuencia lógica. ¿A qué se debe tal parcialidad? Con la doctrina materialista, el culpable encuentra como excusa su organización. Con la doctrina de la Iglesia, puede recurrir a Dios para decir que la culpa no es suya, porque Él lo creó con defectos.

¿Acaso debe extrañarnos que haya personas que reniegan de Dios, toda vez que se lo muestran como un ser injusto y cruel en sus actos, parcial para con sus criaturas? La manera como la mayor parte de las religiones representan a Dios es lo que genera incrédulos y ateos. Si siempre se hubiera trazado acerca de Él un panorama conciliable con la razón en todos sus aspectos, no habría incrédulos. No es posible aceptar a Dios tal como lo presentan, con las pequeñeces y las pasiones humanas, y por eso hay tantas personas que buscan fuera de Él la explicación de las cosas.

Cada vez que la teología, acuciada por la inexorable lógica de los hechos, se topa con un callejón sin salida, opta por refugiarse detrás de estas palabras: "¡Misterio incomprensible!". No importa, pues a diario vemos que se levanta una punta del velo de lo que otrora era un misterio, y la cuestión que nos ocupa forma parte de eso.

Esta cuestión se halla lejos de ser pueril, y sería un error ver en ella tan solo un hecho aislado o, si se prefiere, una anomalía, una peculiaridad de la naturaleza, sin mayores consecuencias. Se vincula con todas las cuestiones relativas a la educación y a la moralización de la humanidad y, por eso mismo, a los más graves problemas de la economía social. Al buscar la causa primera de los instintos y de las inclinaciones innatas se descubrirán los medios más eficaces para combatir los que son malos y desarrollar los buenos. Cuando esa causa sea conocida, la educación dispondrá de la más poderosa herramienta moralizadora que jamás ha tenido.

No podemos negar la influencia del medio y del ejemplo en el desarrollo de los instintos buenos y los instintos malos, porque el contagio moral es tan manifiesto como el contagio físico. No obstante, esa influencia no es exclusiva, pues hay

seres perversos en las familias más honradas, mientras que otros salen limpios del fango. Así pues, es innegable que existen disposiciones innatas, y si tuviéramos dudas al respecto, el hecho que nos ocupa sería una prueba irrefutable. Se trata de un niño que, antes de aprenden a hablar, se complace en observar la acción destructora del fuego; que a los dos años incendia voluntariamente un mueble, y que a los cuatro años comprende lo que hace a tal punto que responde a las reprimendas con amenazas de incendio.

¡Oh! Vosotros, los médicos y científicos que investigáis con tanta avidez hasta los más pequeños e insólitos casos patológicos, para transformarlos en objeto de vuestras reflexiones, ¿por qué no estudiáis con el mismo cuidado esos fenómenos extraños que con toda razón pueden ser calificados como una patología moral? ¿Por qué no intentáis dar cuenta de ellos, descubriendo su origen? De ese modo, la humanidad al menos ganaría tanto como con el descubrimiento de una red neuronal. Lamentablemente, la mayoría de los que no desdeñan ocuparse de esas cuestiones lo hacen a partir de una idea preconcebida, con la cual pretenden explicarlo todo: el materialista, con las leyes exclusivas de la materia; el espiritualista, con la idea que se forma acerca de la naturaleza del alma, conforme a sus creencias. Antes de presentar una conclusión, lo más prudente es estudiar todos los sistemas, todas las teorías, con imparcialidad, y ver cuál de ellos resuelve mejor y más lógicamente el mayor número de dificultades.

La diversidad de aptitudes intelectuales y morales innatas, independientes de la educación y de cualquier otra adquisición de la vida actual, constituye un hecho evidente: es lo conocido. Si partimos de ese hecho para llegar a lo desconocido, diremos que, si el alma fuera creada en el momento del nacimiento del

cuerpo, resultaría evidente que Dios crea almas con diversas cualidades. Ahora bien, dado que esa doctrina es inconciliable con el principio de justicia soberana, forzosamente debe ser descartada. En cambio, si el alma no ha sido creada en el instante del nacimiento del individuo, eso significa que existe desde antes. En efecto, en la preexistencia del alma se encuentra la única solución posible y racional de esa cuestión y de las aparentes anomalías de las facultades humanas. Los niños que instintivamente tienen aptitudes trascendentes para un arte o una ciencia, y que poseen determinados conocimientos sin haberlos aprendido –como en el caso de los calculadores naturales, o en el de aquellos a los que, ya desde el nacimiento, la música les resulta familiar; o esos lingüistas natos, como una señora acerca de la cual más tarde tendremos oportunidad de referirnos y que, a los nueve años de edad, impartía lecciones de griego y de latín a sus hermanos, y que a los doce años leía el hebreo y lo traducía–, tuvieron que aprender esas cosas en alguna parte. Ahora bien, dado que eso no ocurrió en esta existencia, debe haber sido en otra.

Así es, el hombre ya ha vivido, no solo una vez, sino tal vez mil veces. En cada una de esas existencias sus ideas se desarrollaron; adquirió conocimientos, de los cuales conserva la intuición en la existencia siguiente, y que lo ayudan a adquirir otros nuevos. Lo mismo ocurre con el progreso moral. Los vicios de que se deshizo no vuelven más; los que conservó, se reiterarán hasta que los corrija definitivamente.

En una palabra, el hombre nace conforme se ha hecho a sí mismo. Los que vivieron más, los que alcanzaron más logros y los aprovecharon mejor, se encuentran más adelantados que el resto. Esa es la causa de la diversidad de los instintos y de las aptitudes que se observa en ellos, y es también el motivo

por el cual en la Tierra hay salvajes, bárbaros y hombres civilizados. La pluralidad de existencias es la clave de una infinidad de problemas morales, y el desconocimiento de ese principio es la causa de que tantas cuestiones hayan quedado sin solución. Admitido, si se prefiere, solamente a título de simple hipótesis, todas esas dificultades desaparecerían.

El hombre civilizado llegó a un punto en el que ya no se contenta con la fe ciega: quiere comprenderlo todo, saber el porqué y el cómo de cada cosa. Por lo tanto, preferirá una filosofía que explique, en vez de una que no lo haga. Por otra parte, la idea de la pluralidad de existencias, como todas las grandes verdades, germina en un sinfín de cerebros fuera del espiritismo; y como satisface a la razón, no está lejos el tiempo en que será incluida en el conjunto de las leyes que rigen la humanidad.

¿Qué diremos ahora respecto del niño que ha dado lugar al tema de este artículo? Sus instintos actuales se explican a través de sus antecedentes. Nació incendiario, como otros nacieron poetas o artistas, porque sin lugar a dudas fue incendiario en otra existencia, y ha conservado ese instinto.

Pero entonces –nos cuestionarán–, si cada existencia implica un progreso, en la actual el progreso será nulo para él.

Esa no es una razón. A partir de sus instintos actuales, no se debe concluir que el progreso será nulo. El hombre no se despoja súbitamente de todas sus imperfecciones. Ese niño probablemente tenía otros defectos, que lo volvían aún peor de lo que es actualmente. Ahora bien, aunque haya avanzado apenas un paso, aunque al menos haya sentido arrepentimiento y deseos de mejorar, eso siempre será un progreso. Si ese instinto se manifiesta en él de una manera tan precoz, es para llamar tempranamente la atención respecto de sus tendencias, a fin de que sus padres y los encargados de su edu-

cación se ocupen de reprimirlas antes de que se desarrollen. Tal vez él mismo solicitó que así sea, así como nacer en una familia honrada, movido por el deseo de progresar.

Es una gran tarea para los padres, porque se trata de un alma extraviada que se les ha confiado para que la conduzcan por el camino recto, y su responsabilidad sería grande si no hicieran, con ese objetivo, todo lo que estuviera a su alcance. Si su hijo estuviera enfermo, cuidarían de él con solicitud, de modo que deben considerarlo como afectado por una enfermedad moral grave, que requiere cuidados no menos intensos.

De acuerdo con todas estas consideraciones, creemos sin vanidad que los espíritas son los mejores especialistas en semejante circunstancia, precisamente porque se dedican al estudio de los fenómenos morales, y porque los analizan, no a partir de ideas personales, sino conforme a las leyes naturales.

Este caso fue presentado como tema de estudio en la Sociedad de París, y formulamos a los Espíritus la siguiente pregunta:

¿Cuál es el origen del instinto incendiario precoz de este niño, y cuáles son los medios que la educación dispone para combatirlo?

Se recibieron cuatro respuestas coincidentes, de modo que solo citaremos las dos que siguen:

(Sociedad de París, 13 de abril de 1866.
Médium: Sr. Br…)

I

Nos preguntáis cómo ha sido la existencia anterior de ese niño que muestra una inclinación tan precoz hacia la destrucción y, particularmente, hacia los incendios. Por desgracia, su

pasado es horrible, y sus tendencias actuales os dicen bastante acerca de lo que ha podido ser. Vino para expiar, y debe luchar contra sus instintos incendiarios. Es una gran prueba para sus padres, que se hallan constantemente afectados por sus fechorías y no saben cómo reprimir esa funesta inclinación. El conocimiento del espiritismo sería un poderoso auxilio para ellos, y Dios, en su misericordia, les concederá tal gracia, porque sólo a través de ese conocimiento se puede confiar en que ese Espíritu mejore.

Ese niño es una demostración evidente de la anterioridad del alma respecto de la encarnación presente. Ya lo veis: ese extraño estado moral llama la atención e invita a reflexionar. Dios se vale de todos los medios para hacer que os llegue el conocimiento de la verdad acerca de vuestro origen, vuestro progreso y vuestra meta.

Un Espíritu

(Médium: señorita Lat…)

II

El espiritismo ya ha desempeñado un papel importante en vuestro mundo, pero eso no es más que el preludio de lo que estáis llamados a ver. Cuando la ciencia permanece muda ante ciertos hechos, y la religión tampoco puede resolverlos, el espiritismo acude para darles la solución. Cuando la ciencia no complace a vuestros sabios, ellos abandonan la causa ante la falta de explicaciones suficientes. En numerosas circunstancias, las luces del espiritismo podrían resultarles de gran ayuda, especialmente en este caso de monomanía incendiaria. Para ellos, se trata de un género de locura, porque conside-

ran que todas las monomanías lo son, pero cometen un gran error. En este caso la medicina no puede hacer nada; deben intervenir los espíritas.

No es admisible para vosotros que esa inclinación a destruir con fuego proceda de la existencia actual. Es necesario remontarse más atrás y ver en las tendencias perversas de ese niño un reflejo de sus actos anteriores.

Además, es impulsado por los mismos que fueron sus víctimas, porque, para satisfacer su ambición, no dudó en recurrir al incendio ni al sacrificio de los que podían ser un obstáculo para él. En una palabra, se encuentra bajo la influencia de Espíritus que todavía no le perdonan los tormentos con que los hizo sufrir. Esperan venganza.

La prueba de ese niño consiste en salir victorioso de la lucha. Pero Dios, en su soberana justicia, ha colocado el remedio junto al mal. En efecto, ese remedio está en su tierna edad y en la influencia benéfica del medio en que se encuentra. Por el momento, el niño no puede hacer nada. Los padres deben velar por él. Más tarde, él deberá vencerse a sí mismo y, mientras no domine la situación, la lucha continuará. Sería preciso que fuera educado en los principios del espiritismo, pues de esa doctrina obtendría las fuerzas y, al comprender su prueba, tendría más voluntad para triunfar.

Espíritus buenos, encargados de esclarecer a los encarnados, posad vuestra mirada sobre ese pobre niño, cuyo castigo es justo. Acudid a él, ayudadlo, dirigid sus pensamientos hacia el espiritismo, a fin de que triunfe más deprisa y la lucha termine en su favor.

Un Espíritu

Tentativa de asesinato contra el emperador de Rusia

Estudio psicológico

El *Indépendance Belge*, del 30 de abril, con el título *Noticias de Rusia, correspondencia de San Petersburgo*, presenta un relato minucioso de las circunstancias que siguieron al atentado de que fue víctima el Zar. Además, menciona algunos indicios precursores del crimen y contiene al respecto el siguiente pasaje:

"Dicen que el gobernador de San Petersburgo, el príncipe Souwouroff, había recibido una carta anónima, firmada NNN, en la que le ofrecían, mediante algunas indicaciones, develar un misterio importante, y le solicitaban que respondiera a través de la *Gazeta de la Policía.* La respuesta apareció, escrita así: 'La cancillería del Gobernador General invita a NNN a presentarse el día de mañana, entre las once y las doce, para dar algunas explicaciones'. El anónimo no apareció, pero envió una segunda carta, en la que anunciaba que era demasiado tarde y que ya no era libre de concurrir.

"La invitación fue reiterada dos días después del atentado, pero sin éxito.

"Finalmente, como último indicio, algunas personas recordaron que tres semanas antes del atentado, el periódico alemán *Die Gartenlaube* había publicado el relato de una *sesión espírita* realizada en Heidelberg, y en la cual el *Espíritu de Catalina II* había anunciado que el emperador Alejandro corría un gran peligro.

"Difícilmente se explica, después de todo eso, cómo es posible que la policía secreta rusa no haya sido advertida a

tiempo respecto del crimen que se preparaba. Esa policía, que cuesta muy caro, y que llena de espías inútiles nuestros círculos y nuestras reuniones públicas, no solo no supo descubrir a tiempo el complot, sino que tampoco supo proteger al soberano con su vigilancia, lo cual es elemental y de absoluta necesidad, sobre todo con un príncipe que sale casi siempre solo, junto con su enorme perro; que da paseos a pie durante la mañana, sin la compañía de un ayudante de campo. El mismo día del atentado, encontré al Emperador en la calle Millonaïa, a las nueve y media de la mañana. Estaba completamente solo, y saludaba con afabilidad a quienes lo reconocían. La calle estaba casi desierta, y había muy pocos policías".

Lo más notable de este artículo es la mención, sin comentarios, del *aviso impartido por el Espíritu de Catalina II en una sesión espírita.* ¿Se habría mencionado ese hecho como uno de los indicios precursores del atentado, si se hubiera considerado que las comunicaciones espíritas eran juegos malabares o ilusiones? En un tema tan grave, habrían evitado hacer que intervenga una creencia considerada ridícula. Esa es una nueva prueba de la reacción que tiene lugar en la opinión pública respecto del espiritismo.

Tenemos que analizar el hecho del atentado desde otro punto de vista. Sabemos que el Emperador se salvó gracias a un joven campesino llamado Joseph Kommissaroff, que pasaba por el lugar y pudo desarmar el brazo asesino. También sabemos acerca de los favores de todo tipo con que el joven fue reconocido. Lo nombraron caballero, y las dádivas que recibió le aseguraron una fortuna considerable.

Con motivo del aniversario de su natalicio, este joven se dirigía a una capilla situada al otro lado del Neva. Pero era la época del deshielo y la circulación se hallaba interrumpida,

por lo que debió renunciar a sus planes. Debido a esa circunstancia, al mantenerse en esa margen del río, se cruzó con el Emperador, que salía del jardín de verano. En medio de los transeúntes, notó que un individuo intentaba aproximarse, y su actitud le resultó sospechosa. Lo siguió y, cuando vio que sacaba una pistola del bolsillo y apuntaba contra el Emperador, tuvo la presencia de ánimo para golpearlo debajo de brazo, de modo tal que el disparo salió al aire.

¡Ha sido una feliz casualidad –exclamarán algunas personas– que justo en ese momento el deshielo haya impedido que Kommissaroff atravesara el Neva! Nosotros, en cambio, que no creemos en el acaso, pues sabemos que todo se encuentra sujeto a una dirección inteligente, diremos que correr ese peligro formaba parte de las pruebas del Zar (Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XXV: "Oración ante un peligro inminente"). No obstante, como su hora no había llegado aún, Kommissaroff había sido elegido para impedir la realización del crimen, y esos acontecimientos, que parecían un efecto del acaso, estaban combinados para alcanzar el resultado previsto.

Los hombres son los instrumentos inconscientes de los designios de la Providencia. Esta realiza esos designios a través de ellos, sin necesidad de recurrir a prodigios. Basta con la mano invisible que los dirige, y nada se aparta del orden de las cosas naturales.

En ese caso –nos dirán–, el hombre no es más que una máquina, y sus acciones son fatales. De ningún modo –diremos–, porque si fuera estimulado a realizar alguna acción, no se vería obligado. El hombre no deja por eso de conservar su libre albedrío, en virtud del cual puede llevar a cabo esa acción o no, y la mano que lo conduce se mantiene in-

visible, precisamente para dejarlo más libre. De ese modo, Kommissaroff podía muy bien no ceder al impulso oculto que lo dirigía al encuentro del Emperador; podía mantenerse indiferente, como tantos otros, al ver al asesino y notar su actitud sospechosa; por último, podía haber mirado para otro lado en el momento en que este último sacaba la pistola de su bolsillo. Pero entonces –nos preguntarán–, si Kommissaroff se hubiera resistido a ese impulso, ¿el Emperador habría sido asesinado? Tampoco –responderemos–. Los designios de la Providencia no se hallan a merced del capricho de un hombre. La vida del Emperador debía ser preservada. En ausencia de Kommissaroff, se habría recurrido a otro medio. Un insecto habría podido picar la mano del asesino, obligándolo a realizar un movimiento involuntario. Una corriente fluídica dirigida hacia él habría podido causarle un deslumbramiento. Si Kommissaroff no hubiera escuchado la voz íntima que lo guiaba a pesar suyo, habría perdido el beneficio de la acción que debía realizar. Eso es todo lo que habría ocurrido. Pero si al Emperador le hubiera llegado la hora fatal, nada lo habría salvado. Ahora bien, los peligros inminentes que corremos tienen precisamente por objeto mostrarnos que nuestra vida pende de un hilo, que puede romperse en el momento en que menos lo pensamos y, de ese modo, advertirnos para que siempre estemos dispuestos a partir.

No obstante, ¿por qué se eligió a ese joven campesino y no a otra persona? Para todo el que vea en los acontecimientos algo más que un simple juego del acaso, cada cosa tiene su razón de ser. Así pues, debía haber un motivo en la elección de ese joven, y aun cuando ese motivo nos resulte desconocido, la Providencia nos ofrece suficientes pruebas de su sabiduría para que no dudemos de que dicha elección tenía su utilidad.

Esta cuestión se presentó como tema de estudio en una reunión espírita realizada en casa de una familia rusa que reside en París. En dicha reunión, un Espíritu dio la siguiente explicación.

(París, 1.° de mayo de 1866. Médium: Sr. Desliens.)

Nada queda librado al azar, incluso en la existencia del más ínfimo de los seres. *Los principales acontecimientos de su vida se hallan determinados por sus pruebas: los detalles reciben la influencia de su libre albedrío.* No obstante, el conjunto de las situaciones ha sido previsto y combinado con anticipación por él mismo y por aquellos que Dios ha dispuesto para su guarda.

En el caso que nos ocupa en este momento, los hechos ocurrieron según su curso ordinario. Ese joven es un Espíritu adelantado e inteligente, de modo que eligió como prueba nacer en una condición miserable, después de haber ocupado una elevada posición social. Dado que su inteligencia y su moralidad ya estaban muy desarrolladas, solicitó una condición humilde y oscura para extinguir los últimos vestigios del orgullo que el espíritu de casta había dejado en él. Eligió libremente, pero Dios y los Espíritus buenos se reservaron recompensarlo ante la primera manifestación de *devoción desinteresada*, y ya veis en qué consiste su recompensa.

Ahora le resta, en medio de los honores y la fortuna, mantener intacto el sentimiento de humildad, que ha sido el objetivo de su encarnación. Así pues, se trata también de una prueba, y doble, por su condición de hombre y de padre. Como hombre, debe resistir la embriaguez de una inmensa y súbita fortuna; como padre, debe preservar a sus hijos de la altanería de los advenedizos. Puede crearles una posición

admirable, aprovechando su posición intermediaria para hacer de ellos hombres útiles para su país. Plebeyos de nacimiento, nobles por el mérito de su padre, ellos podrán, como muchos de los que encarnan actualmente en Rusia, trabajar intensamente con miras a la fusión de los elementos heterogéneos y la desaparición del elemento servil que, sin embargo, aún durante mucho tiempo no podrá ser destruido de manera radical.

En esa elevación hay una recompensa, sin duda, pero también hay una prueba. Sé que en Rusia el mérito recompensado encuentra merced ante los grandes; pero allá, como en otras partes, el advenedizo orgulloso y presumido de su valor es víctima del escarnio; se convierte en juguete de una sociedad que en vano se esfuerza por imitar. El oro y las grandezas no le han concedido la elegancia ni el carácter mundano. Despreciado y envidiado por aquellos entre los que nació, a menudo se aísla y se siente infeliz en medio de su fausto.

Como veis, no todo es agradable en medio de esas elevaciones súbitas, y sobre todo cuando alcanzan semejantes proporciones. Respecto de ese joven, confiamos en que, debido a sus excelentes cualidades, sabrá disfrutar en paz las ventajas que su acto le proporcionó, así como evitar los escollos que podrían demorar su marcha en el camino del progreso.

Moki

Observación: A falta de pruebas materiales respecto de su exactitud, debemos convenir en que esta explicación es eminentemente racional e instructiva; y como el Espíritu que la transmitió siempre se ha distinguido por la seriedad y el contenido profundo de sus comunicaciones, consideramos que esta tiene todos los caracteres de la probabilidad.

La nueva posición de Kommissaroff es en efecto muy riesgosa para él, y su porvenir dependerá del modo como atraviese esta prueba, cien veces más peligrosa que las desgracias materiales a las que las personas se resignan a la fuerza, mientras que es mucho más difícil resistirse a las tentaciones del orgullo y de la opulencia. ¡Cuánta fuerza extraería del conocimiento del espiritismo y de las verdades que este enseña!

No obstante, como se ha señalado, las miras de la Providencia no se detienen ante ese joven. A la vez que atraviesa su prueba, y por el hecho de la prueba misma, él puede, gracias a la concatenación de las circunstancias, convertirse en un elemento de progreso para su país, contribuyendo a la destrucción de los prejuicios de casta. Así pues, en el mundo todo se vincula mediante la intervención de las fuerzas inteligentes que lo dirigen. Nada es inútil, y las cosas menos importantes en apariencia pueden conducir a los mayores resultados, y *sin derogar las leyes de la naturaleza.* Si pudiéramos ver ese mecanismo que nuestra naturaleza material y nuestra inferioridad nos ocultan, ¡cuán inmensa sería nuestra admiración! Pero aunque no podamos verlo, el espiritismo, al revelarnos esas leyes, hace que lo comprendamos con el pensamiento, y de ese modo nos eleva, incrementa nuestra fe y nuestra confianza en Dios, y combate victoriosamente a la incredulidad.

Un sueño instructivo

Durante la última enfermedad que me aquejó, en abril del corriente año 1866, me hallaba inmerso en una somnolencia y un ensimismamiento casi continuos. En esos momentos so-

ñaba constantemente con cosas insignificantes, a las que no prestaba la menor atención; pero la noche del 24 de abril la visión presentó un carácter tan particular que me impresionó vivamente.

En un lugar que no figuraba entre mis recuerdos, y que se asemejaba a una calle, había una reunión de personas que conversaban; sólo algunas de ellas me resultaban conocidas en el sueño, pero no sabía sus nombres. Observaba yo a esa gente y trataba de averiguar el objeto de su conversación, cuando de repente apareció en el ángulo de una pared una inscripción en pequeños caracteres, brillantes como fuego, que me esforcé por descifrar. Entonces leí lo siguiente: *Hemos descubierto que el caucho rodando bajo la rueda hace una legua en diez minutos, con tal que la ruta…* Mientras buscaba el final de la frase, la inscripción comenzó a desaparecer poco a poco, y me desperté. Como temía olvidarme de tan singulares palabras, me apresuré a anotarlas.

¿Cuál sería el sentido de esa visión, que absolutamente nada, tanto en mis pensamientos como en mis preocupaciones, podía haber originado? Dado que yo no me ocupo de inventos ni de investigaciones industriales, era imposible que fuese un reflejo de mis ideas. Por otra parte, ¿qué podía significar ese *caucho* que, rodando bajo una rueda, hacía una legua en diez minutos? ¿Acaso era la revelación de alguna nueva propiedad de dicha sustancia? ¿Estaría ella destinada a desempeñar un papel en la locomoción? ¿Se pretendía ponerme en el camino de un descubrimiento? Pero, en ese caso, ¿por qué dirigirse a mí y no a los especialistas, que disponen de tiempo para hacer los estudios y las experiencias necesarios? Sin embargo, ese sueño era demasiado característico y específico

para clasificarlo entre los sueños fantásticos. Debía tener un objetivo. ¿Cuál? Tal es lo que inútilmente buscaba.[23]

Durante el día, en oportunidad de una consulta al doctor Demeure acerca de mi estado de salud, aproveché para solicitarle que me dijera si el sueño contenía algo serio. Esta es la respuesta:

"Los numerosos sueños que te asediaron estos últimos días son el resultado de la dolencia que sufres. Toda vez que el cuerpo se debilita, el Espíritu tiende a desprenderse; pero cuando el cuerpo sufre, el desprendimiento no se produce de manera regular y normal; el Espíritu es llamado incesantemente para que ocupe su puesto; a eso se debe una especie de lucha, de conflicto, entre las necesidades materiales y las tendencias espirituales. También a eso se deben las interrupciones y las mezclas que confunden las imágenes y las transforman en conjuntos extraños y desprovistos de sentido. El carácter de los sueños se relaciona más de lo que se supone con la naturaleza de la enfermedad. Ese es un estudio pendiente, y con frecuencia los médicos realizarán a partir de ahí valiosos diagnósticos, cuando reconozcan la acción independiente del Espíritu y el importante rol que desempeña en el organismo. Así como el estado del cuerpo reacciona sobre el Espíritu, por su lado el estado del Espíritu influye poderosamente en la salud y, en ciertos casos, es tan útil actuar sobre el Espíritu como

23. Al transcribir estos párrafos en su "Biografía de Allan Kardec" (Buenos Aires: CEA, 2018), Henri Sausse comenta: "Si Allan Kardec hubiera vivido algunos años más, habría podido darse cuenta de la realidad y la importancia de ese sueño, así como del rol primordial que estaba reservado al caucho en la locomoción de las bicicletas, cuya velocidad sobrepasa a menudo la mencionada, y en su empleo en los neumáticos de los automóviles, que en su vertiginosa carrera han llegado a quintuplicar con frecuencia aquella velocidad". (N. del T.)

sobre el cuerpo. Ahora bien, la naturaleza de los sueños a menudo puede ser un indicio del estado del Espíritu. Repito que se trata de un estudio pendiente, que la ciencia ha descuidado hasta la actualidad, pues en todas partes no ve otra cosa más que la acción de la materia, y no toma en cuenta en absoluto el elemento espiritual.

"En cuanto al sueño que mencionas, acerca del cual guardaste un recuerdo tan nítido, considero que pertenece a otra categoría. Contiene un hecho notable y digno de atención. No cabe duda de que fue motivado, pero en este momento no podría darte una explicación satisfactoria; sólo podría ofrecerte mi opinión personal, acerca de la cual no estoy demasiado seguro. Obtendré mis informaciones en una buena fuente, y mañana compartiré contigo lo que haya aprendido".

Al día siguiente, el doctor Demeure me dio la siguiente explicación:

"Lo que has visto en el sueño que estoy encargado de explicarte no es una de esas imágenes fantásticas provocadas por la enfermedad; es realmente una manifestación, no de Espíritus *desencarnados*, sino de Espíritus *encarnados.* Tú sabes que durante el dormir es posible encontrarse con personas conocidas o desconocidas, muertas o vivas. Esto último es lo que ocurrió en dicha circunstancia. Lo que viste son *encarnados* que se ocupan, por separado y en su mayoría sin conocerse unos a otros, de inventos destinados a perfeccionar los medios de locomoción, a fin de reducir tanto como sea posible el gasto excesivo causado por el deterioro de los materiales que se emplean actualmente. Algunos pensaron en el caucho; otros, en otros materiales; pero lo importante es que *quisieron llamarte la atención*, como tema de estudio psicológico, respecto de la reunión de Espíritus de diversos hombres que

persiguen un mismo fin. El descubrimiento no tiene relación con el espiritismo; apenas se pretendió mostrarte la reunión de los inventores, y la inscripción no tenía otra finalidad más que especificarte el objeto principal de su preocupación, pues hay algunos que buscan otras aplicaciones para el caucho. Ten la certeza de que frecuentemente ocurre de ese modo, y cuando varios hombres descubren al mismo tiempo una nueva ley o un nuevo elemento en diversos puntos del globo, durante el dormir sus Espíritus han estudiado juntos la cuestión y, al despertarse, cada uno trabajó por su lado para sacar provecho del fruto de sus observaciones.

"Observa que esas ideas pertenecen a *encarnados*, y que en nada atentan contra el mérito del descubrimiento. Puede ser que de todos esos cerebros en ebullición salga algo útil, como también es posible que apenas resulten quimeras. No necesito decirte que sería inútil interrogar sobre eso a los Espíritus, pues su misión –como lo has señalado en tus obras– no consiste en ahorrarle al hombre el trabajo de las investigaciones, entregándole inventos acabados, que serían otros tantos incentivos para cultivar la pereza y la ignorancia. En ese gran torneo de la inteligencia humana, cada uno participa de él por su cuenta, y la victoria es del más hábil, del más perseverante, del más valiente.

"*Pregunta*: ¿Qué debemos pensar acerca de los descubrimientos atribuidos al acaso? ¿No los hay que no son fruto de ninguna investigación?

"*Respuesta*: Sabes bien que el acaso no existe. Hasta aquellas cosas que te parecen las más fortuitas tienen su razón de ser, pues hay que tomar en cuenta las innumerables inteligencias ocultas que presiden las partes del conjunto. Cuando llega la hora de un descubrimiento, esas mismas inteligencias

ponen los elementos a la luz. Veinte hombres, cien hombres, pasarán al lado de esos elementos sin notarlos, y apenas uno fijará la atención en ellos. Un hecho insignificante para la multitud será para ese hombre como un rayo de luz. Pero no bastará con encontrarlo, pues lo esencial es saber llevarlo a la práctica. El acaso no lo puso ante sus ojos, sino los Espíritus buenos, que le dijeron: *Mira, observa y aprovecha, si lo deseas*. Después, él mismo, en los momentos de libertad de su Espíritu, durante el sueño del cuerpo, será orientado y, al despertarse, instintivamente se dirigirá hacia el lugar donde debe encontrar aquello que él está llamado a hacer fructificar mediante su inteligencia.

"No, no hay acaso: todo es inteligente en la naturaleza".

Visión retrospectiva de las diversas encarnaciones de un Espíritu

El sueño en los Espíritus

por el doctor Cailleux.

(Sociedad Espírita de París, 11 de mayo de 1866.
Médium: Sr. Morin.)

Vuestra bienvenida y las afectuosas plegarias que habéis aplicado en mi intención me obligan a agradeceros profundamente, así como a garantizaros mi eterna devoción. Luego de mi ingreso en la verdadera vida, pronto me familiaricé con las nuevas pero muy agradables exigencias de mi situación actual.

Ahora me llaman de todas partes, ya no como en el pasado, para cuidar los cuerpos enfermos, sino para que lleve alivio a las enfermedades del alma. Me agrada desempeñar esa tarea, y atiendo el llamado de las almas que sufren con tanta mayor rapidez que otrora, cuando me dirigía a la cabecera de los enfermos. Puedo incluso –y eso no tiene nada de asombroso para mí– transportarme casi instantáneamente de un punto a otro, con la misma facilidad con que mi pensamiento pasa de un tema a otro. Sólo me asombra que sea yo quien puede hacerlo… ¡Yo…!

Mis buenos amigos, tengo que hablaros acerca de un hecho espiritual que me ocurrió y que someto a vuestra consideración, para que me ayudéis a reconocer mi error, en caso de que me haya equivocado en mis apreciaciones al respecto. Como sabéis, en mi última encarnación fui médico y me dediqué con ardor a los estudios de mi profesión. Todo lo referido a eso era para mí un asunto de observación. Debo reconocer, sin orgullo, que había adquirido algunos conocimientos, tal vez porque no siempre seguí al pie de la letra el camino trazado por la rutina. A menudo buscaba en lo moral aquello que pudiera causar una perturbación en lo físico, y tal vez sea por eso que conocía mi profesión un poco mejor que algunos colegas. Por último, hace algunos días comencé a sentir una especie de sopor que se apoderaba de mi Espíritu y, conservando la conciencia de mi *yo*, me sentí transportado en el espacio, hasta que llegué a un lugar cuyo nombre no conocéis. Ahí me encontré en una reunión de Espíritus que, en vida, se habían hecho bastante célebres por sus descubrimientos.

No fue poco mi asombro cuando reconocí en esos antepasados de todos los tiempos, en esos nombres de todas las épocas, una semejanza periespiritual conmigo. Me pregunté qué

significaba todo eso. Les dirigí las preguntas que me sugería mi situación, pero mi asombro fue aún mayor al escuchar que la respuesta provenía de mí mismo. Entonces me dirigí hacia ellos, pero descubrí que me encontraba solo.

Estas son mis deducciones…

Doctor Cailleux

Nota: El Espíritu se detuvo aquí y continuó en la sesión siguiente.

La cuestión de los fluidos, que constituye el fondo de vuestros estudios, desempeñó un papel muy importante en el hecho que os referí en la última sesión. Hoy puedo explicaros mejor lo que ocurrió y, en vez de deciros cuáles eran mis conjeturas, puedo transmitiros lo que me revelaron los buenos amigos que me guían en el mundo de los Espíritus.

Cuando mi Espíritu sufrió esa especie de adormecimiento, yo me encontraba, por decirlo de algún modo, magnetizado por el fluido de mis amigos espirituales. Gracias a una autorización de Dios, de ahí debía resultar una satisfacción moral que –según me dicen– es mi recompensa y, además, un estímulo para que avance por el camino que mi Espíritu sigue desde hace ya un buen número de existencias.

Así pues, me encontraba dormido, en un sueño magnético-espiritual. Pude ver que el pasado tomaba forma en un presente ficticio, y reconocí individualidades desaparecidas en la sucesión de los tiempos, o mejor dicho, que habían sido apenas un solo individuo. Vi un ser que comenzaba una labor médica; y luego otro, que continuaba más tarde la labor que el primero había dejado esbozada; y así sucesivamente. Llegué

a ver, en menos tiempo del que me lleva decíroslo, de época en época, cómo se formaba, crecía y se convertía en ciencia, aquello que al principio no había sido más que los primeros ensayos de un cerebro ocupado en estudios para el alivio de la humanidad sufridora. Pude ver todo eso, y cuando llegué al último de esos seres, que sucesivamente habían dado complemento a la obra, entonces me reconocí. En ese momento, todo se desvaneció, y volví a ser el Espíritu aún atrasado de vuestro pobre doctor. Ahora bien, esta es la explicación. No os la doy para envanecerme –lejos de eso–, sino más bien para proporcionaros un tema de estudio, al hablaros del sueño espiritual que, explicado por vuestros guías, no puede más que resultarme de utilidad, pues asisto a todos vuestros trabajos.

En ese sueño pude ver los diferentes cuerpos que mi Espíritu animó a partir de determinado número de encarnaciones, y todos ellos trabajaron en la ciencia médica sin alejarse jamás de los principios que el primero había elaborado. Esta última encarnación no era para aumentar mi saber, sino tan solo para practicar lo que enseñaba mi teoría.

Con todo esto, soy vuestro eterno deudor. Pero si me lo permitís, volveré a solicitaros lecciones y, algunas veces, a daros mi opinión personal sobre determinadas cuestiones.

Doctor Cailleux

Estudio

Aquí encontramos una doble enseñanza. En primer lugar, el hecho de la magnetización de un Espíritu por parte de otros Espíritus, con el sueño subsiguiente. En segundo lugar, la visión retrospectiva de los diferentes cuerpos que ese Espíritu animó.

Así pues, los Espíritus pueden experimentar una especie de sueño, lo cual constituye otro punto de contacto entre el estado corporal y el estado espiritual. Es cierto que en este caso se trata de un sueño magnético; no obstante, ¿podría ocurrir que se produzca en ellos un sueño natural semejante al nuestro? Eso no tendría nada de sorprendente, si consideramos que hay Espíritus tan identificados con el estado corporal, que confunden su cuerpo fluídico con un cuerpo material, y que creen que trabajan como lo hacían en la Tierra, además de que experimentan cansancio. Si sienten cansancio, deben experimentar la necesidad de descansar, y entonces pueden creer que se acuestan a dormir, así como creen que trabajan y viajan en ferrocarril. Decimos que ellos *creen* eso, porque hablamos desde nuestro punto de vista. Ya que todo es relativo y se halla en relación con su naturaleza fluídica, para los Espíritus sus cosas son tan reales como lo son para nosotros las cosas materiales.

Los Espíritus que conservan tales ilusiones son de un orden inferior. Cuanto menos adelantados se encuentran, su estado más se asemeja al estado corporal. Ahora bien, este no es el caso del doctor Cailleux, que es un Espíritu adelantado y conoce perfectamente su situación. Pero no es menos cierto que tuvo conciencia de un adormecimiento análogo al sueño, durante el cual vio sus diversas individualidades.

Un miembro de la Sociedad de París explica ese fenómeno de la siguiente manera: Durante el sueño humano, solo el cuerpo descansa, porque el Espíritu no duerme. Lo mismo ocurre en el estado espiritual: el sueño magnético, u otro, solo afecta al cuerpo espiritual o periespíritu, de modo que el Espíritu se encuentra en un estado relativamente análogo al del Espíritu encarnado durante el sueño del cuerpo, es decir que conservar la conciencia de su ser. Las diferentes encarnaciones

del señor Cailleux, que sus guías espirituales querían hacerle observar para su instrucción, pudieron presentarse ante él a modo de recuerdo, de la misma manera que las imágenes se presentan en los sueños.

Esta explicación es absolutamente lógica. Fue confirmada por los Espíritus, quienes, al provocar el relato del doctor Cailleux, quisieron darnos a conocer un nuevo aspecto de la vida de ultratumba.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Está en el aire

(París, 13 de mayo de 1866.- Médium: Sr. Tail…)

Pregunta: Cuando algo es presentido por las masas, por lo general se dice que *está en el aire*. ¿Cuál es el origen de esa expresión?

Respuesta: Su origen, como el de una cantidad de cosas que las personas no comprenden y que el espiritismo explica, se encuentra en el sentimiento íntimo e intuitivo de la realidad. Se trata de una expresión más auténtica de lo que se supone.

Ese presentimiento general respecto de la proximidad de algún acontecimiento importante tiene dos causas: la primera de ellas procede de la cantidad innumerable de Espíritus que incesantemente recorren el espacio y tienen conocimiento de las cosas que se preparan. Debido a su desmaterialización, ellos se encuentran en mejores condiciones para observar el desarrollo de tales acontecimientos y prever su desenlace. Esos Espíri-

tus, que se *rozan* sin cesar con la humanidad, le comunican sus pensamientos a través de las corrientes fluídicas que vinculan el mundo corporal con el mundo espiritual. Aun cuando no los veáis, sus pensamientos llegan a vosotros como el aroma de las flores ocultas entre el follaje, y vosotros los asimiláis sin saberlo. El aire está literalmente surcado por esas corrientes fluídicas que en todas partes siembran ideas, razón por la cual la expresión *está en el aire* no solo es una figura, sino positivamente una verdad. Algunos Espíritus se hallan encargados más especialmente por la Providencia de transmitir a los hombres el presentimiento de las cosas *inevitables*, con el fin de impartirles una advertencia secreta, de modo que cumplen dicha misión esparciéndose entre ellos. Son como voces íntimas que repercuten en el fuero interior de los hombres.

La segunda causa de ese fenómeno se encuentra en el desprendimiento del Espíritu encarnado, durante el descanso del cuerpo. En esos momentos de libertad, se relaciona con Espíritus semejantes a él y con los cuales siente más afinidad. Se compenetra con los pensamientos de ellos, ve lo que no puede ver con los ojos del cuerpo, y al despertar relata su intuición como si se tratara de una idea completamente personal. Eso explica por qué la misma idea surge al mismo tiempo en cien lugares diferentes y en miles de cerebros.

Como sabéis, algunos individuos son más aptos que otros para recibir el influjo espiritual, ya sea porque se comunican directamente con otros Espíritus, o bien porque se desprenden con más facilidad de su propio Espíritu. Muchos gozan en diversos grados de la doble vista o visión espiritual, que es una facultad mucho más común de lo que suponéis, y que se revela de mil maneras. Otros conservan un recuerdo más o menos nítido de lo que vieron en los momentos de

emancipación del alma. Como consecuencia de esa aptitud, tienen nociones más precisas de las cosas. No es un simple presentimiento vago, sino la intuición, y en algunos de ellos el conocimiento, del propio hecho cuya realización prevén y anuncian. Si se les preguntara cómo lo saben, la mayoría de ellos no sabría explicarlo: algunos dirían que les habló una voz interior; otros, que tuvieron una visión reveladora; otros, por último, dirían que lo sintieron, sin saber cómo. En los tiempos de ignorancia, y según las personas supersticiosas, se los consideraba adivinos y hechiceros, mientras que simplemente eran personas dotadas de una mediumnidad espontánea e inconsciente: una facultad inherente a la naturaleza humana y que no tiene nada de sobrenatural, pero que no puede ser comprendida por aquellos que no admiten la existencia de nada que esté más allá de la materia.

Esa facultad ha existido en todos los tiempos, pero vale señalar que se desarrolla y se multiplica bajo el imperio de las circunstancias que producen en el espíritu un incremento de actividad, en los momentos de crisis y ante la proximidad de los grandes acontecimientos. Las revoluciones, las guerras, las persecuciones de partidos y de sectas, siempre hicieron que surja un gran número de videntes y de inspirados, a los que se calificó como iluminados.

Doctor Demeure

Observación: Las relaciones del mundo corporal con el mundo espiritual no tienen nada de sorprendente, si consideramos que esos dos mundos están formados por los mismos elementos, es decir, por los mismos individuos, que pasan alternativamente de uno a otro. Lo que ocurre hoy entre los

encarnados de la Tierra, ocurrirá mañana entre los desencarnados del espacio, y viceversa. El mundo de los Espíritus no es, pues, un mundo aparte, sino la humanidad misma, despojada de su envoltura material, y que prosigue su existencia con una nueva forma y con más libertad.

Así pues, las relaciones entre esos dos mundos, que se encuentran en contacto incesante, forman parte de las leyes naturales. El desconocimiento de la ley que los rige ha sido el obstáculo de todas las filosofías y el motivo por el cual tantos problemas han permanecido insolubles. El espiritismo, que es la ciencia de esas relaciones, nos brinda la única clave que puede resolverlos. ¡Cuántas cosas han dejado de ser un misterio gracias a él!

POESÍAS ESPÍRITAS

Para tu libro

(Sociedad de París, 11 de mayo de 1866.-
Médium: Sr. V…)[24]

En breve, hijo, habrás de
abandonar

Bientôt, enfant, tu vas
quitter

24. El médium es el Sr. L. Vavasseur. Véanse el comentario al final de las "Poesías espíritas" publicadas en el número de agosto de 1866, y el opúsculo de Allan Kardec: "Estudio sobre la poesía mediúmnica" (Buenos Aires: CEA, 2019), que constituye la introducción del libro *Ecos poéticos de ultratumba*, publicado por dicho médium en 1867. (N. del T.)

este humilde techo que te vio
nacer,
para recorrer el mundo y
enfrentar
sus peligros, y tal vez fenecer
sin que al puerto arribes.
Antes de huir de nuestro lado,
como otrora, te ruego
que escuches
la voz que de pequeño te
ha guiado.
¡Oh! En tu camino, hijo amado,
a menudo el espino orgulloso
rasgará tu blanca mano,
y su aguijón venenoso
hará cojear tu pierna herida,
más de una vez, en tu existir.
¡No importa! Lejos de aquí
deberás
la estrella que te ilumina seguir,
y marchar siempre al frente;
sin tu patria extrañar,
ni tu aldea, ni tu hogar ausente,
y morir sin tu vida llorar,
si habrás de perderla un día,
predicando a todos como
doctrina
la fe, la caridad y el amor,
únicos deberes de tu ley divina;
en todas partes extirpando
el orgullo,

Cet humble toit qui t'a vu
naître,
Pour courir le monde,
affronter
Ses dangers, et mourir peut-être
Sans avoir pu toucher au port.
Avant de fuir notre rivage,
Comme autrefois, écouter
encor
La voix qui guida ton jeune
âge.
Hélas! Mon fils, sur ton chemin,
Bien souvent la ronce orgueilleuse
Déchirera ta blanche main,
El son épine venéneuse
Fera boîter ton pied meurtri,
Plus d'une fois, dans la carriere.
N'importe! Il faudra, loin
d'ici,
Suivre l'étoile qui t'éclaire,
Et marcher toujours en avant;
Ne point regretter ta patrie,
Ton hameau, ton foyer absent,
Et mourir sans pleurer ta vie,
Si tu devais la perdre un jour,
En prêchant à tous pour
doctrine
La foi, la charité, l'amour,
Seuls devoirs de ta loi divine;
En arrachant partout
l'orgueil,

el falso saber y el egoísmo,
que se extienden cual mortaja,
sobre la cuna del espiritismo;
repitiendo lo que las voces
de esos mundos invisibles
parecen revelarte a veces
en murmullos indecibles;
lamentando un siglo grosero,
que sumará el insulto a la injuria
cuando te llame hechicero,
o decidor de la buenaventura;
y tú su desprecio perdonarás;
practicando con la plegaria
sus muchos amigos cubrirás
con tu bandera humilde y santa.

He dicho: ¡Parte, hijo mío!
¡Adiós!
Tu tarea es ardua y difícil,
pero cree y espera en tu Dios,
pues Él la hará más fácil.

Le faux savoir et l'égoïsme
Qui s'étendent, comme un linceul,
Sur le berceau du Spiritisme;
En répétant ce que la voix
De tous ces mondes invisibles
Semble te révéler parfois
Dans des murmures indicibles;
En plaignant un siècle grossier,
Qui joindra l'insulte à l'injure
Quand il t'appellera sorcier,
Ou diseur de bonne aventure;
En lui pardonnant son mépris;
En essayant, par la prière,
De ranger ses nombreux amis
Sous ton humble et sainte bannière.

J'ai dit: Pars, mon enfant, adieu;
adieu;
Ta tâche est lourde et difficile,
Mais crois et espère en ton Dieu,
Il te la rendra plus facile.

Un Espíritu Poeta

En la sesión siguiente, del 18 de mayo, el mismo médium escribió espontáneamente lo que sigue:

"Respuesta a una crítica a mis versos *Para tu libro*, realizada con cierta ligereza, el viernes pasado, por un desconocido al que no he visto aquí esta noche."

En un misterioso boscaje,
oculto en el incipiente follaje
de verdes lilas, todos los años
en primavera se oía,
una curruca graciosa
cantar su chanzoneta afectuosa.
Los pájaros del bosque vecino
cada mañana acudían
cerca de ella, en silencio,
para escuchar mejor la cadencia
que su pura voz desgranaba,
hilaba, perlaba, modulaba,
con una gracia infinita.
La multitud asombrada y complacida,
a la diva aplaudía,
cuando por acaso llegó
un joven mirlo de negro plumaje
y se puso a silbar de rabia
la monótona canción
que admiraban sin razón.
La curruca paró de repente,
y dijo al aguafiestas, sonriente:
Tú, que silbas tan bien, muy bien debes cantar.
¿Podríamos, bello mirlo, un día tu voz escuchar?
El mirlo, sin responder, de inmediato huyó perplejo.
¿Por qué? Adivinadlo… Buenas noches; os dejo.

Alfred de Musset

* * *

Dans un mystérieux bocage,
Caché sous le naissant feuillage

De verts lilas, tous les ans
On entendait au printemps
Une gracieuse fauvette
Chanter sa fraîche chansonnette.
Les oiseaux du bois voisin
Accouraient chaque matin
Se placer près d'elle en silence,
Pour écouter mieux la cadence
Que sa voix pure égrenait,
Filait, perlait, modulait,
Avec une grâce infinie.
La foule étonnée et ravie
Applaudissait la diva,
Quand, par hasard, arriva
Un jeune merle au noir plumaje
Qui se mit à siffler de rage
La monotone chanson
Qu'on admirait sans raison.
La fauvette soudain s'arrête,
Sourit, et dit au trouble-fête:
Vous qui sifflez si bien, vous devez bien chanter.
Ne pourrait-on, beau merle, un jour vous écouter?
Le merle, sans répondre, aussitôt prit la fuite.
Pourquoi? Devinez-le… Bonsoir; moi, je vous quitte.

Alfred de Musset

* * *

La oruga y la mariposa

Fábula del Espíritu golpeador de Carcassone

En una planta de jazmín, labrando alguna hoja,
al final de sus días, una oruga temblorosa
decía: "Me encuentro muy enferma.
ya no digiero siquiera una hoja tierna;
apenas las coles me dan apetito;
sé que estoy muriendo de a poquito;
¡qué triste es morir! No haber nacido mejor sería.
Sin quejarme; a la muerte me sometería.
A trazar su propio surco, otras orugas vendrán detrás".
Pero una mariposa le dijo: "¡Tú no morirás!;
Si mal no recuerdo, en este mismo jazmín
contigo he andado; pues soy de la familia.
El futuro prepara un feliz destino para vos;
Tal vez un mismo amor nos una a las dos.
Rápido es el pasaje del sueño, ¡ya verás!
Como yo lo he sido, una crisálida serás;
Tanto como yo, plena de brillo y color.
Podrás respirar el perfume de una flor".
La vieja oruga gritó: "¡Impostura! ¡Impostura!
Nadie podría cambiar las leyes de natura;
¿acaso en un jazmín se transformaría el espino?
En mis segmentos rotos, en mis espaldas dañadas,
¿qué hábil operario colocaría unas alas?
Joven y loca mariposa, sigue tu camino".
"¡Oruga! Tienes razón: lo posible tiene un límite",
le gritó un caracol, bajo sus cuernos triunfante.
Un sapo aplaudió. Una avispa con su aguijón
a la bella mariposa insultó.
. . . . . .

. . . . . .
No, no siempre lo que brilla es la verdad.
En la Tierra, cuántos ciegos van negando
el alma de los muertos. Son doctores, razonando
más o menos como la oruga.

* * *

D'un bouquet de jasmin labourant les contours,
Tremblante, une chenille au déclin de ses jours
Se disait: "Je suis biern malade,
Je ne digère plus la feuille de salade;
A peine si le chou tente mon appétit;
Je me meurs petit à petit;
C'est triste de mourir! Mieux valait ne pas naître.
Sans murmurer il faut se soumettre;
A d'autres après moi de tracer leur sillon.
—Mais tu ne mourras pas, lui dit un papillon;
Si j'ai bon souvenir, sur la même charmille
Avec toi j'ai rampé, je suis de la famille;
L'avenir te prépare un destin plus heureux;
Peut-être un même amour nous unira tous deux.
Espère!... du sommeil le passage est rapide.
Tout comme je le fus, tu seras chrysalide;
Comme moi tu pourras, brillante de couleurs,
Respirer le parfum des fleurs."
La vieille répondit: "Imposture, imposture!
Rien ne saurait changer les lois de la nature;
L'aubépine jamais ne deviendra jasmin.
A mes anneaux brisés, à mes resorts si frêles
Quel habile ouvrier viendra fixer des aîles?
Jeune fou, passe ton chemin.

—Chenille! bien touché; le possible a ses bornes,
Reprit un escargot, triomphant sous ses cornes."
Un crapaud applaudit. De son dard, un frelon
Insulta le beau papillon.
. . . . . .
. . . . . .
Non, ce n'est pas toujours la vérité qui brille.
Ici-bas, que d'aveugles-nés
Niant l'âme des morts. Docteurs, vous raisonnez
À peu près comme la chenille.

DISERTACIONES ESPÍRITAS

Ocupaciones de los Espíritus

(Sociedad de París, 16 de febrero de 1866.
Médium: Sr. Leymarie.)

Habéis sido tan buenos para conmigo, señores, tan atentos para con un recién llegado como yo, que he vuelto a fin de solicitaros algunos momentos de atención.

Desde mi regreso al mundo de los Espíritus he realizado algunas observaciones que me sirvieron de mucho, puesto que me brindaron la facultad omnipotente de modificar por completo las ideas que había adquirido en la última encarnación. Así pues, si me lo permitís, voy a compartir con vosotros algunas de esas reflexiones que las falsas ideas de ciertos detractores del espiritismo sugieren.

No es raro escuchar que los detractores digan: "Los que descubrieron el espiritismo deberían decirnos a qué se dedican los Espíritus a partir de su ingreso en esa famosa erraticidad. ¿Tienen un cuerpo como el nuestro o un cuerpo fluídico? ¿Poseen la ciencia infusa? ¿Saben más que nosotros? En tal caso, ¿a qué se debe tanta comunicación mundana, en un francés ordinario, al alcance de todo el mundo? ¡Cualquiera podría decir lo mismo que ellos…!"

Y agregan: "Esos Espíritus farsantes, ¿qué gimnasia realizan en los trapecios eternos? ¿De qué viven? ¿Con qué se entretienen? Si están en el ambiente, ocupados en observarnos, no deben resultarles divertidas nuestras viles acciones, nuestros ridículos pensamientos. Tal vez se mantengan en un estado de contemplación eterna. Y si ven a Dios, ¿de qué está hecha la Divinidad? ¿Qué idea pueden ofrecernos de su grandeza? ¡Oh! ¡Cuánto escarnio! –repiten– ¡Y pensar que algunas personas se dicen sensatas y creen en esa impostura!"

Por mi parte, los escuchaba cuando repetían esas ideas, y me reía como otros lo hacían, o bien me compadecía amargamente de los adeptos de una doctrina que según nosotros conducía a la locura, de modo que muchas veces busqué las causas de semejante aberración mental en pleno siglo diecinueve.

Un día descubrí que me había liberado, como todos mis hermanos de la Tierra, y al llegar a este mundo que tanto me había hecho encoger de hombros, esto es lo que vi:

Conforme a las facultades adquiridas en la Tierra, los Espíritus buscan el medio que les resulta adecuado, a menos que, si no lograron desprenderse, se mantengan en la oscuridad, sin ver ni oír nada, en esa terrible espera que es el verdadero infierno del Espíritu.

El Espíritu desprendido posee la facultad de ir a cualquier parte con un simple efecto de su voluntad, lo cual le permite encontrar un medio en el que sus facultades puedan desarrollarse mediante los contrastes y la diversidad de ideas. Cuando nuestro Espíritu se separa del cuerpo, almas simpáticas nos conducen junto a quienes nos esperaban, previendo nuestro regreso.

Es evidente que fui acogido por amigos tan incrédulos como yo. No obstante, en este mundo tan despreciado, las virtudes quedan en evidencia, los méritos aparecen, las reflexiones son bien recibidas y los contrastes difunden las luces. Atraído por la curiosidad para que visite numerosos grupos que preparan otras encarnaciones, y estudiando todos los aspectos que deben esclarecer el Espíritu llamado a regresar a la Tierra, pude hacerme una gran idea de la reencarnación.

Cuando un Espíritu se prepara para una nueva existencia, somete sus ideas a las decisiones del grupo al que pertenece. El grupo delibera; los Espíritus que lo componen se dirigen a grupos más adelantados o a la Tierra, y buscan entre vosotros los elementos de aplicación. Ese Espíritu, aconsejado, fortalecido, esclarecido acerca de todos los puntos, a partir de entonces y si lo desea, podrá seguir su camino sin vacilar. Durante su peregrinación terrenal contará con una multitud de invisibles que no lo perderán de vista. Y como han intervenido en sus trabajos preparatorios, esos Espíritus festejan sus resultados, sus esfuerzos para vencer y su firme voluntad que, al dominar la materia, le permitió llevar a los otros encarnados una cantidad de adquisiciones y de amor, es decir, el bien, según las grandes instrucciones; en una palabra, según Dios, que las dicta en las afirmaciones de la ciencia, de la vegetación, de todos los problemas, en fin, que

son la luz del Espíritu cuando los sabe resolver en un sentido racional.

Como integrante de un grupo de expertos que se ocupan de la economía política, aprendí a no despreciar ninguna de las facultades de las que tanto me reía otrora. Comprendí que el hombre, demasiado inclinado al orgullo, se niega a admitir, incluso sin haberlo estudiado, todo lo que es nuevo y ajeno a su mentalidad. También noté que muchos de mis antiguos amigos tomaban un camino equivocado, confundiendo la sombra con la realidad. No obstante, seguí el conjunto de los trabajos de la humanidad, donde nada es inútil. Incluso comprendí la gran ley de igualdad y de equidad que Dios ha impreso en el elemento humano, y consideré que todo aquel que no cree en nada y que, a pesar de eso, hace el bien y ama a sus semejantes, sin esperar retribución, es un Espíritu noble, aun más noble que muchos que, previendo otra vida y creyendo en el adelanto del Espíritu, aguardan una recompensa. Por último, aprendí a ser tolerante, al ver esas legiones de Espíritus dedicados a trabajos tan diversos, hormiguero inteligente que intuye a Dios y que se propone coordinar todos los elementos del futuro. Observé que el hombre, ese pigmeo, es tan orgulloso que se ama y se adora mientras desprecia a los otros, en vez de entregarse a esos grandes instintos y, sobre todo, a las ideas sanas y concienzudas que enseñan la vida futura, desarrolladas por las ideas espiritualistas y sobre todo por el espiritismo, esa ley magnífica que cada día fortalece más la solidaridad del mundo terrenal y el de la erraticidad. El espiritismo os inicia en nuestras ideas, en nuestras esperanzas, en todo lo que nosotros preparamos para vuestro adelanto, para la meta de-

seada de la generación que pronto deberá emigrar hacia las regiones superiores.

Hasta otra oportunidad, gracias.

Gui…

Observación: Este Espíritu, del que transcribimos una notable comunicación en la *Revista* de diciembre de 1865, página 382, en vida fue un distinguido economista, aunque imbuido de ideas materialistas, y uno de los detractores del espiritismo. Con todo, como era un hombre adelantado intelectual y moralmente, buscaba el progreso, de modo que no tardó en reconocer su error. Su mayor deseo fue conducir a sus amigos por el camino de la verdad. Con ese fin dictó varias comunicaciones. Por más profunda y lógica que sea esta, se nota que todavía no conoce bien el mundo de los Espíritus. Se equivoca cuando dice que la generación actual pronto deberá emigrar hacia regiones superiores. No cabe duda de que, en el gran movimiento regenerador que se opera, una parte de esta generación dejará la Tierra por mundos más adelantados; pero como la Tierra regenerada será más adelantada de lo que es actualmente, muchos encontrarán su recompensa encarnando aquí. En cuanto a los endurecidos, que son una plaga, como aquí se encontrarían desubicados y serían un obstáculo para el progreso, perpetuando el mal, irán a un mundo más atrasado hasta que la luz se haga en ellos. Eso es lo que resulta de la generalidad de las instrucciones que los Espíritus imparten al respecto.

* * *

Suspensión de la asistencia de los Espíritus

(Douai, 13 de octubre de 1865.)

En un grupo ejemplar, que conocía y ponía en práctica los deberes espíritas, desde hacía algún tiempo notaban con sorpresa que algunos Espíritus selectos y asiduos habían dejado de impartir sus instrucciones, lo que motivó la siguiente pregunta:

Pregunta. ¿A qué se debe que los Espíritus elevados que nos asisten habitualmente se comuniquen con menos frecuencia?

Respuesta. Queridos amigos, son dos las causas de ese abandono del que os quejáis. Con todo, en primer lugar, no se trata de un abandono, sino de un alejamiento momentáneo y necesario. Vosotros sois como esos estudiantes que, bien instruidos y *provistos* de estudios previos, son obligados a hacer sus deberes sin el concurso de los profesores, de modo que buscan en su memoria, aguardan una señal, ansían una palabra de apoyo: pero no reciben nada, ya que nada *deben* recibir.

Esperáis nuestro estímulo, nuestros consejos acerca de vuestra conducta y de vuestras determinaciones: pero nada os satisface, porque nada debe satisfaceros. Habéis sido provistos de enseñanzas sabias y afectuosas, de estímulos frecuentes, llenos de amenidad y de auténtica sabiduría. Recibisteis infinidad de pruebas de nuestra presencia, de la eficacia de nuestro auxilio. Se os brindó, se os comunicó la fe; vosotros la tomasteis, la habéis razonado y la adoptasteis. En una palabra, como el estudiante, fuisteis *provistos* para el *deber*, y es preciso que lo cumpláis sin cometer errores, con vuestros propios recursos, y ya no con nuestro auxilio. De lo contrario, ¿dónde estaría vuestro mérito? Solo podríamos repetiros incesantemente lo

mismo. Ahora os compete aplicar lo que os hemos enseñado. Es necesario que voléis con vuestras propias alas y caminéis sin limitaciones.

A cada hombre, en un momento determinado, Dios le proporciona un arma y una fuerza para que continúe venciendo nuevos peligros. El momento en que una fuerza nueva se le revela es siempre para el hombre un motivo de alegría, de entusiasmo. En ese caso, la fe ardiente acepta cualquier dolor sin analizarlo, porque el amor no cuenta las penas. No obstante, después de esos instantes repentinos de dicha, se requiere el trabajo y nada más que el trabajo. El alma se tranquiliza, el corazón se desacelera, y entonces llegan la lucha y la prueba. Ahí está el enemigo, y hay que soportar el impacto, porque es el momento decisivo. Así pues, ¡que el amor os transporte y os haga desdeñar la Tierra! Vuestro corazón debe salir victorioso de los cobardes instintos del egoísmo y del abatimiento: esa es la prueba.

Os lo decimos desde hace tiempo; os hemos advertido que tendríais necesidad de estrechar lazos, de uniros, de fortificaros mediante la lucha. El momento ha llegado, y aquí estáis. ¿Cómo sostendréis esa lucha? Nosotros no podemos hacer nada más, del mismo modo que el profesor no puede soplar al alumno su composición. ¿Ganará el premio? Eso depende del provecho que haya extraído de las lecciones recibidas. Lo mismo ocurre con vosotros. Poseéis un código de instrucciones suficiente para conduciros hasta un determinado punto. Realizad esas instrucciones, meditadlas, y no pidáis otras antes de haberlas aplicado seriamente, de lo cual solo nosotros somos los jueces. Y cuando lleguéis al punto en que resulten insuficientes para vuestro progreso moral, sabremos daros otras.

La segunda razón de esta especie de aislamiento del que os quejáis es la siguiente: muchos de vuestros afectuosos consejeros tienen para con otros hombres misiones análogas a las que al comienzo desempeñaron junto a vosotros; y a menudo esa infinidad de evocaciones de que son objeto les impide frecuentar vuestro grupo. Vuestra amiga Magdalena desempeña a lo lejos un mandato difícil, y sus cuidados, aunque sin alejarse de vosotros, se concentran en aquellos a los se ha propuesto salvar. Pero todo vuestro mundo volverá a la normalidad. En un momento determinado encontraréis a vuestros amigos reunidos como otrora, con la misma vocación de afectuoso auxilio junto a sus protegidos. Aprovechad este tiempo para vuestro mejoramiento, a fin de que cuando ellos lleguen puedan deciros: "Estamos contentos por vosotros".

Pánfilo, Espíritu protector.

Nota: Esta comunicación es una respuesta a los que se quejan de la uniformidad de la enseñanza de los Espíritus. Si reflexionamos acerca de la cantidad de verdades que nos han enseñado, descubriremos que los Espíritus ofrecen un vastísimo campo de meditación, hasta que nosotros hayamos asimilado esas verdades y podamos deducir de ellas todas sus aplicaciones. ¿Qué diríamos de un enfermo que diariamente le pidiera a su médico un remedio nuevo, pero que no siguiera sus prescripciones? *Si bien los Espíritus no nos enseñan cosas nuevas todos los días, con el auxilio de la llave que han puesto en nuestras manos, así como de las leyes que nos han revelado, nosotros mismos podemos aprender cosas nuevas en todo momento, explicando así lo que nos resultaba inexplicable.*

* * *

El trabajo

(Extraído del periódico espírita italiano *La voce di Dio*. Traducido del italiano.)

La medida del trabajo impuesto a cada Espíritu, encarnado o desencarnado, consiste en la certeza de haber cumplido escrupulosamente la misión que se le ha confiado. Ahora bien, todos tienen una misión que cumplir: algunos en una escala mayor, otros en una menor. Sin embargo, relativamente, las obligaciones son todas iguales, y Dios os pedirá cuentas del óbolo que ha puesto en vuestras manos. Si ganasteis algún interés, si duplicasteis el importe, no os quepa duda de que habréis cumplido vuestro deber, porque obedecisteis la orden suprema. En cambio, si en vez de haber incrementado ese óbolo, lo perdisteis, de seguro habréis abusado de la confianza que vuestro Creador había depositado en vosotros. De ese modo, seréis tratados como un ladrón, porque tomasteis y no devolvisteis. Lejos de acumular, derrochasteis. Ahora bien, como acabo de decir, si cada criatura está obligada a recibir y a dar, cuánto más vosotros, espíritas, tenéis que obedecer esta ley divina; cuánto más tenéis que esforzaros para cumplir ese deber ante el Señor, que os ha elegido para compartir sus trabajos y os ha invitado a su mesa. Pensad, hermanos míos, que el don que se os ha dado es uno de los soberanos bienes de Dios. No os envanezcáis por eso, y haced vuestro mayor esfuerzo para merecer ese inmenso favor. Si los títulos y los favores que podríais recibir de uno de los grandes de la Tierra os parecen agradables, ¡cuánto más dichosos debéis sentiros al recibir los dones del Señor de los mundos, dones incorruptibles e imperecederos, que os elevan sobre vuestros hermanos, y que para vosotros serán la fuente de goces puros y santos!

Con todo, ¿acaso pretendéis ser los únicos beneficiarios de esos dones? ¿Querríais guardar para vosotros solos, como los egoístas, tanta dicha y alegría? ¡Oh! no. Fuisteis elegidos como depositarios. Las riquezas que brillan ante vosotros no son vuestras, sino que pertenecen a vuestros hermanos en general. Por lo tanto, debéis incrementarlas y distribuirlas. Así como el buen jardinero cuida y multiplica sus flores, y os presenta en pleno invierno las delicias de la primavera, y así como en el triste mes de noviembre nacen las rosas y las lilas, de igual modo vosotros estáis encargados de sembrar y cultivar en vuestro campo moral las flores de todas las estaciones, flores que desafiarán el soplo del aquilón y el viento sofocante del desierto; flores que, una vez abiertas en sus tallos, no caerán ni se marchitarán jamás, pues con todo su brillo y su vitalidad serán el emblema del verdor y de los colores eternos. El corazón humano es un suelo fértil para el afecto y los tiernos sentimientos, un campo que se llena de sublimes aspiraciones cuando lo cultivan las manos de la caridad y de la religión.

¡Oh! ¡No guardéis para vosotros solos esas ramas en las que siempre crecen tan dulces frutos! Ofrecedlos a vuestros hermanos, invitadlos a que saboreen vuestros frutos y sientan el perfume de vuestras flores, a que aprendan a cultivar vuestro campo. Nosotros os asistiremos, y encontraremos frescos arroyos que correrán suavemente para dar fuerza a las plantas exóticas que son los gérmenes de la tierra celestial. ¡Venid! Trabajaremos con vosotros, compartiremos vuestro cansancio, para que también podáis acumular esos bienes y compartirlos con vuestros hermanos necesitados. Dios nos da, y nosotros, agradeciendo esos dones, los multiplicamos cuanto sea posible. Dios nos ordena mejorar a los otros y mejorarnos

a nosotros mismos, de modo que cumpliremos nuestras obligaciones y santificaremos su sublime voluntad.

Espíritas, a vosotros me dirijo. Hemos preparado vuestro campo. Ahora obrad de modo tal que todos los que tengan necesidad de él puedan disfrutarlo intensamente. Recordad que los odios, los rencores y las enemistades, deben desaparecer ante vuestros deberes: instruir a los ignorantes, asistir a los débiles, compadecerse de los afligidos, defender a los inocentes, lamentarse por los que están equivocados, perdonar a los enemigos. Esas virtudes deben crecer en abundancia en vuestro campo, y vosotros debéis sembrarlas en el de vuestros hermanos. ¡Entonces levantaréis una gran cosecha, y nuestro Padre que está en los Cielos os bendecirá!

Queridos hijos, he querido deciros todas estas cosas para brindaros valor, a fin de que soportéis con paciencia a todos los que, enemigos de la nueva doctrina, intentan denigraros y afligiros. Dios está con vosotros, no lo dudéis. La palabra de nuestro Padre celestial ha descendido sobre vuestro globo, como el día de la creación. Él os envía una nueva luz, una luz llena de esplendor y de verdad.

Acercaos, uníos a Él estrechamente, y seguid con valor el camino que se abre ante vosotros.

San Agustín

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Los Evangelios explicados

por el señor Roustaing[25]

Esta obra comprende la explicación y la interpretación de los Evangelios, artículo por artículo, con la ayuda de comunicaciones dictadas por los Espíritus. Es un trabajo considerable y que tiene, para los espíritas, el mérito de no hallarse en ningún punto en contradicción con la doctrina enseñada en *El libro de los Espíritus* y en *El libro de los médiums*. Las partes que se corresponden con las que nosotros tratamos en *El evangelio según el espiritismo* lo están en un sentido análogo. Por lo demás, como nosotros nos limitamos a las máximas morales que, con pocas excepciones, por lo general son claras, tales máximas no podrían ser interpretadas de diversas maneras, razón por la cual nunca han sido motivo de controversias religiosas. Por esa razón hemos comenzado por allí, a fin de que fuéramos aceptados sin cuestionamientos, a la espera de que, en cuanto a lo demás, la opinión general estuviera más familiarizada con la idea espírita.

El autor de esta nueva obra consideró que debía seguir otro camino, y en vez de proceder gradualmente, optó por alcanzar el objetivo de una sola vez. Por lo tanto, trató ciertas cuestiones que nosotros no hemos juzgado oportuno abordar

25. *Los cuatro Evangelios, seguidos de los mandamientos explicados en espíritu y en verdad por los evangelistas, asistidos por los apóstoles*. Recogidos y puestos en orden por J. B. Roustaing, abogado en la corte imperial de Burdeos, ex presidente del Colegio de abogados. 3 volúmenes in-12.- Precio: 10 francos, 50 centavos.- París, Librería central: 34, boulevard des Italiens.- Burdeos, en todas las librerías.

todavía, razón por la cual depositamos en él la responsabilidad de las mismas, así como en los Espíritus que las han comentado. Consecuentes con uno de nuestros principios, que consiste en regular la marcha según el desarrollo de la opinión, hasta nueva orden no aprobaremos ni desaprobaremos sus teorías, dejando que el tiempo se ocupe de autorizarlas o refutarlas. Conviene, pues, considerar esas explicaciones como opiniones personales de los Espíritus que las han formulado, opiniones que pueden ser justas o falsas y que, en todos los casos, requieren la aprobación del control universal; de modo que, hasta que no sean confirmadas más ampliamente, no se las podrá considerar partes integrantes de la doctrina espírita.

Cuando nosotros tratemos esas cuestiones, lo haremos categóricamente, porque entonces habremos reunido documentos bastante numerosos entre las enseñanzas impartidas *en todas partes* por los Espíritus, a fin de que podamos hablar afirmativamente y con la certeza de que estamos *de acuerdo con la mayoría*. Así hemos procedido toda vez que se trató de formular un principio capital. Lo hemos dicho cien veces: para nosotros, la opinión de un Espíritu, sea cual fuere el nombre que lleve, sólo tiene el valor de una opinión individual. Nuestro criterio radica en la concordancia universal, corroborada por una lógica rigurosa, respecto de las cosas que no podemos controlar con nuestros propios ojos. ¿De qué nos serviría presentar una doctrina prematuramente, como una verdad absoluta, si más tarde habría de ser combatida por la generalidad de los Espíritus?

Hemos dicho que el libro del señor Roustaing no se aparta de los principios de *El libro de los Espíritus* y de *El libro de los médiums*. Nuestras observaciones recaen, pues, sobre la aplicación de esos mismos principios a la interpretación de ciertos

hechos. Así, por ejemplo, en el libro se atribuye a Cristo, en vez de un cuerpo carnal, un cuerpo fluídico concretado, que tiene todas las apariencias de la materialidad, y que hace de él un *agénere*. A juicio de los hombres que entonces no hubieran podido comprender su naturaleza espiritual, Cristo habría sufrido EN APARIENCIA –esta expresión se repite incesantemente a lo largo de la obra– todas las vicisitudes de la humanidad. Así se explicaría el misterio de su nacimiento: María sólo habría tenido la apariencia del embarazo. Ese punto, establecido como premisa y piedra angular, es la base en la que el libro se apoya para explicar todos los hechos extraordinarios o milagrosos de la vida de Jesús.

Sin duda, en eso no hay nada que sea materialmente imposible a juicio de toda persona que conozca las propiedades de la envoltura periespiritual. Sin pronunciarnos a favor o en contra de esa teoría, diremos que, por lo menos, es hipotética, y que si algún día se reconociera que es errónea, al faltarle la base, todo el edificio se vendría abajo. Esperaremos, pues, los numerosos comentarios que dicha teoría no dejará de provocar de parte de los Espíritus, y que contribuirán a dilucidar la cuestión. Sin prejuzgarla, diremos que ya se han formulado objeciones serias a esa teoría y que, según nuestro criterio, los hechos pueden ser perfectamente explicados sin necesidad de apartarse de las condiciones propias de la humanidad corporal.

Esas observaciones, subordinadas a la aprobación del porvenir, no disminuyen para nada la importancia de esta obra que, junto con cuestiones dudosas desde nuestro punto de vista, contiene otras que indiscutiblemente son buenas y auténticas, y los espíritas serios la consultarán con provecho.

Si bien el fondo de un libro es lo principal, la forma no debe descuidarse, pues también contribuye de algún modo al éxito. Pensamos que ciertas partes de esta obra han sido desarrolladas con demasiada extensión, en desmedro de la claridad. En nuestra opinión, si se hubiera limitado a lo estrictamente necesario, habría podido reducirse a dos volúmenes, o incluso a uno solo, con lo cual habría ganado en popularidad.

* * *

La voce di Dio

La voz de Dios, periódico dictado por los Espíritus, en la Sociedad de Scordia (Sicilia).[26]

Italia cuenta con una nueva publicación espírita periódica, dedicada exclusivamente a la enseñanza de los Espíritus. En efecto, el primer número contiene tan solo producciones mediúmnicas, incluidos el prefacio y el discurso preliminar. Esta es la lista de los temas tratados en dicho número:

Prefacio (consejo impartido a la Sociedad para la formación del periódico).- Discurso preliminar (firmado por san Agustín).- Alegoría sobre el espiritismo.- Reverberación del alma.- Previsiones.- Arrepentimiento de un Espíritu sufridor (conversación).- El trabajo.- La muerte de Cristo.- La oración colectiva (respuesta a una pregunta formulada a los Espíritus).

Todas esas comunicaciones llevan consigo un indiscutible sello de superioridad desde el punto de vista moral y de la

26. Pequeña edición in-8°, una entrega mensual.- Precio para Italia: 6 francos anuales; 3 francos semestrales. Un número: 60 centavos.- Dirigirse al señor Dr. Gioseppe Modica, en Scordia (Sicilia).

elevación de los conceptos, lo cual ha podido verificarse en el mensaje sobre *El trabajo*, que publicamos más arriba.

Así pues, los Espíritus tendrán *su periódico*, y de seguro no faltarán redactores. No obstante, al igual que entre los redactores encarnados, entre ellos los habrá de diversos grados de mérito, por lo que contamos con el buen criterio de los *editores* para llevar a cabo una selección rigurosa de las producciones de ultratumba, que no podrán más que ganar en claridad e interés si, conforme a las circunstancias, son acompañadas por algunos comentarios.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 7 Julio de 1866

Acerca del proyecto de una caja general de socorro y de otras instituciones para los espíritas

En uno de los grupos espíritas de París, un médium recibió hace poco tiempo la siguiente comunicación del Espíritu de su abuela:

"Mi querido hijo, voy a hablarte un momento de los temas de caridad que te preocupaban esta mañana mientras ibas a tu trabajo.

"Los niños que son entregados a nodrizas mercenarias, así como las mujeres pobres que en los hospitales son forzadas –con desprecio al pudor que ellas tanto valoran– a servir como material de experimentación para los médicos y los estudiantes de medicina, constituyen dos grandes heridas que los buenos corazones deben esforzarse en curar, y eso no es imposible. Los espíritas deben hacer como los católicos: contribuyan con una suma de dinero semanal, acumulen esos recursos, y lle-

garán a tener fundaciones serias, grandes y verdaderamente eficaces. La caridad que alivia un mal presente es una caridad santa, que yo aliento con todas mis fuerzas; pero la caridad que se perpetúa en fundaciones inmortales –como las miserias que está destinada a aliviar– es una caridad inteligente, y que me hará feliz cuando la vea puesta en práctica.

”Quisiera que se elaborase un trabajo cuyo objetivo fuera crear un primer establecimiento, al comienzo con proporciones limitadas. Cuando se viera el resultado favorable de esa primera creación, se pasaría a otra, y se la haría crecer poco a poco, como Dios quiere que se crezca, porque el progreso se realiza por medio de una marcha lenta, prudente, calculada. Repito que lo que propongo no es difícil. No habría un solo espírita verdadero que osara faltar al llamado para el alivio de sus semejantes, y los espíritas son bastante numerosos para formar, mediante la acumulación de esa suma semanal, un capital suficiente para un primer establecimiento destinado a recibir mujeres enfermas, que serían cuidadas por mujeres, y que de ese modo dejarían de ocultar sus sufrimientos para preservar su pudor.

”Entrego estas reflexiones para que sean meditadas por las personas benevolentes que asisten a la sesión, y estoy convencida de que producirán buenos frutos. Los grupos de las provincias se reunirían sin demora en torno a una idea tan hermosa y, al mismo tiempo, tan útil y paternal. Por otra parte, sería un monumento al valor moral del espiritismo, que es tan calumniado, y que aún lo será por mucho tiempo, con ensañamiento.

”Lo he dicho: la caridad local es buena, beneficia a un individuo, pero no levanta el ánimo de las masas como lo hace una obra duradera. ¿No sería hermoso que se pudiera

rechazar la calumnia diciendo a los calumniadores: 'Esto es lo que hemos hecho. El árbol se reconoce por su fruto; un mal árbol no da buenos frutos, y un buen árbol no los da malos'?

"Pensad también en los pobres niños que salen de los hospitales, y que van a morir entre manos mercenarias; se trata de dos crímenes a la vez: el de entregar al niño indefenso y débil, y el crimen de aquel que lo ha sacrificado sin piedad. Que todos los corazones eleven sus pensamientos hacia las tristes víctimas de la sociedad imprevisora, y que traten de encontrar una solución adecuada para salvarlas de sus miserias. Dios quiere que se lo intente, y concede los medios para lograrlo; es preciso actuar. Se tiene éxito cuando se tiene fe, y la fe mueve montañas. Que el Sr. Kardec trate la cuestión en su periódico, y veréis cómo será aclamada con fuerza y entusiasmo.

"He dicho que haría falta un monumento material que demostrara la fe de los espíritas, como las pirámides de Egipto demuestran la vanidad de los faraones. No obstante, en vez de hacer locuras, haced obras que lleven el sello del propio Dios. Todo el mundo ha de comprenderme; no insisto.

"Me retiro, mi querido hijo; tu buena abuela, como puedes ver, siempre ama a sus niñitos, como te amaba cuando eras muy pequeño. Quiero que los ames como yo, y que pienses en encontrar una buena organización; puedes hacerlo, si quieres. En caso de que lo necesites, te ayudaremos. Te bendigo.

"Marie G..."

La idea de una caja central y general de socorro, formada por los espíritas, ya ha sido concebida y formulada por hombres animados de excelentes intenciones. Pero no basta con que una idea sea grande, bella y generosa; es necesario,

ante todo, que sea viable. No cabe duda de que hemos dado suficientes pruebas de nuestra dedicación a la causa del espiritismo, para que nadie crea que somos indiferentes respecto de él. Ahora bien, precisamente como consecuencia de nuestra propia preocupación, intentamos advertir contra el entusiasmo que enceguece. Antes de emprender un proyecto, es necesario calcular fríamente el pro y el contra, a fin de evitar los fracasos, siempre lamentables, que no dejarían de ser explotados por nuestros adversarios. El espiritismo sólo debe avanzar con seguridad, y cuando ponga el pie en alguna parte, debe estar seguro de que encontrará un terreno sólido. La victoria no siempre es del más apresurado, sino, más probablemente, de aquel que sabe esperar el momento propicio. Hay resultados que solamente pueden ser obra del tiempo y de la penetración de la idea en el entendimiento de las masas. Así pues, sepamos esperar a que el árbol esté formado, antes de pedirle una cosecha abundante.

Hace mucho tiempo os hemos propuesto tratar esta cuestión a fondo, para colocarla en su verdadero terreno y evitar las ilusiones de proyectos que son más generosos que meditados, y cuyo fracaso tendría consecuencias lamentables. La comunicación transcripta aquí, y sobre la cual se ha tenido a bien solicitar nuestra opinión, nos brinda la oportunidad de hacerlo de manera completamente natural. Examinaremos, pues, tanto el proyecto de centralización del socorro, como el de algunas otras instituciones y establecimientos especializados para el espiritismo.

Ante todo, conviene tomar conciencia del estado real de las circunstancias. Los espíritas son muy numerosos, sin duda, y su cantidad crece sin cesar. En tal sentido, el espiritismo ofrece un espectáculo único: el de una propagación in-

audita en la historia de las doctrinas filosóficas, pues ninguna de ellas, sin exceptuar al cristianismo, ha congregado a tantos partidarios en tan pocos años. Eso es un hecho notorio, que confunde incluso a sus antagonistas. Y no es menos característico el hecho de que esa propagación, en vez de efectuarse alrededor de un centro único, lo hace simultáneamente en toda la superficie del globo y en millares de centros. De ahí resulta que los adeptos, aunque son muy numerosos, todavía no forman en ninguna parte un conjunto compacto.

Esa dispersión, que a primera vista parece una causa de debilidad, es por el contrario un elemento de fuerza. Cien mil espíritas diseminados sobre la superficie de un país hacen más por la propagación de la idea que si estuvieran concentrados en una sola ciudad. Cada individualidad es un foco de acción, un germen que produce retoños; cada retoño, a su vez, produce otros en mayor o menor cantidad, y sus ramas, reuniéndose poco a poco, cubrirán el país mucho más rápidamente que si la acción partiera de un solo punto. Sucede exactamente como si un puñado de semillas fuese lanzado al viento, en vez de que se las colocara todas juntas en un mismo hoyo. Gracias a esa multitud de pequeños centros, la doctrina es, además, menos vulnerable que si hubiera uno solo, contra el cual sus enemigos podrían dirigir todas sus fuerzas. Un ejército inicialmente compacto, que ha sido dispersado por la fuerza o por cualquier otra causa, es un ejército perdido; pero en el caso que nos ocupa eso es completamente diferente, porque la diseminación de los espíritas no resulta de una dispersión, sino que constituye el estado primitivo, el cual tiende a la concentración para formar una vasta unidad. El primer ejército llegó a su fin; el segundo, se está formando.

Así pues, a los que se quejan de su aislamiento en una localidad, les respondemos: "Agradeced al Cielo, más bien, porque os ha elegido como los pioneros de la obra en vuestra región. A vosotros os corresponde lanzar las primeras semillas. Tal vez no germinen de inmediato; tal vez no cosecharéis los frutos; tal vez incluso tengáis que sufrir en vuestra labor; pero pensad que no se rotura un terreno sin trabajo, y estad seguros de que tarde o temprano lo que hayáis sembrado fructificará. Cuanto más ingrata sea la tarea, más mérito tendréis, y no habréis hecho otra cosa más que allanar el camino para aquellos que vendrán después de vosotros".

No cabe duda de que, si los espíritas debieran mantenerse siempre en estado de aislamiento, eso sería una causa permanente de debilidad. No obstante, la experiencia demuestra hasta qué punto la doctrina es vigorosa, y sabemos que, por una rama talada, hay diez que renacen. Su generalización es, pues, una cuestión de tiempo. Ahora bien, por más rápida que sea su marcha, todavía le falta el tiempo necesario y, mientras se trabaja en la obra, hay que saber esperar a que el fruto esté maduro antes de cosecharlo.

Esa diseminación momentánea de los espíritas, esencialmente favorable a la propagación de la doctrina, es un obstáculo para la ejecución de obras colectivas de cierta importancia, debido a la dificultad, cuando no incluso a la imposibilidad, de reunir en un mismo punto elementos suficientemente numerosos.

Precisamente –se dirá–, para evitar ese inconveniente, para estrechar los lazos de confraternidad entre los miembros aislados de la gran familia espírita, se ha propuesto la creación de una caja central de socorro. Ese es, por cierto, un pensamien-

to grande y generoso, que seduce a primera vista. Con todo, ¿se ha reflexionado acerca de las dificultades de la ejecución?

Surge una primera pregunta. ¿Hasta dónde se extendería la acción de esa caja? ¿Estaría limitada a Francia o abarcaría otras regiones? Hay espíritas en todo el mundo; ¿acaso no son nuestros hermanos los que se encuentran en todos los países, y que pertenecen a todas las castas, a todos los cultos? Así pues, si la caja recibiera donaciones de espíritas extranjeros –cosa que sucedería inevitablemente–, ¿tendría derecho a limitar su asistencia a una sola nacionalidad? ¿Podría, de manera concienzuda y caritativa, preguntar a aquel que sufre si es ruso, polaco, alemán, español, italiano o francés? A menos que faltara a su título, a su objetivo, a su deber, la caja debería extender su acción desde el Perú hasta la China. Basta con pensar en el complicado mecanismo de tal empresa para ver cuán quimérica es.

Supongamos que se encuentre circunscripta a Francia, lo cual no dejaría de ser una administración colosal, un verdadero ministerio. ¿Quién desearía asumir la responsabilidad de semejante manejo de fondos? Para una gestión de esa naturaleza, la integridad y la abnegación no bastarían, pues haría falta una gran capacidad administrativa. Admitamos, no obstante, que se hayan vencido las primeras dificultades, ¿cómo se ejercería un control eficaz sobre la amplitud y la autenticidad de las necesidades, sobre la sinceridad de la calidad de espírita? Una institución como esa muy pronto vería surgir adeptos por millones, o supuestos adeptos; pero no serían estos los que alimentarían la caja. A partir del momento en que la caja existiera, se la consideraría inagotable, y muy pronto sería incapaz de satisfacer todas las exigencias de su mandato. Fundada con un alcance tan vasto, la consideramos impracti-

cable y, en lo que nos concierne personalmente, no ayudaremos a su ejecución.

Por otra parte, ¿no sería de temer que se encontrara oposición en la propia constitución de esa caja? El espiritismo acaba de nacer, y todavía no es bastante estimado en todas partes para que se halle a salvo de las conjeturas maliciosas. ¿No se podrían malinterpretar sus intenciones en una operación de ese tipo, y suponer que esconde otro objetivo bajo un manto? En una palabra, ¿no se podrían hacer comparaciones que sus adversarios invocarían para incitar la desconfianza contra él? El espiritismo, por su naturaleza, no es ni puede ser una afiliación, como tampoco una congregación; de modo que, por su propio interés, debe evitar todo lo que tenga la apariencia de tal cosa.

Entonces, ¿es necesario que, por temor, el espiritismo permanezca estacionario? ¿Acaso no es mediante la acción –se dirá–, que mostrará lo que es, que disipará las desconfianzas y hará que fracase la calumnia? Sin ninguna duda, pero no hay que pedirle al niño aquello para lo cual se requieren las fuerzas de la edad viril. Lejos de servir al espiritismo, mezclar su nombre con cosas quiméricas sería comprometerlo y entregarlo a los golpes o a la burla de sus adversarios. Es cierto, el espiritismo debe actuar, pero dentro de lo posible. Así pues, démosle tiempo para que adquiera las fuerzas necesarias, y entonces hará más de lo que se supone. Aún no se halla constituido por completo, ni siquiera teóricamente; ¿cómo se pretende que haga lo que sólo puede ser el resultado del complemento de la doctrina?

Además, hay otras consideraciones que es importante tomar en cuenta.

El espiritismo es una creencia filosófica, y basta con simpatizar con los principios fundamentales de la doctrina para ser espírita. Nos referimos a los espíritas convencidos, y no a los que aparentan serlo por interés u otros motivos igualmente poco confesables. Estos últimos no son muchos, y entre ellos no hay convicción alguna; se dicen espíritas hoy, porque de ese modo esperan obtener alguna ventaja; pero serán adversarios mañana, si no encuentran lo que buscan; o bien se harán pasar por víctimas de su falsa abnegación, y acusarán a los espíritas de ingratitud por no respaldarlos. No serían los últimos en aprovecharse de la caja general para recuperarse de especulaciones malogradas, o para reparar desastres causados por su incuria o su imprevisión, como tampoco en arrojarle piedras si ésta no los satisface. No hay que sorprenderse; todas las opiniones cuentan con auxiliares de esa clase y asisten a la representación de tales comedias.

También está el conjunto considerable de los espíritas intuitivos, que son espíritas por la tendencia y la predisposición de sus ideas, sin estudio previo; y los espíritas indecisos, que aún titubean a la espera de los elementos de convicción que necesitan. Sin exageración, podemos estimar que todos ellos conforman un cuarto de la población. Se trata del gran semillero del que surgen los adeptos, aunque todavía no se los cuenta entre ellos.

Entre los espíritas reales, es decir, entre los que constituyen la auténtica comunidad de adeptos, es necesario hacer algunas distinciones. En primera línea, hay que ubicar a los adeptos de corazón, animados de una fe sincera, que comprenden el objetivo y el alcance de la doctrina, y que de por sí aceptan todas sus consecuencias. Su abnegación es a toda prueba y sin segundas intenciones. Los intereses de la causa, que son los de

la humanidad, les resultan sagrados, y nunca los sacrificarían por una cuestión de amor propio o de interés personal. Para ellos, el aspecto moral no es una simple teoría: se esfuerzan en predicar con el ejemplo. No solamente no ocultan su opinión: se sienten honrados por ella y, en caso de necesidad, están dispuestos a sacrificarse a sí mismos.

Siguen, a continuación, los que aceptan la idea como filosofía, porque satisface su razón, pero cuya fibra moral no ha sido suficientemente tocada para comprender las obligaciones que la doctrina impone a quienes la asimilan. El hombre viejo siempre está ahí, y la reforma de sí mismo les parece una tarea demasiado pesada. No obstante, como no dejan de estar firmemente convencidos, entre ellos se encuentran propagadores y defensores diligentes.

Luego están las personas frívolas, para quienes el espiritismo está por completo en las manifestaciones. Para ellas, se trata de un hecho, y nada más. El aspecto filosófico pasa desapercibido. El atractivo de la curiosidad es su móvil principal; se extasían ante un fenómeno, pero permanecen indiferentes ante una consecuencia moral.

Hay, por último, un número todavía muy grande de espíritas más o menos serios, que no han podido superar los prejuicios y el qué dirán, y a quienes detiene el miedo al ridículo. Son esos espíritas a quienes las cuestiones personales o de familia, los intereses a menudo respetables que deben cuidar, de algún modo los fuerzan a mantenerse al margen. Son esos, en una palabra, que por una causa u otra, buena o mala, no se ponen de manifiesto. La mayoría de ellos no desearían otra cosa más que declararse espíritas, pero no se atreven o no pueden hacerlo. Eso sucederá más tarde, a medida que vean que los otros lo hacen y que no corren peligro. Serán los espíritas

del mañana, como otros son los de la víspera. Sin embargo, no podemos culparlos por eso, pues hace falta una fuerza de carácter, que no todos tienen, para arrostrar a la opinión ajena en ciertos casos. Por lo tanto, es necesario tomar en cuenta la debilidad humana. El espiritismo no tiene el privilegio de transformar súbitamente a la humanidad, y si hay algo de qué sorprenderse, es del número de reformas que ya ha efectuado en tan poco tiempo. Mientras que en algunos, en quienes el terreno se encuentra preparado, el espiritismo ingresa, para decirlo de algún modo, de una vez, en otros sólo penetra gota a gota, conforme a la resistencia que encuentra en el carácter y en las costumbres.

Todos esos adeptos integran el conjunto y, por más imperfectos que sean, siempre son útiles, aunque con limitaciones. Si sólo sirvieran, hasta nueva orden, para disminuir las filas de la oposición, ya sería algo. Por eso no se debe desdeñar ninguna adhesión sincera, aunque sea parcial.

No obstante, cuando se trata de una obra colectiva importante, en la que cada uno debe aportar su cuota de acción, como lo sería una caja general, por ejemplo, conviene tomar en cuenta esas consideraciones, pues la eficacia de la colaboración que se puede esperar depende de la categoría a la cual pertenecen los adeptos. Es evidente que no es posible conformar un gran fondo con aquellos que no toman en serio el aspecto moral de la doctrina, y mucho menos con los que no se atreven a mostrarse.

Así pues, quedan los adeptos de la primera categoría. De ellos, por cierto, se puede esperar todo. Son los soldados de la vanguardia, que muy a menudo no aguardan el llamado cuando se trata de demostrar abnegación y compromiso. Con todo, en una cooperación financiera, cada uno contribuye se-

gún sus recursos, y el pobre solamente puede dar su óbolo. A los ojos de Dios, ese óbolo tiene un gran valor; no obstante, para las necesidades materiales, sólo tiene su valor intrínseco. Si apartamos a todos aquellos cuyos medios de existencia son limitados, que viven al día, de su trabajo, el número de los que podrían contribuir más ampliamente y de una manera eficaz queda relativamente acotado.

Una observación a la vez interesante e instructiva consiste en la proporción de adeptos según las categorías. Esa proporción ha variado sensiblemente, y se modifica de acuerdo con los progresos de la doctrina. Sin embargo, en este momento puede ser calculada, aproximadamente, de la siguiente manera: 1.ª categoría: espíritas completos de corazón y compromiso, 10% de los adeptos; 2.ª categoría: espíritas incompletos, que buscan más el aspecto científico que el moral, 25%; 3.ª categoría: espíritas frívolos, que solamente se interesan en los hechos materiales, 5% (esa proporción era inversa hace diez años); 4.ª categoría: espíritas no declarados o que se ocultan, 60%.

Respecto a la posición social, podemos establecer dos clases generales: por un lado, aquellos cuya fortuna es independiente; por otro, los que viven de su trabajo. De cada 100 espíritas de la primera categoría, hay un promedio de 5 ricos y 95 trabajadores; en la segunda, 70 ricos y 30 trabajadores; en la tercera, 80 ricos y 20 trabajadores; en la cuarta, 99 ricos y 1 trabajador.

Así pues, sería un error creer que, en semejantes condiciones, una caja general pudiera satisfacer todas las necesidades, toda vez que la caja del más rico banquero no sería suficiente. No harían falta algunos miles de francos por año, sino millones.

¿De dónde procede esa diferencia en la proporción que existe entre los ricos y quienes no lo son? La razón es muy

simple: los afligidos encuentran en el espiritismo un inmenso consuelo, que los ayuda a soportar la carga de las miserias de la vida. El espiritismo les explica el porqué de esas miserias, y les da la certeza de una compensación. Por eso, no es una sorpresa que, al disfrutar más del beneficio, lo valoren más y lo tomen más en serio que los dichosos del mundo.

Lo que sí ha sorprendido es que, cuando se presentaron proyectos semejantes, nosotros no nos hemos apresurado a darles apoyo ni a patrocinarlos. Eso se debe a que, ante todo, nos ajustamos a las ideas positivas y prácticas. El espiritismo es, para nosotros, algo demasiado serio para que lo hagamos avanzar prematuramente por caminos donde podría encontrar decepciones. En eso no hay indiferencia ni pusilanimidad de nuestra parte, sino prudencia, y cada vez que el espiritismo esté preparado para seguir adelante, no nos quedaremos atrás. No se trata de que nos consideremos más perspicaces que otros; sucede que, como nuestra posición nos permite ver el conjunto, podemos juzgar las fortalezas y las debilidades, tal vez, mejor que aquellos que se encuentran en un círculo más limitado. Por lo demás, damos nuestra opinión y no tenemos la intención de imponerla a nadie.

Lo que acabamos de decir acerca de la creación de una caja general y central de socorro se aplica, naturalmente, a los proyectos de fundación de establecimientos hospitalarios y otros. Ahora bien, en este caso, la utopía es más evidente aún. Si bien es fácil dibujar un croquis en el papel, no sucede lo mismo cuando se trata de obtener los recursos y medios de ejecución. Construir un edificio *ad hoc* ya es mucho de por sí; no obstante, en caso de que se lo construyera, habría que dotarlo de personal suficiente y *capacitado*, además de garantizar su mantenimiento, porque esos establecimientos cuestan

mucho y no dejan nada. No sólo son grandes capitales los que hacen falta, sino también grandes ingresos. Admitamos, sin embargo, que a fuerza de perseverancia y sacrificios se llegara a crear, como se dice, una pequeña muestra: ¡cuán mínimas serían las necesidades que podría satisfacer, habida cuenta de la multitud y la diseminación de los necesitados en un vasto territorio! Sería como una gota de agua en el río. Y si son tantas las dificultades para una única muestra, incluso en pequeña escala, mucho peor sería si se tratara de multiplicarla. Así pues, el dinero empleado de ese modo sólo beneficiaría, en realidad, a algunos individuos, mientras que, juiciosamente distribuido, ayudaría a vivir a un gran número de desdichados.

Supongamos que se trate de un modelo, de un ejemplo; pero ¿por qué habría que ingeniárselas para producir quimeras, cuando las cosas existen ya hechas, dispuestas, completamente organizadas, con medios más poderosos que aquellos que los particulares jamás llegarían a poseer? Es evidente que esos establecimientos dejan que desear, que hay abusos, que no responden a todas las necesidades; sin embargo, al compararlos con lo que eran hace menos de un siglo, se observa una inmensa diferencia y un progreso constante; vemos que cada día se introduce alguna mejora. No se puede dudar de que, con el tiempo, nuevos progresos tendrán lugar debido a las circunstancias. Las ideas espíritas deben apresurar indefectiblemente la eliminación de todos los abusos, porque, mejor que otras, hacen que en los hombres penetre el sentimiento de sus deberes. En todas partes donde las ideas espíritas se introduzcan, los abusos caerán y el progreso se cumplirá. Hay que dedicarse, pues, a difundirlas: esa es la cuestión posible y práctica, esa es la verdadera palanca, palanca que será irresistible cuando haya adquirido suficiente fuerza gracias al desarrollo

completo de los principios y a la cantidad de adeptos serios. Si juzgamos el futuro a partir del presente, podemos afirmar que el espiritismo habrá logrado la reforma de muchas cosas, y lo habrá hecho mucho tiempo antes de que los espíritas hayan podido concluir el primer establecimiento de la clase de esos a los que nos referimos, en caso de que lo emprendieran alguna vez, e incluso si cada uno de ellos contribuyera con una suma de dinero por semana. ¿Por qué, pues, usarían sus fuerzas en esfuerzos superfluos, en vez de concentrarlos en el punto disponible y que sin duda debe conducir al objetivo? Mil adeptos ganados para la causa y diseminados en mil lugares diferentes apresurarán la marcha del progreso mucho más que un edificio.

El espiritismo –dice el Espíritu que ha dictado la comunicación transcripta aquí– debe afirmarse y mostrar lo que es por medio de un monumento duradero erigido a la caridad. Con todo, ¿de qué serviría un monumento a la caridad, si la caridad no estuviera en el corazón? El espiritismo erige un monumento más duradero que uno de piedra: el de la doctrina y sus consecuencias para el bien de la humanidad. Para ese monumento cada uno debe trabajar, con todas sus fuerzas, porque durará más que las pirámides de Egipto.

El hecho de que ese Espíritu se engañe –en nuestra opinión– respecto de este punto, no le quita ninguna de sus cualidades, y es indudable que se halla animado de excelentes sentimientos. Un Espíritu puede ser muy bueno, pero eso no implica que sea un analista infalible de todas las cosas. Un buen soldado no es necesariamente un buen general.

Un proyecto de realización menos quimérico es el de la formación de sociedades de socorro mutuo entre los espíritas de una misma localidad. Sin embargo, incluso en este caso,

no es posible evitar algunas de las dificultades que hemos señalado, como la falta de aglomeración y la cantidad todavía limitada de aquellos con quienes se puede contar para una colaboración efectiva. Otra dificultad se debe a la identificación equivocada que se hace de los espíritas y de ciertas categorías de individuos. Cada profesión presenta límites determinados con nitidez; se puede establecer fácilmente una sociedad de socorro mutuo entre personas de una misma profesión, entre las de un mismo culto, pues estas se distinguen por algo característico y por una posición de alguna manera oficial y reconocida. No sucede lo mismo con los espíritas, que no se encuentran registrados como tales en ninguna parte, y cuya creencia no se halla reconocida por ningún título; los hay en todos los niveles de la sociedad, en todas las profesiones, en todos los cultos, y en ninguna parte constituyen una categoría distinta. Dado que el espiritismo es una creencia fundada en una convicción íntima, *de la cual no se debe dar cuenta a nadie*, apenas se conoce a los que se ponen de manifiesto o frecuentan los grupos, y no a la cantidad mucho más considerable de los que, sin ocultarse, no forman parte de ninguna reunión regular. Esa es la razón por la cual, a pesar de nuestra certeza respecto de que los adeptos son numerosos, a menudo es difícil reunir la cantidad necesaria cuando se trata de llevar a cabo una acción colectiva.

En cuanto a las sociedades de socorro mutuo, se presenta otra consideración. El espiritismo no forma ni debe formar una categoría distinta, puesto que se dirige a todo el mundo. Debido a su propia esencia, debe extender su caridad sin distinción, sin preguntar por la creencia, porque todos los hombres son hermanos. Si el espiritismo funda instituciones de caridad exclusivas para los adeptos, se ve forzado a preguntarle

a quien reclama asistencia: "¿Eres de los nuestros? ¿Qué prueba nos ofreces al respecto? Si no lo eres, no podemos hacer nada por ti". En ese caso, el espiritismo merecería el reproche de intolerancia que dirigimos a otros. No; para hacer el bien, el espírita no debe escrutar la conciencia y la opinión, y si se encuentra con un desdichado enemigo de su fe, debe acudir en su ayuda hasta el límite de sus facultades. Al actuar de ese modo, el espiritismo mostrará lo que es, y probará que vale más que quienes se oponen a él.

Las sociedades de socorro mutuo se multiplican en todas partes y en todas las categorías de trabajadores. Se trata de una excelente institución, preludio del reino de la fraternidad y de la solidaridad, cuya necesidad se siente. Esas sociedades benefician a los espíritas que las integran, así como a todo el mundo; entonces, ¿por qué los espíritas fundarían otras para ellos solamente, excluyendo a los demás? Ayuden a propagar aquellas, dado que son útiles; y para que se vuelvan mejores, hagan que penetre en ellas el elemento espírita, ingresando ellos mismos, lo cual será más provechoso para ellos y para la doctrina. En nombre de la caridad evangélica inscripta en su bandera, en nombre de los intereses del espiritismo, ruego encarecidamente a los espíritas que eviten todo lo que pueda establecer una barrera entre ellos y la sociedad. Cuando el progreso moral tiende a eliminar las barreras que dividen a los pueblos, el espiritismo no debe imponerlas; su esencia es penetrar en todas partes; su misión es mejorar todo lo que existe; fracasaría si se aislara.

La beneficencia por parte de los espíritas, pues, ¿debe seguir siendo individual? Su acción, en ese caso, ¿no es más limitada que si fuera colectiva? La beneficencia colectiva tiene ventajas indiscutibles y, muy lejos de despreciarla, la alentamos. Nada

es más fácil que practicarla en los grupos, obteniendo, por medio de colectas regulares o de donaciones facultativas, los elementos de un fondo de socorro. Entonces, al actuar en un círculo limitado, el control de las necesidades auténticas es fácil; el conocimiento que se puede tener al respecto permite una distribución más juiciosa y más provechosa. Con una suma módica, bien distribuida y donada *a propósito*, se pueden prestar más servicios reales que con una gran suma donada sin conocimiento de causa y, por así decirlo, al azar. Por lo tanto, es necesario tomar conciencia de ciertos detalles, si no se quiere desperdiciar inútilmente los recursos. Ahora bien, se comprende que tales cuidados serían imposibles si se actuara en una escala mayor. Ningún laberinto administrativo, nada de personal burocrático; algunas personas de buena voluntad, y eso es todo.

Por consiguiente, no podemos más que alentar con todas nuestras fuerzas la beneficencia colectiva en los grupos espíritas. Sabemos que existen grupos, en París, en las provincias y en el extranjero, que se basan –si no exclusivamente, por lo menos principalmente– en ese objetivo, y cuya organización no deja nada que desear. Ahí, miembros dedicados visitan los hogares para enterarse de los padecimientos, y llevar lo que a veces vale más que la ayuda material: el consuelo y el valor. ¡Honor a ellos, pues son dignos del espiritismo! Que cada grupo actúe de ese modo en el ámbito de sus actividades, y todos juntos realizarán un bien mayor que el que podría hacer una caja central cuatro veces más rica.

Estadística de la locura

En *Le Moniteur*, del 16 de abril de 1866, se publicó el informe quincenal que el Ministro de Agricultura, Comercio y Obras Públicas remite al Emperador acerca del estado de la alienación mental en Francia. Ese informe muy extenso, elaborado sabia y concienzudamente, es una prueba de la solicitud con que el Gobierno trata este grave problema de la humanidad. Los valiosos documentos que presenta merecen una atenta observación. Nos interesan aún más por el hecho de que constituyen un desmentido formal y auténtico de las acusaciones formuladas por los adversarios del espiritismo, al que señalan como causa preponderante de la locura. Citaremos los párrafos más sobresalientes.

Es cierto que en esos documentos se registra un incremento considerable de la cantidad de alienados, pero también se podrá ver que el espiritismo es completamente ajeno a esa circunstancia. Dicha cantidad, que en los manicomios era de 10.539 en 1835, llegó a 30.229 en 1861, lo cual constituye un aumento de 19.700 casos en 26 años, con un promedio de 750 por año, según resulta de la siguiente tabla:

Al 1.° de enero		Al 1.° de enero		Al 1.° de enero	
1835	10.539	1844	16.255	1853	23.795
1836	11.091	1845	17.089	1854	24.524
1837	11.429	1846	18.013	1855	24.896
1838	11.982	1847	19.023	1856	25.485
1839	12.577	1848	19.570	1857	26.305
1840	13.283	1849	20.231	1858	27.028
1841	13.887	1850	20.061	1859	27.878

1842	15.280	1851	21.353	1860	28.761
1843	15.786	1852	22.495	1861	30.239

El informe verifica además el hecho fundamental de que el aumento fue progresivo año tras año, desde 1835 hasta 1846, y que desde entonces fue decreciendo, conforme lo indica la siguiente tabla:

Período	de 1836 a 1841,	incremento	anual	del 5,04 %
---	de 1841 a 1846,	---	---	del 5,94 %
---	de 1846 a 1851,	---	---	del 3,71 %
---	de 1851 a 1856,	---	---	del 3,87 %
---	de 1856 a 1861,	---	---	del 3,14 %

"Ante esta ralentización –dice el Ministro–, que también se registra, como lo señalaré más adelante, en las internaciones, es probable que el incremento absolutamente excepcional de la población de nuestros manicomios se detenga pronto.

"A fines de 1860, nuestros manicomios podían albergar adecuadamente a 31.550 enfermos, en tanto que la cantidad de pacientes registrados era de 30.239. El número de camas disponibles era, pues, de 1.321.

"Desde el punto de vista de la naturaleza de su enfermedad, los pacientes en tratamiento al día 1.° de enero de cada año, entre 1856 y 1861 (los únicos años en los que se aplicó esta distinción), se clasifican del siguiente modo:

Año.	Locos.	Idiotas.	Cretinos.
---	---	---	---
1856	22.602	2.840	43
1857	23.283	2.976	46
1858	23.851	3.134	43

1859	24.395	3.443	40
1860	25.147	3.577	37
1861	26.450	3.746	43

”El dato sobresaliente de esta tabla radica en el aumento considerable, en comparación con los locos, de la cantidad de idiotas tratados en los manicomios. En cinco años fue del 32 %, mientras que en el mismo intervalo el número de locos se elevó apenas el 14 %. Esta diferencia es fruto de la internación en nuestros manicomios de una gran cantidad de idiotas que antes permanecían con sus familias.

”Dividida por sexo, la cantidad total de población en los manicomios presenta cada año una mayoría del sexo femenino respecto del masculino. Estas son las cifras de enfermos registrados a fines de cada uno de los años entre 1854 y 1860:

Año.	Sexo masculino.	Sexo femenino.
---	---	---
1854	12.036	12.860
1855	12.221	13.264
1856	12.632	13.673
1857	12.930	14.098
1858	13.392	14.486
1859	13.876	14.885
1860	14.582	15.657

”La media anual, calculada sobre este período de seis años, es de 51,99 mujeres y 48,10 hombres cada 100 enfermos. Esta desproporción entre los dos sexos, que se repite cada año desde 1842, con leves diferencias, es muy notable respecto de la superioridad numérica del sexo masculino observada en los ingresos, donde se registran 52,91 hombres cada 100 enfer-

mos. Eso se debe, conforme ha sido explicado en la publicación precedente, a la mayor mortandad de estos últimos, y a que su permanencia en los manicomios es considerablemente menos prolongada que la de las mujeres.

"A partir de 1856, los enfermos tratados en los manicomios fueron clasificados de acuerdo con las probabilidades de curarse en función de su estado. Las cifras siguientes resumen los hechos verificados para la categoría de los locos bajo tratamiento el 1.° de enero de cada año:

Año.	Supuestos curables.	Supuestos incurables.	Totales.
1856	4.404	18.198	22.602
1857	4.389	18.894	23.283
1858	4.266	19.585	24.851
1859	4.613	19.782	24.395
1860	4.499	19.648	25.147

"De este modo, más de cuatro quintos de los locos tratados en nuestros manicomios no presentan ninguna probabilidad de curarse. Ese lamentable resultado es producto de la negligencia o del amor ciego de la mayoría de las familias, que sólo se separan lo más tarde posible de sus alienados, es decir, cuando su mal es crónico y no brinda ninguna esperanza de curación.

"Sabemos con cuánta atención los médicos de nuestros manicomios, en el momento de la internación de un enfermo, se ocupan de determinar la causa de su locura, a fin de que puedan atacar el mal en su principio y aplicar el remedio adecuado a su naturaleza. Por más escrupulosas y concienzudas que sean esas investigaciones médicas, no debemos olvidar que sus resultados están lejos de equivaler a hechos su-

ficientemente establecidos. En efecto, solo se apoyan en apreciaciones cuya exactitud depende de diversas circunstancias. En primer lugar, la extrema dificultad para descubrir, entre las numerosas influencias que ha padecido la razón del enfermo, la causa decisiva que provocó la alienación. Mencionemos, a continuación, la resistencia de la familia a comunicarle al médico sus confidencias de manera completa. Asimismo, tal vez sea necesario tomar en cuenta la actual tendencia por parte de la mayoría de los médicos a considerar que las causas morales son por completo secundarias y accidentales, y a dar preferencia a las causas puramente físicas del mal.

”Con la reserva de estas observaciones voy a abordar el análisis de las tablas relativas a las supuestas causas de la alienación de los 38.988 enfermos internados entre 1856 y 1860.

”La locura, ¿surge más a menudo por la influencia de causas físicas que de causas morales? Estos son los datos obtenidos al respecto (descontando los casos hereditarios) en los locos internados cada uno de los cinco años del período 1856-1860:

Año.	Causas físicas.	Causas morales.
1856	2.730	1.724
1857	3.213	2.171
1858	3.202	2.217
1859	3.277	1.986
1860	3.444	2.259
Totales	15.866	10.357

”Según estas cifras, sobre 1.000 casos de locura, 607 fueron atribuidos a causas físicas, y 393 a causas morales. Por

lo tanto, la locura se produciría mucho más a menudo por influencias físicas. Esta observación es común a ambos sexos, si bien con la diferencia de que, en las mujeres, el número de casos cuyo origen fue atribuido a causas morales es relativamente más elevado que en los hombres.

”Los 15.866 casos en los que la locura surgió provocada por una causa física se descomponen del siguiente modo:

Efecto de la edad (demencia senil)	2.098
Abandono y miseria	1.008
Onanismo y abuso venéreos	1.026
Excesos alcohólicos	3.455
Defecto congénito	474
Enfermedades de la mujer	1.592
Epilepsia	1.498
Otras enfermedades del sistema nervioso	1.136
Golpes, caídas, heridas, etc.	398
Enfermedades diversas	2.866
Otras causas físicas	1.164
Total	15.866

”En cuanto a los fenómenos de orden moral, que parecen producir la locura con más frecuencia, encontramos en primer lugar los disgustos domésticos y la exaltación de los sentimientos religiosos; y a continuación, los reveses de fortuna y la ambición decepcionada. Veamos la enumeración detallada de los 10.357 casos de locura señalados como la consecuencia inmediata de diversos incidentes de la vida moral:

Exceso de trabajo intelectual	358
Disgustos domésticos	2.549
Disgustos producto de la pérdida de la fortuna	851
Disgustos producto de la pérdida de un ser querido	803
Disgustos producto de la ambición decepcionada	520
Remordimientos	102
Cólera	123
Alegría	31
Pudor herido	69
Amor	767
Celos	456
Orgullo	368
Acontecimientos políticos	123
Pasaje súbito de una vida activa a una inactiva, y viceversa	82
Aislamiento y soledad	115
Prisión simple	113
Confinamiento solitario	26
Nostalgia	78
Sentimientos religiosos excesivos	1.095
Otras causas morales	1.728
Total	10.357

”En suma, sin tomar en cuenta lo hereditario, de las observaciones realizadas en los enfermos internados en los manicomios durante el período 1856-1860, resulta que, entre las causas que contribuyen a provocar la locura, la más común es el alcoholismo. Le siguen los disgustos domésticos, la edad, las enfermedades de diferentes órganos, la epilepsia, la exaltación religiosa, el onanismo y las privaciones de todo tipo.

”El siguiente cuadro indica la cantidad de paralíticos, epilépticos, sordomudos, escrofulosos y enfermos de bocio, entre los internados por primera vez entre 1856 y 1860:

	Locos	Idiotas-cretinos
	---	---
Paralíticos	3.775	69
Epilépticos	1.763	347
Sordomudos	133	61
Escrofulosos	381	146
Bocio	123	32

”La locura se complica con la parálisis mucho más a menudo en la mujer. Entre los epilépticos, también hay más hombres que mujeres, aunque en una proporción menos acentuada.

”Si ahora se investiga, distinguidas por sexo, en qué proporciones se producen las curas cada año, en relación con la cantidad de enfermos tratados, se obtienen los siguientes resultados:

Año.	Hombres.	Mujeres.	Ambos sexos.
---	---	---	---
1854	8.93 %	8.65 %	8.79 %
1855	8.92 %	8.81 %	8.86 %
1856	8.00%	7.69 %	7.83 %
1857	8.11 %	7.45 %	7.62 %
1858	8.02 %	6.74 %	7.37 %
1859	7.69 %	6.71 %	7.19 %
1860	7.05 %	6.95 %	7.00 %

”Vemos que, en el caso de la locura curable, el número proporcional de curas es todavía muy limitado, a pesar de las mejorías de todo tipo registradas en los tratamientos de los enfermos, así como en la adecuación de los manicomios. Entre 1856 y 1860, la proporción media de las curas fue, respecto de los locos de ambos sexos, de 8,24 por cada 100 enfermos tratados. Es apenas la doceava parte. Esta proporción sería mucho mayor si las familias no cometieran el grave error de no separarse de sus alienados hasta que la enfermedad muestre inquietantes signos de progreso.

”Un hecho que merece destacarse consiste en que la cantidad proporcional de hombres curados supera año tras año a la cantidad de mujeres. Sobre 100 locos tratados, entre 1856 y 1860, se contabilizó un promedio de 8,69 curas en hombres, y solo 7,81 en mujeres, lo cual constituye aproximadamente una novena parte más de alienados del sexo masculino.

”De los 13.687 locos que fueron dados de alta entre 1856 y 1860, solamente en 9.789 de ellos fue posible determinar las diversas influencias que habían causado su afección mental. Este es el resumen de las indicaciones reunidas en ese sentido:

Causas físicas ……..	5.253 curas.
Causas morales ……	4.536 curas.
Total …….	9.789 curas.

”Reducida a 1.000 esa cantidad total, resulta que la locura surgió a partir de causas físicas en 536 enfermos curados; y en 464, las causas fueron morales. Estas proporciones numéricas difieren bastante sensiblemente respecto de las observadas

precedentemente en lo que concierne a las internaciones entre 1856 y 1860, período en el cual se cuentan, sobre 1.000 internaciones, solo 393 enfermos en los que la locura tuvo una causa moral. De ahí resulta que, en esta categoría de enfermos, las curas obtenidas habrían sido relativamente más numerosas que entre aquellos cuya locura tuvo una causa física.

"Cerca de la mitad de los casos curados, en los cuales la causa del mal fue detectada, se debió a las siguientes circunstancias: alcoholismo: 1.738; disgustos domésticos: 1.171; enfermedades diversas: 761; enfermedades propias de la mujer: 723; exaltación de los sentimientos religiosos: 460.

"En 1.522 enfermos curados se verificó una predisposición hereditaria. Se trata de una proporción del 15% respecto de la cifra total de locos curados."

De estos documentos resulta en primer lugar que el incremento de los casos de locura, registrado a partir de 1835, tuvo lugar alrededor de veinte años antes de que apareciera el espiritismo en Francia, puesto que en este país sólo a partir de 1852 comenzaron a ocuparse de las mesas giratorias –más como divertimento que como algo serio–, y no fue sino a partir de 1857 que el espiritismo surgió en su aspecto filosófico. En segundo lugar, ese aumento de los casos mantuvo un sentido ascendente desde 1835 hasta 1846; no obstante, entre 1847 y 1861 se registró una disminución, que se intensificó entre 1856 y 1861, precisamente en el período en que el espiritismo comenzaba a desarrollarse. Ahora bien, precisamente también en ese período se publicaron panfletos y los periódicos se apresuraron a repetir que los manicomios estaban repletos de locos espíritas, a tal punto que muchos de esos establecimientos se habían visto obligados a ampliar sus

edificaciones, en las que había más de cuarenta mil espíritas internados. ¿Cómo es posible que hubiera más de 40.000, toda vez que el informe registra una cifra máxima de 30.339? ¿A cuál fuente más precisa que la de las autoridades han recurrido estos señores para obtener esos datos? Han provocado una investigación, y aquí la tienen, realizada tan minuciosamente como ha sido posible. Veamos si les da la razón.

En el informe también se menciona la cantidad de idiotas y cretinos, que integra una parte considerable del conteo general y que aumenta año tras año, lo cual evidentemente no puede atribuirse al espiritismo.

Como podrá observarse, las causas predominantes de la locura han sido estudiadas al detalle, y sin embargo el espiritismo no figura entre ellas, ya sea nominalmente o por alusión. ¿Acaso habría pasado desapercibido si –como algunos pretenden– hubiera poblado los manicomios con exclusividad?

No creemos que se pueda atribuir al Ministro la idea de proteger a los espíritas, en caso de que hubiera podido hacerlo. De todos modos, algunas cifras impugnarían cualquier participación importante del espiritismo en ese estado de cosas. De lo contrario, las causas morales habrían superado en número a las causas físicas, mientras que ocurrió a la inversa. Las cifras de los alienados a los que se considera incurables no sería cuatro o cinco veces superior a la de los enfermos curables, y el informe no diría que las cuatro quintas partes de los locos internados en los manicomios no tienen ninguna oportunidad de curarse.

Por último, en presencia del desarrollo que el espiritismo adquiere día a día, el Ministro no afirmaría que, debido a la ralentización que se observa en los casos de locura, es proba-

ble que el incremento absolutamente excepcional de la población de los manicomios se detenga pronto.

En resumen, el informe del señor Ministro es la respuesta más concluyente que se puede dar a los que acusan al espiritismo de ser una causa preponderante de locura. No se trata de hipótesis o de razonamientos, sino de cifras auténticas que se oponen a cifras fantasiosas; se trata de hechos materiales que se oponen a las denuncias mentirosas de los detractores interesados en desacreditar al espiritismo ante la opinión pública.

Muerte de Joseph Méry

Hombre talentoso, de inteligencia privilegiada, poeta y escritor distinguido, el señor Joseph Méry murió en París, el 17 de junio de 1866, a la edad de sesenta y siete años y medio. Si bien no fue un adepto declarado del espiritismo, pertenecía a la numerosa clase de los que pueden denominarse *espíritas inconscientes*, es decir, de aquellos en quienes las ideas fundamentales del espiritismo existen en estado de intuición. En tal carácter, sin apartarnos de nuestra especialidad, podemos dedicarle algunas líneas que resultarán útiles para nuestra instrucción.

Sería innecesario repetir aquí las informaciones que, en ocasión de su muerte, la mayoría de los periódicos ha publicado acerca de la vida y la obra del señor Méry. Solo reproduciremos el siguiente párrafo de la noticia de *Le Siècle* (del 19 de junio), porque se trata de un justo homenaje al carácter de ese hombre. Tras enumerar sus trabajos literarios, el autor del artículo lo describe así: "Joseph Méry era dadivoso en la con-

versación; orador brillante, improvisador de coplas y versos, sembraba ocurrencias y paradojas con un verbo infatigable; y lo honra la particularidad de que nunca sacrificó a nadie con un chiste, así como tampoco dejó de ser bondadoso para con todos. Ese es uno de los elogios más bellos que se le puede hacer a un escritor".

Por nuestra parte, dijimos que el señor Méry era espírita por intuición. No sólo creía en el alma y su supervivencia, al igual que en el mundo espiritual que nos rodea, sino también en la pluralidad de las existencias, y esta creencia era en él un resultado de los *recuerdos.* Estaba persuadido de que había vivido en la Roma de Augusto, en Alemania, en la India, etc. Incluso algunos detalles se hallaban tan presentes en su memoria, que describía con precisión algunos lugares que nunca había visto. A esa facultad alude el autor del artículo citado cuando dice que: "Su imaginación inagotable creaba regiones que no había visitado; adivinaba sus costumbres y describía a sus habitantes con una fidelidad maravillosa, tanto más porque la poseía *sin que lo supiera*".

En tal sentido, nosotros citamos los hechos más sobresalientes en el número de la *Revista* de noviembre de 1864, página 328, cuando reprodujimos, con el título *Recuerdos de existencias pasadas*, el artículo biográfico publicado por el señor Dangeau en el *Journal Littéraire* del 25 de septiembre de 1864, y al que agregamos algunas reflexiones. Los colegas del señor Méry conocían perfectamente esa facultad. ¿Qué pensaban al respecto? Para algunos, no era más que un *singular* efecto de su imaginación. No obstante, como el señor Méry era un hombre estimado, de carácter sencillo y recto, incapaz de engañar –la precisión de algunas descripciones locales había sido verificada–, y como no era racionalmente posible

considerar que estaba loco, muchos pensaban que en todo eso podía haber algo auténtico. Además, tales hechos fueron mencionados en uno de los discursos pronunciados ante su tumba. Ahora bien, si se los hubiera considerado una aberración mental, se los habría pasado por alto. Por consiguiente, en presencia de un inmenso auditorio, incluido lo más selecto de la literatura y de la prensa, en una circunstancia grave y solemne –una de esas que imponen el mayor de los respetos–, se dijo que el señor Méry recordaba haber vivido en otras épocas y que lo demostraba con hechos. Esto no puede dejar de llamarnos a la reflexión, tanto más cuanto que, independientemente del espiritismo, muchas personas adoptan la idea de la pluralidad de las existencias por tratarse de la más racional de todas. Los fenómenos de esta naturaleza que conciernen al señor Méry, dado que constituyen una de las particularidades sobresalientes de su vida y que repercutieron en ocasión de su muerte, no pueden más que ser dignos de crédito.

Ahora bien, ¿cuáles son las consecuencias de esta creencia, sin considerar al espiritismo? Si se admite que ya hemos vivido una vez, es posible –e incluso necesario– que hayamos vivido varias veces, y que volvamos a vivir después de esta existencia. Si hemos vivido muchas veces, no pudo ser con el mismo cuerpo. Por lo tanto, en nosotros existe un principio inteligente, independiente de la materia y que *conserva su individualidad*. Como vemos, se trata de la negación de las doctrinas materialistas y panteístas. Ese principio o alma, *dado que vuelve a vivir en la Tierra*, puesto que conservar la intuición de su pasado, no puede perderse en lo infinito después de la muerte, como se cree vulgarmente. En el intervalo de sus existencias corporales, el alma debe permanecer en el ámbito de la humanidad. Dado que tendrá que retomar una nueva

existencia en esta misma humanidad, no debe perderla de vista; debe acompañar sus vicisitudes: por eso se reconoce la existencia de un mundo espiritual que nos rodea y en medio del cual vivimos. En ese mundo se encuentran, como es lógico, nuestros familiares y nuestros amigos, que siguen interesados por nosotros, como nosotros por ellos, y a los que no hemos perdido, dado que existen y pueden estar cerca de nosotros. Esto es lo que las personas llegan a creer intensamente, las consecuencias que no pueden dejar de inferir cuando admiten el principio de la pluralidad de las existencias, y esto es lo que creía el señor Méry. ¿Cuál es el aporte del espiritismo? Denomina *Espíritus* a esos mismos seres invisibles, y afirma que, como ellos están entre nosotros, pueden manifestar su presencia y comunicarse con los encarnados. Si se ha reconocido lo anterior, ¿será que esto último resulta tan irracional?

Como vemos, la distancia que separa al espiritismo de la creencia íntima de una infinidad de personas es muy corta. El hecho de las manifestaciones es apenas un accesorio y una confirmación práctica del principio fundamental admitido en teoría. Así pues, ¿por qué algunos de los que admiten la base rechazan lo que constituye su demostración? Eso se debe a la idea falsa que se forman al respecto. En cambio, los que se toman el trabajo de estudiarlo y de profundizar en él, pronto reconocen que están más cerca del espiritismo de lo que suponían, y que la mayoría de ellos son espíritas sin saberlo, pues sólo les falta el nombre. Por eso vemos tantas ideas espíritas formuladas a cada instante por aquellos mismos que rechazan ese término, y también por eso vemos que esas mismas ideas son tan fácilmente aceptadas por algunas personas. Cuando resolvemos el problema de las palabras, estamos muy cerca de ponernos de acuerdo.

Dado que el espiritismo se relaciona con todo, ingresa en el mundo a través de una infinidad de puertas. Algunas personas son conducidas hacia él por el fenómeno de las manifestaciones; otras, por la desgracia que las afecta y ante la cual esa creencia resulta para ellas el único consuelo verdadero; otras, por la idea filosófica y religiosa; otras, finalmente, por el principio de la pluralidad de las existencias. El señor Méry, al contribuir a que determinado círculo social crea en ese principio, tal vez haya hecho por la propagación del espiritismo mucho más que si hubiera sido abiertamente un espírita declarado.

Precisamente en el momento en que esta gran ley de la humanidad se afirma mediante los hechos y el testimonio de un hombre honorable, la Corte de Roma, por su parte, la desaprueba incluyendo en el index *La pluralidad de las existencias del alma*, [*Pluralité des existences de l'âme*] de Pezzani (periódico *Le Monde*, del 22 de junio de 1866). Esta medida producirá inevitablemente el efecto de llamar la atención hacia ese tema y estimular su análisis. La pluralidad de las existencias no es una simple opinión filosófica, sino una *ley de la naturaleza*, cuya existencia ningún anatema puede impedir, y con la cual tarde o temprano la teología tendrá que ponerse de acuerdo. Es un tanto exagerado apresurarse a condenar en nombre de la Divinidad una ley que, como todas las que rigen el mundo, es obra de la Divinidad. Sería muy lamentable que pronto no ocurra con esa condena lo mismo que con las que se aplicaron contra el movimiento de la Tierra y los períodos de su formación.

La siguiente comunicación se obtuvo en la *Sociedad de París*, el 22 de junio de 1866 (médium: señor Desliens).

Pregunta. Señor Méry: no hemos tenido el agrado de conoceros más que por vuestro renombre. Sin embargo, vuestro

talento y la merecida estima de que gozáis nos dan la esperanza de recibir, durante las conversaciones que mantendremos con vos, una instrucción que aprovecharemos con alegría cuantas veces tengáis a bien visitarnos.

Las preguntas que quisiéramos haceros hoy, toda vez que el poco tiempo transcurrido desde vuestra muerte os permita respondernos, son las siguientes:

1.° - ¿Cómo se produjo vuestro pasaje de esta vida a la otra? ¿Cuáles han sido vuestras impresiones al ingresar en el mundo espiritual?

2.° - Cuando vivíais en la Tierra, ¿conocisteis el espiritismo? ¿Qué pensabais acerca de esa doctrina?

3.° - ¿Es correcto lo que se dice respecto de vuestros recuerdos de existencias anteriores? ¿Qué influencia han ejercido esos recuerdos en vuestra vida terrestre y en vuestros escritos?

Nos parece superfluo preguntaros si sois dichoso en vuestra nueva situación, pues la bondad de vuestro carácter y vuestra honorabilidad nos inducen a confiar en que sí lo sois.

Respuesta. Señores: me siento profundamente conmovido por el testimonio de afecto que tenéis a bien ofrecerme, y que se halla contenido en las palabras de vuestro honorable Presidente. Tengo la dicha de responder a vuestro llamado, porque mi situación actual me confirma la realidad de una enseñanza cuya intuición yo poseía desde que nací, y también porque habéis pensado en lo que quedó de Méry el novelista, en el porvenir de mi parte íntima y viva, es decir, en mi alma, mientras que mis numerosos amigos pensaban, sobre todo, al despedirme, en la personalidad que los dejaba. ¡Me dirigían su último adiós deseándome que la tierra me fuera leve! ¿Qué quedó de Méry para ellos…? Un poco de polvo y algunas

obras sobre cuyo mérito no he sido llamado a pronunciarme… Pero acerca de mi nueva vida… ¡ni una palabra!

Recordaron mis teorías como si fueran una de las particularidades de mi carácter, y la imposición de mis convicciones como un efecto magnético, como un encanto que desaparecería junto con mi ausencia. Pero acerca del Méry que sobrevivió al cuerpo, de ese ser inteligente que hoy da cuenta de su vida de ayer y que sueña con su vida de mañana, ¿qué han dicho…? ¡Nada…! Ni siquiera pensaron en eso. El novelista tan alegre, tan triste, tan gracioso a veces, ha partido. ¡Le obsequiaron una lágrima, un recuerdo…! En ocho días no pensarán más en él, y las peripecias de la guerra harán que todos olviden que el pobre exiliado ha regresado a su patria.

¡Insensatos! Durante mucho tiempo han dicho: "Méry está enfermo, se debilita, envejece". ¡Cómo se equivocaban…! Yo iba camino a la juventud; creedme. ¡El niño que llora cuando entra en la vida es quien avanza hacia la vejez, pero el hombre maduro descubre al morir la juventud eterna más allá de la tumba!

La muerte me ha resultado inefablemente suave. Mi pobre cuerpo, afligido por la enfermedad, experimentó algunas convulsiones finales, y todo concluyó. ¡Pero mi Espíritu se quitaba poco a poco el manto que lo cubría, y comenzaba a flotar, prisionero aún, aspirando a lo infinito…! Me liberé sin turbación, sin conmociones. No me sorprendí, porque la tumba ya no tenía un velo para mí. Desembarcaba en una costa conocida, y sabía que amigos dedicados me aguardaban en la playa, porque no era la primera vez que hacía ese viaje.

Como le contaba a mi auditorio asombrado, yo conocí la Roma de los Césares; actué como conquistador subalterno de esta Galia en la que habité recientemente como ciudadano;

contribuí a conquistar vuestra patria, a someter a vuestros orgullosos ancestros, y luego partí para recuperar mis fuerzas en la fuente de la vida intelectual, para elegir nuevas pruebas y nuevos medios de adelanto. Vi las márgenes del Ganges y las de los ríos de China; asimilé esas civilizaciones tan diferentes de la vuestra, pero también tan grandes, tan avanzadas en su género. Viví en la zona tórrida y en climas templados; estudié las costumbres de aquí y de allá; fui alternativamente guerrero, poeta y escritor, también filósofo, y siempre soñador…

Esta última existencia ha sido para mí una especie de resumen de las que la precedieron. Antaño adquirí, y ayer mismo distribuí los tesoros acumulados en una serie de existencias, de observaciones y estudios.

Sí, fui espírita de corazón y con la mente, aunque no por razonamiento. La preexistencia era para mí un hecho; la reencarnación, una ley; el espiritismo, una verdad. En cuanto a las cuestiones de detalle, os confieso de buena fe que no les di gran importancia. Creía en la supervivencia del alma, en la pluralidad de sus existencias, pero nunca intenté profundizar acerca de si ella podía, después de haber dejado el cuerpo, mantener libremente relaciones con los que aún siguen encadenados. ¡Ah! Victor Hugo bien lo ha dicho: "La Tierra no es otra cosa más que la cárcel del Cielo…! A veces se rompe su cadena, pero para volver a soldarse. Solo salimos de aquí, sin duda, cuando dejamos a sus guardianes el cuidado de soltar, llegado el momento, los lazos que nos atan a las pruebas.

¡Soy dichoso, muy dichoso, porque soy consciente de que he vivido bien!

Perdonadme, señores, pues sigue siendo Méry, el soñador, quien os habla; y permitidme regresar a una reunión en la que me siento a gusto. Tengo que aprender con vosotros y, si

queréis recibirme como a uno de vuestros oyentes invisibles, con alegría permaneceré junto a vosotros, escuchando e instruyéndome, y hablando si se presenta la ocasión.

J. Méry

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Identidad de los Espíritus en las comunicaciones particulares

¿Por qué los Espíritus evocados con un sentimiento afectuoso suelen negarse a dar pruebas indubitables de su identidad?

Es comprensible que se atribuya un gran valor a las pruebas de identidad que proporcionan los Espíritus a los que se ama. Ese sentimiento es muy natural, y pareciera que, desde el momento en que los Espíritus pueden manifestarse, también debería resultarles fácil demostrar su personalidad. La ausencia de pruebas materiales es un motivo de duda y de penosa incertidumbre para algunas personas, sobre todo para las que no conocen el mecanismo de la mediumnidad, es decir, la ley que rige las relaciones entre los Espíritus y los hombres. Si bien hemos tratado varias veces acerca de este asunto, vamos a examinarlo nuevamente, para responder a las consultas que se nos dirigen.

No tenemos nada para agregar a lo que ya se ha dicho sobre la identidad de los Espíritus que se comunican solamente para instruirnos y que han dejado la Tierra hace bastante tiempo. Sabemos que esa identidad no puede demostrarse de

manera absoluta, y que es preciso limitarse a considerar el valor del lenguaje.

Solo podemos constatar con certeza la identidad de los Espíritus que han partido hace poco, y de los cuales conocemos el carácter y los hábitos, que se reflejan en sus palabras. La identidad de esos Espíritus se revela a través de mil detalles particulares. La prueba surge a veces de hechos materiales, característicos, pero muy a menudo de sutilezas propias del lenguaje, así como de un sinfín de menudencias que, si bien son poco sobresalientes, no resultan menos significativas.

Las comunicaciones de ese tipo con frecuencia contienen más pruebas de lo que se supone, y que se descubren poniendo más atención y menos prevenciones. Lamentablemente, la mayoría de las veces, a los solicitantes no les basta con que el Espíritu quiera o pueda brindar las pruebas, sino que pretenden que lo haga de un modo determinado, o le piden que diga o haga algo, que recuerde un nombre o un hecho, y todo eso en un momento preciso, sin pensar en los obstáculos que a veces se lo impiden y que paralizan su buena voluntad. Luego, si esas personas obtuvieron lo que buscaban, muy a menudo piden más, pues consideran que eso no ha sido bastante concluyente: después de un hecho, piden otro, y luego otro más. En una palabra, nunca les basta con lo que tienen para convencerse. Entonces, a menudo ocurre que el Espíritu, cansado de esa insistencia, definitivamente deja de manifestarse, a la espera de que la convicción llegue a ellas por otros medios. No obstante, muchas veces también ocurre que su abstención le es impuesta por una voluntad superior, como castigo para el solicitante demasiado exigente, y también como prueba para la fe de este. Porque si el hecho de sufrir algunas decepciones y no haber obtenido lo que quería y del modo como lo quería,

induce al solicitante a que tome la decisión de abandonar a los Espíritus, estos lo abandonarán a su vez, dejándolo inmerso en las angustias y las torturas de la duda, felices en caso de que su abandono no genera consecuencias más graves.

No obstante, en una infinidad de casos, las pruebas materiales de identidad son independientes de la voluntad del Espíritu, así como de su deseo de presentarlas, pues eso depende de la naturaleza o del estado del instrumento a través del cual se comunica. En la facultad mediúmnica existe una variedad infinita de matices que hacen que el médium sea apto o inadecuado para obtener tales o cuales efectos, que en un primer momento parecen idénticos, y que sin embargo dependen de influencias fluídicas diferentes. El médium es como un instrumento de múltiples cuerdas, pero no puede producir un sonido con las cuerdas que le faltan. Veamos un ejemplo notable:

Conocemos un médium que puede ser incluido entre los del primer nivel, tanto por la naturaleza de las comunicaciones que recibe, como por su aptitud para comunicarse con casi todos los Espíritus sin distinción. Muchas veces, en evocaciones particulares, ha obtenido pruebas irrefutables de identidad mediante la reproducción del lenguaje y del carácter de personas que él nunca había conocido. Hace algún tiempo, a favor de una persona que acababa de perder súbitamente varios hijos, evocó a uno de ellos, una niña pequeña. La comunicación reflejaba perfectamente el carácter de esa hija, y fue tanto más satisfactoria cuanto que la niña respondió una duda del padre acerca de su situación como Espíritu. No obstante, las pruebas eran apenas de orden moral, por lo que el padre consideró que sus otros hijos habrían podido decir lo mismo. Le hubiese gustado recibir una prueba que

solo su hija pudiera darle. Le extrañaba, sobre todo, el hecho de que ella le dijera *padre*, en vez de usar el apodo familiar con que lo llamaba en vida, y que no era un nombre francés; todo esto conforme a la idea de que, dado que el Espíritu de la niña empleaba una palabra, también podría emplear otra. El padre pidió una explicación al respecto, y esta es la respuesta que brindó el guía del médium:

"Vuestra hijita, si bien está completamente desprendida, no se encuentra en condiciones de haceros comprender el motivo por el cual no puede lograr que el médium exprese los términos que vosotros conocéis, a pesar de que ella se los transmite. Al comunicarse, ella obedece a una ley, pero no la comprende de un modo suficiente para explicar su mecanismo. La mediumnidad es una facultad cuyos matices varían hasta lo infinito, y los médiums que por lo general tratan acerca de temas filosóficos, raramente obtienen, y siempre de manera espontánea, esas particularidades que permiten reconocer de modo evidente la personalidad del Espíritu. Cuando un médium de esa clase solicita una prueba de identidad con la intención de satisfacer al evocador, las fibras cerebrales tensionadas por su propio deseo ya no son bastante maleables para que el Espíritu las active a gusto; de ahí se sigue que las palabras características no puedan ser reproducidas. La idea se mantiene, pero la forma ya no existe. Por consiguiente, no hay nada asombroso en el hecho de que vuestra hija os haya llamado *padre* en vez de asignaros la calificación familiar que esperabais. Con un médium especial, obtendréis resultados satisfactorios. Solo debéis tener un poco de paciencia."

Algunos días después, dicho señor, presente en la sesión del grupo de uno de nuestros asociados, obtuvo a través de otro médium, mediante la tiptología, y en presencia del mé-

dium referido anteriormente, no solo el nombre que deseaba, y sin que lo hubiera solicitado especialmente, sino también otros datos cuya precisión merece destacarse. De este modo, la facultad del primer médium, por más desarrollada y flexible que fuera, no se prestaba para ese tipo de producción mecánica. Él podía reproducir las palabras que eran la traducción del pensamiento transmitido, pero no los términos que requieren un trabajo especial. Por eso el conjunto de la comunicación reflejaba el carácter y el sentido de las ideas del Espíritu, pero sin signos materiales característicos. Un médium no es una maquinaria apta para todos los efectos. Así como no encontramos dos personas que sean completamente iguales tanto en lo físico como en lo moral, tampoco hay dos médiums cuya facultad sea absolutamente idéntica.

Vale señalar que las pruebas de identidad aparecen casi siempre de manera espontánea, en el momento en que menos se las espera, mientras que muy raramente son presentadas cuando alguien las solicita. ¿Se tratará de un capricho de los Espíritus? No, pues hay una causa material, que es la siguiente:

Las disposiciones fluídicas que establecen las relaciones entre el Espíritu y el médium presentan matices de extrema delicadeza, imperceptibles para nuestros sentidos, y que varían de un momento a otro en el mismo médium. A menudo un efecto que no es posible en un instante determinado, lo será una hora, un día o una semana más tarde, porque habrán cambiado las disposiciones o la energía de las corrientes fluídicas. Ocurre en este caso como en el de la fotografía, en la que una simple variación en la intensidad o en la dirección de la luz es suficiente para favorecer o impedir la reproducción de la imagen. ¿Acaso un poeta escribe sus versos cuando quiere? No; necesita inspiración. Si no cuenta con la disposición

favorable, por más que se rompa la cabeza no obtendrá nada. Preguntadle, pues, a qué se debe eso. En las evocaciones, el Espíritu que actúa libremente aprovecha las disposiciones que encuentra en el médium, así como el momento propicio. En cambio, cuando esas disposiciones no existen, el Espíritu ya no puede hacer nada, tal como el fotógrafo cuando le falta la luz. Por consiguiente, a pesar de su propio deseo, no siempre puede satisfacer inmediatamente un pedido de pruebas de identidad. Por eso es preferible esperar a que se presenten, en vez de solicitarlas.

Por otra parte, es necesario considerar que las relaciones fluídicas que deben existir entre el Espíritu y el médium nunca se establecen completamente desde la primera vez. La asimilación no se produce más que a la larga y gradualmente. De ahí resulta que, al comienzo, el Espíritu experimenta siempre una dificultad que influye en la claridad, la precisión y el desarrollo de las comunicaciones; mientras que, cuando el Espíritu y el médium están acostumbrados el uno al otro y sus fluidos se han identificado, las comunicaciones se dan naturalmente, porque ya no hay que vencer ninguna resistencia.

Vemos, por lo tanto, cuántas consideraciones es preciso tomar en cuenta al examinar las comunicaciones. Cuando esto no ocurre, y si no se conocen las leyes que rigen este tipo de fenómenos, muchas veces se piden cosas imposibles. Es exactamente como si alguien que no conociera las leyes de la electricidad se asombrara de que el telégrafo puede sufrir variaciones e interrupciones, y concluyera de ahí que la electricidad no existe.

La comprobación de la identidad de algunos Espíritus es un complemento en el vasto conjunto de resultados que abarca el espiritismo. Aun cuando esa comprobación fuera

imposible, no afectaría en absoluto la generalidad de las manifestaciones, como tampoco las consecuencias morales que resultan de ellas. Habría que sentir pena por aquellas personas que, tan solo porque no obtuvieron una satisfacción personal, decidieran privarse del consuelo que esa comprobación ofrece, pues eso implicaría sacrificar el todo por la parte.

* * *

La calificación de *santo* aplicada a determinados Espíritus

En un grupo de provincia, un Espíritu se presentó con el nombre de "san José, santo, tres veces santo", lo cual dio lugar a la siguiente pregunta:

Un Espíritu, aun si ha sido canonizado en vida, ¿puede asignarse la calificación de *santo*, sin faltar a la humildad que constituye uno de los atributos de la auténtica santidad? Además, al invocarlo, ¿es conveniente darle ese título? ¿Debemos sospechar del Espíritu que se comunica usando ese término?

Otro Espíritu respondió:

"Debéis rechazarlo de inmediato, porque sería como un gran capitán que se presentara ante vosotros restregándoos pomposamente sus numerosos hechos de armas antes de decir su nombre, o como un poeta que comenzara por jactarse de sus talentos. En esas palabras notaríais un orgullo desmedido. Veamos cómo debería ser en el caso de los hombres que han demostrado algunas virtudes en la Tierra y a los cuales se consideró dignos de ser canonizados. Si esos Espíritus se presentan ante vosotros con humildad, creed en ellos. Si acuden

poniendo delante su condición de santos, dadles las gracias, pues nada perderéis con eso. El encarnado no es santo por el hecho de que haya sido canonizado: solo Dios es santo, porque solo Él posee todas las perfecciones. Fijaos en los Espíritus superiores, a los que conocéis por la sublimidad de sus enseñanzas: no se atreven a llamarse santos, y se presentan simplemente como Espíritus de Verdad".

Esta respuesta necesita algunas rectificaciones. La canonización no implica la santidad en sentido absoluto, sino apenas cierto grado de perfección. Para algunos, la calificación de santo se ha convertido en una especie de título banal que forma parte del nombre, para distinguirse de sus homónimos, o que se les asigna por costumbre. Así pues, san Agustín, san Luis, santo Tomás, pueden colocar la palabra *santo* delante de sus nombres, sin que eso refleje un sentimiento de orgullo, que sería tanto más desmedido en el caso de Espíritus superiores que, mejor que otros, no hacen ningún caso a las distinciones otorgadas por los hombres. Sería igual que con los títulos nobiliarios o los de los grandes militares: las personas que en la Tierra han sido duque, príncipe o general, sin duda han dejado de serlo en el mundo de los Espíritus. No obstante, al firmar, podrán adoptar tales calificaciones, sin que eso genere efectos en su carácter. Algunos firman: *el que en la Tierra fue el duque de tal.* El sentimiento del Espíritu se revela en el conjunto de sus comunicaciones y mediante signos inequívocos en su lenguaje, de modo que no podremos confundirnos respecto de aquel que comience denominándose: "san José, santo, tres veces santo". Eso bastará para revelarnos la presencia de un Espíritu impostor que se engalana con el nombre de san José. Así, podemos ver que, gracias al conocimiento de

los principios de la doctrina espírita, su astucia no encontró a quién engañar en el ámbito donde quiso introducirse.

Por lo tanto, el Espíritu que dictó la comunicación precedente es demasiado absoluto en lo que respecta a la calificación de *santo*, y no está en lo cierto cuando afirma que los Espíritus superiores se denominan simplemente *Espíritu de Verdad*, pues esa calificación no reflejaría otra cosa más que un orgullo desmedido, aunque con otro nombre, y porque podría inducir a error si se la tomara al pie de la letra, dado que nadie puede jactarse de poseer la verdad absoluta, como tampoco la absoluta santidad. La calificación de *Espíritu de Verdad* pertenece a uno solo, y se la puede considerar un nombre propio. Se encuentra especificada en el Evangelio. Por otra parte, ese Espíritu se comunica con escasa frecuencia, y solamente en circunstancias especiales. Debemos estar advertidos respecto de los Espíritus que se engalanan indebidamente con ese título: es fácil reconocerlos por la impertinencia y la vulgaridad de su lenguaje.

* * *

Visión retrospectiva de las existencias del Espíritu

A propósito del doctor Cailleux

Uno de nuestros corresponsales en Lyón nos escribe lo siguiente:

"Me sorprendió que el Espíritu del doctor Cailleux haya sido puesto en un estado magnético para que pudiera ver de

qué modo se desplegaba ante él el cuadro de sus existencias pasadas (*Revista* de junio de 1866, página 175). Eso parece indicar que el Espíritu en cuestión no las conocía, pero en *El libro de los Espíritus* leo que: 'Después de la muerte, el alma ve y abarca de una mirada *sus emigraciones pasadas*' (Capítulo VI, § 243). Ese hecho, ¿no parece implicar una contradicción?"

No hay ninguna contradicción, dado que, por el contrario, ese hecho viene a confirmar la posibilidad de que el Espíritu conozca sus existencias pasadas. *El libro de los Espíritus* no es un tratado completo de espiritismo; solo sienta las bases y los puntos fundamentales de la doctrina, que deben desarrollarse sucesivamente a través del estudio y de la observación. Afirma, en principio, que después de la muerte el alma ve sus emigraciones pasadas, pero no dice cuándo ni cómo lo hace, pues eso forma parte de los detalles de aplicación que están subordinados a las circunstancias. Sabemos que en los Espíritus atrasados la visión se encuentra limitada al presente, poco más o menos, como en la Tierra, y que esa visión se desarrolla con la inteligencia y a medida que ellos adquieren la conciencia de su situación. Por otra parte, no habría que suponer que, incluso en los Espíritus adelantados, como el doctor Cailleux, por ejemplo, tan pronto ingresan en el mundo espiritual, todas las cosas se les aparecen súbitamente como en un cambio de decorado, ni que vean de manera constante el panorama del tiempo y el espacio. En cuanto a sus existencias anteriores, las ven como un recuerdo, como nosotros vemos con el pensamiento lo que éramos y lo que hicimos los años anteriores, las escenas de nuestra infancia y las posiciones sociales que hemos ocupado. Ese recuerdo es más o menos preciso o confuso, y a veces es nulo, según la naturaleza del Espíritu, y está sujeto a que la Providencia considere oportuno borrarlo o reavivarlo,

como recompensa, castigo o instrucción. Es un gran error suponer que las aptitudes, las facultades y las percepciones son las mismas en todos los Espíritus. Como en la encarnación, ellos tienen las percepciones morales y las que podemos denominar materiales, que varían según los individuos.

Si el doctor Cailleux hubiera dicho que los Espíritus no pueden conocer sus existencias pasadas, eso sí habría sido una contradicción, pues implicaría la negación de un principio establecido. Lejos de eso, él afirmó tal hecho. Las cosas apenas ocurrieron en su caso de una manera diferente a la de los demás, sin duda por motivos de utilidad para él; y para nosotros es un motivo de aprendizaje, pues nos muestra uno de los aspectos del mundo espiritual. El señor Cailleux había muerto hacía poco tiempo, de modo que es posible que sus existencias pasadas aún no se presentaran claramente en su memoria. Señalemos, además, que no se trataba de un simple recuerdo, sino de la propia visión de las individualidades que él había animado, así como de la imagen de sus anteriores formas periespirituales, que se presentaban ante él. Ahora bien, el estado magnético en que él se encontraba, probablemente fuera necesario para la producción de ese fenómeno.

El libro de los Espíritus fue escrito a comienzos del espiritismo, en una época en la que estábamos lejos de haber hecho los estudios prácticos que realizamos después. Las observaciones ulteriores desarrollaron y completaron los principios cuyos gérmenes ese libro había plantado; e incluso merece destacarse que, hasta el día de hoy, tales observaciones no han hecho más que confirmar aquellos principios, y nunca contradijeron sus puntos fundamentales.

POESÍAS ESPÍRITAS

La plegaria para los Espíritus

(Sociedad de París, 4 de mayo de 1866.
Médium: señor V…)[27]

Me conmuevo tanto, cuando veo, hijo querido,
que me invocas con tu ruego, a mis órdenes sometido,
censurando fuertemente la lógica tramposa
y los vanos argumentos de una secta orgullosa,
que pretende que el Espíritu cumple un deber
acudiendo a tu llamado, dichoso de poder,
sumiso a tu ley, huir y más deprisa abandonar
la estancia tediosa del mundo en que debe habitar,
para finalmente elevarse, hacia esas costas sin desiertos,
sin la tristeza de las sombras y el lamento de los muertos.
Estas son palabras importantes y frases pomposas.
Mas, si él acude a revelarte las bellezas maravillosas
de los mundos desconocidos, de los tiempos abrirte
los horizontes, y con profundas lecciones enseñarte
el principio y el destino de tu alma inmortal,
y de Dios la grandeza y su poder sin igual,
su justicia infinita y su sublime amor,
entonces, sé franco, noble conversador:
¿dirías, si a cambio de eso una breve plegaria él te pidiera,
que sería demasiado exigente, cuando a menudo en la Tierra

27. El médium es el Sr. L. Vavasseur. Véanse el comentario al final de las "Poesías espíritas" publicadas en el número de agosto de 1866, y el opúsculo de Allan Kardec: "Estudio sobre la poesía mediúmnica" (Buenos Aires: CEA, 2019), que constituye la introducción del libro *Ecos poéticos de ultratumba*, publicado por dicho médium en 1867. (N. del T.)

para obtener o pagar un pequeño favor
se te ha visto suplicante, enterrar el pudor
y mucho tiempo, como un pordiosero mendigar,
con un suspiro, el pan que debe su vida alimentar?
¡Oh! Créeme, hijo mío. ¡Qué pena siento
por aquel que siempre, olvidando el sufrimiento
y las lágrimas de sangre de este mundo invisible,
al escuchar nuestra voz permanece insensible,
y no acude de rodillas, como hacen otros,
con el fin de rogarle a Dios por nosotros!

Casimir Delavigne

Je suis vraiment touché de te voir, cher enfant,
A mes ordres soumis, prier en m'évoquant,
El blâmer hautement la logique trompeuse
El les vains arguments d'une secte orgueilleuse,
Qui prétend que l'Esprit accomplit un devoir
En venant à ta voix, trop heureux de pouvoir,
En subissant ta loi, fuir et quitter plus vite
Le séjour ennuyeux du monde qu'il habite,
Pour s'envoler enfin, vers ces rives sans bords,
Que n'attristent plus l'ombre et la plainte des morts.
Ce sont là de grands mots et des phrases pompeuses.
Mais s'il vient dévoiler les beauties merveilleuses
Des mondes inconnus, ouvrir les horizons
Des temps, et t'enseigner, dans de longues leçons,
Le principe et la fin de ton âme immortelle,
La grandeur de ton Dieu, sa puissance éternelle,
Sa justice infinie et son sublime amour,
Noble railleur, sois franc : Diras-tu qu'en retour,
S'il te demande un jour une courte prière,

Il est trop exigeant, quand souvent sur la terre,
Pour avoir ou payer une mince faveur,
On te voit, suppliant, fouler toute pudeur,
Et mendier longtemps, comme un pauvre mendie,
En soupirant, le pain qui doit nourrir sa vie?
Oh! crois-moi, cher enfant, malheur! trois fois malheur!
A celui qui toujours, oubliant la douleur
Et les larmes de sang de ce monde invisible,
En écoutant nos voix reste encoré insensible,
Et ne vient à genoux
Prier son Dieu pour nous.

Casimir Delavigne

* * *

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 8 Agosto de 1866

Mahoma y el islamismo

A veces existen, respecto de los hombres y de las cosas, opiniones que se propagan hasta convertirse en ideas reconocidas, aunque sean erróneas, debido a que resulta más cómodo aceptarlas tal como se las presenta. Eso es lo que ocurre en el caso de Mahoma y su religión, acerca de lo cual apenas se conoce su aspecto legendario. Además, el antagonismo de las creencias, ya sea por partidismo o por ignorancia, quiso destacar los puntos más accesibles a la crítica, y a menudo dejó deliberadamente en la sombra las partes favorables. En cuanto al público imparcial y desinteresado, es preciso alegar en su descargo que careció de los elementos necesarios para opinar por sí mismo, pues las obras que habrían podido esclarecerlo, escritas en un lenguaje apenas conocido por unos pocos eruditos, le resultaron inaccesibles. Además, como en definitiva ese público no tenía ningún interés directo en el asunto, optó por creer ciegamente en lo que se le había dicho, sin preguntar nada más al respecto. De ahí resultó que, acerca

del fundador del islamismo, se han formado ideas a menudo falsas o ridículas, basadas en prejuicios que no han podido ser corregidos en una discusión.

Los trabajos perseverantes y concienzudos de algunos sabios orientalistas modernos, como Caussin de Perceval, en Francia; el doctor W. Muir, en Inglaterra; G. Weil y Sprenger, en Alemania, han permitido que en la actualidad se aborde la cuestión en su verdadero sentido.[28] Gracias a ellos, Mahoma se nos presenta completamente distinto al de los cuentos populares. En la actualidad, el espacio considerable que su religión ocupa en la humanidad, así como su influencia política, hacen que este estudio sea una necesidad. La diversidad de las religiones ha sido durante mucho tiempo una de las principales causas de antagonismo entre los pueblos. En el momento en que estos tienden de manera manifiesta a acercarse y hacer que desaparezcan las barreras que los separan, es útil conocer aquello que en sus creencias puede favorecer o retardar la aplicación del gran principio de fraternidad universal. Entre todas las religiones, el islamismo es la que a primera vista parece contener los mayores obstáculos para dicho acercamiento. Desde ese punto de vista, como vemos, los espíritas no podrían mantenerse indiferentes ante este tema, razón por la cual consideramos que es necesario tratarlo aquí.

Una religión siempre es mal juzgada cuando tomamos como punto de partida exclusivamente nuestras creencias personales, porque en ese caso es difícil evitar un sentimiento de parcialidad en la valoración de sus principios. Para comprender sus fortalezas y sus debilidades, es necesario conside-

28. El señor Barthélemy Saint-Hilaire, del Instituto, ha resumido esos trabajos en una interesante obra titulada: *Mahoma y el Corán*. 1 volumen, in-12.- Precio: 3 francos, 50 centavos. Librería Didier.

rarla desde un punto de vista más elevado, a fin de abarcar el conjunto de sus causas y sus efectos. Si nos remitimos al medio en el que esa religión surgió, casi siempre encontraremos, o bien una justificación completa, o por lo menos una razón de ser. Hace falta, sobre todo, imbuirse de la idea principal del fundador, así como de los motivos que lo guiaron. Lejos de nosotros está la intención de absolver a Mahoma de todas sus faltas, ni a su religión de todos los errores que dañan el más vulgar sentido común; pero en honor a la verdad debemos decir que sería tan poco lógico juzgar esa religión a partir de lo que el fanatismo ha hecho de ella, como lo sería juzgar al cristianismo a partir del modo en que algunos cristianos lo practican. Si los musulmanes procedieran conforme al espíritu del Corán que el Profeta les entregó como guía, no cabe duda de que en más de un sentido serían muy distintos de lo que son. No obstante, ese libro, tan sagrado para ellos, a tal punto que solo lo tocan con respeto, es leído y releído sin cesar. Los más fervorosos lo saben incluso de memoria; pero ¿cuántos lo comprenden? Lo comentan, pero desde el punto de vista de sus ideas preconcebidas, cuyo abandono resultaría para ellos un caso de conciencia. Así pues, no ven en ese libro otra cosa más que lo que pretenden ver. Además, el lenguaje figurado les permite encontrar ahí todo cuanto desean; y los sacerdotes, que tanto en esa religión como en las otras gobiernan mediante la fe ciega, no se proponen descubrir en ese libro lo que podría contrariarlos. Por consiguiente, no es necesario consultar a los ulemas para conocer el espíritu de la ley de Mahoma. Los cristianos también tienen el Evangelio, que como código moral es más explícito que el Corán, pero eso no impidió que, en nombre de ese mismo Evangelio, que ordena amar incluso a los enemigos, torturaran y quemaran miles de

víctimas, y que convirtieran una ley de caridad absoluta en un arma de intolerancia y persecución. ¿Acaso podemos exigirles a unos pueblos todavía semibárbaros que elaboren con sus Escrituras sagradas una interpretación más sana que la que los cristianos civilizados han hecho con las suyas?

Para evaluar la obra de Mahoma debemos remontarnos a su origen y conocer al hombre y al pueblo que él se había propuesto regenerar. Solo en ese caso comprenderemos que, para el medio en que vivía, su código religioso constituía un progreso real. En primer lugar, demos un vistazo a esa región.

Desde tiempo inmemorial, Arabia estaba poblada por numerosas tribus, casi todas nómades. Se hallaban en guerra constante unas contra otras, y suplían con el pillaje las pocas riquezas que obtenían mediante un trabajo penoso bajo un clima abrasador. La cría de ganado era su principal fuente de recursos. Algunos se dedicaban al comercio en caravanas que partían anualmente desde el sur y se dirigían a Siria o a la Mesopotamia. El centro de la Península era prácticamente inaccesible, de modo que las caravanas se alejaban poco de las costas marítimas. Las principales recorrían el Hiyaz: la región que forma una estrecha franja a la orilla del Mar Rojo, de ciento cincuenta leguas de largo, separada del centro por una cadena montañosa que constituye una prolongación de las montañas de Palestina. La palabra árabe *Hiyaz* significa *barrera*, y alude precisamente a esa cadena montañosa, que bordea la región y la separa del resto de Arabia. El Hiyaz y Yemen del Sur poseen las tierras más fértiles; el centro es poco más que un vasto desierto.

Esas tribus habían establecido mercados hacia los que se acudía desde todas partes de Arabia, y en los que se resolvían los problemas de la comunidad. Las tribus enemigas inter-

cambiaban ahí sus prisioneros de guerra y a menudo dirimían sus diferencias con árbitros. Llama la atención el hecho de que esas tribus, pese a su barbarie, fueran apasionadas de la poesía. En esos lugares de reunión, durante los intervalos de esparcimiento entre un asunto y otro, los poetas más hábiles de cada tribu realizaban competencias, cuyos jurados eran los asistentes. Obtener la victoria era un gran honor para las tribus, y las poesías cuyo mérito fuera excepcional eran transcriptas en letras de oro y se exhibían en los muros sagrados de la Kaaba, en La Meca. De ahí que recibieran el nombre de *Mudhahabat* o poemas dorados.

Como se requería un tiempo determinado para dirigirse hacia esos mercados anuales y regresar de ellos con seguridad, había cuatro meses del año en que los combates estaban prohibidos y no se podía hostigar a las caravanas y a los viajeros. Combatir durante esos meses reservados era visto como un sacrilegio, que causaba las más temibles represalias.

Los puntos en los que se estacionaban las caravanas, que eran lugares donde encontraban agua y árboles, se convirtieron en centros donde poco a poco se formaron ciudades, entre las cuales las dos más importantes del Hiyaz son La Meca y Yathrib, actualmente Medina.

La mayoría de esas tribus afirmaban ser descendientes de Abraham, y ese patriarca era un gran honor para ellos. Su lengua, por sus vínculos con el hebreo, demostraba en efecto un origen común entre el pueblo árabe y el pueblo judío. Con todo, no parece menos cierto que el sur de Arabia haya tenidos habitantes indígenas.

Entre esos pueblos existía la creencia, que consideraban auténtica, de que la famosa fuente de Zemzem, en el valle de La Meca, era la que el ángel Gabriel había hecho brotar cuan-

do Agar, perdida en el desierto, iba a morir de sed junto con su hijo Ismael. La tradición también refería que Abraham, en oportunidad de una visita a su hijo exiliado, había construido con sus propias manos, no lejos de esa fuente, la *Kaaba*: una casa cúbica, de nueve codos de alto por treinta y dos de frente y veintidós de lado[29]. Esa casa, conservada religiosamente, se convirtió en un lugar de gran devoción, en un templo cuya visita constituía un deber. Las caravanas se detenían ahí naturalmente, y los peregrinos aprovechaban su compañía para viajar con mayor seguridad. Así pues, las peregrinaciones a La Meca existieron desde tiempo inmemorial. Mahoma no hizo más que consagrar y convertir en obligatoria una práctica habitual. Para eso tuvo un fin político que veremos más adelante.

En uno de los ángulos exteriores del templo estaba incrustada la famosa *Piedra Negra*, que el ángel Gabriel había traído desde los cielos –según dicen– para señalar el punto donde debían comenzar las siete rondas que los peregrinos debían realizar en torno a la Kaaba. Se afirma que esa piedra era originariamente de un blanco deslumbrante, pero que los toques de los pecadores la ennegrecieron. Según cuentan los viajeros que la han visto, no tiene más de seis pulgadas de alto por ocho de largo, y parece ser un simple pedazo de basalto, o tal vez un aerolito, lo que explicaría su origen celestial, conforme a las creencias populares.

La Kaaba construida por Abraham no tenía puerta y se encontraba al nivel del suelo. Fue destruida por la irrupción de un torrente hacia el año 150 de la era cristiana, y se reconstruyó sobre el nivel del suelo para protegerla de accidentes si-

29. El codo equivalía a unos 45 centímetros. Se trata de una unidad de medida natural de los antiguos, basada en la distancia que media entre el codo y el extremo de los dedos.

milares. Alrededor de cincuenta años más tarde, el jefe de una tribu de Yemen la cubrió con un manto de telas preciosas, e hizo que le colocaran una puerta con cerradura para proteger los valiosos obsequios que sin cesar los peregrinos acumulaban piadosamente.

La veneración de los árabes por la Kaaba y por el territorio circundante era tan grande que no se atrevieron a construir viviendas en el lugar. Ese espacio tan respetado, al que se denomina el Haram, abarcaba todo el valle de La Meca, cuya circunferencia es de alrededor de quince leguas. El honor de guardar ese templo venerable era muy codiciado, por lo que las tribus se lo disputaban, y muy a menudo esa atribución era un derecho de conquista. En el siglo quinto, Qusay, jefe de la tribu de los coraichitas, quinto antepasado de Mahoma, se convirtió en jefe del Haram y fue investido con el poder civil y religioso, por lo que mandó construir un palacio junto a la Kaaba, en el que podían residir los de su tribu. Así fue fundada la ciudad de La Meca. Qusay parece ser el primero que mandó colocar en la Kaaba una cubierta de madera. La Kaaba se encuentra actualmente en el centro de una mezquita, y La Meca es una ciudad de unos cuarenta mil habitantes, si bien llegó a contar –según dicen– con unos cien mil.

Al principio, la religión de los árabes consistía en la adoración de un Dios único, cuya voluntad el hombre debía obedecer por completo. Esa religión, que era la de Abraham, se denominó *Islam*, y quienes la profesaban se llamaron *musulmanes*, es decir, sumisos a la voluntad de Dios. No obstante, poco a poco, el Islam puro degeneró en una grosera idolatría: cada tribu tenía sus dioses y sus ídolos, a los que defendía a ultranza con las armas, para demostrar la superioridad de su poder. Con mucha frecuencia, esas eran las causas o el pre-

texto para que entre esas tribus se desencadenaran largas y encarnizadas guerras.

Así pues, la fe de Abraham había desaparecido de esos pueblos, a pesar del respeto que profesaban a su memoria, o al menos esa fe había sido desfigurada a tal punto que ya no existía en la realidad. La veneración por los objetos que consideraban sagrados había quedado reducida al más absurdo fetichismo. El culto de la materia había reemplazado al del espíritu. Atribuían un poder sobrenatural a los objetos más vulgares consagrados por la superstición, a una imagen, a una estatua. Dado que el pensamiento había abandonado el principio por su símbolo, la piedad no era más que una serie de prácticas exteriores minuciosas, cuya mínima infracción era vista como un sacrilegio.

A pesar de todo, en ciertas tribus aún se encontraban algunos adoradores del Dios único. Eran hombres piadosos que practicaban una absoluta sumisión a la Voluntad suprema y rechazaban el culto de los ídolos. Se los llamaba *hanifes*, y eran los auténticos musulmanes, que habían conservado la fe pura del Islam. Pero eran pocos y no ejercían la menor influencia en el ánimo de las masas. Hacía mucho tiempo que algunas colonias judías se habían establecido en el Hiyaz, ganando algunos prosélitos para el judaísmo, principalmente entre los hanifes. El cristianismo también tuvo en esa región sus representantes y sus propagadores en los primeros siglos de nuestra era. No obstante, ninguna de esas dos creencias echó raíces profundas y duraderas. La idolatría había quedado como la religión dominante, pues a causa de su diversidad era más conveniente para la independencia turbulenta y la interminable división de las tribus, que la practicaban con el más violento fanatismo. Para prevalecer sobre esa anarquía religio-

sa y política hacía falta un hombre genial, que fuera capaz de imponerse con energía y firmeza, suficientemente hábil para tomar en cuenta las costumbres y el carácter de esos pueblos, y cuya misión fuera revelada ante ellos mediante el prestigio de sus cualidades de profeta. Ese hombre fue Mahoma.

Mahoma nació en La Meca, el 27 de agosto de 570 de la era cristiana. Ese año se denomina *Año del Elefante*. Mahoma no era un hombre de una condición oscura, como vulgarmente se cree. Pertenecía a una familia poderosa y considerada de la tribu de los coraichitas, una de las más importantes de Arabia, y que en esa época dominaba La Meca. Se lo hace descender en línea directa de Ismael, el hijo de Abraham y de Agar. Sus ancestros próximos: Qusay, Abd Manaf, Hashim y Abd-al-Muttálib, su bisabuelo, eran ilustres por sus eminentes cualidades y por las elevadas funciones que habían desempeñado. Su madre, Amina, pertenecía a una noble familia coraichita y también descendía de Qusay. El padre de Mahoma, Abd Allah, había muerto dos meses antes de que él naciera, de modo que su madre lo crió con gran ternura, hasta dejarlo huérfano cuando tenía seis años. Entonces se ocupó de él su abuelo Abd-al-Muttálib, que lo quería mucho y a menudo se complacía en predecirle un alto destino, pero que murió dos años después.

A pesar de la categoría a la que pertenecía su familia, Mahoma pasó su infancia y su juventud en un estado cercano a la miseria: su madre le había dejado como herencia un rebaño de ovejas, cinco camellos y una fiel esclava negra, que lo había cuidado y por la cual él siempre mantuvo un gran afecto. Tras la muerte de su abuelo, Mahoma fue adoptado por sus tíos, cuyos rebaños pastoreó hasta los veinte años de edad. También los acompañaba en sus expediciones guerreras con las

otras tribus, pero como su temperamento era dulce y pacífico, no intervenía activamente, aunque tampoco huía ni le temía al peligro, limitándose a recoger las flechas. Cuando alcanzó la cima de la gloria, se complacía en recordar que Moisés y David, ambos profetas, habían sido pastores como él.

Mahoma era reflexivo y soñador. Su carácter reflejaba una solidez y una madurez precoces, junto con una extrema rectitud. Era sumamente abnegado y de costumbres irreprochables, con lo cual se ganó la confianza de sus compañeros, quienes le asignaron el sobrenombre de Al-Amin: "el hombre seguro, el hombre fiel". A pesar de que era joven y pobre, lo convocaban a las asambleas de la tribu en las que se trataban los asuntos más importantes. Formaba parte de una asociación que las principales familias coraichitas habían creado con miras a prevenir los trastornos de la guerra, proteger a los débiles y hacerles justicia. Para él siempre fue un honor haber contribuido a tales logros, y en los últimos años de su vida no dejaba de considerarse ligado a la promesa que en tal sentido había hecho en su juventud. Decía que estaba dispuesto a responder al ruego que le hiciera el más oscuro de los hombres en nombre de esa promesa, y que no faltaría a ella ni por los mejores camellos de Arabia. Los asociados juraban, ante una divinidad vengadora, que asumirían la defensa de los oprimidos y perseguirían el castigo de los culpables mientras hubiera una gota de agua en el océano.

En cuanto a su aspecto físico, el talle de Mahoma era un poco mayor a la media, de complexión fuerte y cabeza voluminosa. Su fisonomía, de una dulce gravedad, sin que fuera bella, resultaba agradable e irradiaba calma y tranquilidad.

A los veinticinco años de edad, se casó con su prima Jadiya, una viuda rica, al menos quince años mayor que él, cuya

confianza conquistó con la inteligente probidad con que se había desempeñado en la conducción de una de sus caravanas. Jadiya era una mujer superior. Esa unión, que duró veinticuatro años y concluyó con la muerte de Jadiya, a la edad de sesenta y cuatro años, fue de una dicha constante. Mahoma tenía entonces cuarenta y nueve años, y esa pérdida le causó un profundo dolor.

Tras la muerte de Jadiya, las costumbres de Mahoma cambiaron. Contrajo matrimonio con varias mujeres. Llegó a tener doce o trece mediante casamientos legítimos, y al morir dejó nueve viudas. No cabe duda de que ese fue un error capital, cuyas lamentables consecuencias veremos más adelante.

Hasta los cuarenta años de edad, llevó una vida apacible y sin nada que mereciera destacarse, salvo un acontecimiento que lo sacó por un instante de la oscuridad, cuando tenía treinta y cinco años. Los coraichitas habían resuelto reconstruir la Kaaba, que amenazaba derrumbarse. Con gran esfuerzo, mediante la distribución de las tareas, lograron apaciguar las diferencias surgidas de la rivalidad entre las familias que querían participar en la reconstrucción. Pero esas diferencias resurgieron con extrema violencia cuando llegó el momento de volver a colocar en su lugar la famosa Piedra Negra, pues nadie quería renunciar a ese derecho. Por esa razón, las tareas habían sido interrumpidas y en todas partes se levantaban en armas. A propuesta del decano, se convino en aceptar la decisión de la primera persona que ingresara en la sala de las deliberaciones. Esa persona fue Mahoma. Al verlo, todos exclamaron: "*¡Al-Amin! ¡Al-Amin!* El hombre seguro y fiel"; y esperaban que emitiera la sentencia. Con su sensatez, Mahoma dirimió el conflicto. Tendió su manto en el suelo y colocó la Piedra sobre él. Luego pidió a los jefes de las cuatro facciones

principales que cada uno tomara una punta del manto, para que lo elevaran juntos hasta la altura en que debía colocarse la Piedra, es decir, a unos cuatro o cinco pies del suelo. Entonces Mahoma tomó la Piedra y la colocó en su lugar con sus propias manos. Los concurrentes se declararon satisfechos y la paz retornó.

A Mahoma la gustaba salir a pasear por los alrededores de La Meca, y cada año, durante el mes sagrado de la tregua, se retiraba al monte Hira para dedicarse a meditar dentro de una estrecha cueva. Durante uno de esos retiros, cuando tenía cuarenta años de edad, tuvo una visión mientras dormía. El ángel Gabriel se le apareció y le mostró un libro, instándolo a que lo leyera. Tres veces Mahoma se resistió a la orden, hasta que accedió solamente para librarse de la opresión que sufría. Al despertarse, dijo haber sentido que "un libro había sido escrito en su corazón". El sentido de esa expresión es evidente: significa que Mahoma había recibido la inspiración de un libro, pero más tarde fue tomada al pie de la letra, como suele ocurrir con las cosas que se dicen en lenguaje figurado.

Otro hecho demuestra los errores de interpretación a los que la ignorancia y el fanatismo pueden conducir. Dice Mahoma, en el Corán: "¿Acaso no abrimos tu corazón y quitamos la carga de tu espalda?". Estas palabras, vinculadas a un accidente que Mahoma había sufrido en la infancia, dieron lugar a la fábula –auténtica para los creyentes, y enseñada por los sacerdotes como un hecho milagroso– según la cual dos ángeles abrieron el pecho del niño y retiraron de su corazón un coágulo negro, símbolo del pecado original. ¿Debemos acusar a Mahoma de esos absurdos, o a quienes no lo comprendieron? Lo mismo ocurre con un sinfín de cuentos ridículos sobre los cuales se lo acusa de haber fundado su doctrina. Por eso no

dudamos en decir que un cristiano ilustrado e imparcial se encuentra en mejores condiciones que un musulmán fanático a la hora de elaborar una interpretación sana del Corán.

Sea como fuere, Mahoma quedó profundamente perturbado por aquella visión, y se apresuró a contarle lo ocurrido a su mujer. De regreso al monte Hira, presa de la más viva agitación, se creyó poseído por Espíritus malignos, de modo que, para escapar del mal que temía, se propuso arrojarse desde lo alto de una roca. En ese momento, escuchó una voz procedente del cielo, que le dijo: "¡Oh! ¡Mahoma! Tú eres el enviado de Dios. Yo soy el ángel Gabriel". Entonces levantó los ojos y vio al ángel, con forma humana, que desaparecía poco a poco en el horizonte. Esa nueva visión no hizo más que aumentar su perturbación. Enterada de lo ocurrido, Jadiya intentó tranquilizar a Mahoma, pero como ella tampoco estaba demasiado segura, habló con su primo Varaka, un anciano convertido al cristianismo y renombrado por su sabiduría, quien le dijo: "Si lo que me has contado es cierto, tu marido recibió la visita del gran *Namus*, que otrora visitó a Moisés, de modo que Mahoma será el gran profeta de este pueblo. Anúnciaselo, y dile que se tranquilice". Tiempo después, el propio Varaka, tras conocer a Mahoma, le pidió que le relatara sus visiones y le repitió las palabras que le había dicho a su esposa, agregando: "Te acusarán de impostor; te expulsarán; te combatirán violentamente. ¡Pueda yo vivir hasta ese momento, para asistirte en esa lucha!".

De estos hechos, así como de muchos otros, resulta que la misión de Mahoma no fue un cálculo premeditado de su parte, y que dicha misión había sido confirmada por otras personas antes de que el propio Mahoma lo hiciera, pues le llevó mucho tiempo aceptarla. Con todo, cuando lo hizo, la

tomó muy en serio. Para convencerse a sí mismo, deseaba que el ángel se le apareciera nuevamente, pero este se demoró dos años según algunos, y seis meses según otros. Ese intervalo de incertidumbre y de duda es la época que los musulmanes denominan el *fitreh*, durante la cual Mahoma fue presa de fuertes perplejidades y temores. Le parecía que iba a perder la razón, y lo mismo opinaban algunos de quienes lo rodeaban. Sufría desmayos y síncopes, que los escritores modernos atribuyeron –sin otra prueba más que su opinión personal– a ataques de epilepsia, y que más bien pudieron haber sido el efecto de un estado de éxtasis, catalepsia o sonambulismo espontáneo. Como sabemos, en esos momentos de lucidez extracorporal suelen producirse fenómenos extraños, que el espiritismo explica por completo. Algunas personas creían que Mahoma había enloquecido. Otras veían en esos fenómenos –peculiares para ellas– algo sobrenatural, que ubicaba al hombre más allá de la humanidad. "Cuando se admite la acción de la Providencia en los acontecimientos humanos –dice el señor Barthélemy Saint-Hilaire (pág. 102), no es posible negarse a descubrirla también en esas inteligencias dominantes que aparecen de vez en cuando para instruir y conducir a los demás hombres".

El Corán no es una obra escrita por Mahoma con tranquilidad y de manera continuada, sino el registro que sus amigos tomaron de las palabras que él pronunciaba cuando estaba inspirado. En esos momentos, durante los cuales no era dueño de sí, Mahoma caía en un estado extraordinario y muy aterrador: el sudor le inundaba el rostro, sus ojos se ponían rojos de sangre, emitía gemidos, y muy a menudo la crisis terminaba con un síncope que duraba más o menos tiempo. Y todo eso le ocurría a veces entre la multitud, e incluso

mientras montaba su camello, al igual que en su hogar. La inspiración era irregular e instantánea, y él no podía prever el momento en que surgiría.

De acuerdo con lo que actualmente conocemos acerca de ese estado a partir de una cantidad de ejemplos análogos, es probable que Mahoma no tuviera conciencia de lo que decía, sobre todo al principio, de modo que sus palabras se habrían perdido en caso de que nadie las hubiera registrado. No obstante, más tarde, cuando él tomó en serio su papel de reformador, es evidente que hablaba con mayor conocimiento de causa y que combinaba las inspiraciones con el producto de sus propias ideas, según los lugares y las circunstancias, así como las pasiones o los sentimientos que lo motivaban, con miras al objetivo que se proponía alcanzar, creyendo, tal vez de buena fe, que hablaba en nombre de Dios.

Esos fragmentos destacados, recopilados en diversas épocas, que suman un total de ciento catorce, forman en el Corán otros tantos capítulos, denominados *suras*. Las suras se hallaban dispersas durante la vida de Mahoma, y solo después de su muerte fueron reunidas en un cuerpo oficial de doctrina a través de Abu Bakr y de Omar. De esas inspiraciones repentinas, recopiladas a medida que ocurrían, resultó una absoluta falta de orden y de método. Los temas más disparatados son tratados desordenadamente, a menudo dentro de una misma sura, de modo que la confusión y las numerosas repeticiones hacen que una lectura continuada resulte difícil y fastidiosa, salvo para los fieles.

Según la creencia vulgar, convertida en un artículo de fe, las hojas del Corán fueron escritas en el cielo y enviadas a Mahoma a través del ángel Gabriel, porque en un pasaje se lee: "Tu Señor es poderoso y misericordioso, y el Corán es

una revelación del Señor del universo. El Espíritu fiel (el ángel Gabriel) lo trajo desde lo alto y lo depositó en tu corazón, oh Mahoma, para que tú fueras apóstol". Mahoma se expresa de la misma manera respecto del libro de Moisés y del Evangelio, cuando dice (sura III, versículo 2): "Hizo descender de lo alto el Pentateuco y el Evangelio, para orientar a los hombres", con lo cual quiso decir que esos dos libros habían sido inspirados por Dios a Moisés y a Jesús, del mismo modo que a él le había inspirado el Corán.

Las primeras prédicas de Mahoma fueron secretas durante dos años, y en ese lapso reunió unos cincuenta adeptos entre los miembros de su familia y sus amigos. Los primeros conversos a la nueva fe fueron: su esposa Jadiya; Ali, su hijo adoptivo, que tenía diez años de edad; Varaka; y su amigo más íntimo, Abu Bakr, quien habría de ser su sucesor. Mahoma tenía cuarenta y tres años cuando comenzó a predicar públicamente, y desde ese momento se realiza la predicción que le había hecho Varaka. Su religión, fundada en la unidad de Dios y en la reforma de ciertos abusos, constituyó la ruina de la idolatría y de quienes vivían de ella, los coraichitas, guardianes de la Kaaba y del culto nacional, por lo que estos se sublevaron contra él. Al principio, lo acusaron de loco; después, de sacrílego; amotinaron al pueblo; lo persiguieron, y esa persecución se tornó tan violenta que sus partidarios, en dos oportunidades, tuvieron que buscar refugio en Abisinia. No obstante, siempre respondieron a los ultrajes con calma, sangre fría y moderación. Su secta creció, y sus adversarios, al ver que no podían reducirla mediante la fuerza, decidieron desacreditarla con calumnias. Mahoma no se salvó del escarnio y el ridículo. Los poetas –como hemos visto– eran numerosos entre los árabes; manejaban hábilmente la sátira, y sus versos

eran leídos con avidez, por lo que ese fue el instrumento que la crítica maliciosa empleó contra él. Pero como Mahoma lo resistía todo, sus enemigos recurrieron finalmente a complots para asesinarlo, de modo que él no pudo más que escaparse para evitar el peligro que lo amenazaba. Entonces se refugió en *Yatrib*, que después se llamó *Medina* (*Medinat-en-Nabi*, la ciudad del Profeta), en el año 622, y de esa época data la Hégira o era de los musulmanes. Con antelación, Mahoma había enviado a esa ciudad, en pequeños grupos, para no despertar sospechas, a todos sus partidarios de La Meca, hasta que viajó en último lugar, junto con Abu Bakr y Ali, sus discípulos más fieles, cuando supo que los demás estaban seguros.

De esa época data también una nueva etapa en la existencia de Mahoma: de simple profeta que era, se vio obligado a convertirse en guerrero.

(*Continuará en el próximo número*.)[30]

Los profetas del pasado

La obra titulada *Los profetas del pasado*, de Barbey d'Aurévilly, contiene el elogio de Joseph de Maistre y de de Bonald, por el hecho de que continuaron siendo ultramontanos toda su vida, en tanto que censura a Chateaubriand e insulta a Lamennais, además de presentarlo con un aspecto odioso.

30. Véase el número de noviembre. (N. del T.)

El siguiente pasaje muestra el espíritu con que ese libro ha sido concebido:

"En este mundo, en el que el espíritu y el cuerpo se encuentran unidos por un indisoluble misterio, *el castigo corporal tiene una razón de ser de carácter espiritual*, porque el hombre no está encargado de desdoblar la creación. Entonces, si en lugar de quemar los escritos de Lutero, *cuyas cenizas cayeron sobre Europa como una semilla*, se hubiera *quemado al propio Lutero*, el mundo habría estado a salvo al menos por un siglo. Con Lutero quemado, iban a gritar. No obstante, yo no pretendo esencialmente la hoguera, siempre y cuando el error sea *suprimido* en su manifestación del momento y en su manifestación continua, es decir, en el *hombre* que lo ha pronunciado o que lo escribió, y que lo denomina *verdad*. ¡Esto es demasiado para los corderos de la anarquía *que solo berrean la libertad*! Un hombre de genio, el más positivo que haya vivido desde Maquiavelo, y que no era católico en absoluto, sino por el contrario, un tanto liberal, decía con la brutalidad de una decisión necesaria: 'Mi política consiste en *matar a dos hombres*, cuando eso sea necesario para salvar a tres'. Ahora bien, al *matar a Lutero*, no se hubiera salvado a tres hombres al precio de dos, sino a miles de hombres al precio de uno solo. Por otra parte, no solo se trata de ahorrarse la sangre de los hombres, sino del respeto a la conciencia y a la inteligencia del género humano. Lutero distorsionaba una y otra. Además, cuando existe una enseñanza y una fe social –entonces era el catolicismo– es preciso protegerlas y defenderlas, so pena de morir como sociedad algún día. De ahí los tribunales y las instituciones destinadas a conocer los delitos contra la fe y la enseñanza. *La inquisición es una necesidad lógica en cualquier sociedad*".

Si los principios que acabamos de citar fueran tan solo la opinión personal del autor de esta obra, no habría que preocuparse por ellos más que por tantas otras excentricidades. Pero él no habla solamente en su nombre, y el partido del cual es vocero no desaprueba esos principios, de modo que adhiere a ellos al menos tácitamente. Por otra parte, no es la primera vez que en la actualidad esas mismas doctrinas son preconizadas públicamente, y no es menos cierto que aún hoy constituyen la opinión de cierta clase de personas. Si no causan tanta inquietud, es porque la sociedad tiene demasiada conciencia de su fuerza como para dejarse asustar. Todos comprenden que esos anacronismos perjudican ante todo a quienes los afirman, porque abren más profundamente el abismo que existe entre el pasado y el presente, y esclarecen a las masas para que permanezcan alerta.

Como vemos, el autor no disimula su pensamiento ni toma precauciones oratorias; no se anda con vueltas: "Tendría que haberse quemado a Lutero y a todos los promotores de herejías, para la máxima gloria de Dios y la salvación de la religión". Claro y preciso. Es lamentable que una religión funde su autoridad y su estabilidad en semejantes recursos, pues significa que tiene poca confianza en su ascendiente moral. Si su base fuera la verdad absoluta, debería desafiar todos los argumentos contrarios. Como el sol, debería bastarle con mostrarse para disipar las tinieblas. Toda religión que procede de Dios no tiene nada que temer del capricho ni de la malicia de los hombres, pues extrae su fuerza del razonamiento. Si un hombre tuviera el poder de derribarla, una cosa de dos: esa religión no sería obra de Dios, o bien ese hombre sería más lógico que Dios, dado que sus argumentos prevalecerían sobre los de Él.

El autor hubiera preferido quemar a Lutero antes que a sus libros, porque –según afirma– *las cenizas de esos libros cayeron sobre Europa como una semilla*. Está de acuerdo, pues, en que los autos de fe de libros no perjudican la idea que se pretende destruir, sino que la benefician. Esa es una grande y profunda verdad que la experiencia ha demostrado. Según él, es más eficaz quemar al hombre, porque de ese modo se detiene el mal en su fuente. No obstante, ¿acaso supone que las cenizas del hombre son menos fecundas que las de los libros? ¿Ha reflexionado acerca de los retoños que surgieron de las cenizas de los cuatrocientos mil herejes quemados por la Inquisición, sin contar el número aún mayor de los que murieron en otros suplicios? De los libros quemados solo quedan cenizas, pero de las víctimas humanas queda la sangre, que deja manchas indelebles y cae sobre los que la derraman. De esa sangre salió la fiebre de incredulidad que atormenta a nuestro siglo. Si la fe se extingue, es porque se ha pretendido cimentarla con sangre y no con el amor de Dios. ¿Cómo se puede amar a un Dios que manda quemar a sus hijos? ¿Cómo se puede creer en su bondad, si el humo de las víctimas es un incienso que le agrada? ¿Cómo se puede creer en su poder infinito, si le hace falta el brazo del hombre para imponer su autoridad mediante la destrucción?

Nos dirán que ahí no está la religión, sino el abuso. En efecto, si esa fuera la esencia del cristianismo, no habría nada que envidiarle al paganismo, incluso respecto de los sacrificios humanos, y el mundo no habría ganado demasiado con ese reemplazo. Así es, se trata de un abuso, pero cuando el abuso es obra de jefes que tienen autoridad, que lo convierten en ley y lo presentan como la más santa ortodoxia, no habrá que asombrarse de que más tarde las masas poco esclarecidas in-

cluyan la totalidad en la misma reprobación. Ahora bien, las reformas han sido engendradas precisamente por los abusos, y quienes los propusieron están cosechando lo que sembraron.

Vale señalar que las nueve décimas partes de las trescientas sesenta y tantas sectas que han dividido al cristianismo desde su origen tenían como objetivo acercarse a los principios evangélicos, a partir de lo cual es racional concluir que, si no se hubieran apartado de él, esas sectas no se habrían formado. Además, ¿con cuáles armas las combatieron? Siempre con hierro y fuego, con proscripciones y persecuciones: ¡lamentables y pobres medios de convencimiento! Pretendieron ahogarlas con sangre. A falta de razonamiento, la fuerza triunfó sobre los individuos, los destruyó, los dispersó, pero no pudo aniquilar la idea. Por eso la vemos reaparecer incesantemente, con algunas variantes, con otros nombres o con nuevos jefes.

El autor de ese libro, como hemos visto, está a favor de los remedios heroicos. No obstante, como teme que la idea de quemar provoque *gritos* en el siglo en que vivimos, declara que "no pretende esencialmente la hoguera, siempre y cuando el error sea *suprimido* en su manifestación del momento y en su manifestación continua, es decir, en el *hombre* que lo ha pronunciado o que lo escribió, y que lo denomina *verdad*". Así, con tal de que el hombre desaparezca, poco le importa el modo; se sabe que no faltan recursos: el fin justifica los medios. Eso es para la manifestación *del momento*; sin embargo, para que el error sea destruido en su manifestación *continua*, necesariamente hay que hacer que desaparezcan todos los adherentes que no hayan querido rendirse de buen grado. Vemos que eso nos lleva lejos. Por otra parte, si el medio es duro, resulta infalible para deshacerse de toda oposición.

Ideas como esas, en el siglo en que vivimos, no pueden ser otra cosa más que importaciones y reminiscencias de existencias precedentes. En cuanto a los *corderos que berrean la libertad*, también hay en eso un anacronismo, un recuerdo del pasado. Antaño no se podía más que *berrear*, pero en la actualidad los corderos se han vuelto carneros, de modo que ya no berrean la libertad, sino que la ejercen.

No obstante, en caso de que quemaran a Lutero, veamos si hubieran podido detener el movimiento que él impulsó. El autor no parece estar muy seguro de eso, pues dice: "El mundo habría estado a salvo al menos por *un siglo*". ¡Un siglo de respiro, eso es todo lo que habrían ganado! ¿Y eso por qué? Esta es la razón:

Si los reformadores expresaran tan solo sus ideas personales, no reformarían absolutamente nada, porque esas ideas no tendrían eco. Un hombre solo es incapaz de movilizar a las masas si estas se encuentran inertes y no sienten que vibra en ellas alguna fibra. Vale señalar que las grandes renovaciones sociales nunca se producen de repente; al igual que las erupciones volcánicas, son precedidas por síntomas precursores. Las ideas nuevas germinan, bullen en una multitud de cabezas; la sociedad es agitada por una especie de estremecimiento que la pone a la expectativa.

En esas épocas surgen los verdaderos renovadores, que resultan ser los representantes, no de una idea individual, sino colectiva, vaga, a la cual el reformador otorga una forma precisa y concreta, y que triunfa tan solo porque encuentra los ánimos dispuestos a recibirla. Esa era la situación de Lutero. Pero él no fue el primero ni el único promotor de la Reforma, cuyos primeros apóstoles, antes de Lutero, fueron Wiclef, Juan Huss y Jerónimo de Praga. Los dos últimos fueron

quemados por orden del concilio de Constanza. Los husitas, perseguidos a ultranza tras una guerra encarnizada, fueron vencidos y masacrados. Destruyeron a los hombres, pero no la idea, que más tarde fue retomada con otra forma y modificada en algunos detalles por Lutero, Calvino, Zuinglio, etc. De ahí podemos concluir que, si hubieran quemado a Lutero, eso no habría servido para nada ni se habría logrado un siglo de respiro, porque la idea de la Reforma no estaba solamente en la cabeza de Lutero, sino en miles de cabezas, de las que debían salir hombres capaces de sostenerla. Habría sido tan solo un crimen más, sin provecho para la causa que lo había provocado. Tan cierto es esto que, cuando una corriente de ideas nuevas atraviesa el mundo, nadie podría detenerla.

Al leer las palabras de este autor, parecieran escritas en las épocas febriles de las guerras religiosas, y no en un tiempo en el que las doctrinas se juzgan con la calma de la razón.

Creaciones fantásticas de la imaginación

Las visiones de la señora Cantianille B…

L' Événement, del 19 de junio de 1866, contiene el siguiente artículo:

"Hechos extraños, inexplicados aún, se produjeron el último año en Auxerre, conmocionando a la población. Los partidarios del espiritismo han visto en ellos manifestaciones propias de su doctrina, y el clero los ha considerado como nuevos ejemplos de posesiones: hablaron de exorcismos como si hubieran retornado los buenos tiempos de las ursulinas de

Loudun. La persona en torno a la cual se hizo todo ese ruido se llama Cantianille B… Un vicario de la catedral de Sens, el señor abad Thorey, con la autorización de su obispo, comprobó esas aparentes derogaciones de las leyes naturales. Dicho eclesiástico publicó hoy el resultado de sus investigaciones, con el título *Relaciones maravillosas de la señora Cantianille B… con el mundo sobrenatural*. Nos presenta una prueba de su trabajo, y con mucho gusto destacamos una parte del mismo, que es curioso en varios aspectos.

En el prefacio, el autor expone el plan de su obra, y luego agrega:

"Confío en que mi lector, al recorrer estas páginas, tendrá a bien no precipitar su juicio. No cabe duda de que esos hechos le parecerán increíbles, pero le ruego que no se olvide de que tanto Cantianille como yo hemos *afirmado su veracidad bajo juramento*. En el relato que sigue, no hemos exagerado ni inventado nada, y todo es completamente exacto.

"Por otra parte, esos hechos, esas manifestaciones prodigiosas del mundo superior, se repiten a diario y cuantas veces yo lo desee, de modo que no pretendemos que nos crean a partir de nuestra simple afirmación. Por el contrario, exhortamos a que se los estudie, a que se formen reuniones de hombres competentes, que solo deseen la verdad y estén dispuestos a buscarla fielmente. Todas esas maravillas se repetirán ante ellos tantas veces como resulte necesario para convencerlos. Asumimos ese compromiso.

"¡Deseo que las personas que tengan una mentalidad abierta consideren este libro como una buena noticia!"

En el transcurso de esta obra, la señora Cantianille B… describe de qué modo se convirtió en miembro y presidente

de una sociedad de Espíritus, en 1840, durante su estadía en un convento de religiosas:

"Ossian (un Espíritu de segundo orden) había acudido al convento para buscarme, como de costumbre, de modo que inmediatamente me vi transportada hasta el centro de la reunión. Me sentó en un trono, en torno al cual los más sonoros aplausos acogieron mi aparición.

"Me hicieron emitir el voto ordinario: 'Juro ofender a Dios por todos los medios posibles y no retroceder ante nada para que el Infierno triunfe sobre el Cielo. ¡Amo a Satán! ¡Odio a Dios! ¡Deseo la caída del Cielo y el reino del Infierno…!'.

"A continuación, cada uno de los presentes se acercó para felicitarme y darme valor a fin de que tuviera fuerzas para superar las pruebas que me restaban. Hice la promesa.

"¡Los gritos, el tumulto, la disposición de todos ellos, la música y las llamaradas que iluminaban la sala, todo eso me electrizaba, me embriagaba…! Yo gritaba con todas mis fuerzas: 'Estoy lista; no le temo a vuestras pruebas; veréis que soy digna de contarme entre vosotros'. De repente, los ruidos cesaron y la luz se apagó. 'Puedes irte' –me dijo una voz–. Entonces avancé sin dudarlo por un corredor estrecho, pues de cada lado parecía que dos murallas se estrechaban cada vez más. Pensé que me iba a asfixiar, y el terror se apoderó de mí. Quise regresar, pero al mismo tiempo sentía que Ossian me llevaba entre sus brazos. Él ejercía sobre todo mi cuerpo una presión tan intensa, que solté un grito agudo. '¡Cállate –me dijo–, o morirás!'. El peligro me devolvió el valor…

"Dije que no gritaría más; que ya no retrocedería. Con un esfuerzo sobrehumano, traspuse como una flecha ese largo pasillo, que se volvía cada vez más oscuro y estrecho. A pesar

del esfuerzo, mi terror iba en aumento, de modo que estaba a punto de huir cuando de repente la tierra se abrió bajo mis pies y caí en un abismo cuyo fondo no podía divisar. La caída me aturdió por un instante, pero no perdí el valor. Una idea infernal acababa de atravesar mi mente: '¡Ah! Ellos quieren asustarme… Verán que no le temo a los demonios'. Me levanté de inmediato en busca de una salida. Pero… ¡comenzaron a surgir llamaradas de todas partes…! Se acercaban a mí como para quemarme… Y en medio de ese fuego los Espíritus gritaban y aullaban… ¡Qué terror! '—¿Qué quieres de mí?' –le pregunté a Ossian.

" '—Quiero que seas la presidente de nuestra asociación… Quiero que nos ayudes a odiar a Dios; quiero que jures que serás nuestra y que estarás con nosotros, en todas partes y para siempre'.

"Tan pronto como hice esas promesas, el fuego se extinguió súbitamente.

" '—No huyas de mí –me dijo–, pues yo te ofrezco la dicha y la grandeza. Mira…'. Me hallaba entre los asociados, en medio de la sala que habían embellecido aún más durante mi ausencia. Se sirvió una cena suntuosa.

"Me concedieron el asiento de honor y, hacia el final, cuando todos estaban sobrexcitados a causa del vino, los licores y la música, me nombraron presidente.

"El que me había entregado destacó mediante algunas palabras el valor que yo había demostrado durante aquellas terribles pruebas; luego, en medio de mil aplausos, acepté el título fatal de presidente.

"De ese modo, me puse al frente de muchos miles de personas atentas a la primera señal que yo les diera. Solo tuve

un único pensamiento: ser merecedora de su confianza y su sumisión. Lamentablemente, tuve demasiado éxito".

El autor del artículo tiene razón cuando dice que los partidarios del espiritismo pueden ver en esos hechos manifestaciones propias de su doctrina. En efecto, ocurre que el espiritismo, para quienes lo han estudiado fuera de la escuela de los señores Davenport y Robin, constituye la revelación de un principio nuevo, de una nueva ley de la naturaleza, que nos explica aquello que, a falta de algo mejor, se ha convenido en atribuir a la imaginación. Ese principio se encuentra en el mundo extracorporal que se halla íntimamente vinculado a nuestra existencia. Todo aquel que no admite la existencia del alma individual e independiente de la materia, dado que *a priori* rechaza la causa, no puede explicar sus efectos. Sin embargo, esos efectos se encuentran todo el tiempo delante de nosotros, innumerables y evidentes. Al seguirlos paso a paso, podemos llegar hasta su procedencia. Eso es lo que hace el espiritismo: avanza siempre por el camino de la observación, remontándose desde el efecto hasta la causa, y nunca mediante una teoría preconcebida.

Este es un punto fundamental sobre el cual nunca estará de más insistir. El espiritismo no adoptó como punto de partida la existencia de los Espíritus y del mundo invisible a título de suposición gratuita, sino que lo hizo para demostrar más tarde esa existencia, pero mediante la observación de los hechos, y a partir de los hechos comprobados dedujo la teoría. Esta observación lo condujo a reconocer, no solamente la existencia del alma como ser principal –puesto que en ella residen la inteligencia y las sensaciones, además de que sobrevive al cuerpo–, sino también la existencia de fenómenos de un orden particular que ocurren en la esfera de actividad del

alma, encarnada o desencarnada, más allá de la percepción de los sentidos. Como la acción del alma durante la vida se encuentra esencialmente relacionada con la del organismo, constituye un vasto y nuevo campo de exploración abierto a la psicología y a la fisiología, y en el cual la ciencia encontrará lo que inútilmente busca desde hace tanto tiempo.

Así pues, el espiritismo ha encontrado un principio fecundo, pero de ahí no se sigue que pueda explicarlo todo. El conocimiento de las leyes de la electricidad ha permitido explicar los efectos del rayo, y nadie ha tratado esta cuestión con mayor saber y lucidez que Arago. Sin embargo, en ese fenómeno tan vulgar del rayo hay efectos que, a pesar de toda su sabiduría, Arago no pudo explicar, como por ejemplo los rayos bifurcados. ¿Acaso los negó por eso? No, porque tenía mucho sentido común y, además, porque no se puede negar un hecho. ¿Qué hizo entonces? Dijo: "Observemos, y aguardemos hasta que llegue el momento en que estemos más adelantados". El espiritismo no procede de otro modo: confiesa su ignorancia respecto de lo que no sabe y, mientras espera hasta saberlo, busca y observa.

Las visiones de la señora Cantianille pertenecen a esa categoría de cuestiones respecto de las cuales, de algún modo y hasta que tengamos una información más amplia, no se puede hacer otra cosa más que intentar una explicación. Por nuestra parte, creemos que esa explicación se encuentra en el principio de las creaciones fluídicas mediante el pensamiento.

Cuando las visiones tienen por objeto algo positivo, real, cuya existencia está demostrada, su explicación resulta muy sencilla: el alma ve, por efecto de su irradiación, aquello que no pueden ver los ojos del cuerpo. Con solo explicar eso, el espiritismo ha levantado el velo de muchos misterios. Pero la

cuestión se complica cuando se trata de visiones que, como las de la señora Cantianille, son puramente fantásticas. ¿De qué modo el alma puede ver lo que no existe? ¿De dónde proceden esas imágenes que, para quienes las ven, tienen toda la apariencia de la realidad? Se dice que son efectos de la imaginación. De acuerdo, pero esos efectos tienen una causa. ¿En qué consiste ese poder de la imaginación? ¿De qué modo actúa, y sobre quién? Cuando una persona miedosa escucha el ruido de un ratón durante la noche, y se aterroriza pensando que se trata de ladrones, o si confunde una sombra o una forma vaga con un ser vivo que la persigue, esos son realmente efectos de la imaginación; pero en las visiones de la clase que tratamos aquí, hay algo más, porque ya no se trata tan solo de una idea falsa, sino de imágenes con formas y colores tan nítidos y precisos que se podrían dibujar. Sin embargo, ¡no son más que una ilusión! ¿De dónde procede todo eso?

Para comprender lo que ocurre en esas circunstancias, es necesario que abandonemos nuestro punto de vista exclusivamente material y penetremos con el pensamiento en el mundo incorporal, a fin de identificarnos con su naturaleza y con los fenómenos especiales que deben ocurrir en un medio completamente distinto del nuestro. De este lado nos encontramos en la posición de un espectador que se asombra al ver un efecto escénico, porque no comprende su mecanismo; pero cuando se coloque detrás del escenario, todo quedará explicado.

En nuestro mundo todo es materia tangible; en el mundo invisible todo es, si podemos expresarnos de este modo, *materia intangible*; es decir, intangible para nosotros, que solo percibimos con los órganos materiales, pero tangible para los seres de ese mundo, que perciben mediante sentidos espirituales. En ese mundo, todo es fluídico: hombres y cosas, y las

cosas fluídicas son allí relativamente tan reales como las cosas materiales lo son para nosotros. Este es un primer principio.

El segundo principio se encuentra en las modificaciones que el pensamiento imprime en el elemento fluídico. Podemos decir que lo modela a voluntad, como nosotros modelamos un trozo de arcilla para hacer una estatua, con la única diferencia de que la arcilla, debido a que es una materia compacta y resistente, necesita un instrumento resistente, mientras que la materia etérea experimenta sin esfuerzo la acción del pensamiento. Bajo esa acción, dicha materia es susceptible de adoptar todas las formas y todas las apariencias. De ese modo, observamos que los Espíritus aún poco desmaterializados suponen que todavía disponen de los objetos que tenían cuando estaban vivos, que llevan los mismos vestidos y adornos, y adoptan a voluntad el mismo aspecto. La reina de Oudh, cuyo testimonio publicamos en la *Revista* de marzo de 1858, página 82, se veía siempre con sus joyas, y decía que nunca había dejado de llevarlas. Para eso, a los Espíritus les basta con una acción de su pensamiento, sin que la mayoría de las veces se den cuenta de la manera como ese fenómeno se produce, así como entre los vivos muchas personas caminan, ven y oyen, sin que puedan decir cómo y porqué. Ese era también el caso del Espíritu del zuavo de Magenta (véase la *Revista* de julio de 1859), quien afirmaba que llevaba puesto su uniforme, y cuando se le preguntaba dónde lo había obtenido, dado que el suyo había quedado en el campo de batalla, respondía: "Eso le incumbe a mi sastre". Nosotros hemos citado numerosos hechos de este tipo, entre ellos, el del hombre de la caja de rapé (véase la *Revista* de agosto de 1859, página 197), y el de Pierre Legay (noviembre de 1864, página 339), que pagaba su boleto de ómnibus. Esas creaciones fluídicas

a veces pueden revestir, para los vivos, una apariencia momentáneamente visible y tangible, debido a que en realidad constituyen una transformación de la materia etérea. El principio de las creaciones fluídicas parece ser una de las leyes más importantes del mundo incorporal.

El alma encarnada, dado que en sus momentos de emancipación goza en parte de las facultades del Espíritu libre, puede producir efectos análogos. Tal vez sea esa la causa de las visiones denominadas *fantásticas*. Cuando el Espíritu se halla fuertemente imbuido de una idea, su pensamiento puede crear una imagen fluídica que para él tiene toda la apariencia de la realidad, como el dinero de Pierre Legay, aunque el objeto no exista de por sí. No cabe duda de que esa era la situación en que se encontraba la señora Cantianille. Preocupada por las descripciones que había escuchado acerca del Infierno, de los demonios y de sus tentaciones, de los pactos mediante los cuales esos demonios se apoderan de las almas, así como de las torturas que sufren los condenados, su pensamiento creó un cuadro fluídico que solamente era real para ella.

Podemos ubicar en la misma categoría las visiones de la hermana Elmérich, quien afirmaba haber visto todas las escenas de la Pasión y encontrado el cáliz en el que había bebido Jesús, así como otros objetos análogos a los que se utilizan actualmente en el culto y que, por cierto, no existían en esa época, a pesar de lo cual ella los describía hasta en los mínimos detalles. Cuando afirmaba que había visto todo eso, lo hacía de buena fe, porque verdaderamente había visto, aunque con los ojos del alma, una imagen fluídica creada con su pensamiento.

El principio de todas las visiones se encuentra en las percepciones del alma, así como el de la vista corporal se encuentra en la sensibilidad del nervio óptico. Con todo, esas

visiones varían tanto en su causa como en su objeto. Cuanto menos desarrollada está el alma, más susceptible es de engañarse a sí misma acerca de lo que ve; sus imperfecciones la mantienen sujeta al error. Las almas que están más desmaterializadas son aquellas cuyas percepciones resultan más amplias y precisas. No obstante, por más que se trate de almas imperfectas, sus facultades no dejan de ser de utilidad como motivo de estudio.

Si bien esta explicación no brinda una certeza absoluta, al menos posee un evidente carácter de probabilidad. Sobre todo, demuestra que los espíritas no son tan crédulos como pretenden sus detractores, y que no cierran los ojos ante lo que parece maravilloso. Por consiguiente, ninguna visión está cerca de convertirse para ellos en un artículo de fe. Sean lo que fueren, ilusiones o verdades, esas visiones constituyen *efectos* que no es posible negar. Los espíritas las estudian e intentan comprenderlas, sin la pretensión de saberlo todo y de explicarlo todo. Solo afirman algo cuando ha sido demostrado por la evidencia. Serían tan inconsecuentes si todo lo aceptaran como si todo lo negaran.

PREGUNTAS Y PROBLEMAS

Niños que son guías espirituales de sus padres

Una madre que había perdido un hijo de siete años, y que llegó a ser médium, descubrió que ese mismo niño era su guía espiritual. Cierto día, ella le formuló la siguiente pregunta:

"Querido y amado hijo, uno de mis amigos espíritas no comprende y no admite que tú puedas ser el guía espiritual de tu madre, puesto que, dado que yo existía antes que tú, es indudable que debía tener otro guía, aunque más no fuera durante el tiempo en que fuimos dichosos de tenerte a nuestro lado. ¿Puedes darnos alguna explicación al respecto?"

Respuesta del Espíritu del niño: ¿Cómo pretendéis develar todo lo que os resulta incomprensible? Incluso aquel que os parece más adelantado en materia de espiritismo, apenas se encuentra ante los primeros elementos de esa doctrina, y acerca de ella no sabe más que algunos que os dan la impresión de hallarse al tanto de todo y de ser capaces de daros explicaciones. Yo ya existía mucho tiempo antes de que existiera mi madre, y en otra existencia ocupé una posición destacada en función de mis conocimientos intelectuales.

No obstante, un inmenso orgullo se había apoderado de mi Espíritu, y durante muchas existencias consecutivas permanecí sujeto a la misma prueba, sin que pudiera superarla, hasta que llegué a la existencia en que me mantuve a vuestro lado. Sin embargo, como yo ya había avanzado y mi partida debía servir para vuestro adelanto, dado que estáis tan atrasados en la vida espírita, Dios me llamó antes de que finalizara mi carrera, pues consideró que mi misión para con vosotros sería más provechosa como Espíritu que como encarnado.

Durante mi última estadía en la Tierra, mi madre tuvo un ángel de la guarda junto a ella, pero temporariamente; porque Dios sabía que era yo quien debía ser su guía espiritual, y que yo la conduciría con mayor eficacia hacia el camino del que ella estaba tan alejada. El guía que la asistía en esa época fue convocado para otra misión cuando yo regresé para tomar mi lugar a su lado.

Preguntad a los que se encuentran más adelantados que vosotros si esta explicación tiene lógica y es buena, porque tal vez sea mi opinión personal y, aun cuando la emito, no sé si no estoy equivocado. En fin, si solicitáis una explicación, la recibiréis. Hay muchas cosas que todavía se mantienen ocultas para vosotros, y que más adelante os resultarán claras. No pretendáis profundizar demasiado, pues de esa constante preocupación surge la confusión de vuestras ideas. Tened paciencia. Del mismo modo que un espejo empañado por un leve aliento recupera poco a poco su reflejo, así también vuestro espíritu tranquilo y calmo alcanzará ese nivel de comprensión necesario para vuestro adelanto.

Valor, pues, buenos padres. Avanzad con confianza, y llegará el día en que bendeciréis la hora de la prueba terrible que os ha puesto de vuelta en el camino de la dicha eterna, y sin la cual habríais tenido que sufrir muchas existencias infelices.

Observación: La precocidad intelectual de este niño era excepcional para su edad. Incluso con buena salud, daba la impresión de que presentía su fin inminente. Le encantaban los cementerios, y si bien nunca había oído hablar acerca del espiritismo –en el que sus padres no creían–, a menudo preguntaba si después de la muerte se podía regresar para ver a los seres queridos. Anhelaba la muerte con alegría, y decía que en ese momento su madre no debería afligirse, porque él volvería para quedarse junto a ella. En efecto, la muerte de tres hijos en pocos días hizo que los padres buscaran consuelo en el espiritismo. Recibieron ese consuelo con creces, y su fe ha sido recompensada con la posibilidad de conversar en todo momento con sus hijos, pues la madre llegó a ser una excelente médium en muy poco tiempo, e incluso recibió a uno

de sus hijos como guía: un Espíritu que se manifiesta con una gran superioridad.

* * *

Comunicación con nuestros seres queridos

¿Por qué las madres que lloran a sus hijos, y que serían felices si se comunicaran con ellos, no pueden hacerlo? ¿Por qué se les impide verlos, incluso en sueños, a pesar de su deseo y de sus ardientes plegarias?

Además de la ausencia de una aptitud especial que, como sabemos, no se otorga a todos, a veces existen otros motivos, cuya utilidad la sabiduría de la Providencia valora mejor que nosotros. Esas comunicaciones podrían generar inconvenientes en las naturalezas demasiado impresionables. Algunas personas podrían abusar de ellas y entregarse a su práctica con un exceso que sería perjudicial para su salud. No cabe duda de que en tales casos el dolor resulta natural y legítimo, pero a veces llega a niveles excesivos. En las personas de carácter débil, esas comunicaciones suelen reavivar el dolor en vez de calmarlo, razón por la cual no siempre se les permite recibirlas, incluso a través de otros médiums, hasta que se encuentren más tranquilas y bastante dueñas de sí para dominar la emoción. La falta de resignación, en esos casos, casi siempre es una causa de retraso.

También es preciso decir que la imposibilidad de comunicarse con los Espíritus de aquellos a quienes más se ha querido, a pesar de que sea posible hacerlo con otros, a menudo constituye una prueba para la fe y la perseverancia; y en algu-

nos casos, se trata de un castigo. Aquel a quien se le deniega ese favor debe considerar que sin duda no lo ha merecido. Habrá de buscar la causa *en sí mismo*, y no atribuirla a la indiferencia o al olvido del ser cuya muerte lamenta.

Por último, hay temperamentos que, más allá de su fuerza moral, podrían padecer el ejercicio de la mediumnidad con determinados Espíritus, incluso simpáticos, conforme a las circunstancias.

Admiremos en todo la solicitud de la Providencia, que cuida hasta los más pequeños detalles, y sepamos someternos a su voluntad sin quejarnos, pues sabe mejor que nosotros lo que nos resulta útil o perjudicial. La Providencia es para nosotros como un buen padre que no siempre le da a su hijo lo que este desea.

Las mismas razones se aplican en lo que respecta a los sueños. Los sueños son el recuerdo de lo que el alma vio en estado de desprendimiento durante el dormir. Ahora bien, ese recuerdo puede estar prohibido. Sin embargo, aquello que no se recuerda, no por eso está perdido para el alma: las sensaciones que ella experimenta durante sus excursiones al mundo invisible se presentan al despertar como vagas impresiones, y por esa razón referimos pensamientos e ideas cuyo origen a menudo no sospechamos. Así pues, durante el dormir, es posible encontrarnos con seres queridos y conversar con ellos, pero no recordarlo, en cuyo caso decimos que no hemos soñado.

Pero si el ser cuya muerte se lamenta no puede manifestarse de una manera ostensible, no por eso deja de encontrarse junto a quienes lo atraen con un pensamiento simpático. Él puede verlos y escuchar sus palabras, y a menudo estos adivinan su presencia mediante una especie de intuición, una sen-

sación íntima, y a veces incluso mediante ciertas impresiones físicas. La certeza de que no se encuentra en medio de la nada, de que no está perdido en las profundidades del espacio, ni en los abismos del Infierno; de que ahora es más dichoso, pues no experimenta los sufrimientos corporales ni las tribulaciones de la vida; de que volverán a verlo, tras una separación momentánea, más bello y resplandeciente, con una envoltura etérea e imperecedera, y no con una caparazón carnal: todo eso constituye un inmenso consuelo, del que no disfrutan los que creen que todo termina con la vida. Y eso es lo que el espiritismo ofrece.

En verdad, no comprendemos el encanto que puede haber en deleitarse con la idea de la nada, tanto para uno mismo como para los suyos, como tampoco la obstinación de algunas personas en resistirse incluso a la esperanza de que puede ser de otro modo, así como a los medios de obtener su demostración. Decidle a un enfermo que agoniza: "Mañana estarás curado, vivirás muchos años más, alegre y saludable", y él aceptará ese augurio con alegría. Ahora bien, la idea de la vida espiritual, ilimitada, libre de las enfermedades y las preocupaciones de la vida, ¿no es acaso aún más satisfactoria?

¡Pues entonces! El espiritismo no solo brinda la esperanza, sino también la certeza de la vida espiritual. Gracias a esa certeza, los espíritas consideran la muerte de un modo completamente distinto al de los incrédulos.

* * *

Perfectibilidad de los Espíritus

(París, 3 de febrero de 1866. Grupo del señor Lat…- Médium: señor Desliens.)

Pregunta: Si los Espíritus o almas mejoran indefinidamente, según el espiritismo, entonces deben llegar a ser infinitamente perfeccionados o puros. Cuando han alcanzado ese grado, ¿por qué no son iguales a Dios? Eso no se corresponde con su justicia.

Respuesta: ¡El hombre es una criatura realmente singular! Su horizonte siempre le parece demasiado limitado. ¡Pretende comprenderlo todo, saberlo todo, conocerlo todo! Desea penetrar lo insondable, pero descuida el estudio de lo que le incumbe directamente. Quiere comprender a Dios, juzgar sus actos, tornarlo justo o injusto. Dice cómo quisiera que Él fuese, sin sospechar que es todo eso y más aún… No obstante, miserable gusano, ¿alguna vez comprendiste de modo absoluto algo de lo que te rodea? ¿Sabes conforme a cuál ley la flor obtiene sus colores y se perfuma con los besos vivificantes del sol? ¿Sabes cómo naciste, cómo vives, y por qué tu cuerpo morirá…? Ves hechos, pero las causas permanecen para ti envueltas en un velo impenetrable, y aún así quieres juzgar el principio de todas las causas, la causa primera; en una palabra, ¡juzgar a Dios! ¡Hay muchos otros estudios más necesarios para el desarrollo de tu ser, y que merecen toda tu atención…!

Cuando resuelves un problema de álgebra, ¿no vas de lo conocido a lo desconocido? Pero para comprender a Dios –ese problema insoluble desde hace tantos siglos–, ¡pretendes dirigirte a Él directamente! ¿Acaso cuentas con los elementos necesarios para fundar esa ecuación? ¿No te falta algún documento para juzgar a tu Creador en última instancia? No vayas

a creer que el mundo se encuentre limitado a esa partícula de polvo, perdida en la inmensidad de los espacios, donde tú te agitas más imperceptiblemente que el más mínimo de los infusorios cuyo universo es una gota de agua. No obstante, razonemos y veamos por qué, según tus conocimientos actuales, Dios sería injusto al no dejarse alcanzar jamás por su criatura.

En todas las ciencias existen verdades o axiomas irrefutables, que se admiten como bases fundamentales. Las ciencias matemáticas, y en general todas las ciencias, se apoyan en el axioma según el cual la parte no puede igualar al todo. Por lo tanto, según este principio, el hombre, criatura de Dios, nunca podrá alcanzar al que lo ha creado.

Suponed que un individuo tenga que recorrer un camino cuya extensión sea infinita; una *extensión infinita*: pensad bien en dicha expresión. Esa es la situación del hombre respecto de Dios considerado como su meta.

Por poco que avance –me diréis–, la suma de los años y de los siglos de caminata le permitirá llegar a la meta. ¡Ahí está el error…! La distancia que vosotros pudieseis recorrer durante un año, un siglo, un millón de siglos, siempre sería finita, pues otro lapso de tiempo semejante al anterior solo os permitiría recorrer una distancia igualmente finita, y así sucesivamente. Ahora bien, hasta para el matemático más novato, una suma de cantidades finitas nunca podría formar una cantidad infinita. Lo contrario sería absurdo, y en ese caso lo infinito podría medirse, con lo cual perdería su cualidad de infinito. El hombre progresará siempre e incesantemente, pero en cantidad finita; de modo que la suma de sus progresos nunca será más que una perfección finita, que no podría alcanzar a Dios: lo infinito en todo. Por consiguiente, Dios no es injusto por el hecho de que una de sus criaturas jamás pueda igualarlo.

La naturaleza de Dios constituye un obstáculo infranqueable para tal finalidad del Espíritu. Su justicia no podría permitírselo, porque si un Espíritu alcanzara a Dios, se convertiría en Dios. Ahora bien, si dos Espíritus tuvieran el mismo poder infinito en todos los aspectos y ambos fueran idénticos, se confundirían en uno solo y no habría más que un Dios. Uno de ellos debería perder su individualidad, lo cual sería una injusticia mucho más evidente que la de no poder alcanzar una meta infinitamente alejada, aun cuando se acercara a ella constantemente. Dios hace bien lo que hace, y el hombre es demasiado pequeño para permitirse evaluar sus decisiones.

Moki

VARIEDADES

La reina Victoria y el espiritismo

Leemos en *Le Salut Public* de Lyón, del 3 de junio de 1866, en las noticias de París:

"Lord Granville, durante su breve estadía en París, dijo a algunos amigos que la reina Victoria se mostraba más preocupada que en ninguna otra época de su vida, debido al conflicto austro-prusiano. La reina –agregó el noble lord, presidente del consejo privado de Su Majestad británica– cree que obedece la voz del difunto príncipe Albert, y no escatima esfuerzos para evitar una guerra que incendiaría toda Alemania. Con esa impresión, que no la deja tranquila, escribió en varias oportunidades al rey de Prusia, así como al emperador de Austria, y

también habría remitido una carta autógrafa a la emperatriz Eugenia, suplicándole que sumaran esfuerzos a favor de la paz".

Este hecho confirma lo que publicamos en la *Revista Espírita* de marzo de 1864, página 85, con el título: *Una reina médium*. Allí dijimos, de acuerdo con una correspondencia de Londres reproducida en varios periódicos, que la reina Victoria conversaba con el Espíritu del príncipe Albert y le pedía su opinión en algunas circunstancias, tal como lo hacía cuando él estaba vivo. Remitimos a ese artículo para que se conozcan los detalles del asunto y las reflexiones a las que dio lugar. Por otra parte, podemos afirmar que la reina Victoria no es la única cabeza coronada, o vinculada a la corona, que simpatiza con las ideas espíritas, y no exagerábamos cada vez que decíamos que la doctrina tenía adherentes hasta en los más altos grados de la escala social.

A menudo nos hemos preguntado por qué algunos soberanos, convencidos de la verdad y de la excelencia de esta doctrina, no se comprometían para apoyarla abiertamente con la autoridad de sus nombres. Ocurre que los soberanos son tal vez los hombres menos libres; más que los simples particulares, se hallan sometidos a las exigencias del mundo, obligados *por razón de Estado* a determinados miramientos. Por nuestra parte, no habríamos citado a la reina Victoria y su relación con el espiritismo si otros periódicos no hubieran tomado la iniciativa; y dado que no hubo desmentidos ni quejas al respecto, consideramos que podíamos hacerlo sin inconvenientes. No cabe duda de que llegará el día en que los soberanos podrán confesarse espíritas, como se confiesan protestantes, católicos griegos o romanos. Mientras tanto, su simpatía no resulta tan estéril como podría suponerse, porque si en algunos países el espiritismo no es obstaculizado y perseguido de oficio, como

lo fue el cristianismo en Roma, se debe a influencias de alto nivel. Antes de que sea protegido oficialmente, el espiritismo debe conformarse con ser tolerado, aceptar lo que se le ofrece y no pedir demasiado, por temor a no obtener nada. Antes de ser roble, no es más que junco, y si el junco no se quiebra, es porque se dobla con el viento.

POESÍAS ESPÍRITAS

Méry el soñador

(Grupo de M. L…, 4 de julio de 1866,
médium: Sr. Vavasseur)

Recién nacido en vuestra orilla
he visto una dama atenta
que decía, observando mi despertar:
"No vayáis su dulce sueño a perturbar,
pues él sueña". ¡Y yo apenas nacía!
Un poco más tarde, en la llanura,
cuando el trébol florido deshojaba,
decían que Joseph Méry soñaba.
Y cuando mi pobre madre
me sostenía en la blanca piedra
que del arroyo la orilla cuidaba,
ella también decía: "Sueña todavía,
mi niño". Más tarde, en el colegio,
¡no lo sé! si por odio o por desprecio,
mis amigos se apartaron,

y en un rincón a solas me dejaron
soñando. Y cuando la loca embriaguez
de los placeres mi juventud perturbaba,
la multitud con el dedo me señalaba,
diciendo: "Es Méry, que sueña aún".
Y cuando, ya más prudente,
casi en medio de mi viaje,
como escritor me juzgaron,
decían de mí: "Será en vano
que él evoque la poesía, pues
en sus versos lo atrae el sueño. Méry,
haga lo que haga, será Méry".
Y cuando la última plegaria
mi frío cadáver bendecía,
atento yo en mi mortaja,
solo una palabra escuchaba, una sola:
"¡Soñador!" Sí, en la Tierra,
he soñado. ¿Por qué callarlo?
Un sueño que no ha terminado,
y que continúo aquí.

J. Méry

Tout nouveau-né sur votre rive
Je vis une femme attentive
Dire en épiant mon réveil:
Ne troublez pas son doux sommeil,
Il rêve; et je naissais à peine!
Un peu plus tard, quand dans la plaine
J'effeuillais le trèfle fleuri,
On disait que Joseph Méry
Rêvait; et quand ma pauvre mère

M'asseyait sur la blanche pierre
Qui du ruisseau gardait le bord,
Elle aussi disait: Rêve encor,
Mon enfant. Plus tard, au collége,
Par haine ou par mépris, que sais-je!
Tous mes amis fuyaient au loin,
El me laissaient seul, dans un coin,
Rêver. El quand la folle ivresse
Des plaisirs troubla ma jeunesse,
La foule me montrait au doigt
En disant: C'est Méry qui doit
Encor rêver. Et quand, plus sage,
Presque à mi-chemin du voyage,
Je fus jugé comme écrivain,
On disait de moi: C'est en vain
Qu'il évoque la poésie
Dans ses vers, c'est la rêverie
Qui vient à son appel. Méry,
Quoi qu'il fasse, será Méry.
El quand la dernière prière
Eut béni ma fride poussière,
Attentif sous mon linceul,
Rêveur! Eh bien! Oui, sur la terre
J'ai rêvé; pourquoi donc le taire?
Un rêve qui n'est pas fini,
Et que je recommence ici.

J. Méry

* * *

La plegaria de la muerte por los muertos

(Sociedad de París, 13 de julio de 1866,
médium: Sr. Vavasseur)

Los siglos transcurrieron en la vorágine de los tiempos
sin piedad, flores y frutos, suaves primaveras, fríos inviernos,
y la muerte pasó sin llamar a la puerta
que escondía el tesoro que en secreto ella lleva:
¡La vida! ¡Oh muerte! La mano que dirige tu mano,
cansada de lastimar, ¿no podrá mañana
suspender un poco sus golpes? Tu hambre insaciable,
¿aún desea perturbar el banquete de la vida?
Pero si tú vienes sin cesar, a toda hora del día,
a buscar muertos entre nosotros para poblar tu morada,
el universo es insuficiente para tus profundos abismos,
o tu precipicio es insondable para tus pobres víctimas.
¡Oh muerte! Sin llorar tú ves a la virgen que llora,
y marchitas las flores que iban a adornarla,
impidiendo que su frente ciña la corona
de rosas y de lirios que su esposo le regala.
¡Oh muerte! Tú no escuchas el llanto del pobre niño,
y llegas despiadada para herirlo cuando nace,
sin dejar que sus ojos conozcan a la madre
que al darle la tierra, el cielo le regala.
¡Oh muerte! Tú no escuchas los votos de ese anciano
que implora el favor, a la hora de su partida,
de bendecir a la hija y abrazar al hijo,
para dormirse deprisa y morir más tranquilo.
Dime, ¡cruel! ¿en qué se convierten los muertos
que abandonan nuestra orilla para ir hacia tus costas?
¿Sufrirán siempre los dolores de la Tierra

en esta eternidad de los tiempos? Y la plegaria,
¿no podrá aliviarlos al menos una jornada?
Y la muerte respondió: "En esta sombría morada,
donde libre fundé mi tenebroso imperio,
la plegaria es poderosa, y Dios es quien la inspira
a mis súbditos y a mí. Cuando llego, por la noche,
a sentarme con pompa en mi trono sangriento,
observo los Cielos y soy la primera en decir
quedamente una plegaria para mis muertos.
Escucha, hijo, escucha: ¡Oh Dios! Dios todopoderoso,
desde lo alto de los Cielos sobre mí, sobre ellos,
dirige tu mirada de piedad. Que un rayo de esperanza
ilumine los lugares donde llora el sufrimiento.
Haz que veamos, ¡Oh Dios mío!, la tierra del perdón,
esa costa sin fin, esa playa sin nombre,
la tierra de los elegidos, la eterna patria,
donde para todos creaste una vida eterna.
Haz que cada uno de nosotros, ante tu voluntad
se incline con respeto; ante la majestad
de tus designios secretos, se prosterne y la adore;
ante tu nombre se incline y se levante de nuevo,
exclamando: ¡Señor! Si me has desterrado
de la morada de los vivos, si me castigaste
en la morada de los muertos, ante Ti confieso
que lo tengo merecido; hiere, hiere sin cesar,
Señor, que yo sufriré sin jamás quejarme,
y mis ojos nunca llorarán bastante,
para lavar del pasado la imborrable mancha
que siempre con el presente se liga vergonzosa.
Sufriré tus golpes, cargaré mi cruz,
sin maldecir un solo día tus leyes grandiosas.

Y cuando consideres que mi prueba terminó,
Señor, si le devuelves a mi pálida sombra
los bienes que perdió en su cautiverio,
la brisa, el sol, el aire puro, la libertad,
el descanso y la paz, ante Ti me comprometo
a orar, por mi parte, desde mi nueva orilla,
por mis hermanos a pesadas cadenas sujetos,
postrados en el fondo de sus infiernos;
por sus sombras llorosas en la otra orilla,
mudas, mirando la mía que, fugitiva,
se aleja diciéndoles: Valor, amigos míos,
yo cumpliré en el Cielo, lo que aquí he prometido".

Casimir Delavigne

Les siècles ont roulé dans le gouffre des temps
Sans pitié, fleurs et fruits, froids hivers, doux printemps.
Et la mort a passé sans frapper à la porte
Qui cachait le trésor qu'en secret elle emporte;
La vie! O mort! la main qui dirige ta main
Lasse d'avoir frappé, ne peut-elle demain
Suspendre un peu ses coups? Ta faim mal assouvie
Veut-elle encore troubler le banquet de la vie?
Mais, si tu viens sans cesse, à toute heure du jour
Chercher chez nous des morts pour peupler ton séjour,
L'univers est trop peu pour tes profonds abîmes,
Ou ton gouffre est sans fond pour tes pauvres victims.
O mort! tu vois pleurer la vierge sans pleurer,
Et tu sèches les fleurs qui devaient la parer,
Sans permettre à son front de ceindre la couronne
De roses et de lys que son époux lui donne.
O mort! tu n'entends pas les cris du pauvre enfant,

Et tu viens sans pitié le frapper en naissant,
Sans permettre à ses yeux de connaître la mère
Que lui donnait le ciel en lui donnant la terre.
O mort! tu n'entends pas les vœux de ce vieillard
Implorant la faveur, à l'heure du départ,
Et d'embrasser son fils et de bénir sa fille,
Pour s'endormir plus vite et mourir plus tranquille.
Mais, cruelle! dis-moi, que deviennent les morts
Qui quittent notre rive et s'en vont sur tes bords?
Souffriraient-ils toujours les douleurs de la terre
Dans cette éternité des temps, et la prière
Ne pourrait-elle au moins les adoucir un jour?
Et la mort répondit: Dans ce somber séjour
Où, libre, j'ai fixé mon ténébreux empire,
La prière est puissante et c'est Dieu qui l'inspire
À mes sujets, à moi. Quand je reviens, le soir,
Sur mon trône sanglant pompeusement m'asseoir,
Je regarde les cieux et je suis la première
A réciter tout bas pour mes morts la prière.
Écoute, enfant, écoute: "O Dieu, Dieu tout puissant,
Du haut des cieux sur moi, sur eux, jette en passant
Un regard de pitié. Qu'un rayon d'espérance
Éclair enfin les lieux où pleure la souffrance.
Fais-nous voir, ô mon Dieu! la terre du pardon,
Ce rivage sans bord, cette plage sans nom,
La terre des élus, l'éternelle patrie
Où tu créas pour tous une éternelle vie;
Fais que chacun de nous, devant ta volonté,
S'incline avec respect; devant la majesté
De tes secrets desseins, se prosterne et adore;
Devant ton nom se courbe et se relève encore,

En s'écriant: Seigneur! Si vous m'avez banni
Du séjour des vivants, si vous m'avez puni
Dans le séjour des morts, devant vous je confesse
Avoir mérité plus; frappez, frappez sans cesse,
Seigneur, je souffrirai sans jamais murmurer,
Et mes yeux ne pourront jamais assez pleurer
Pour laver du passé l'ineffaçable tache
Qui toujours au present honteusement s'attache.
Je subirai vos coups, je porterai ma croix
Sans maudire un seul jour vos équitables lois,
Et quand vous jugerez mon épreuve finie,
Seigneur, si vous rendez à mon ombre pâlie
Les biens qu'elle a perdus dans sa captivité,
La brise, le soleil, l'air pur, la liberté,
Le repos et la paix, devant vous je m'engage
À prier à mon tour, sur mon nouveau rivage,
Pour mes frères courbés sous le lourd poids des fers
Qui les reticent cloués au fond de leurs enfers;
Pour leurs ombres en pleurs, aux bords de l'autre rive,
Muettes, regardant la mienne fugitive
S'enfuir en leur disant: Courage, mes amis,
Je tiendrai dans les cieux ce qu'ici j'ai promis".

Casimir Delavigne

Ya hemos publicado otros fragmentos de poesía obtenidos por este médium, en los números de junio y julio, con los títulos: *À ton livre* y *La prière pour les Esprits*. El Sr. Vavasseur es un médium versificador en la plena acepción de la palabra, porque es muy raro que obtenga comunicaciones en prosa y, pese a que es muy instruido y conoce las reglas de la poesía, nunca pudo componer versos por su cuenta. ¿Cómo sabéis

eso –se nos preguntará–, y quién os dijo que lo que se supone que obtuvo mediúmnicamente no es producto de su composición personal? Nosotros le creemos, en primer lugar, porque él lo afirma, y porque lo consideramos incapaz de engañar; en segundo lugar, porque en él la mediumnidad es completamente desinteresada, de modo que no tendría ninguna razón para esforzarse inútilmente y representar una comedia indigna de un carácter honorable. No cabe duda de que el fenómeno sería más evidente y, sobre todo, más extraordinario, si él fuera completamente iletrado, como se observa en ciertos médiums, pero los conocimientos que él posee no podrían invalidar su facultad, toda vez que esta ha quedado demostrada mediante otras pruebas.

Que expliquen por qué, por ejemplo, si él quiere componer algo por su cuenta –hasta un simple soneto– no obtiene nada, mientras que, si no se lo propone y sin un fin premeditado, escribe fragmentos de largo aliento, de un tirón, con mayor rapidez y facilidad que si escribiera en prosa, y sobre un tema espontáneo y en el que no pensaba. ¡Qué poeta es capaz de semejante esfuerzo, renovado casi a diario? No podríamos dudar de que eso es así, porque los fragmentos que citamos, como muchos otros, han sido escritos ante nuestros ojos, en la Sociedad de París y en diferentes grupos, y en reuniones con frecuencia numerosas. Así pues, invitamos a todos los ilusionistas, que pretenden descubrir los supuestos trucos de los médiums imitando más o menos burdamente algunos efectos físicos, a que se enfrenten con ciertos médiums escribientes y aborden, incluso en simple prosa, instantáneamente, sin preparación ni correcciones, el primer tema que se les presente, así como las cuestiones más abstractas. Se trata de una prueba a la que ningún detractor ha querido someterse aún.

En este sentido, recordamos que hace seis o siete años un escritor y periodista, cuyo nombre a veces figura en la prensa junto a los que se burlan del espiritismo, acudió a nosotros presentándose como médium escribiente *intuitivo*, para ofrecernos su colaboración en la Sociedad. Le dijimos que, antes de aceptar su *servicial* ofrecimiento, debíamos conocer la extensión y la naturaleza de su facultad; de modo que lo convocamos a una sesión particular de ensayo, en la que se encontraban cuatro o cinco médiums. Apenas estos tomaron el lápiz, comenzaron a escribir con una rapidez que lo dejó atónito; por su parte, garabateó tres o cuatro líneas, con numerosas tachaduras, luego fingió que le dolía la cabeza, y dijo que eso perturbaba su facultad. Prometió volver, pero no lo vimos nunca más. Según parece, los Espíritus solamente lo asisten cuando está tranquilo y en su gabinete.

Es cierto que hemos visto improvisadores, como el finado Eugène de Pradel, que cautivan a los auditorios con su habilidad. Hay quienes se asombran de que esos improvisadores no publiquen nada, y la razón de que así sea es muy simple: lo que resulta seductor para el oído no es soportable para la lectura; no es más que un arreglo de palabras surgidas de una fuente abundante, donde excepcionalmente brillan algunos trazos ingeniosos, pero cuyo conjunto está vacío de ideas serias y profundas, y repleto de incorrecciones escandalosas. No podemos hacer el mismo reproche a los versos que hemos citado, a pesar de que se obtuvieron casi tan rápido como las improvisaciones verbales. Si fueran producto de un trabajo personal, sería una extraña humildad de parte del autor atribuir ese mérito a otros y no a sí mismo, privándose del honor que podría obtener con eso.

Si bien la mediumnidad del Sr. Vavasseur es reciente, él ya cuenta con una colección bastante importante de poesías, cuyo mérito es auténtico, y que tiene previsto publicar. Por nuestra parte, estaremos encantados de anunciar esa obra en cuanto aparezca, y no nos cabe duda de que será leída con interés.

NOTICIA BIBLIOGRÁFICA

Cantata espírita

Letra del señor Herczka, y música del señor Armand Toussaint, de Bruselas, con acompañamiento de piano.

Esta pieza no es presentada como una producción mediúmnica, sino como la obra de un artista inspirado en su fe espírita. Las personas competentes que escucharon su ejecución coincidieron en otorgarle un mérito real, digno del tema. Hemos dicho varias veces que el espiritismo bien comprendido será un venero fecundo para las artes, del que la poesía, la pintura, la escultura y la música, extraerán nuevas inspiraciones. Habrá un arte espírita, así como hubo un arte pagano y uno cristiano.

(Se vende en beneficio de los pobres. Precio neto: 1 franco y 50 centavos. En Francia: 1 franco y 60 centavos. Bruselas: en la sede de la Sociedad Espírita, 51 rue de la Montagne. París: en la oficina de la *Revista Espírita*.)

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 9 Septiembre de 1866

Los hermanos Davenport en Bruselas

Los hermanos Davenport acaban de pasar una temporada en Bélgica, donde realizaron sus representaciones tranquilamente. Contamos con numerosos corresponsales en ese país, y no hemos recibido de parte de ellos, como tampoco leímos en los periódicos, ninguna noticia acerca de que esos señores hayan padecido las escenas lamentables que tuvieron lugar en París. ¿Será que los belgas dan lecciones de urbanidad a los parisinos? Podríamos suponer tal cosa, si comparamos las dos situaciones. Es evidente que en París ya existía un prejuicio, una cábala organizada por anticipado contra ellos, y la prueba de eso radica en que fueron atacados antes de que se supiera lo que iban a hacer, e incluso antes de que hubieran comenzado. Silbar a alguien que fracasa, o que no cumple con lo que había anunciado, es un derecho adquirido en todas partes donde se ha comprado una entrada, pero escarnecerlo, insultarlo, maltratarlo, romper sus instrumentos musicales, incluso antes de que suba al escenario, es algo que no se permitiría siquiera para con el peor malabarista de feria. Sea cual fuere la manera

como se considere a esos señores, tales procederes no tienen disculpa en un pueblo civilizado.

¿De qué se los acusa? ¿De hacerse pasar por médiums? ¿De fingir que actúan con la ayuda de los Espíritus? Si se valieran de eso como un medio fraudulento para despertar la curiosidad del público, ¿quiénes son lo que tendrían derecho a quejarse? Los espíritas son quienes habrían podido tomar a mal que se exhibiera algo tan respetable. Ahora bien, ¿quiénes son los que se quejaron? ¿Quiénes denunciaron a los gritos el escándalo, la impostura y la profanación? Precisamente los que no creen en los Espíritus. No obstante, entre los que más fuerte gritan afirmando que los Espíritus no existen y que fuera del hombre no hay nada, a fuerza de escuchar hablar de las manifestaciones, algunos de ellos acaban, si no por creer, al menos por temer que exista algo. El miedo a que los hermanos Davenport vinieran a demostrarlo con demasiada claridad es lo que ha desencadenado contra ellos una verdadera cólera, pues si se hubiera tenido la certeza de que ellos no son más que hábiles prestidigitadores, dicha cólera no tendría mayor fundamento que la dirigida contra cualquier escamoteador. En efecto, estamos convencidos de que el miedo a que ellos triunfaran ha sido la causa principal de la hostilidad que precedió a su presentación en público, y lo que preparó los medios utilizados para impedir su debut.

Pero los hermanos Davenport no han sido más que un pretexto. Estos señores no eran el objetivo, sino el espiritismo, al que se suponía que ellos podían sancionar, y que, para gran disgusto de sus antagonistas, anula los efectos de la malevolencia con la prudente reserva de la que nunca se apartó, a pesar de todo lo que han hecho para lograrlo. Para muchas personas, el espiritismo es una verdadera pesadilla. Había que

conocerlo muy poco para suponer que los señores Davenport, al presentarse en condiciones que esta doctrina desaprueba, podían ser sus auxiliares. No obstante, han servido a la causa del espiritismo al hacer que se hable de él, y la crítica le dio la mano sin proponérselo, al hacer que se lo examine. Vale destacar que todo el ruido que se hizo en torno al espiritismo es obra de aquellos mismos que pretendían sofocarlo. A pesar de todo lo que hicieron en su contra, nunca gritó. Sus adversarios son los que gritaron como si ya se consideraran muertos.

Extrajimos del *Office de Publicité*, un periódico de Bruselas, que según dicen tiene una tirada de veinticinco mil ejemplares, los siguientes párrafos de dos artículos publicados en los números del 8 y el 22 de julio último acerca de los hermanos Davenport, junto con dos cartas de refutación lealmente incluidas en ese mismo periódico. El tema, si bien un tanto trillado, no deja de tener su lado instructivo.

Crónica bruselense

"Es muy cierto que todo llega y que nunca hay que decir 'de este agua no he de beber'. Si me hubieran dicho que alguna vez vería el armario de los hermanos Davenport y esos ilustres hechiceros, habría jurado que eso nunca ocurriría, porque basta con que me digan que alguien es hechicero para quitarme toda la curiosidad al respecto. Lo sobrenatural y la hechicería no tienen enemigo más tozudo que yo. No acudiría a ver un milagro ni siquiera cuando me lo mostraran a cambio de nada: esas cosas me inspiran la misma indiferencia que los becerros de dos cabezas, las mujeres barbudas y otros monstruos. Me parecen estúpidos los Espíritus golpeadores y los veladores sabelotodo, y no hay superstición que sea capaz de hacerme

correr hasta el fin del mundo. ¡Considerad si con tales disposiciones yo habría podido engrosar la multitud de los que acudían a ver a los hermanos Davenport cuando se decía que se relacionaban con los Espíritus! Confieso que tampoco se me ocurrió la idea de desenmascarar esa superchería, romper el armario y probar que ellos no son auténticos hechiceros, porque me parece que de ese modo habría demostrado que yo mismo había creído en sus aparatos y artimañas. Me habría parecido infinitamente más sencillo descartar de inmediato esa supuesta hechicería y suponer que, dado que ellos habían engañado a tanta gente, debían de ser personas muy diestras en sus ejercicios. En cuanto a entender cómo lo hacen, no me habría esforzado mucho. Toda vez que los Espíritus no tienen nada que ver con eso, ¿de qué valdría? Y si en el otro mundo hubiera suficientes pobres Espíritus para venir a aquí a desempeñarse como cómplices, *¿de qué valdría también*?

"Hace mucho leí atentamente, aun cuando tenía con qué emplear mejor mi tiempo, la mayoría de los libros habituales de los espíritas, y en ellos encontré todo lo que hacía falta para fundar una religión nueva, pero no lo suficiente para convertirme a esa vieja novedad. Los Espíritus consultados, y cuyas respuestas se transcribieron, no dijeron nada que no hubiera sido dicho antes de ellos, y en mejores términos que los de ellos. Nos enseñaron que debemos amar el bien y detestar el mal, que la verdad es lo contrario de la mentira, que el alma es inmortal, que el hombre debe tender incesantemente a ser mejor, y que la vida es una prueba: cosas que ya se saben suficientemente bien desde hace muchos miles de años, y para cuya revelación era inútil evocar a tantos muertos ilustres, e incluso a personajes que, por más célebres que sean, tienen el defecto de no haber existido. Y no me refiero siquiera al "ju-

dío errante", pero imaginaos que yo evocara a Don Quijote y que él me respondiera. ¿No sería eso algo de lo más divertido?

"No tenía más que una sola objeción respecto de los hermanos Davenport, dado que apenas eran unos hábiles prestidigitadores. Esa objeción se resumía en lo siguiente: *una vez descartado el espiritismo, de buen grado y de común acuerdo*, aquellos ejercicios no podían ser más que una mediocre diversión. Es probable que la idea de ir a verlos no se me habría ocurrido si, tras recibir la amable invitación, no hubiera considerado que la crónica obliga, que no todo son rosas en la vida, y que el cronista debe ir adonde vaya el público y aburrirse un poco, a cambio de una recompensa. Decidido a hacer las cosas a conciencia, para comenzar fui durante el día a la sala del *Círculo Artístico y Literario*, en la que se encontraban montando el famoso armario. Lo vi aún incompleto, a plena luz y despojado de toda su 'poesía'. Si bien para las ruinas se necesitan la soledad y las sombras de la noche, para los 'trucos' de los prestidigitadores hacen falta la luz de gas, la multitud crédula y la distancia. Pero los hermanos Davenport son audaces y juegan con sus cartas sobre la mesa. Cualquiera podía entrar para ver lo que se hacía. Un criado yanqui montaba el armario con toda tranquilidad. Las guitarras, las panderetas, las campanas, las cuerdas, estaban ahí en medio de cofres, vestidos, pedazos de alfombras y bolsas de arpillera: todo disperso, a disposición del primero que llegara, y a modo de desafío a la curiosidad. Era como si dijeran: 'podéis dar vueltas una y otra vez, examinar, buscar, desarmar; por más que os afanéis, no encontraréis nada'.

"No hay nada más insolentemente simple que el armario. Es un armario para guardar sábanas, para ropa, y no tiene el menor aspecto de haber sido hecho para alojar Espíritus. Me

pareció que es de nogal. Adelante tiene tres puertas en vez de dos, y da la impresión de que se encuentra agotado de tanto viajar o de los asaltos que sufrió. Le di un vistazo, no muy de cerca porque, aunque estuviera abierto, supuse que un mueble tan misterioso debía oler a encierro, como la espineta mágica en la que escondían a Mozart cuando era niño.

"Declaro formalmente que, salvo para guardar en él mis sábanas o mi ropa, no sabría qué hacer con el armario de los hermanos Davenport. Cada cual en su oficio. Volví a verlo por la noche, aislado en el escenario, delante de la barandilla, y ya tenía un aspecto monumental. La sala estaba llena, como nunca lo estuvo los días en que Mozart, Beethoven y sus intérpretes eran los protagonistas de la velada. El público más bello que se pueda desear: las más amables, graciosas y bonitas mujeres de Bruselas, consejeros de la Corte de Casación, autoridades políticas, judiciales y literarias, todos los académicos, senadores, ministros, representantes, periodistas, artistas, empresarios de la construcción, ebanistas, '¡que eran como un bouquet de flores!' El honorable señor Rogier, ministro de relaciones exteriores, se encontraba en la sala, en compañía de un ex presidente de la Cámara. También estaba el señor Vervoort, que a su regreso de las grandezas humanas, conservó apenas la presidencia del Círculo: una encantadora realeza, por otra parte. Ante semejante público, me sentí tranquilo. Uno de nuestros mejores pintores, el señor Robie, se hizo eco de mi pensamiento cuando me dijo. '¡Vea usted! Austria y Prusia pueden batirse cuanto quieran. Dado que la crisis europea no perturba en absoluto a nuestro ministro de relaciones exteriores, Bélgica puede dormir en paz'. Eso me pareció concluyente, y vosotros lo consideraréis de igual manera. Además, al saber que el señor Rogier asistió sonriente a

la velada de los hermanos Davenport, dormiréis sin necesidad de tener un ojo abierto. Eso es lo mejor que podéis hacer.

”He visto todos los ejercicios de los hermanos Davenport, *y de ningún modo traté de entender su misterio*. Todo lo que puedo decir, sin pensar en lo más mínimo en menoscabar su éxito, es que me resulta imposible deleitarme con esas cosas. No me interesan para nada. Ataron a los hermanos Davenport delante de mí, y se dijo que los habían atado muy bien. Luego pusieron harina en sus manos y los encerraron en su armario, disminuyeron la iluminación, y entonces escuché procedente del armario un gran ruido de guitarras, campanas y panderetas. De repente, el armario se abrió y una pandereta fue violentamente despedida de él, rodando hasta mis pies. Entonces, los hermanos Davenport aparecieron desatados, y comenzaron a saludar al público mientras se sacudían la harina de las manos. Los aplaudieron mucho. ¡Eso es todo!

—Por último, ¿cómo explicáis eso?

—Hay personas del Círculo que lo hacen muy bien. En cuanto a mí, no me siento en lo más mínimo con ganas de entenderlo. Ellos se desataron, eso es todo. El ardid de la harina está armado hábilmente. Pienso que los preparativos se alargaron demasiado; el ruido era irritante, y todo el espectáculo fue poco divertido. Nada de ingenio, ni en singular ni en plural.

—Entonces, ¿vos no les creéis?

—Así es; creo en el aburrimiento que experimenté.

—Y en cuanto al espiritismo, ¿creéis en él?

—Esa es la pregunta de Saganarelle a don Juan. Y luego me preguntaréis si creo en el cuco. Os responderé, como don Juan, que creo que dos más dos son cuatro, y que cuatro más

cuatro son ocho. Todavía no sé si, en vista de lo que ocurre en Alemania y en otras partes, no me veré forzado a mantener la reserva.

—¿Eso significa que sois ateo?

—No. Modestia aparte, soy el hombre más religioso de la Tierra.

—Entonces creéis en Dios, en la inmortalidad del alma, en…

—Así es. Esa es mi dicha y mi esperanza.

—¿Y todo eso concuerda con vuestro "cuatro más cuatro son ocho"?

—Precisamente. Todo está ahí. *¡Es una lengua más bella que el turco!*

—¡Debéis ir a misa, entonces!

—No. Pero no os impido que vayáis. El pájaro en la rama, el gusano reluciente en la hierba, los mundos en el espacio, y mi corazón pleno de adoración, me cantan una misa noche y día. Amo a Dios apasionadamente y sin temor. ¿Qué pretendéis que haga con eso respecto de las religiones y las demás variedades del davenportismo?

—¿Y el espiritismo? ¿Y Allan Kardec?

—Creo que el señor Allan Kardec, que procedería mejor si usara su verdadero nombre, es un ciudadano tan bueno como vos y como yo. Su moral no difiere de la moral común, que me resulta suficiente. En cuanto a sus revelaciones, prefiero el armario de los Davenport, con o sin guitarras. He leído las revelaciones de los Espíritus; su estilo no puede compararse con el de Bossuet y, salvo las citas de textos pertenecientes a hombres ilustres, es pesado y a menudo chato. *Yo no quisiera*

escribir como el más fuerte de ese grupo: mi editor me diría que los macarrones son buenos, pero que no se debe abusar de ellos. El espiritismo se relaciona con lo sobrenatural y con los dogmas, y yo desconfío de esa masa enharinada. Lo he dicho hace cinco años al referirme a esa doctrina, porque es una doctrina: en ella hay todo lo necesario para *apurar* una nueva religión. Sería mejor ser simplemente religioso y atenerse a las revelaciones del universo.

”Veo despuntar esa nueva religión. Ya es una secta, y considerable, porque no podéis imaginaros la cantidad de cartas serias que he recibido por haber mencionado el espiritismo últimamente. Tiene sus fanáticos, y tendrá sus intolerantes, sus sacerdotes, porque ese dogma se presta a la acción intermediaria, debido a que los Espíritus tienen rangos y preferencias. Cuando se gane un diez por ciento con ese nuevo dogma, veremos un clero. Creo que está destinado a heredar del catolicismo, a causa de sus aspectos seductores. Aguardad solamente a que los astutos se infiltren en él, y los profetas y los evocadores privilegiados brotarán del misterio de las cosas, que es dulce y poético, como la hierba parásita en un campo de trigo.

”Transcribo aquí dos cartas, que me remitieron personas leales, ingenuas y convencidas. Por ese motivo las publico:

”Al señor Bertram.

”Hace cuatro años yo era lo que se podría denominar un franco retardatario. Católico sincero, creía en los milagros, en el diablo y en la infalibilidad papal. Habría aceptado sin discusión la encíclica de Pio IX, con todas sus consecuencias en el orden político.

”Pero ¿a qué viene esta confesión de un desconocido? –me preguntaréis–. Os voy a enseñar mi fe, señor Bertram, pese al riesgo de excitar vuestra elocuencia burlona o de haceros *correr hasta el fin del mundo*.

”Un día, en Amberes, pude observar un velador (vulgarmente denominado *mesa parlante*) que respondía una pregunta que yo había formulado mentalmente en mi idioma natal, idioma que los asistentes no conocían. Entre los presentes había escépticos religiosos, masones que no creían en Dios ni en el alma. Ese fenómeno los hizo reflexionar, de modo que leyeron con avidez las obras espíritas de Allan Kardec, y yo hice lo mismo, sobre todo después de que varios sacerdotes me aseguraran que tales fenómenos eran obra exclusiva del… demonio. Puedo aseguraros que no me arrepiento del tiempo que esa lectura me demandó, sino todo lo contrario. En esos libros no solo encontré una solución racional y por completo natural del fenómeno mencionado, sino también de problemas e incógnitas que yo tenía desde hacía tiempo. Por vuestra parte, en el espiritismo habéis encontrado material para una religión nueva; pero ¿acaso suponéis, señor Bertram, que eso sería muy perjudicial en caso de que ocurriera? El catolicismo, ¿se halla realmente a la altura de las necesidades de nuestra sociedad, a tal punto que no pueda ser rejuvenecido ni reemplazado ventajosamente? ¿Acaso creéis que la humanidad podría prescindir de toda creencia religiosa? El liberalismo proclama bellos principios, pero en gran medida es escéptico y materialista. En esas condiciones nunca incluirá a las masas, como tampoco el catolicismo ultramontano. Si el espiritismo está destinado a convertirse en una religión algún día, será la religión natural, bien desarrollada y comprendida. Y por cierto, esa religión no es nueva, sino, como vos decís, *una vieja*

novedad. Pero también es un terreno neutral, donde todas las opiniones, tanto políticas como religiosas, algún día podrán darse la mano.

”Comoquiera que sea, desde que soy espírita algunas malas lenguas me acusan de haberme convertido en librepensador. Es cierto que a partir de esa época, y al igual que los escépticos religiosos a los que me he referido, ya no creo en lo sobrenatural ni en el diablo; pero en cambio todos creemos un poco más en Dios, en la inmortalidad del alma y en la pluralidad de las existencias. Hijos del siglo diecinueve, encontramos un camino seguro y pretendemos impulsar en él el carro del progreso, en vez de demorarlo. Ya veis, pues, que el espiritismo tiene cosas buenas, toda vez que logra producir dichos cambios. Y ahora, para volver a los hermanos Davenport, sería un error escapar de las experiencias o refutarlas desde el prejuicio, justamente porque son nuevas. Cuanto más extraordinarios sean los hechos que se nos presenten, más merecerán que los observemos concienzudamente y sin ideas preconcebidas; porque, ¿quién podría vanagloriarse de conocer todos los secretos de la naturaleza? Nunca he visto a los hermanos Davenport, pero sí he leído lo que la prensa francesa escribió acerca de ellos, y me asombró su mala fe. Los aficionados podrán leer con provecho la obra *Fuerzas naturales desconocidas*, de Hermès (París: Didier, 1865). Se trata de una refutación de las críticas dirigidas contra ellos, elaborada desde el punto de vista de la ciencia. Si es cierto que esos señores no se presentan como espíritas, y que no conocen el espiritismo, entonces esa doctrina no tiene que salir en defensa de ellos. Todo lo que se puede decir es que fenómenos semejantes a los que ellos presentan son posibles en virtud de una ley natural actualmente desconocida, y mediante la intervención de Espíritus inferiores. La

diferencia radica en que hasta ahora esos fenómenos nunca se habían producido en condiciones tan desfavorables, en horarios preestablecidos y con tanta regularidad.

”Confío, señor, en que recibiréis estas observaciones desinteresadas y les brindaréis hospitalidad en vuestro periódico. Que tales observaciones puedan contribuir a esclarecer una cuestión más interesante para vuestros lectores de lo que suponéis.

”Vuestro suscriptor,

”H. Vanderyst

”¡Aquí está publicada! No se me podrá acusar de haber puesto *la luz debajo del celemín*.

”En primer lugar, no tengo celemín. Luego, sin la menor sombra de burla, diré que no veo aquí demasiada luz. Nunca objeté la moral del espiritismo, pues es pura. Los espíritas son honestos y bondadosos: sus donaciones para las guarderías infantiles me lo han demostrado. Si ellos son afectos a sus Espíritus superiores e inferiores, no veo en eso ningún inconveniente. Es un asunto entre su instinto y su razón.

”La carta lleva una posdata, que dice así:

”Permitidme que llame vuestra atención sobre una obra que acaba de recibir los honores del Index: *La pluralidad de las existencias del alma* [*Pluralité des existences de l'âme*] del abogado Pezzani, en la que esa cuestión es tratada independientemente de la revelación espírita.

”Pasemos a la otra carta:

(Esta segunda carta fue escrita en el mismo sentido que la precedente, y concluye así:)

”Estoy convencido de que el día que la prensa se ocupe de todo lo bello que el espiritismo contiene, el mundo hará inmensos progresos en el sentido moral. ¡Qué importante es advertir al hombre acerca de que cada uno lleva consigo la verdadera religión: *la conciencia*, que lo deja en presencia de sí mismo para que responda por sus actos ante el Ser supremo! De ese modo, ¿no se habría eliminado al materialismo, que hace tanto mal en el mundo? ¿No se pondría una barrera al orgullo, a la ambición, a la envidia, a todas las cosas que tornan desdichados a los hombres? Enseñarle al hombre que debe hacer el bien para que merezca su recompensa: es cierto que hay hombres que están convencidos de todo eso, pero ¿cuántos son respecto de la generalidad? Y todo esto se le puede enseñar al hombre. Por mi parte, he evocado a mi padre, y de acuerdo con las respuestas que recibí de él, ya no puedo dudar.

”Si yo tuviera la dicha de manejar la pluma como vos, trataría al espiritismo como una doctrina llamada a inculcarnos una moral dulce y agradable. Mi primer artículo se titularía: *El espiritismo o la destrucción de todo fanatismo. La caída de los jesuitas y de cuantos viven de la credulidad del hombre.* Tales ideas se encuentran en el excelente libro del señor Allan Kardec. ¡Cómo quisiera que compartierais mi manera de ver el espiritismo! ¡Cuánto bien le haríais a la moral! Con todo, mi estimado Bertram, ¿cómo pudisteis ver en el espiritismo algo sobrenatural y mágico? ¡No me parece que el hecho de comunicarnos con nuestros familiares y amigos que pasaron al otro mundo, por medio del fluido que nos pone en relación con ellos, sea más extraordinario que comunicarnos por medio del

cable eléctrico con nuestros hermanos de este mundo que se encuentran a distancias fabulosas!

"* * *

"Publico todo esto sin observaciones ni comentarios, tan solo para demostrar que en Bélgica el espiritismo tiene partidarios ardientes en su fe. Esta secta progresa favorablemente, y muy pronto el catolicismo tendrá que tomarla en cuenta.

"La prensa parisina no actuó de mala fe para con los hermanos Davenport; lo que pone de relieve es que ellos ya no se muestran con pretensiones respecto de lo sobrenatural. Ya no realizan sesiones a cincuenta francos por cabeza, al menos que yo sepa. No obstante, creo que las personas que podrían pagar una entrada a ese precio no serían mal recibidas. Para concluir, afirmo que sus ejercicios no me parecen hechos para ejercer una gran influencia en el porvenir de las sociedades humanas.

"Bertram"

Después de las dos cartas que acabamos de leer, no tenemos mucho más que decir respecto de este artículo, cuya moderación contrasta con la aspereza de la mayoría de los que se han escrito anteriormente acerca del mismo tema. Por lo menos el autor no se opone a que los espíritas ejerzan su derecho de afirmar su opinión, que él respeta, aunque no la comparta. A diferencia de ciertos apóstoles del progreso, reconoce que la libertad de conciencia es para todo el mundo, lo cual ya es algo. Incluso conviene en que los espíritas tienen cosas buenas y son personas de buena fe. Por último, verifica

los progresos del espiritismo y confiesa que esta doctrina posee un aspecto seductor. Por consiguiente, no haremos más que breves observaciones.

El señor Bertram tiene a bien considerar que soy tan buen ciudadano como él, y se lo agradezco. Sin embargo, agrega que yo procedería mejor si usara mi verdadero nombre. Por mi parte, me permito preguntarle por qué razón firma sus artículos como *Bertram* y no como *Eugène Landois*, toda vez que eso no le quitaría nada a sus cualidades personales, pues sabemos que él es el principal organizador de la guardería infantil de Saint-Josse-Tennoode, de la que se ocupa con la más loable solicitud.

Si el señor Bertram hubiera leído los libros espíritas con tanta atención como dice, sabría que los espíritas no son tan ingenuos como para evocar al "judío errante" o a don Quijote. Sabría qué es lo que el espiritismo acepta y qué es lo que desaprueba; no afectaría presentarlo como una religión, porque, en tal sentido, todas las filosofías serían religiones, ya que en su esencia está discutir acerca de las bases mismas de cualquier religión: Dios y la naturaleza del alma. El señor Bertram comprendería, por último, que si el espiritismo alguna vez se convirtiera en una religión, no podría volverse intolerante sin renegar de su principio, que consiste en la fraternidad universal sin distinción de sectas ni de creencias; sin abjurar de su divisa: *Fuera de la caridad no hay salvación*, que es el símbolo más explícito del amor al prójimo, de la tolerancia y de la libertad de conciencia. Nunca dice: *Fuera del espiritismo no hay salvación*. Si una religión se apoyara en el espiritismo excluyendo esos principios, ya no sería espiritismo.

El espiritismo es una doctrina filosófica que aborda todas las cuestiones de la humanidad. Por las modificaciones pro-

fundas que introduce en las ideas, hace que las cosas se vean desde otro punto de vista. De ahí resultarán, para el porvenir, inevitables transformaciones en las relaciones sociales. El espiritismo es una mina fecunda de la cual las religiones, al igual que las ciencias y las instituciones sociales, extraerán elementos de progreso. No obstante, si bien aborda determinadas creencias religiosas, no constituye un culto nuevo, como tampoco un sistema particular de política, de legislación o de economía social. Sus templos, sus ceremonias y sus sacerdotes están en la imaginación de sus detractores y de los que tienen miedo de que se convierta en una religión.

El señor Bertram critica el estilo de los Espíritus, a la vez que coloca el suyo bien arriba: es su derecho, y no se lo discutiremos. Tampoco le cuestionaremos la referencia a que los Espíritus no nos enseñan nada nuevo acerca de la moral, lo cual demuestra una cosa: que los hombres son aún más culpables de practicarla tan poco. Así pues, ¿debe sorprendernos que Dios, en su solicitud, repita esa moral en todas sus formas? En tal sentido, si la enseñanza de los Espíritus es inútil, la de Cristo también lo es, pues Él no hizo más que desarrollar los mandamientos del Sinaí. Y los escritos de los moralistas también son inútiles, pues ellos no hacen nada más que decir lo mismo pero con otros términos. Con un sistema de esta naturaleza, ¡cuántas personas habría cuyos trabajos serían inútiles! Sin incluir entre ellos a los cronistas que, por oficio, no deben inventar nada.

Por consiguiente, estamos de acuerdo en que la moral de los Espíritus es antigua como el mundo, lo cual no tiene nada de sorprendente, porque como la moral no es otra cosa más que la ley de Dios, esa ley debe ser eterna, y no es posible que la criatura agregue algo a la obra del Creador. Sin embar-

go, ¿no puede haber nada nuevo en la manera de enseñarla? Hasta ahora, ese código de moral solamente había sido promulgado por algunas individualidades, y fue reproducido en libros que no todos leen, o que no comprenden. Pues bien, en la actualidad, ese mismo código es enseñado, ya no por algunos hombres, sino por millones de Espíritus, que han sido hombres, en todos los países, en cada una de las familias y, por decirlo de algún modo, a cada individuo. ¿Acaso suponéis que la persona que haya sido indiferente a la lectura de un libro, que haya tratado como lugares comunes a las máximas que ese libro contiene, no sería hondamente conmovida si su padre, su madre u otro ser querido y respetado, se le acercara para decirle, aun cuando lo hiciera con un estilo inferior al de Bossuet: "No he dejado de existir, como tú creíste; estoy aquí, a tu lado; te veo y te escucho; te conozco mejor que cuando estaba vivo, porque leo en tu pensamiento. Para ser feliz en el mundo en que estoy, esta es la regla de conducta a seguir; tal acción es buena, y tal otra es mala, etc." Como podéis ver, se trata de una enseñanza directa, o bien, si lo preferís, de un nuevo medio de divulgación, tanto más eficaz cuanto que va directo al corazón, no cuesta nada y se dirige a todo el mundo: al pequeño y al grande, al pobre y al rico, al ignorante y al sabio, y porque desafía al despotismo humano que quisiera imponerle una barrera.

"Con todo –preguntaréis–, ¿será eso posible? ¿No se tratará de una ilusión?" Esa duda sería lógica si dichas comunicaciones solo fueran recibidas por un único hombre privilegiado, pues nada impediría que se equivocara. Pero cuando miles de individuos las reciben todos los días y en todos los países, ¿es racional suponer que son todos alucinados? Si la enseñanza del espiritismo estuviera relegada a las obras espíritas, no ha-

bría conquistado ni la centésima parte de los adeptos con que cuenta. Esos libros no hacen más que resumir y coordinar dicha enseñanza, y su éxito radica en que cada uno encuentra en su fuero interior la confirmación de lo que contienen.

Se podrá decir con fundamento que la enseñanza moral de los Espíritus es superflua cuando se haya demostrado que los hombres son bastante *buenos* para prescindir de ella. Hasta entonces, no deberemos sorprendernos al ver que se repite en todas sus formas y con diversos tonos.

"¡Qué me importa –decís vos, señor Bertram– que los Espíritus existan o no!" Es posible que eso os resulte indiferente, pero no todos piensan igual. Es lo mismo que si dijerais: "Qué me importa que haya habitantes en América, y que el cable eléctrico me lo demuestre". Científicamente, se trata de algo que demuestra la existencia del mundo invisible; moralmente, es mucho. Dado que los Espíritus pueblan el espacio que se consideraba deshabitado, se trata del descubrimiento de un mundo nuevo, la revelación del porvenir y del destino del hombre, y una revolución en sus creencias. Ahora bien, si ese mundo existe, ninguna negación podrá impedir que así sea, y sus resultados inevitables merecen que se lo tome en cuenta. Sois un hombre progresista, ¿pero rechazáis un elemento favorable al progreso, un medio de mejorar la humanidad, de cimentar la fraternidad entre los hombres, un descubrimiento que conduce a la reforma de los abusos sociales que denunciáis sin cesar? Creéis que vuestra alma es inmortal, ¿pero no os preocupa en absoluto saber qué será de ella, y lo que ha ocurrido con la de vuestros padres y amigos? Sinceramente, tal actitud es poco racional. Diréis que ese mundo no se encuentra en el armario de los hermanos Davenport; y estamos de acuerdo, pues nunca dijimos que eso fuera espiritismo.

No obstante, precisamente porque, equivocados o no, relacionaron ese armario con los Espíritus, muchas personas han hablado de ellos, incluso las que no creían en su existencia. Eso dio lugar a investigaciones y estudios que no se habrían realizado si dichos señores se hubieran presentado como simples prestidigitadores. Aunque los Espíritus no estaban en ese armario, igualmente pudieron utilizarlo como medio para sacar de la indiferencia a muchísimas personas. Ya veis que vos mismo, sin daros cuenta, fuisteis inducido a propagar la idea entre vuestros numerosos lectores, cosa que no habríais podido hacer sin ese famoso armario.

En cuanto a las verdades nuevas que surgen de las revelaciones espíritas más allá de la moral, remitimos al artículo publicado en la *Revista* de enero de 1865, con el título: *Lo que el espiritismo enseña*.

El espiritismo sólo pide que se lo conozca

Es un hecho comprobado que la crítica, desde que se ocupó de atacar al espiritismo, expuso la más completa ignorancia acerca de sus principios, incluso de los que son más elementales. Lo ha demostrado con creces toda vez que le hizo decir precisamente lo contrario de lo que él dice, y que le atribuyó ideas diametralmente opuestas a las que profesa. Dado que para esa crítica el espiritismo era una fantasía, supuso que "debía decir y pensar tal cosa". En una palabra, lo juzgó a partir de lo que se imaginaba que podría ser, y no de lo que es realmente. No cabe duda de que le habría resultado muy

fácil informarse, pero para eso habría tenido que leer, estudiar, profundizar en una doctrina por completo filosófica, analizar las ideas, sondear el alcance de las palabras. Ahora bien, ese es un trabajo serio, que no a todo el mundo le agrada, y que incluso es demasiado agotador para algunos. La mayoría de los escritores, al ver en los textos de algunos colegas un juicio cerrado de acuerdo con sus ideas escépticas, aceptaron el contenido sin el menor análisis, limitándose a adornarlo con algunas variantes en cuanto a la forma. De ese modo, las ideas más falsas acerca del espiritismo se expandieron como el eco a través de la *prensa*, y desde ahí hacia una parte del público.

No obstante, eso no podía durar mucho tiempo. La doctrina espírita, que no oculta nada, que es clara y precisa, que no tiene alegorías ni ambigüedades, como tampoco fórmulas abstractas, llegaría a ser mejor conocida. La propia violencia con que la atacaban debía hacer que se la analizara. Tal fue lo que ocurrió, y lo que provocó la reacción que se observa en la actualidad, aunque eso no signifique que todos los que la estudian, incluso seriamente, deban convertirse en sus apóstoles; por cierto que no, pero es imposible que un estudio atento y sin prejuicios no atenúe, al menos, la prevención que se había gestado respecto de la doctrina, en caso de que no la disipe por completo. Era evidente que la hostilidad de que el espiritismo era objeto debía conducir a ese resultado, razón por la cual nunca nos preocupamos por eso.

Debido a que en este momento el espiritismo hace menos ruido, algunas personas creen que su marcha progresiva se ha detenido. Sin embargo, ¿será que pasan por alto el cambio que se observa en la opinión pública? ¿Acaso es una conquista insignificante el hecho de que ya no se lo mire tan mal? El espiritismo atrajo desde el principio a todas las personas en

las que esas ideas se encontraban, por decirlo de algún modo, en estado de intuición. Le bastó con mostrarse para que ellas lo aceptaran de buen grado. Eso explica su rápido crecimiento numérico. En la actualidad, dado que ya ha cosechado lo que estaba maduro, siembra sobre la masa refractaria. Ese trabajo lleva más tiempo; los medios de acción son diferentes y adecuados a la naturaleza de las dificultades. Con todo, a juzgar por las fluctuaciones de la opinión pública, percibimos que esa masa se conmueve ante los Espíritus que actúan sobre ella sin cesar y de mil maneras diferentes. El progreso, aunque resulte menos evidente, no por eso deja de ser real. Es como un edificio que se eleva con rapidez y que parece detenerse cuando trabajan en su interior.

En cuanto a los espíritas, la etapa inicial fue de entusiasmo; pero un estado de sobreexcitación no puede ser permanente, de modo que al movimiento de expansión exterior le siguió un estado más calmo: la fe sigue viva, pero es más fría, más racional, y por eso mismo más sólida. La efervescencia ha dado lugar a una satisfacción íntima más dulce, y que se aprecia mejor cada día, gracias a la serenidad que resulta de la inquebrantable confianza en el porvenir.

Por consiguiente, en la actualidad el espiritismo comienza a ser juzgado desde otro punto de vista. Ya no se lo considera tan raro y ridículo, porque se lo conoce mejor. Los espíritas ya no son señalados con el dedo como si fueran animales exóticos. Si bien muchas personas todavía rechazan el fenómeno de las manifestaciones, pues no pueden conciliarlo con la idea que se han formado acerca del mundo invisible, ya no cuestionan el alcance filosófico de la doctrina. Más allá de que su moral sea vieja o nueva, no deja de ser una doctrina moral, que no puede hacer otra cosa más que impulsar hacia el bien

a quienes la profesan. Eso es algo que reconocen todos los que la juzgan con conocimiento de causa. Actualmente, lo único que le reprochan a los espíritas es el hecho de que crean en las comunicaciones de los Espíritus, pero pasan por alto esa pequeña debilidad a favor del resto. En este punto, los propios Espíritus se encargarán de demostrar que existen.

El artículo del señor Bertram, de Bruselas, que transcribimos más arriba, nos parece la expresión del sentimiento que tiende a propagarse en el mundo de los que anteriormente se burlaban, y que se desarrollará a medida que el espiritismo sea más conocido. El artículo que sigue a continuación va en la misma dirección, pero deja entrever una convicción más completa. Lo tomamos del *Soleil*, del 5 de mayo:

"En la misma época en que aparecieron *Los apóstoles*, del señor Ernesto Renan, el señor J. B. Roustaing, ilustre adepto del espiritismo, publicaba en la Librería Central una obra voluminosa titulada: *Los cuatro Evangelios, seguidos de los mandamientos, explicados en espíritu y verdad por los evangelistas, asistidos por los apóstoles*.

"En materia de espiritismo, el conjunto de los parisinos apenas conocía las refriegas de los ilusionistas, que vanamente intentaron abusar de la credulidad de un público incrédulo. Esos charlatanes fueron silbados, cosa que estuvo muy bien; pero los espíritas, llenos de ardor y de fe, no abandonaron sus experiencias y su rápida propaganda.

"Las cosas más fútiles son consideradas en París al igual que las más serias. Aquí es donde muy a menudo cabe preguntarse si se trata con un dios, con una mesa o con un inodoro. Las experiencias sumarias, que en torno a una mesa con dos tazas de té realizaron algunas mujeres adúlteras junto con algunos jóvenes pretensiosos, fueron suficientes para atender

la curiosidad de los parisinos. Si parecía que la mesa iba a girar, se reían mucho. Por el contrario, si la mesa no se movía, se reían más fuerte aún. Así es como se profundizaba la cuestión. Las cosas eran diferentes entre la población más reflexiva de las provincias. Hasta el más mínimo resultado animaba los prosélitos y excitaba su ardor. Los Espíritu de los parientes respondían los llamados, y las personas conversaban con las almas de sus padres o de sus hermanos difuntos, convencidas de que habían levantado el velo de la muerte, que a partir de entonces no podría atemorizarlas.

”Si alguna vez hubo una doctrina consoladora, sin duda es esta: la individualidad que se mantiene más allá de la tumba; la promesa formal de una vida que es realmente la continuación de la primera. La familia subsiste, el afecto no muere con la persona; no existe la separación. Cada noche, en el sur y en el oeste de Francia, las reuniones de los espíritas dedicados resultan muy numerosas. Oran, evocan, creen. Personas que no saben escribir, escriben: sus manos son dirigidas por los Espíritus.

”El espiritismo no representa un peligro social, de modo que lo dejan propagarse sin oponerle resistencia. Si fuera perseguido, tendría sus mártires, como el babismo en Persia.

”Junto a las respuestas mediúmnicas más serias se encuentran indicaciones y consejos que provocan una sonrisa. El autor de *Los cuatro Evangelios*, el señor Roustaing, abogado y ex presidente de la Corte imperial de Burdeos, no es una persona ingenua –como tampoco lo es un animador–, y en el prefacio de su libro encontramos la siguiente comunicación:

” ‘Ha llegado el momento en que debes ocuparte de dar a publicidad esta obra. No te imponemos un plazo; emplea tu tiempo con sabiduría y mesura, para que conserves tus fuerzas… La publicación puede comenzar *en el mes de agosto*

próximo; a partir de este momento, trabaja lo más rápido posible, pero sin exceder las fuerzas humanas, de modo tal que la publicación esté concluida en el mes de agosto de 1866'.

"Firmado: Moisés - Mateo - Marcos - Lucas - Juan,
"asistidos por los Apóstoles.

"Al lector le sorprende que Moisés, Mateo, Lucas y Juan, vayan a fondo con su consejo y agreguen: 'Harás que la obra se imprima en Lavertujon, 7, rue des Treilles, en Burdeos, y que aparezca en la Librería Central, 24, boulevard des Italiens, en París.

"También nos detenemos un instante en ese pasaje en el que se le dice al autor que *no exceda las fuerzas humanas*. ¿Acaso el autor las habría excedido, si no fuera por esas paternales palabras de los señores Moisés, Mateo, Marcos y Juan?

"El señor Renan, sin mencionar en principio al espiritismo, hace numerosas alusiones a esta nueva doctrina, cuya importancia parece no desconocer. El autor de *Los apóstoles* recuerda (página 8) un pasaje capital de san Pablo, que establece: 1.° la realidad de las apariciones; 2.° la larga duración de las apariciones. Una sola vez, en el transcurso de su obra, el señor Renan coge por el cuello a los espíritas. En la página 22, segunda nota, dice:

" 'Para concebir la posibilidad de semejantes ilusiones, basta con recordar las escenas actuales en las que algunas personas sostienen de manera unánime que durante sus reuniones escuchan ruidos faltos de realidad, y todo eso con absoluta buena fe. La espera, el esfuerzo de la imaginación, la disposición a creer, a veces complacencias inocentes, explican aquellos fenómenos, que no son producto directo del fraude. Esas com-

placencias proceden, por lo general, de personas convencidas, animadas por un sentimiento benevolente, que no quieren que la sesión acabe mal, y deseosas de ahorrarles molestias a los dueños de casa. Cuando se cree en los milagros, siempre se contribuye, sin notarlo, a que ocurran. La duda y la negación resultan imposibles en ese tipo de reuniones. Se herirían los sentimientos de los que creen y de los que os han invitado. Por eso tales experiencias, que son exitosas en grupos pequeños, por lo general fracasan ante un público que paga para verlas, y siempre fallan ante las comisiones científicas'.

"Aquí, como en otras partes, al libro del señor Renan le faltan buenas razones. Con un estilo delicado y encantador, *Los apóstoles* debería titularse *Los últimos abencerrajes*. Las citas de documentos inútiles, las pruebas falsas con que la obra está sobrecargada, le dan todo el aspecto de la puerilidad con que fue concebida. No hay modo de equivocarse.

"El señor Renan cuenta que María de Magdala, llorando junto al sepulcro, tuvo una visión, una simple visión. ¿Quién le dijo eso? Dice que ella creyó escuchar una voz. ¿Cómo sabe él que no la escuchó realmente? Todas las afirmaciones contenidas en esa obra tienen poco más o menos la misma fuerza.

"Si los espíritas apenas tienen para ofrecer su buena fe como explicación, el señor Renan no cuenta siquiera con ese recurso.

"Aquí solo podemos mencionar el libro del señor Roustaing. No tenemos derecho a discutirlo ni a ver hacia dónde nos conduce. Por otra parte, este no sería el lugar para entrar en consideraciones que el lector no busca en nuestras columnas. La obra es seria, el estilo es claro y firme. El autor no ha cometido el error habitual de los comentadores, que a menudo son más oscuros que el propio texto que pretenden aclarar.

”El espiritismo, que tenía su catecismo, de ahora en más tendrá sus códigos anotados y su curso de jurisprudencia. Solo le faltará la prueba del martirio”.

Aurélien Scholl

Extraído de *El progreso colonial* de la Isla Mauricio

Comunicación espírita

No solamente en nuestro país los periódicos, si bien todavía no podemos decir que simpatizan con el espiritismo, al menos se humanizan respecto de él, y comienzan a otorgarle derecho de ciudadanía. En *El progreso colonial*, periódico de Port-Louis, en la Isla Mauricio, del 15 de junio de 1866, leemos:

“Todos los días recibimos dos o tres de estas comunicaciones espíritas; pero si nos abstuvimos de publicarlas hasta ahora, ha sido porque aún no estamos en condiciones de otorgarle un espacio a este fenómeno extraordinario que se denomina espiritismo. Que nuestros lectores, curiosos por naturaleza, tengan un poco de paciencia: no tendrán que esperar demasiado tiempo. Si publicamos este breve escrito, firmado con el nombre Lázaro, se debe a que trata acerca de ese pobre Georges, muerto y enterrado de manera tan lamentable:

“ ‘Señor:

” ’Hoy leí una correspondencia publicada en vuestro periódico, firmada por *Un testigo ocular*, en la que se describen

las condiciones en que fue enterrado el cadáver del desdichado G. Lemeure.

" 'Desde hacía mucho tiempo, señor, yo sabía perfectamente que, si bien la miseria no es un vicio, se trata al menos de una de las peores calamidades que existen en el mundo. Pero lo que no quería admitir, es que los hombres fueran tan adoradores del becerro de oro como para no respetar siquiera lo más solemne, lo más grandioso y sagrado que puede haber para nosotros: ¡la muerte…!

" 'Así, pobre George, con tu carácter apacible, honrado y modesto, condenado a vivir en el peor estado de desnudez y abandono, soportando las pruebas de este mundo con valor y hasta con alegría, siempre dispuesto a servir al prójimo, fuiste a morir aislado de tal modo, lejos de los que te amaban, y que tal vez te lloran. Y encima hizo falta, para humillar tu sombra, que ciertos hombres, hermanos tuyos, cavaran para ti un hoyo en la tierra, ¡solo, solo en medio de la nada! Como si tu pobreza te hubiera hecho indigno de compartir, al igual que tus semejantes, un terreno consagrado. Además, ni siquiera te hicieron la caridad de un ataúd, ¡de cuatro tablas! 'Aún así debe estar feliz –piensa esta *buena humanidad*– de descansar en la tierra húmeda y fría, por todos olvidado'. Por otra parte, ¿acaso le importa que tu cuerpo se pudra allí, sin que un amigo se acerque para derramar una lágrima, dejarte una flor y recordarte?

"Aquí me detengo, porque sigo indignado con el hecho de que no hayan cumplido siquiera con las formas requeridas para con los desdichados en casos semejantes. En todos los países civilizados, a los parientes o amigos de una persona a la que las autoridades hayan encontrado muerta, se les otorgan veinticuatro horas para que se presenten a fin de reconocerla

y reclamar el cuerpo. Si al cabo de ese lapso no se presenta nadie, entonces se la deposita en tierra santa, observando siempre el respeto que se debe a la muerte. No obstante, en este caso, se abstuvieron de tales formalidades, contentándose, si no tuviste con qué pagar los gastos de tu féretro, con arrojarte en cualquier rincón, como a un animal, para cubrirte con dos o tres puñados de tierra.

"Os lo repito, señor, la miseria es un gran flagelo".

Lázaro

Los fenómenos apócrifos

La siguiente crónica se encuentra en *L'Événement* del 2 de agosto de 1866:

"Durante varios días, un hecho singular y misterioso causó un gran revuelo entre los habitantes de los alrededores de la iglesia de Saint-Médard, y dio lugar a los más lúgubres relatos y comentarios.

"Se realizaban demoliciones en torno a esa iglesia. La mayoría de las casas derribadas habían sido construidas sobre un cementerio vinculado a una historia de supuestos milagros que, a comienzos del siglo dieciocho, motivaron un decreto del gobierno, por el cual el 27 de enero de 1733 se ordenó el cierre de ese cementerio, en cuya puerta de entrada fue hallado un día después el siguiente epigrama:

”*Por orden del Rey… Dios tiene prohibido hacer milagros en este lugar.*

”Ahora bien, cada noche, las casas que no habían sido alcanzadas por los mazazos del demoledor, eran atacadas por una lluvia de piedras, casi todas muy grandes, que rompían los vidrios de las ventanas y caían sobre los tejados, dañándolos considerablemente.

”A pesar de la intensa búsqueda, nadie había podido descubrir el origen de esos proyectiles.

”Llegaron a decir que los muertos del cementerio, cuyo descanso había sido perturbado por las demoliciones, manifestaban de ese modo su descontento. Pero algunas personas menos crédulas suponían que esas piedras que seguían cayendo todas las noches eran arrojadas por algún ser vivo, de modo que solicitaron la intervención del señor Cazeaux, el comisario de policía, cuyos agentes organizaron una vigilancia.

”Mientras los agentes vigilaban, las piedras no caían, pero tan pronto como ellos se retiraban, las piedras volvían a caer con mayor abundancia.

”No sabían qué hacer para resolver el misterio, hasta que la señora X…, propietaria de una casa en la calle Censier, informó al comisario que, asustada por lo que ocurría, había consultado a una sonámbula.

”*La sonámbula me reveló* –dijo la declarante– *que las piedras eran arrojadas por una muchacha que tiene una enfermedad en la cabeza. Y precisamente mi criada, Felicia F…, de dieciséis años de edad, padece un herpes en esa parte del cuerpo*.

”El comisario no le dio ninguna importancia a esa indicación, pero de todos modos accedió a interrogar a Felicia,

de quien obtuvo una confesión completa. Inspirada por un Espíritu que se le apareció, durante varios meses la muchacha había acumulado en un granero una considerable cantidad de piedras, y cada noche se levantaba para arrojar algunas –desde la ventana de ese granero– sobre las casas vecinas.

"Ante la presunción de que la joven podía estar loca, el comisario dispuso enviarla a la Prefectura, para que la examinaran médicos especialistas".

El relato precedente demuestra que no todos los hechos de ese tipo deben atribuirse a una causa oculta y que, toda vez que existe una causa material, siempre se llega a descubrirla, lo cual no constituye una prueba en contra de la posibilidad de que esos hechos tengan un origen diferente en otros casos, que solo pueden ser evaluados mediante el conjunto de las circunstancias, como en Poitiers. A menos que la causa oculta no sea demostrada mediante la evidencia, la duda es la posición más sabia. Así pues, conviene mantener la reserva. Sobre todo, es necesario evitar las trampas tendidas por la malevolencia, que pretende darse el gusto de engañar a los espíritas. La idea fija de la mayoría de los antagonistas consiste en que el espiritismo radica por completo en los efectos físicos, y que sin ellos no puede vivir. Como creen que la fe de los espíritas no tiene otra finalidad más que esa, suponen que pueden aniquilar a la doctrina desacreditando esos efectos, ya sea *simulándolos*, o bien *inventándolos* en condiciones ridículas. Su ignorancia respecto del espiritismo hace que, sin que se den cuenta, golpeen al lado de la cuestión fundamental, que es el punto de vista moral o filosófico.

No obstante, algunos conocen muy bien ese aspecto de la doctrina, pero como es incuestionable, se arrojan sobre el otro lado, que es más vulnerable y se presta más fácilmente

a la superchería. Quisieran a toda costa que se confundiera a los espíritas con admiradores crédulos y supersticiosos de lo fantástico, y que aceptaran todos los fenómenos con los ojos cerrados. Se sienten muy decepcionados al ver que no se extasían ante el menor hecho que tenga un tinte sobrenatural, y que respecto de ciertos fenómenos se mantienen más *escépticos* que los que no conocen el espiritismo. Ahora bien, precisamente porque lo conocen, saben lo que es posible y lo que no lo es, y no ven en todas partes la acción de los Espíritus.

En el hecho relatado más arriba, es bastante curioso observar que su verdadera causa fue revelada por una sonámbula. Se trata de la consagración del fenómeno de la lucidez. En cuanto a la muchacha que dice haber actuado por impulso de un Espíritu, no cabe duda de que esa idea no se le ocurrió porque conocía el espiritismo. ¿Cómo surgió, entonces? Es muy probable que ella fuera presa de una obsesión, a la que, como siempre, confundieron con la locura. Si es locura, no la curarán con remedios. En casos semejantes, muchas veces se ha visto personas que hablan espontáneamente de los Espíritus porque los ven, en cuyo caso se dice que son alucinados.

Suponemos que la muchacha obró de buena fe, porque no tenemos motivo alguno para sospechar de ella. Lamentablemente, hay otros hechos que generan desconfianza. Recordamos a una mujer que simuló haber enloquecido a la salida de una reunión espírita en la que había sido admitida *a pedido suyo, y que era la única reunión de ese tipo a la que había asistido*. De inmediato fue trasladada a un manicomio, y después debió confesar que le habían dado cincuenta francos para llevar a cabo esa farsa. Era la época en que se intentaba imponer la idea de que los manicomios estaban repletos de espíritas. Esa mujer se dejó seducir por un poco de dinero, pero otros

pueden ceder a otras influencias. No decimos que este sea el caso de la muchacha en cuestión; solo queremos señalar que cuando se pretende denigrar algo, todos los medios son buenos. Para los espíritas, se trata de una razón más para estar atentos y observar todo escrupulosamente. Por otra parte, si bien todo lo que se trama a escondidas demuestra que la lucha no terminó, y que hace falta redoblar la vigilancia y la firmeza, también es la prueba de que no todos consideran al espiritismo como una quimera.

Junto a la guerra sorda tiene lugar la guerra a cielo abierto, declarada mayormente por la incredulidad burlona. Es evidente que esta guerra se ha modificado. Los hechos que se multiplican, la adhesión de personas que por su buena fe y su razón están fuera de toda sospecha, la impasibilidad de los espíritas, su calma y su moderación ante las tempestades que se levantaron contra ellos, han dado lugar a la reflexión. A diario la prensa registra hechos espíritas. Si bien entre ellos los hay auténticos, también es evidente que los hay inventados por las necesidades de la causa de la oposición. Ya no niegan los fenómenos, pero intentan ridiculizarlos mediante la exageración. Es una táctica bastante inofensiva, porque actualmente en esas materias no resulta difícil distinguir lo inverosímil. Los periódicos de América no se quedan atrás con lo que inventan al respecto, y los nuestros se apresuran a repetirlo. De ese modo, la mayoría reprodujo la siguiente historia durante el mes de marzo último:

"ESTADOS UNIDOS.- En Cleveland (Ohio) fue ejecutado un hombre, el doctor Hughes, cuyo discurso en los momentos previos a su muerte puso de manifiesto una firmeza y una lucidez extraordinarias. Aprovechó la ocasión para disertar

durante una media hora acerca de la utilidad y la justicia de la pena de muerte:

" 'Esa penalidad de la muerte –dijo– es simplemente ridícula. ¿Cuál es el beneficio de que me quiten la vida? Ninguno. No será precisamente mi ejemplo lo que hará que otros se aparten del crimen. ¿Será que guardo el recuerdo de haber disparado esa arma? No me acuerdo de nada. Puedo admitir que la ley de Ohio me castigue justamente, pero a la vez digo que es demente y vana.

" 'Si suponéis que, por el hecho de atar esa soga alrededor de mi cuello y apretarla hasta que me muera, vais a prevenir el crimen, os digo que vuestra idea es demente y vana, porque, a juzgar por el estado emocional en que se encontraba John W. Hughes al momento de asesinar, no existía ejemplo alguno en la Tierra que hubiera podido impedir que un hombre, sea cual fuere, hiciera lo que él hizo. Me someto a la ley de este estado con la idea de que quitarme la vida es tan cruel como inútil. Espero que mi suplicio no sirva como un ejemplo de la pena de muerte, sino como un argumento que demuestre su inutilidad'.

"A continuación, Hughes hizo un examen de conciencia, y se explayó largamente acerca de la religión y la inmortalidad del alma. Sus doctrinas respecto de estas graves materias no son positivamente ortodoxas, pero al menos demuestran una sangre fría singular. También se refirió al espiritualismo, o mejor dicho, al espiritismo. Dijo: 'Sé por experiencia propia que, entre los que salen de la vida y los que permanecen en ella, existen comunicaciones incesantes. Hoy sufriré la pena legal suprema, pero al mismo tiempo estoy seguro de que después de mi ejecución estaré junto a vosotros como lo estoy ahora.

" 'Mis jueces y mis verdugos me verán siempre delante de ellos; y en cuanto a vosotros, los que habéis venido aquí para presenciar mi muerte, no habrá uno solo que no vuelva a verme en carne y hueso, vestido de negro como lo estoy ahora, portando mi propio luto prematuro, tanto durante vuestro sueño como en los instantes de vuestras ocupaciones cotidianas. Adiós, señores. Espero que ninguno de vosotros haga lo que yo hice; pero si alguno llegara a encontrarse en el estado mental en que yo me encontraba cuando cometí ese crimen, por cierto no será el recuerdo de esta jornada lo que os liberará de él. Adiós'.

"Después de esa arenga, la compuerta se abrió y el doctor Hughes terminó colgado. Con todo, sus palabras habían causado una profunda impresión en el auditorio, por lo que de ahí resultaron singulares efectos. Veamos lo que encontramos hoy acerca de esa cuestión en el *Herald* de Cleveland:

" 'El doctor Hughes, mientras se hallaba en el cadalso con la soga al cuello, dijo que después de la muerte permanecería junto a quienes lo habían escuchado, tanto como lo estuvo mientras vivía, y podríamos decir que se tomó a pecho el cumplimiento de su palabra. Entre las personas que lo visitaron en su celda antes de la ejecución, se encuentra un honesto carnicero alemán. Ese hombre, desde que conversó con el condenado, no puede sacarse al doctor Hughes de la cabeza. Incesantemente ve delante de él, día y noche, a toda hora, prisiones, cadalsos y hombres colgados. Ya no duerme ni come, ya no se ocupa de su familia ni de su trabajo, y ayer a la noche tuvo esta visión, que casi lo mata:

" 'Acababa de entrar en el establo para atender a los animales; entonces vio junto a su caballo al doctor Hughes, de pie, con la misma vestimenta negra que llevaba al momento de dejar nuestro planeta. Parecía gozar de excelente salud.

El pobre carnicero lanzó un grito agudo, un alarido del otro mundo, y cayó desvanecido.

" 'Cuando acudieron en su auxilio, tenía la mirada perdida, el rostro lívido, sus labios temblaban. Tras recuperar la conciencia, con la voz jadeante, preguntó si el doctor Hughes continuaba allí. *Acabo de verlo* –decía–. *Si no está en el establo, no pudo haberse ido lejos*. Con todo el esfuerzo del mundo lograron tranquilizarlo y llevarlo a su casa. Esa visión lo persiguió siempre, y lo último que se sabe es que se encontraba en un estado de agitación que nadie podía calmar.

" 'Pero lo más curioso de todo es que el carnicero no fue el único ante quien el doctor Hughes se apareció después de morir. Al día siguiente de la ejecución, todos los reclusos vieron con sus propios ojos que entraba en la prisión y recorría los pasillos. Su apariencia era completamente natural: vestido de negro, como en el cadalso. Cada tanto se pasaba la mano por el cuello, a la vez que de su boca escapaba un sonido gutural que silbaba con los dientes. Subió las escaleras y entró en su celda, se sentó y comenzó a escribir versos. Eso es lo que contaron los reclusos, y nada en el mundo habría podido persuadirlos de que fueron juguetes de una ilusión'."

Este hecho no deja de tener su lado instructivo por las palabras del condenado. Es correcto en cuanto al asunto principal. No obstante, como él consideró que debía mencionar al *espiritualismo* o *espiritismo* en su discurso final, el cronista aprovechó para enriquecer su artículo con apariciones que sólo existieron en la punta de su pluma, salvo la primera, la del carnicero, que parece ser real.

Tom el ciego no es un cuento de fantasmas, sino un extraordinario fenómeno de inteligencia. Tom es un joven negro de diecisiete años, ciego de nacimiento, supuestamente

dotado de un instinto musical maravilloso. El *Harpers Weekly*, un ilustrado periódico de New York, le dedica un extenso artículo, del que transcribimos los siguientes párrafos:

"Aún no había cumplido los dos años de edad y ya convertía en canto todo lo que llegaba a sus oídos. La precisión y la facilidad con las que aprendía un tema eran tales que le bastaba con escuchar las primeras notas de una canción para ejecutar su parte. Poco después comenzó a acompañar haciendo la segunda voz, aunque nunca antes la hubiera escuchado, pero un instinto natural le decía que debía cantar algo por el estilo.

"A los cuatro años de edad, Tom escuchó por primera vez un piano. Cuando llevaron el instrumento a su casa, el niño se encontraba jugando en el patio, como de costumbre. La primera vibración de las cuerdas lo atrajo hacia la sala, de modo que le permitieron que colocara sus dedos sobre el teclado, apenas para satisfacer su curiosidad y no negarle el placer de que hiciera un poco de ruido. Cierto día, en la madrugada, el niño pudo ingresar a la sala donde se encontraba el piano, que habían dejado abierto. Entonces, las jovencitas de la casa se despertaron con el sonido del instrumento. Para su gran sorpresa, escucharon que Tom tocaba una de sus piezas, y en la mañana lo encontraron aún sentado al piano. Le permitieron que tocara cuanto quisiera, y su progreso fue tan rápido y sorprendente que el piano se convirtió en el eco de todo lo que el niño escuchaba. De ese modo, desarrolló nuevas y prodigiosas facultades, desconocidas hasta entonces en el mundo musical, y cuyo monopolio Dios parecía haber reservado para Tom. Aún no tenía cinco años de edad cuando, al cabo de una tormenta, escribió una canción que tituló: *Lo que me dicen el viento, el trueno y la lluvia*.

”En Filadelfia, setenta profesores de música firmaron espontáneamente una declaración que concluye así: ‘De hecho, ante todo tipo de examen musical, ejecución, composición e improvisación, el joven demuestra un poder y una capacidad que lo ubican entre los más asombrosos fenómenos de que se tenga memoria en la historia de la música. Los abajo firmantes consideran que es imposible explicar esos prodigiosos resultados mediante alguna de las hipótesis que las leyes del arte o de la ciencia pueden proporcionar’.

”Actualmente, Tom ejecuta la música más difícil de los grandes autores con una delicadeza, una fuerza y una expresión que raramente se han escuchado. En la primavera se presentará en Europa”.

Véase la explicación que al respecto se impartió a través del señor Morin, médium, en una reunión espírita que tuvo lugar en París, en casa de la princesa O…, el 13 de marzo de 1866, y a la cual asistimos. Puede servir de guía para casos análogos.

“No os apresuréis demasiado a creer en el arribo del famoso músico negro y ciego. Sus aptitudes musicales son demasiado exaltadas por los grandes vendedores de noticias, que no escatiman hechos imaginarios destinados a satisfacer la curiosidad de los suscriptores. Debéis desconfiar mucho de las reproducciones, y sobre todo de los préstamos, reales o imaginarios, que vuestros periodistas toman de sus colegas de ultramar. Se sueltan muchos globos sonda con el fin de que los espíritas caigan en la trampa, y con la esperanza de arrastrar al espiritismo y sus adeptos hacia el dominio del ridículo. Así pues, estad atentos, y nunca comentéis un hecho sin haberos cerciorado de él previamente, y sin consultar la opinión de vuestros guías.

”No podéis imaginaros cuántos trucos emplean los grandes detractores de las ideas nuevas para sorprender en un error, en una falta, en un absurdo evidente, a los Espíritus y sus demasiado confiados prosélitos. En todas partes se tienden *trampas a los espíritas*, cada día más perfeccionadas. Grandes y pequeños se mantienen al acecho, y el día que pudieran descubrir al jefe en falta, puesto en ridículo, sería el más bello de sus vidas. Confían tanto en sí mismos, que celebran por anticipado. Pero hay un viejo proverbio que dice: ‘No hay que vender la piel del oso antes de haberlo cazado’. Ahora bien, el espiritismo, su bestia negra, sigue de pie, y podría hacer que gasten sus zapatos antes de dejarse atrapar. Con la cabeza gacha vendrán un día a quemar incienso ante el altar de la verdad, que pronto será reconocida por todo el mundo.

”Al aconsejaros que mantengáis la reserva, no pretendo que los hechos atribuidos a ese joven ciego sean imposibles, pero no hay que creer en él antes de haberlo visto y, sobre todo, antes de haberlo escuchado.”

Ebelmann

Semejante prodigio, incluso si se lo atribuyera en gran medida a la exageración, sería el más elocuente alegato a favor de la rehabilitación de la raza negra en un país donde los prejuicios de color se encuentran tan arraigados. Si no pudiera ser explicado mediante las leyes conocidas de la ciencia, lo sería de la manera más clara y racional mediante la ley de la reencarnación, no de un negro en un negro, sino de un blanco en un negro, porque una facultad instintiva tan precoz no podría ser otra cosa más que el recuerdo intuitivo del conocimiento adquirido en una existencia anterior.

Pero en ese caso –se nos preguntará–, ¿no sería una decadencia del Espíritu pasar de la raza blanca a la raza negra? Decadencia de la posición social, sin duda, pues eso también se observa a diario cuando, habiendo sido rico, se renace pobre, o cuando el amo renace como servidor, pero no degradación del Espíritu, dado que este ha conservado sus aptitudes y sus logros. Esa posición sería para él una prueba o una expiación, o tal vez incluso una misión, con el fin de demostrar que esa raza no ha sido condenada por la naturaleza a una inferioridad absoluta. Razonamos aquí sobre la hipótesis de que el hecho es real, y para analizar casos análogos que podrían presentarse.

Los dos hechos siguientes son muy similares y no requieren otro comentario más que el que acabamos de exponer. El primero, referido por *Le Soleil* del 19 de julio, se supone de origen americano; el segundo, tomado de *L'Evénement* del mes de abril, es parisiense. No cabe duda de que los espíritas serán quienes se muestren como los incrédulos más empedernidos. En cuanto a los demás, la curiosidad podría inducir a más de uno a buscar la causa de eso que –según se dice– produce tantas maravillas.

"Parece que los Espíritus golpeadores y otros decidieron habitar en Taunton, y que eligieron como escenario de sus proezas la casa de un desdichado doctor de esa ciudad. Durante la noche, el patio, los pasillos, los cuartos, la cocina, y hasta el granero de ese médico, sufren el encantamiento de las sombras de todas las personas a las que él envió a un mundo mejor. Son gritos, lamentos, imprecaciones, sangrientas ironías, según el espíritu de las sombras, que a veces no tiene ni la sombra del espíritu.

"—Tu última poción me mató –dice una voz cavernosa.

”—¡Alópata –grita una voz más joven–, tú no vales siquiera como homeópata!

”—Yo soy tu víctima número doscientos noventa y nueve: la última de todas –salmodia otra aparición–. Al menos trata de hacer una cruz cuando llegues a la número trescientos.

”Y así sucesivamente. La vida del desgraciado doctor ya no es sustentable.”

La otra anécdota también es ingeniosa:

“Ocurrió el domingo a la noche, durante esa horrible tormenta cuyos estragos fueron enumerados por los periódicos de ayer. En medio de la lluvia y los relámpagos, un carruaje descendía por la avenida de Neuilly. Cuatro hombres viajaban en él. Habían cenado juntos en una casa muy hospitalaria, cerca del parque de Neuilly. Animados por esa agradable velada, sin preocuparse por la tormenta, los cuatro viajeros mantenían una conversación un tanto liviana.

”Hablaban de mujeres, refiriéndose a ellas de mala manera, y llegaron incluso a calumniarlas un poco. Surgió el nombre de una joven, y uno de ellos manifestó sus dudas respecto de la nacionalidad de la víctima, insinuando que seguramente no había nacido en Nanterre.

”De repente, un trueno estremeció las ventanillas, un relámpago iluminó todo el carruaje. La intensa lluvia azotaba los vidrios y estaba a punto de quebrarlos. En ese momento, los cuatro viajeros *vieron* junto a ellos, dentro del coche e iluminado por el resplandor, a un quinto viajero, o mejor dicho, a una viajera: una mujer vestida de blanco, un espectro, un ángel. La aparición se desvaneció junto con el rayo; y después, como si el fantasma hubiera querido protestar por la calumnia arrojada contra la joven ausente, una lluvia de azahares

cayó sobre los cuatro compañeros de ruta, cubriéndolos con una nieve perfumada.

”Por cierto, uno de los cuatro viajeros era médium.

”Nadie os obliga a creer en esta historia inverosímil; y en lo que a mí respecta, no creo ni una palabra. Uno de los cuatro viajeros me la contó, y me pareció original. Eso es todo”.

Cabellos encanecidos por la impresión de un sueño

Leemos en *Le Petit Journal* del 14 de mayo de 1866:

“El señor Émile Gaboriau, al comentar el hecho atribuido a ese marido que habría asesinado a su mujer en sueños, refiere en *Le Pays* el dramático episodio que vais a leer:

” ‘Pero aquí viene lo más fuerte, y debo decir que creo en este hecho por cuya autenticidad el protagonista juró personalmente ante mí.

” ’Este héroe, mi compañero de colegio, es un ingeniero de unos treinta años de edad, hombre talentoso, de un carácter metódico y temperamento frío.

” ’En un recorrido por Bretaña, hace dos años, debió pasar la noche en un albergue aislado, a unos cientos de metros de una mina que planeaba visitar al día siguiente.

” ’Estaba cansado. Se acostó temprano y no tardó en dormirse.

” ’Tuvo un sueño, en el que acababan de ponerlo al frente de la explotación de esa mina cercana.

" 'En el momento en que supervisaba a los obreros, llegó el propietario.

" 'Ese hombre, bruto y mal educado, lo reprendió por haberse quedado de brazos cruzados mientras él se hallaba en el interior de la mina ocupado en trazar el plano.

" '—¡De acuerdo! Descenderé –respondió el joven ingeniero.

" 'Una vez en el interior, recorrió las galerías e hizo un croquis.

" 'Cuando finalizó la tarea, se subió a la cabina que debía trasladarlo a la superficie, tirado por un enorme cable.

" 'La mina era extraordinariamente profunda, de modo que el ingeniero calculó que el ascenso demoraría un cuarto de hora y se acomodó en la cabina lo mejor que pudo.

" 'Transcurridos dos o tres minutos de ascenso, levantó los ojos por casualidad y creyó ver que el cable del que pendía su vida tenía un corte a unos pies sobre su cabeza, pero demasiado alto para que pudiera alcanzarlo.

"De inmediato sintió tanto miedo que estuvo a punto de desmayarse. Intentó sobreponerse, tranquilizarse. ¿No se habría engañado? ¿No habría visto mal? Necesitaba apelar enérgicamente a todo su valor para animarse a mirar de nuevo.

" 'No; no estaba equivocado. El cable había sido dañado por la arista de alguna roca, y se deshacía lentamente, aunque de manera visible. En ese punto apenas le quedaba una pulgada de diámetro.

" 'El desdichado se sintió perdido. Un frío mortal lo heló hasta la médula. Quiso gritar, pero no pudo. Por otra parte, ¿de qué le serviría? En ese momento se encontraba a mitad de camino.

" 'En el fondo, a una profundidad vertiginosa, percibía las lámparas de los obreros, tenues como insectos brillando en la hierba.

" 'En lo alto, la boca del pozo se veía tan estrecha que parecía tener el diámetro de un cuello de botella.

" 'Seguía subiendo, y uno tras otro los hilos de cáñamo se rompían.

" 'No había modo de evitar esa horrible caída, porque él sabía, él presentía, que el cable iba a cortarse mucho antes de que la cabina llegara a la superficie.

" 'Su angustia mortal era tan intensa, que tuvo la idea de abreviar ese suplicio precipitándose al abismo.

" 'Dudaba, hasta que la cabina llegó a destino. Se había salvado. Saltó a tierra dando un grito formidable.

" 'Ese grito lo despertó. La horrible aventura no había sido más que un sueño. Pero el ingeniero se hallaba en muy mal estado, bañado en sudor, sin poder respirar, incapaz de moverse.

" 'Finalmente, pudo pedir ayuda. Las personas del albergue casi se negaron a reconocerlo. Sus cabellos negros se habían vuelto grises.

" 'A los pies de su cama encontraron, diseñado por el ingeniero, el plano de aquella mina que él no conocía. Ese plano era asombrosamente exacto".

La única garantía de autenticidad con que contamos acerca de este hecho es el relato que transcribimos aquí. Sin emitir un juicio al respecto, diremos que todo lo ocurrido se halla dentro de lo posible. El plano de la mina, que el ingeniero trazó durante el sueño, no es más sorprendente que los trabajos realizados por algunos sonámbulos.

Para trazar ese plano con tanta exactitud, debió haber visto la mina. Y dado que no pudo hacerlo con los ojos del cuerpo, tuvo que verla con los ojos del alma. Mientras dormía, su Espíritu realizó una exploración de la mina, y la demostración material de eso es el propio plano. En cuanto al peligro, es evidente que no tuvo nada de real; fue solo una pesadilla. Lo más singular es que, bajo la impresión de un peligro imaginario, sus cabellos se encanecieran.

Ese fenómeno se explica mediante los lazos fluídicos que transmiten al cuerpo las impresiones del alma, aunque esta se encuentre alejada de aquel. El alma no se daba cuenta de esa separación; su cuerpo periespiritual le producía el mismo efecto que su cuerpo material, como suele ocurrir después de la muerte en el caso de algunos Espíritus que creen que siguen vivos y suponen que se dedican a sus actividades habituales. El Espíritu del ingeniero, a pesar de que estaba vivo, se encontraba en una situación análoga. En su mente todo era tan real como si hubiera estado allí con su cuerpo de carne y hueso. A eso se debe el sentimiento de pavor que experimentó al verse a punto de caer precipitado hacia el abismo.

¿De dónde provino esa imagen fantástica? Él mismo creó, con el pensamiento, un cuadro fluídico, una escena en la que era el actor, exactamente como lo hicieron la señora Cantianille y la hermana Elmérich, a quienes nos referimos en el número precedente, página 240. La diferencia radica en la naturaleza de las preocupaciones habituales. Como es lógico, el ingeniero pensaba en las minas, mientras que la señora Cantianille, que vivía en un convento, pensaba en el Infierno. No cabe duda de que ella creía que se hallaba en estado de pecado mortal a causa de alguna infracción a la regla, cometida por instigación de los demonios, de modo que exageró

sus consecuencias, y ya se veía en poder de estos. Las palabras: "mi único pensamiento fue ser merecedora de su confianza", demuestra que su conciencia no estaba tranquila. Por otra parte, la imagen que ella se forma del Infierno contiene algo seductor para algunas personas, dado que los que consienten en blasfemar contra Dios y en adorar al diablo, y tienen el valor de desafiar el miedo a las llamas, son recompensados con goces absolutamente mundanos. En esa imagen se nota un reflejo de las pruebas masónicas, que sin duda le habían presentado como la antesala del Infierno. En cuanto a la hermana Elmérich, sus preocupaciones son más leves: se complace en la beatitud y en la veneración de las cosas santas, de modo que sus visiones constituyen la reproducción de esas cosas.

Así pues, en la visión del ingeniero hay dos partes distintas: una real y positiva, comprobada mediante la exactitud del plano de la mina. Y la otra, puramente fantástica, consiste en el peligro que él corrió. Esta última tal vez sea el efecto del recuerdo de un accidente real de esa naturaleza, del que habría sido víctima en una existencia precedente. Pudo ser provocada como advertencia para que tomara las precauciones necesarias. Dado que estaba encargado de dirigir la mina, después de un alerta semejante no habría descuidado las medidas de seguridad.

Veamos ahora un ejemplo de la impresión que es posible conservar de las sensaciones experimentadas en otra existencia. No recordamos si ya lo hemos citado en otra parte, pero como no tenemos tiempo suficiente para buscarlo, lo reiteramos porque viene en apoyo de lo que acabamos de decir.

Una señora que conocemos había sido educada en un internado de Rouen. Cuando las estudiantes salían para concurrir a la iglesia o dar un paseo, al momento de pasar por un punto determinado de la calle, ella experimentaba un sobre-

cogimiento y un temor extraordinarios: le parecía que iba a ser precipitada en un abismo. La sensación se reiteraba cada vez que pasaba por ese lugar, y duró todo el tiempo en que ella permaneció en el internado. Más de veinte años después de haber dejado Rouen, hace unos años decidió volver a esa ciudad, y sintió curiosidad de visitar el internado donde había vivido. Entonces, al pasar por aquel punto, experimentó la misma sensación. Tiempo más tarde, esta señora se tornó espírita y, tras recordar el hecho, solicitó una explicación. Se le respondió que, antaño, en ese lugar había unas murallas con profundas fosas llenas de agua. Ella formaba parte de una compañía de mujeres que participaba en la defensa de la ciudad durante un ataque de los ingleses, y todas habían muerto al ser precipitadas en las fosas. Ese hecho quedó registrado en la historia de Rouen.

Así pues, transcurridos varios siglos, la terrible impresión de aquella catástrofe aún no se había borrado del Espíritu de esta señora. Si bien ya no contaba con el mismo cuerpo carnal, mantenía el mismo cuerpo fluídico o periespiritual, que había recibido la primera impresión y que reaccionaba sobre su cuerpo actual. Asimismo, un sueño habría podido presentarle la imagen de lo ocurrido, provocando una emoción semejante a la del ingeniero.

¡Cuántas cosas son explicadas con el gran principio de la perpetuidad del Espíritu y del lazo que une el Espíritu a la materia! Es probable que los periódicos, a pesar de que niegan el espiritismo, nunca como ahora hayan relatado tantos hechos que se presentan en apoyo de las verdades que él proclama.

VARIEDADES

Mediumnidad vidente en los niños

Uno de nuestros corresponsales nos escribe desde Caen:

"Hace poco estuve en el hotel Saint-Pierre, de Caen. Tomaba cerveza mientras leía el periódico. La niña de la casa –supongo–, de unos cuatro años de edad, estaba sentada en la escalera, comiendo cerezas. No se daba cuenta de que yo la miraba, y parecía sumida en una conversación con seres invisibles, a quienes les ofrecía cerezas. Todo lo indicaba: su fisonomía, sus gestos, las inflexiones de su voz... Cada tanto, se volvía bruscamente y decía: 'A ti no te daré, porque no eres buena'. O bien le decía a otra: 'Aquí tienes una'. A una tercera, le preguntaba: '¿Qué es lo que me arrojas?'. Se hubiera dicho que estaba rodeada de otras niñas. Por momentos, se ponía de pie y extendía las manos ofreciendo algo. Sus ojos se movían como si mirara objetos invisibles para mí, y que le causaban pena o hacían que se riera a carcajadas. Dicha escena duró más de media hora, y la conversación se interrumpió cuando la niña se dio cuenta de que yo la observaba. Sé que los niños suelen entretenerse con *charlas privadas* de este tipo, pero este caso era por completo diferente. El rostro y los gestos de la niña reflejaban impresiones reales, que no eran las de un juego. Supuse que sin duda se trataba de una médium vidente en ciernes, y pensé que si todas las madres conocieran las leyes del espiritismo, extraerían de ahí numerosos casos de observación, así como la explicación de muchos hechos que pasan desapercibidos y cuyo conocimiento les resultaría de utilidad para educar a sus hijos".

Lamentamos que a nuestro corresponsal no se le haya ocurrido preguntarle a esa niña respecto de las personas con

las que conversaba. De ese modo, habría podido verificar si aquella charla tuvo lugar realmente con seres espirituales y, en ese caso, también habría podido obtener una instrucción tanto más importante por el hecho de que nuestro corresponsal es un espírita muy esclarecido, y habría podido extraer un gran provecho de las preguntas. De todos modos, muchos otros fenómenos demuestran que la mediumnidad vidente es muy común en los niños, en caso de que no sea general, lo cual resulta providencial. Cuando un Espíritu debe salir de la vida espiritual, sus guías lo conducen al puerto de embarque con destino al mundo terrestre –al igual que acuden a buscarlo cuando regresa–, de modo que los primeros años el niño puede verlos, hasta que desaparecen poco a poco, a medida que el niño crece y puede obrar en virtud de su libre albedrío. Entonces, los guías lo dejan librado a sus propias fuerzas, pues él ya no puede verlos, aunque ellos nunca lo pierdan de vista. La niña en cuestión, en vez de ser un médium vidente en ciernes –como supone nuestro corresponsal–, podría ser un médium en decadencia, y ya no contar con esa facultad por el resto de su vida. (Véase la *Revista* de febrero de 1865, página 42: "Espíritus instructores de la niñez".)

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 10 Octubre de 1866

Los tiempos han llegado

Nos advierten desde todas partes que han llegado los tiempos señalados por Dios, en que habrán de producirse importantes acontecimientos para la regeneración de la humanidad. ¿En qué sentido se deben entender esas palabras proféticas? Para los incrédulos, no tienen la menor importancia; según su punto de vista, no son más que la enunciación de una creencia pueril, carente de fundamento. Para la mayoría de los creyentes, indican algo místico y sobrenatural, y las consideran precursoras de la derogación de las leyes de la naturaleza. Ambas interpretaciones son igualmente erróneas: la primera, porque implica la negación de la Providencia, y porque los hechos consumados demuestran la verdad de aquellas palabras; la segunda, porque tales palabras no anuncian un trastorno de las leyes de la naturaleza, sino su cumplimiento. Busquemos, pues, su sentido más racional.

Todo es armonía en la Creación; todo revela una previsión que no se desdice ni en las pequeñas ni en las grandes cosas.

Debemos, pues, apartar de inmediato toda idea de arbitrariedad, porque es inconciliable con la sabiduría divina. En segundo lugar, si nuestra época está señalada para la realización de ciertas cosas, es porque estas tienen una razón de ser en la marcha general del conjunto.

Sobre esta base, diremos que nuestro planeta, como todo lo que existe, está sujeto a la ley del progreso. Progresa físicamente por la transformación de los elementos que lo componen, y moralmente por la purificación de los Espíritus encarnados y desencarnados que lo pueblan. Esos dos progresos se realizan en forma paralela, puesto que el perfeccionamiento de la vivienda está relacionado con el de quien habita en ella. Físicamente, el planeta ha sufrido transformaciones sucesivas, comprobadas por la ciencia, que lo hicieron habitable por seres cada vez más perfeccionados. Moralmente, la humanidad progresa por el desarrollo de la inteligencia, del sentido moral y de la moderación de las costumbres. Al mismo tiempo que el mejoramiento del planeta se produce por la actividad de las fuerzas materiales, los hombres contribuyen a ese fin mediante los esfuerzos de su inteligencia. Sanean las regiones insalubres, facilitan las comunicaciones y hacen más productiva la tierra.

Ese doble progreso se realiza de dos maneras: una de ellas, lenta, gradual e imperceptible; la otra, mediante cambios bruscos, a cada uno de los cuales corresponde un movimiento ascensional más rápido, que señala con caracteres bien definidos los períodos progresivos de la humanidad. Esos movimientos, subordinados *en cuanto a los detalles* al libre albedrío de los hombres, son en cierto modo fatales en conjunto, porque están sometidos a leyes, como las que actúan en la germinación, el crecimiento y la madurez de las plantas, puesto

que el objetivo de la humanidad es el progreso, a pesar de la marcha retrasada de algunas individualidades. Por eso el movimiento progresivo se cumple en ocasiones de modo parcial, es decir, limitado a una raza o a una nación, y otras veces es general. El progreso de la humanidad se lleva a cabo, pues, en virtud de una ley. Ahora bien, como las leyes de la naturaleza son obra eterna de la sabiduría y la presciencia divinas, los efectos de esas leyes resultan de la voluntad de Dios; no de una voluntad ocasional y caprichosa, sino de una voluntad inmutable. Por lo tanto, cuando la humanidad está madura para ascender un grado, se puede decir que los tiempos señalados por Dios han llegado, como se puede decir también que una determinada estación es el tiempo para la madurez y la cosecha de los frutos.

Por el hecho de que el movimiento progresivo de la humanidad sea inevitable, dado que está en la naturaleza, no se concluye que Dios permanezca indiferente a él y que, después de haber establecido leyes, se haya retirado a la inactividad, dejando que las cosas sigan su curso por sí solas. No cabe duda de que sus leyes son eternas e inmutables, pero eso se debe a que su propia voluntad es eterna y constante, y a que su pensamiento anima todas las cosas sin intermitencias. Ese pensamiento, que todo lo penetra, es la fuerza inteligente y permanente que mantiene la armonía en todo. Si dejase de actuar un solo instante, el universo sería como un reloj al que le falta el péndulo regulador. Dios vela, pues, sin cesar por la ejecución de sus leyes, y los Espíritus que pueblan el espacio son sus ministros, encargados de cuidar los detalles según atribuciones que se corresponden con el grado de adelanto que hayan alcanzado.

El universo es, al mismo tiempo, un mecanismo inconmensurable, accionado por un número incontable de inteligencias; un inmenso gobierno en el que cada ser inteligente participa de modo activo bajo la mirada del soberano Señor, cuya voluntad *única* mantiene la *unidad* en todas partes. Bajo el dominio de esa gran potencia reguladora, todo marcha, todo funciona en perfecto orden. Lo que consideramos perturbaciones son movimientos parciales y aislados, que nos parecen irregulares solo porque nuestra visión es limitada. Si pudiésemos abarcarlos en conjunto, veríamos que esas irregularidades son aparentes, y que están en armonía con el todo.

La previsión de los movimientos progresivos de la humanidad no tiene nada de sorprendente en seres desmaterializados, que ven el objetivo hacia el cual tienden todas las cosas, y algunos de los cuales conocen directamente el pensamiento de Dios. Por los movimientos parciales, esos seres juzgan en qué época se producirá un movimiento general, del mismo modo que el hombre puede calcular con anticipación el tiempo que le tomará a un árbol dar frutos, y como los astrónomos calculan la época de un fenómeno astronómico mediante el tiempo que emplea un astro para efectuar su revolución.

Pero los que anuncian esos fenómenos, los autores de almanaques que predicen los eclipses y las mareas, por cierto no están en condiciones de hacer ellos mismos los cálculos necesarios: apenas son ecos. Lo mismo ocurre con los Espíritus subalternos, cuya vista es limitada, y que no hacen más que repetir aquello que los Espíritus superiores *quisieron* revelarles.

Hasta el presente, la humanidad ha realizado incuestionables progresos. Los hombres, con su inteligencia, llegaron a resultados que jamás habían alcanzado, desde el punto de vista de las ciencias, las artes y el bienestar material. Aún les

queda por realizar un inmenso progreso: hacer que reinen entre ellos la caridad, la fraternidad y la solidaridad, que habrán de garantizarles el bienestar moral. No habrían de conseguirlo con sus creencias ni con sus instituciones anticuadas, vestigios de otra etapa y buenas para una cierta época, suficientes para un momento de transición, pero que, habiendo dado todo lo que tenían, hoy representarían una traba. Lo mismo ocurre con los juguetes: estimulan en la niñez, pero ya no sirven cuando se llega a la edad madura. Los hombres no sólo necesitan el desarrollo de la inteligencia, sino la elevación de los sentimientos, y para lograrlo es imprescindible que aniquilen todo lo que en ellos sobreexcite el egoísmo y el orgullo.

Ese es el período en el que van a entrar a partir de ahora, y que señalará una de las principales fases de la humanidad. Esa fase, que en este momento se encuentra en elaboración, constituye el complemento indispensable del estado precedente, del mismo modo que la edad viril es el complemento de la juventud. Podía, pues, ser prevista y predicha con anticipación, y a eso se debe que se diga que los tiempos señalados por Dios han llegado.

En esta oportunidad no se trata de un cambio parcial, de una renovación circunscripta a una determinada región, a un pueblo o a una raza. Es un movimiento universal que se opera en el sentido del *progreso moral*. Tiende a establecerse un nuevo orden de cosas, y hasta los hombres que más se oponen contribuyen a él sin saberlo. La generación futura, desembarazada de las escorias del viejo mundo y formada por elementos más depurados, estará animada por ideas y sentimientos muy diferentes de los de la generación actual, que se retira a pasos agigantados. El viejo mundo habrá muerto, y sólo perdurará en la historia, del mismo modo que lo hace hoy el

período de la Edad Media, con sus costumbres bárbaras y sus creencias supersticiosas.

Por otra parte, todos saben cuánto deja que desear el presente orden de cosas. Después de que, en cierto modo, se haya agotado el bienestar material que la inteligencia es capaz de producir, se llegará a comprender que el complemento de ese bienestar sólo puede hallarse en el desarrollo moral. Cuanto más se avanza, más se percibe lo que falta, sin que, no obstante, se pueda aún definirlo claramente: se trata de la consecuencia del trabajo interno con que se opera la regeneración. Surgen deseos, aspiraciones, que son como el presentimiento de un estado mejor.

Con todo, un cambio tan radical como el que se realiza en la actualidad no puede llevarse a cabo sin conmociones. Existe una lucha inevitable de ideas, y quien dice lucha, dice alternancia de éxitos y fracasos. No obstante, como las ideas nuevas son las del progreso, y como el progreso forma parte de las leyes de la naturaleza, esas ideas no pueden dejar de vencer a las ideas retrógradas. De ese conflicto forzosamente se originarán perturbaciones temporarias, hasta que el terreno haya sido allanado de los obstáculos que se oponen a la construcción de un nuevo edificio social. Así pues, de la lucha de ideas surgirán los trascendentes acontecimientos anunciados, y no de cataclismos o catástrofes puramente materiales. Los cataclismos generalizados fueron consecuencia del proceso de formación de la Tierra. Hoy no se agitan las entrañas del planeta, sino las de la humanidad.

La humanidad es un ser colectivo en el que se llevan a cabo revoluciones morales similares a las de todo ser individual, con la diferencia de que en este se cumplen de año en año, y en aquel de siglo en siglo. Si se acompañara a la humanidad

en sus evoluciones a través de los tiempos, se vería la vida de las diferentes razas marcada por períodos que confieren a cada época una fisonomía particular.

Junto con los movimientos parciales, existe un movimiento general que da impulso a toda la humanidad. No obstante, el progreso de cada parte del conjunto es relativo a su grado de adelanto. Tal sería el caso de una familia compuesta de varios hijos, el más joven de los cuales está en la cuna, y el mayor cuenta diez años de edad, por ejemplo. Diez años después, el mayor tendrá veinte y será un hombre, en tanto que el menor tendrá diez y, aunque más adelantado, seguirá siendo un niño. Con todo, también él llegará a ser un hombre. Lo mismo ocurre con las diferentes fracciones de la humanidad: las más atrasadas avanzan, pero no pueden llegar de un salto al nivel de las más adelantadas.

La humanidad, llegada a la adultez, tiene nuevas necesidades, aspiraciones más amplias y más elevadas; comprende el vacío de las ideas con que la acunaron, las deficiencias de sus instituciones para brindarle felicidad; ya no encuentra, en ese estado de cosas, las satisfacciones legítimas a que se siente destinada. Por eso se quita los pañales y se lanza empujada por una fuerza irresistible hacia terrenos desconocidos, en busca de nuevos horizontes menos limitados. ¡Y en ese preciso momento, en que se encuentra excesivamente oprimida por la esfera material, en que se vuelca a la vida intelectual y despliega el sentimiento de espiritualidad, aparecen hombres que se dicen filósofos con la pretensión de llenar aquel vacío con las doctrinas del nadaísmo y el materialismo! ¡Singular aberración! Esos mismos hombres, que pretenden impulsar a la humanidad hacia adelante, se esfuerzan por ceñirla al estrecho círculo de la materia, del cual ansía escaparse. Le ocultan la

perspectiva de la vida infinita y le dicen, señalándole la tumba: *¡Nec plus ultra!*[31]

Como hemos dicho, la marcha progresiva de la humanidad se opera de dos maneras: una gradual, lenta, imperceptible –si se consideran las épocas consecutivas–, que se nota en las sucesivas mejoras en las costumbres, en las leyes, en los hábitos, mejoras que solo se perciben con el transcurso del tiempo, como las transformaciones que las corrientes de agua ocasionan en la superficie del planeta; la otra, por movimientos relativamente bruscos, rápidos, semejantes a los de un torrente que, al romper los diques que lo contenían, traspone en pocos años el terreno que le hubiese tomado siglos recorrer. Se trata, en ese caso, de un cataclismo moral que devora en algunos instantes las instituciones del pasado, y al que sucede un nuevo orden de cosas que se establece poco a poco, a medida que la calma se restablece y se torna definitiva.

Si alguien viviera bastante para abarcar con la mirada ambas vertientes de la nueva fase, le parecería que un mundo nuevo surgió de las ruinas del antiguo. El carácter, las costumbres, los hábitos, todo habrá cambiado. Eso se debe a que, en efecto, surgieron hombres nuevos o, mejor dicho, regenerados. Las ideas que la generación extinguida se llevó consigo cedieron lugar a las ideas nuevas de la generación naciente.

La humanidad ha llegado a uno de esos períodos de transformación o, si se prefiere, de *crecimiento moral*. De la adolescencia pasa a la edad viril. El pasado ya no satisface sus nuevas aspiraciones, sus nuevas necesidades. Ya no puede ser gobernada con los mismos medios; ya no se deja engañar por

31. Expresión latina que significa "no más allá"; se emplea para designar un límite que no puede ser superado. (N. del T.)

las quimeras ni por los sortilegios. Su razón ha madurado y reclama alimentos más sustanciales. Ante un presente demasiado efímero, siente que su destino es más vasto y que la vida corporal es demasiado restringida para abarcarlo por completo. Por eso, sumerge la mirada tanto en el pasado como en el porvenir, a fin de descubrir el misterio de su existencia y adquirir una certeza que le depare una consoladora seguridad.

Quien haya reflexionado acerca del espiritismo y sus consecuencias, sin circunscribirlo a la producción de algunos fenómenos, habrá comprendido que esa doctrina abre para la humanidad un nuevo camino, pues le devela los horizontes de lo infinito. Al iniciarla en los misterios del mundo invisible, el espiritismo le muestra su verdadero rol en la creación, rol *perpetuamente activo*, tanto en el estado espiritual como en el estado corporal. El hombre ya no camina a ciegas: sabe de dónde viene, hacia dónde va, y por qué está en la Tierra. El porvenir se le muestra en su realidad, exento de los prejuicios de la ignorancia y la superstición; ya no se trata de una vaga esperanza, sino de una verdad palpable, tan cierta para él como la sucesión del día y la noche. Sabe que su ser no se encuentra limitado a los escasos instantes de una existencia cuya duración se halla sometida al capricho del azar; sabe que la vida espiritual no se interrumpe con la muerte; que ya ha vivido, que volverá a vivir, y que nada se pierde de lo que ha conquistado en perfección mediante el trabajo. El hombre encuentra en sus existencias anteriores la causa de lo que es hoy, y reconoce que, a partir de lo que haga hoy, habrá de deducir lo que llegará a ser un día.

Con la idea de que la actividad y la cooperación individuales, en la obra general de la civilización, están limitadas a la vida presente, y de que *antes no fue nada y que nada será*

después, ¿qué le interesa al hombre el progreso posterior de la humanidad? ¿Qué le importa que en el futuro los pueblos sean mejor gobernados, más felices, más instruidos, más buenos los unos para con los otros? Visto que de todo eso no extraerá ningún provecho, ¿no queda invalidado el progreso para él? ¿De qué le vale trabajar para los que vendrán después de él, si nunca los conocerá, si son seres nuevos que gradualmente también habrán de regresar a la nada? Bajo el dominio de la negación del porvenir individual, todo se ve reducido forzosamente a las mezquinas proporciones del ahora y de la personalidad.

Por el contrario, ¡qué amplitud le otorga al pensamiento del hombre la *certeza* de la perpetuidad de su ser espiritual! ¡Cuánta fuerza y cuánto valor extrae de esa certeza, para hacer frente a las vicisitudes de la vida material! ¡Qué puede ser más racional, más grandioso y más digno del Creador, que esa ley según la cual la vida espiritual y la vida corporal son apenas dos aspectos de la existencia, que se alternan a fin de que se lleve a cabo el progreso! ¡Qué puede ser más justo y consolador que la idea de que los mismos seres progresan sin cesar; primero, a través de las generaciones de un mismo mundo; y después, de un mundo a otro hasta la perfección, sin solución de continuidad! En ese caso, todas las acciones tienen una finalidad, puesto que, al trabajar para todos, cada uno trabaja para sí mismo, y a la recíproca. De ese modo, nunca son estériles el progreso individual ni el general. Se trata de un progreso del que sacarán provecho las generaciones y las individualidades futuras, que no serán otras que las generaciones y las individualidades pasadas, pero con un grado más elevado de adelanto.

La vida espiritual es la vida normal y eterna del Espíritu, y la encarnación no es más que una forma temporal de su

existencia. Así pues, salvo la vestimenta exterior, hay identidad entre los Espíritus encarnados y los desencarnados. Son las mismas individualidades con dos aspectos diferentes: unas veces pertenecen al mundo visible, y otras al invisible. Se reúnen tanto en uno como en otro mundo, y en ambos cooperan para alcanzar el mismo objetivo, con medios adecuados a la situación en que se encuentran.

De esta ley deriva la de la perpetuidad de las relaciones entre los seres. La muerte no los separa, ni pone término a sus vínculos afectivos, como tampoco a sus deberes recíprocos. De ahí la *solidaridad* de todos para cada uno, y de cada uno para todos; y también la *fraternidad*. Los hombres solo vivirán felices en la Tierra cuando esos dos sentimientos hayan entrado en sus corazones y en sus costumbres, porque entonces ajustarán a ellos sus leyes y sus instituciones. Ese será uno de los principales resultados de la transformación que ya se produce.

Pero ¿cómo conciliar los deberes de la solidaridad y de la fraternidad con la creencia de que la muerte hace que los hombres sean para siempre extraños entre ellos? Con la ley de la perpetuidad de las relaciones que unen a todos los seres, el espiritismo funda ese doble principio en las leyes mismas de la naturaleza, y hace de él no solamente un deber, sino también una necesidad. Con la ley de la pluralidad de las existencias, el hombre se relaciona con lo que se ha hecho y con lo que se hará, con los hombres del pasado y con los del porvenir; ya no puede decir que no tiene nada en común con los que mueren, puesto que unos y otros se reúnen sin cesar, en este mundo y en el otro, para ascender juntos la escala del progreso y prestarse mutuo apoyo. La fraternidad ya no está circunscripta a algunos individuos a quienes la casualidad agrupó durante una vida efímera, sino que es perpetua como la vida del Es-

píritu, universal como la humanidad, la cual constituye una gran familia cuyos miembros son solidarios unos con otros, *sea cual fuere la época en que hayan vivido*.

Tales son las ideas que resultan del espiritismo, y que este habrá de inculcar en todos los hombres, cuando sea universalmente difundido, comprendido, enseñado y practicado. Con el espiritismo, la fraternidad –sinónimo de la caridad predicada por el Cristo– ya no es una palabra vana, pues tiene su razón de ser. Del sentimiento de la fraternidad nace el de la reciprocidad de los deberes sociales entre los hombres, así como entre los pueblos y entre las razas. De esos dos sentimientos bien comprendidos surgirán forzosamente las instituciones más provechosas para el bienestar de todos.

La fraternidad debe ser la piedra angular del nuevo orden social. Sin embargo, no existe verdadera fraternidad, sólida y efectiva, si no se apoya en una base inquebrantable. Esa base es la *fe*, pero no la fe en tales o cuales dogmas particulares, que cambian con los tiempos y según los pueblos, y cuyos partidarios se agreden mutuamente, visto que al maldecirse unos a otros fomentan el antagonismo. Se trata, por el contrario, de la fe en los principios fundamentales que todos pueden aceptar: *Dios, el alma, el porvenir,* EL PROGRESO INDIVIDUAL INDEFINIDO, LA PERPETUIDAD DE LAS RELACIONES ENTRE LOS SERES. Cuando los hombres estén convencidos de que Dios es el mismo para todos; de que ese Dios, soberanamente justo y bueno, no puede querer nada que sea injusto; de que el mal proviene de ellos y no de Él, entonces todos se considerarán hijos del mismo Padre y se tenderán las manos unos a otros. Esa es la fe que concede el espiritismo, y que en lo sucesivo será el eje alrededor del cual se moverá el género humano, sean cuales fueren los modos de adoración y las creencias indivi-

duales, que el espiritismo respeta, pero de los que no tiene que ocuparse. Solo de esta fe puede resultar el verdadero progreso moral, porque solo ella sanciona lógicamente los derechos legítimos y los deberes. Sin ella, no hay más derecho que el de la fuerza, y el deber se reduce a un código humano impuesto por la coacción. Sin ella, ¿qué es el hombre? Un poco de materia que se deshace, un ser efímero que no hace más que pasar. El genio mismo es apenas una chispa que brilla un instante y se extingue para siempre. No hay en eso, por cierto, motivo alguno para realzarlo demasiado ante sus propios ojos. Con ideas así, ¿dónde quedan realmente los derechos y los deberes? ¿Qué sentido tiene el progreso? Solo esta fe permite al hombre sentir su dignidad mediante la perpetuidad y la progresión de su ser, no en un porvenir mezquino y circunscrito a la personalidad, sino en uno grandioso y espléndido. Este pensamiento lo eleva sobre la Tierra; con él se siente importante, al considerar que desempeña una función en el universo; que este universo es su dominio –que podrá recorrer un día–, y que la muerte no hará de él una nulidad, o un ser inútil para sí mismo y para los demás.

El progreso intelectual, llevado a cabo hasta el presente en las más vastas proporciones, constituye un gran paso, y señala la primera fase de la humanidad, pero por sí solo no tiene posibilidades de regenerarla. Mientras el hombre esté dominado por el orgullo y el egoísmo, se servirá de su inteligencia y de sus conocimientos para satisfacer sus pasiones y sus intereses personales; por ese motivo, los aplica al perfeccionamiento de los medios que le sirven para perjudicar a sus semejantes, y para destruirse a sí mismo. Sólo el progreso moral puede garantizar a los hombres la felicidad en la Tierra, porque pone un freno a las pasiones malas; solamente él puede hacer que

reinen entre ellos la concordia, la paz y la fraternidad. Ese progreso derribará las barreras que separan a los pueblos, hará que caigan los prejuicios de castas, y acallará los antagonismos entre las sectas, enseñando a los hombres a considerarse hermanos que han sido llamados a auxiliarse mutuamente, en lugar de vivir los unos a costa de los otros. También el progreso moral, secundado en esto por el progreso de la inteligencia, unirá a los hombres en una misma creencia, fundada en las verdades eternas, que no admiten controversias y que, por eso mismo, son aceptadas por todos. La unidad de creencia será el lazo más fuerte, el fundamento más firme de la fraternidad universal, quebrantado desde siempre por los antagonismos religiosos, que dividen a los pueblos y a las familias, que hacen que el semejante sea considerado un enemigo, a quien es preciso evitar, combatir, exterminar, en vez de un hermano a quien se debe amar.

Semejante estado de cosas supone un cambio radical en el sentimiento de las masas, un progreso general que no podía llevarse a cabo sin que saliera del círculo de las ideas mezquinas y triviales, que fomentan el egoísmo. En diversas épocas, los hombres selectos han intentado impulsar a la humanidad en esa dirección, pero la humanidad, demasiado joven aún, permaneció sorda, y las enseñanzas que ellos suministraron fueron como la buena simiente que cayó sobre el pedregullo. Ahora, la humanidad está madura para dirigir su mirada hacia alturas nunca antes vislumbradas, a fin de nutrirse de ideas más amplias, y comprender lo que no había entendido antes. La generación que desaparece se llevará consigo sus prejuicios y sus errores. La generación que está surgiendo, bañada en una fuente más pura, imbuida de ideas más saludables, imprimirá al mundo un movimiento ascendente, en el sentido del pro-

greso moral, que caracterizará la nueva fase de la humanidad. Esa fase ya se revela por signos inequívocos, por tentativas de reformas útiles, por ideas grandes y generosas, que se concretan y comienzan a hallar eco. En ese sentido, vemos que se funda una inmensa cantidad de instituciones protectoras, civilizadoras y emancipadoras, bajo el influjo y por la iniciativa de hombres evidentemente predestinados a la obra de la regeneración; vemos que las leyes penales se impregnan a diario de sentimientos más humanitarios. Los prejuicios de raza se debilitan, los pueblos comienzan a considerarse miembros de una gran familia; a través de la uniformidad y la facilidad de los medios con que llevan a cabo sus negocios, suprimen las barreras que los separaban; y en todas partes organizan reuniones universales para realizar torneos pacíficos de inteligencia. Sin embargo, a esas reformas les falta una base que les permita desarrollarse, completarse y consolidarse; les falta una predisposición moral más generalizada para que prosperen y sean aceptadas por las masas. Con todo, eso no deja de ser una señal característica de la época, el preludio de lo que se cumplirá en mayor escala a medida que el terreno sea más favorable.

Una señal no menos característica del período en que ingresamos es la reacción evidente que se opera en el sentido de las ideas espiritualistas. Una repulsión instintiva se pone de manifiesto contra las ideas materialistas, cuyos representantes se vuelven menos numerosos o menos absolutos. El espíritu de incredulidad que se había apoderado de las masas, fueran estas ignorantes o instruidas, y que las llevaba a rechazar, junto con la forma, la sustancia misma de toda creencia, parece que ha sido un sueño, y al despertar se siente la necesidad de respirar un aire más vivificante. Involuntariamente, donde había un vacío se busca algo, un punto de apoyo, una esperanza.

En ese gran movimiento regenerador, el espiritismo desempeña una función considerable; no el espiritismo ridículo inventado por una crítica burlona, sino el espiritismo filosófico, como lo entiende cualquiera que se haya tomado el trabajo de buscar la almendra dentro del hueso que la contiene. Con las pruebas que aporta respecto de las verdades fundamentales, el espiritismo llena el vacío que la incredulidad genera en las ideas y en las creencias; y con la certeza que ofrece acerca de un porvenir conforme a la justicia de Dios, y que la razón más severa puede admitir, calma las amarguras de la vida y previene los funestos efectos de la desesperación. Al dar a conocer nuevas leyes de la naturaleza, el espiritismo otorga la clave de fenómenos incomprendidos y de problemas insolubles hasta ahora, al mismo tiempo que destruye la incredulidad y la superstición. Para él, no existe nada sobrenatural ni maravilloso, pues en el mundo todo sucede en virtud de leyes inmutables. Lejos de sustituir un exclusivismo por otro, se presenta como campeón absoluto de la libertad de conciencia. Combate al fanatismo en todas sus formas, y lo arranca de raíz para proclamar la salvación de todos los hombres de bien, así como la posibilidad de que los más imperfectos, mediante sus esfuerzos, con la expiación y la reparación, lleguen a la perfección, fuera de la cual no hay suprema felicidad. En vez de desanimar al débil, lo alienta y le muestra el puerto al que puede arribar.

No dice: *Fuera del espiritismo no hay salvación*; sino que afirma, con el Cristo: *Sin caridad no hay salvación*, pues tal es el principio de unión, de tolerancia, que unirá a los hombres en un sentimiento común de fraternidad, en vez de dividirlos en sectas enemigas. Con este otro principio: *Solo es inquebrantable la fe que puede mirar a la razón cara a cara, en todas*

las épocas de la humanidad, destruye el imperio de la fe ciega que aniquila a la razón, de la obediencia pasiva que embrutece; de modo que emancipa a la inteligencia del hombre y eleva su moral.

Consecuente consigo mismo, no se impone. Dice qué es, qué quiere, qué da, y espera que se acuda a él con libertad, voluntariamente. Pretende que se lo acepte con la razón, y no a la fuerza. Respeta todas las creencias sinceras, y sólo combate la incredulidad, el egoísmo, el orgullo y la hipocresía, que son las plagas de la sociedad y los obstáculos más importantes para el progreso moral; pero lo hace sin maldecir a nadie, y mucho menos a sus enemigos, porque está convencido de que el camino del bien se encuentra abierto incluso para los más imperfectos, quienes tarde o temprano habrán de recorrerlo.

Si suponemos a la mayoría de los hombres imbuida de esos sentimientos, podremos fácilmente imaginar las modificaciones que de ahí resultarán para las relaciones sociales: todos tendrán por divisa la caridad, la fraternidad, la benevolencia para con todos, la tolerancia para todas las creencias. Esa es la meta hacia la cual tiende evidentemente la humanidad, ese es el objeto de sus aspiraciones y deseos, sin que por el momento perciba con claridad cuáles son los medios para realizarlos. Ensaya, anda a tientas, pero la detienen resistencias activas, o la fuerza inercial de los prejuicios, de las creencias estancadas y refractarias al progreso. Es necesario vencer esas resistencias, y esa será la obra de la nueva generación. Quien acompañe el curso actual de los acontecimientos reconocerá que todo parece predestinado a abrirle paso. Esa generación será portadora de una fuerza doble, por la cantidad y por las ideas, además de la experiencia del pasado.

La nueva generación marchará, pues, hacia la realización de todos los ideales humanitarios compatibles con el grado de adelanto al que haya llegado. El espiritismo, al avanzar en dirección a los mismos objetivos, y al realizar sus propósitos, se encontrará con ella en el mismo terreno, pero no serán rivales, sino auxiliares que se prestarán mutuo apoyo. Los hombres favorables al progreso descubrirán en las ideas espíritas un poderoso recurso, y el espiritismo hallará, en los hombres nuevos, espíritus plenamente dispuestos a admitirlo. Ante ese estado de cosas, ¿qué podrán hacer aquellos que pretendan oponérsele?

El espiritismo no crea la renovación social, pues la madurez de la humanidad hace de esa renovación una necesidad. Por su poder moralizador, por sus tendencias progresivas, por la amplitud de sus miras, por la generalidad de las cuestiones que abarca, el espiritismo, más que ninguna otra doctrina, es apto para secundar al movimiento regenerador. Por eso es contemporáneo de ese movimiento. Surgió en el momento en que podía ser útil, puesto que también para él los tiempos han llegado. Si hubiese llegado antes, habría encontrado obstáculos insuperables; habría sucumbido inevitablemente, porque los hombres, satisfechos con lo que tenían, aún no sentirían la carencia de lo que él les trae. Hoy, nacido con el movimiento de las ideas que fermentan, encuentra el terreno preparado para recibirlo. Los espíritus, hastiados de la duda y la incertidumbre, y horrorizados por el abismo que se abre ante ellos, lo reciben como un áncora de salvación y un supremo consuelo.

Decir que la humanidad se halla madura para la regeneración no significa que todos los individuos lo estén en el mismo grado, aunque muchos llevan consigo, por intuición,

el germen de las ideas nuevas, que las circunstancias harán brotar. Entonces se mostrarán más adelantados de lo que se suponía, y seguirán con entusiasmo el impulso de la mayoría.

No obstante, los hay que son profundamente refractarios a esas ideas, incluso entre los más inteligentes, y con toda seguridad nunca las aceptarán, al menos en esta existencia; en algunos casos, de buena fe, por convicción; en otros, por interés. Aquellos cuyos intereses materiales están vinculados a la situación actual, y que no se encuentran bastante adelantados para renunciar a ellos –pues el bien general les importa menos que el personal–, no pueden ver sin recelo hasta el más pequeño movimiento reformador. La verdad es para ellos una cuestión secundaria; o mejor dicho, la verdad está por completo en lo que no les causa ningún trastorno. Desde su punto de vista, todas las ideas progresivas son subversivas, y por eso les profesan un odio implacable y les hacen una guerra encarnizada. Demasiado inteligentes para no ver en el espiritismo un auxiliar de esas ideas, así como los elementos de la transformación a la que temen, porque no se sienten a su altura, se esfuerzan por destruirlo. Si lo juzgaran sin valor ni trascendencia, no se preocuparían por él. Ya lo hemos dicho en otra parte: "Cuanto más grande es una idea, más adversarios encuentra, y se puede medir su importancia con la violencia de los ataques que se le dirigen".

No cabe duda de que el número de los reacios al progreso es grande aún; pero ¿qué pueden hacer contra la marea que asciende, aparte de arrojarle algunas piedras? Esa marea es la generación que surge, mientras ellos desaparecen junto con la generación que se marcha a grandes pasos cada día. Hasta entonces, defenderán el terreno palmo a palmo. Hay, por lo tanto, una lucha inevitable, pero desigual, porque se trata de

la lucha entre el pasado decrépito, que caduca cubierto de harapos, y el futuro lleno de juventud. Es la lucha del estancamiento contra el progreso; de la criatura humana contra la voluntad de Dios, pues los tiempos que Él ha señalado ya llegaron.

Nota.- Las reflexiones precedentes constituyen el desarrollo de las instrucciones que acerca de ese tema los Espíritus han impartido, a través de una gran cantidad de comunicaciones, tanto a nosotros como a otras personas. A continuación, publicamos un resumen de varias conversaciones que mantuvimos con ellos por intermedio de dos de nuestros médiums habituales, que se hallaban en estado de sonambulismo extático. Por nuestra parte, coordinamos metódicamente las ideas para darles una mayor continuidad, suprimiendo los detalles y los complementos innecesarios. Las ideas han sido reproducidas con toda exactitud, y las palabras se han recogido textualmente en la medida de lo permitido por nuestra audición.

* * *

Instrucciones de los Espíritus sobre la regeneración de la humanidad

(París, abril de 1866. Médiums: Sres. M y T., en estado de sonambulismo.)

Los acontecimientos se precipitan con rapidez, de modo que ya no os decimos, como antaño: "Los tiempos se aproximan". Ahora os decimos: "Los tiempos han llegado".

No interpretéis con estas palabras el advenimiento de un nuevo diluvio, ni de un cataclismo, ni de un trastorno general. En todas las épocas el globo sufrió convulsiones parciales, que aún se producen, porque forman parte de su constitución, pero ahí no se encuentran las señales de los tiempos.

Sin embargo, todo lo que ha sido predicho en el Evangelio debe cumplirse en este momento, como lo reconoceréis más adelante. Pero considerad que esas señales anunciadas no son más que imágenes, cuyo espíritu es preciso interpretar, sin tomarlas al pie de la letra. Todas las *Escrituras* contienen grandes verdades, ocultas bajo el velo de la alegoría, y los comentaristas se confundieron debido a que se apegaron a la letra. Les faltó la clave para comprender su verdadero sentido. Esa clave se encuentra en los descubrimientos de la ciencia, así como en las leyes del mundo invisible que el espiritismo os revela. Ahora, con la ayuda de esos nuevos conocimientos, lo que era oscuro se vuelve claro e inteligible.

Todo sigue el orden natural de las cosas, y las leyes inmutables de Dios no serán desvirtuadas. Por consiguiente, no presenciaréis milagros ni prodigios, ni nada que sea sobrenatural, en el sentido vulgar de esas palabras.

No miréis hacia el cielo para buscar en él las señales precursoras, porque no las veréis; fuisteis engañados por quienes os las anunciaron de ese modo. Mirad alrededor de vosotros, entre los hombres, y ahí las encontraréis.

¿Acaso no sentís una especie de viento que sopla en la Tierra y agita los Espíritus? El mundo se mantiene expectante y como embargado por un vago presentimiento, a la espera de la tempestad.

Con todo, no creáis en el fin del mundo material. La Tierra ha progresado desde su transformación; no debe ser destruida, sino seguir progresando. La humanidad ha llegado a uno de sus períodos de transformación, de modo que la Tierra habrá de elevarse en la jerarquía de los mundos.

Por consiguiente, no sobrevendrá el fin del mundo material, sino el fin del mundo moral. El viejo mundo, el mundo de los prejuicios, del egoísmo, del orgullo y del fanatismo se desmorona. Cada día que pasa, el viento se lleva algunos escombros. Todo acabará para él con la generación que se va, y la nueva generación construirá el nuevo edificio que las siguientes generaciones consolidarán y completarán.

La Tierra, como mundo de expiación, ha sido llamada a convertirse un día en un mundo feliz, de modo que habitar en ella será una recompensa en vez de un castigo. El reino del bien habrá de suceder al reino del mal.

Para que los hombres sean felices en la Tierra, es preciso que ella esté poblada únicamente por Espíritus buenos, tanto encarnados como desencarnados, que solo quieran el bien. Dado que esos tiempos han llegado, en la actualidad se lleva a cabo una gran emigración entre sus habitantes. Quienes hacen el mal por el mal mismo, y que *no han sido tocados* por el sentimiento del bien, no son dignos de la Tierra transformada, de modo que serán excluidos de ella, pues si así no fuese volverían a causar perturbación y desorden, y constituirían un obstáculo para el progreso. Algunos irán a expiar su obstinación en mundos inferiores, adonde llevarán los conocimientos que han adquirido, con la misión de contribuir a su adelanto. Los reemplazarán Espíritus mejores, quienes harán que reine entre ellos la justicia, la paz y la fraternidad.

Hemos dicho que la Tierra no será transformada por un cataclismo que aniquile súbitamente a una generación. La generación actual desaparecerá gradualmente, y la nueva la sucederá del mismo modo, sin que haya ninguna modificación en el orden natural de las cosas. Así pues, todo sucederá exteriormente como de costumbre, con esta única diferencia, pero que es fundamental: una parte de los Espíritus que encarnaban en la Tierra ya no volverá a encarnar en ella. En cada niño que nazca, en vez de un Espíritu atrasado e inclinado al mal, que antes habría encarnado aquí, vendrá un Espíritu más adelantado e *inclinado al bien*. No se trata, pues, de una nueva generación corporal, sino más bien de una nueva generación de Espíritus. Así, aquellos que esperan ver que la transformación se opere a través de efectos sobrenaturales y maravillosos quedarán decepcionados.

La época actual es la de la transición: los elementos de las dos generaciones se confunden. Ubicados en un punto intermedio, presenciamos la partida de una y la llegada de la otra, mientras cada una muestra en el mundo sus caracteres peculiares.

Las dos generaciones que se suceden tienen ideas y puntos de vista opuestos. Por la naturaleza de las disposiciones morales, pero sobre todo por las disposiciones *intuitivas e innatas*, resulta fácil distinguir a cuál de las dos pertenece cada individuo.

Dado que la nueva generación habrá de fundar la era del progreso moral, se distingue por una comprensión y una inteligencia que generalmente son precoces, sumadas al sentimiento *innato* del bien y a las creencias espiritualistas, lo que constituye una señal indudable de cierto grado de adelanto anterior. Dicha generación no se compondrá tan solo de Es-

píritus eminentemente superiores, sino también de los que, como ya progresaron, se encuentran predispuestos a asimilar todas las ideas progresivas, y son aptos para secundar el movimiento regenerador.

Por el contrario, lo que distingue a los Espíritus atrasados es, en primer lugar, su rebeldía contra Dios, pues niegan la Providencia y todo poder superior al de la humanidad; también los distingue su propensión *instintiva* a las pasiones degradantes, a los sentimientos antifraternos de egoísmo, orgullo, odio, celos, codicia; en una palabra, el predominio del apego a todo lo material.

Esos son los vicios de los que la Tierra debe ser expurgada, mediante el alejamiento de quienes se obstinan en no enmendarse, porque son incompatibles con el reino de la fraternidad, y porque el contacto con ellos siempre hará sufrir a los hombres de bien. Cuando la Tierra se encuentre liberada de ellos, los hombres avanzarán sin obstáculos hacia el porvenir venturoso que les está reservado, incluso en este mundo, como recompensa a sus esfuerzos y a su perseverancia, mientras aguardan que una depuración aún más completa les franquee el acceso a los mundos superiores.

No se debe entender que por medio de esa emigración de Espíritus serán expulsados de la Tierra, y relegados a mundos inferiores, todos los Espíritus reacios al progreso. Por el contrario, muchos volverán, pues se dejaron llevar por las circunstancias y el mal ejemplo. En ellos, es peor la apariencia que la esencia. Una vez libres de la influencia de la materia y de los prejuicios del mundo corporal, la mayor parte de esos Espíritus verán las cosas de manera por completo diferente a como las veían en vida, de conformidad con los numerosos ejemplos que conocemos. En ese sentido, reciben el auxilio

de Espíritus benévolos, que se interesan por ellos y se apresuran a instruirlos y a mostrarles el camino equivocado que han seguido. Vosotros mismos, con vuestras plegarias y exhortaciones, podéis contribuir a su mejoramiento, dado que existe una solidaridad perpetua entre los muertos y los vivos.

Así pues, esos Espíritus podrán volver, y serán felices, dado que esa será su recompensa. ¡Qué importa lo que hayan sido y lo que hayan hecho, si estarán animados de mejores sentimientos! Lejos de ser hostiles a la sociedad y al progreso, serán auxiliares valiosos, porque pertenecerán a la nueva generación.

Por consiguiente, la exclusión definitiva será solo para los Espíritus profundamente rebeldes, para aquellos que por su orgullo y su egoísmo, más que por su ignorancia, se mantengan sordos a la voz del bien y de la razón. Con todo, ni siquiera estos serán condenados a una inferioridad perpetua, y llegará el día en que repudiarán su pasado y abrirán los ojos a la luz.

Orad, pues, por esos empedernidos, a fin de que se enmienden mientras tengan tiempo de hacerlo, pues el día de la expiación se aproxima.

Lamentablemente, la mayoría de ellos desconocerá la voz de Dios y persistirá en su ceguera, de modo que esa resistencia señalará con luchas terribles el término de su reinado. En su extravío, ellos mismos contribuirán a su ruina, impulsarán a la destrucción que engendrará una multitud de flagelos y calamidades, de tal modo que, sin proponérselo, apresurarán el advenimiento de la era de renovación.

Y como si la destrucción no avanzara suficientemente rápido, los suicidios se multiplicarán en una proporción inau-

dita, incluso entre los niños. La locura nunca habrá afectado a un número tan grande de personas, que incluso antes de morir serán excluidas de entre los vivos. Esas son las auténticas señales de los tiempos. Y todo ocurrirá mediante la concatenación de las circunstancias, como hemos dicho, sin que sean derogadas en punto alguno las leyes de la naturaleza.

No obstante, a través de la oscura nube que os envuelve y en cuyo seno ruge la tempestad, ¡ya veis que brillan los primeros rayos de la era nueva! La fraternidad sienta sus bases en todos los puntos del globo, y los pueblos se tienden las manos unos a otros. La barbarie se suaviza en contacto con la civilización. Los prejuicios raciales y sectarios, que han hecho correr ríos de sangre, se extinguen. El fanatismo y la intolerancia pierden terreno, mientras que la libertad de conciencia se introduce en las costumbres para convertirse en un derecho. Las ideas se agitan en todas partes. Se buscan remedios para el mal, pero muchos andan sin brújula y se pierden en busca de utopías. El mundo sufre un inmenso trabajo de parto, que habrá de durar un siglo. En ese trabajo, aunque confuso todavía, vemos que predomina la tendencia hacia un objetivo: la unidad y la uniformidad que predisponen a la confraternización.

Estas también son señales de los tiempos. No obstante, mientras aquellas representan la agonía del pasado, estas constituyen los primeros vagidos del niño que nace, los preludios de la aurora que el siglo próximo verá despuntar, porque entonces la nueva generación se desplegará con toda su fuerza. La fisonomía del siglo diecinueve difiere tanto de la del siglo dieciocho en algunos aspectos, como la del siglo veinte diferirá de la del siglo diecinueve en otros.

Uno de los caracteres distintivos de la nueva generación será la fe *innata*. No se trata de la fe exclusiva y ciega, que

divide a los hombres, sino de la fe razonada, que los ilumina y fortalece, fusionándolos en un sentimiento común de amor a Dios y al prójimo. Con la generación que se extingue, desaparecerán los últimos vestigios de la incredulidad y del fanatismo, igualmente contrarios al progreso moral y social.

El espiritismo es el camino que conduce a la renovación, porque derriba los dos obstáculos más grandes que se le oponen: la incredulidad y el fanatismo. Provee de una fe sólida y clara; desarrolla los sentimientos y las ideas que se corresponden con los puntos de vista de la nueva generación; por ese motivo parece innato y se encuentra en estado de intuición en el alma de sus representantes. La era nueva lo verá crecer y prosperar por la fuerza misma de las circunstancias. Se convertirá en la base de todas las creencias, en el punto de apoyo de todas las instituciones.

Hasta entonces, ¡cuántas luchas deberá sostener contra sus dos enemigos más grandes: la incredulidad y el fanatismo, que extrañamente se dan la mano para abatirlo! Ambos presienten su porvenir y su ruina; por eso le temen, porque ya observan que el espiritismo implanta, sobre las ruinas del viejo mundo egoísta, el estandarte que habrá de unir a todos los pueblos. En esta máxima: *Fuera de la caridad no hay salvación*, leen su propia condena, pues es el símbolo de la nueva alianza fraternal que el Cristo proclamó[32]. Esa máxima se aparece ante ellos como las palabras fatales en el festín de Baltasar. No obstante, deberían bendecirla, pues les garantiza que no habrá ninguna represalia de parte de aquellos a los que persiguen. ¡Pero no, una fuerza ciega los impulsa a rechazar lo único que podría salvarlos!

32. Véase *El Evangelio según el espiritismo*, Capítulo XV.

¿Qué podrán hacer ellos para vencer el ascendiente de la opinión que los repudia? El espiritismo saldrá triunfante de la lucha, no os quepa duda, porque forma parte de las leyes de la naturaleza y porque, por eso mismo, es imperecedero. Observad la multitud de medios por los cuales esa idea se expande y penetra en todas partes. Sabed que esos medios no son fortuitos, sino providenciales. Lo que a primera vista pareciera dañarlo, es precisamente lo que contribuye a su propagación.

Pronto el espiritismo contará con defensores absolutamente declarados entre los hombres más importantes y prestigiosos, que lo respaldarán con la autoridad de su nombre y de su ejemplo, e impondrán silencio a sus detractores, pues estos no se atreverán a considerarlos locos. Esos hombres lo estudian en silencio y se darán a conocer en el momento propicio. Hasta entonces, es conveniente que se mantengan al margen.

Pronto también veréis que las artes beberán en el espiritismo como en una mina fecunda, para traducir las ideas y los horizontes que él descubre, a través de la pintura, la música, la poesía y la literatura. Se os ha dicho que un día existirá el arte espírita, así como hubo un arte pagano y un arte cristiano, y esa es una gran verdad, porque los más grandes genios se inspirarán en él. Pronto veréis los primeros esbozos de ese arte, que más adelante ocupará el lugar que se merece.

Espíritas, el futuro es vuestro y de todos los hombres abnegados y de buen corazón. No temáis a los obstáculos, pues ninguno de ellos puede entorpecer los designios de la Providencia. Trabajad sin desánimo, y agradeced a Dios porque os ha puesto a la vanguardia de la nueva falange. Se trata de un puesto de honor que vosotros mismos habéis solicitado, y del que debéis ser dignos mediante vuestro valor, vuestra perseverancia y vuestro sacrificio. Dichosos los que sucumban en esa

lucha contra la fuerza. No obstante, la vergüenza será, en el mundo de los Espíritus, para los que sucumban por debilidad o pusilanimidad. Además, las luchas son necesarias para fortalecer el alma; el contacto con el mal permite que se aprecien mejor las ventajas del bien. Sin las luchas que estimulan las facultades, el Espíritu se dejaría llevar por una desidia funesta para su adelanto. Las luchas contra los elementos desarrollan las fuerzas físicas y la inteligencia. Las luchas contra el mal desarrollan las fuerzas morales.

Observaciones: 1.°) La manera por medio de la cual se opera la transformación es muy simple y, como se ve, su carácter es por completo moral, sin que se aparte en lo más mínimo de las leyes de la naturaleza. ¿Por qué, pues, los incrédulos rechazan esas ideas, toda vez que estas no tienen nada de sobrenatural? Ocurre que –según ellos– la ley de vitalidad cesa con la muerte del cuerpo, mientras que para nosotros continúa sin interrupción. Ellos restringen su acción, y nosotros la extendemos. Por eso decimos que los fenómenos de la vida espiritual no se apartan de las leyes de la naturaleza. Para ellos, lo sobrenatural comienza donde termina la apreciación a través de los sentidos.

2.°) Ya sea que los Espíritus de la nueva generación sean Espíritus mejores, que llegan a la Tierra por primera vez, o Espíritus que ya estuvieron en ella, y que han mejorado, el resultado es el mismo; pues desde el momento en que son portadores de mejores disposiciones, siempre existe una renovación. De ese modo, los Espíritus encarnados forman dos categorías, según sus disposiciones naturales: por un lado, los Espíritus reacios al progreso, que parten; por el otro, los Espíritus favorables al progreso, que llegan. Así pues, el estado de las costumbres y de la sociedad, ya sea en un pueblo, en

una raza o en el mundo entero, dependerá de la categoría que prevalezca sobre la otra.

Para simplificar la cuestión, supongamos la existencia de un pueblo en un grado cualquiera de adelanto, y compuesto por veinte millones de almas, por ejemplo. Dado que la renovación de los Espíritus se produce de acuerdo con las defunciones, aisladas o en masa, necesariamente hay un momento en que la generación de los Espíritus reacios al progreso supera en número a la de los Espíritus favorables al progreso, que apenas cuentan con unos pocos representantes sin influencia, y cuyos esfuerzos para hacer que predominen el bien y las ideas progresivas están paralizados. Ahora bien, como aquellos se marchan y estos llegan, después de un tiempo determinado las dos fuerzas quedan equilibradas y sus influencias se neutralizan. Más tarde, los recién llegados son mayoría, y su influencia se vuelve preponderante, aunque todavía resulte dañada por la de los primeros. Estos, que siguen disminuyendo mientras los otros se multiplican, acaban por desaparecer. Así pues, llega un momento en que la influencia de la nueva generación es exclusiva.

Nosotros presenciamos esa transformación, ese conflicto que resulta de la lucha de las ideas contrarias que procuran implantarse, unas con la bandera del pasado, otras con la del porvenir. Si se examina el estado actual del mundo, se reconocerá que la humanidad terrestre, como totalidad, está lejos aún del punto intermedio en que las fuerzas se equilibran; que los pueblos, considerados aisladamente, se encuentran a gran distancia unos de otros en esta escala; que algunos han llegado a aquel punto, pero que ninguno lo ha superado aún. Por lo demás, la distancia que los separa de los puntos extremos está lejos de ser la misma en duración, y una vez cruzado el límite, el nuevo

camino será recorrido con tanta mayor velocidad cuanto mayor número de circunstancias concurran para allanarlo.

Así se lleva a cabo la transformación de la humanidad. Sin la emigración, es decir, sin la partida de los Espíritus reacios al progreso –que no deben volver, o que solo deben volver después de haber mejorado–, la humanidad terrestre no permanecería indefinidamente estacionaria –porque los Espíritus más atrasados avanzan también–, pero hubieran hecho falta siglos, y tal vez miles de años, para llegar al resultado que medio siglo bastará para realizar.

Una comparación vulgar permitirá que se comprenda todavía mejor lo que ocurre en esa circunstancia. Supongamos un regimiento compuesto en su mayoría por hombres turbulentos e indisciplinados, los cuales ocasionan un desorden constante, que la severidad de la ley penal muchas veces tiene dificultad para reprimir. Esos hombres son los más poderosos, porque son mayoría. Se amparan, se dan ánimo y se estimulan mediante el ejemplo. En cambio, los que son buenos carecen de influencia; sus consejos son despreciados; sufren a causa del contacto con los otros, que los ridiculizan y maltratan. ¿No es esa la imagen de la sociedad actual?

Supongamos ahora que aquellos hombres son retirados del regimiento de a uno, de a diez, de a cientos, y que se los sustituye gradualmente por una cantidad similar de soldados buenos, incluso por algunos de los que, después de que fueron expulsados, se enmendaron seriamente. Al cabo de un cierto tiempo, el regimiento seguirá existiendo, pero se habrá transformado. El orden basado en el bien habrá reemplazado al desorden. Lo mismo sucederá con la humanidad regenerada.

Las grandes emigraciones colectivas no tienen como único objetivo activar los traslados, pues también transforman con

mayor rapidez el espíritu de las masas, liberándolas de las malas influencias, y conceden más ascendiente a las ideas nuevas.

En virtud de que muchos están maduros para esa transformación –a pesar de sus imperfecciones–, parten a fin de fortalecerse en una fuente más pura. Si permanecieran en el mismo medio, y bajo las mismas influencias, persistirían en sus opiniones y en su forma de apreciar las cosas. Una temporada en el mundo de los Espíritus basta para abrirles los ojos, porque allí ven lo que no podían ver en la Tierra. Así pues, el incrédulo, el fanático y el autoritario, podrán volver con ideas *innatas* de fe, de tolerancia y de libertad. A su regreso notarán que las cosas cambiaron, y experimentarán la influencia del nuevo medio en que han nacido. En vez de oponerse a las nuevas ideas, serán sus promotores.

La regeneración de la humanidad, por consiguiente, no requiere en absoluto la renovación integral de los Espíritus, pues basta con una modificación en sus disposiciones morales. Esa modificación se opera en todos aquellos que están predispuestos, toda vez que sean sustraídos de la influencia perniciosa del mundo. Por lo tanto, no siempre son otros los Espíritus que regresan; a menudo son los mismos Espíritus, pero que piensan y sienten de otra manera.

Cuando ese mejoramiento es aislado e individual, pasa desapercibido, y no ejerce ninguna influencia ostensible en el mundo. Pero el efecto es por completo diferente cuando el mejoramiento se produce simultáneamente sobre grandes masas; porque entonces, de acuerdo con las proporciones que adopte en una generación, puede modificar profundamente las ideas de un pueblo o de una raza.

Eso es lo que se nota, casi siempre, después de las grandes conmociones que diezman a los pueblos. Los flagelos destruc-

tores aniquilan el cuerpo, pero no alcanzan al Espíritu; activan el movimiento de ingreso y salida entre el mundo corporal y el mundo espiritual y, por consiguiente, el movimiento progresivo de los Espíritus encarnados y desencarnados.

En la actualidad, se opera uno de esos movimientos generales, destinado a promover la reorganización de la humanidad. La multiplicidad de las causas de destrucción constituye una señal característica de los tiempos, pues esas causas apresuran la eclosión de los nuevos gérmenes. Son las hojas que caen en el otoño, y que serán reemplazadas por otras hojas plenas de vida, porque la humanidad tiene sus estaciones, al igual que los individuos tienen sus diversas edades. Las hojas muertas de la humanidad caen impulsadas por las ráfagas y los golpes del viento, pero con el fin de que renazcan más vigorosas, por obra del mismo aliento de vida, que no se extingue, sino que se purifica.

Para el materialista, los flagelos destructores son calamidades sin compensación, sin resultados útiles, puesto que, según su opinión, esos flagelos *aniquilan a los seres definitivamente*. En cambio, para aquel que sabe que la muerte solo destruye la envoltura, esos flagelos no tienen las mismas consecuencias, ni le causan el mínimo temor; comprende su objetivo, y sabe también que los hombres no pierden más por el hecho de que mueran juntos que por morir aislados, pues de una manera o de otra todos habrán de llegar a lo mismo.

Los incrédulos se burlarán de estas cosas, y las calificarán de quimeras. No obstante, digan lo que digan, no escaparán a la ley general. En su momento morirán, como los demás, y entonces, ¿qué les sucederá? Ellos dicen: *Nada.* Pero vivirán, a pesar de sí mismos, y un día se verán obligados a abrir los ojos.

Nota: la siguiente comunicación nos ha sido remitida, durante el viaje que acabamos de realizar, de parte de uno de nuestros queridos protectores invisibles. Si bien es de carácter personal, también se relaciona con el gran tema que hemos tratado aquí, además de confirmarlo. La transcribimos por esa razón, y más aún porque las personas que son perseguidas debido a sus creencias espíritas encontrarán en ella un valioso estímulo.

"París, 1.° de septiembre de 1866.

"Hacía mucho tiempo que no acudía a vuestras reuniones para transmitiros una comunicación firmada con mi nombre. No supongáis, querido maestro, que haya sido por indiferencia o por olvido. Ocurre que no me parecía necesario manifestarme, de modo que cedía a otros más dignos que yo la tarea de impartiros instrucciones útiles. Con todo, me hallaba presente, y seguía con sumo interés los progresos de esta querida doctrina a la cual debo la dicha y la calma de los últimos años de mi vida. Estaba presente, y mi buen amigo, el señor T…, os ha dado esa garantía más de una vez, durante sus horas de sueño y de éxtasis. Él envidia mi felicidad, y también aspira al mundo en el que ahora vivo, cuando lo contempla brillando en el cielo estrellado y dirige el pensamiento hacia sus rudas pruebas.

"Yo también sufrí pruebas muy penosas, pero gracias al espiritismo las he soportado sin quejarme, y ahora las bendigo, pues debo a ellas mi progreso. Que él tenga paciencia. Decidle que un día vendrá aquí, pero que antes debe permanecer en la Tierra para ayudaros a cumplir la totalidad de vuestra tarea. ¡Todo habrá cambiado entonces! Ambos os sentiréis en un mundo nuevo.

”Amigo mío, toda vez que podáis, descansad vuestro espíritu y vuestro cerebro agotados por el trabajo; acumulad fuerzas materiales, porque pronto habréis de necesitarlas. Los acontecimientos, que a partir de ahora se sucederán con rapidez, os convocarán al frente de combate. Mantened la firmeza del cuerpo y del espíritu, a fin de que os halléis en condiciones de luchar con ventaja. Habrá que trabajar sin descanso. No obstante, como ya se os ha dicho, no estaréis a solas para soportar la carga, pues cuando llegue el momento surgirán importantes colaboradores. Así pues, escuchad los consejos del buen doctor Demeure, y evitad cualquier esfuerzo inútil o prematuro. Por otra parte, estaremos a vuestro lado para aconsejaros y advertiros.

”Desconfiad de los dos partidos extremos que agitan al espiritismo, tanto para retenerlo en el pasado como para precipitar su curso hacia adelante. Templad los ardores nocivos, y no os dejéis llevar por las vacilaciones de los temerosos, o bien –lo que es aún más peligroso, aunque lamentablemente no menos real– por las sugestiones de los emisarios enemigos.

”Avanzad con paso firme y seguro, como lo habéis hecho hasta ahora, sin preocuparos por lo que se diga de uno u otro lado, y seguid la inspiración de vuestros guías y de vuestra razón; así no correréis el riesgo de hacer que el carro del espiritismo se detenga en un atascadero. Muchos empujan ese codiciado carro, para precipitar su caída. ¡Ciegos y presuntuosos! Logrará avanzar, a pesar de los obstáculos, y solo dejará caer en el abismo a sus enemigos y sus enviados, que quedarán desconcertados por haber servido a su triunfo.

”Los fenómenos surgirán en todas partes, con los más variados aspectos. Y ya están surgiendo. Mediumnidad curadora, enfermedades incomprensibles, efectos físicos inexpli-

cables para la ciencia: todo confluirá en un futuro próximo para asegurar nuestra victoria definitiva, de la que participarán nuevos defensores.

”No obstante, ¡cuántas luchas habrá que trabar aún! ¡Cuántas víctimas! Estas no echarán sangre, por cierto, pero se verán atacadas en sus intereses y sus afectos. Más de uno caerá bajo el peso de las hostilidades desencadenadas contra todo el que se diga espírita. Pero también, ¡dichosos los que hayan sabido mantener la firmeza en medio de la adversidad! Serán bien recompensados, incluso en la Tierra, materialmente. Las persecuciones son pruebas para la sinceridad de su fe, de su valor y su perseverancia. La confianza que hayan depositado en Dios no será en vano. Los padecimientos, las vejaciones, las humillaciones que hayan sufrido por la causa, serán los títulos que ninguno perderá. Los Espíritus buenos los cuidan y los consideran, y sabrán distinguir la abnegación sincera de la falsa. Si la rueda de la fortuna los traiciona momentáneamente y los arroja al polvo, pronto los elevará más alto que nunca, para devolverles la consideración pública y destruir los obstáculos amontonados en su camino. Más tarde, se alegrarán de haber pagado su tributo a la causa; y cuanto mayor sea ese tributo, más bella será su recompensa.

”En esos tiempos de pruebas, deberéis prodigar a todos vuestra fuerza y vuestra firmeza, porque todos necesitarán valor y consejos. También habrá que cerrar los ojos ante las defecciones de los tibios y los cobardes. Por vuestra parte, también tendréis mucho que perdonar…

”Pero aquí me detengo, porque si bien puedo advertiros acerca del conjunto de los acontecimientos, no se me permite dar precisiones. Todo lo que puedo deciros es que no sucumbiremos en la lucha. Podrán cercar a la verdad con las tinieblas

del error, pero será imposible sofocarla. Su llama es inmortal y resplandecerá tarde o temprano."

Viuda de F…

Nota.- Hemos pospuesto para el próximo número la continuación de nuestro estudio acerca de *Mahoma y el islamismo* porque, con miras a la concatenación de las ideas y la comprensión de las deducciones, era importante que estuviera precedido por este artículo.

El zuavo curador del campo militar de Châlons

Leemos en *L'Écho de l'Aisne*, del 1.° de agosto de 1866:

"En nuestra región no se habla de otra cosa más que de las maravillas realizadas en el campamento de Châlons por un joven zuavo espírita, que hace nuevos milagros cada día.

"Numerosas caravanas de enfermos se dirigen a Châlons y, cosa increíble, 'muchos' de ellos regresan curados.

"Estos últimos días, un paralítico, que había llegado en carro, se encontró radicalmente curado después de ver al 'joven espírita', de modo que gallardamente regresó a su casa caminando.

"Quien pueda hacerlo, que explique estos hechos prodigiosos. Siempre los hay muy precisos, y corroborados por muchas personas inteligentes y dignas de confianza".

Renaud

Este artículo fue reproducido textualmente en *La Presse Illustrée* del 6 de agosto. Por su parte, en *Le Petit Journal*, del 17 de agosto, se relata el hecho en estos términos:

"Después de visitar el cuartel imperial –que supongo ya habéis descrito a vuestros lectores; es decir, la residencia mejor fortificada y a la vez más simple que pueda tener un soberano, incluso por algunos días apenas–, fui en busca del zuavo magnetizador.

"Desde hace tres meses, este zuavo, que es un simple músico, se ha convertido en el héroe del campo militar y sus alrededores. Se trata de un hombrecito delgado, moreno, con los ojos profundamente hundidos en sus órbitas. Su fisonomía es la de un auténtico derviche danzante. Se dicen cosas increíbles acerca de él. Por mi parte, me veo obligado a contaros tan solo eso que se dice, porque hace varios días, probablemente por orden superior, suspendió las sesiones públicas que ofrecía en el hotel de La Meuse. Acudían a verlo desde diez leguas a la redonda. Atendía entre veinticinco y treinta enfermos a la vez, y bastaba con su voz, su mirada, su toque –según dicen–, para que súbitamente los sordos escucharan, los mudos hablaran, y los lisiados salieran de ahí con sus muletas al hombro.

"¿Será verdad todo eso? No lo sé. Pude conversar con él durante una hora. Se llama Jacob, y es sencillamente borgoñón. Se expresa con facilidad. Me pareció una persona de las más seguras e inteligentes. Siempre se ha negado a recibir cualquier tipo de remuneración, y tampoco le gustan los agradecimientos. Además, me prometió un manuscrito que le dictó un Espíritu. De más está decir que lo compartiré con vosotros tan pronto como me lo envíe, toda vez que el *Espíritu* esté dispuesto".

René de Pont-Jest

Por último, *L'Écho de l'Aisne*, tras citar el hecho en su número del 1.° de agosto, en el del día 4 de ese mes lo comenta de este modo:

"En el número del último miércoles, dijisteis que en nuestra región no eran más que un rumor las curaciones realizadas en el campamento de Châlons por un joven zuavo espírita.

"Creo que hago bien al rogaros que os retractéis, porque un verdadero ejército de enfermos se dirige todos los días rumbo al campo militar: los que salen complacidos, animan a otros a que hagan lo mismo; en cambio, los que no ganaron nada, no se cansan de reclamar o burlarse.

"Entre esas dos opiniones extremas existe una prudente reserva, que 'muchos enfermos' deben tomar como regla de conducta, como guía para lo que pueden hacer.

"Esas 'curas maravillosas', esos 'milagros', como los denomina el común de los mortales, no tienen nada de maravilloso, nada de milagroso.

"A primera vista, causan admiración porque no son comunes; pero como nada de lo que ocurre carece de una causa, ha sido preciso buscar lo que produce esos hechos, y *la ciencia los ha explicado*.

"Las impresiones morales intensas siempre han tenido la facultad de actuar sobre el 'sistema nervioso', y las curas obtenidas por el zuavo espírita ocurren tan solo en relación con las enfermedades de ese sistema. En todas las épocas, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos, se han producido curas solamente por fuerza de la influencia de la imaginación, influencia que ha sido comprobada por un gran número de hechos. De modo que no resulta para nada

extraordinario que actualmente las mismas causas produzcan los mismos resultados.

"Por consiguiente, solamente los enfermos del 'sistema nervioso' pueden acudir a verlo con expectativas".

X.

Antes de cualquier otro comentario, haremos una breve observación acerca de este último artículo. El autor constata los hechos y los explica a su manera. Según él, esas curaciones *no tienen nada de maravilloso ni de milagroso*. En ese sentido, estamos completamente de acuerdo con él. El espiritismo afirma terminantemente que no hace *milagros*: todos los hechos, *sin excepción*, que se producen mediante la influencia mediúmnica, se deben a una fuerza natural, y ocurren en virtud de una ley tan natural como la que permite transmitir un despacho de un extremo al otro del Atlántico en algunos minutos. Antes de que se descubriera la ley de la electricidad, un hecho semejante habría sido considerado el milagro de los milagros. Supongamos por un momento que Franklin, aún más iniciado de lo que era respecto de las propiedades del fluido eléctrico, hubiera tendido un cable metálico a través del océano para mantener una correspondencia inmediata entre Europa y América, pero sin explicar el procedimiento, ¿qué habrían pensado de él? No cabe duda de que habrían gritado: "¡Milagro!". Le habrían atribuido un poder sobrenatural, y para muchísimas personas habría sido un hechicero que tenía al diablo a sus órdenes. El conocimiento de la ley de la electricidad redujo esos supuestos prodigios a las proporciones de un efecto natural. Lo mismo ocurrió con muchos otros fenómenos.

Sin embargo, ¿conocemos acaso todas las leyes de la naturaleza, así como las propiedades de todos los fluidos? ¿No podría ocurrir que un fluido desconocido, como lo fue la electricidad durante tanto tiempo, sea la causa de efectos inexplicados, y produzca en el organismo resultados que para la ciencia son imposibles con el auxilio de los medios de que dispone? ¡Así es! En eso radica el secreto de las curaciones mediúmnicas; o mejor dicho, no hay un secreto, porque el espiritismo solo tiene misterios para los que no se toman el trabajo de estudiarlo. El principio de tales curaciones es simplemente una acción fluídica dirigida por el pensamiento y la voluntad, en vez de serlo mediante un cable metálico. Lo importante es conocer las propiedades de ese fluido, las condiciones en las que puede actuar, así como saber dirigirlo. Además, hace falta un instrumento *humano* suficientemente provisto de ese fluido, y apto para darle la energía suficiente.

Esa facultad no es el privilegio de un individuo. Dado que se encuentra en la naturaleza, muchos la poseen, pero en grados muy diferentes, así como se posee la facultad de ver, aunque más o menos lejos. Entre los que se hallan dotados de esa facultad, algunos obran con conocimiento de causa, como el zuavo Jacob. Otros, en cambio, lo hacen a pesar suyo, y sin que se den cuenta de lo que les ocurre. Saben que pueden curar, y eso es todo. Si les preguntáis cómo lo hacen, no saben responderos. Si son supersticiosos, atribuirán su poder a una causa oculta, a la virtud de algún talismán o amuleto, que en realidad no sirve para nada. Lo mismo ocurre con todos los médiums inconscientes, y su número es grande. Muchas personas son la causa primera de efectos que las sorprenden pero que no se explican. Entre los negadores más obstinados, más de uno es médium sin que lo sepa.

El periódico en cuestión dice: "Las curas obtenidas por el zuavo espírita ocurren tan solo en relación con las enfermedades del sistema nervioso. Se deben a la influencia de la imaginación, influencia que ha sido comprobada por un gran número de hechos. Esas curas se han producido tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos. No tienen nada de extraordinario".

Al decir que el señor Jacob sólo curó afecciones nerviosas, el autor se expresa un tanto a la ligera, porque los hechos contradicen esa afirmación. Con todo, admitamos que así sea. Esa clase de afecciones son innumerables, y precisamente son aquellas ante las cuales la ciencia suele verse forzada a reconocer su impotencia. Si por el medio que fuere ha sido posible vencerlas, ¿no se trata de un resultado importante? ¡Qué importa si ese medio se encuentra en la influencia de la imaginación! ¿Por qué habría que ignorarlo? ¿No es mejor curar con la imaginación que no hacerlo en absoluto? No obstante, nos parece difícil que solo la imaginación, por más que sea sobreexcitada en el más alto grado, pueda hacer que un paralítico camine y que un miembro anquilosado se recupere. En todo caso, dado que –según el autor– en todos los tiempos se han curado enfermedades nerviosas mediante la influencia de la imaginación, entonces los médicos son aún más responsables por obstinarse en el empleo de medios inadecuados, toda vez que la experiencia les señala otros que son eficaces. Sin proponérselo, el autor los ha demandado.

No obstante –dice él–, el señor Jacob no cura a todas las personas. Le decimos que eso es posible, y que incluso es cierto. Pero ¿qué demuestra esa afirmación? Que el señor Jacob no cuenta con un poder curativo universal. El hombre que tuviera ese poder sería igual a Dios, y el que pretendiera

poseerlo no sería más que un necio presuntuoso. Si el señor Jacob curara a cuatro o cinco personas entre diez, a las que la ciencia reconociera como incurables, bastaría para demostrar la existencia de la facultad. ¿Cuántos médicos pueden hacer otro tanto?

Conocemos personalmente al señor Jacob, desde hace mucho tiempo, como médium escribiente y como entusiasta propagador del espiritismo. Sabíamos que había realizado algunos ensayos parciales de mediumnidad curadora, pero al parecer esa facultad adquirió en él un desarrollo rápido y considerable durante su estadía en el campo militar de Châlons. Uno de nuestros colegas de la Sociedad de París, el señor Boivinet, que reside en el departamento del Aisne, ha tenido a bien remitirnos un informe muy detallado de los hechos que son de su conocimiento personal. Su dominio del espiritismo, junto con un carácter exento de euforia y entusiasmo, le han permitido apreciar sanamente los acontecimientos. Por consiguiente, para nosotros su testimonio tiene el valor propio del de un hombre honorable, imparcial y esclarecido, y su informe cuenta con toda la autenticidad deseable. Así pues, consideramos que los hechos observados por él son tan auténticos como si los hubiéramos comprobado nosotros mismos. La extensión de esos documentos no nos permite publicarlos en su totalidad en esta Revista, pero los hemos organizado para utilizarlos posteriormente, de modo que por ahora nos limitamos a citar los pasajes más importantes:

"… Con miras a justificar plenamente la confianza que habéis depositado en mí, he investigado, tanto personalmente como por intermedio de otras personas por completo honorables y dignas de fe, las curaciones comprobadas que realiza el señor Jacob. Por otra parte, esas personas no son espíritas,

de modo que sus afirmaciones carecen de toda sospecha de parcialidad a favor del espiritismo.

”Reduzco a un tercio las observaciones del señor Jacob acerca de la cantidad de enfermos que ha recibido. No obstante, considero que me quedo por debajo de la verdad –tal vez muy por debajo– si calculo que son unos cuatro mil enfermos, de los cuales un cuarto han sido curados, en tanto que tres cuartos encontraron alivio. La afluencia era tan intensa, que la autoridad militar se preocupó ante el hecho y lo consignó, prohibiendo las visitas a partir de entonces. Supe a través del jefe de estación que el ferrocarril transportaba diariamente una multitud de enfermos con destino al campo militar.

”En cuanto a la naturaleza de las enfermedades sobre las cuales el señor Jacob ejerció más particularmente su influencia, me resulta imposible decir algo. Se trata, sobre todo, de los enfermos que acudieron a verlo, de modo que son ellos los que figuran en mayor medida entre sus *pacientes satisfechos*, si bien muchos otros afligidos podían presentarse ante él con éxito.

”Así, en Chartères, una localidad cercana a la ciudad en que resido, he visto varias veces a un hombre de unos cincuenta años de edad que, desde 1856, vomitaba todo lo que comía. En la época en que fue a ver al zuavo, se encontraba muy enfermo y vomitaba al menos tres veces por día. Al verlo, el señor Jacob le dijo: ‘¡Estáis curado!’. De inmediato, lo invitó a comer y beber. El pobre hombre, sobreponiéndose al temor, comió y bebió sin sentirse mal. Más de tres semanas después seguía sin sufrir el menor malestar. La cura fue instantánea. No hace falta agregar que el señor Jacob no le dio de tomar ningún medicamento ni le prescribió ningún tratamiento. Solamente su acción fluídica, como una conmoción

eléctrica, había bastado para que los órganos recuperaran su estado normal".

Observación: Este hombre posee una de esas naturalezas rudas, que se exaltan muy poco. Por lo tanto, si una sola palabra bastó para sobrexcitar su imaginación a tal punto que curó instantáneamente una gastritis crónica, deberíamos convenir en que ese fenómeno sería aún más sorprendente que la propia curación, y merecería que se le preste atención.

"La hija del dueño del hotel de La Meuse, en Mourmelon, enferma del pecho, se hallaba tan débil que no podía salir de la cama. El zuavo la invitó a que se levantara, y ella pudo hacerlo de inmediato. Ante la estupefacción de numerosos testigos, la joven bajó las escaleras *sin ayuda*, y salió de paseo por el jardín con su nuevo médico. Desde ese día, goza de buena salud. Yo no soy médico, pero no creo que esa enfermedad haya sido nerviosa.

"El señor B…, maestro de escuela, quien se enoja ante la sola idea de que los Espíritus puedan intervenir en nuestros asuntos, me contó que una dama, enferma del estómago desde hacía mucho tiempo, había sido curada por el zuavo, y que a partir de entonces había engordado notablemente: alrededor de veinte libras."

Observación: Ese señor, que se exaspera ante la idea de la intervención de los Espíritus, ¿se enojaría, después de la muerte, si su propio Espíritu pudiera asistir a las personas que ama, curarlas y demostrarles que no ha dejado de existir para ellas?

"En cuanto a los enfermos propiamente dichos, los resultados obtenidos sobre ellos son más asombrosos, porque a simple vista se aprecia de inmediato el resultado.

”En Treloup, un pueblo que queda a siete u ocho kilómetros de aquí, un anciano de setenta años estaba lisiado y no podía hacer nada al respecto. Era casi imposible que pudiera levantarse de su silla. Fue curado de manera completa e instantánea. Ayer mismo me recordaron el caso: ‘¡Así es! –me dijeron–. He visto al abuelo, ¡estaba en el campo, *segando*!’

”Una mujer de Mourmelon tenía una pierna lisiada, inmovilizada. Su rodilla se mantenía a la altura del estómago. Pero ahora camina y está bien.

”El día que al zuavo le prohibieron recibir a los enfermos, un albañil exasperado recorrió Mourmelon, diciendo que quería noquear a los que habían impedido que el médium pudiera *trabajar*. Ese albañil había tenido las manos crispadas y retorcidas. Actualmente esas manos trabajan como las nuestras, y él gana dos francos más por día.

”¡Cuántas personas, que debieron ser *llevadas* al encuentro con el zuavo, pudieron salir por sus propios medios, pues en el acto recuperaron el uso de sus miembros!

”Una niña de cinco años, llevada desde Reims, que nunca había caminado, lo hizo de inmediato.

”El siguiente hecho ha sido, por decirlo de algún modo, el punto de partida de la facultad del médium o, por lo menos, del ejercicio público de esa facultad que se hizo famosa:

”Tras llegar a La Ferté-sous-Jouarre y dirigirse al campo militar, el regimiento de zuavos se reunió en la plaza pública. Antes de romper filas, la banda tocaba una pieza musical. Entre los espectadores había una niña, a quien sus padres habían conducido sentada en un cochecito. Uno de los camaradas del zuavo le señaló a la pequeña y, cuando la música terminó, este se dirigió hacia ella y preguntó a sus padres: ‘¿Esta

niña está enferma?'. Le respondieron que no podía caminar, y que desde hacía dos años un aparato ortopédico sujetaba sus piernas. Entonces les dijo: 'Quitadle ese aparato, pues no lo necesita'. Eso hicieron, sin antes dudar un poco, y la niña logró caminar. Se dirigieron a la cafetería, y el padre, loco de felicidad, quería que el propietario *subiera la bodega* para que los zuavos bebieran.

"Ahora voy a deciros cómo procedía el médium, es decir, voy a describiros una sesión, en la que no estuve presente, pero cuyos detalles me ocupé de obtener a través de varios enfermos.

"El zuavo hace ingresar a los enfermos. El tamaño del lugar impide que sean muchos. Tanto es así que –según dicen– debió trasladarse del hotel de Europa, donde sólo podía recibir dieciocho personas a la vez, al hotel de La Meuse, donde el límite eran unos veinticinco o treinta enfermos. Ingresan. En primer lugar, lo hacen las personas que llegaron de las regiones más distantes. Algunas quieren hablar. '¡Silencio! –dice el zuavo–. A los que hablan… ¡los saco a la calle!' Al cabo de diez a quince minutos de silencio y quietud general, el zuavo se dirige a algunos enfermos, a quienes pocas veces interroga, pero les dice de qué sufren. A continuación, camina alrededor de la gran mesa donde están sentados los enfermos, y les habla a todos, pero sin un orden. Los toca, pero sin esos gestos que hacen recordar a los de los magnetizadores. Después, los manda de regreso, diciendo a algunos: 'Estáis curados; ya podéis iros'. A otros les señala: 'Os curaréis sin hacer nada; solo estáis débiles'. A otros, raramente, les dice: 'No puedo hacer nada por vosotros'. Quieren agradecerle, pero él responde *muy militarmente* que los agradecimientos no le interesan, y hace

que sus pacientes se retiren. A veces, les dice: 'Dad gracias a la Providencia'.

"El día 7 del mes de agosto, una orden del Mariscal interrumpió el curso de las sesiones. Inmediatamente después de la prohibición, y en vista de la enorme afluencia de enfermos a Mourmelon, debieron tomar respecto del médium una medida sin precedentes. Dado que no había cometido ninguna falta y siempre había observado muy rigurosamente la disciplina, no se lo podía encarcelar, de modo que le colocaron una guardia permanente, con la orden de que lo siguiera a todas partes e impidiera que cualquier persona se le acercara.

"Me han dicho que todas esas curas se toleraron hasta que alguien pronunció la palabra espiritismo, y yo no creo que haya sido el señor Jacob. A partir de ese momento fueron rigurosos para con él.

"¿A qué se debe, pues, el temor que causa la sola mención de la palabra espiritismo, incluso cuando esta doctrina no hace otra cosa más que bien, consuela a los afligidos y alivia a la humanidad sufridora? Por mi parte, creo que algunas personas tienen miedo de que haga demasiado bien.

"Los primeros días del mes de septiembre, el señor Jacob tuvo la amabilidad de pasar dos días en mi casa, en cumplimiento de una promesa eventual que me había hecho en el campo de Châlons. La alegría que sentí al recibirlo se vio decuplicada por los servicios que pudo prestar a una buena cantidad de desdichados. Tras su partida, casi a diario me mantuve al corriente del estado en que se encontraban los pacientes que él había tratado, de modo que a continuación os comunico el resultado de mis observaciones. Para ser preciso, como lo requiere un relevamiento estadístico, y con miras a informaciones ulteriores, si las hubiera, los menciono aquí nominal-

mente. (Sigue una lista de treinta y tantos nombres, con la indicación de la edad, la enfermedad y el resultado obtenido.)

"El señor Jacob es sinceramente religioso. Me decía: 'No me asombra lo que hago. Si hiciera cosas aún más extraordinarias tampoco me asombraría, porque sé que Dios puede todo lo que quiere. Sólo me asombra una cosa: haber recibido el inmenso favor de ser el instrumento que Él ha elegido. Hoy en día se sorprenden de lo que obtengo, pero ¿quién sabe si dentro de un mes o un año no habrá diez, veinte, cincuenta médiums como yo, y más fuertes que yo? El señor Kardec, que estudia y debe estudiar hechos como los que ocurren aquí, tendría que haber venido. Hoy, mañana, yo podría perder mi facultad, y eso sería para él un estudio perdido. Debe convertirse en el historiador de casos como este'."

Observación

No cabe duda de que nos habría complacido ser testigos oculares de los hechos referidos aquí, y es probable que habríamos ido al campo militar de Châlons si hubiéramos tenido la posibilidad y si nos hubieran informado a su debido tiempo. Nos enteramos indirectamente, a través de los periódicos, durante uno de nuestros viajes, y confesamos que nuestra confianza en sus noticias no es absoluta. Sería un inmenso trabajo acudir personalmente para verificar todo lo que los periódicos relacionan con el espiritismo, además de lo que se nos informa por correspondencia. Solamente habríamos viajado con la certeza de que no nos decepcionaríamos; además, cuando recibimos el informe del señor Boivinet, el campamento militar se había levantado. Por otra parte, la observación de esos hechos no nos habría enseñado nada nuevo, pues creemos

comprenderlos. Solo habríamos verificado su autenticidad. No obstante, el testimonio de un hombre como el señor Boivinet –a quien nosotros habíamos enviado una carta para el señor Jacob, junto con nuestra solicitud de que nos informara acerca de lo que había visto– nos bastaba por completo. Por consiguiente, no perdimos nada, salvo el placer de encontrarnos personalmente con el señor Jacob y verlo en acción. Confiamos en que eso podrá ocurrir fuera del campo de Châlons.

Así pues, solo nos hemos referido a las curas realizadas por el señor Jacob porque son auténticas. Si nos hubieran resultado sospechosas, o plagadas de charlatanismo y de una fanfarronada ridícula que las hubieran vuelto más perjudiciales que beneficiosas para la causa del espiritismo, nos habríamos abstenido, digan lo que digan, como lo hemos hecho en muchas otras circunstancias, para no convertirnos en editores responsables de ninguna excentricidad, ni respaldar los proyectos ambiciosos e interesados que a veces se ocultan tras una apariencia de abnegación. Por eso somos circunspectos en nuestras observaciones acerca de los hombres y de las cosas, y también por eso nuestra *Revista* no se transforma en un incensario para provecho de nadie.

En este caso, se trata de algo serio, fecundo en resultados y fundamental desde el doble punto de vista del hecho en sí y del cumplimiento de una de las previsiones de los Espíritus. En efecto, durante mucho tiempo ellos anunciaron que la mediumnidad curadora se desarrollaría en proporciones excepcionales, para llamar la atención general, y nosotros felicitamos al señor Jacob por haber sido uno de los primeros en dar el ejemplo. No obstante, en este caso, como en todos los géneros de mediumnidad, para nosotros la persona se diluye ante el asunto principal.

Desde el momento en que el don de curar no es fruto del trabajo ni del estudio, así como tampoco de un talento adquirido, la persona que lo posee no puede atribuirse ningún mérito. Elogiamos a un gran artista o a un científico porque ellos deben a su propio esfuerzo lo que son; pero el médium mejor dotado no es más que un instrumento pasivo, del que los Espíritus se valen en un momento, y del que pueden prescindir después. ¿Qué sería el señor Jacob si perdiera su facultad, lo cual él prevé prudentemente? Sería lo que era antes: el músico de los zuavos; mientras que, pase lo que pase, al científico le quedará siempre la ciencia, y al artista su talento. Nos complace saber que el señor Jacob comparte estas ideas, de modo que nuestras reflexiones no van dirigidas a él. Tampoco dudamos de que él comparte nuestra opinión cuando afirmamos que el auténtico mérito de un médium, es decir, lo que en él se puede y se debe elogiar con razón, es el uso que hace de su facultad; es el cuidado, el sacrificio, el desinterés, con los cuales pone esa facultad al servicio de aquellos para los que puede ser de utilidad; es también la modestia, la simplicidad, la abnegación, la benevolencia que pone de manifiesto en sus palabras y que todas sus acciones justifican, porque esas cualidades le pertenecen por derecho propio. Por lo tanto, el médium no debe ser puesto en un pedestal –porque mañana podrá bajarse de él–, sino el hombre de bien, que sabe ser útil sin ostentación y sin provecho para su vanidad.

El desarrollo de la mediumnidad curadora necesariamente tendrá consecuencias muy importantes, que serán objeto de un estudio especial y profundo en un próximo artículo.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 11 Noviembre de 1866

Mahoma y el islamismo

(2.° artículo. Véase el número de agosto de 1866.)

En Medina, Mahoma hizo construir la primera mezquita, en la que trabajó con sus propias manos y organizó un culto regular. La primera vez que oró allí fue en el año 623. Todas sus iniciativas daban cuenta de su solicitud y su previsión: "Un rasgo a la vez característico del hombre y de su época –dice Barthélemy Saint-Hilaire- radica en la elección de tres poetas de Medina, a quienes Mahoma designó oficialmente para que lo defendieran de las sátiras compuestas por los poetas de La Meca. Es probable que su amor propio no fuera más excitable de lo conveniente, pero en una nación ingeniosa e intensa, esos ataques generaban una repercusión análoga a la que producen actualmente los periódicos, y eran muy peligrosos".

Hemos dicho que Mahoma se había visto obligado a ser guerrero. En efecto, no poseía en absoluto un carácter belicoso, y así lo había demostrado los cincuenta primeros años de su vida. Ahora bien, apenas dos años después de que Mahoma

se radicara en Medina, los coraichitas de La Meca sitiaron la ciudad, aliados con el resto de las tribus hostiles. Mahoma debió defenderse. Entonces comenzó su etapa guerrera, que duró diez años, y durante la cual se reveló especialmente como un hábil estratega. En un pueblo cuyo estado normal era la guerra, y que no tenía otro derecho más que el de la fuerza, hacía falta que el jefe de la nueva religión afirmara su autoridad mediante el prestigio de la victoria, incluso ante sus propios partidarios. La persuasión no ejercía demasiado dominio sobre esos pueblos ignorantes y turbulentos. La mansedumbre habría sido interpretada como un signo de debilidad. Él consideraba que el Dios fuerte sólo podía manifestarse a través de un hombre fuerte, y que el Cristo, con su dulzura inalterable, habría fracasado en esas tierras.

Así pues, Mahoma fue guerrero por la fuerza de las circunstancias, más que por su carácter, y siempre tendrá el mérito de no haber sido el provocador. Iniciada la lucha, debía vencer o morir. Sólo bajo esa condición podían aceptarlo como el enviado de Dios. Era necesario que sus enemigos fueran abatidos para que se convencieran de la superioridad de su Dios respecto de los ídolos que ellos adoraban. Excepto uno de los primeros combates, en el que Mahoma recibió una herida y los musulmanes fueron derrotados, en el año 625, sus ejércitos siempre obtuvieron la victoria, de modo que en el transcurso de algunos años, toda Arabia se sometió a su ley. Cuando verificó que su autoridad se hallaba firme y que la idolatría había sido aniquilada, Mahoma ingresó triunfalmente en La Meca, después de diez años de exilio, seguido por casi cien mil peregrinos, lo que constituyó la célebre peregrinación denominada del *adiós*, cuyos ritos los musulmanes han conservado escrupulosamente. Mahoma murió ese mis-

mo año, dos meses después de su regreso de Medina, el 8 de junio de 632, a los sesenta y dos años de edad.

Es preciso juzgar a Mahoma conforme a la historia auténtica e imparcial, y no según las leyendas ridículas que la ignorancia y el fanatismo difundieron acerca de él, o a partir del retrato hecho por quienes tenían interés en desprestigiarlo y lo presentaban como un ambicioso sanguinario y cruel. Tampoco hay que hacerlo responsable de los excesos cometidos por sus sucesores, que pretendieron convertir el mundo a la fe musulmana con el sable en la mano. No cabe duda de que Mahoma cometió faltas graves en la última etapa de su vida. Se le puede reprochar que en algunas circunstancias haya abusado del derecho del vencedor, y que no siempre procediera con la moderación esperable. Sin embargo, más allá de algunos actos que nuestra civilización rechaza, debemos decir en su descargo que muy a menudo Mahoma se mostró, respecto de sus enemigos, más humano y clemente que vengativo, y que en numerosas oportunidades demostró una auténtica grandeza de alma. También debemos reconocer que, incluso en medio de sus éxitos, cuando había alcanzado la cima de la gloria, y hasta sus últimos días, se mantuvo en el rol de profeta, sin jamás usurpar una autoridad temporal despótica. No se convirtió en rey ni en potentado, y nunca mancilló su vida privada con un acto de gélida barbarie o de codicia mundana. Siempre vivió con sencillez, sin fasto ni lujo, y se mostró bueno y benévolo para con todo el mundo. Esa es la historia.

Si nos remitimos a la época y el medio en los que Mahoma vivía, y si consideramos, sobre todo, las persecuciones de las que él y sus seguidores fueron objeto, así como el encarnizamiento de sus enemigos, y los actos de barbarie que estos cometieron contra sus partidarios, ¿podemos asombrarnos de

que en la euforia del triunfo hubiera aplicado represalias? ¿Es correcto censurarlo por haber fundado su religión a hierro y fuego, en un pueblo bárbaro que lo combatía, toda vez que la Biblia registra, como hechos gloriosos para la fe, unas carnicerías tan atroces que uno se ve tentado a pensar que son leyendas? ¿Es correcto censurarlo cuando, mil años después de él, en los países civilizados de Occidente, los cristianos, cuya guía era la sublime ley de Cristo, se abalanzaban sobre víctimas pacíficas, sofocando las herejías con hogueras, torturas, masacres, y en ríos de sangre?

Si bien la función guerrera de Mahoma fue una necesidad para él, y ese rol puede excusarlo de haber cometido ciertos actos políticos, no ocurre lo mismo en otros aspectos. Hasta la edad de cincuenta años, y mientras vivió su esposa Jadiya, que era quince años mayor que él, las costumbres de Mahoma fueron irreprochables. Pero a partir de ese momento, sus pasiones no tuvieron freno, y es indiscutible que para justificar tales abusos consagró la poligamia en su religión. Ese fue su más grave error, pues se trata de una barrera que colocó entre el islamismo y el mundo civilizado; a tal punto que, doce siglos después, su religión no ha podido traspasar los límites de ciertas razas. Ese es también el aspecto en el que su fundador más se rebaja desde nuestro punto de vista: los hombres de genio pierden siempre su prestigio cuando se dejan dominar por la materia. En cambio, crecen tanto más cuanto más se elevan sobre las debilidades humanas.

No obstante, la corrupción de las costumbres era tanta en la época de Mahoma, que una reforma radical habría sido muy difícil en hombres habituados a entregarse a sus pasiones con una brutalidad bestial. Por eso, podemos decir que, al reglamentar la poligamia, Mahoma puso límites al desor-

den y contuvo los abusos más graves. Con todo, la poligamia no deja de ser el gusano devorador del islamismo, porque es contraria a las leyes de la naturaleza. Mediante la igualdad numérica de los sexos, la naturaleza misma pone un límite a las uniones. Al autorizar cuatro mujeres legítimas, Mahoma no consideró que, a fin de que su ley fuera de aplicación universal, el sexo femenino debería ser al menos cuatro veces más numeroso que el masculino.

A pesar de sus imperfecciones, el islamismo ha sido un gran beneficio para la época en que apareció, así como para la región que lo vio nacer, porque fundó el culto de la unidad de Dios sobre las ruinas de la idolatría. Era la única religión posible para esos pueblos bárbaros a los que no se podía pedir grandes sacrificios respecto de sus ideas y sus costumbres. Necesitaban algo simple, como la naturaleza en la que vivían. La religión cristiana tenía demasiadas sutilezas metafísicas, razón por la cual todos los intentos realizados durante cinco siglos para implantarla en esa región habían fracaso por completo. Incluso el judaísmo, demasiado discutidor, había hecho pocos prosélitos, a pesar de que entre los árabes había bastantes judíos. Mahoma, que era superior a los de su raza, comprendía a los hombres de su tiempo, de modo que, para sacarlos de la bajeza en la que los mantenían groseras creencias rebajadas a un estúpido fetichismo, les dio una religión apropiada para sus necesidades y su carácter. Esa religión era la más simple de todas: "Creencia en un Dios único, todopoderoso, eterno, infinito, omnipresente, clemente y misericordioso, creador de los cielos, de los ángeles y de la Tierra; Padre del hombre, sobre el cual vela y al cual colma de bienes; remunerador y vengador en otra vida, donde nos espera para recompensarnos o castigarnos conforme a nuestros méritos; ve nuestras más

secretas acciones, y preside el destino de sus criaturas, a las que no abandona un solo instante, ni en este mundo ni en el otro; la más humilde sumisión y una confianza absoluta en su santa voluntad". Estos son sus dogmas.

El culto consiste en realizar plegarias cinco veces por día, en el ayuno y las mortificaciones en el mes de *ramadán*, así como en algunas otras prácticas, muchas de las cuales tenían un propósito higiénico, pero que Mahoma convirtió en una obligación religiosa, tales como las abluciones diarias, no tomar vino ni otras bebidas alcohólicas, y no comer carne de determinados animales, pero que los fieles adoptaron hasta en sus mínimos detalles como una cuestión de conciencia. Se fijó el viernes como día sagrado de la semana, y La Meca fue el lugar designado hacia el cual todo musulmán debe orientarse al momento de orar. El servicio público de las mezquitas consiste en las oraciones comunes, sermones, lectura y explicación del Corán. En cuanto a la circuncisión, Mahoma no la instituyó, pero la mantuvo, pues los árabes la practicaban desde tiempos inmemoriales. La prohibición de representar a los seres vivos, hombres o animales, mediante la pintura o la escultura, se proponía acabar con la idolatría e impedir que resurgiera. Por último, la peregrinación a La Meca, que todo fiel debe realizar al menos una vez en la vida, es un acto religioso; pero en esa época tenía una finalidad política: aproximar mediante un vínculo fraternal a las diversas tribus enemigas, para reunirlas en un sentimiento común de piedad en torno a un mismo lugar consagrado.

Desde el punto de vista histórico, la religión musulmana admite el Antiguo Testamento en su totalidad, incluido Jesucristo, al que reconoce como profeta. Según Mahoma, Moisés y Jesús eran enviados de Dios para enseñar la verdad

a los hombres. El Evangelio, al igual que la ley del Sinaí, es la palabra de Dios; pero los cristianos alteraron su sentido. Mahoma señala, en términos explícitos, que no propone creencias nuevas, ni un culto nuevo, sino que viene a restablecer el culto del Dios único profesado por Abraham. Solo se refiere a los patriarcas y a los profetas que lo precedieron: Moisés, David, Isaías, Ezequiel y Jesucristo; así como al Pentateuco, los Salmos y el Evangelio. Esos son los libros que antecedieron y prepararon el advenimiento del Corán. Lejos de ocultar el empleo de dichos textos, se jacta de eso, pues la grandeza de estos es el fundamento de la suya. Es posible evaluar los sentimientos de Mahoma y el carácter de sus enseñanzas a través del siguiente fragmento, que forma parte del discurso que pronunció en La Meca en oportunidad de la peregrinación del adiós, poco antes de morir, y que se conservó en las obras de Ibn Ishaq e Ibn Hisham:

"¡Oh pueblos! Escuchad mis palabras, pues ignoro si otro año podré volver a encontrarme con vosotros en este lugar. Sed humanos y justos entre vosotros. Que la vida y la propiedad de cada uno sean inviolables y sagradas para los demás; que aquel que haya recibido un préstamo lo devuelva fielmente a quien se lo otorgó. Os presentaréis ante vuestro Señor, y Él os pedirá cuentas de vuestras acciones. Tratad bien a las mujeres; ellas son vuestras auxiliares y nada pueden por sí solas. Las habéis tomado como un bien que Dios os ha confiado, y habéis tomado posesión de ellas con palabras divinas.

"¡Oh pueblos! Escuchad mis palabras y registradlas en vuestras almas. Os lo he revelado todo. Os dejo una ley que os preservará para siempre del error, en caso de que os mantengáis fieles a ella. Es una ley clara y positiva, el libro de Dios y el ejemplo de su profeta.

”¡Oh pueblos! Escuchad mis palabras y registradlas en vuestras almas. Sabed que cada musulmán es hermano de otro musulmán; que todos los musulmanes son hermanos entre sí, que sois todos iguales y nada más que una familia de hermanos. Guardaos de la injusticia; nadie debe cometerla en detrimento de su hermano, pues significaría vuestra eterna perdición.

”¡Oh Dios! ¿Habré dado mi mensaje y finalizado mi misión? (La multitud que lo rodeaba le respondió: ‘Sí, la has cumplido’.) Y Mahoma exclamó: ‘¡Oh Dios, dígnate recibir este testimonio!’.”

Veamos a continuación lo que opina acerca de Mahoma y de la influencia de su doctrina uno de sus historiadores, el señor G. Weil, en su obra alemana cuyo título es: *Mohammet der Prophet*, páginas 400 y siguientes:

“La doctrina de Dios y de los sagrados destinos del hombre, predicada por Mahoma en un país que se hallaba librado a la más brutal idolatría, y que apenas tenía una idea de la inmortalidad del alma, nos debe reconciliar con él tanto más cuanto que, a pesar de sus debilidades y sus faltas, su vida particular no podía ejercer sobre sus seguidores ninguna influencia perjudicial. Lejos de presentarse como modelo, siempre quiso que se lo considerada un ser privilegiado, al que Dios le permitía colocarse más allá de la ley común. De hecho, se lo veía cada vez más de ese modo especial.

”Seríamos injustos y estaríamos ciegos si no reconociéramos que su pueblo le debe también otro hecho verdadero y bueno. Mahoma reunió en una sola gran nación, sobre la creencia fraternal en Dios, a las innumerables tribus de árabes que hasta entonces eran enemigas unas de otras. En el lugar de la más violenta arbitrariedad, del derecho de la fuerza y de

la lucha individual, colocó un derecho inquebrantable que, a pesar de sus imperfecciones, siempre está en la base de todas las leyes del islamismo. Puso un límite a la venganza de sangre, que antes de él se extendía hasta los parientes más lejanos, y solo permitió que se aplicara en aquel a quien los jueces reconocieran como el asesino. Procedió bien sobre todo para con el sexo débil, no solamente porque prohibió que las hijas padecieran la atroz costumbre de que muchas veces sus propios padres las inmolaran, sino también porque protegió a las mujeres respecto de los parientes de sus maridos, ya que estos las incluían en sus herencias como si fueran un objeto material, y las defendió de los malos tratos de los hombres. Restringió la poligamia, pues los creyentes solo podían tener cuatro mujeres legítimas en vez de diez, como era habitual, sobre todo en Medina. Si bien no emancipó por completo a los esclavos, fue bueno para con ellos y los ayudó de muchas maneras. Respecto de los pobres, no solo recomendaba siempre la beneficencia, sino que estableció formalmente un impuesto, destinando a favor de ellos una parte especial de los botines y los tributos. Al prohibir el juego, el vino y las restantes bebidas alcohólicas, previno muchos vicios y excesos, así como peleas y disturbios.

"Aun cuando no lo consideremos un auténtico profeta, porque con miras a propagar su religión empleó medios violentos e impuros, además de que fue demasiado débil para someterse él mismo a la ley común, y porque se denominó el *sello* de los profetas, pese a que declaraba que Dios siempre podría sustituir por algo mejor lo que él había revelado, Mahoma tiene el mérito de haber introducido las más bellas doctrinas del Antiguo y del Nuevo Testamento en un pueblo que no había sido iluminado por ningún rayo de la fe, de

modo que en ese sentido debe ser considerado, incluso por los no mahometanos, un enviado de Dios".

A modo de complemento de este estudio, citaremos textualmente algunos pasajes del Corán, tomados de la traducción de Savary:

"¡En el nombre del Dios clemente y misericordioso. - Loado sea Dios, soberano de los mundos.- La misericordia es su dádiva - Él es el rey en el día del juicio. - Te adoramos, Señor, e imploramos tu asistencia. - Guíanos por el camino de la salvación, - por el camino de aquellos a los que has colmado de beneficios, - de aquellos que no han merecido tu cólera y que se han preservado del error." (*Introducción*, Sura I.)

"¡Oh mortales! Adorad al Señor que os ha creado, a vosotros y a vuestros padres, para que tengáis temor de Él, que os ha dado la tierra por lecho y el cielo por techumbre; que hizo bajar la lluvia de los cielos, para producir los frutos con que os alimentáis. No atribuyáis socios al Altísimo; ya lo sabéis." (Sura II, v. 19 y 20.)

"¿Por qué no creéis en Dios? Estabais muertos, y Él os dio la vida. Él extinguirá vuestros días y volverá a encender vuestra llama. Y volveréis a Él. - Él creó para refugiaros cuanto hay en la tierra. Y luego dirigió su mirada hacia el firmamento e hizo los siete cielos. Él, cuya ciencia abarca el universo." (Sura II, v. 26 y 27.)

"El Oriente y el Occidente pertenecen a Dios. Adondequiera que os volváis, allí veréis su rostro. Él llena el universo con su inmensidad y su ciencia. - Él formó la tierra y los cielos. ¿Quiere Él producir alguna cosa? Dice: 'Hágase'. Y la cosa es hecha. - Los ignorantes dicen: 'Si Dios no nos habla, o si no nos haces ver un milagro, no creeremos'. Lo mismo

decían sus padres. Sus corazones son iguales. Hemos hecho brillar bastantes prodigios para los que tienen fe." (Sura II, v. 109 a 112.)

"Dios no pedirá a nadie nada que esté más allá de sus fuerzas. Cada uno tendrá a su favor sus buenas obras; y en su contra, el mal que haya hecho. Señor, no castigues nuestras faltas cometidas por olvido. Perdona nuestros pecados; no nos impongas una carga como la que llevaban nuestros padres. No nos impongas una carga superior a nuestras fuerzas. Haz que brillen para tus servidores el perdón y la indulgencia. Ten compasión de nosotros. Tú eres nuestro protector. Auxílianos contra las naciones infieles." (Sura II, v. 286.)

"¡Oh! Dios, rey supremo, tú das y tú quitas cuando quieres tus coranas y tu poder. Tú exaltas y tú humillas a los humanos cuando quieres. En tus manos está el bien: eres el Todopoderoso. - Tú conviertes el día en noche, y la noche en día. Tú haces que la vida salga del seno de la muerte, y la muerte del seno de la vida. Tú provees tus tesoros infinitos a quien quieres." (Sura III, v. 25 y 26.)

"¿Ignoráis cuántos pueblos hemos hecho desaparecer de la faz de la tierra? Les habíamos dado un imperio más estable que el vuestro. Les enviamos las nubes para que lloviera sobre sus campos; hicimos que fluyeran sus ríos. Sus crímenes fueron la causa de su ruina. Los reemplazamos por otras naciones." (Sura VI, v. 6.)

"A Dios le debéis el sueño de la noche y el despertar de la mañana. Él sabe lo que hacéis durante el día. Os deja terminar la carrera de la vida. *Volveréis* a Él y os mostrará vuestras obras. - Él domina a sus servidores. Os envía ángeles de la guarda encargados de terminar vuestros días en el momento indicado. Ellos ejecutan cuidadosamente la orden del Cielo. -

Pronto *volveréis* ante el Dios de la verdad. ¿No es a Él a quien toca juzgar? Él es el más preciso de los jueces. - ¿Quién os libra de las tribulaciones de la tierra y de los mares, cuando, al invocarlo en público o en el secreto de vuestros corazones, exclamáis: 'Señor, si nos libras de estos males, te lo agradeceremos'. - Dios os libra de todo eso. Su bondad os alivia de la pena que os oprime. Pero enseguida volvéis a la idolatría." (Sura VI, v. 60 a 64.)

"Todos los secretos se develan ante Él: el Altísimo es grande. - Conoce por igual al que habla en secreto o al que habla en público, al que se oculta en las sombras de la noche o al que se muestra a pleno día. - Él es quien os hace ver el brillo del relámpago, para inspiraros el temor y la esperanza. Él es quien eleva las nubes cargadas de lluvia. - El trueno celebra sus alabanzas a Él. Los ángeles tiemblan en su presencia. Él arroja el rayo para herir a las víctimas señaladas. - La verdadera invocación es la que se dirige a Él. Los que imploren a otros dioses no serán escuchados. Se parecen al viajero que, urgido por la sed, extiende la mano hacia el agua y no puede alcanzarla. La invocación de los infieles se pierde en la noche del error." (Sura XIII, v. 10 a 15.)

"Nunca digáis: 'Lo haré mañana', sin agregar: 'Si es la voluntad de Dios'. Eleva hacia Él tu pensamiento, cuando hayas olvidado algo, y di: 'Tal vez Él me ilumine y me haga conocer la verdad'." (Sura XVIII, v. 23.)

"Si las olas del mar se convirtieran en tinta para describir las alabanzas al Señor, se agotarían antes de haber celebrado todas sus maravillas, y otro océano semejante tampoco alcanzaría." (Sura XVIII, v. 109.)

"Quien busca la verdadera grandeza, la encuentra en Dios, fuente de todas las perfecciones. Las palabras virtuosas se ele-

van hacia su trono. Él realza las buenas obras. En cambio, castiga rigurosamente al villano que trama perfidias.

”No, el Cielo no revoca jamás la sentencia que ha pronunciado. ¿No han recorrido la tierra y visto el final deplorable de los pueblos que antes de ellos andaban por los caminos de la iniquidad? Esos pueblos eran más fuertes y más poderosos que ellos. Pero nada, ni en los cielos ni en la tierra, puede escapar a la voluntad del Altísimo. La ciencia y la fuerza son sus atributos. - Si Dios castigara a los hombres desde el momento en que resultan culpables, no quedaría ningún ser animado en la tierra. Difiere los castigos hasta un término señalado. - Y cuando llegue ese tiempo, Él distinguirá las acciones de sus servidores.” (Sura XXXV, v. 11, 41 a 45.)

Estas citas bastan para mostrar el profundo sentimiento de piedad que animaba a Mahoma, así como la idea grande y sublime que se formaba acerca de Dios. El cristianismo podría reivindicar esa descripción.

Mahoma no enseñó el dogma de la fatalidad absoluta, como se supone generalmente. Esa creencia, de la que están imbuidos los musulmanes, y que paraliza su iniciativa en muchas circunstancias, es tan solo una falsa interpretación y una falsa aplicación del principio de sumisión a la voluntad de Dios, principio que han impulsado más allá de sus límites racionales. No comprenden que esa sumisión no excluye el ejercicio de las facultades del hombre, de modo que para corregirse les hace falta esta máxima: “Ayúdate, y el Cielo te ayudará”.

Los siguientes pasajes aluden a puntos doctrinarios específicos:

"*Dios tiene un hijo* –dicen los cristianos–. ¡Lejos de Él esa blasfemia! Suyo es todo lo que está en los cielos y en la tierra. Todos los seres lo obedecen." (Sura II, v. 110.)

"¡Oh! Vosotros, que habéis recibido las Escrituras, no superéis los límites de la fe. No digáis de Dios sino la verdad. Jesús es hijo de María, es el enviado del Altísimo y es su Verbo. Él lo ha hecho descender al seno de María, y es el soplo de Dios. Creed en Dios y en sus apóstoles. Pero no digáis que hay una trinidad en Dios. Dios es uno: esta creencia será más segura para vosotros. Lejos de tener un hijo, Dios gobierna a solas el cielo y la tierra. Él se basta a sí mismo. - El Mesías no desdeñará ser el servidor de Dios, como tampoco los ángeles que rodean su trono y lo obedecen." (Sura IV, v. 169 y 170.)

"Quienes afirman la trinidad de Dios son blasfemos. Solo hay un Dios. Si no modifican su creencia, un suplicio doloroso será el precio de su impiedad." (Sura V, v. 77.)

"Los judíos dicen que Esdras es el hijo de Dios. Y los cristianos dicen lo mismo del Mesías. Hablan como los infieles que los precedieron. El Cielo castigará sus blasfemias. Han tomado por señores a sus pontífices, a sus monjes, y al Mesías, hijo de María. Pero se les recomendó servir a un solo Dios: pues salvo Él no hay otro. Anatema contra aquellos que los asocian a su culto." (Sura IX, v. 30 y 31.)

"Dios no tiene hijos. No comparte su imperio con otro dios. De no ser así, cada uno de ellos habría querido apropiarse de su creación y colocarse por encima de su rival. ¡Loado sea el Altísimo! ¡Lejos de Él esas blasfemias!" (Sura XXIII, v. 93.)

"Dinos, ¡oh! Mahoma, lo que el Cielo te ha revelado. - Una reunión de genios estaba escuchando la lectura del Corán, y decían: 'Esta es una doctrina maravillosa, - que conduce

al camino recto. Creemos en ella y no asociaremos a otro con Dios. - ¡Gloria a su majestad suprema! Dios no tiene esposa ni hijo'." (Sura LXXII, v. 1 a 4.)

"Decid: 'Creemos en Dios y en el libro que se nos ha enviado, en lo que se reveló a Abraham, a Ismael, a Isaac, a Jacob y a las doce tribus. Creemos en la doctrina de Moisés, de Jesús y de los profetas. No hacemos distinción entre ninguno de ellos, y somos musulmanes'." (Sura II, v. 130.)

"No hay más dios que el Dios viviente y eterno. - Él te ha enviado el libro que contiene la verdad, para confirmar la verdad de las Escrituras que lo precedieron. Antes, Él hizo descender el Pentateuco y el Evangelio como guía para los hombres; Él ha hecho descender el Corán desde los cielos. Los que nieguen la doctrina divina no deben atenerse más que a suplicios. Dios es poderoso y la venganza está en sus manos." (Sura III, v. 1 a 3.)

"A los que te dicen: 'Dios nos ha hecho jurar que no creeremos en ningún profeta, salvo cuando presente una ofrenda que sea confirmada por el fuego del cielo'. Respóndeles: 'Antes de mí, hubo profetas que hicieron milagros como los que pedís. ¿Por qué, pues, manchasteis vuestras manos con su sangre, si es verdad lo que decís?' - Y si ellos niegan tu misión, también trataron así a los apóstoles que te precedieron, aun cuando estos poseían el don de los milagros y aportaron el libro que ilumina (el Evangelio) y el libro de los Salmos." (Sura III, v. 179 a 181.)

"Te hemos inspirado, como hemos inspirado a Noé, a los profetas, a Abraham, a Ismael, a Isaac, a Jacob, a las tribus, a Jesús, a Job, a Jonás, a Aarón y a Salomón. Y dimos los Salmos a David." (Sura IV, v. 161.)

En muchos otros pasajes, Mahoma habla en el mismo sentido y con el mismo respeto acerca de los profetas, de Jesús y del Evangelio. Con todo, es evidente que interpreta mal el sentido que se asigna a la Trinidad y a la calidad de hijo de Dios, pues los toma al pie de la letra. Dado que ese misterio resulta incomprensible para muchos cristianos, y que ha generado entre ellos tantos comentarios y controversias, no debe sorprendernos que Mahoma no lo haya comprendido. En las tres personas de la Trinidad, Mahoma vio tres dioses, en vez de un solo Dios en tres personas distintas. En el hijo de Dios, vio una procreación. Ahora bien, la idea que él se formaba acerca del Ser supremo era tan grande, que la mínima paridad entre Dios y cualquier otro ser, así como la idea de que Dios podía compartir su poder, le resultaban una blasfemia. Como Jesús nunca se presentó como Dios, y nunca se refirió a la Trinidad, para Mahoma esos dogmas constituían una derogación de las palabras mismas de Cristo. Él vio en Jesús y en el Evangelio la confirmación del principio de la unidad de Dios: meta que él mismo perseguía. Por eso los tenía en gran estima, a la vez que acusaba a los cristianos de haberse apartado de sus enseñanzas cuando fraccionaron a Dios y deificaron a su Mesías. Esa es la razón por la cual Mahoma se considera a sí mismo como enviado después de Jesús, para que los hombres vuelvan a la unidad pura de la Divinidad. Toda la parte dogmática del Corán se apoya en ese principio, que él respeta a cada paso.

El islamismo echa sus raíces en el Antiguo y en el Nuevo Testamento, por lo que es una derivación de estos. Podemos considerarlo una de las numerosas sectas nacidas de las disidencias que desde el origen del cristianismo surgieron respecto de la naturaleza de Cristo, con la diferencia de que el islamismo, formado fuera del cristianismo, sobrevivió a la

mayoría de esas sectas, y actualmente cuenta con millones de seguidores.

Mahoma venía para combatir a ultranza, en su propia nación, la creencia en muchos dioses, a fin de restablecer en ella el culto abandonado del Dios único de Abraham y de Moisés. El anatema que arrojó contra los infieles y los impíos se proponía ante todo vencer la grosera idolatría que profesaban los de su raza, pero alcanzó de rebote a los cristianos. Tal es la causa del desprecio de los musulmanes hacia cualquiera que lleve el nombre de cristiano, a pesar de su respeto para con Jesús y el Evangelio. Ese desprecio se ha transformado en odio bajo la influencia del fanatismo, que es alimentado y sobreexcitado por sus sacerdotes. Digamos también que, por su lado, los cristianos no están exentos de culpa, porque ellos mismos han alimentado ese antagonismo con sus propias agresiones.

A la vez que culpaba a los cristianos, Mahoma no tenía sentimientos hostiles hacia ellos, y en el Corán recomienda tratarlos con respeto. No obstante, el fanatismo los ha englobado en la proscripción general de los idólatras y los infieles, cuya presencia no debe contaminar los santuarios del islamismo, razón por la cual tienen prohibido el ingreso a las mezquitas, a La Meca y al resto de los lugares sagrados. Lo mismo hicieron respecto de los judíos, y si Mahoma los castigó rudamente en Medina, fue porque se habían confabulado contra él. Además, en ninguna parte del Corán se impone como deber el exterminio de los judíos y de los cristianos, como se supone generalmente. Por lo tanto, sería injusto imputarle a Mahoma los estragos causados por el celo necio y los excesos de sus sucesores.

"Te hemos inspirado que abraces la religión de Abraham, que reconoce la unidad de Dios y que adora solamente su ma-

jestad suprema. - Emplea la voz de la sabiduría y la fuerza de la persuasión para conducir a los hombres hacia Dios. Combate con las armas de la elocuencia. Dios conoce perfectamente a los extraviados y a los que avanzan con las antorchas de la fe." (Sura XVI, v. 124 y 126.)

"Si te acusan de impostura, diles: 'Yo respondo de mis actos, y vosotros de los vuestros. Vosotros no seréis responsables de lo que yo haga, y yo soy inocente respecto de lo que vosotros hacéis'." (Sura X, v. 42.)

"Preguntan los infieles: '¿Cuándo se cumplirán tus amenazas? Señálanos un término, si es verdad lo que dices'. - Respóndeles: 'Los tesoros y las venganzas celestiales no están en mis manos. Sólo Dios es su dispensador. Cada nación tiene su término. Cuando ese término haya llegado, no podrá adelantarlo ni retrasarlo un instante'. (Sura X, v. 49 y 50.)

"Si niegan tu doctrina, sabes que los profetas llegados antes que tú sufrieron la misma suerte, a pesar de que los milagros, la tradición y el libro que ilumina (el Evangelio), demostraron la verdad de su misión." (Sura XXXV, v. 23.)

"La ceguera de los infieles te sorprende, y ellos se ríen de tu asombro. - En vano pretendes instruirlos: sus corazones rechazan la enseñanza. - Si vieran milagros, se burlarían de ellos; - los atribuirían a la magia." (Sura XXXVII, v. 12 a 15.)

Estas no son las disposiciones de un Dios sanguinario que ordena el exterminio. Mahoma no se convierte en el ejecutor de la justicia divina. Su función es instruir. Solamente a Dios le corresponde castigar o recompensar en este mundo y en el otro. El último párrafo parece escrito para los espíritas de la actualidad; a tal punto los hombres son siempre y en todas partes los mismos.

"Haced las oraciones; dad limosna. El bien que hagáis, lo encontraréis junto a Dios, porque Él ve vuestras acciones." (Sura II, v. 104.)

"Para ser piadoso, no basta con que volváis vuestro rostro hacia el Oriente y el Occidente. Es preciso creer en Dios, en el último día, en los ángeles, en el Corán y en los profetas. Es preciso, por el amor de Dios, ayudar a los parientes, a los huérfanos, a los pobres, a los viajeros, a los esclavos y a los mendigos. Es preciso hacer las oraciones, cumplir los compromisos contraídos, soportar con paciencia la adversidad y los males de la guerra. Esos son los deberes de los auténticos creyentes." (Sura II, v. 172.)

"Una palabra honrada y *el perdón de las ofensas* son preferibles a la limosna que se da después de cometer una injusticia. Dios es rico y clemente." (Sura II, v. 265.)

"Si vuestro deudor tiene dificultades para pagaros, dadle tiempo. Y si queréis obrar mejor aún, condonadle la deuda. ¡Si supierais!" (Sura II, v. 280.)

"La venganza debe ser proporcional a la injuria; pero el hombre generoso que perdona tiene su recompensa asegurada junto a Dios, que odia la violencia." (Sura XLII, v. 38.)

"Combatid a vuestros enemigos en la guerra emprendida por la religión, pero no seáis los primeros en atacar; Dios odia a los agresores." (Sura II, v. 186.)

"Por cierto, los musulmanes, los judíos, los cristianos y los sabeos, que creen en Dios y en el juicio final, *y que hagan el bien, recibirán la recompensa de sus manos*; estarán libres del miedo y de los suplicios." (Sura V, v. 73.)

"*No violentéis a los hombres a causa de su fe*. El camino de la salvación se distingue bastante del camino del error. El que

abjure del culto de los ídolos por la religión santa se abrazará a una columna indestructible. El Señor lo sabe y lo oye todo." (Sura II, v. 257.)

"Discutid con los judíos y con los cristianos sólo en términos *honestos y moderados*. Distinguid entre ellos a los que son impíos. Decidles: 'Creemos en el libro que nos ha sido revelado y en vuestras escrituras. Nuestro Dios y vuestro Dios no son sino uno. Nosotros somos musulmanes'." (Sura XXIX, v. 45.)

"*Los cristianos serán juzgados conforme al Evangelio*; quienes los juzguen de otro modo serán prevaricadores." (Sura V, v. 51.)

"Hemos dado el Pentateuco a Moisés. El pueblo hebreo debe marchar bajo su luz. *No tengas dudas de que encontrarás en el Cielo al guía de los israelitas*." (Sura XXXII, v. 23.)

"Si los jueces tuvieran la fe y el temor del Señor, borraríamos sus pecados; los introduciríamos en el jardín de las delicias. Si observaran el Pentateuco, el Evangelio, y los preceptos divinos, gozarían de todos los bienes. Hay algunos de ellos que andan por el camino del bien; pero la mayor parte son impíos." (Sura V, v. 70.)

"Di a los judíos y a los cristianos: 'Terminemos con nuestras diferencias; no admitamos más que a un solo Dios, y no lo asociemos con nada igual; que ninguno de nosotros tenga otro Señor más que Él'. Si se niegan a obedecer, decidles: 'Vosotros mismos seréis testigos de que nosotros somos creyentes'." (Sura III, v. 57.)

¡Estas son algunas máximas de caridad y de tolerancia que nos agradaría ver en todos los corazones cristianos!

"Te hemos enviado a un pueblo que fue precedido por otros pueblos, para que le enseñes nuestras revelaciones. Pero no creen en el Misericordioso. Diles: 'Él es mi Señor. No hay más Dios que Él. He confiado en su bondad. Volveré ante su tribunal'." (Sura XIII, v. 29.)

"Hemos dado a los hombres un libro en el que brilla la ciencia que debe iluminar a los fieles y proporcionarles la misericordia divina. - ¿Esperan el cumplimiento del Corán? El día que se cumpla, los que hayan olvidado sus máximas dirán: 'Los ministros del Señor nos predicaron la verdad. ¿Dónde encontraremos ahora intercesores? ¿Qué esperanza tenemos de *volver a la Tierra* para corregirnos?' Habrán perdido sus almas, y sus ilusiones se habrán esfumado." (Sura VII, v. 50 y 51.)

La palabra *volver* implica la idea de haber estado antes, es decir, de haber vivido antes de la existencia actual. Mahoma lo expresa muy bien cuando dice, en otra parte: "*Volveréis* ante Él, y Él os mostrará vuestras obras. *Volveréis* ante el Dios de verdad". Esa es la base de la doctrina de la preexistencia del alma; mientras que, según la Iglesia, el alma es creada en el momento del nacimiento del cuerpo. La pluralidad de las existencias terrestres no figura en el Corán de manera tan explícita como en el Evangelio; sin embargo, la idea de volver a vivir en la Tierra formaba parte del pensamiento de Mahoma, pues tal sería, según él, el deseo de los culpables a fin de enmendarse. Por consiguiente, él comprendía la utilidad de recomenzar una nueva existencia.

"Cuando se les pregunta: '¡Creéis en lo que Dios ha enviado del Cielo?', ellos responden: 'Creemos en las Escrituras que hemos recibido'. Pero rechazan el libro verdadero que

vino después, para poner el *sello* a sus libros sagrados. Diles: '¿Por qué, pues, si teníais la fe, habéis matado a los profetas?'." (Sura II, v. 85.)

"Muhammad no es el padre de ninguno de vosotros. Es el enviado de Dios y el *sello* de los profetas. La ciencia de Dios es infinita." (Sura XXXIII, v. 40.)

Al presentarse como el *sello* de los profetas, Mahoma anuncia que él es el último, que él es la conclusión, porque ha dicho toda la verdad. No vendrán otros después de él. Ese es un artículo de fe de los musulmanes. Así, desde el punto de vista religioso, ha cometido el error de todas las religiones que se consideran inmutables, incluso ante los progresos de las ciencias. Con todo, para Mahoma, eso era casi una necesidad, a fin de que pudiera afirmar la autoridad de su palabra frente a un pueblo que le había dado tanto trabajo para convertirlo a su fe. Desde el punto de vista social, también fue una equivocación, porque al tratarse de una legislación civil, además de religiosa, el Corán interpuso una barrera al progreso. Tal es la razón por la cual los pueblos musulmanes se han vuelto estacionarios –y seguirán así aún por mucho tiempo–, refractarios a las innovaciones y a las reformas que el Corán no contempla. Se trata de un ejemplo del inconveniente que existe cuando se confunden cosas que deben estar separadas. Mahoma no tomó en cuenta el progreso humano, lo cual es un error común en casi todos los reformadores religiosos. Por otra parte, no sólo tenía que reformar la fe, sino también el carácter, los hábitos y las costumbres sociales de esos pueblos, razón por la cual debió apoyar sus reformas en la autoridad de la religión, conforme lo hicieron todos los legisladores de los pueblos primitivos. No cabe duda de que la dificultad era

grande. No obstante, Mahoma deja una puerta abierta a la interpretación y a las modificaciones, cuando dice que "Dios siempre puede sustituir con algo mejor lo que él ha dado".

"Tenéis prohibido desposar a vuestras madres, a vuestras hijas, a vuestras hermanas, a vuestras tías paternas o maternas, a vuestras sobrinas, a vuestras nodrizas, a vuestras hermanas de leche, a las madres de vuestras mujeres, a vuestras hijastras que están bajo vuestra tutela y son nacidas de mujeres vuestras con las que hayáis consumado el matrimonio. Tampoco desposéis a las hijas de vuestros propios hijos, ni a dos hermanas a un tiempo. Tenéis prohibido desposar a mujeres casadas, excepto a las que hayan caído en vuestras manos como esclavas." (Sura IV, v. 27 y ss.)

Estas prescripciones nos dan una idea de la desmoralización de esos pueblos. Para verse obligado a prohibir tales abusos, era necesario que existieran.

"Esposas del Profeta, quedaos en vuestras casas. No os arregléis fastuosamente, como en los tiempos de la idolatría. Haced las oraciones y dad limosna. Obedeced a Dios y a su apóstol. Dios quiere alejar el vicio de vuestros corazones. Sois de la familia del Profeta, y debéis ser puras. - Mahoma: cuando Zeid repudió a su esposa, nosotros te unimos a ella para que los fieles tuvieran la libertad de desposar a las mujeres de sus hijos adoptivos, después de repudiarlas. El precepto divino debe cumplirse. - ¡Oh Profeta! Tienes permitido desposar a las mujeres a las que hayas dado dote, a las esclavas que Dios haya hecho caer en tus manos, a las hijas de tus tíos y de tus tías que han emprendido la huida contigo, y a toda mujer

fiel que te haya entregado su corazón. Es un privilegio que te otorgamos. - En adelante, no tomarás más mujeres; no podrás cambiarlas por otras, aunque te guste su belleza. Pero siempre se te permitirá frecuentar a tus esclavas. Dios todo lo observa." (Sura XXXIII, v. 37, 49 y 52.)

En esto, Mahoma realmente desciende del pedestal donde se encontraba. Es lamentable ver que caiga tan bajo después de elevarse tan alto, y que haga intervenir a Dios para justificar los privilegios que se reservaba con miras a satisfacer sus pasiones. Había concedido a los creyentes cuatro esposas legítimas, mientras que él se asignaba trece. El legislador debe ser el primer súbdito de las leyes que dicta. Esta es una mancha indeleble, que Mahoma arrojó sobre sí y sobre el islamismo.

"Esforzaos en merecer la indulgencia del Señor, y la posesión del Paraíso, vasto como los cielos y la tierra, preparado para los justos, - para los que dan limosna tanto en la prosperidad como en la adversidad, y que, dueños de los impulsos de su ira, saben perdonar a sus semejantes. Dios ama la benevolencia." (Sura III, v. 127 y 128.)

"A los fieles que hayan practicado la virtud, Dios ha prometido la entrada en jardines donde fluyen arroyos. Ahí se quedarán eternamente. Las promesas del Señor son verdaderas. ¿Qué es más infalible que su palabra?" (Sura IV, v. 121.)

"Habitarán eternamente en la morada que Dios les ha preparado, los jardines de delicias regados por arroyos, donde reinará la soberana beatitud." (Sura IX, v. 90.)

"Los jardines y las fuentes serán para los que temen al Señor. - Entrarán en ellos con paz y seguridad. - Extirparemos la envidia de sus corazones. Descansarán en lechos, y unos para

con otros tendrán una benevolencia fraternal. - El cansancio no los alcanzará en la morada de las delicias. Nunca serán expulsados de ella." (Sura XV, v. 45 a 48.)

"Los jardines del Edén serán la morada de los justos. Estos se adornarán con brazaletes de oro y perlas, y sus vestidos serán de seda. - Y exclamarán: 'Alabado sea Dios, que ha retirado de nosotros la tristeza; Él es misericordioso y compasivo. - Nos ha hospedado en el palacio eterno, morada de su magnificencia. Ni el cansancio ni el dolor tienen lugar en este refugio'." (Sura XXXV, v. 30 a 32.)

"Los moradores del Paraíso beberán a grandes tragos en la copa de la felicidad. - Recostados en lechos de seda, descansarán junto a sus esposas, bajo sombras encantadoras. - Tendrán todos los frutos. Se cumplirán todos sus deseos." (Sura XXXVI, v. 55 a 57.)

"Los verdaderos servidores de Dios tendrán un sustento selecto: - frutos deliciosos, y serán servidos con honores. - Los jardines de las delicias serán su refugio. - Imbuidos de una benevolencia mutua, descansarán en asientos. - Se les servirán copas llenas de un agua pura, - límpida y de sabor delicioso, - que no ofuscará su razón ni los embriagará. - Junto a ellos habrá vírgenes de mirada modesta, de grandes ojos negros, y cuya tez tendrá el color de los huevos de avestruz." (Sura XXXVII, v. 39 a 47.)

"Se dirá a los creyentes que hayan profesado el islamismo: 'Entrad en el jardín de las delicias, vosotros y vuestras esposas; abrid vuestros corazones al gozo'. - Se les dará de beber en copas de oro. El corazón encontrará en esa morada todo lo que desee, deleite de los ojos, y esos placeres serán eternos. - 'Ese es el Paraíso que recibisteis como premio por vuestras obras.

- Alimentaos con los frutos que en él crecen en abundancia'." (Sura XLIII, v. 69 a 72.)

Así es el famoso Paraíso de Mahoma con el que tanto se han entusiasmado, y que por cierto no haremos el intento de justificar. Diremos apenas que se hallaba en armonía con las costumbres de esos pueblos, a los cuales debía resultarles mucho más agradable que la perspectiva de un estado puramente espiritual, por más espléndido que fuera, porque eran demasiado materiales para comprenderlo y apreciar su valor. Necesitaban algo más sustancial, y podemos decir que fueron servidos a pedir de boca. Sin duda se notará que los ríos, las fuentes, los frutos abundantes y las sombras, desempeñan en ese Paraíso un papel muy importante, porque eso es lo que más necesitan los habitantes del desierto. También debían ser de gran atractivo los lechos mullidos y los vestidos de seda, para personas habituadas a dormir en el piso y a cubrirse con rústicas pieles de camello. Por más ridículo que nos parezca todo eso, consideremos el medio en que vivía Mahoma, y no lo censuremos demasiado, pues con la ayuda de este señuelo ha podido sacar a un pueblo de la barbarie y convertirlo en una gran nación.

En un próximo artículo veremos de qué modo el islamismo podrá sumarse a la gran familia de la humanidad civilizada.

Sonambulismo mediúmnico espontáneo

La última sesión de la Sociedad Espírita de París, antes del receso, ha sido una de las más notables del año, tanto por la cantidad y el alcance de las comunicaciones que se obtuvieron

en ella, como por la producción de un fenómeno espontáneo de sonambulismo mediúmnico. Hacia la mitad de la sesión, el Sr. Morin, miembro de la Sociedad y uno de los médiums habituales, se durmió espontáneamente bajo la influencia de los Espíritus: algo que nunca le había sucedido. Entonces, habló con fervor y elocuencia sobre un tema de suma gravedad y del mayor interés, acerca del cual nos ocuparemos posteriormente.

En la sesión de reapertura, que ocurrió el viernes 5 de octubre, se produjo un fenómeno análogo, pero de más amplias proporciones. En la mesa había trece médiums. Durante la primera parte, dos de ellos, la Sra. C… y el Sr. Vavasseur, se durmieron, como lo había hecho el Sr. Morin, sin que nadie los indujera ni pensara en eso, bajo la influencia de los Espíritus. El Sr. Vavasseur es el médium poeta que con la mayor facilidad obtiene notables poesías, varias de las cuales hemos publicado en esta *Revista*. El Sr. Morin también estaba a punto de dormirse. Ahora bien, esto es lo que ocurrió durante el sueño de los dos primeros, que duró casi una hora.

El Sr. Vavasseur, con voz grave y solemne, dice: "Toda voluntad, toda acción magnética, es y debe permanecer ajena a este fenómeno. Nadie debe hablarle a mi hermana, ni a mí". Al hablar de su hermana, se refería a la Sra. C…, es decir, a su hermana espiritual, dado que no son parientes. Después, se dirige al Sr. Morin, que se encontraba en el otro extremo de la mesa, extiende una mano hacia él, con un gesto imperativo, y le dice: "Te prohíbo que te duermas". En efecto, el Sr. Morin, que se hallaba casi dormido, se despertó por su cuenta. Además, da la recomendación expresa de que no toquemos a ninguno de los dos médiums.

El Sr. V…, continúa: "¡Ah! Siento aquí una corriente fluídica perjudicial, que me fatiga… Hermana: ¿la sufres también?" - La Sra. C…: "Sí." - El Sr. V…: "¡Mira! La Sociedad está muy concurrida esta noche. ¿Lo ves?" - La Sra. C…: "No muy claramente aún." - El Sr. V…: "Quiero que lo veas." - La Sra. C…: "¡Oh, sí! ¡Hay muchos Espíritus!" - El Sr. V…: "Sí, son muchos. ¡Es imposible contarlos…! Pero mira frente a ti. ¿No ves a un Espíritu luminoso, con una aureola más brillante…? ¡Parece que nos sonríe con benevolencia! Me dicen que es mi patrono (San Luis). Vamos, avancemos; vayamos los dos hacia él… ¡Oh! Tengo que reparar tantas faltas... (Ahora se dirige al Espíritu:) ¡Querido Espíritu! Cuando nací a la vida, mi madre me dio tu nombre. Después, recuerdo que esa pobre madre me decía a diario: ¡*Oh! Hijo mío, ruega a Dios; ora a tu ángel de la guarda; ora sobre todo a tu patrono.* Más tarde, lo olvidé todo… ¡Todo!... La duda, la incredulidad, me han perseguido; en mi perdición te desconocí, desconocí la misericordia de Dios… Ahora, querido Espíritu, vengo a pedirte el olvido del pasado y el perdón en el presente… ¡Oh! San Luis, tú ves mi dolor y mi arrepentimiento, ¡olvida y perdona!" (Estas últimas palabras fueron pronunciadas en un tono de desesperación desgarrador).

La Sra. C…: "No hace falta llorar, hermano… San Luis te perdona y te bendice… Los Espíritus buenos no tienen resentimiento contra los que vuelven de sus errores. ¡Él te perdona! ¡Te lo aseguro!... ¡Oh! ¡Este Espíritu es bueno!... ¿Ves? Nos sonríe. (Lleva su mano al pecho.) ¡Oh! ¡Cuánto daño hace sufrir así!

El Sr. V…: "Él me habla… ¡Escucha…! *Valor* –me dice–; *trabaja con tus hermanos. El año que comienza será fértil en grandes acontecimientos. Junto a vosotros surgirán grandes genios, poetas, pintores, literatos. La era de las artes sucede a la era*

de la filosofía. Si bien la primera ha hecho prodigios, la segunda hará milagros" (El Sr. V… se expresa con una vehemencia extraordinaria; se encuentra en el grado supremo del éxtasis).

La Sra. C…: "Cálmate, hermano. Pones demasiado fervor, y eso te hace mal. Cálmate".

El Sr. V… (prosigue): "*Pero ahí comienza la misión de vuestra Sociedad, misión muy importante y muy bella para los que la comprenden… Faro de la doctrina espírita, debe defenderla y propagar sus principios con todos los medios de que dispone. Por otra parte, su Presidente sabrá lo que debe hacer.* Ahora, hermana, él se aleja; aún nos sonríe; nos dice con la mano: *Hasta pronto…* Vamos; subamos, hermana; debes presenciar un espectáculo espléndido, un espectáculo que los ojos terrenales nunca han visto… ¡nunca…! ¡nunca…! Sube… sube… ¡Quiero que subas! (silencio). ¿Qué ves…? ¡Mira este ejército de Espíritus…! Ahí están los poetas, que nos rodean… ¡Oh! ¡Cantad también, cantad…! ¡Vuestro canto es el canto del Cielo, el himno de la Creación…! ¡Cantad…! Sus murmullos acarician mis oídos… y sus acordes adormecen mi espíritu… ¿No los oyes…?

La Sra. C…: "Sí, los oigo… Parecen decir que con el año espírita que comienza, también comienza una nueva etapa para el espiritismo… etapa brillante de triunfo y alegría para los corazones sinceros, pero de vergüenza y confusión para los orgullosos y los hipócritas. Para estos, las decepciones, el desamparo, el olvido, la miseria; para aquellos, la glorificación".

El Sr. V…: "Ellos lo han dicho ya, y ahora se confirma".

La Sra. C…: "¡Oh! ¡Qué júbilo! ¡Cuánta magnificencia! ¡Cuánto esplendor deslumbrante! Mis ojos apenas pueden soportar su brillo. ¡Qué suave armonía se deja oír e invade el

alma…! ¡Mira esos Espíritus buenos, que preparan el triunfo de la doctrina bajo la dirección de los Espíritus superiores y del gran Espíritu de Verdad…! ¡Cuán resplandecientes son, y cuánto habrá de costarles volver a habitar en un globo como el nuestro! Eso es doloroso, pero permite avanzar".

El Sr. V…: "¡Escucha…! ¡Escucha…! ¡Escucha, te lo pido!"

Entonces, el Sr. V… comienza a recitar los siguientes versos improvisados. Era la primera vez que componía poesía mediúmnica verbalmente. Hasta ese momento, las comunicaciones de ese género siempre habían sido impartidas espontáneamente por escrito:

Era una noche tormentosa;
el mar conducía sus muertos,
arrojando en la orilla
lúgubres acordes…
Un niño, aún pequeño,
de pie sobre un peñasco,
esperaba que la aurora
lo iluminara para andar,
para ir a la playa
en busca de su hermana
salva del naufragio,
con el corazón encantado.
¿Podría él, en esa playa,
verla como otrora,
sonriente e ingenua,
corriendo a su llamado?
Aquella noche horrible,
sobre las aguas extraviadas,

C'était un soir d'orage,
La mer roulait ses morts,
En jetant au rivage
De lúgubres accords!...
Un enfant, jeune encore,
Debout sur un rocher,
Attendait que l'aurore
L'éclairât pour marcher,
Pour aller à la plage
Redemander sa sœur
Echappée au naufrage,
Ou… ravie à son cœur.
Pourrait-il, sur la rive,
La voir, comme autrefois,
Souriante et naïve,
Accourir à sa voix?
Dans cette nuit horrible,
Sur les flots egarés,

esa mano invisible,
que los separó,
¿los reuniría acaso?
¡Fue vana la esperanza!
La aurora surgió bella,
pero… nada le dejó ver.
¡Nada… salvo restos de un naufragio
de un barco destruido!
Nada… excepto las olas que lavan
lo que la noche ensució.
El oleaje, con misterio,
corría acariciando,
espumoso y leve,
amenazando al abismo
que a su víctima ocultaba,
sofocando su sollozo,
¡y quería de su crimen
a las olas exculpar
ante la brisa quejumbrosa!
El niño, cansado de buscar,
de correr por la playa,
ya no podía andar…
Sofocado, sin aliento,
cojeando… golpeado… herido…
apenas sosteniéndose,
se había detenido
sobre una piedra ardiente
del peñasco desnudo,

Cette main invisible
Qui les a séparés,
Les réunira-t-elle?
Ce fut un vain espoir!
L'aurore se fit belle,
Mais… ne lui fit rien voir;
Rien… que la triste épave
D'un bâtiment détruit!
Rien… que le flot qui lave
Ce qu'il souilla la nuit.
La vague, avec mystère,
Effleurait en glissant,
Ecumeuse et légêre,
Le gouffre menaçant
Qui cachait sa victime,
Etouffait ses sanglots,
Et voulait de son crime
Faire excuser les flots
À la brise plaintive!
L'enfant, las de chercher,
De courir sur la rive,
Ne pouvait plus marcher…
Essoufflé, hors d'haleine,
Boiteux;… meurtri;… brisé;…
Se soutenant à peine,
Ils'était reposé
Sur la brûlante pierre
D'un rocher presque nu,

y elevaba una plegaria,	Et faisait sa prière,
cuando un desconocido pasa.	Quand passe un inconnu.
Sorprendido, este observa	Surpris, il le regarde
Que el niño con fe oraba.	Qui priait avec foi.
—¡Oh! hijo mío, Dios te guarde,	—Oh! Mon fils, Dieu te garde,
dijo él; ¡levántate…!	Dit-il; relève-toi!...
Ese Dios que ve tus lágrimas,	Ce Dieu qui voit tes larmes,
me puso en tu camino	M'a mis sur ton chemin
para calmar tus alarmas	Pour calmer tes alarmes,
¡y tenderte la mano!	Et te tendre la main!
Que nada te retenga;	Que rien ne te retienne;
mi hogar es tu hogar,	Mon foyer est le tien,
y mi familia es tu familia,	Ma famille est la tienne,
tu desgracia es la mía.	Ton malheur est le mien.
Ven; dime tu pesar;	Viens; dis-moi ta souffrance;
te abriré mi corazón,	Je t'ouvrirai mon cœur,
y en breve la esperanza	Et bientôt l'espérance
calmará tu temor.	Calmera ta frayeur.

(Se dirige a la Sra. C…): "¿Lo ves? ¡Él se detuvo! ¡Pero aún tiene que hablar…! ¡Sí, se aproxima…! Los sonidos se tornan más nítidos… Los escucho… ¡Ah!

Ese pobre niño… ¡soy yo!	Ce pauvre enfant… c'est moi!
Ese desconocido…	Cet inconnu…
(dirigiéndose al Sr. Allan Kardec)	
eres tú,	c'est toi,
¡Querido y honrado maestro!	Cher et honoré maître!
Tú, que me hiciste conocer	Toi qui me fis connaître
dos palabras: ¡eternidad!	Deux mots: … Eternité
e… ¡inmortalidad!	Et… Immortalité!

Dos nombres: uno, ¡Dios!;
el otro, ¡alma!
Uno, ¡foco!; el otro, ¡flama!
Y vosotros, amigos queridos,
en este lugar reunidos,
sois la familia
donde, ahora tranquilo,
debo terminar mis días.
¡Oh!... ¡Amadme siempre…!

Deux noms: l'un Dieu,
l'autre âme!
L'un foyer, l'autre flamme!
Et vous, mes chers amis,
En ce lieu réunis,
Vous êtes la famille
Oú désormais tranquille,
Je dois finir mes jours!
Oh!... Aimez-moi toujours!...

"Él huye… ¡Casimir Delavigne…! ¡Oh! ¡Querido Espíritu… todavía…! ¡Se fue…! Vamos, no soy bastante fuerte para presenciar este concierto divino… Sí, es demasiado bello… ¡es demasiado bello…!"

La Sra. C…: "Él habría seguido hablando si tú hubieras querido; pero tu exaltación se lo impidió. Estás quebrantado, moribundo, jadeante; no puedes hablar más".

El Sr. V…: "Sí, así me siento; aún es una debilidad (lo dice con un vivo sentimiento de pesar), y ¡debo despertarte…! muy pronto… ¿Por qué no quedarnos para siempre en este lugar? ¿Por qué volver a la Tierra…? Vamos, ya que es preciso, hermana, hay que obedecer sin quejarnos… Despierta, yo así lo quiero. (La Sra. C… abre los ojos.) A mí me puedes despertar agitando tu pañuelo. ¡Me sofoco! ¡Aire…! ¡Aire…!

Estas palabras y, sobre todo, los versos, fueron pronunciados con un énfasis, una efusión de sentimientos y un fervor expresivo, de los que solo las escenas más dramáticas y patéticas pueden dar una idea. La emoción de los presentes era general, porque se sentía que no era una declamación, sino que la propia alma hablaba desprendida de la materia…

Rendido de cansancio, el Sr. V… se vio obligado a dejar la sala, y permaneció exhausto durante mucho tiempo, dominado por una somnolencia de la que pudo salir poco a poco y por su cuenta, pues no quiso que nadie lo ayudara.

Esos hechos confirman las previsiones de los Espíritus acerca de las nuevas formas que no tardaría en asumir la mediumnidad. El estado de sonambulismo espontáneo, en el cual se desarrollan al mismo tiempo la mediumnidad parlante y la vidente, es, en efecto, una facultad nueva, en el sentido de que parece generalizarse; se trata de un modo particular de comunicación, que tiene su razón de ser en este momento, más que anteriormente.

Por otra parte, ese fenómeno sirve más como *complemento* de las instrucciones de los Espíritus, que como medio para convencer a los incrédulos, pues estos no verían en él otra cosa más que una comedia. Tan solo los espíritas esclarecidos pueden, no solamente comprenderlo, sino descubrir en él las pruebas de la sinceridad o del charlatanismo, como en los demás tipos de mediumnidad; solo ellos pueden determinar lo que es útil en él, deduciendo sus consecuencias para el progreso de la ciencia, en la cual los hace ingresar más a fondo. Asimismo, esos fenómenos generalmente solo se producen en la intimidad; y ahí, además de que los médiums no tendrían ningún interés en simular una facultad inexistente, la superchería sería desenmascarada de inmediato.

Los matices de observación son aquí tan delicados y sutiles, que requieren una atención constante. En ese estado de emancipación, la sensibilidad y la impresionabilidad son tan intensas que la facultad no se puede desarrollar en todo su esplendor excepto bajo una influencia fluídica completamente simpática; una *corriente contraria* basta para alterarla, como el

aliento que empaña un espejo. La sensación penosa que siente el médium hará que este se repliegue, como la sensitiva ante la proximidad de la mano. Su atención se vuelve, entonces, en dirección a esa corriente desagradable; el médium capta el pensamiento que la originó, lo ve, lo lee, y cuanto más antipático lo siente, más se paraliza. ¡Júzguese a partir de eso el efecto que debe producir un conjunto de pensamientos hostiles! Así pues, este tipo de fenómenos no se presta *en absoluto* para las exhibiciones públicas, en las que la curiosidad es el sentimiento dominante, toda vez que no lo sea el de la malevolencia. Además, esos fenómenos requieren, de parte de los testigos, una prudencia extrema, porque no hay que perder de vista que en esos momentos el alma del médium apenas se encuentra unida al cuerpo mediante un frágil lazo, y que una conmoción puede causar, como mínimo, graves desórdenes en su organismo. Una curiosidad *indiscreta* y *brutal* puede dar lugar a las más funestas consecuencias. Por eso, nunca se obraría con exceso de precaución.

Cuando el Sr. V… dice, al comienzo, que "toda voluntad, toda acción magnética, es y debe permanecer ajena a este fenómeno", deja claro que solamente la acción de los Espíritus es su causa, y que nadie podría provocarlo. La recomendación de no hablar a ninguno de los dos médiums tenía como objetivo dejar que se entreguen por completo al éxtasis. Las preguntas habrían causado el efecto de detener el auge de sus Espíritus, pues los llevarían de regreso a lo terrenal y desviarían sus pensamientos del objeto principal. La exaltación de la sensibilidad también haría necesaria la recomendación de no tocarlos. El contacto habría causado una conmoción dolorosa y perjudicial para el desarrollo de la facultad.

De acuerdo con eso, se comprende por qué la mayoría de los hombres de ciencia quedan decepcionados cuando se los invita a constatar los fenómenos de este tipo. No es debido a su falta de fe –como ellos dicen– que los Espíritus se niegan a producir el efecto, sino que ellos mismo, por sus disposiciones morales, generan una reacción contraria; en vez de ajustarse a las condiciones del fenómeno, pretenden someter el fenómeno a sus propias condiciones. Quisieran encontrar en él la confirmación de sus teorías anti espiritualistas, porque para ellos solamente ahí está la verdad, y se sienten ofendidos, humillados, al recibir un desmentido a través de los hechos. Entonces, como no obtienen nada, o apenas obtienen cosas que contradicen su manera de ver, en lugar de reconsiderar su opinión, prefieren negar o decir que solo se trata de una ilusión. ¿Cómo podría ser de otro modo entre personas que no admiten la espiritualidad? El principio espiritual es la *causa* de fenómenos de un orden particular; buscar esa causa fuera de dicho principio sería como buscar la causa del rayo fuera de la electricidad. Dado que no comprenden las condiciones especiales del fenómeno, experimentan sobre el paciente como lo hacen sobre un frasco de productos químicos; lo torturan como si se tratara de una operación quirúrgica, con el riesgo de comprometer su vida o su salud.

El éxtasis, que es el nivel más elevado de la emancipación, exige tantas más precauciones cuanto que, en ese estado, el Espíritu, embriagado por el espectáculo sublime que tiene a la vista, generalmente no pide otra cosa más que permanecer donde está y dejar la Tierra por completo. Muchas veces, incluso, hace esfuerzos para romper el último lazo que lo mantiene atado al cuerpo; y si su razón no fuera bastante fuerte para resistir la tentación, se dejaría ir de buen grado. En tal

caso, hay que acudir en su auxilio con una firme voluntad, sacándolo de ese estado. Se comprende que aquí no hay una regla absoluta, y que es preciso obrar conforme a las circunstancias.

En ese sentido, uno de nuestros amigos nos ofrece un interesante tema de estudio.

En cierta oportunidad se había intentado magnetizarlo, pero inútilmente; desde hace algún tiempo, cae espontáneamente en el sueño magnético bajo la influencia de la más leve causa; basta con que escriba algunas líneas mediúmnicamente, y a veces con una simple conversación. Durante el sueño, tiene percepciones de un orden muy elevado; habla con elocuencia y profundiza con una lógica notable los temas más serios. Ve perfectamente a los Espíritus, pero su lucidez presenta diferentes grados, por los cuales pasa alternativamente; el grado más ordinario es un semiéxtasis. En ciertos momentos, se exalta, y si experimenta una viva emoción –lo que es frecuente–, exclama con una especie de terror, y a menudo en medio de la más interesante conversación: *¡Despertadme ahora mismo!* No hacerlo sería imprudente. Por fortuna, nos indicó el modo de despertarlo *instantáneamente*, que consiste en soplar con fuerza sobre su frente, dado que los pases magnéticos producen un efecto muy lento o nulo.

Acerca de su facultad, esta es la explicación que nos brindó uno de nuestros guías, con el auxilio de otro médium:

"El Espíritu del Sr. T… se ve impedido de alcanzar el auge debido a la prueba material que eligió. El instrumento que él utiliza –su cuerpo–, en el estado actual en que se encuentra, no es bastante manejable para que le permita asimilar los conocimientos necesarios, o utilizar los que posee, *motu proprio* y en estado de vigilia. Cuando él está dormido, su cuerpo deja

de ser un obstáculo y se convierte apenas en el *portavoz* de su propio Espíritu, o de aquellos Espíritus con los cuales se relaciona. La fatiga material, inherente a sus ocupaciones, así como la ignorancia relativa que padece en esta encarnación, toda vez que en cuestiones de ciencia no sabe más que lo que él se reveló a sí mismo, todo eso desaparece para dar lugar a una lucidez de pensamiento, a un alcance del razonamiento, y a una elocuencia excepcional, que son producto del desarrollo anterior de su Espíritu. La frecuencia de sus éxtasis simplemente tiene por finalidad habituar su cuerpo a un estado que, durante cierto periodo y con miras a un objetivo ulterior especial, podrá llegar a ser, de algún modo, normal. Cuando él pide que se lo despierte de inmediato, eso se debe a su deseo de cumplir estrictamente su misión. Encantado con las escenas sublimes que se le presentan, así como con el medio en que se encuentra, quisiera liberarse de los lazos terrenales y quedarse definitivamente entre los Espíritus. Su razón y su deber, que lo retienen en este mundo, combaten ese deseo; y por miedo a dejarse dominar y sucumbir a la tentación, os grita para que lo despertéis".

Dado que estos fenómenos de sonambulismo mediúmnico espontáneo deben multiplicarse, el objetivo de las instrucciones precedentes consiste en guiar a los grupos donde podrían llegar a producirse, tanto para la observación de esos hechos como para que se comprenda la necesidad de aplicar la máxima prudencia en tales casos. De lo que es preciso abstenerse de manera absoluta, es de transformarlos en objeto de experimentación y de curiosidad. Los espíritas podrán obtener de esos fenómenos grandes enseñanzas, adecuadas para esclarecer y fortificar su fe, pero –lo reiteramos– no serían de provecho para los incrédulos. Los fenómenos destinados a

convencer a estos últimos, y que pueden llegar a producirse abiertamente, son de otro orden, y entre ellos algunos tendrán lugar, e incluso ya se producen, al menos en apariencia, *fuera del espiritismo*. La palabra *espiritismo* asusta a los incrédulos; de ese modo, si no es pronunciada, eso será una razón más para que se ocupen de él. Así pues, los Espíritus son prudentes cuando a veces cambian la etiqueta.

La utilidad especial de esta mediumnidad se encuentra en la prueba de algún modo palpable que ella ofrece acerca de la independencia del Espíritu por su aislamiento de la materia. Como hemos dicho, las manifestaciones de este tipo esclarecen y fortifican la fe; nos ponen en contacto más directo con la vida espiritual. ¿Cuál es el espírita tibio o inseguro que se mantendría indiferente en presencia de hechos que, por decirlo de algún modo, le permiten tocar con el dedo la vida futura? ¿Cuál es el que podría seguir dudando de la presencia y la intervención de los Espíritus? ¿Cuál es el corazón bastante endurecido para no conmoverse con el aspecto del porvenir que se despliega ante él, y que Dios en su bondad le permite vislumbrar?

Pero esas manifestaciones tienen otra utilidad, más práctica, más actual, porque servirán más que otras para levantar el ánimo en los momentos duros que habremos de afrontar. En el momento de la tormenta nos sentiremos dichosos de sentir junto a nosotros a los protectores invisibles. Entonces, descubriremos el valor de esos conocimientos, que nos elevan por encima de la humanidad y de las miserias de la Tierra, que alivian nuestros pesares y temores, al hacer que veamos solamente lo que es importante, imperecedero y digno de nuestras aspiraciones. Se trata de un auxilio que Dios envía en el momento oportuno a sus fieles servidores, y es también

una señal de que los tiempos señalados han llegado. Sepamos aprovecharlo para nuestro adelanto. Agradezcamos a Dios por haber permitido que fuéramos esclarecidos a tiempo, y lamentémonos por los incrédulos, que se privan de esta inmensa y suprema consolación, porque la luz ha sido difundida para todos. Mediante la voz de los Espíritus, que hablan en toda la Tierra, Dios hace un último llamamiento a los empedernidos. Imploremos su indulgencia y su misericordia para los ciegos.

El éxtasis es, como hemos dicho, un estado superior de desprendimiento, del cual el estado sonambúlico es uno de los primeros grados, pero que no implica en modo alguno la superioridad del Espíritu. El desprendimiento más completo es, sin duda, el que sigue a la muerte. Ahora bien, vemos que en ese momento el Espíritu conserva sus imperfecciones y sus prejuicios, que comete errores, se engaña, e incluso manifiesta las mismas inclinaciones. Sucede que las buenas y las malas cualidades son inherentes al Espíritu, y no dependen de causas exteriores. Las causas exteriores pueden paralizar las facultades del Espíritu, que las recobra en el estado de libertad, pero son impotentes para otorgarle las que no tiene. El sabor de un fruto está en el propio fruto; sea lo que fuere que se haga con él, o dondequiera que se lo coloque, si es insípido por naturaleza, no se volverá sabroso. Lo mismo sucede con el Espíritu. Si el desprendimiento completo, después de la muerte, no lo convierte en un ser perfecto, con menos razón podrá llegar a serlo durante un desprendimiento parcial.

El desprendimiento extático es un estado fisiológico, indicio evidente de cierto grado de adelanto del Espíritu, pero no de una superioridad absoluta. Las imperfecciones morales que se deben a la influencia de la materia desaparecen junto con esa influencia, razón por la cual se observan, en general,

en los sonámbulos y en los extáticos, ideas más elevadas que en el estado de vigilia. No obstante, las que obedecen a la cualidad misma del Espíritu continúan manifestándose, a veces incluso con menos moderación que en el estado normal. Liberado de toda coerción, a veces el Espíritu da rienda suelta a sentimientos que, como hombre, procura disimular a los ojos del mundo.

De todas las tendencias malas, las más persistentes y que menos nos confesamos a nosotros mismo son los vicios radicales de la humanidad: el orgullo y el egoísmo, que engendran los celos, las mezquinas susceptibilidades del amor propio, la exaltación de la personalidad, que a menudo se revelan en el estado de sonambulismo. El desprendimiento no las genera, tan solo las desenmascara; están latentes, y se vuelven sensibles a consecuencia de la libertad del Espíritu.

Así pues, no esperemos encontrar en los sonámbulos y en los extáticos ninguna especie de infalibilidad, ni moral, ni intelectual. La facultad de que gozan puede ser alterada por las imperfecciones de su propio Espíritu. Sus palabras pueden ser el reflejo de sus pensamientos y sus sentimientos. Además, pueden sufrir los efectos de la obsesión, tanto como en el estado ordinario, y ser juguete de las más extrañas ilusiones por parte de los Espíritus frívolos o malintencionados, tal como lo demuestra la experiencia.

Por consiguiente, sería un error creer que las visiones y las revelaciones del extático no son otra cosa más que la expresión de la verdad. Como al resto de las manifestaciones, es preciso someterlas al tamiz del buen sentido y de la razón, distinguir lo bueno de lo malo, lo que es racional de lo que es ilógico. Si ese tipo de manifestaciones se multiplica, es mucho menos con el fin de brindarnos revelaciones extraordinarias, que de

proporcionarnos nuevos temas de estudio y de observación acerca de las facultades y las propiedades del alma, así como de darnos una nueva prueba de su existencia y de su independencia de la materia.

Consideraciones acerca de la propagación de la mediumnidad curadora

(Véase el artículo del mes precedente sobre el zuavo curador.)

En primer lugar, debemos introducir algunas rectificaciones en nuestra reseña acerca de las curaciones operadas por el señor Jacob. Sabemos a través de él mismo que la cura de la niña que se encontraba en La Ferté-sous-Jouarre, no se produjo en la plaza pública. Es cierto que el señor Jacob la vio en la plaza, pero la cura tuvo lugar en la casa de los padres, hacia donde él les pidió que se dirigieran. Tal circunstancia no modifica en nada el resultado, pero imprime a la acción un carácter menos excéntrico.

Por su parte, el señor Boivinet nos escribe: "Respecto de la proporción de enfermos curados, quise decir que, sobre cuatro mil, un cuarto no experimentó resultados, y que sobre el resto, es decir, tres mil, un cuarto fue curado y tres cuartos aliviado. A partir de otro párrafo del artículo, se podría suponer que yo afirmé la curación de miembros anquilosados. Lo que quise decir es que el señor Jacob había enderezado miembros encogidos, rígidos como si estuvieran anquilosados, pero nada más. Esto no quiere decir que no haya curado algunas anquilosis,

sino que simplemente lo ignoro. En cuanto a los miembros encogidos por dolores que paralizaban en parte la capacidad de movimiento, comprobé por último tres casos de cura instantánea: al día siguiente, uno de esos enfermos estaba totalmente curado; el otro podía moverse libremente, con un poco de dolor, pero al cual –según me dijo– se acostumbraría de buen grado para siempre. No he vuelto a ver al tercer enfermo".

Habría sido muy asombroso que el diablo no se hubiera metido en este asunto. Otra persona nos escribe desde una de las localidades en las que repercutieron las curaciones del señor Jacob: "Aquí hay una gran conmoción en la comuna y en la parroquia. La criada del señor cura se cruzó dos veces con el señor Jacob en la única calle de la aldea, por lo cual está convencida de que él es el diablo y de que la poseyó. La pobre mujer buscó refugio en una casa, donde estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios. Es cierto que el uniforme rojo del zuavo pudo hacerle creer que venía del Infierno. Al parecer, aquí se prepara una cruzada contra el diablo, a fin de evitar que los enfermos lo busquen para curarse".

¿Quién pudo sugerir a esa mujer la idea de que el señor Jacob es el diablo en persona, y que las curaciones son una astucia de su parte? ¿Acaso no se dijo a los pobres de una determinada ciudad que no debían recibir el pan y la limosna de los espíritas, porque se trataba de una seducción de Satán? ¿No se dijo, en otra parte, que era mejor ser ateo antes que volver a Dios gracias a la influencia del espiritismo, porque eso también era una treta del demonio? En todos los casos, al atribuirle tantas cosas buenas al diablo, han hecho todo lo necesario para rehabilitarlo ante la opinión pública. Lo más extraño es que con ideas semejantes todavía se nutre a poblaciones que quedan a pocas leguas de París. ¡Cómo será la

reacción cuando la luz se haga en esos cerebros fanatizados! Debemos convenir en que hay personas muy torpes.

Volvamos a nuestro tema: las consideraciones generales acerca de la mediumnidad curadora.

Hemos dicho, y no nos cansaremos de repetirlo, que existe una diferencia radical entre los médiums curadores y los que obtienen prescripciones médicas procedentes de los Espíritus. Estos últimos no difieren en nada de los médiums escribientes ordinarios, salvo por la especialidad de las comunicaciones que reciben. Los primeros curan solamente con la acción fluídica, en mayor o menor tiempo, a veces instantáneamente, y sin el empleo de ningún remedio. El poder curativo se encuentra por completo en el fluido purificado para el cual sirven de conductores. La teoría de ese fenómeno ha sido suficientemente explicada para demostrar que forma parte del orden de las leyes naturales, y que no tiene nada de milagroso. Es el producto de una aptitud especial tan independiente de la voluntad como el resto de las facultades mediúmnicas. No se trata de un talento que se pueda adquirir; no se forma a un médium curador como se forma a un médico. La aptitud de curar es inherente al médium, pero el ejercicio de la facultad solo se produce con la asistencia de los Espíritus. De ahí se sigue que, si los Espíritus no quieren asistirlo, o *ya no quieren* valerse de él, el médium será como un instrumento sin músico, y no obtendrá nada. Esto significa que puede perder instantáneamente su facultad, lo cual excluye la posibilidad de convertirla en una profesión.

Otro punto a considerar radica en que, como esta facultad se basa en leyes de la naturaleza, posee límites trazados por esas mismas leyes. Se comprende que la acción fluídica pueda devolverle la sensibilidad a un órgano que existe, deshacer y

eliminar un obstáculo para el movimiento y la percepción, cicatrizar una herida, porque en ese caso el fluido se convierte en un auténtico agente terapéutico; pero es evidente que no puede remediar la ausencia o la destrucción de un órgano, pues eso sería un verdadero milagro. De este modo, se le podrá devolver la vista a un ciego que padece amaurosis, oftalmia, leucoma o cataratas, pero no al que haya perdido los ojos. Por consiguiente, hay enfermedades que son totalmente incurables, y sería ilusorio creer que la mediumnidad curadora liberará a la humanidad de todas las enfermedades.

Además, hay que tomar en cuenta la variedad de matices que presenta dicha facultad, que se encuentra lejos de ser uniforme en todos los que la poseen. Se presenta con muy diversos aspectos. Debido al grado de desarrollo de su potencia, la acción es más o menos rápida, amplia o limitada. Un médium puede tener éxito respecto de ciertas enfermedades, sobre algunas personas y en determinadas circunstancias, así como fracasar por completo ante casos aparentemente idénticos a esos. Incluso pareciera que en algunos de ellos la facultad curadora alcanza a los animales.

En este fenómeno ocurre una auténtica reacción química, análoga a la que producen los medicamentos. Dado que el fluido actúa como agente terapéutico, su acción varía según las propiedades que recibe de las cualidades del fluido personal del médium. Ahora bien, de acuerdo con el temperamento y la constitución de este último, ese fluido se encuentra impregnado con diversos elementos, que le otorgan propiedades especiales: puede hallarse –para valernos de una comparación material– más o menos cargado de electricidad animal, de principios ácidos o alcalinos, ferruginosos, sulfurosos, disolventes, astringentes, cáusticos, etc. De ahí que resulte una

acción diferente de acuerdo con la naturaleza del trastorno orgánico. Por lo tanto, esa acción puede ser enérgica, muy poderosa en algunos casos, y nula en otros. Por eso los médiums curadores tienen especialidades: los hay que alivian los dolores o reparan un miembro, pero no pueden devolverle la vista a un ciego, y viceversa. Solo mediante la experiencia es posible conocer la especialidad y la extensión de esa aptitud. En principio, podemos decir que no existen médiums curadores universales, debido a que en la Tierra no existen hombres perfectos y cuya potencia sea ilimitada.

La acción es por completo diferente en el caso de la obsesión, y la facultad de curar no incluye la de liberar a los obsesos. El fluido curador actúa, de algún modo, materialmente sobre los órganos afectados, mientras que, en la obsesión, es necesario actuar moralmente sobre el Espíritu obsesor. Se requiere autoridad sobre él para lograr que se aleje. Así pues, se trata de dos aptitudes distintas, que no siempre se encuentran en la misma persona. La intervención del fluido curador resulta necesaria cuando la obsesión se complica con afecciones orgánicas, lo cual es bastante frecuente. Por lo tanto, puede haber médiums curadores impotentes ante la obsesión, y viceversa.

La mediumnidad curadora no viene a reemplazar a la medicina y a los médicos. Viene simplemente para demostrarles a estos últimos que hay cosas que ellos no saben, así como para invitarlos a que las estudien. Viene para decirles que la naturaleza cuenta con leyes y recursos que ellos ignoran; que el elemento espiritual, al que no reconocen, no es una quimera y que, cuando lo tomen en cuenta, abrirán nuevos horizontes para la ciencia y tendrán más éxito que nunca. Si esa facultad fuera el privilegio de un individuo, pasaría desaperci-

bida, se la consideraría una excepción, un efecto del azar –esa suprema explicación que no explica nada–, y la mala voluntad podría sofocar la verdad fácilmente. Pero cuando vean que los hechos se multiplican, estarán obligados a reconocer que solo pueden ocurrir en virtud de una ley; que si algunos hombres ignorantes tienen éxito donde los científicos fracasan, es porque estos no lo saben todo. Esto no perjudica en absoluto a la ciencia, que siempre será la impulsora y la consecuencia del progreso intelectual; sólo afecta al amor propio de los que la circunscriben a los límites de su saber y de la materialidad.

Entre todas las facultades mediúmnicas, la mediumnidad curadora es la que causará el mayor impacto cuando se propague, porque en todas partes hay enfermos, en gran cantidad, y a estos no los atrae la curiosidad, sino la necesidad imperiosa de alivio. Más que cualquier otra, esta facultad vencerá a la incredulidad tanto como al fanatismo, que en todas partes ve la intervención del diablo. La multiplicidad de hechos conducirá forzosamente al estudio de la causa *natural*, y de ahí resultará la destrucción de las ideas supersticiosas de hechicería, de poderes ocultos, de amuletos, etc. Si consideramos el efecto que un solo individuo produjo en los alrededores del campo militar de Châlons, con una multitud de personas sufridoras que acudieron desde diez leguas a la redonda, podremos evaluar lo que ocurriría si diez, veinte o cien individuos se presentaran en las mismas condiciones, tanto en Francia como en los demás países. Si a esos enfermos les dijerais que son juguetes de una ilusión, os responderían mostrándoos sus piernas restablecidas. ¿Y si les dijerais que son víctimas de charlatanes? Os dirían que no pagaron nada, y que no les vendieron ninguna droga. ¿Y si les dijerais que abusaron de su confianza? Os dirían que nadie les prometió nada.

También es la facultad que más escapa a la acusación de malabarismo y superchería. Desafía al escarnio, porque no hay nada ridículo en un enfermo que se curó tras ser desahuciado por la ciencia. El charlatanismo puede simular más o menos groseramente la mayoría de los efectos mediúmnicos, y la incredulidad siempre puede descubrir en ellos algún truco. Pero ¿cuál sería el truco de la mediumnidad curadora? Es posible lograr que algunos juegos malabares parezcan efectos mediúmnicos, y los efectos mediúmnicos más reales pueden parecer, para algunas personas, tan solo juegos malabares, pero ¿qué lograría la persona que pretendiera asumir indebidamente la calidad de médium curador? Una de estas dos cosas: curaría o no curaría. No hay simulacro que pueda suplir a una curación.

La mediumnidad curadora también escapa por completo a la ley que define el ejercicio ilegal de la medicina, toda vez que no prescribe ningún medicamento. ¿De qué modo se puede penalizar a alguien que cura mediante su propia influencia, secundado por la oración, y que además no pide nada a cambio de sus servicios? Ahora bien, la oración no es una sustancia farmacéutica. Según algunos, es una tontería absurda. Pero si la curación ocurriera después de esa tontería, ¿qué dirían? Nosotros decimos que una tontería que cura vale más que un remedio que no cura. Al señor Jacob le prohibieron que recibiera enfermos en el campo militar y que fuera en busca de ellos, y si se sometió afirmando que sólo reanudaría el ejercicio de su facultad cuando la prohibición se levantara oficialmente, lo hizo porque, al ser militar, quiso mostrarse como un escrupuloso observante de la disciplina, por más dura que esta fuera. Y procedió sabiamente, porque de ese modo ha demostrado que el espiritismo no conduce a la in-

subordinación; pero esta prohibición es un caso excepcional. Toda vez que esta facultad no es el privilegio de un individuo, ¿cómo se podría impedir su propagación? Si se propaga, habrá que aceptarla, quiérase o no, con todas sus consecuencias.

Puesto que la mediumnidad curadora depende de una disposición orgánica, muchas personas poseen al menos su germen, que se mantiene en estado latente por falta de ejercicio y desarrollo. Se trata de una facultad que muchos ambicionan, con razón, y si todos los que quisieran poseerla la solicitaran con fervor y perseverancia, mediante la oración, y con un fin exclusivamente humanitario, es probable que de ese conjunto saldría más de un auténtico médium curador.

No debe asombrarnos el hecho de que algunas personas, que a primera vista no parecen dignas de esa facultad, resulten favorecidas con tan valioso don. Ocurre que la asistencia de los Espíritus buenos está a disposición de todo el mundo, para que todos ingresen en el camino del bien. No obstante, esa asistencia se interrumpe si la persona no se torna digna de ella, mediante su mejoramiento. Ocurre aquí lo mismo que con los dones de la fortuna, que no siempre son para quienes más los merecen. En ese caso, se trata de una prueba, para evaluar el uso que se hace de ellos: dichosos los que resulten victoriosos.

Debido a la naturaleza de sus efectos, la mediumnidad curadora requiere imperiosamente la asistencia de los Espíritus *purificados*, que no podrían ser reemplazados por Espíritus inferiores. En cambio, hay efectos mediúmnicos para cuya producción la elevación de los Espíritus no es una condición necesaria, y que por esa razón se obtienen en mayor o menor medida en cualquier circunstancia. Algunos Espíritus incluso, menos escrupulosos que otros respecto de las condiciones,

prefieren los médiums que les inspiran simpatía. Con todo, por la obra se conoce al autor.

Por consiguiente, el médium curador tiene la absoluta necesidad de ganarse la asistencia de los Espíritus superiores, en caso de que pretenda conservar su facultad y hacer que esta se desarrolle. De lo contrario, en vez de crecer, esa facultad declinará y desaparecerá debido al alejamiento de los Espíritus buenos. La primera condición es que trabaje a favor de su propia purificación, para no alterar los fluidos saludables que está encargado de transmitir. Esa condición no podría cumplirse sin el más completo desinterés material y moral. El desinterés material es el más fácil de lograr, en tanto que el moral es el menos frecuente, porque el orgullo y el egoísmo son los sentimientos más difíciles de erradicar, y hay muchas causas que contribuyen a sobreexcitarlos en los médiums. Tan pronto como en uno de ellos se revelan facultades algo trascendentes –nos referimos aquí a los médiums en general: escribientes, videntes y otros–, las personas comienzan a buscarlo, lo adulan, y más de una vez el médium sucumbe ante esa tentación de la vanidad. Olvidó que sin los Espíritus no sería nada, de modo que pronto se considera indispensable: intérprete exclusivo de la verdad. Denigra a los otros médiums y prescinde de sus consejos. Ese médium está perdido, porque los Espíritus se encargan de demostrarle que pueden reemplazarlo por otros médiums mejor asistidos. Al comparar una serie de comunicaciones recibidas por el mismo médium, fácilmente se puede observar si él está creciendo o si decae. ¡Así es! ¡Cuántos son los médiums, de todos los géneros de mediumnidad, a los que triste y lamentablemente hemos visto caer sobre el terreno resbaladizo del orgullo y la vanidad! Por consiguiente, es de esperar que surja una infinidad de mé-

diums curadores, muchos de los cuales darán malos frutos y quedarán eclipsados después de emitir un brillo pasajero, a la vez que otros seguirán elevándose.

En tal sentido, veamos el ejemplo que uno de nuestros corresponsales nos refirió hace unos seis meses. En uno de los departamentos del sur, un médium, que se reveló como curador, había operado muchas curaciones notables, por lo que habían depositado en él grandes expectativas. Su facultad presentaba algunas particularidades, de modo que un grupo espírita tuvo la idea de realizar un estudio al respecto. Esta es la respuesta que obtuvieron de los Espíritus, y que nos remitieron en su momento. Puede servir de instrucción para todos:

"X… posee realmente la facultad de médium curador notablemente desarrollada. Por desgracia, como muchos otros, exagera demasiado su alcance. Es un joven excelente, lleno de buenas intenciones, pero un orgullo desmesurado y una visión extremadamente reducida respecto de los hombres y de las cosas harán que decaiga con rapidez. Su potencia fluídica es considerable, de modo que, bien utilizada y con el auxilio de la influencia moral, produciría excelentes resultados. ¿Sabéis por qué muchos de sus enfermos solo experimentan un bienestar momentáneo y que desaparece cuando él se retira? Porque obra solamente a través de su presencia, pero no le deja nada al espíritu del paciente, para que este pueda sobreponerse a los padecimientos del cuerpo.

"Cuando él se retira, no queda nada, ni siquiera su interés por el enfermo, pues deja de pensar en él, mientras que durante su ausencia podría continuar obrando directamente con su acción mental. Cree en su potencia fluídica, que es real, pero cuya acción no es persistente, porque no se halla corroborada por la influencia moral. Cuando tiene éxito, lo

satisfacen más los elogios que el hecho de curar. No obstante, es sinceramente desinteresado, porque se avergonzaría de recibir hasta la más mínima remuneración. Si bien no es rico, nunca se le ocurrió hacer de su facultad una fuente de recursos. Lo que pretende es que se hable de él. También carece de la afabilidad del corazón, que siempre atrae. Los que recurren a él se irritan por sus maneras, que no son fruto de la simpatía, y de lo cual resulta una falta de armonía que perjudica la asimilación de los fluidos. Lejos de calmar y apaciguar sus malas pasiones, las excita, aunque por falta de juicio supone que hace todo lo necesario para superarlas. Es un instrumento desafinado. Emite algunos sonidos armoniosos y benéficos, pero el conjunto, aunque no sea malo, resulta improductivo. No sirve a la causa tanto como podría, e incluso suele perjudicarla, porque con ese carácter hace que se aprecien muy mal los resultados. Es uno de esos que predican con violencia una doctrina de paz y ternura.

"*Pregunta*: En ese caso, ¿pensáis que él perderá su poder curador?

"*Respuesta*: Estoy seguro. Para evitarlo, debería detenerse a reflexionar seriamente acerca de sí mismo, y lamentablemente no creo que sea capaz de hacer eso. Los consejos serían superfluos, porque está convencido de que sabe más que todos. Tal vez podría aparentar que los escucha, pero no los seguiría. De ese modo, pierde doblemente el beneficio de una excelente facultad."

Los acontecimientos posteriores confirmaron esta previsión. Llegamos a saber que ese médium, después de una serie de fracasos que su amor propio debió sufrir, había renunciado a intentar nuevas curaciones.

El poder de curar es independiente de la voluntad del médium. Ese es un hecho que se conoce por experiencia. Sí dependen de él las cualidades con las que ese poder se vuelve fructífero y *duradero*. Esas cualidades consisten, sobre todo, en el compromiso, la abnegación y la humildad. El egoísmo, el orgullo y la codicia son barreras contra las cuales choca hasta la más bella facultad.

El auténtico médium curador, que comprende el carácter sagrado de su misión, es impulsado tan solo por el deseo del bien. En el don que posee no ve otra cosa más que un medio para volverse útil a sus semejantes, y no lo usa como un trampolín para elevarse sobre los otros y exhibirse. Es humilde de corazón, es decir, la humildad y la modestia en él son reales, sinceras, sin segundas intenciones, y no se encuentran solo en palabras que a menudo las acciones desmienten. A veces, la humildad es un manto con el que el orgullo se cubre, pero que a nadie podría engañar. El auténtico médium curador no busca brillo ni fama, ni la repercusión de su nombre, ni la satisfacción de su vanidad. En sus maneras no hay jactancia ni fanfarronería. No expone las curaciones que obtiene, mientras que el orgulloso las enumera con satisfacción y suele exagerarlas, hasta que acaba por convencerse de que hizo todo lo que cuenta.

Dichoso por el bien que hace, no lo es menos por el que hacen los demás. Dado que no se considera el primero ni el único capaz, no envidia ni denigra a ningún médium. Los que poseen esa misma facultad son para él hermanos que concurren al logro del mismo fin. Afirma que, cuantos más médiums haya, mayor será el bien que harán.

Su confianza en las propias fuerzas no llega hasta la presunción de considerarse infalible y, mucho menos, universal.

Sabe que otros pueden tanto como él, y más aún. Su fe radica en Dios más que en sí mismo, porque le consta que con Él todo lo puede, y que sin Él no puede nada. Por eso nunca hace promesas sin antes reservarse el permiso de Dios.

A la influencia material, le suma la influencia moral: el auxiliar poderoso que duplica su fuerza. Con su palabra bondadosa, da valor, levanta la moral, genera esperanza y confianza en Dios. Eso ya es parte de la curación, porque se trata de un consuelo que predispone para recibir el efluvio benefactor, o mejor dicho, el propio pensamiento bondadoso constituye un efluvio saludable. Sin la influencia moral, el médium sólo cuenta con la acción fluídica, que es material y, de algún modo, bruta, insuficiente en muchos casos.

Por último, respecto del médium que posee las cualidades del corazón, el enfermo se siente atraído por una simpatía que lo predispone a la asimilación de los fluidos, mientras que el orgullo, la falta de benevolencia, irritan y hacen que se experimente un sentimiento de repulsión que paraliza esa asimilación.

Estos son, pues, los caracteres del médium curador al que aman los Espíritus buenos. Esa es también la medida que puede servir para considerar el valor intrínseco de los médiums que surgirán, así como la extensión de los servicios que podrían prestar a la causa del espiritismo. Esto no quiere decir que todos ellos reunirán esas condiciones, y que el médium que no posea todas esas cualidades no podrá prestar momentáneamente servicios parciales, cuyo rechazo sería un error. El perjuicio será para él, porque cuanto más se aleje del modelo, menos podrá confiar en que su facultad se desarrolle, y más cerca estará de perderla. Los Espíritus buenos se vinculan solamente con los médiums que se muestran dignos de su protec-

ción, y la caída del orgulloso será tarde o temprano su castigo. El desinterés es incompleto sin no incluye el desinterés moral.

Suscripción para los inundados

La Sociedad de París, en su sesión inaugural anual del 5 de octubre, abrió una suscripción en beneficio de los inundados. Un primer desembolso, de 300 francos, se realizó en su nombre en las oficinas de *Le Moniteur Universel*. Las suscripciones continuarán recibiéndose en la oficina de la *Revista Espírita*.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

Año IX Número 12 Diciembre de 1866

El labriego Thomas Martin y Luis XVIII

Las revelaciones que un labriego de la Beauce hizo a Luis XVIII, poco después de la segunda restauración de los Borbones, tuvieron una inmensa repercusión en esa época, y su recuerdo no se ha borrado aún. Con todo, pocas personas conocen los detalles de aquel suceso, cuya clave sólo el espiritismo puede ofrecer actualmente, como lo hace con todos los hechos de ese género. Se trata de un tema de estudio muy interesante, más aún porque esos hechos, casi contemporáneos, son absolutamente auténticos, visto que quedaron registrados en documentos oficiales. Haremos un resumen suscinto de los mismos, aunque suficiente para evaluarlos.

Thomas-Ignace Martin era un pequeño labriego del pueblo de Gallardon, situado a cuatro leguas de Chartres. Había nacido en 1783, de modo que tenía treinta y tres años cuando tuvieron lugar los acontecimientos que vamos a referir. Murió el 8 de mayo de 1834. Era casado, padre de cuatro niños

pequeños, y en su comunidad gozaba de la reputación propia de una persona absolutamente honesta. Los reportes oficiales lo describen como un hombre sensato, si bien con una gran ingenuidad que era producto de su ignorancia, incluso acerca de las cosas más vulgares. De carácter suave y apacible, no se inmiscuia en ninguna intriga. Su rectitud en todo y un completo desinterés, de los cuales dio sobradas muestras, excluían cualquier idea ambiciosa de su parte. De tal modo, cuando regresó a su pueblo después de entrevistarse con el Rey, Martin retomó sus ocupaciones habituales como si nada hubiera pasado, e incluso evitó referirse a lo que le había ocurrido. Al salir de París, el director del hospital de Charenton debió esforzarse al máximo para que aceptara veinticinco francos destinados a los gastos del viaje. El año siguiente, su esposa quedó encinta por quinta vez, de modo que una persona, distinguida por su posición social y que conocía sus dificultades económicas, le ofreció a través de un tercero la suma de ciento cincuenta francos para que pudiera cubrir sus necesidades en esas circunstancias. Martin se rehusó, diciendo: "No puede ser que siempre me ofrezcan dinero a causa de las cosas que me ocurrieron. Si no me hubieran ocurrido, no hablarían de mí; ni siquiera me conocerían. Pero como *esas cosas no vienen de mí, no debo recibir nada por ellas.* Así pues, agradeced de mi parte a esa persona, pero no quiero recibir nada, a pesar de que no soy rico". En otras circunstancias, rehusó sumas aún más considerables, que le habrían permitido vivir con desahogo.

Martin era simple, pero no crédulo ni supersticioso. Practicaba sus obligaciones religiosas de manera precisa, pero sin exageración ni ostentación, dentro de los límites de lo necesario, y visitaba a su cura una vez al año como mucho. Por

consiguiente, en él no había santurronería ni sobreexcitación religiosa. Ni en sus hábitos ni en su carácter se observaba algo que pudiera exaltar su imaginación. Había visto con agrado la restauración de los Borbones, pero no se involucraba en política ni formaba parte de ningún partido. Dedicado completamente al trabajo en el campo, desde niño, Martin no leía libros ni periódicos.

En el caso que nos ocupa, se comprende fácilmente la importancia de estas informaciones respecto del carácter de Martin. Desde el momento en que a un hombre no lo motivan el interés, ni la ambición, ni el fanatismo, ni la credulidad supersticiosa, merece seriamente un voto de confianza. Ahora bien, veamos en resumen de qué modo tuvieron lugar los acontecimientos.

El 15 de enero de 1816, alrededor de las dos y media de la tarde, Martin se encontraba solo, ocupado en apagar la quema de un campo a tres cuartos de legua de Gallardon, en una zona muy desierta. De repente, se presentó ante él un hombre de unos cinco pies y una o dos pulgadas de altura, delgado, con el rostro afilado, delicado y muy blanco. Vestía un traje tipo levita o redingote, de color dorado, totalmente cerrado y largo hasta los pies. Sus zapatos estaban atados con cordones, y en la cabeza llevaba un sombrero de copa. Ese hombre dijo a Martin:

"Es necesario que vayas a ver al Rey y le digas que su vida corre peligro, al igual que la de los príncipes. Dile que hay personas malvadas que aún pretenden derrocar al gobierno; y que al respecto ya han circulado varios escritos o cartas en algunas provincias de sus Estados. Es necesario que ordene una vigilancia precisa y general en esos Estados, y sobre todo en la capital. Dile también que debe restaurar el día del Señor, para

que se lo santifique, porque gran parte de su pueblo desconoce ese día santo; de modo que esos días debe suspender la obra pública. Dile que ordene la realización de oraciones públicas para la conversión del pueblo; y que lo inste a la penitencia. Debe abolir y aniquilar todos los desórdenes que se cometen los días previos a la santa Cuaresma. Dile que si no hace todo eso, Francia sufrirá nuevas desgracias".

Martin, un tanto sorprendido ante una aparición tan súbita, le respondió: "Pero tú bien puedes buscar a otras personas para que se ocupen de ese cometido. ¡No seré yo quien vaya a hablar con el Rey con estas manos (tiznadas por el humo)!

—No –le replicó el desconocido–; irás tú.

—Pero si tanto sabes –insistió Martin–, tú mismo puedes ir a ver al Rey y decirle todo eso. ¿Por qué buscaste a un pobre hombre como yo, que no sabe explicarse?

—Yo no iré –le dijo el desconocido–, sino tú. Presta atención a lo que te digo, y harás todo lo que te ordeno.

Luego de esas palabras, Martin vio que el hombre desaparecía más o menos de este modo: sus pies parecieron elevarse del suelo, su cabeza se inclinó, y su cuerpo comenzó a hacerse cada vez más pequeño hasta que se desvaneció a la altura de la cintura, como si se hubiera fundido en el aire. Más asustado por ver esta manera de desaparecer que por la aparición súbita, Martin quiso huir, pero no pudo. Se quedó ahí contra su voluntad, y volvió al trabajo. La tarea debía prolongarse unas dos horas y media, pero Martin la concluyó en apenas una hora y media, lo cual redobló su estupor.

Tal vez resulten pueriles algunas de las recomendaciones que Martin debía transmitirle al Rey, sobre todo respecto a la observancia del domingo, habida cuenta del medio aparente-

mente sobrenatural empleado para transmitírselas, además de las dificultades con que se encontraría semejante tarea. Con todo, es probable que esas recomendaciones no fueran más que una especie de pasaporte para llegar al Rey, pues el objeto principal de la revelación, cuya naturaleza era mucho más grave, sólo debería darse a conocer en el momento de la entrevista, como se verá más adelante. Lo esencial era que Martin pudiera llegar hasta el Rey, y para eso resultaba necesaria la intervención de algunos miembros de la jerarquía eclesiástica. Ahora bien, conocemos la importancia que el clero le atribuye a la observancia del domingo: ¿cómo es posible que el Soberano no se diera cuenta de eso, toda vez que una voz del Cielo se hacía escuchar a través de un milagro? Por lo tanto, lo más conveniente era ayudar a Martin, en vez de desalentarlo. No obstante, era preciso que las cosas transcurrieran por sí solas.

Martin se apresuró a hablar con su hermano acerca de lo que le había ocurrido, y ambos fueron a contárselo al cura de la parroquia, el señor Laperruque, quien se esforzó para que Martin se convenciera de que todo había sido producto de su imaginación.

El día 18, a las seis de la tarde, Martin había descendido al sótano de su casa. En ese momento, el mismo individuo se apareció de pie, a su lado, mientras él se encontraba de rodillas buscando unas manzanas. Aterrado, el labriego dejó su lámpara en el lugar y huyó. El mismo 18, una nueva aparición se produjo en la entrada de un lagar, y Martin volvió a huir.

El domingo 21 de enero, Martin ingresaba a la iglesia para la misa de vísperas. En el momento de santiguarse con el agua bendita, vio al desconocido, que también se santiguó y lo siguió hasta su banco. Durante todo el oficio, el sujeto se mantuvo en profundo recogimiento, y Martin notó que

no llevaba sombrero, ni en la cabeza ni en las manos. Al salir de la iglesia, el individuo lo siguió con su carro hasta la casa, avanzando casi a su lado, pero ya con un sombrero en la cabeza. Cuando Martin llegó al portón, de pronto vio al desconocido delante de él, frente a frente, quien le dijo: "Cumple tu cometido, y haz lo que te digo. No te dejaré tranquilo hasta que no lo hayas hecho". Pronunciadas tales palabras, el sujeto desapareció de inmediato, sin que en esta oportunidad, como tampoco en las anteriores, Martín pudiera notar que se desvanecía como la primera vez. El 24 de enero, se apareció nuevamente, en el granero, y le dijo estas palabras: "Haz lo que te ordeno; ya es hora".

Observemos estas dos modalidades de desaparición: la primera, que no habría podido ocurrir en el caso de un ser corporal, de carne y hueso, sin duda tenía por objeto demostrar que el sujeto era un ser fluídico, ajeno a la humanidad material. Este fenómeno habría de ser observado cincuenta años después, y sería explicado por el espiritismo, cuyas doctrinas confirmaría, a la vez de convertirse en objeto de estudio.

Sabemos que últimamente la incredulidad recurrió a determinados efectos ópticos para explicar las apariciones. Cuando en algunos teatros se presentaron fenómenos artificiales de ese tipo, producidos mediante una combinación de cristales y luces, la prensa aprovecho para gritar de manera unánime: "¡Por fin se ha descubierto el secreto de las apariciones! ¡Con el auxilio de esos recursos, esta absurda creencia se difundió en todas las épocas, y las personas crédulas fueron víctimas de subterfugios!".

Por nuestra parte, hemos refutado como debía ser (véase la *Revista* de julio de 1863, página 204) esa extraña explicación, digna rival del famoso músculo crujidor del doctor Jobert de

Lamballe, que acusaba a los espíritas de estar loco, y que por desgracia él mismo languidece desde hace varios años en un manicomio. Con todo, en el caso que nos ocupa, preguntaremos, ¿por quién y de qué modo esa clase de aparatos, necesariamente complejos y voluminosos, habrían sido colocados y manipulados en un campo distante de toda población, en el que Martin se encontraba completamente solo, y sin que se diera cuenta de nada? ¿De qué modo esos mismos aparatos, que funcionan en la oscuridad con el auxilio de luces artificiales, habrían producido una imagen a la luz del sol? ¿De qué modo habrían sido trasladados inmediatamente al sótano, al granero –lugares generalmente poco frecuentados–, a la iglesia, y desde la iglesia acompañando a Martin hasta su casa, sin que nadie lo notara? Ese tipo de imágenes artificiales son vistas por todos los espectadores; ¿cómo se habría logrado que, tanto en la iglesia como al salir de ella, solamente Martin viera al individuo? Podrán alegar que él no vio nada, sino que de buena fe fue juguete de una alucinación. Pero esa explicación es desmentida por el hecho material de las revelaciones que Martin le hizo al Rey y que, como veremos, no podía conocer con anticipación. Se trata de un resultado positivo, material, que no es propio de las ilusiones.

El cura de Gallardon, a quien Martin mantenía fielmente al tanto de las apariciones, y que tomaba nota exacta de todas ellas, consideró que el labriego debía hablar con su obispo, en Versailles, de modo que lo envió con una carta de recomendación circunstanciada. Ya en Versailles, Martin repitió todo lo que había visto, y el obispo, tras hacerle varias preguntas, le pidió que consultara de su parte al desconocido, para que este se presentara, dijera su nombre, quién era y quién lo enviaba, además de recomendarle que le contara todo a su cura.

Algunos días después del regreso de Martin, el señor cura recibió una carta de su obispo, en la que este le informaba que el hombre que le había enviado parecía tener mucho conocimiento acerca del importante asunto al que se refería. A partir de entonces, el cura de Gallardon y su obispo mantuvieron una fluida correspondencia. Por su parte, Monseñor, debido a la gravedad de la primera aparición, consideró poco después que debía tratar el caso a nivel ministerial y de la policía, de modo que remitió al señor Decazes, ministro de la policía general, cada uno de los reportes que el cura le enviaba.

El martes 30 de enero, el desconocido se apareció nuevamente a Martin y le dijo:

—Comenzaste bien tu cometido, pero los que manejan el tema no se ocupan. Yo estaba presente, si bien de manera invisible, cuando hiciste tu declaración. Te pidieron que me preguntes cómo me llamo y de dónde vengo: mi nombre permanecerá desconocido, y el que me ha enviado (señaló el cielo) está por encima de mí.

—¿Por qué siempre te diriges a mí –replicó Martin– para un cometido como este, siendo que yo soy apenas un campesino. ¡Hay tantas personas inteligentes!

—Lo hago para abatir el orgullo –le dijo el desconocido, señalándole el suelo–. En cuanto a ti, no debes enorgullecerte por lo que has visto y oído, porque el orgullo desagrada soberanamente a Dios. Practica la virtud; asiste a los oficios que se realizan en tu parroquia los domingos y los días de fiesta; evita las malas compañías y las tabernas, donde se cometen toda clase de impurezas y se mantienen malas conversaciones; no hagas ningún acarreo los domingos y los días de fiesta.

Durante el mes de febrero, el desconocido se apareció varias veces a Martin, y le dijo, entre otras cosas:

—Persevera, ¡oh! amigo mío, y tendrás éxito. Te presentarás ante la incredulidad, y la confundirás. Tengo para decirte algo más, que los convencerá, y se quedarán sin palabras. —Apresúrate con tu cometido. No han hecho nada de lo que te he dicho; los que se ocupan del caso están ebrios de orgullo. Francia delira, y quedará a merced de toda clase de desgracias. —Irás a ver al Rey, y le dirás lo que te he anunciado. Podrá aceptar que lo acompañen su hermano y sus sobrinos. Cuando te encuentres delante del Rey, yo te revelaré cosas secretas de la época de su exilio, pero cuyo conocimiento no te será dado hasta el momento en que te presenten a él.

En el entretanto, el señor conde de Breteuil, prefecto de Chartres, recibió una carta del ministro de la policía general, en la que este lo invitaba a verificar "si esas apariciones consideradas milagrosas no eran más bien un juego de la imaginación de Martin, una auténtica ilusión de su mente exaltada, o bien, si ese supuesto enviado desconocido, e incluso tal vez el propio Martin, no deberían ser severamente examinados por la policía, y luego entregados a los tribunales".

El 5 de marzo, Martin recibió la visita del desconocido, quien le dijo: "Pronto irás a ver al primer magistrado de tu departamento. Es necesario que le relates los hechos como te los he anunciado. No hay que tomar en cuenta la calidad ni la dignidad".

Martin no sabía que tendría que ver al prefecto, de modo que esa no era una simple comunicación acerca de vaguedades, sino la previsión de un hecho que habría de ocurrir. Esto se observa constantemente en el transcurso de los acontecimientos: el desconocido siempre le informa a Martin acerca de lo que le

ocurrirá, de las personas con las que se entrevistará, de los lugares adonde lo llevarán. Ahora bien, eso no puede ser producto de una ilusión o de ideas quiméricas. Toda vez que el individuo le dice a Martin: "mañana verás a determinado personaje o te llevarán a tal lugar", y lo anunciado se realiza, estamos ante un hecho positivo que no puede salir de la imaginación.

El día siguiente, 6 de marzo, Martin y su cura viajaron a Chartres para entrevistarse con el prefecto. Este conversó detenidamente a solas con el cura. Luego hizo pasar a Martin y le preguntó:

—Si yo te detuviera y te enviara a prisión por hacer tales anuncios, ¿seguirías haciéndolo?

—Como quieras –respondió Martin, sin miedo–. Solo digo la verdad.

—Pero –prosiguió el señor prefecto– si estuvieras ante una autoridad superior a la mía: ante el ministro, por ejemplo, ¿confirmarías lo que acabas de decirme?

—Sí, señor –respondió Martin–. Y lo haría ante el Rey mismo.

El prefecto, sorprendido al ver tanta seguridad de la mano de tanta sencillez, y más aún ante los extraños relatos que le había hecho el cura, decidió enviar a Martin ante el ministro. El día siguiente, 7 de marzo, Martin partía rumbo a París, escoltado por el señor André, lugarteniente de gendarmería, quien había recibido la orden de supervisar todas las actividades del labriego, así como de vigilarlo día y noche. Se hospedaron en la rue Montmartre, hotel de Calais, en una habitación con dos camas. El viernes 8 de marzo, el señor André condujo a Martín a la sede de la policía general. Al ingresar en el patio del edificio, el desconocido se apareció a Martin y

le dijo: "Serás interrogado de varias maneras; no temas ni te inquietes, y di las cosas como son". Luego de estas palabras, desapareció.

No relataremos aquí todos los interrogatorios que Martín padeció de parte del ministro y sus secretarios. El hecho es que no se dejó intimidar por las amenazas, como tampoco se desconcertó ante las trampas que le tendieron para que se contradijera. Siempre venció a sus interrogadores con respuestas sensatas y sangre fría. Cuando Martin describió al desconocido, el ministro le dijo:

—¡Muy bien! No volverás a verlo, porque lo hemos arrestado.

—¡Eh! –replicó Martin–. ¿Cómo pudieron arrestarlo, si él desaparece tan rápido como un rayo?

—Desaparece para ti –replicó el ministro–, pero no para todos.

En ese momento, el ministro se dirigió a uno de sus secretarios y le ordenó que saliera para verificar si aquel hombre seguía en prisión. Poco después, el secretario regresó con la noticia:

—Señor, el sujeto sigue en prisión.

—¡Muy bien! –exclamó Martin–. Si lo apresaron, me permitirán verlo, para que yo lo reconozca, pues lo he visto muchas veces.

A continuación, llegó un hombre que examinó minuciosamente la cabeza de Martin, separando sus cabellos a derecha e izquierda. El ministro hizo lo mismo, sin duda en busca de alguna marca que fuera indicio de locura, en tanto que Martin se limitaba a decir: "Busquen cuanto quieran; no estuve enfermo en toda mi vida".

A la noche, de regreso en el hotel, Martin dijo al señor André: "El ministro me dijo que el hombre que se aparecía estaba en prisión, pero debe de haberlo liberado, porque después se apareció nuevamente y me dijo: 'Hoy fuiste interrogado, pero no quieren hacer lo que yo he dicho. Ese que visitaste esta mañana quiso hacerte creer que me había arrestado. Puedes decirle que no tiene ningún poder sobre mí, y que ya es hora de que alerte al Rey'." De inmediato, el señor André salió para dar su informe a la policía, mientras que Martin, sin preocupación alguna, se acostó y se durmió tranquilamente.

El día siguiente, 9 de marzo, cuando Martin descendía de su habitación para pedir las botas del lugarteniente, el desconocido se apareció ante él en medio de la escalera y le dijo: "Recibirás la visita de un doctor que querrá saber si tu imaginación se encuentra afectada o si perdiste la cabeza, pero quienes lo envían están más locos que tú". Ese mismo día, en efecto, el célebre alienista, señor Pinel, visitó a Martin y lo sometió a un interrogatorio adecuado para obtener la información requerida. "A pesar de su habilidad –dice el reporte–, el doctor no logró obtener ningún indicador mínimamente problable de alienación. Su investigación no arribó más que a una simple conjetura de *posibilidad* de alucinación y de manía intermitente."

Al parecer, según algunas personas, no se requiere nada más para que alguien sea tachado de loco: basta con que no piense como ellas. Por esa razón, los que creen en las cosas del otro mundo pasan por locos ante los que no creen en nada.

Tras la visita del doctor Pinel, el desconocido se presentó ante Martin y le dijo: "Tienes que ir a hablar con el Rey. Cuando estés ante él, te inspiraré lo que habrás de decirle. *Me valdré de ti para abatir el orgullo y la incredulidad*. Tratan de

impedir tu cometido, pero si tú no logras cumplirlo, se realizará por otros medios".

El 10 de marzo, Martin estaba solo en su habitación; entonces el desconocido se apareció y le dijo: "Te había dicho que mi nombre se mantendría oculto, pero como la incredulidad es tan grande, debo revelártelo. Soy el ángel Rafael, un ángel muy conocido cerca de Dios. Tengo el poder de dañar a Francia con todo tipo de calamidades". Ante estas palabras, Martin cayó en estado de pánico y sintió una especie de crispación.

Otro día, el señor André había salido con Martin para encontrarse con uno de sus amigos oficiales, con el cual mantuvo una conversación de alrededor de una hora en inglés, lengua que naturalmente Martin no conocía. El día siguiente, el desconocido, a quien ahora Martin denominaba *el ángel*, le dijo: "Los que ayer estuvieron contigo se refirieron a ti, pero tú no entendiste su lengua. Dijeron que tú viniste para hablar con el Rey, y uno de ellos pidió al otro que lo mantuviera al tanto de los acontecimientos cuando regresara a su tierra". El señor André, a quien Martin informaba de todas sus conversaciones con el desconocido, se sorprendió mucho cuando supo que aquellas palabras, dichas en inglés para que Martin no las comprendiera, habían sido descubiertas.

Si bien el informe del doctor Pinel no era concluyente respecto de la locura, y solamente se refería a la *posibilidad* de que sufriera alucinaciones, Martin fue internado en el hospital para alienados de Charenton, donde permaneció desde el 13 de marzo hasta el 2 de abril. Allí fue objeto de un control minucioso, y los especialistas lo sometieron a un estudio especial. También se hicieron averiguaciones en su tierra, para conocer sus antecedentes y los de su familia, sin que a pe-

sar de todo eso se pudiera detectar la menor señal o causa predeterminante de locura. En honor a la verdad, debemos decir que Martin fue tratado permanentemente con mucha consideración por parte del señor Royer-Collard, director en jefe del hospital, así como por el resto de los médicos, y que no le aplicaron ninguno de los tratamientos de uso habitual en ese tipo de establecimientos. Fue internado más bien para observar con mayor facilidad el estado real de su mente que como una medida de confinamiento.

Durante su estadía en Charenton, Martin fue visitado con frecuencia por el desconocido, pero esas apariciones no presentaron ninguna particularidad destacable, salvo una en la que le dijo: "Habrá discusiones. Algunos dirán que soy producto de tu imaginación; otros, que soy un ángel de luz; y otros, que soy un ángel de las tinieblas. Dejaré que me toques". "Entonces –relata Martin–, estrechó mi mano derecha. Después, su redingote comenzó a abrirse por delante y, una vez abierto, me pareció más brillante que los rayos del sol, de modo que no pude seguir viendo, y tuve que taparme los ojos con las manos. Cuando el redingote se cerró, ya no vi nada brillante, y él me pareció igual que antes. Su traje se abrió y se cerró sin que él realizara ningún movimiento."

En otra ocasión, mientras Martin escribía a su hermano, el desconocido se presentó junto a él y le dictó una parte de la carta, en la que mencionaba las predicciones que ya había realizado respecto de los males que amenazaban a Francia. Vemos, pues, que Martin se desempeña como médium escribiente a la vez que vidente.

A pesar de todos los recaudos que se tomaron para evitar que el caso se divulgara, no dejó de causar cierta sensación en los altos niveles oficiales. De todos modos, es probable que na-

die se hubiera interesado, de no ser por el arzobispo de Reims, gran limosnero de Francia, y más tarde arzobispo de París y cardenal de Périgord, quien mencionó el caso a Luis XVIII y le propuso recibir a Martin. El Rey le dijo que no sabía nada al respecto, lo cual es cierto a tal punto que los soberanos suelen ser los últimos en enterarse de lo que ocurre alrededor suyo y que más les afecta. Finalmente, el Rey ordenó que le presentaran a Martin.

El 2 de abril, Martin fue conducido desde Charenton hasta la sede del ministro de la policía general. Mientra aguardaba ser recibido, el desconocido se apareció y le dijo: "Irás a ver al Rey, y estarás a solas con él. No tengas miedo de estar delante del Rey: cuando tengas que hablarle, las palabras saldrán solas de tu boca". Esa fue la última vez que lo vio. El ministro le dio una cálida bienvenida y le dijo que se ocuparía de que lo condujeran al palacio de las Tullerías.

Por lo general, se cree que Martin viajó solo a París, que se instaló en la entrada del castillo y reclamó hablar con el Rey, pero que lo rechazaron, de modo que volvió a la carga con tanta intensidad que, enterado del caso, Luis XVIII ordenó que lo dejaran entrar. Como hemos visto, las cosas ocurrieron de otro modo. Solamente en 1828, cuatro años después de la muerte del Rey, se conocieron los secretos que Martin le reveló, y que le causaron una profunda impresión, pues ese era el objetivo esencial de aquella visita, mientras que los motivos alegados inicialmente solo eran, como hemos dicho, un medio para llegar hasta él. El desconocido ocultó a Martin esos secretos hasta último momento, por miedo a que una indiscreción de su parte, presionado por las trampas de los interrogadores, hiciera que el proyecto fracasara inevitablemente. Después de la visita al Rey, Martin se despidió del director

del hospital de Charenton y regresó de inmediato a su tierra, donde retomó sus actividades habituales, sin atribuirse ningún mérito por lo que le había ocurrido.

En este relato nos hemos propuesto señalar los puntos que relacionan el caso de Martin con el espiritismo. Los secretos revelados a Luis XVIII son ajenos a nuestro tema, de modo que no los referiremos. Basta decir que eran cuestiones muy íntimas de familia, y que conmovieron al Rey a tal punto que lo hicieron llorar mucho. Más tarde, diría que solo Dios y él mismo conocían esas revelaciones, que lo motivaron a renunciar a su coronación, cuyos preparativos estaban en marcha.[33]

Respecto de esa entrevista con el Rey, solo citaremos algunos pasajes del relato escrito en 1828 bajo el dictado del propio Martin, y que reflejan el carácter y la sencillez de este hombre.

"Llegamos a las Tullerías alrededor de las tres, y sin que nadie dijera nada. Llegamos hasta el lacayo principal de Luis XVIII, a quien se entregó una carta y que, después de leerla, me dijo: 'Sígame'. Esperamos unos momentos, porque el señor Decazes estaba con el Rey. Cuando el ministro salió, entré yo. Antes de que yo dijera una palabra, el Rey le dijo al ayuda de cámara que se retirara y cerrara las puertas.

"El Rey estaba sentado en su escritorio, delante de la puerta. Ahí tenía plumas, papeles y libros. Saludé al Rey diciendo: 'Majestad, os saludo'. El Rey me dijo: 'Buenos días, Martin'.

33. Los detalles circunstanciados y las pruebas de todo esto se encuentran en una obra titulada *El pasado y el futuro explicados mediante los extraordinarios acontecimientos ocurridos a Thomas Martin, labrador de la Beauce.* París: 1832, librería BRICON, rue du Vieux-Colombier, 19; Marsella: en la misma librería, rue du Saint-Sépulcre, 17.- Esta obra se encuentra agotada y es muy rara actualmente.

Entonces, pensé: 'El Rey sabe mi nombre'. Le dije: 'Su Majestad sin duda sabe por qué he venido'. 'Así es –me dijo–; sé que tienes algo que decirme, y me han dicho que es algo que solo puedes decirme a mí. Siéntate.' Entonces, me senté en un sillón que estaba puesto delante del Rey, de modo que entre los dos estaba solamente su escritorio. Entonces, yo le pregunté cómo estaba. El Rey me dijo: 'Estoy un poco mejor que los últimos días. Y tú, ¿cómo estás?'. 'Yo estoy bien' –le respondí–. '¿Cuál es el motivo de tu viaje?' –me preguntó–. Y yo le dije: 'Si es vuestra voluntad, podéis hacer que vengan vuestro hermano y sus hijos'. El Rey me interrumpió, diciendo: 'Eso es inútil; yo les diré lo que tienes para decirme'. Después de eso, le conté al Rey todas las apariciones que tuve y que están en el relato.

" 'Yo sé todo eso –me dijo el Rey–. El arzobispo de Reims me lo ha contado todo. Pero me parece que tú tienes que decirme algo en particular y en secreto.' Entonces, yo sentí que de mi boca salían las palabras que el ángel me había prometido, y dije al Rey: 'El secreto que debo deciros, es que…' (siguen detalles que –al igual que las instrucciones impartidas luego de la conversación respecto de ciertas medidas a tomar y la manera de gobernar– solo podían ser inspiradas en ese preciso instante, porque son completamente ajenas al nivel cultural de Martin).

"Ante esa revelación, el Rey quedó maravillado y profundamente conmovido, y me dijo: '¡Dios mío! ¡Dios mío! Es verdad. Solo Dios, tú y yo, sabemos eso. Prométeme que guardarás el máximo secreto acerca de estas comunicaciones'; y yo se lo prometí. Después le dije: 'Evitad haceros coronar, porque si lo intentáis, seréis herido de muerte durante la ceremonia'. A partir de ese momento, y durante el resto de la conversación, el Rey no paró de llorar.

”Cuando terminé, el Rey me dijo que el ángel que se había aparecido era el que acompañó al joven Tobías en su viaje a Ragés, ayudándolo a casarse. Luego me preguntó cuál de mis manos el ángel había estrechado. Yo le respondí: ‘Esta’. Y le mostré la mano derecha. El Rey me la estrechó y dijo: ‘Pueda yo tocar la mano que el ángel ha estrechado. Ora siempre por mí’. ‘Por supuesto, Majestad. Yo, mi familia, así como el señor cura de Gallardon, siempre hemos orado para que tenga éxito’.

”Me despedí del Rey, diciéndole: ‘Os deseo buena salud. Me dijeron que una vez cumplido mi cometido ante su Majestad, os solicite permiso para regresar con mi familia, y también me fue anunciado que su Majestad no se rehusaría, y que no me ocurriría nada malo’. ‘No te ocurrirá nada malo –me dijo el Rey–; he dado órdenes para que te envíen de regreso. El ministro va a darte cama y comida, y los papeles para que viajes mañana.’ ‘Pero antes –le dije– me gustaría ir a Charenton para despedirme y para recuperar una camisa que dejé ahí.’ El Rey me preguntó: ‘¿No te ha causado pena estar internado en Charenton? ¿Te sentiste bien ahí?’ ‘Muy bien, de lo contrario no pediría volver’. ‘¡Muy bien! –dijo el Rey–. Si quieres volver ahí, el ministro te llevará en mi nombre.’

”Salí al encuentro de mi conductor, que me esperaba, y nos fuimos juntos a ver al ministro.

”Escrita en Gallardon, el 9 de marzo de 1828.”

Firmado: Thomas Martin.

La entrevista de Martin con el Rey duró al menos cincuenta y cinco minutos.

Si bien, después de esa visita, Martin no volvió a ver al desconocido, las manifestaciones no cesaron, pues se produ-

cían de otra forma. Pasó de ser médium vidente a médium auditivo. Estos son algunos fragmentos de cartas que Martin escribió al viejo cura de Gallardon:

"28 de enero de 1821.

"Señor cura, os escribo para informaros acerca de algo que me está ocurriendo. El último martes, 23 de enero, mientras trabajaba en el arado, escuché una voz que me hablaba, aunque no había nadie en el lugar. Me dijo: '¡Hijo de Jafet! Detente y presta atención a estas palabras'. En ese mismo instante, mis caballos se detuvieron sin que yo les dijera nada, porque estaba muy sorprendido. Esto me dijo: 'En esta gran región, un gran árbol fue plantado, y en esa misma cepa se ha injertado otro, que es inferior al primero. El segundo árbol tiene dos ramas, una de las cuales se quebró, y luego un viento furioso la secó, y ese viento no cesa de soplar. En el lugar de esa rama brotó otra, joven y tierna, que la sustituyó. Pero ese viento, que siempre está agitado, soplará un día con tanta fuerza que… y después de esa catástrofe espantosa, los pueblos estarán en la última desolación. Ruega, hijo mío, para que esos días sean abreviados. Invoca al Cielo para que el viento fatal, que vendrá del noroeste, sea detenido con barreras poderosas, y para que su avance no sea perjudicial. Estas cosas son oscuras para ti, pero otros las comprenderán fácilmente'.

"Eso es, señor, lo que me ocurrió el martes hacia la una de la tarde. No comprendí nada. Vos me diréis si comprendisteis algo. No hablé con nadie de todo eso, excepto con mi mujer, porque el mundo es cruel. Estaba *resuelto* a guardar silencio, pero decidí escribiros hoy, porque anoche no he podido dormir, y siempre he tenido esas palabras en mi memoria, y os

ruego que guardéis el secreto, porque el mundo se reiría de eso. Señor, me han llamado *hijo de Jafet*. No conozco a nadie de nuestra familia con ese nombre. Tal vez se equivocaron; tal vez me confundieron con otro".

"8 de febrero de 1821.

"Yo os había prohibido que hablarais de lo que os conté. Estaba equivocado, porque eso no puede seguir oculto. Es necesario que lo sepan los grandes y los primados del Estado, para que vean el peligro que los amenaza, porque el viento del que os hablé hace poco, hará terribles desastres, porque ese viento sopla siempre sobre el árbol. Si no le prestan atención, el árbol pronto será derribado. En ese mismo momento, el otro árbol, con lo que sale de él, correrá la misma suerte. Ayer la misma voz vino a hablarme, pero yo no vi a nadie."

"21 de febrero de 1821.

"Señor, me he llevado un gran susto esta mañana. Eran las nueve. Escuché un ruido muy fuerte junto a mí, pero no vi a nadie, y escuché que me hablaban después de que el ruido cesó, y me dijeron: '¿Por qué tienes miedo? No temas; no vine a hacerte daño. Estás sorprendido porque escuchas que te hablan y no ves a nadie, pero no te asombres, pues es necesario que las cosas sean descubiertas. *Me sirvo de ti para enviarte como yo fui enviado*. Los filósofos, los incrédulos, los impíos, suponen que sus planes están ocultos, pero es necesario que sean confundidos… Quédate tranquilo, y sigue siendo como eres; tus días están contados y no perderás ni uno solo. Te prohíbo que te prosternes ante mí, porque yo soy tan solo un servidor como tú'.

”Señor, eso es lo que me dijo. No sé quién es la persona que me habla. Su voz es bastante fuerte y muy clara. Pensé en hablarle, pero no me atreví a hacerlo, porque no veo a nadie.”

Resta saber cuál es la individualidad del Espíritu que se manifestó. ¿Era realmente el ángel Rafael? Podemos dudarlo, y habría muchas cosas para decir en contra de esa afirmación. Con todo, para nosotros, se trata de una cuestión por completo secundaria. Lo importante es la manifestación, de la que no se podría dudar, y cuyos incidentes tuvieron una razón de ser en función de los objetivos propuestos. Además, actualmente nos ofrecen un lado instructivo.

Una circunstancia, que sin duda nadie habrá pasado por alto, radica en las palabras de Martin acerca de una suma de dinero que le ofrecieron: “Como esas cosas no vienen de mí, no debo recibir nada por ellas”. Estamos, pues, ante un simple campesino, un médium inconsciente, que hace cincuenta años, en una época en la que nos hallábamos lejos de pensar en el espiritismo, contaba de por sí con la intuición de los deberes que la mediumnidad impone, así como del carácter sagrado de su mandato. Su sentido común, su lealtad natural, le permiten comprender que no se debe pagar por las cosas que proceden de una fuente celestial, y no de él mismo.

Tal vez resulten sorprendentes las dificultades con que Martin debió enfrentarse para realizar la comisión que se le había encargado. ¿Por qué –nos preguntarán– los Espíritus no lo enviaron directamente ante el Rey? Porque esas dificultades, esos retrasos –como hemos visto–, tenían su utilidad. Era necesario que Martin pasara por Charenton, donde su razón fue sometida a las investigaciones más rigurosas de la ciencia oficial e incrédula, a fin de que se comprobara que no estaba

loco ni exaltado. Los Espíritus –como hemos visto–, vencieron los obstáculos que habían puesto los hombres, pero como estos poseen libre albedrío, los Espíritus no podían evitar que pusieran esas barreras.

En tal sentido, observemos que Martin no hizo ningún esfuerzo para llegar hasta el Rey; las circunstancias lo condujeron a pesar suyo, y sin que tuviera necesidad de insistir demasiado. Ahora bien, es evidente que esas circunstancias se hallaban determinadas por los Espíritus, quienes actuaron sobre el pensamiento de los encarnados, porque la misión de Martin era seria y debía cumplirse.

Lo mismo ocurre en todos los casos análogos. Más allá de la cautela, es evidente que si no fuera por las dificultades que los soberanos oponen para que se llegue hasta ellos, serían asaltados por supuestos reveladores. En estos últimos tiempos, ¡cuántas personas creyeron que habían sido llamadas para cumplir misiones de ese tipo, pero que no eran otra cosa más que el resultado de una obsesión, en la que su orgullo era puesto en juego a pesar de ellos mismos, de modo que solo obtuvieron mistificaciones! A todos los que consideraron que debían consultarnos al respecto, siempre les hemos dicho, mostrándoles las señales inconfundibles con que se ponían en evidencia los Espíritus mentirosos: "Evitad toda clase de planteos que pudieran redundar indefectiblemente en vuestra confusión. No os quepa duda de que si vuestra misión es auténtica, estaréis en condiciones de cumplirla, y que si en un momento determinado debéis encontraros en un lugar específico, seréis conducidos allí a pesar de vosotros mismos por circunstancias que parecerán un efecto del acaso. Además, podéis estar seguros de que cuando un acontecimiento forma parte de los designios de Dios, se hará realidad, y que Él no

subordina dicha realización a la buena o la mala voluntad de los hombres. Desconfiad de las misiones asignadas y promovidas con anticipación, porque no son más que señuelos para el orgullo; las misiones se revelan con los hechos. Desconfiad también de las predicciones que incluyen días y horarios determinados, porque nunca proceden de Espíritus serios". Hemos tenido bastante éxito a la hora de persuadir a más de una persona, a las cuales los acontecimientos demostraron la prudencia de estos consejos.

Como vemos, existe más de una similitud entre estos hechos y los de Juana de Arco, no en cuanto a la importancia de los resultados obtenidos, sino respecto de la causa de los fenómenos, que es exactamente la misma; así como, hasta cierto punto, respecto del objetivo. Al igual que Juana de Arco, Martin fue advertido por un ser del mundo espiritual para que hablara con el Rey a los fines de salvar a Francia de un peligro, y también como ella, se encontró con muchas dificultades para llegar hasta el soberano. No obstante, entre ambas manifestaciones hay una diferencia: Juana de Arco solamente escuchaba voces que le daban consejos, mientras que Martin veía constantemente a un individuo que le hablaba, no mientras dormía o en estado de sueño extático, sino con la apariencia de un ser vivo, como si fuera un agénere.

Con todo, desde otro punto de vista, los fenómenos que experimentó Martin, aunque menos llamativos, no dejan de tener un gran alcance como prueba de la existencia del mundo espiritual y de las relaciones de este con el mundo corporal, y porque, debido a que son contemporáneos y notoriamente incuestionables, no se los puede incluir en la categoría de las historias legendarias. Por su repercusión, esos hechos sirvieron como un hito para el espiritismo, que algunos años

después confirmaría la posibilidad de los mismos mediante una explicación racional, y con la ley en virtud de la cual se producen, haciéndolos pasar del dominio de lo maravilloso al de los fenómenos naturales. Gracias al espiritismo, no hay una sola de las fases observadas en las revelaciones de Martin, que no puedan explicarse por completo.

Martin era un médium inconsciente, dotado de una aptitud de la que se valieron los Espíritus, como de un instrumento, para alcanzar un resultado específico, y ese resultado estaba lejos de hallarse por completo en la revelación transmitida a Luis XVIII. El Espíritu que se manifestó, caracteriza a Martín perfectamente cuando dice: "Me valgo de ti para abatir el orgullo y la incredulidad". Esa es la misión de todos los médiums destinados a demostrar, mediante fenómenos de todo tipo, la existencia del mundo espiritual, así como de un poder superior a la humanidad, porque tal es el objetivo providencial de las manifestaciones. Agregaremos que el Rey mismo fue un instrumento en esas circunstancias, pues se requería una posición tan elevada como la suya, junto con la dificultad de llegar hasta él, para que el caso generara repercusión y contara con la autoridad de un hecho oficial. Las minuciosas investigaciones a las que Martin fue sometido contribuyeron a la autenticidad de los hechos, porque todos esos recaudos no se habrían tomado para con un simple particular, en cuyo caso habrían pasado casi desapercibidos. En cambio, todavía hoy se los recuerda, y ofrecen una demostración auténtica que se presenta en apoyo de los fenómenos espíritas.

El príncipe de Hohenlohe, médium curador

La mediumnidad curadora es un tema de actualidad, y todo lo relacionado con ella despierta interés. Extrajimos el siguiente artículo de *La Vérité* de Lyón, del 21 de octubre de 1866, referido a las curaciones del príncipe de Hohenlohe, las cuales causaron una gran sensación en su tiempo. Esa noticia forma parte de una serie de artículos muy instructivos acerca de los médiums curadores.

Al respecto, nos agrada comprobar que *La Vérité*, que va por su cuarto año, prosigue con éxito la publicación de esos sabios e interesantes artículos, que arrojan luz sobre la historia del espiritismo y nos muestran que este se encuentra en todas partes, tanto en la antigüedad como en los tiempos modernos. Si bien no compartimos plenamente las opiniones de su principal redactor, el Sr. A. P…, tampoco dejamos de reconocer que, gracias a sus laboriosas investigaciones, viene prestando a la causa un auténtico servicio, que todos los espíritas serios saben apreciar.

En efecto, demostrar que la doctrina espírita actual no es otra cosa más que la síntesis de creencias universalmente difundidas, compartidas por hombres que han sido nuestros primeros maestros de filosofía y cuyas palabras gozan de autoridad, implica afirmar que dicha doctrina no se apoya en la base frágil de la opinión de una sola persona. ¿Qué desean los espíritas, sino que sus creencias cuenten con la mayor cantidad posible de seguidores? Así pues, eso debe ser para ellos un motivo de satisfacción, a la vez que constituye la consagración de sus ideas, dado que estas existieron incluso antes de ellos mismos. Nunca entendimos cómo es posible que hombres sensatos ha-

yan podido utilizar en contra del espiritismo moderno el hecho de que este no sea el creador de los principios que proclama, toda vez que precisamente eso constituye parte de su fuerza y debería tornarlo digno de crédito. Aducir la antigüedad del espiritismo para denigrarlo, implica mostrarse soberanamente ilógico y tanto más necio cuanto que esta doctrina nunca se atribuyó el mérito de sus descubrimientos. Así pues, se confunden extrañamente acerca de los sentimientos que animan a los espíritas, todos aquellos que les atribuyen ideas tan estrechas y suponen tontamente que los molestan al objetarles que lo que ellos profesan ya era conocido desde mucho antes, toda vez que los espíritas son los primeros en investigar el pasado para descubrir las antiguas huellas de sus creencias, que se remontan a los orígenes del mundo, porque están fundadas en las leyes mismas de la naturaleza, que son eternas.

Ninguna gran verdad salió terminada del cerebro de un individuo. Todas ellas, sin excepción, contaron con precursores que las presintieron o entrevieron algunas de sus partes. Por lo tanto, el espiritismo se siente honrado de contar con miles de precursores, y entre los hombres mejor considerados. Darlos a conocer, implica mostrar la cantidad infinita de puntos en los que la doctrina espírita se conecta con la historia de la humanidad.

Con todo, en ninguna parte del pasado se encuentra el espiritismo completo. Su coordinación como un cuerpo de doctrina, con todas sus consecuencias y sus aplicaciones, así como su correlación con las ciencias positivas, es una obra esencialmente moderna. Sin embargo, en todas partes encontramos sus elementos dispersos, confundidos con creencias supersticiosas, de las que fue preciso separarlos. Si se reunieran las ideas que se encuentran esparcidas entre la mayoría de

los filósofos antiguos y modernos, así como en los escritores sagrados y profanos, junto con los fenómenos innumerables e infinitamente variados que se produjeron en todas las épocas, y que demuestran las relaciones que existen entre el mundo visible y el mundo invisible, se llegaría a constituir el espiritismo tal como es en la actualidad: este es el argumento que algunos detractores invocan contra el espiritismo. ¿Será que esta doctrina se formó de ese modo? ¿Será una compilación de ideas antiguas renovadas en cuanto a su forma? No, el espiritismo surgió por completo de observaciones recientes, pero lejos de considerarse disminuido por lo que se dijo y se observó antes de él, con eso resulta fortificado y engrandecido.

Una historia del espiritismo anterior al de la época actual aún está por elaborarse. Un trabajo de esa naturaleza, hecho concienzudamente, escrito con precisión y claridad, *sin agregados superfluos y fastidiosos* que dificultarían la lectura, sería una obra sumamente útil, un valioso documento de consulta. Más que una obra literaria, sería un trabajo erudito, realizado con paciencia, y que consistiría principalmente en citas de diversos textos de escritores que han presentado ideas, doctrinas o teorías, que se encuentran en el espiritismo de la actualidad. La persona que realice ese trabajo concienzudamente, habrá prestado un gran servicio a la doctrina.

Volvamos a nuestro tema, del que nos hemos apartado un poco sin proponérnoslo, aunque no sin utilidad.

El espiritismo moderno no ha descubierto ni inventado la mediumnidad curadora, como tampoco el resto de los fenómenos espíritas. Dado que la mediumnidad curadora es una facultad natural sujeta a una ley, como todos los fenómenos de la naturaleza, ha ocurrido en diversas épocas, conforme se observa en la historia. No obstante, nuestros días estaban

destinados, con el auxilio de los nuevos conocimientos que poseemos, a darle una explicación racional y retirarla del dominio de lo maravilloso. El príncipe de Hohenlohe nos brinda un ejemplo al respecto, tanto más notable cuanto que los hechos ocurrieron antes de que se hiciera referencia al espiritismo y a los médiums. Este es el resumen que se lee en el periódico *La Vérité*:

"El año 1823, llegó a Wurzburgo, una importante ciudad de Baviera, un santo sacerdote: el príncipe de Hohenlohe. Inválidos y enfermos acudieron a rogarle el auxilio de sus plegarias, para que el Cielo los curara. El príncipe invocó las gracias divinas para todos ellos, y pronto pudo observarse que un número considerable de esos desdichados se había curado repentinamente. El impacto de tales maravillas repercutió muy lejos. Alemania, Francia, Suiza, Italia, una gran parte de Europa, recibieron noticias de lo ocurrido. Entre los testimonios auténticos y dignos de fe que convalidan la realidad de los hechos, basta con transcribir aquí algunos que en conjunto constituyen una prueba contundente.

"Para comenzar, este es un fragmento de lo que ha escrito al respecto el señor Scharold, consejero de legación de Wurzburgo, y testigo de gran parte de los hechos que relata.

"Hace dos años, una princesa de diecisiete años, Matilde de Schwartzemberg, hija del príncipe de ese nombre, se encontraba en el sanatorio del señor Haine, en Wurzburgo. Le resultaba imposible caminar. Los médicos más famosos de Francia, de Italia y de Austria, en vano habían agotado todos los recursos de su arte para curar de esa enfermedad a la princesa. Solamente el señor Haine, que se valía del conocimiento y la experiencia del célebre médico, el señor Textor, y a fuerza de la atención prodigada a la enferma, había logrado que pudiera

mantenerse de pie. Ella misma, con esfuerzo, había ejecutado algunos movimientos como para caminar, pero sin hacerlo realmente. ¡Pues bien! El 20 de junio de 1821, de pronto la princesa salió de la cama y comenzó a caminar libremente.

”Esto es lo que ocurrió. Alrededor de las diez de la mañana, el príncipe de Hohenlohe hizo una visita a la princesa, que se encontraba con el señor de Reinach, deán del cabildo. Al entrar en la habitación, en presencia de la institutriz, preguntó a la princesa si tenía una fe sólida en que Jesucristo podría curarla de su enfermedad. Ante la respuesta de que se hallaba íntimamente convencida, el príncipe solicitó a la piadosa enferma que orara desde lo más profundo de su corazón y depositara su confianza en Dios.

”Al término de la plegaria, el príncipe le dio su bendición y le dijo: ‘¡Vamos, princesa! ¡Levantaos! Ahora estáis curada y podéis caminar sin ningún dolor…’. Todo el sanatorio fue convocado de inmediato. No sabían cómo expresar su asombro ante una cura tan rápida e incomprensible. Cayeron de rodillas con gran emoción y cantaron alabanzas al Todopoderoso. Felicitaron a la princesa por su salud, y confundieron sus lágrimas con las de ella, que brotaban de sus ojos por la inmensa alegría.

”La novedad se extendió por la ciudad y causó admiración. Una multitud acudió a cerciorarse con sus propios ojos de lo que había ocurrido. El 21 de junio, la princesa se mostró en público. No se podría describir el éxtasis que ella experimentó al verse libre de tan crueles sufrimientos.

”El día 25, el príncipe de Hohenlohe brindó otro ejemplo notable de la gracia que posee. La esposa de un herrero de la calle Semmels, no podía escuchar siquiera el sonido del martillo más pesado de la fragua. Se encontró con el príncipe en

el patio del presbítero Hung, y le suplicó de rodillas que la ayudara. Entonces, él le impuso las manos en la cabeza, oró durante algún tiempo, con los ojos hacia el cielo, y luego la tomó de las manos y la puso de pie. ¡Cuánta fue la sorpresa de los espectadores, cuando esa mujer, al levantarse, dijo que escuchaba el reloj de la iglesia! Al regresar a su casa, no paraba de contar a todos lo que le había ocurrido.

"El día 26, una persona ilustre (el príncipe real de Baviera) fue curada inmediatamente de una enfermedad cuyo tratamiento, según las reglas de la medicina, requería mucho tiempo y era muy doloroso. Esta noticia causó una inmensa alegría a los habitantes de Wurzburgo.

"El príncipe de Hohenlohe también tuvo éxito respecto de una enferma a la que anteriormente había intentado curar dos veces, pero con una leve mejoría en cada oportunidad. La curación definitiva se operó en una cuñada del señor Broili, un comerciante. Ella había sufrido durante mucho tiempo de una parálisis muy dolorosa. En su casa resonaban los gritos de alegría.

"Ese mismo día, le devolvió la vista a la viuda de Balzano, que había quedado completamente ciega hacía varios años. Yo mismo pude observar ese hecho.

"Poco después de presenciar aquella escena tan impactante, fui testigo de otra curación, operada en la casa del señor general D… Una jovencita sufría con su mano derecha gravemente tullida, a tal punto que no podía valerse de ella ni extender el brazo. Pero de inmediato demostró su completa curación, levantando con esa misma mano una silla muy pesada.

"Ese mismo día, un paralítico, cuyo brazo izquierdo estaba totalmente arruinado, se curó por completo. A continuación,

se produjo la cura de otros diez paralíticos. Esas curaciones fueron igualmente rápidas y completas.

”El día 28, yo mismo presencié la celeridad y la firmeza con que el príncipe de Hohenlohe curaba algunos niños. Le habían llevado, procedente del campo, a un niño que solo podía caminar con muletas. Pocos minutos después, ese niño, extasiado de alegría, corría por la calle sin ninguna ayuda. En el ínterin, un niño mudo, que solo emitía algunos sonidos inarticulados, se presentó ante el príncipe y, minutos después, comenzó a hablar. Al rato, llegó una mujer cargando a su pequeña hija, lisiada de ambas piernas. La colocó a los pies del príncipe. Un momento después, este devolvió la niña a su madre, que pudo ver a su hija corriendo y saltando de alegría.

”El día 29, le llevaron en una carreta a una mujer de Neustadt, paralítica y ciega. Estaba ciega desde hacía veinticinco años. Alrededor de las tres de la tarde, ella se encontraba en el castillo de la residencia de nuestra ciudad, para implorar el auxilio del príncipe de Hohenlohe, quien en ese momento hacía su ingreso en el vestíbulo, construido con la forma de una gran tienda. La colocaron a los pies del príncipe, para que ella le suplicara su ayuda en nombre de Jesucristo. El príncipe oró por ella, le dio su bendición, y le preguntó si creía firmemente que en nombre de Jesús podía recobrar la vista. Como ella respondió que sí, él le dijo que se pusiera de pie. Ella lo hizo, y se retiró caminando, pero a los pocos pasos de pronto se abrieron sus ojos. Pudo ver, y ofreció todas las pruebas que le solicitaron acerca de la facultad que acababa de recuperar. Todos los testigos de esta cura, entre los cuales había muchos señores de la corte, quedaron encantados de admiración.

”La cura de una mujer del hospital civil, que llevaron ante el príncipe, no es menos asombrosa. Esa mujer, llama-

da Elisabeth Laner, hija de un zapatero, tenía el habla tan afectada, que no había logrado pronunciar una sola sílaba en quince días. Sus facultades mentales habían sufrido mucho. Sus miembros casi habían perdido el movimiento, de modo que debía permanecer en su lecho como una masa. Hoy, en cambio, esa pobre desdichada se trasladó hasta el hospital sin la ayuda de nadie. Goza de todos sus sentidos, como lo hacía hace doce años, y su lengua se soltó a tal punto que nadie en el hospital habla con tanta elocuencia como ella.

"El día 30, al mediodía, el príncipe dio un ejemplo extraordinario de curación. Un carro, a cuyo alrededor se habían reunido miles de espectadores, había llegado desde Musmerstadt. En ese carro había un pobre estudiante lisiado de brazos y piernas, consumido horriblemente.

"El príncipe, a quien el infeliz le había suplicado que fuera en su auxilio, se acercó al carro. Oró alrededor de cinco minutos, con las manos juntas y elevadas hacia el cielo, y le habló varias veces al estudiante. Por último, le dijo. 'Levántate, en nombre de Jesucristo'. En efecto, el estudiante se levantó, pero con dolores que no podía disimular. El príncipe le dijo que no perdiera la confianza. El desdichado, que pocos minutos antes no podía mover ni brazos ni piernas, se mantuvo erguido, de pie dentro de su carro. Después, elevó los ojos al cielo, con la más tierna expresión de reconocimiento, y exclamó: '¡Oh Dios! ¡Me habéis auxiliado!' Los presentes no podían contener las lágrimas.

"Las curaciones milagrosas que el príncipe de Hohenlohe operó en Wurzburgo proporcionarían temas para más de cien cuadros de exvoto".

Podemos notar la sorprendente analogía que existe entre estas curaciones y las que observamos en la actualidad. El se-

ñor de Hohenlohe se hallaba en las mejores condiciones para desarrollar su facultad, y también pudo conservarla hasta el final. Como en esa época no se conocía su verdadero origen, se consideraba que dicha facultad era un don sobrenatural, y que el señor de Hohenlohe hacía milagros. Sin embargo, ¿por qué algunas personas la ven como un don del Cielo; y otras, como una obra satánica? No conocemos a ningún médium curador que haya dicho que recibió su poder del diablo. Todos ellos, sin excepción, actúan invocando el nombre de Dios, y afirman que sin su voluntad no podrían hacer nada. Incluso los que ignoran el espiritismo y proceden por intuición, recomiendan la plegaria, en la que reconocen un poderoso auxiliar. Si actuaran de parte del demonio, serían ingratos al renegar de él, que no es suficientemente modesto ni desinteresado para cederle, a Aquel que intenta combatir, el mérito del bien que hace, porque eso sería lo mismo que abandonar sus prácticas en lugar de preservarlas. ¿Alguna vez se vio que un comerciante vendiera a sus clientes la mercadería del vecino en detrimento de la propia, y que los instara a que fueran a comprarle a otro? En verdad, hay motivos para reírse del diablo, porque lo han convertido en un ser muy necio y estúpido.

La siguiente comunicación fue impartida por el príncipe de Hohenlohe en la Sociedad de París.

(Sociedad de París, 26 de octubre de 1866.
Médium: señor Desliens.)

Señores, acudo a vosotros con tanto más placer cuanto que mis palabras pueden convertirse en una provechosa instrucción para todos.

Débil instrumento de la Providencia, pude contribuir a que se glorifique su nombre, y me dirijo de buen grado a todos aquellos cuyo objetivo principal es conducirse según sus leyes, para que avancen tanto como puedan en el camino de la perfección. Vuestros esfuerzos son loables, y yo me consideraré muy honrado de asistir alguna vez a vuestros trabajos. Ocupémonos, ahora mismo, de las manifestaciones que fueron el motivo de mi presencia entre vosotros.

Como bien habéis dicho, la facultad de que yo estaba dotado era simplemente el producto de una mediumnidad. Yo era el instrumento; los Espíritus actuaban, y si bien pude contribuir en algo, sin duda fue por mi gran deseo de hacer el bien, así como por la íntima convicción de que para Dios todo es posible. ¡Yo creía…! Y las curaciones que obtenía no hacían más que aumentar mi fe.

Como todas las facultades mediúmnicas que contribuyen actualmente a divulgar la enseñanza espírita, la mediumnidad curadora fue ejercida en todos los tiempos, y por individuos que pertenecían a diferentes religiones. – Dios siembra en todas partes sus servidores más adelantados, para convertirlos en jalones de progreso, incluso entre aquellos que se encuentran más alejados de la virtud, e incluso, yo diría, especialmente entre estos… Como un buen padre que ama por igual a todos sus hijos, su solicitud recae sobre todos, pero más particularmente sobre los que tienen más necesidad de apoyo para avanzar. – Por eso no es raro que se encuentren hombres dotados de facultades extraordinarias para la muchedumbre, entre los simples. Con esta palabra, me refiero a aquellos cuya pureza de sentimientos no ha sido empañada por el orgullo y el egoísmo. Es cierto que esa facultad también puede existir en personas indignas, pero *no es ni podría ser más que pasajera*;

como un recurso enérgico para abrirles los ojos. Tanto peor para ellas si se obstinan en mantenerlos cerrados.

Volverán a la oscuridad de la que salieron, con la confusión y el ridículo por cortejo, en caso de que Dios no castigue ya desde esta vida su orgullo y su obstinación en desconocer su voz.

Sea cual fuere la creencia íntima de un individuo, si sus intenciones son puras, y si está plenamente convencido de la realidad de aquello en lo que cree, puede realizar grandes cosas en nombre de Dios. La fe transporta montañas: devuelve la vista a los ciegos y el entendimiento espiritual a los que antes erraban en las tinieblas de la rutina y del error.

En cuanto a la mejor manera de ejercer la facultad de médium curador, no hay más que una: *conservarse modesto y puro*, y atribuir a Dios y a las potencias que dirigen la facultad todo lo que con ella se haya logrado.

Lo que lleva a la perdición a los instrumentos de la Providencia radica en el hecho de que no se consideran simplemente instrumentos; pretenden que su mérito sea en parte la causa de que se los haya elegido. El orgullo los embriaga y el precipicio se abre bajo sus pies.

Educado en la religión católica, compenetrado de la santidad de sus máximas, con fe en sus enseñanzas, como todos mis contemporáneos, yo consideraba que las manifestaciones de que era objeto constituían milagros. En la actualidad, sé que es algo completamente natural, y que puede y debe ser compatible con la inmutabilidad de las leyes del Creador, para que su grandeza y su justicia permanezcan intactas.

¡Dios no podría hacer milagros…! Porque *eso implicaría presumir que la verdad no es bastante fuerte para afirmarse por sí misma* y, por otra parte, porque no sería lógico demostrar

la eterna armonía de las leyes de la naturaleza perturbándolas con hechos contrarios a su esencia.

Respecto a la adquisición de la facultad de médium curador, no existe un método para eso. Todos pueden, en cierta medida, adquirir esa facultad, y si proceden en nombre de Dios, cada uno realizará sus curas. La cantidad de privilegiados aumentará a medida que la doctrina se divulgue, y será muy simple, porque habrá más individuos animados de sentimientos puros y desinteresados.

Príncipe de Hohenlohe

VARIEDADES

La señorita Dumesnil, joven *atractiva*.

Varios periódicos mencionan a una jovencita dotada de la singular facultad de atraer hacia sí los muebles y otros objetos ubicados dentro de cierto radio de acción, así como de elevar con el solo contacto una silla con una persona sentada en ella. *Le Petit Journal*, del 4 de noviembre, contiene al respecto el siguiente artículo:

"La urraca blanca de Dinan no es un fenómeno más sorprendente que la señorita magnética referida en este reporte:

" 'Señor:

" 'Os señalo un hecho que podría ser bastante interesante para vuestros lectores. Si tenéis a bien ocuparos de verificarlo, obtendréis de él material para numerosos artículos.

" 'Una joven, la señorita Dumesnil, de trece años de edad, posee un fluido de una fuerza atractiva extraordinaria, que hace moverse hacia ella todos los objetos de *madera* que la rodean. De ese modo, sillas, mesas y todo otro objeto de madera, se dirigen inmediatamente hacia donde ella se encuentra. Dicha facultad se reveló en la mencionada jovencita hace unas tres semanas. Hasta ahora, ese fenómeno extraordinario, y que aún no ha sido explicado, se manifiesta solamente ante las personas del entorno de esta señorita: sus vecinos, etc., que lo han verificado hace algunos días. Esta facultad sorprendente se ha divulgado, y me aseguraron que la jovencita se encuentra en tratativas con un empresario que se propone exhibir públicamente dicho fenómeno.

" 'Ella se encuentra desde ayer en casa de un gran personaje al que se la recomendaron. La publicidad no tardará en adueñarse de tal acontecimiento, y me apresuro a preveniros para que vosotros tengáis la primicia.

" 'Esta jovencita trabaja de bruñidora y vive con sus padres, que son personas pobres.

" 'Con la esperanza de que vos nos explicaréis este misterio inexplicable, os ruego que recibáis mis saludos sinceros'.

Brunet
Empleado, Casa Christofle,
56, calle de Bondy.

"Mi estimado corresponsal: En materia de ciencia magnética, yo no sé más que vos, y veo como una simple curiosidad a vuestra domadora de robles, de hayas y de caobas, a quien le aconsejo que este invierno, en su chimenea, solamente queme carbón…"

No cabe duda de que estamos ante un fenómeno extraño, digno de atención, y que debe tener una causa. En caso de que se compruebe que no se trata de algún truco –lo cual es fácil de determinar–, y si las leyes conocidas son impotentes para explicarlo, es evidente que tal fenómeno revela la existencia de una fuerza nueva. Ahora bien, el descubrimiento de un principio nuevo puede ser fecundo en resultados. Lo que nos parece cuanto menos tan sorprendente como ese fenómeno, es ver que hombres inteligentes solo tengan para con hechos semejantes una desdeñosa indiferencia y bromas de mal gusto, a pesar de que no se aludió a los Espíritus ni al espiritismo. ¿Qué puede esperarse de personas que no tienen ninguna convicción, y que no buscan ni desean ninguna? ¿Qué estudio serio podrían realizar? Esforzarse en convencerlos, ¿no sería perder el tiempo y valerse inútilmente de fuerzas que se podrían utilizar mejor con los hombres de buena voluntad, que no faltan? Siempre lo hemos dicho: respecto de las personas prejuiciosas, que no quieren ver ni escuchar, lo mejor que se puede hacer es dejarlas tranquilas y demostrarles que no se las necesita. Si existe algo para vencer su incredulidad, los Espíritus sabrán encontrarlo y emplearlo cuando llegue el momento.

Para volver al tema de la jovencita, notamos que sus padres, que se encuentran en una situación precaria, al ver la sensación que ella genera, así como el acercamiento de personas notables, sin duda pensaron que su hija sería una fuente de riquezas. No hay que culparlos por eso, dado que ignoran hasta las palabras *espiritismo* y *médiums*, y no logran comprender las consecuencias de una explotación de esa naturaleza. Para ellos, su hija es un fenómeno, de modo que decidieron exhibirla en los bulevares, con el resto de los fenómenos. Hi-

cieron algo mejor: la instalaron en el Gran Hotel, en el lugar más conveniente para la aristocracia productiva. Sin embargo, ¡ah!, los sueños dorados se esfuman muy rápido. Los fenómenos solo se produjeron con largos intervalos y de un modo tan irregular que fue necesario abandonar el espléndido salón y volver al taller. ¡Poned en exhibición una facultad tan caprichosa, y desaparecerá en el momento preciso en que los espectadores, que han pagado su entrada, estén reunidos y esperando algo a cambio de su dinero! Para especular con un fenómeno, más vale contar con un niño de dos cabezas, porque al menos siempre estará presente. ¿Qué se puede hacer cuando no se dispone de trucos para sustituir a los actores invisibles? Lo más digno es retirarse. De todos modos, conforme a la carta publicada en ese periódico, parece que la jovencita no había perdido completamente su poder, sino que este se hallaba sujeto a tantas intermitencias que resultaba difícil aprovechar el momento propicio.

Uno de nuestros amigos, espírita esclarecido y profundo observador, fue testigo de ese fenómeno, y quedó medianamente satisfecho con el resultado. "Creo en la sinceridad de esas personas –nos decía–, pero para los incrédulos, en ese momento el efecto no se produce en condiciones que puedan resistir toda sospecha. No niego el hecho, porque sé que es posible, pero expongo mis impresiones. Como ya he descubierto supuestos médiums de efectos físicos en flagrante delito de fraude, conozco las maniobras con las cuales es posible simular algunos efectos y engañar a las personas que ignoran las condiciones en que se producen los efectos reales, de modo que solo hago afirmaciones prudentes y remitiéndome a lo que he visto. Por el bien del espiritismo, mi primera medida sería examinar la posibilidad de fraude cometido con ayuda

de artificios, o ver si el efecto se debe a una causa material común. Por otra parte –agregó él–, allá está prohibido ser espírita, tratar con los Espíritus y hasta creer en ellos'.

Cabe señalar que, desde que los hermanos Davenport cayeron en desgracia, todos los exhibidores de fenómenos extraordinarios han rechazado la participación de los Espíritus en sus espectáculos, y hacen bien. El espiritismo no puede más que ganar con el hecho de que no se lo involucre en esos asuntos. Así, tales señores prestan un servicio más al espiritismo, pues este no hace prosélitos de ese modo.

También vale destacar que, cada vez que surge alguna manifestación espontánea o algún fenómeno atribuido a una causa oculta, es abordado por supuestos especialistas y a veces por científicos que no conocen siquiera el abecé de aquello que deben observar, y que lo hacen con una idea preconcebida de negación. ¿Quiénes les han encargado que decidan si en esos fenómenos se produce o no una intervención de los Espíritus o si hay una causa espiritual? Lo han hecho precisamente las personas que niegan la espiritualidad, y que no creen en los Espíritus ni quieren que estos existan. De ese modo, la respuesta se conoce por anticipado. Esas personas se cuidarían muy bien de consultar a alguien de quien se sospechara siquiera un vínculo con el espiritismo, porque en principio eso significaría que creen en tal posibilidad, además de que temerían recibir una solución contraria a la que esperan. No reflexionan acerca de que solamente un espírita *instruido* es apto para evaluar las circunstancias en que pueden producirse los fenómenos espíritas, tal como solo un químico es apto para conocer la composición de una sustancia, y que en ese sentido los espíritas son más *escépticos* que muchas otras personas, pues lejos de creer por complacencia en un fenómeno

apócrifo, están muy interesados en definirlo como tal y en desenmascarar el fraude.

No obstante, de todo esto resulta una enseñanza: la irregularidad con que se producen los fenómenos es una prueba de que son auténticos. Si fueran el resultado de cualquier medio ficticio, se producirían en el momento señalado. Transcribimos a continuación las reflexiones de un periodista que fue invitado al Gran Hotel. Ese día había algunos otros invitados notables, y a pesar de que esperaron durante dos horas, la jovencita no obtuvo el más mínimo efecto. "La pobre pequeña –dice el periodista– estaba acongojada, y su rostro reflejaba la inquietud. 'Tranquilízate –le dije–, pues este fracaso no sólo no me desilusiona, sino que me lleva a creer en tu sinceridad. Si en tu caso hubiera alguna clase de charlatanismo o algún truco, no habrías fallado. Volveré mañana'." En efecto, regresó cinco veces, y en todas obtuvo aquel mismo resultado. Cuando regresó la sexta vez, la jovencita había abandonado el hotel. "De ahí concluyo –agrega el periodista– que la pobre señorita Dumesnil, después de haber construido bellos castillos a costa de sus virtudes electromagnéticas, tuvo que retomar su lugar en los talleres de pulido del señor Ruolz."

En caso de que los hechos se hubieran verificado, no cabe duda de que esa jovencita contaba con una disposición orgánica especial, que se prestaba a ese tipo de fenómeno. No obstante, y dejando a un lado toda clase de subterfugio, también es cierto que, si su facultad hubiera dependido *solamente de su organismo*, ella la habría tenido siempre a disposición, como la tienen el torpedo y el gimnoto. Dado que su voluntad, su más ardiente deseo, resultaban impotentes para producir el fenómeno, de ahí se sigue que en ese hecho había una causa ajena a ella. ¿Cuál es esa causa? Evidentemente, esa causa es

la que rige todos los efectos mediúmnicos: la asistencia de los Espíritus, sin los cuales hasta los médiums mejor dotados no obtendrían nada. La señorita Dumesnil es un claro ejemplo de que los Espíritus no están a las órdenes de nadie. Por más efímera que haya sido su facultad, ella hizo más para convencer a ciertas personas, que si los hechos hubieran ocurrido a sus órdenes, en días y horarios prestablecidos, y en presencia del público, como ocurre con los números de magia.

Es cierto que nada prueba de manera ostensible la intervención de los Espíritus en esas circunstancias, porque no hubo efectos inteligentes, salvo por la impotencia de la jovencita para actuar conforme a su voluntad. La facultad, como en todos los efectos físicos, es inherente a ella, pero el ejercicio de esa facultad puede depender de una voluntad ajena. No obstante, aun cuando se admita que los Espíritus no intervienen para nada en ese fenómeno, este no deja de llamar la atención sobre las fuerzas fluídicas que regulan nuestro organismo, y que tantas personas se obstinan en negar.

Si esa fuerza fuera exclusivamente eléctrica, representaría una importante modificación en el campo de la electricidad, toda vez que actuaría sobre la madera, con exclusión de los metales. Solo por eso, valdría la pena que se la estudie.

* * *

Revista de la prensa acerca del espiritismo

Por más que digan y hagan, las ideas espíritas están en el aire. Surgen de mil maneras diferentes, ya sea como novelas o como ideas filosóficas, y la prensa las acoge, siempre y

cuando no se pronuncie la palabra *espiritismo*. No daríamos abasto si tuviéramos que citar todas las ideas que la prensa registra diariamente, y con las cuales alude al espiritismo sin saberlo. ¡Qué importa el nombre, si la cosa está ahí! Llegará el día en que esos señores se asombrarán mucho al descubrir que han hecho espiritismo, como el señor Jourdain se asombró de haber hablado en prosa. Muchas personas se codean con el espiritismo sin sospecharlo; están junto a él, aunque se consideran muy lejos. Salvo entre los materialistas puros, que sin duda son minoría, podemos decir que las ideas de la filosofía espírita recorren el mundo. Lo que muchos rechazan aún, son las manifestaciones mediúmnicas; algunos lo hacen por sistema, y otros porque sufrieron decepciones, debido a que observaron mal. No obstante, como las manifestaciones son hechos, tarde o temprano tendrán que aceptarlas. Se niegan a ser espíritas solamente porque asocian esa palabra con una idea falsa. Ya sea que ingresen por la puerta principal o por una lateral, el resultado será el mismo. El impulso ha sido dado, y en la actualidad el movimiento no se puede detener.

Por otra parte, tal como se anunció, ocurren una multitud de fenómenos que parecen apartarse de las leyes conocidas, y que desconciertan a la ciencia, en la que vanamente se busca una explicación de los mismos. Sería difícil pasarlos por alto, toda vez que son bastante notorios. Ahora bien, esos fenómenos, que se presentan con los más variados aspectos, a fuerza de multiplicarse acaban por llamar la atención, y poco a poco familiarizan con la idea de un poder espiritual que se encuentra más allá de las fuerzas materiales. Siempre es un medio para llegar al fin: los Espíritus golpean en todos lados y de mil maneras diferentes, de tal modo que esos golpes alcanzan a unos y a otros.

Entre las ideas espíritas que encontramos en diversos periódicos, citaremos las siguientes:

En el discurso que el señor d'Eichthal, uno de los redactores de *Le Temps*, pronunció el último 11 de noviembre ante la tumba del señor Charles Duveyrier, el orador se expresa de este modo:

"Duveyrier ha muerto en una profunda calma, pleno de confianza en Dios y de fe en la eternidad de la vida, orgulloso de sus largos años consagrados a la elaboración y al desarrollo de una creencia que debe rescatar a todos los hombres de la miseria, del desorden y de la ignorancia, y seguro de haber pagado su deuda, así como de haber dejado a la generación que lo sucede más de lo que él recibió de la que lo ha precedido. Se detuvo como un valiente obrero, con la labor cumplida, y dejando a otros la responsabilidad de continuarla.

"Sus despojos mortales no pasaron por los templos consagrados antes de llegar al camposanto, pero eso no se debe a un injusto desdén para con las creencias inmortales, sino a que alguna de las fórmulas que habrían sido pronunciadas ante sus restos no hubieran expresado la idea que él se formaba respecto de la vida futura. Duveyrier no creía en ir al Cielo, no deseaba gozar eternamente de una beatitud personal, mientras la mayoría de los hombres permanece condenada a sufrimientos sin esperanza alguna. Lleno de Dios y viviendo en Dios, pero unido a la humanidad, esperaba volver a vivir en el seno de la humanidad para participar eternamente en esta obra de progreso que la acerca incesantemente al ideal divino". (*Le Temps*, 14 de noviembre de 1866.)

El señor Duveyrier había formado parte de la secta sansimoniana: creencia a la que se alude en el artículo, y a cuyo

desarrollo había consagrado varios años de su vida. Pero esas ideas acerca del porvenir del alma se aproximan mucho –como vemos– a las que enseña la doctrina espírita. Con todo, de estas palabras: "esperaba volver a vivir en el seno de la humanidad", no debemos inferir que él creía en la reencarnación. En ese punto, no tenía ninguna idea definida; consideraba que el alma humana, en vez de perderse en el infinito o verse absorbida en una beatitud inútil, permanecía en el ámbito de la humanidad, a cuyo progreso contribuía mediante su influencia. No obstante, esta idea es precisamente lo que nos enseña el espiritismo; es la idea del mundo invisible que nos rodea; de las almas que viven en medio de nosotros, como nosotros vivimos en medio de ellas. El señor Duveyrier era, pues, a diferencia de la mayoría de sus colegas de la prensa, no solo profundamente espiritualista, sino tres cuartas partes espírita. ¿Qué le faltaba para serlo por completo? Probablemente, haber conocido el espiritismo, pues él aceptaba sus bases fundamentales: la creencia en Dios, en la individualidad del alma, en su supervivencia y su inmortalidad, en su presencia entre los hombres después de la muerte, y en su acción sobre ellos. ¿Qué más dice el espiritismo? Que esas mismas almas revelan su presencia mediante una acción directa, y que nosotros nos mantenemos en comunicación permanente con ellas. El espiritismo demuestra con hechos lo que en el señor Duveyrier y en tantos otros se hallaba apenas en estado de teoría o de hipótesis.

Es comprensible que aquellos que solamente creen en la materia tangible nieguen todo esto, pero lo más sorprendente es ver espiritualistas que rechazan la prueba de lo que constituye el fondo de su creencia. La persona que reseñó las ideas del señor Duveyrier acerca del porvenir del alma, el señor d'Eichthal, su amigo y correligionario sansimoniano, que

probablemente compartía hasta cierto punto sus opiniones, no deja de ser un declarado adversario del espiritismo. No se imaginaba que lo que decía para elogiar al señor Duveyrier era simplemente una profesión de fe espírita.

Las siguientes palabras, que el señor Louis Jourdan, de *Le Siècle*, dirigió a su hijo, fueron reproducidas en *Le Petit Journal*, el 3 de septiembre de 1866:

"Siento que estás vivo, con una vida superior a la mía, mi querido Prosper; y cuando llegue mi última hora, ante el hecho de dejar a los que hemos amado, me consolaré con la idea de que volveremos a encontrarnos y de que estaremos juntos. Sé que ese consuelo requerirá mi esfuerzo; sé que deberé conquistarlo trabajando con valor, tanto para mi propio mejoramiento como para el de los demás. Haré todo lo que esté a mi alcance para merecer la recompensa que pretendo: volver a verte. Tu recuerdo es el faro que nos guía y el punto de apoyo que nos sostiene en medio de las tinieblas que nos rodean. Percibimos un punto luminoso, hacia el cual nos dirigimos resueltos; es el punto donde tú vives, hijo mío, junto con todos los que amé aquí y que han partido antes que yo hacia su nueva vida".

¿Habría algo más profundamente espírita que estas tiernas y conmovedoras palabras? El señor Louis Jourdan se encuentra aún más cerca del espiritismo que el señor Duveyrier, porque desde hace tiempo cree en la pluralidad de las existencias terrestres, como se puede verificar en la cita que hemos hecho en la *Revista* de diciembre de 1862, página 374. Él acepta la filosofía espírita, pero no el hecho de las manifestaciones, que no rechaza absolutamente, pero acerca del cual no está bastante informado. Con todo, se trata de un fenómeno muy

grave por sus consecuencias, pues solo él puede explicar tantas cosas incomprendidas que ocurren ante nuestros ojos, como para que no merezca que un observador como el señor Jourdan profundice en él. Porque si las relaciones entre el mundo visible y el mundo invisible existen, constituyen una verdadera revolución en las ideas, en las creencias, en la filosofía. Son la luz que ilumina una infinidad de cuestiones oscuras. Son la destrucción del materialismo; en fin, son la sanción de las más preciadas esperanzas del señor Jourdan respecto de su hijo. ¡Cuántos elementos extraerían del espiritismo los hombres que se consideran campeones de las ideas progresistas y emancipadoras, si supieran todo lo que esa doctrina alberga para el porvenir! No cabe duda de que han de surgir quienes comprenderán el poder de esa palanca y sabrán aprovecharlo.

L'Evénement, del 4 de noviembre último, refiere la siguiente anécdota acerca del célebre compositor Gluck. Durante la primera representación de *Ifigenia*, el 19 de abril de 1774, a la que asistieron Luis XVI y la reina María Antonieta, esta quiso premiar personalmente a su ex profesor de música. Después de la representación, Gluck fue llamado al palco real, y su emoción fue tanta que, sin proferir una sola palabra, apenas tuvo fuerzas para agradecer a la Reina con la mirada. Con todo, al percibir que esa noche María Antonieta llevaba puesto un collar de rubíes, Gluck exclamó: "¡Dios mío! ¡Salven a la Reina! ¡Salven a la Reina! ¡Sangre! ¡Sangre!". Todos preguntaron: "¿Dónde?". El músico gritó: "¡Sangre! ¡Sangre! ¡Ahí! ¡En el cuello!". María Antonieta, atónita, dijo: "¡Rápido, un médico! Mi pobre Gluck se ha vuelto loco". El músico se había desplomado en un sillón, y murmuraba: "¡Sangre! ¡Sangre! Salvad a la archiduquesa María… Salvad a la Reina…". En-

tonces, el Rey dijo a María Antonieta: "El desdichado maestro confundió vuestro collar con la sangre; ha de tener fiebre". Pero la Reina, presa de terror, llevó su mano al cuello y se arrancó el collar, arrojándolo bien lejos. Finalmente, se llevaron a Gluck, que había quedado inconsciente.

El autor del artículo, concluye así:

"Esta es, apreciado lector, la historia que me contó en la Ópera el músico alemán, y que leí un día después en una biografía del inmortal autor de *Alceste*. ¿Será verdad? ¿Será fantasía? Lo ignoro. Pero ¿no sería posible que los hombres de genio, cuyo espíritu elevado se cierne sobre la humanidad, experimentaran, durante los momentos de inspiración, *esa facultad misteriosa que se denomina doble vista*? (*Albert Wolff*.)

El señor Albert Wolff ha disparado más de una flecha contra el espiritismo y contra los espíritas, pero aquí lo vemos admitiendo la posibilidad de la doble vista, y más aún, de la previsión a través de la doble vista. Es probable que no se imagine a qué consecuencias lleva el reconocimiento de esa facultad. Se trata de uno más que se codea con el espiritismo sin saberlo, tal vez sin atreverse a confesárselo, y que no por eso deja de tirarle piedras. Si le dijéramos que es espírita, saltaría de indignación, gritando: "¿Yo? ¿Creer en los hermanos Davenport?"; porque para la mayoría de esos señores el espiritismo no es otra cosa más que algunos trucos. Recordamos a uno de ellos, a quien uno de nuestros corresponsales le reprochaba hablar mal del espiritismo sin conocerlo, que le respondía en su periódico: "Estáis equivocado; estudié el espiritismo en la escuela de los hermanos Davenport, y la prueba radica en que me costó quince francos". Creo que citamos ese hecho en alguna parte de la *Revista*. ¿Qué más podemos pedirles? Eso es todo lo que saben.

Le Siècle, del 27 de agosto de 1866, citaba las siguientes palabras de la señora George Sand, a propósito de la muerte del señor Ferdinand Pajot:

"La muerte del señor Ferdinand Pajot es uno de los hechos más dolorosos y desafortunados. Ese hombre joven, poseedor de una notable belleza y perteneciente a una excelente familia, era también una persona de buen corazón e ideas generosas. Tuvimos la oportunidad de comprobar esto cada vez que apelamos a su caridad para con los pobres de nuestro entorno. Donaba ampliamente; tal vez más ampliamente de lo que sus recursos le permitían; y lo hacía con espontaneidad, confianza y alegría. Era sincero, independiente, bueno como un ángel. Casado hacía poco con una joven encantadora, se lo extrañará como merece. Después de esta muerte cruel, quisiera bendecirlo con ternura y afecto de madre. Tal vez sea una ilusión, pero considero que entramos mejor en la vida que sigue a esta cuando lo hacemos escoltados por la estima y el cariño de los que acabamos de dejar".

La señora Sand es aún más explícita en su libro *Mademoiselle de la Quintinie*. En la página 318, leemos: "Señor cura, si queréis que demos un paso en el sentido de vuestra iglesia, comenzad por enseñarnos un concilio en el que se haya decretado que el Infierno de las penas eternas es una mentira y una blasfemia. Entonces, tendréis derecho a gritarnos: 'Venid a nosotros, todos vosotros, los que queréis conocer a Dios'."

En la página 320: "Pedir a Dios que extinga nuestros sentidos, que endurezca nuestro corazón, que torne odiosos nuestros vínculos más sagrados, es pedirle que reniegue de su obra y la destruya, que vuelva sobre sus pasos y nos obligue a volver sobre los nuestros, haciéndonos retroceder hacia nues-

tras existencias inferiores, por debajo del animal, de la planta, del mineral tal vez".

En la página 323: "No obstante, sea cual fuere vuestra suerte entre nosotros, llegará el día en que veréis claro más allá de la tumba; y como yo he dejado de creer en los castigos eternos y en las pruebas sin fruto, os anuncio que volveremos a encontrarnos en alguna parte donde nos entenderemos mejor y nos amaremos en vez de combatirnos. Con todo, al igual que vos, no creo en la impunidad del mal ni en la eficacia del error. Creo, pues, que expiaréis el endurecimiento de vuestro corazón a través de grandes desgarros del corazón, en alguna otra existencia".

Junto a estos pensamientos eminentemente espíritas, a los que solo les falta el nombre –que se obstinan en negarles–, a veces encontramos otros, un tanto menos serios, que recuerdan la época de las burlas más o menos ingeniosas con las cuales se pretendía sofocar al espiritismo. Se los puede evaluar en las siguientes muestras, que son como los cohetes perdidos de los fuegos artificiales.

El señor Ponson du Terrail, en su obra *Las últimas palabras de Rocambole*, publicado en folletín en *Le Figaro*, se expresa de este modo:

"Sin embargo, en materia de supersticiones, los ingleses podrían dar clase a los americanos. Las mesas giratorias, antes de constituir entre nosotros la dicha de *cien mil imbéciles*, habían pasado varias temporadas en Londres, donde recibieron una hospitalidad de lo más cortez. Poco a poco, el relato del sepulturero había dado la vuelta a Hampstead, una ciudad célebre por sus asnos y sus arrieros, y los peces gordos de los al-

rededores no habían dudado un solo instante en decidir que, de noche, la casa de campo estaba encantada por Espíritus".

El señor Ponson du Terrail, que otorga tan generosamente un título de imbecilidad a cien mil individuos, desde luego cree ser más inteligente que ellos, pero no cree que en él haya un Espíritu, de lo contrario es probable que no lo enviaría al país de los asnos.

Con todo –sin duda se nos preguntará–, ¿qué relación puede existir entre las mesas giratorias y los sublimes pensamientos que citasteis más arriba? Responderemos que se trata de la misma relación que existe entre vuestro cuerpo cuando baila un vals, y vuestra alma cuando lo hace bailar; la misma que existe entre la rana que bailaba en el plato de Galvani, y el telégrafo transatlántico; o entre la manzana que cae, y la ley de gravitación que rige el mundo. Si Galvani y Newton no hubieran meditado acerca de esos fenómenos tan simples y vulgares, nosotros no dispondríamos actualmente de todo lo que la industria, las artes y las ciencias extrajeron de ellos. Si cien mil imbéciles no hubieran buscado la causa que hace girar las mesas, aún hoy ignoraríamos la existencia y la naturaleza del mundo invisible que nos rodea; no sabríamos de dónde venimos antes de nacer, ni a dónde vamos después de morir. Entre esos cien mil imbéciles, es probable que muchos aún creyeran en los demonios cornudos, en las llamas eternas, en la magia, en los hechiceros y en los sortilegios. Las mesas giratorias son, respecto de los pensamientos sublimes acerca del porvenir del alma, lo mismo que el germen respecto del árbol que surgió de él; son los rudimentos de la ciencia del hombre.

Leemos en *L'Écho d'Oran*, del 24 de abril de 1866:

"En El-Afroun ha ocurrido un hecho que afectó dolorosamente a nuestra población. Uno de los habitantes más antiguos de la ciudad, el señor Pagès, acaba de morir. Sabéis que él estaba imbuido de las ideas –iba a decir: *las locuras*– del señor Allan Kardec, y que profesaba el espiritismo. Más allá de ese capricho, era un hombre absolutamente honesto y querido por cuantos lo conocieron. Por eso todos nos asombramos mucho al saber que el señor cura se había negado a enterrarlo, con el pretexto de que el espiritismo es contrario al cristianismo. ¿Acaso no está escrito en el Evangelio: 'Retribuid el mal con el bien'? Y si ese pobre señor Pagès es culpable de haber creído en el espiritismo, ¿no es esa una razón más para orar por él?"

El señor Pagès, a quien conocíamos por correspondencia hacía mucho tiempo, nos escribía esto:

"El espiritismo ha hecho de mí un hombre completamente distinto. Antes de conocerlo, yo era como los demás. No creía en nada, a pesar de que sufría con la idea de que al morir todo se termina. Sentía un profundo desánimo, y me preguntaba qué sentido tenía hacer el bien. El espiritismo produjo en mí el efecto de un telón que se descorre para mostrarnos un decorado magnífico. Ahora veo claro. El porvenir ya no es incierto, y eso me hace muy dichoso. Me resulta imposible referiros la felicidad que siento. Me da la impresión de que soy como un condenado a muerte al que le dicen que no morirá y que dejará la prisión para irse a vivir libremente en un hermoso país. ¿No es ese –estimado señor– el efecto que el espiritismo debe producir? Recuperé el valor con la certeza de que viviré para siempre, porque comprendí que el beneficio que con eso obtenemos no redunda en pura pérdida. Comprendí la utilidad de hacer el bien. Comprendí la fraternidad y la solidaridad que une a todos los hombres.

Dominado por ese pensamiento, me esforcé en mejorar. Así es, os lo puedo decir sin vanidad: me he corregido de muchos defectos, si bien me restan muchos aún. Ahora sé que moriré tranquilo, porque me consta que solo cambiaré un traje viejo que me molesta, por uno nuevo en el que estaré más cómodo".

Estamos, pues, ante un hombre que –según algunas personas– era sensato y razonable cuando no creía en nada, y que se volvió loco por el solo hecho de haber creído en la inmortalidad de su alma a través del espiritismo. Esas mismas personas, que no creen ni en el alma ni en la oración, que le arrojaron piedras por sus creencias cuando estaba vivo, y que ahora lo persiguen con su sarcasmo más allá de la muerte, son las mismas que invocan el Evangelio contra el acto de intolerancia y contra la negación de plegarias de que fue objeto, ¡justamente él, que solo creyó en el Evangelio y en la plegaria gracias al espiritismo!

* * *

San Agustín acusado de cretinismo

Con el título *Cretinismo*, el periódico *La Vedette du Limbourg*, de Tongeren, en Bélgica, contiene el siguiente artículo, del 1.° de septiembre de 1866, transcripto de *La Gazette de Huy*:

"Ha llegado a mis manos un libro que se entregó como obsequio en un internado de religiosas. Abierto al azar, entre otros curiosos pasajes he leído uno que me parece digno de compartir con el lector. Trata acerca del rol que desempeñan los ángeles. Quien lo lea, por cierto no dejará de preguntarse

cómo es posible que una obra con semejantes absurdos haya encontrado un editor. En mi opinión, la persona que imprime tales burradas es tan culpable como el que las escribe. En efecto, no temo afirmar que autor y editor deben ser expertos en cretinismo para atreverse a lanzar semejantes desafíos a la razón, a la ciencia, ¡qué digo!, al más vulgar sentido común. Me refiero a este pasaje:

" 'De acuerdo con san Agustín, el mundo visible está gobernado por criaturas invisibles, por Espíritus puros, y hay ángeles que presiden cada cosa visible, todas las especies de criaturas que están en el mundo, tanto animadas como inanimadas.

" '*Los cielos y los astros tienen ángeles motores; las aguas tienen un ángel particular, como lo señala el Apocalipsis; el aire tiene ángeles que gobiernan los vientos, como se lee en ese mismo libro, que además nos enseña que el elemento del fuego también tiene sus ángeles. Los reinos tienen ángeles; las provincias también tienen ángeles que las protegen*, como lo registra el *Génesis*, porque los ángeles que se aparecieron a Jacob eran guardianes de las provincias por donde él pasaba, etc.'

"Con esta muestra, podemos evaluar la clase de lecturas con que se educa a la juventud en los conventos. ¿Es posible concebir –y se nos perdonará la siguiente expresión– algo más profundamente estúpido?

"Para colmar la medida, el editor incluye en la obra una advertencia que dice: 'En este libro, apto tanto para eclesiásticos como para laicos, el autor despliega una fuerza racional y un estilo que deslumbran y sujetan la mente. De su pluma brota un recogimiento que llega al corazón. Es la obra de un hombre profundamente versado en la espiritualidad'.

”Yo digo que es la obra de un hombre que se volvió loco de ascetismo, y que más vale compadecerse de él que culparlo”.

Hasta ahora, san Agustín ha sido respetado incluso por quienes no comparten sus creencias. A pesar de sus errores manifiestos, que se deben al estado en que se encontraban los conocimientos científicos de su época, es universalmente considerado uno de los genios, una de las glorias de la humanidad; pero resulta que un oscuro escritor, uno de esos jóvenes que se consideran la luz del mundo, de un plumazo arroja lodo sobre este renombrado secular, pronunciando contra él, en nombre de su elevada razón, la acusación de cretinismo; y todo eso porque san Agustín creía en criaturas invisibles, en Espíritus puros que presiden las cosas visibles. En tal caso, ¡cuántos cretinos se cuentan entre los escritores contemporáneos más estimados! No nos extrañaría que un día se acusara de cretinismo a Chateaubriand, a Lamartine, a Victor Hugo, a George Sand, y a tantos otros. Esa es la escuela que pretende regenerar a la sociedad a través del materialismo; así es como ella pretende que la humanidad recupere la cordura. Con todo, podemos quedarnos tranquilos, porque su reinado –si llegara alguna vez– durará poco. Esa escuela conoce su debilidad ante la opinión general que la rechaza, y por eso se agita con una especie de frenesí.

NOTICIAS BIBLIOGRÁFICAS

Nuevos principios de filosofía médica

por el doctor CHAUVET, de Tours[34]

En nuestro número de octubre, tan solo pudimos anunciar esta obra, lamentando que la extensión de los artículos cuya publicación no podía demorarse nos impidiera presentar un análisis de la misma.

Si bien por su especialidad este libro parece ajeno a los temas que nos interesan, se relaciona con ellos a través del principio mismo en que se apoya, porque el autor se ocupa abiertamente de hacer intervenir el principio espiritualista en la ciencia más impregnada por el materialismo. No se trata de la espiritualidad mística, conforme algunos la comprenden, sino más bien –si podemos decirlo de este modo– de la espiritualidad positiva y científica. El autor se esfuerza en demostrar la existencia del principio espiritual que hay en nosotros, su conexión con el organismo a través del lazo fluídico que los une, el rol importante que esos dos elementos desempeñan en la fisiología, los errores inevitables que cometen forzosamente los médicos que refieren todo a la materia, y las luces de que estos se ven privados al descuidar el principio espiritual. El siguiente pasaje basta para señalar el punto de vista desde el cual el doctor Chauvet observa la cuestión:

"En suma –dice el autor en la página 34–, la constitución humana resulta:

34. Volumen in-12. Precio: 3 francos. En Tours: Guilland-Verges. En París: Baillère, 19 rue Hautefeuille.

”1.° de un principio espiritual, independiente, o alma inmortal;

”2.° de un cuerpo fluídico permanente;

”3.° de un organismo material, disoluble, animado durante la vida por un fluido especial.

”La unión temporaria del primero con el tercero de esos elementos constitutivos se opera mediante la combinación de sus fluidos respectivos (fluido *periespiritual* y fluido vital), de la que resulta un fluido mixto que, al mismo tiempo que penetra todos los cuerpos, irradia alrededor suyo, a veces a grandes distancias y a través de todos los obstáculos, conforme lo demuestran los fenómenos magnéticos, sonambúlicos y otros, que el materialismo de todos los matices rechaza con un desdén soberbio bajo el pretexto de lo maravilloso y del malabarismo, porque aquellos fenómenos combaten sus teorías insensatas”.

A partir de la acción del elemento fluídico sobre el organismo, el autor llega a demostrar, en términos de algún modo matemáticos, la potencia de la acción de las cantidades infinitesimales sobre la fisiología. Esa demostración nos parece una novedad, y una de las más claras que hemos leído. Dejamos para los especialistas la evaluación de la parte técnica, que no discutiremos. Con todo, desde el punto de vista filosófico, esta obra es una de las primeras aplicaciones en la ciencia positiva de las leyes reveladas por el espiritismo, y por eso le reservamos un lugar en las bibliotecas espíritas. Aunque no haya pronunciado el nombre del espiritismo, el autor puede estar seguro de que no contará con la aprobación de las personas que han optado por negar todo lo que se relacione con la espiritualidad.

* * *

Los dogmas de la Iglesia de Cristo explicados por el espiritismo

por APOLON DE BOLTINN[35]

El tema de este libro presentaba un obstáculo peligroso, que el autor evitó prudentemente al omitir el tratamiento de las cuestiones que no son de actualidad y acerca de las cuales el espiritismo aún no se ha pronunciado. Dado que el espiritismo solo admite como principios reconocidos aquellos que recibieron la sanción de la enseñanza general, las soluciones que puedan presentarse acerca de las cuestiones que aún no han sido elaboradas, no son más que opiniones personales de los hombres o de los Espíritus, y susceptibles de recibir más tarde el desmentido de la experiencia. No es posible que esas soluciones prematuras comprometan la responsabilidad de la doctrina, pero sí podrían confundir a la opinión pública, haciéndole creer que la doctrina las acepta. Esto es lo que el señor de Boltinn ha comprendido perfectamente, y lo felicitamos por eso. Su libro puede ser reconocido por el espiritismo e incluido entre las obras que han sido llamadas a prestar un servicio a la causa. Está escrito con prudencia, moderación, método y claridad. Se nota que el autor ha realizado un estudio profundo de las sagradas Escrituras, así como de los teólogos de la Iglesia latina y de la Iglesia griega, cuyos textos comenta y explica como un hombre que conoce el terreno en que se ubica. Sus argumentos cuentan con la fuerza de los hechos, de la lógica y de la concisión. Que el libro de nuestro hermano de Rusia sea bienvenido entre nosotros. De este

35. 1 volumen in-8°, traducido del ruso. Precio: 4 francos. En París: Reinwald, 15 rue des Saints Pères.

modo, en nombre del espiritismo, todos los pueblos se dan la mano.

* * *

La Unión Espírita Bordelesa

Nos enteramos con profunda satisfacción de que la *Unión Espírita Bordelesa* retomará el curso de sus publicaciones, momentáneamente interrumpido a causa de una prolongada y grave enfermedad de su director, así como de otras circunstancias independientes de su voluntad.

* * *

En prensa:

El eco poético de ultratumba, poesías mediúmnicas, obtenidas por el Sr. Vavasseur. - Esta colección formará 1 volumen general, in-18, de alrededor de 200 páginas, con el formado de *¿Qué es el espiritismo?* Precio: 2 francos; por correo: 2 francos, 20 centavos.

NECROLOGÍA

Señora Dozon - Señor Fornier - Señor D'ambel

El espiritismo acaba de perder una de sus más fervorosas adeptas en la persona de la señora Dozon, viuda del señor Henri Dozon, autor de varias obras sobre espiritismo, muerto

el 1.° de agosto de 1865. Ella falleció en Passy, el 22 de noviembre de 1866.

La señora Dozon padecía una enfermedad orgánica incurable. Hacía mucho tiempo que se encontraba en un estado de deterioro y sufrimiento extremos, de modo que cada día esperaba la llegada de la muerte, y lo hacía con la serenidad propia de un alma pura, que tiene conciencia de no haber hecho otra cosa sino el bien. Estaba profundamente convencida de que la muerte es apenas el pasaje de una vida de pruebas a una vida mejor, en cuyo umbral encontraría, esperándola, a su querido esposo y a cuantos ella había amado. Sus previsiones en tal sentido no se vieron frustradas. La vida espiritual, en la que ella era iniciada, cumplió todas sus espectativas y más aún. En esa vida recogió los frutos de su fe, de su devoción, de su caridad para con los que le hicieron mal, de su resignación ante el sufrimiento, y del valor con el que sostuvo sus creencias ante quienes las consideraban un crimen. Si bien su cuerpo estaba debilitado, su Espíritu conservó toda la fuerza y la lucidez hasta el último momento. Murió con todo su conocimiento, como quien sale de viaje, sin llevar consigo el menor rastro de amargura por aquellos de los que había tenido motivos para quejarse. Su desprendimiento fue rápido, y la turbación duró poco, de modo que pudo manifestarse incluso antes de la inhumación. Su muerte y su despertar fueron los de una espírita de corazón, que se esforzó para llevar a la práctica los preceptos de la doctrina.

El único temor de la señora Dozon era que la enterraran viva, y esa idea la persiguió hasta el final. "Siento –decía ella– que estoy en una fosa, y que me asfixio con la tierra que arrojan sobre mí." Después de su muerte, ella justificó ese temor al explicar que en la existencia precedente había muerto de

ese modo, y que la terrible impresión que su Espíritu había sufrido, se había despertado ante la proximidad de una nueva muerte.

Ante su tumba, no se pronunció ostensiblemente ninguna plegaria espírita, para no herir algunas susceptibilidades, pero la Sociedad Espírita de París, de la que ella formó parte, se reunió en el lugar de sus sesiones, después de la ceremonia fúnebre, para reiterarle el testimonio de su afecto.

El espiritismo ha visto partir a otro de sus representantes en la persona del señor Fornier-Duplan, ex comerciante, fallecido en Rochefort-sur-Mer, el 22 de octubre de 1866. El señor Fornier-Duplan era desde hacía tiempo un adepto sincero y dedicado, y comprendía el auténtico objetivo de la doctrina, cuyas enseñanzas se esforzaba en llevar a la práctica. Hombre de bien, amado y estimado por todos los que lo conocieron, era una de esas personas a las que el espiritismo tiene el honor de contar entre sus filas. Los desdichados pierden en él un sostén. Había extraído de sus creencias el remedio para la duda acerca del porvenir, el valor para las pruebas de la vida, y la calma de sus últimos instantes. Al igual que la señora Dozon y tantos otros, partió lleno de confianza en Dios, sin miedo a lo desconocido, porque sabía adónde iba, y su conciencia le brindaba la esperanza de que los Espíritus buenos lo recibirían con cariño. Esa esperanza tampoco se vio frustrada, y las comunicaciones que transmitió demuestran que en el mundo espiritual ocupa el lugar reservado a los hombres de bien.

Una muerte que nos ha sorprendido tanto como nos afligió, es la del señor d'Ambel, ex director del periódico *L'Avenir*, fallecido el 17 de noviembre de 1866. Sus exequias tuvieron lugar en la iglesia de Notre-Dame de Lorette, que era su parroquia. La malevolencia de los periódicos que se refirie-

ron a él se puso de manifiesto, en esta circunstancia y de una manera lamentable, en su afectación para destacar, exagerar, exacerbar, como si disfrutaran de meter el dedo en la llaga, todo cuanto esa muerte podía tener de penoso, sin la menor consideración por la familia, y olvidando incluso el respeto que se debe a los muertos, cualesquiera que hayan sido sus opiniones o sus creencias en vida. Esos mismos periódicos se habrían indignado, y habrían acusado de profanación a cualquiera que hubiese hablado de ese modo acerca de uno de ellos. Con todo, ya hemos visto –en la cita que transcribimos más arriba sobre de la muerte del señor Pagès– que ni siquiera la tumba es respetada por algunos adversarios del espiritismo.

De todos modos, los hombres imparciales harán justicia a los espíritas reconociendo que estos *nunca* se han apartado del respeto, el decoro y las leyes de la caridad, ante la muerte de los que fueron sus más grandes enemigos y que los atacaron sin miramiento alguno. Los espíritas se limitan a orar por ellos.

Nos agradó ver en el periódico *Le Pays*, del 25 de noviembre, si bien en un artículo poco simpático para con la doctrina, un enérgico rechazo a esa falta de respeto por parte de algunos colegas, así como la debida censura a la intromisión del periodismo en las cosas íntimas de la familia. *Le Siècle*, del 19 de noviembre, también había relatado el acontecimiento con todas las consideraciones del caso. Agregaremos que el difunto no deja hijos y que su viuda se ha retirado con su familia.

AVISO

La *Revista Espírita* comenzará su décimo año el próximo 1.° de enero. Rogamos a los señores suscriptores que deseen recibirla sin atraso, que renueven su abono antes del 31 de diciembre.

Como de costumbre, el número de enero será remitido a todos los suscriptores, mientras que los números siguientes solo se despacharán en función de las renovaciones.

Allan Kardec

REVISTA ESPÍRITA

PERIÓDICO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

VOLUMEN 9 - Año 1866

Índice general

ENERO

Las mujeres, ¿tienen alma? 7
Consideraciones acerca de la oración
en el espiritismo 13
Necrología. La muerte del señor Didier,
librero-editor 21
Correspondencia. Carta del señor Jaubert 28
La joven cataléptica de Suabia; estudio psicológico ... 33
Poesías espíritas. Alfred de Musset 44
El espiritismo ocupa su lugar en la filosofía y
en los conocimientos usuales.
Nuevo Diccionario Universal 52

FEBRERO

El espiritismo según los espíritas. Extraído del periódico *La Discussion* 59
Curas de obsesiones 67
El naufragio del *Borysthène* 73
Antropofagia 79
La espineta de Enrique III 84
Las ratas de Équihen 94
Nuevo y definitivo entierro del espiritismo 98
Los *quid pro quo* 103
Noticia bibliográfica. *Diccionario Universal* 109

MARZO

Introducción al estudio de los fluidos espirituales 111
El espiritismo y la magistratura. Persecuciones judiciales contra los espíritas. Cartas de un juez de instrucción 129
La ley humana. Instrucción del Espíritu del señor Bonnamy, padre 140
Mediumnidad mental 143
Noticias bibliográficas
Espírita, por Théophile Gautier 151
La mujer del espírita, por A. de Kéraniou 157
Las fuerzas naturales desconocidas, por Hermès 159

ABRIL

Acerca de la revelación 163

El espiritismo sin los Espíritus 176
El espiritismo independiente 185
Sancarlomagno en el Colegio de Chartres 192
Una visión de Pablo I 197
El despertar del señor de Cosnac 203
Pensamientos espíritas. Poesía
del señor Eugène Nus 206
Carta del señor Florentin Blanchard al periódico
La Liberté 209
Noticias bibliográficas
¿Soy espírita? por Sylvain Alquié 210
Carta a los directores y redactores de los periódicos antiespíritas, por A. Grelez 211
Filosofía espírita, por Augustin Babin 211
La guía de la felicidad o deberes generales del hombre, por el mismo autor 212
Nociones de astronomía científica, psicológica y moral, por el mismo autor 212

MAYO

Dios está en todas partes 213
La visión de Dios 218
Una resurrección 221
Conversaciones de Ultratumba
El abate Laverdet 225
Un padre que descuidó a sus hijos 229
Recuerdos retrospectivos de un Espíritu 233
Necrología
Muerte del doctor Cailleux 238

Disertaciones espíritas
Instrucciones para el señor Allan Kardec 248
La aquiescencia de la plegaria 252
El espiritismo obliga 257

JUNIO

Monomanía incendiaria precoz. Estudio moral 263
Tentativa de asesinato contra el Emperador
de Rusia. Estudio psicológico 273
Un sueño instructivo 279
Visión retrospectiva de las diversas encarnaciones
de un Espíritu. El sueño en los Espíritus 284
Preguntas y problemas
Está en el aire 289
Poesías espíritas
Para tu libro 292
La oruga y la mariposa 297
Disertaciones espíritas
Ocupaciones de los Espíritus 299
Suspensión de la asistencia de los Espíritus 304
El trabajo 307
Noticias bibliográficas
Los Evangelios explicados,
por el señor Roustaing 310
La voce di Dio, periódico espírita italiano 313

JULIO

Acerca del proyecto de una caja general de socorro
y de otras instituciones para los espíritas 315

Estadística de la locura 333
La muerte de Joseph Méry 344
Preguntas y problemas
Identidad de los Espíritus en
las comunicaciones particulares 352
La calificación de *santo* aplicada
a determinados Espíritus 358
Visión retrospectiva de las existencias del
Espíritu, a propósito del doctor Cailleux 360
Poesías espíritas
La plegaria por los Espíritus 363

AGOSTO

Mahoma y el islamismo 367
Los profetas del pasado, obra de Barbey d'Aurévilly 383
Creaciones fantásticas de la imaginación.
Las visiones de la señora Cantianille B. 389
Preguntas y problemas
Niños que son guías espirituales de sus padres 398
Comunicación con nuestros seres queridos 401
Perfectibilidad de los Espíritus 404
Variedades
La reina Victoria y el espiritismo 406
Poesías espíritas
Méry el soñador 408
La plegaria de la muerte por los muertos 411
Noticia bibliográfica
Cantata espírita 418

SEPTIEMBRE

Los hermanos Davenport en Bruselas 419
El espiritismo sólo pide que se lo conozca 437
Extraído de *El Progreso Colonial* de
la Isla Mauricio 444
Los fenómenos apócrifos 446
Cabellos encanecidos por la impresión
de un sueño 459
Variedades
Mediumnidad vidente en los niños 465

OCTUBRE

Los tiempos han llegado 467
El zuavo curador del campo militar de Châlons 503

NOVIEMBRE

Mahoma y el islamismo (segunda parte) 519
Sonambulismo mediúmnico espontáneo 544
Consideraciones acerca de la propagación de la
mediumnidad curadora 560
Suscripción para los inundados 573

DICIEMBRE

El labriego Thomas Martin y Luis XVIII 575
El príncipe de Hohenlohe, médium curador 599

Variedades
La señorita Dumesnil, joven *atractiva* 610
Revista de la prensa acerca del espiritismo 616
San Agustín acusado de cretinismo 627
Noticias bibliográficas .....
Nuevos principios de filosofía médica, por el doctor Chauvet, de Tours 630
Los dogmas de la Iglesia de Cristo explicados por el espiritismo, por Apolon de Boltinn 632
La Unión Espírita Bordelesa 633
Necrología .....
La señora Dozon; el señor Fornier-Duplan; el señor D'Ambel 633